

traducción de
alfonso garcía ruiz
josé aricó

en este volumen se publican, reelaboradas por
los autores, las principales ponencias
presentadas en el seminario sobre la tercera
internacional y el destino del capitalismo en los
años veinte, patrocinado por la fundación
basso-issoco en 1976

la crisis del
capitalismo en los
años '20

análisis
económico y debate
estratégico en la
tercera internacional

a cargo de mario telò

85
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

INDICE

INTRODUCCIÓN, <i>por</i> MARIO TELÒ	7
CRISIS DEL SISTEMA CAPITALISTA-IMPERIALISTA Y REVOLUCIÓN SOCIALISTA EN LENIN, <i>por</i> FERNANDO CLAUDÍN	24
LENIN Y OCCIDENTE, <i>por</i> GIUSEPPE VACCA	38
Premisa, 38; i. Crisis y revolución, 40; ii. Las formas políticas de la transición, 48; iii. La democracia del socialismo, 54; iv. Algunas notas conclusivas, 62	
REVOLUCIÓN POLÍTICA Y REVOLUCIÓN SOCIAL EN LENIN (1917-1918), <i>por</i> ALDO NATOLI	68
EL CARÁCTER POLÍTICO DE LA CRISIS EN LENIN, <i>por</i> SERGIO BOLOGNA	85
LOS PAÍSES CAPITALISTAS DESDE LA GUERRA MUNDIAL HASTA LA CRISIS DE 1929, <i>por</i> ESTER FANO	91
i. Los problemas inmediatos de la posguerra, 94; ii. Las jerarquías de poder económico internacional antes y después de la primera guerra mundial, 96; iii. De la invasión del Ruhr a la estabilización monetaria, 102; iv. Los problemas de la estabilización monetaria a la mitad de los años veinte, 108; v. Estabilización y "boom" en Francia, 115; vi. Estabilización y "boom" en Alemania, 118, vii. Los Estados Unidos desde el "boom" hasta 1929, 125; viii. Hacia el 1929: desequilibrios y descompensaciones internacionales, 132	
BUJARIN ENTRE LA TEORÍA DEL DERRUMBE Y LA ESTABILIZACIÓN, sanciones internacionales, 132	
ANÁLISIS DEL CAPITALISMO Y TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN EN BUJARIN, DIRIGENTE DE LA COMINTERN, <i>por</i> MARIO TELÒ	155
Racionalización y revolución, 158; El significado de la formación de un capitalismo de estado "desde la base", 166; ¿Una nueva forma de la crisis general del capitalismo?, 172; Valor y	

primera edición en español, 1981
 © ediciones pasado y presente
 impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
 av. cerro del agua 248, méxico 20, d.f.

ISBN 968-23-0933-6

título original: la crisi del capitalismo negli anni '20
 © de donato editore, spa.
 lungomare nazario sauro, 25, bari, 1978

derechos reservados conforme a la ley
 impreso y hecho en méxico
 printed and made in mexico

límites del intento de redefinición de la función de la URSS. 181	
LOS COMUNISTAS ITALIANOS Y LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO EN LOS AÑOS VEINTE, <i>por</i> FRANCO DE FELICE	192
LAS CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN LOS ANÁLISIS DE LOS COMUNISTAS ITALIANOS DESDE LA DIRECCIÓN DE GRAMSCI HASTA EL "VIRAJE", <i>por</i> FRANCO SBARBERI	206
PRESUPUESTOS Y TEMAS DE LA LUCHA DE K. KAUTSKY CONTRA EL BOLCHEVISMO. DESARROLLO CAPITALISTA, DEMOCRACIA, SOCIALISMO, <i>por</i> MASSIMO L. SALVADORI	231
TEORÍA DEL DERRUMBE Y CAPITALISMO ORGANIZADO EN LAS DISCUSIONES DEL "EXTREMISMO HISTÓRICO", <i>por</i> GIACOMO MARRAMAO	257
1. Capitalismo y crisis en el debate sobre la organización: entre Lenin y Kautsky, 260; II. Las vicisitudes de la "teoría del derrumbe", 266; III. Crisis imperialista y "actualidad de la revolución": la fase "leninista" del "Linksradikalismus", 269; IV. Las "dos almas" del Linkskommunismus, 275; V. La fase teórica del comunismo de izquierda y los nuevos términos del problema de la crisis, 280; VI. El modelo dinámico de Grossmann y la matriz común de planismo y derrumbismo. De la "crisis general imperialista" al "capitalismo de estado", 291	
LA HISTORIOGRAFÍA DE LA III INTERNACIONAL. UNA GUÍA BIBLIOGRÁFICA, <i>por</i> ALDO AGOSTI	301
ÍNDICE DE NOMBRES	339

MARIO TELÓ

INTRODUCCIÓN



En este libro se aborda la cuestión de las razones del fracaso de la previsión de Lenin sobre la rápida transición de la revolución soviética de 1917 a un proceso revolucionario en Occidente, con una referencia particular a un aspecto que no es secundario: el juicio expresado por Lenin sobre la crisis posterior a la guerra mundial como "crisis general del capitalismo" y a su acogida y reelaboración en el seno de la Internacional comunista, que como es sabido, se constituyó en 1919 precisamente de acuerdo con esta previsión. Se profundizan, por un lado, los presupuestos teóricos y los elementos constitutivos de la posición de Lenin y, por otro lado, el significado y los límites de la búsqueda emprendida por algunos componentes del comunismo internacional (particularmente, en los años veinte, por Bujarin y por los comunistas italianos) basándose en la nueva situación que se había creado con la consolidación de un poder político de tipo soviético en el país capitalista más atrasado de Europa y con la derrota en varios frentes, del movimiento obrero en Occidente.

La inserción, en el libro, de contribuciones que permiten enfrentar la reflexión que se llevaba a cabo dentro del movimiento comunista con la que simultáneamente estaba en proceso en otros centros del marxismo europeo (sobre todo en la socialdemocracia alemana y en el "comunismo de izquierda") con el trasfondo de los acontecimientos históricos efectivos del capitalismo occidental desde la guerra hasta la crisis de 1929, responde a un esfuerzo de ubicación histórico-crítica del leninismo y de los orígenes del movimiento comunista internacional y de superación de los viejos enfoques ideológicos derivados de las tradicionales polémicas políticas, tratando también de introducir elementos renovadores de investigación que valoricen y desarrollen los mismos presupuestos ofrecidos por la historiografía de otros países.

El volumen no pretende, obviamente, dar una interpretación general y definitiva del tema; no sólo porque está constituido por un trabajo de varios oradores, es decir, por la elaboración por parte de los autores de las contribuciones más significativas a un

seminario de estudio,¹ sino porque las ponencias utilizan planteamientos metodológicos diversos y reflejan estructuras teóricas heterogéneas. Contribuye también a determinar el carácter abierto del planteamiento el hecho de que es relativamente reciente el cambio en el clima político y cultural que bloqueaba o condicionaba el desarrollo de una investigación crítica sobre la III Internacional y es enorme, por consiguiente, el retraso que hay que llenar aún en el campo histórico-documental. En Italia, en donde un enfoque no ortodoxo de la historia y del marxismo de la III Internacional y, por lo mismo, la utilización provechosa de resultados adquiridos en otros países se han podido valer de los presupuestos ofrecidos no sólo por revistas de vanguardia, sino también por soportes teóricos propios de la tradición mayoritaria de la izquierda, ha sido igualmente necesaria una amplia fase de transición a través de la reconstrucción de la historia oficial, política e institucional, todavía no agotada, por las serias dificultades para encontrar la generalidad de las fuentes documentales de la Comintern y de algunos partidos, particularmente del partido ruso.²

Varios factores históricos y culturales han hecho que esta renovación historiográfica originada en gran parte desde 1956 y acelerada a través de los años sesenta haya precedido y todavía preceda en el marco de una conexión compleja de historia y política, de investigación histórica y debate teórico-político. El presente libro ofrece un panorama significativo de esta peculiaridad que se ha disgregado en nuevas formas, en la última década,

¹ El seminario *La tercera Internacional y el destino del capitalismo en los años veinte* fue promovido por la Fundación Basso-Issoco, en 1976; le siguió, en 1977, una iniciativa análoga sobre *Planificación socialista y planificación burguesa entre las dos guerras; movimiento obrero y clases dominantes frente al problema del gobierno de la economía*, cuyos materiales fueron publicados por la editorial De Donato, de Bari.

² Como es sabido, el trabajo de reconstrucción dedicado propiamente a la III Internacional, emprendido en los años sesenta sobre todo por iniciativa de Ernesto Ragionieri (cuyas principales intervenciones sobre el tema se encuentran ahora recopiladas en *La Terza Internazionale e il Partito Comunista*, Turín, 1978), sufrió en los últimos años una aceleración que puede comprobarse tanto por las iniciativas de seminarios (es significativa la de la Fundación Einaudi de 1972) como por la publicación de ensayos críticos tales como el que no se relaciona directamente pero tiene un innegable significado innovador, de Giuliano Procacci, *Il partito nel sistema sovietico, 1917-1945* (Bari, 1975) [hay edición en esp.]; en la actualidad, ciertamente se encuentra en el centro del reconocimiento histórico-documental el trabajo en tres volúmenes de Aldo Agosti y la contribución de Franco De Felice sobre el VII Congreso (*Fascismo, democrazia, Fronte popolare*, Bari, 1974).

en términos que lo hagan útil aun para los que llevan poco tiempo dedicados a estos estudios.

Una iniciativa aislada no puede ciertamente pretender llenar el particular atraso existente en la investigación sobre la relación entre la discusión teórica y los movimientos históricos reales, y ha debido registrar desde el comienzo la falta de materiales elementales, como se deduce de la rica guía bibliográfica preparada por Aldo Agosti. A pesar de esta limitación objetiva, el seminario se orienta en la dirección de un trabajo que esté verdaderamente abierto a la complejidad del proceso histórico en que la Comintern se establece y constituye el sujeto activo, y puede servir de preparación para un trabajo que preste más atención a los presupuestos sociales de la fundamentación de la nueva tradición política y que al mismo tiempo sea más capaz de utilizar la instrumentación que ofrecen las ciencias sociales.

El tema de la relación entre crisis y revolución se aborda aquí principalmente a través de la profundización de los principales puntos de vista en conflicto, de sus elementos y de su desarrollo tratando de precisar los términos en que las corrientes político-culturales se amalgaman, se hacen más nítidas, pasan a formar parte de relaciones recíprocas definidas y adquieren una coherencia interna. Hay dos razones para poner interés en esta selección temática: en primer lugar la comprobación del peso que efectivamente tiene, sobre todo en la fase inicial de la historia de una organización caracterizada por una centralización e ideologización más agudas, el debate teórico y político, tanto en su interior como en relación con las posiciones de los demás. Nos detendremos, además, en las consecuencias de la solución cada vez más inmediata dada a la relación entre política y teoría.

Se plantea un segundo orden de ideas suscitado por interrogantes del presente, que resaltan con evidencia en distintos fragmentos de los informes y que inducen a reconsiderar bajo nuevos términos capítulos enteros de la historia del marxismo y en especial el juicio sobre los resultados del movimiento y de la tradición de pensamiento revolucionario originados con la Revolución de octubre. La crisis del movimiento comunista internacional se ha agudizado en términos mucho más graves de los que se deducen del mismo libro significativo de Claudín. El hecho mismo de que la tradicional dificultad de implantación de los partidos comunistas en las sociedades capitalistas más avanzadas haya sido superada por algunos de ellos con la ayuda de una revisión orientada a una renovación de la teoría política, sobre todo respecto a los problemas planteados por el ciclo capitalista y por los movi-

mientos de lucha que se originan a partir de las nuevas contradicciones del desarrollo, constituye ciertamente una confirmación de la tendencial homologación de los países de "socialismo real".

La tendencial homologación del modelo soviético de industrialización sobre la base de la aplicación del modelo soviético de industrialización no mitiga, por otra parte, las contradicciones interestatales ni las profundas crisis internas resueltas hace más de veinte años por el XX Congreso y hace más de diez, por la revolución cultural china, con cristalizaciones autoritarias ulteriores. La misma función desempeñada por la URSS como indicativa de una salida del atraso para los países ex coloniales está actualmente en crisis y parece ceder su lugar a una relación cada vez más parecida a las clásicas relaciones entre una gran potencia y los países dependientes. Entra en crisis, en una palabra, en el momento de su máxima expansión territorial una solución de la relación entre dirección de la economía y organización de las masas, apoyada en el capitalismo de estado y en el reforzamiento del control del estado sobre la sociedad civil.

Una vasta gama de intérpretes tiende a identificar el origen de esta concepción del socialismo en la elección planificadora llevada a cabo bajo la dirección de Stalin a partir de 1928. Permanece, en cambio, como un tema más controvertido el de sus orígenes más profundos, de su relación con el centro de la posición de Lenin, con su evaluación de la relación entre capitalismo y socialismo, dentro del proceso revolucionario ruso y a nivel mundial. A diferencia de la reciente tendencia a replantear, desde diversos puntos de vista, una moderación de la relación entre estalinismo y pensamiento de Lenin, que en ciertos casos llega a cargar sobre las espaldas de Marx los resultados trágicos del poder que emergió en 1917, es importante que se replantee, en cambio, la relevancia de los pasajes intermedios, el significado de las decisiones realmente adoptadas y de las posiciones derrotadas, que se examine la validez de las previsiones planteadas, y de su mayor o menor coherencia interna y fuerza interpretativa, que se seleccionen, finalmente, los corolarios, los aspectos secundarios, de la esencia de las convicciones teóricas. Una investigación orientada en este sentido puede encontrar un terreno propicio para ser fructífera en relación con las vicisitudes de la Internacional comunista de los años veinte, cuando el impulso político y teórico relacionado con 1917 no había sido sofocado todavía por la desproporción entre estado soviético y movimiento internacional de lucha.

Esto no significaba hacer antihistoria, sino, más bien, evitar considerar los acontecimientos de la historia real (en este caso, el estalinismo) como implicación necesaria y desenvolvimiento li-

neal de ciertos presupuestos estructurales o ideológicos, criterio que, al cristalizarse, se transformaba en una forma vieja o nueva de mecanicismo.

Un análisis de las posiciones de la Internacional comunista de los años veinte, desde su fundación hasta el VI Congreso de 1928, no puede desembocar, pues, únicamente, en una presentación de las etapas del proceso de canonización del desenvolvimiento paradójico de la revolución mundial respecto de las previsiones de Marx; con el éxito en Rusia, el verdadero problema que había que investigar consistía en encontrar los momentos de tensión entre un análisis de la crisis mundial y una previsión sobre el destino del capitalismo, consideradas como ocasiones de una comprobación precipitada de un esquema ideológico preexistente o también de exigencias de la política exterior soviética, por un lado, y por el otro, como un verdadero trabajo teórico, eco, desde un punto de vista particular y a pesar de 1917, de una crisis efectiva más vasta de la relación entre teoría marxista y práctica revolucionaria.

Existe una vinculación directa, como lo señalan las primeras contribuciones recogidas aquí (Claudín, Natoli), entre el análisis de la crisis mundial, de sus causas económicas y sobre todo de las contradicciones interestatales, entre la comprobación de las mismas raíces materiales del revisionismo en las divisiones de las condiciones de la clase obrera, elementos que se hallan presentes en los escritos que acompañan la fundación de la Internacional y el ensayo de 1916 sobre *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Parece que es pertinente la sugerencia de evitar una interpretación del conjunto de esta producción de Lenin que caiga en dos tipos de deformación. Por un lado, considerar el ensayo sobre el imperialismo como mera obra de ciencia económica, descuidando, de este modo, el hecho de que, a pesar de ocultar su dependencia de la obra de Hobson y del mismo escrito de Bujarin, Lenin elabora su evaluación de la crisis esencialmente como momento de un proyecto político; esa obra adquiere por consiguiente el significado de una previsión de contradicciones lacerantes a diversos niveles, y en consecuencia de luchas de fuerzas opuestas, y no de una garantía sobre el resultado final de esa crisis y de ese enfrentamiento. La convicción de Lenin sigue siendo la de que ninguna situación carece de salida y de que tratar de demostrar apriori lo contrario es pedantería y veleidad.³ Por otra parte, y de

³ V. I. Lenin, "Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional comunista", en *Obras completas*, Madrid, Akal 1978, t. xxxiii, pp. 349-357.

acuerdo con la fragmentariedad y fragilidad efectivas del análisis de Lenin sobre el desarrollo de la coyuntura de la posguerra⁴ y, más en general, de las condiciones económicas y sociales que consolidaban la adhesión de la mayoría del proletariado occidental a los partidos socialdemócratas (composición de clase, extensión y condiciones de la aristocracia obrera, desarrollo de nuevas estratificaciones intermedias, etc.), se corre peligro de reducir la tesis sobre la "crisis general del capitalismo" a su elemento mítico, a la dimensión meramente ideológica que adquiere, a través de los años veinte y, de no percibir, por lo tanto, las razones por las que ha resistido, durante años, en una situación de democracia del debate interno todavía no comprometido y a pesar de permitir explicaciones de las derrotas mediante meros términos subjetivistas (tradiciones de las socialdemocracias, errores tácticos, falta de partidos comunistas organizados).

Es necesario, pues, salvaguardar la distinción entre Lenin y la *vulgata* de la III Internacional cuando se analizan las tipologías de errores ya criticados por Gramsci, cuando se analizan, por una parte, la confusión de una crisis de corto plazo o de una agudización de las contradicciones políticas con una crisis definitiva y radical y, por otra parte, la transposición directa de las contradicciones estructurales del capitalismo del análisis de la coyuntura.⁵

En Lenin, sólo desde un punto de vista secundario, el concepto de "crisis general del capitalismo" es una previsión coyuntural mecánica; constituye más bien un intento de unificación de análisis marxista entre la crisis de largo plazo y los tiempos de la política y, como tal, una premisa de la hipótesis del enlace entre la revolución rusa y la revolución mundial. El nexo entre previsión y programa político es uno de sus elementos constitutivos y el planteamiento general es mucho más complejo que un instrumento de análisis de la coyuntura; la posibilidad de envejecimiento del marxismo en la praxis revolucionaria es el tema (y el proyecto

⁴ Véase al respecto el ensayo de Eric J. Hobsbawm, "Lenin y la aristocracia obrera", incluido en *Revolucionarios*, Barcelona, Ariel, 1979, que constituye una referencia mucho más significativa. De este tema también se ocupan aunque con puntos de vista diferentes, los ensayos de Massimo Salvadori, y de Arthur Kriegel sobre la crisis de 1919-1920, en *Problemi di storia dell'Internazionale comunista*, Fondazione Luigi Einaudi, Turín, 1974 y la introducción crítica de Salvatore Sechi al libro de A. S. Lindemann, *Socialismo europeo e bolscevismo 1919-1921*, traducido recientemente al italiano (Bologna, 1977). El fascículo de *Problemi del Socialismo* de 1976 dedicado al leninismo considera con especial atención esta temática; véase sobre todo, los ensayos de Lelio Basso, Lucio Villari y Valentino Gerratana.

⁵ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, Turín, 1975, pp. 1579-1581.

político) del que nace la Internacional, como ya es sabido; el esfuerzo y el problema abierto consisten en traducir el acontecimiento de 1917 a lenguajes occidentales,⁶ valorizando los elementos de universalidad y tratando de llevar a cabo una reactualización de la teoría marxista basándose en el análisis de las contradicciones modernas del imperialismo y del capitalismo.

Las intervenciones de G. Vacca y de A. Natoli se detienen, aunque en términos diferentes, en el significado central de la relación que Lenin establecía en esos años entre la concepción de la función de la revolución rusa en el proceso internacional y las soluciones concretas que se habían ido formulando poco a poco en la URSS en la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las formas de la política y entre el desarrollo técnico y organizativo y la práctica de la democracia.

Si las cosas están así, no parece ni exhaustivo ni adecuado un análisis crítico de la posición de Lenin basado en la yuxtaposición de éste con los distintos datos empíricos referentes a la dinámica coyuntural de algunos países capitalistas occidentales en la posguerra. Si se considera, en efecto, como lo hace Ester Fano en su rica y original reseña, un periodo más amplio, por ejemplo la fase que va desde la guerra mundial hasta la crisis de 1929, es difícil desconocer que los años veinte se caracterizan, a pesar de las notorias diferenciaciones nacionales, por una existencia simultánea y una combinación de un desarrollo extraordinario de las fuerzas productivas y la reproducción de viejos desequilibrios o el nacimiento de otros nuevos (particularmente en el ámbito de la circulación de mercancías, en las relaciones de valores, en los sistemas de pagos, por la misma falta de un liderazgo capitalista internacional o, también, en las oscilaciones entre políticas económicas de *deficit spending* o de tipo deflacionario clásico), que constituyen también causas directas de la crisis de 1929 y no desaparecen con ella.

Se ha llegado, pues, al reconocimiento generalizado de la ineficiencia analítica de los conceptos empleados por la Internacional comunista, sobre todo en la fase que siguió a la dirección de Lenin ("estabilización relativa", "periodo de decadencia" o "nueva fase de la crisis general" del capitalismo), de la imprecisión en la elaboración de los datos empíricos, no contradicha por los aparentemente meticulosos análisis de la coyuntura dados periódicamente.

⁶ V. I. Lenin, "Cinco años de la revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial. Informe al IV Congreso de la Internacional comunista, 13 de noviembre de 1922", en *Obras completas*, cit., t. xxxvi, pp. 414-428.

dicamente por Varga, a los que en la actualidad parece definitivamente infundado atribuirles una previsión del derrumbe bursátil de 1929.⁷

Actualmente puede ser más maduro y también más significativo estructurar la reflexión crítica sobre una base que supere lo que en esencia constituye los términos de la polémica socialdemócrata de los años veinte contra la III Internacional, en favor, en cambio, de un análisis crítico de todo el marco de las interpretaciones de inspiración marxista sobre las características del desarrollo de las fuerzas productivas que se llevó a cabo después de la guerra mundial y, por tanto, también de la comprobación de las profundas limitaciones del carácter ideológico de las mismas categorías de "capitalismo organizado", de "superimperialismo" propuestas, como es sabido, por Hilferding y por Kautsky en esos años.

La contribución de Salvadori incluida en este libro, que a pesar de inclinarse por la tesis de la superioridad estratégica e interpretativa de las formulaciones elaboradas en el ámbito de la socialdemocracia alemana (particularmente sobre la relación entre guerra y nuevo ciclo de desarrollo capitalista, cuestión de la democracia, etc.) señala que, salvo en algunos detalles, no tomó forma una verdadera capacidad de previsión y de comprensión de fenómenos históricos notables como la crisis de 1929 y el mismo crecimiento y consolidación del fascismo en el corazón de la Europa capitalista desarrollada.

Hablando más en general, si se considera, como lo hacen algunas contribuciones, el fracaso por un lado de los intentos de crear un gobierno internacional de los procesos monetarios y por el otro de las políticas keynesianas de signo democrático, y el predominio, en última instancia, de soluciones autoritarias al problema de los "efectos políticos del pleno empleo" (o sea, la posible modificación de las relaciones de fuerza en favor del movimiento de los trabajadores) y/o de políticas rígidamente deflacionistas, se ve uno inducido más que a replantear una historización crítica de una tradición política y teórica de acuerdo con la reactualización de una distinta, a comprender mejor las razones históricas, la complejidad y las dimensiones de una dificultad teórica del marxismo que se manifiesta en formas diferentes en las distintas situaciones.

Giacomo Marramao se detiene en un filón teórico ajeno a las grandes fuerzas organizativas del movimiento obrero y cuyas ca-

⁷ Véase E. Ragionieri, *op. cit.*

racterísticas en el ámbito del marxismo entre las dos guerras no se han visto condicionadas ciertamente por los problemas políticos propios de un partido de masa; la relación que parte de la reconstrucción de la diáspora del "extremismo histórico" y de sus vínculos con el marxismo de la II Internacional replantea en la segunda parte los rasgos esenciales de la interpretación autónoma de la teoría marxiana de la crisis, por parte de Grossmann, también en abierta polémica con la empresa teórica común, que servía de base a las también opuestas previsiones y perspectivas de Varga y de Hilferding; una teoría exogenista de la crisis que escapa al análisis crítico del mecanicismo de producción y reproducción capitalista. El restablecimiento por parte de Grossmann de una relación inmanente entre acumulación capitalista y crisis deja sin embargo abiertas, evidentemente, grandes cuestiones de interpretación del cambio profundo en la relación entre el estado y la economía, que ciertamente se acelera y difunde después de la crisis de 1929, pero que toma cuerpo alrededor del final del siglo pasado y se consolida de manera particular con la crisis. Y no se trata de un proceso de importancia secundaria si consideramos las transformaciones en el consumo de la estratificación social, las estructuras de vida que son propias del contexto en que se dan esas transformaciones del estado.⁸

Sigue más que nunca abierta la cuestión provocada por el hecho de que, en las distintas y opuestas componentes del marxismo entre las dos guerras, es episódica o de alguna otra manera, aun en los casos que tienen un significado teórico más sólido, parcial, la percepción de las dimensiones y de la cualidad misma de la transformación que se está llevando a cabo en el capitalismo mundial: de que, por una parte, consigna a través de formas nuevas de racionalización y de organización de la economía, la superación de la crisis del liberalismo y del capitalismo competitivo y, por la otra, establece junto con el agravamiento de las contradicciones económicas y sociales y la creación de nuevos desequilibrios, las raíces de la crisis de 1929 y de la difusión de los regímenes autoritarios.⁹ Por lo demás, la historia política convulsionada del periodo entre las dos guerras y la misma vitalidad del movimiento de masa en la Europa capitalista, con la oscilación entre derrotas sin precedentes y reproducción de situaciones de extraordinario avance social y político, no serían comprensibles sin referirse al carácter del desarrollo capitalista de los años veinte y treinta que no nos per-

⁸ E. Galli Della Loggia, "Verso gli anni trenta: qualità e misure d'un processo di transizione", *Belfagor*, Turín, 1974.

⁹ Karl Polanyi, *La gran transformación*, México, Juan Pablos, 1976.

mite atribuirles, señala la intervención de Ester Fano, aquella actitud hacia la reglamentación del ciclo económico y la recomposición de las contradicciones sociales, a las que el sistema se aproxima cada vez más, a través de fases relativamente amplias, después y al precio de la guerra mundial.

Ciertamente es en el marco de una crisis teórica general donde la Internacional comunista pone de manifiesto una fragilidad particular y una agudizada reticencia, a veces en analogía con elementos extremistas ajenos a ella misma, para comprender los datos centrales de la configuración de las sociedades occidentales y también para transformar la fragmentaria investigación empírica y las mismas derrotas políticas en una reflexión teórica nueva.

Esto es particularmente evidente, como señalan Claudín y Salvadori, en la ausencia de un análisis del arraigo profundo en el proletariado occidental moderno de tradiciones culturales y políticas (por ejemplo, el reformismo), de una relación con el estado nacional no extrínseco y, en general, de una difundida y sedimentada práctica de vida democrática fruto de luchas decenales.

En la primera fase de la historia de la Internacional, este vacío se reduce al planteamiento permanentista, dentro y fuera, que, ante la urgencia de la revolución política mundial, termina por paralizar la verificación de los datos sobre la revolución de la crisis económica y social y de las relaciones de fuerza reales entre las clases. Hacia la mitad de los años veinte se configura un esfuerzo de la dirección de Bujarin por oponerse activamente a la indiferencia hacia el examen riguroso de los procesos de reestructuración capitalista en curso, de la naturaleza y del nivel efectivo de las contradicciones sociales y políticas, aun a través de un análisis cualitativo y cuantitativo de las modificaciones de las fuerzas productivas (en cuanto al cambio en la organización del trabajo y de la sociedad, modificación de la composición de clase y de la estratificación, etcétera).

Se sigue evitando el problema de un análisis orgánico de una envergadura tal como para que permita la comprensión de la forma adoptada por la historia mundial a partir de 1917, o sea, de las características de la nueva estructura del mundo que la Revolución de octubre contribuyó de manera decisiva a determinar. Esto es particularmente evidente en lo que respecta a las situaciones económicas y sociales más avanzadas (particularmente en Estados Unidos), dentro de las que la Internacional no logra organizar políticamente los efectos sociales de las nuevas contradicciones, ni entender exactamente su naturaleza, a pesar de lo excepcional de las interesantes indicaciones de Bujarin. No es

casual que se determine una separación respecto a los sectores de la clase obrera ligados con el nuevo desarrollo industrial.

La cuestión es más compleja en lo que respecta al análisis del fascismo, que representa, al mismo tiempo, un fenómeno totalmente ajeno a la previsión de la Internacional comunista y una forma nueva de organización reaccionaria del estado por parte de las clases dominantes, ligada directamente con las condiciones creadas en el mundo después de la revolución soviética y por la crisis del estado liberal debida al impulso de los movimientos de masa de la posguerra. La tendencia a sectorializar el caso italiano y asemejarlo a formas tradicionales de reacción es rebatida en el IV Congreso tanto por Rádek y K. Zetkin como por Trotski, además de ser objetada de inmediato por el nuevo grupo dirigente italiano.¹⁰ En el presente libro se ponen en evidencia de manera particular las contribuciones producidas por dos elementos, que valorizan las exigencias anteriores, y que se confrontan sobre la cuestión central del nexo entre reestructuración autoritaria del estado y organización del capitalismo: la búsqueda de la nueva dirección comunista italiana y la de Bujarin en la segunda mitad de los años veinte.

¹⁰ A. Agosti, "L'analisi del fascismo al IV Congresso dell'Ic", en *Problemi del Socialismo*, 1972, núm. 11-12. Sobre la relación entre la tesis de Trotski sobre el fascismo como bonapartismo y el análisis de Rádek, véase L. Rapone, *Trotsky e il fascismo*, Bari, 1978; pero también, las investigaciones más recientes sobre este filón interpretativo confirman que la falta de constitución de una teoría política adecuada a los países avanzados se basaba también en una problematización insuficiente del nexo mecánico establecido entre el fascismo y el atraso. Las posiciones de A. Thalheimer ("Über den Fascismus 1930" en *Fascismus und Kapitalismus*, Frankfurt del Meno, 1967, antología editada bajo el cuidado de W. Abendroth) [hay edic. en esp.] representan un episodio no secundario de las interpretaciones heterodoxas del fascismo en el ámbito de la III Internacional. En cierto sentido se ha descubierto que el punto nodal decisivo de la relación entre organización fascista del estado y de la sociedad civil y desarrollo de las fuerzas productivas se ha evitado sustancialmente, en el ámbito de la III Internacional y del mismo movimiento socialdemócrata; los análisis significativos del equilibrio llevado a cabo por el fascismo y por el nazismo entre los intereses de las clases dominantes y las formas de organización de las masas, son producto de componentes minoritarios o intelectuales, entre los que se pueden recordar, de pasada, el escrito de 1936 de Otto Bauer, *Zwischen zwei Weltkriegen?* [¿Entre dos guerras mundiales?], el de R. Löwenthal de 1935 y los trabajos de Alfred Sohn-Rethel (recientemente se han presentado de nuevo estos autores al lector italiano: véase la antología de Giacomo Marramao sobre *Austromarxismo e socialismo di sinistra tra le due guerre*, Milán, 1977, y Alfred Sohn-Rethel, *Economía e struttura di classe del fascismo*, Bari, 1978). Se trata, sin embargo, en todo caso, de contribuciones de fecha posterior a 1933, y por lo tanto son fruto de una situación histórica profundamente distinta de la que constituye el contexto del presente libro.

Cuando la reflexión sobre este punto nodal esencial alcanza, aunque en términos diversos, resultados consistentes y de una notable fuerza cognoscitiva, introduce elementos de diferenciación tal, respecto a la posición que poco a poco se va haciendo dominante, que se traducen en una tensión política y llevan, en formas distintas en los casos de Bujarin y de Gramsci, a una ruptura.

De las contribuciones aquí recogidas de Franco De Felice y de Sbarberi, se deduce con claridad, aunque desde distintos puntos de vista, que la interpretación del fascismo en el marco más general de la modificación de las relaciones de fuerza entre las clases en Occidente junto con las tesis de los comunistas italianos sobre el enlace entre la base de masas del fascismo y la transformación del estado en régimen, abrían el camino a una reconsideración original y profunda, no sólo de la noción postiza de "estabilización relativa", sino de la misma previsión sobre el nexo entre la revolución rusa y la revolución mundial que servía de base a la III Internacional. Por lo demás aquí se encuentra no sólo una de las raíces del conocido contraste de 1926 entre el partido italiano y la Internacional y el partido ruso, sino también un terreno esencial para la formación del pensamiento de Gramsci y para la crítica del análisis de la crisis y del marxismo de la III Internacional, contenidas en los *Cuadernos de la cárcel*.

Aun sin partir directamente del problema de la interpretación del fascismo, Bujarin —de cuya elaboración de los años veinte presentamos aquí una reconsideración, a cuarenta años de distancia de su fusilamiento después de los procesos estalinianos— descubre un aspecto notoriamente significativo e interesante, no sólo ajeno a la "teoría" del socialfascismo, sino que ni siquiera está reproducido en el contexto de la corrección de Dimitrov en el VII Congreso de la Internacional. El análisis de Bujarin entre 1926 y 1928 no es relevante como eco, *sui generis*, de la teoría hilferdinguiana del "capitalismo organizado", sino en cuanto que, como señala también Lisa Foa, en su trabajo, el reencuentro de la tendencia a la superación del capitalismo competitivo y de la fuerza de las tendencias a la racionalización y a la organización capitalista, se asocia con una reflexión sobre el nexo entre economía y política y, en particular, sobre la tendencia estabilizadora en el sentido autoritario inherente a estos fenómenos ampliamente nuevos.

Bujarin, por lo tanto, además de apartarse de la tesis del "tercer periodo" de la revolución mundial, plantea el problema de la revisión de la interpretación leniniana de la crisis, aun cuando no logra superar el nivel provisional de su redefinición como

"forma nueva de la crisis general". No se trata de un anticipo del VII Congreso, ya que por una parte no se afirma la tesis de la tendencia al estancamiento del capitalismo y de la fascistización general del estado y se considera al impulso autoritario como incluido en la lógica misma del capitalismo de estado, como algo compatible con un desarrollo de las fuerzas productivas, aunque obstaculizado por el problema de las salidas; y por otra parte, Bujarin no renuncia, como de hecho lo hizo Dimitrov, a reformular una teoría unitaria de la revolución mundial y del proceso histórico. En este sentido, se puede decir que la investigación de Bujarin se ubica en el horizonte más nuevo del conocimiento sobre la fase histórica abierta por el año 1917 y que se caracteriza por el aislamiento de la URSS; aunque en su mismo trabajo no encontramos una respuesta satisfactoria a las cuestiones de análisis que, más que otros, señala como esenciales.

La constitución de una nueva identidad en el mundo, la fundación de un movimiento internacional y de un tema teórico ligado a esta última, no dan por fruto una expansión del conocimiento de los procesos reales, ni permiten la superación de la crisis del marxismo teórico, sino más bien producen momentos de separación más acentuada entre la teoría y la forma del desarrollo histórico. En aquellos casos en que, aun a costa de diferenciaciones políticas a veces dramáticas, avanza más el reconocimiento empírico y el esfuerzo auténtico de interpretación, en la Internacional comunista, sin embargo, no se reconsidera el tema de la crisis en relación con las nuevas tendencias a la reorganización capitalista, no se invierte, pues, la creciente disociación entre un análisis parcial e instrumental y una teoría canonizada, utilizable para diversas, y algunas veces opuestas, decisiones tácticas. La pretensión de reivindicar la actualidad del marxismo-leninismo se traduce en un verdadero bloqueo llevado a cabo a través de apresuradas sistematizaciones conceptuales de la producción y de la utilización de categorías capaces de apreciar el sentido y las implicaciones de perspectiva, de las evidentes contradicciones surgidas en relación con la previsión sobre la que se había constituido la Internacional.

Después de que los hechos habían demostrado la ineficacia de la categoría de "crisis general del capitalismo" y la inadaptación del mismo análisis leniniano de la "aristocracia obrera" y de los fenómenos de viscosidad de las sociedades occidentales, no se reformulan categorías sustitutivas; el agotamiento de la credibilidad de la idea leniniana de una vinculación entre revolución rusa y revolución mundial deja un vacío en la representación

teórica de la época en que se inscribe la Revolución de octubre y la recuperación capitalista en Occidente.¹¹

Las consecuencias políticas de esa impotencia teórica son múltiples y se pueden citar brevemente en relación con las diversas fases de la vida de la Internacional. En el periodo inicial, un planteamiento de tipo permanentista, primero con una variante consejista, y luego bajo una forma neoblanquista, caracterizó una organización que prescindía cada vez más, a pesar de los intentos de corrección entre el III y el IV Congreso, del nivel real de la crisis social de los países occidentales. En un segundo momento y con una diferenciación no secundaria entre Stalin y Bujarin se apuntó al significado de 1917 como anticipación de grandes revoluciones campesinas y particularmente en el mundo colonial, y no de la revolución en Occidente.¹² Esta orientación asumía, en Stalin, el sentido de una remoción sustancial del problema de la revolución en Occidente y de una autohipostatización de la URSS como modelo de revolución y de acumulación planificada, a partir precisamente de su atraso económico y político y, por consiguiente, de su especificidad y hasta *diversidad* respecto a los países capitalistas.¹³

A partir del VII Congreso se abrió una nueva fase en que la conservación de un patrimonio ideológico esencialmente invariado se hacía incompatible con una escisión de los objetivos y una diferenciación de los análisis específicos en el terreno nacional. A pesar de que es innegable que este planteamiento dio lugar históricamente a un desarrollo parcialmente autónomo de algunos partidos, que forzaba en los hechos el esquema inicial, actualmente, sin embargo, se reconoce ampliamente lo provisional de esas soluciones, el carácter frágil, no sustancial de las revisiones del marxismo-leninismo intentadas de acuerdo con el reclamo de concreción histórica y en definitiva de acuerdo con el empirismo y el pragmatismo político. No se trató de la articulación nacional de una estrategia unitaria. En los partidos organizados, salvo parcialmente en el caso italiano, sucedió algo muy distinto del intento mismo de Lenin de aplicar, con los escritos de finales del siglo y el libro de 1899 sobre el capitalismo ruso, el patri-

¹¹ L. Paggi, "La teoria generale del marxismo in Gramsci" en Istituto Giangiacomo Feltrinelli, *Annali* 1973, Milán, 1974, pp. 1318-1370.

¹² L. Baso, "Il leninismo oggi: introduzione al dibattito", en *Problemi del socialismo*, núm. 3, 1976; cf. también, la introducción de G. Haupt al libro de R. Medvedev, *Lo stalinismo*, Milán, 1977.

¹³ J. Stalin, "I principi del leninismo" (abril 1974), en *Opere complete*, vol. vi, Roma, 1952, pp. 92-920.

monio teórico a la especificidad de la formación social nacional, de forzar y de reconsiderar, de acuerdo con esto, el marxismo. Los ajustes historicistas del leninismo desembocaron en correcciones parciales y episódicas de la parálisis del marxismo de la Internacional, frente a fenómenos nuevos de vasto alcance que, como en el caso del neocapitalismo, del estado asistencial, de las modernas crisis de las sociedades capitalistas avanzadas y de los mismos problemas interpretativos planteados por las sociedades del "socialismo real", requieren una reconsideración teórica de la crítica de la economía política y una formulación del materialismo histórico, como premisa y punto de referencia de la investigación empírica.

En las tres distintas fases recordadas más arriba, el pensamiento de Lenin no favoreció la formulación de una teoría marxista del estado. Es difícil no ver en el análisis de la crisis capitalista una raíz de la incapacidad de la Internacional para constituir una teoría política que superase la primitiva concepción instrumentista del estado. La formación, sobre la base de la línea frentista, de movimientos reivindicativos y antifascistas de masa, a pesar de permitir una nueva relación con la democracia, no llenó este vacío, sino más bien confirmó ulteriormente los límites estratégicos del movimiento comunista en Occidente, la dificultad de mantener la dirección política del movimiento más allá de ciertos momentos históricos, o de expandirla a las situaciones capitalistas más avanzadas. De la afanosa búsqueda original de un prólogo de la continuación del proceso revolucionario y de la subsecuente formulación por parte de Stalin de un modelo universal, se pasa, en los últimos treinta años, a la tesis de que después de la ruptura histórica representada por 1917 vendría una fase de evolución progresiva del mundo capitalista al socialismo. Sobre todo en la posguerra, esta reformulación de la relación entre revolución rusa y transición mundial al socialismo va acompañada de una reactualización de la conocida "teoría" de origen leniniano sobre el "capitalismo monopolista de estado", aunque depurado del carácter contradictorio que todavía mantenía en Lenin y replanteado como instrumento neutral de reglamentación, controlable políticamente por los partidos del movimiento obrero. De este modo, es evidente que el movimiento comunista occidental se desligó, como había sucedido con las sociedades en transición (aunque en ese caso, dentro del marco de transformaciones con significado histórico: revolución anticolonial, industrialización de países atrasados, etc.), de objetivos sustancialmente internos con un horizonte estratégico que en Occidente las revoluciones pasivas

realizadas desde 1929 hasta 1945 habían sido capaces, por lo menos ideológicamente o de manera deformada, de afrontar y de apropiarse (la misma idea de plan, aunque separada del control de masa y de la crítica organizada de la relación social de producción).

Estas sucesivas variantes y adaptaciones estratégicas pueden contribuir a esclarecer el límite teórico del análisis del capitalismo y de la crisis de los años veinte. El pasaje de una representación catastrofista del futuro del capitalismo, incapaz de comprender la tendencia a la superación de la etapa competitiva, a una sobrevaloración del significado decisivo asumido en la perspectiva socialista por la expansión del capitalismo de estado, además de iluminar con una luz especial la crítica estaliniana a la teoría de Hilferding sobre el capitalismo organizado, recuerda en particular, entre las muy diversas teorías del derrumbe formuladas en la historia del marxismo, aquella economicista y al mismo tiempo estatista de la tradición ortodoxa de la II Internacional.

El catastrofismo y la idea estatista de la transición bloquean la profundización de la crítica del mecanicismo revolucionista, contenida *in nuce* en el hecho mismo del 1917. No sólo la práctica de Stalin, sino también la ideología leninista, como canonización arbitraria del pensamiento de Lenin, están profundamente empapadas del marxismo ortodoxo, repudiado sólo de manera aparente. El mismo voluntarismo burocrático estaliniano no es otra cosa que un coelemento de una estructura economicista que excluye y no da fuerza al papel protagónico de la subjetividad de las masas y la revalorización del terreno de la lucha ideal del Lenin dirigente de Octubre.

La deformación creciente provocada en las fuerzas productivas por la forma capitalista de su desarrollo, el condicionamiento capilar del capitalismo en su mismo opositor histórico, son tales que no permiten considerar agotado el juicio de Lenin que vertebró la decisión de Octubre de 1917: la desvinculación de la actualidad de la revolución de un rígido determinismo económico, del mecanismo de la cadena del desarrollo capitalista y la posibilidad de manifestación de contradicciones revolucionarias en países que no han alcanzado el mero esquema lógico de *El capital*. La subordinación del movimiento socialdemócrata internacional, la crisis del movimiento comunista y el final de su unidad mundial, son también fruto de las divisiones provocadas por un desarrollo imprevisto de las fuerzas productivas, entre fuerzas que Lenin había considerado unificables dentro de una nueva organización expresiva de un proyecto unitario: el proletariado de los países

capitalistas avanzados y los movimientos de emancipación del Tercer mundo. La Internacional comunista fracasó en la traducción del movimiento de renovación y de liberación inserto en el 1917, como soldadura de la lucha de la clase obrera y de los movimientos de emancipación de los estratos campesinos e intermedios, en la nueva y distinta situación histórica que siguió a la guerra mundial. Un aspecto no secundario de ese fracaso lo constituye el proceso de esclerosis del análisis, la deformación de la idea de la propia ubicación dentro del proceso histórico y la autoelección como modelo.

No es casual que las componentes del marxismo internacional que crearon instrumentos analíticos y teóricos más adecuados al nuevo nivel de las contradicciones económicas y sociales —tal vez sólo Gramsci en el ámbito de la ic— sólo hayan podido seguir adelante situándose sobre una nueva base, no sólo de rechazo del marxismo-leninismo, sino de revisión o de reinterpretación del mismo pensamiento de Lenin. La nueva forma de recomposición de teoría y movimiento no se ha dado todavía en la actualidad: la contribución de una reconsideración histórico-crítica del leninismo y del análisis de la crisis en la III Internacional puede consistir en ayudar a distinguir lo que ya pertenece al agotamiento de un instrumento ideológico, de lo que constituye un término de un problema todavía abierto.

CRISIS DEL SISTEMA CAPITALISTA-IMPERIALISTA Y REVOLUCIÓN SOCIALISTA EN LENIN **

Para Lenin, como para Marx y Engels y para los teóricos ortodoxos de la socialdemocracia anterior a 1914, la revolución socialista es, por esencia, internacional, mundial. Este postulado se funda en la naturaleza de las fuerzas productivas propias del capitalismo maduro, que lo configuran como sistema internacional, como mecanismo económico cuya dinámica tiende irresistiblemente a la integración planetaria de la sociedad humana. Producto, en última instancia, de la contradicción entre esas fuerzas productivas, llegadas a un alto grado de desarrollo, y las relaciones de producción capitalistas, la revolución socialista no puede por menos de revestir tal carácter mundial. Para no equivocarse sobre este postulado básico de la teoría de la revolución socialista de Marx a Lenin debe tenerse bien presente que el concepto de revolución tiene aquí el contenido definido en el conocido prefacio de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Se trata de la revolución social, que engloba revoluciones políticas (toma del poder por la clase obrera), destrucción procesual de las relaciones sociales propias del capitalismo, creación de las nuevas relaciones sociales, transformaciones culturales, etc., a lo largo de toda una época histórica. Pero la apertura de esta época revolucionaria de transición requiere como condición necesaria la conquista del poder político por la clase obrera en los centros vitales del sistema capitalista; si no simultáneamente por lo menos como

* Dirigente del Partido comunista español desde la guerra civil hasta 1964, año de su expulsión, vive actualmente en Madrid. Ha publicado en 1970 *La crisis del movimiento comunista* [La crisis del movimiento comunista, París, Ruedo Ibérico, 1970], en 1975 *Marx, Engels e la rivoluzione del 1848* [Marx, Engels y la revolución de 1848, Madrid, Siglo XXI, 1975] y en 1977 *Eurocomunismo e socialismo* [Eurocomunismo y socialismo, Madrid, Siglo XXI, 1977].

** Este texto se basa en el capítulo 2 (La crisis teórica) de mi libro *La crisis del movimiento comunista*, del que reproduce o sintetiza diversos pasajes, habiendo introducido sólo algunas rápidas anotaciones que no figuran

una sucesión de rupturas revolucionarias estrechamente ligadas en el tiempo y en el espacio.

Esta tesis del marxismo, de Marx a Lenin, de que la revolución socialista comenzaría en los países centrales del sistema capitalista se articulaba con la hipótesis de que dicho comienzo podría ser precedido y facilitado por revoluciones de otro tipo (democrático-burguesas, de liberación nacional) en países atrasados desde el punto de vista del desarrollo capitalista, donde la contradicción motora de la revolución se planteaba entre las relaciones de producción capitalistas y las precapitalistas, o entre la nación oprimida y la opresora. La revolución alemana en 1848, la rusa desde que comenzó a perfilarse netamente a finales del siglo XIX, entraron en esa hipótesis de Marx. Lenin la hizo suya en lo que respecta a la revolución rusa. En tal caso —es decir, si servían de prólogo a revoluciones socialistas en las metrópolis del sistema capitalista— las revoluciones presocialistas podían fundirse con las socialistas en un proceso revolucionario único y transformarse ellas mismas en socialistas gracias a la ayuda económica, militar y política del proletariado vencedor en los centros vitales del capitalismo.

La revolución rusa de 1905 afirma netamente a Lenin en esta perspectiva. Considera que "la revolución política rusa [concepto que designa aquí su carácter democrático-burgués, antizarista. rc] será el prólogo de la revolución socialista europea".¹ Y piensa que su destino —quedar encerrada en el marco capitalista o transformarse en socialista sin solución de continuidad— depende, justamente, de que sea "prólogo", es decir, de que sea seguida por la revolución socialista en Occidente. "Los obreros europeos nos mostrarán 'cómo se hace esto', y entonces nosotros, juntamente con ellos, haremos la revolución socialista."²

Al mismo tiempo Lenin integra en su visión global de la revolución mundial un nuevo vector que Marx no había previsto más que en raros momentos: el "despertar de Asia". "Tras el movimiento revolucionario de 1905 —escribe en 1913— la revolución democrática se ha propagado a toda Asia, a Turquía, Persia, China. Aumenta la efervescencia de la India inglesa [...] el movimiento democrático revolucionario se ha extendido ahora a la India holandesa [...]. El capitalismo mundial y el movimiento ruso de

¹ V. I. Lenin, "La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado" (1905), t. VIII, p. 274, de la 4ª edición rusa [en adelante citamos por esta edición].

² V. I. Lenin, "Etapas, direcciones y perspectivas de la revolución", t. X, pp. 73-74.

1905 han despertado definitivamente a Asia." "El despertar de Asia y el comienzo de la lucha que empeña el proletariado avanzado de Europa por el poder implican la inauguración de un nuevo periodo de la historia universal a principios del siglo xx." "Lenin comienza a ver la revolución rusa como el "prólogo" no sólo de la revolución socialista en Occidente sino de la revolución democrático-burguesa en Oriente.

Así, antes de que estalle la primera guerra mundial, Lenin ha concebido un esquema estratégico de la revolución mundial en aquella concreta coyuntura histórica, dentro del cual la revolución rusa es prólogo y nexo de la revolución socialista en Occidente y de la revolución democrático-burguesa en Oriente. Construcción teórica en la que se articulan tres tipos de revoluciones: las directamente socialistas en los países capitalistas avanzados; la democrático-burguesa rusa, que por realizarse cuando ya hay cierto desarrollo capitalista y un proletariado reducido pero concentrado y combativo podrá desembocar sin solución de continuidad, con ayuda del proletariado occidental victorioso, en revolución socialista; las revoluciones orientales, en las que por no existir apenas proletariado será forzoso una larga etapa capitalista *sui generis*. El agente clave de esta grandiosa combinación de fuerzas revolucionarias, que ha de inaugurar "un nuevo periodo de la historia universal a principios del siglo xx", es el proletariado de los países capitalistas avanzados. De él depende que la revolución rusa pueda llegar hasta sus últimas consecuencias y que las revoluciones orientales, una vez formado el proletariado, puedan, a su vez, pasar al socialismo. Y no se trata de una perspectiva lejana: se trata de un *hic et nunc* mundial en los años que preceden a la guerra del catorce. El grado de realismo de esta previsión teórica era función, ante todo —como es evidente— del grado de madurez de la revolución socialista en el capitalismo avanzado. Lenin está convencido de tal madurez y con él todos los líderes de izquierda de la socialdemocracia, incluido Kautsky, que en *El camino del poder* formula las siguientes tesis: 1) se ha entrado en la era de las revoluciones proletarias, 2) el capitalismo ha madurado ya para el socialismo y, en este sentido, no puede haber ya revoluciones prematuras, 3) la guerra se viene encima, y "la guerra es la revolución".⁴

Antes de la guerra, Lenin expresa esa convicción sin fundamentarla en un análisis de la lucha de clases y de la relación de fuer-

zas en los países capitalistas avanzados. Aparece en una serie de juicios apriorísticos: "Las masas obreras, en Alemania y en otros países, se agrupan más y más en el ejército de la revolución, y este ejército desplegará sus fuerzas en un futuro próximo, pues la revolución madura en Alemania y en otros países"; "sólo los ciegos no pueden ver que el socialismo se desarrolla ahora rápidamente entre la clase obrera de Inglaterra, que el socialismo se convierte de nuevo allí en un movimiento de masas, que la revolución social avanza en Gran Bretaña"; "la revolución se avecina en Norteamérica".⁵ Y en vísperas del estallido de la guerra escribe —como hemos visto más arriba en la cita de su texto sobre el "despertar de Asia"— que el proletariado europeo inicia la lucha por el poder. Cuando, comenzada la guerra, los dirigentes socialdemócratas forman bloque con los respectivos gobiernos en lugar de poner rumbo a la revolución aplicando la resolución del Congreso de Basilea de la Internacional (1912), Lenin reduce sustancialmente el problema a una "traición" de esos dirigentes. Pero ¿qué se ha hecho de ese "ejército de la revolución" al que poco antes veía en marcha hacia la conquista del poder?, ¿por qué secunda la "traición" en sus jefes? A esta interrogante crucial Lenin intenta dar una primera respuesta de fondo en su análisis del imperialismo, dos años después.

No es cuestión aquí de entrar en un análisis global de la investigación de Lenin. La evolución histórica posterior y nuevas investigaciones han confirmado algunos de los rasgos y tendencias fundamentales del imperialismo formulados en *El imperialismo fase superior del capitalismo*, imponiendo al mismo tiempo la matización o corrección de otros. En particular, de la tesis acerca de que la exportación de capitales redundaría en el rápido desarrollo capitalista de la periferia del sistema imperialista, mientras ocasionaría el "parasitismo", la "putrefacción", "descomposición" o "estancamiento" del capitalismo en los centros del capitalismo; de la tesis, ligada a este segundo aspecto de la precedente, sobre que dicha exportación era impuesta por la cuasi imposibilidad de inversiones rentables en las metrópolis del imperialismo, debido al atraso de la agricultura y el empobrecimiento de las masas, imposibles de superar en el marco del desarrollo capitalista. Pero con respecto al objeto central de este ensayo nos interesa fijar nuestra atención en la cuestión de la relación entre imperialismo y revolución socialista. Lo fundamental, a

⁴ V. I. Lenin, "El despertar de Asia", (1918), t. xix, p. 65-66.

⁵ Karl Kautsky, *El camino del poder*, México, Ed. Grijalbo, 1968, pp. 134-135, 142-144. [Véase la edición de Cuadernos de Pasado y Presente núm. 1.]

⁶ V. I. Lenin, "Paul Singer" (1911), t. xvii, p. 70; "La reunión del Buró socialista internacional" (1906), t. xv, p. 215; "Los éxitos de los obreros norteamericanos" (1912), t. xviii, p. 307.

este respecto, está contenido en dos tesis de Lenin, de efectos contradictorios. La primera se resume en que el imperialismo debe ser calificado de "capitalismo de transición, o más propiamente, de capitalismo agonizante".⁶ La segunda se resume en que el imperialismo alimenta el oportunismo en el movimiento obrero.

Al definir el imperialismo como "capitalismo de transición" Lenin apunta al grado elevado de socialización de la producción que implica la creciente concentración monopolista, principal raíz del imperialismo. Socialización que entra en contradicción con "las relaciones de economía y de propiedad privada". Esta "envoltura" —dice Lenin— "debe inevitablemente descomponerse si se aplaza artificialmente su supresión"; "puede permanecer en estado de descomposición durante un periodo relativamente largo (en el peor de los casos, si la curación del tumor oportunista se prolonga demasiado), pero, pese a todo, será ineluctablemente suprimida".⁷ Cuando Lenin matiza: "o más propiamente capitalismo agonizante", es indudable que quiere destacar la agudeza extrema a que ha llegado esa contradicción, la ineluctabilidad de su supresión, y si situamos este "matiz" en la coyuntura concreta no es arbitrario interpretarlo como alusión a la inmediatez de la revolución. Aunque unos meses después, en su informe sobre la revolución de 1905 a los jóvenes socialistas suizos, Lenin dice que tal vez los viejos —entre los que se incluye— no vean las batallas decisivas de la revolución que se ciernen sobre Europa, expresa su "plena seguridad" en que los jóvenes verán su triunfo. Cuando un mes más tarde la revolución se inicia en Petrogrado, Lenin puede pensar que hasta los "viejos" protagonizarán la victoria. En una palabra, el análisis del imperialismo le sirve a Lenin para fundamentar objetivamente que el sistema capitalista, llegado a su fase imperialista, ha llegado también al límite de sus posibilidades históricas, aunque prudentemente deje abierta la eventualidad de su supervivencia en estado de descomposición, putrefacción, etc. Pero no por mucho tiempo.

El factor determinante de esta eventualidad sería que el oportunismo en el movimiento obrero impidiese a éste aprovechar la profunda crisis del sistema capitalista-imperialista. De ahí que Lenin trate de encontrar una respuesta más satisfactoria que la simple "traición" de los jefes. Su explicación, como es bien sabido, consiste esencialmente en que las superganancias obtenidas de la explotación colonial permiten a los capitalistas de las metrópolis

⁶ V. I. Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo*, Madrid, Ed. Fundamentos, 1974, pp. 142-143.

⁷ *Ibid.*, p. 144. [Las cursivas son mías.]

corromper a una capa superior de los trabajadores, la llamada "aristocracia obrera". Cuando Martov le objeta que si el capitalismo avanzado condujera al reforzamiento del oportunismo o si los obreros mejor retribuidos mostraran inclinación hacia el oportunismo, la causa de los adversarios del capitalismo sería una causa perdida, Lenin responde con el sorprendente argumento de que "el desarrollo rápido del oportunismo no le garantiza en modo alguno una victoria sólida del mismo modo que la rapidez del desarrollo de un tumor maligno en un cuerpo sano no puede más que contribuir a que dicho tumor reviente antes, librando así de él al organismo".⁸ La metáfora del "cuerpo sano" venciendo ineluctablemente al "tumor maligno", que Lenin utiliza en varias ocasiones, le permite conciliar su explicación del oportunismo con la afirmación de la perspectiva revolucionaria. El "cuerpo sano", en efecto, es la masa del proletariado, a la que no llegarían —según el análisis de Lenin— las migajas de las superganancias coloniales. Más aun, la situación material de esa masa fundamental del proletariado tendería a empeorar, porque —dice Lenin— "si el capitalismo hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas de la población [...] no habría motivo para hablar de un excedente de capital".⁹ La tesis de que la exportación de capital tiene por causa principal la imposibilidad de inversión rentable dada la imposibilidad de elevar el nivel de vida de las masas ("porque entonces el capitalismo dejaría de ser capitalismo")¹⁰ sirve de fundamento objetivo a la tesis de la preservación del "cuerpo sano" del proletariado atacado por el "tumor maligno" del oportunismo. Si el imperialismo produce la "aristocracia obrera", que contribuye a su perpetuación, al mismo tiempo cava un foso cada vez mayor entre esta capa privilegiada y la masa del proletariado. Por tanto, el "ejército de la revolución" sigue en pie. Traicionado por la "aristocracia obrera", sólo necesita que a su frente se ponga un verdadero partido revolucionario. De ahí la urgencia de crear una nueva Internacional como Lenin propugna incesantemente en ese periodo. Con esta condición, la tesis de la madurez de la revolución en Occidente y el conjunto de su esquema estratégico de la revolución mundial podían conservar su validez.

Esta convicción inspira las "tesis de abril", donde Lenin, por primera vez, postula que la clase obrera rusa tome el poder antes que en Occidente, enfrentándose con la línea tradicional del partido bolchevique, según la cual no era posible iniciar la revolu-

⁸ *Ibid.*, p. 142.

⁹ *Ibid.*, p. 68.

¹⁰ *Ibid.*

ción socialista en las condiciones rusas sin que hubiera comenzado en Occidente. La posición de Lenin no está motivada únicamente por la original dualidad de poder creada después de febrero. Se basa, también —y fundamentalmente— en la convicción de que la revolución a escala mundial es inminente y la toma del poder por el proletariado ruso será su primer paso. "Con la revolución rusa de febrero-marzo —argumenta Lenin frente a sus contradictores— la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil. Esta revolución ha dado el *primer* paso hacia el término de la guerra. Pero sólo el *segundo* paso [la toma del poder por el proletariado ruso. *fc*] puede asegurar el fin de la guerra [...]. Esto será el comienzo de la 'ruptura del frente' en todo el mundo, del frente de los intereses del capital":¹¹ "la revolución obrera universal crece manifiestamente ante nosotros madura también entre los alemanes, y es cada vez más próxima en otros países [...] la situación mundial es cada vez más embrollada y no tiene salida fuera de la revolución obrera mundial", afirma Lenin poco después de las tesis de abril.¹² La decisión del Comité central bolchevique de preparar la insurrección armada no se basa sólo en la situación rusa sino en la maduración de la revolución socialista en toda Europa y en el peligro de que sobrevenga una paz por separado entre los imperialistas para ahogar la revolución rusa antes de que se inicie la revolución europea.¹³

La victoria de Octubre aparece como la primera gran comprobación histórica del esquema de Lenin. La angustiada situación de la revolución de 1918, que impone la humillante paz de Brest-Litovsk, confirma, por otra parte, la previsión leniniana de que la revolución rusa —en cuanto que revolución *socialista*— está condenada si no se extiende al Occidente. Pero en noviembre de ese año entra en escena la revolución alemana. "La revolución internacional —escribe Lenin al recibir las primeras informaciones— se ha aproximado de tal manera en una semana que hay que tomarla en cuenta como acontecimiento de los próximos días."¹⁴ Pero una nube ensombrece este desarrollo de los aconte-

¹¹ V. I. Lenin, "Las tareas del proletariado en nuestra revolución", en *Obras escogidas*, t. III, p. 58.

¹² V. I. Lenin, "Las lecciones de la crisis", t. XXIV, p. 185.

¹³ *Les bolchéviks et la révolution d'octobre (procès-verbaux du Comité Central du parti bolchévique, août 1917-février 1918)*, Maspero, París, 1964, p. 138. [En español, *Los bolcheviques y la Revolución de Octubre*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 28, México, 1978.]

¹⁴ V. I. Lenin, *Carta a Sverdlov*, del 1 de octubre de 1918, t. XXXV, pp. 301-302.

cimientos que parece ajustarse espectacularmente al esquema de Lenin: "La mayor desgracia para Europa, el mayor peligro que corre —escribe en esos mismos días— es que *no existe* partido revolucionario."¹⁵ De ahí la decisión de crear urgentemente, desoyendo la opinión del recién creado Partido comunista de Alemania (el grupo revolucionario más importante en ese momento después de los bolcheviques) de crear la Internacional comunista, el "partido mundial de la revolución". Al clausurar este primer congreso de la ic, Lenin declara: "La victoria de la revolución proletaria está asegurada en el mundo entero; la constitución de la república soviética internacional está en marcha."¹⁶ Pero lo que está en marcha, como prueban rápidamente los acontecimientos, es la derrota de los intentos revolucionarios proletarios en Europa. El mundo real se alejaba del mundo pensado.

La ic es creada como el instrumento organizacional, político e ideológico de esa concepción de la revolución mundial, de su madurez y de su curso concreto, que falla en la práctica. Se estructura como una organización semimilitar, estrictamente centralizada y jerarquizada a nivel mundial —a imagen y semejanza de las características que adquiere el partido bolchevique durante la guerra civil— porque está llamada a organizar y dirigir una revolución mundial que, de haberse materializado, habría tomado forzosamente, en aquella situación histórica, la forma de una serie de guerras revolucionarias, civiles e internacionales. Se constituye a base de una ruptura agresiva, inmediata de grupos minoritarios con las grandes organizaciones reformistas, políticas y sindicales, porque se parte de que la situación no admite espera y de que el "cuerpo sano" del proletariado está presto a escuchar la voz de los revolucionarios y a sacudirse el "tumor maligno" representado por los dirigentes oportunistas, o considerados tales. Su ideología se inspira miméticamente en la experiencia de la revolución rusa, en la que los sindicatos, los partidos obreros de masa, las instituciones democráticas conquistadas por los trabajadores, que caracterizan las formas de la lucha de clases en el capitalismo desarrollado, apenas han tenido expresión.

Las modificaciones tácticas que el III Congreso introduce en la política de la ic no cambian esas características porque el esquema estratégico permanece inalterado: una nueva guerra imperialista determinará una nueva gran crisis revolucionaria; la ruptura revolucionaria inicial del sistema se produciría, lo mismo que en

¹⁵ V. I. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, t. XXVIII, p. 93.

¹⁶ V. I. Lenin, *Discurso de clausura*, t. XXVIII, p. 453.

1917, en el país donde el nudo de contradicciones interiores y exteriores adquiriera el mayor grado de explosividad y contase con un partido comunista capaz de desempeñar análogo papel al del partido bolchevique en Rusia (se pensaba que ese nuevo "eslabón débil" sería probablemente Alemania); a partir de esa ruptura la revolución se extendería a los otros eslabones del sistema imperialista, países desarrollados y colonias. La única novedad en relación con el esquema anterior era que la ola revolucionaria contaría esta vez con un estado proletario, con una fuerza militar dispuesta a acudir en ayuda del proletariado internacional. Conservar y fortalecer esa ciudadela era, por tanto, una cuestión fundamental para la revolución mundial, y así lo planteaba el III Congreso. Pero el factor principal de la revolución mundial seguía siendo, como en el esquema de 1917, el proletariado de los países capitalistas avanzados.

Las primeras interrogantes sobre la pertinencia de este esquema vienen de su propio autor. En sus últimos trabajos, particularmente en su último artículo (febrero de 1923), Lenin no oculta su preocupación por la suerte de la revolución rusa y de la revolución mundial. Por primera vez pone en duda las posibilidades revolucionarias en los países capitalistas vencedores en la primera guerra mundial, debido a la capacidad de sus estados —gracias a la explotación de las colonias y de los estados europeos vencidos— de hacer concesiones a las clases oprimidas que retarden el movimiento revolucionario en ellos. Lenin busca la salida en tres direcciones fundamentales: la lucha de los pueblos oprimidos de Asia, la explotación de las contradicciones interimperialistas, y la industrialización a ritmo forzado de la Rusia soviética. Algunas de las ideas que Lenin esboza en este último momento de su vida han tenido un eco —llevadas al extremo— en las estrategias que ponen como protagonista principal de la revolución mundial a las masas del Tercer mundo. Otras han servido de norte a la estrategia estaliniana, sobre todo el principio de mantener al estado soviético fuera de los conflictos militares entre las potencias imperialistas, explotando con ese fin las contradicciones entre ellas. La idea también de dar primacía, en la concepción estratégica de la revolución mundial, al fortalecimiento económico y militar del estado soviético, idea que no es claramente formulada por Lenin pero puede deducirse de sus planteamientos. El VI Congreso de la ic consagrará el principio de que la URSS es "el motor internacional de la revolución proletaria", "la base del movimiento universal de las clases oprimidas, el hogar de la revolución internacional, el factor más grande de la historia del

mundo". De ahí que "la dictadura del proletariado en la URSS detenta la hegemonía del movimiento revolucionario mundial".¹⁷ La revolución en el Occidente capitalista deja definitivamente de ser —en la concepción de la ic— el eslabón básico de la revolución mundial, pasando a serlo el estado soviético, y en esa misma medida la ic —que desde el primer momento está bajo la jefatura ideológica, política y organizacional del grupo dirigente bolchevique, pero con un cierto margen de debate interno en vida de Lenin— se convierte en un instrumento incondicional del estado soviético.

A lo largo de esa evolución queda prácticamente sin investigar la problemática de la revolución en el capitalismo desarrollado. Su derrota o frustración en la primera gran crisis global del sistema capitalista-imperialista no conduce a los dirigentes bolcheviques y sus colaboradores extranjeros de la ic a una revisión fundamental de las concepciones iniciales. Cuando Lenin, en *El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo*, en sus intervenciones en el III Congreso y en otros momentos combate el izquierdismo que él mismo ha contribuido a suscitar, lo hace sólo desde un punto de vista taticista. No hay una investigación de las estructuras y dinámica de las sociedades occidentales, de las características de la lucha de clases en ellas. Intentos parciales, como el de Gramsci, no tienen repercusión alguna en la ic y sólo después de la segunda guerra mundial comenzarán a incorporarse a la reflexión sobre la revolución en Occidente.

La visión estratégica de la ic sigue descansando —a través de todos sus cambios tácticos— en las dos tesis de Lenin, más arriba comentadas: la tesis de que lo dominante en el capitalismo llegado a su fase imperialista es la tendencia a la "putrefacción", "descomposición", "estancamiento" de las fuerzas productivas, etc., tesis que la ic conceptualizará en la noción de "crisis general", sirve de fundamento para predecir constantemente la próxima crisis catastrófica; y la tesis de la "aristocracia obrera" en situación cada vez más antagónica con la tendencia dominante al empobrecimiento de las masas. El III Congreso, por ejemplo, sostiene que la única posibilidad de restablecimiento del capitalismo europeo reside en que la clase obrera se resigne a trabajar en condiciones inferiores a las de antes de la guerra, pero, afirma, "el proletariado de Europa no está dispuesto a ese sacrificio, reclama una mejora de sus condiciones de existencia, lo que actual-

¹⁷ *Thèses et résolutions du VI Congrès de l'I.C.*, Feltrinelli reprint, 1967, pp. 85-86, 62. [En español: *VI Congreso de la Internacional Comunista*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 66-67, México, 1977.]

mente está en contradicción absoluta con las posibilidades objetivas del capitalismo".¹⁸ Al chocar con esa "contradicción absoluta", la lucha económica de la clase obrera se transformará en lucha revolucionaria, enfrentándose con la dirección oportunista y encontrando en la ic la dirección apropiada. La política de frente único tiene por finalidad facilitar tal dialéctica. Con unas u otras variantes este supuesto estará en la base de las sucesivas políticas de la ic, sin excluir la de los frentes populares.

Se produce así lo que yo he llamado en mi estudio de la crisis del movimiento comunista una *crisis teórica*, es decir una incapacidad de dar respuesta teórica adecuada a los problemas reales que plantea la lucha por el socialismo. Incapacidad en las tres direcciones magistrales de esa lucha (aunque aquí nos estamos refiriendo solamente a la cuestión de la revolución en Occidente), porque también se manifiesta en relación con el desarrollo del régimen soviético y con el tema de las revoluciones de Oriente. La contradicción creciente entre la ic (sus estructuras, métodos, concepciones) y las exigencias de la lucha de clases en cada país y a escala internacional es la *expresión institucional* de dicha crisis teórica que, a su vez, se convierte en *obstáculo institucional* a su superación. Una de las causas de esta crisis teórica reside, a mi juicio, en el *efecto de seguridad teórica* que irradia la victoria de Octubre, justo en el momento en que más necesaria era la reflexión crítica. Todo parecía resuelto en principio —las vías de la revolución, la táctica, el modelo de partido— cuando en realidad todo se volvía más problemático que en ningún periodo precedente del movimiento obrero: en Occidente, donde la revolución había sido derrotada y la gran masa del proletariado hacía oídos sordos a lo que se le ofrecía como marxismo revolucionario; en Oriente, donde la revolución surgía en un medio casi inexplorado por el marxismo; en Rusia, donde aparentemente había triunfado la revolución socialista, contrariamente a las previsiones clásicas del marxismo y esta revolución quedaba aislada, cercada internacionalmente por el mundo capitalista e interiormente por el océano campesino y pequeñoburgués. Pero a diferencia de Marx, los heraldos de Octubre proclamaban ante los revolucionarios de todos los países: "¡He aquí la verdad, arrodillaos ante ella!" Actitud doctrinaria que no podía por menos de fomentar el sectarismo y el autoritarismo, de propiciar la dogmatización del marxismo.

¹⁸ Manifestes, thèses et résolution des quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste, Feltrinelli reprint, 1967, p. 91. [Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, Cuadernos de Pasado y Presente núms. 43 y 47, México, 1977.]

xismo bajo su versión bolchevique, de llevar a la subestimación de la originalidad nacional en los otros países. Aunque Lenin plantea la necesidad de no copiar mecánicamente la experiencia rusa, en *La enfermedad infantil* afirma rotundamente: "No son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios de nuestra revolución los que tienen importancia internacional."¹⁹ Esta actitud se extrema a medida que se produce la estalinización de la ic, teniendo por consecuencia una creciente *parálisis teórica*. Bujarin es uno de los raros dirigentes que comienza a tener conciencia de esta situación, planteando en su informe sobre la ic ante el XV Congreso del PCUS que la debilidad teórica de los partidos comunistas es una de las principales deficiencias de la Internacional, mientras que "la situación se ha hecho mucho más compleja y exige de los dirigentes un esfuerzo (teórico) mayor".²⁰ El mismo comienza a interrogarse en ese periodo —finales de los años veinte— sobre problemas de fondo relativos a los cambios estructurales del capitalismo y del estado, a las modificaciones en la composición sociológica de la clase obrera, a la excepcional novedad que para el marxismo representan las sociedades orientales, etc. Pero estas incitaciones a abordar la nueva problemática que presentaba el desarrollo mundial serán barridas en el curso de la lucha contra la "desviación de derecha".

No obstante, ni el aval prestigioso que la revolución de Octubre proporciona a la dogmatización del leninismo —o del leninismo estalinizado— como última palabra del marxismo, ni la función represiva del pensamiento que en medida creciente ejerce el mecanismo ideológico y administrativo de la ic, explican suficientemente esa parálisis teórica —salvo raras excepciones— en el comunismo occidental. Durante ese periodo la *intelligentsia* revolucionaria china comienza a enfrentarse con los esquemas fabricados en el centro moscovita y a elaborar una teoría original de la revolución china, análogamente a como la *intelligentsia* bolchevique había elaborado una teoría original de la revolución rusa. Pero los comunistas chinos actuaban y pensaban —como antes los bolcheviques— a partir de una *revolución en marcha*. En Occidente no había una incitación, una base objetiva de reflexión, equivalente. Las contradicciones específicamente capitalistas no habían generado aún una *revolución en acto*. Los brotes revolucionarios que siguen a la primera guerra mundial son producto, fundamentalmente, de factores contingentes engendrados por la

¹⁹ V. I. Lenin, *Obras escogidas*, ed. española, p. 357.

²⁰ Nikolai Bujarin, *La situation internationale et les taches de l'I.C.* Paris, Bureau d'Éditions, 1928, p. 43.

guerra, combinados con la influencia de la revolución rusa, y se resumen —cuando resultan victoriosos— en la liquidación de estructuras políticas (como la monarquía alemana) o la realización de reformas sociales que tienden a completar revoluciones burguesas “imperfectas”. Revelan la solidez y complejidad mucho mayor —comparativamente con las sociedades “gelatinosas” de tipo predominantemente agrario— de las estructuras del estado y de la sociedad civil en el capitalismo desarrollado. Como es bien sabido, la reflexión sobre esta revelación, puesta de manifiesto en la derrota de los consejos obreros italianos, fue el punto de partida de las meditaciones de Gramsci sobre las peculiaridades de la revolución socialista en Occidente.

En otros términos: la debilidad que revela entonces el marxismo en la elaboración de una teoría de la revolución en Occidente ¿no era la expresión de la inmadurez objetiva de la revolución socialista en el capitalismo desarrollado de aquella época? Si enfocamos el problema desde las tesis teóricas de Marx, la madurez objetiva de la revolución socialista se expresa en el hecho de que el sistema capitalista no sea capaz ya de desarrollar nuevas fuerzas productivas. Si en varios momentos de su existencia Marx y Engels consideran posible la victoria de la revolución socialista en Europa es porque piensan que el capitalismo había llegado a esa situación límite. La práctica histórica probó lo contrario y ellos reconocieron su error. Lenin reincide en el mismo error en relación con el capitalismo llegado a su fase monopolista e imperialista. Los dirigentes de la ic persisten en él, construyendo sobre esa base todos sus dispositivos estratégicos y tácticos. La misma concepción de la construcción del “socialismo en un solo país” se justifica como nueva teoría de la revolución mundial en la medida que junto a la perspectiva de la próxima construcción del socialismo en un país de las dimensiones y recursos de la URSS se alinea la realidad del estancamiento y putrefacción del capitalismo, supuestamente incapaz —como dice Trotski en su programa de transición, seguro de ser fiel al leninismo y coincidiendo con su implacable adversario— de contener todo nuevo crecimiento de las fuerzas productivas. Hoy Lenin y Trotski tendrían que proceder a la misma autocritica que Marx y Engels. Dos guerras mundiales y la gran crisis mundial intermedia, más otras menores, no han sido expresión de la llegada del capitalismo a una situación límite (en el sentido que venimos considerando), sino formas monstruosas —pero lo monstruoso es una categoría moral, no económica— de su transformación estructural, de adquisición de un nuevo poder expansivo de las fuerzas productivas. No hay

razón teórica para suponer que la actual crisis estructural no pueda tener una salida análoga si las fuerzas conscientes del movimiento obrero internacional y de los pueblos explotados por el imperialismo no son capaces de darle otra. Si esa incapacidad perdurara, el desarrollo mundial bien podría desembocar en el “ultraimperialismo” concebido por Kautsky (con la integración, en alguna forma hoy imprevisible, del imperialismo capitalista y del imperialismo “soviético”), en una sociedad mundial a lo Orwell.

Al entrar en el último cuarto del siglo xx, parece evidente que las dos tendencias principales del movimiento obrero inspiradas en el marxismo —el reformismo gradualista de la socialdemocracia y el revolucionarismo catastrofista del “partido comunista mundial” nacido de Octubre— no han podido dar respuesta satisfactoria al problema del socialismo en Occidente, aunque cada una de ellas haya contribuido a la elevación de la condición material y política de las masas trabajadoras. El desarrollo de las corrientes de izquierda en la socialdemocracia y la crisis irreversible del movimiento comunista, con la aparición del eurocomunismo, expresan la caducidad histórica de esas dos tendencias, al mismo tiempo que la búsqueda de una nueva vía hacia el socialismo en el capitalismo desarrollado. Expresión, también, de aquella crisis y portadores de esta búsqueda son los grupos comunistas constituidos a la izquierda de los partidos comunistas. Pero si al eurocomunismo le acecha la tentación socialdemócrata y a algunas corrientes socialistas de izquierda la tentación izquierdista, la mayoría de esos grupos comunistas caen en la estéril idea de que la reconstrucción del movimiento revolucionario pasa por la destrucción de las que hoy son —y seguirán siéndolo en un futuro previsible— las organizaciones más representativas del movimiento obrero. Con la paradoja de que no ofrecen como alternativa más que la vuelta a posiciones que están en el origen de la crisis del movimiento comunista internacional, cuando no proponen un simple mimetismo de movimientos revolucionarios apropiados —y no siempre— a otro tipo de sociedades. La actual línea del grupo de *Il Manifesto* ofrece, por el contrario, el ejemplo de una contribución crítica positiva, orientada a impulsar, teórica y prácticamente, las fuerzas que dentro de las organizaciones tradicionales buscan una nueva vía de lucha real por el socialismo.

LENIN Y OCCIDENTE

PREMISA

Lenin no fue nunca "mayoritario" en la Europa occidental. Cuando mucho, la disolución de la unidad residual del movimiento comunista internacional de los años sesenta y la aguda crisis de las sociedades socialistas dieron nuevas dimensiones a su influjo. Toma cuerpo, de esta manera, una situación en que se trata de identificar toda la tradición comunista como ajena a los problemas del socialismo en Occidente. Vuelven a la palestra lugares comunes de la socialdemocracia de los años veinte y treinta, según los que, en síntesis, no podía ni puede haber comunicación entre la experiencia emprendida a partir del Octubre ruso ("asiática" o bien "periférica" respecto al capitalismo y los problemas de la transformación socialista en los "puntos más altos" del desarrollo capitalista. Todo sería erróneo en la tradición comunista, la cual, por esto mismo, constituiría una rémora para la maduración de una conciencia socialista adecuada a las características de la Europa occidental. El responsable de esto sería Lenin: porque la "aplicación" de su modo de pensar generaba formas monstruosas de "capitalismo burocrático" y de inaudito totalitarismo, y porque se remontaban a su forma de pensar y sobre todo a su acción revolucionaria la perpetuación de la incapacidad analítica del marxismo en el tema de la crisis, la falta de elaboración de una teoría marxista del estado, la desaparición de los temas de la democracia política, que aparecen en cambio como esenciales en la edificación de la sociedad socialista.

No creo que para abordar los graves problemas que el movi-

* Giuseppe Vacca (Bari, 1939), profesor ordinario de Historia de las doctrinas políticas en la Universidad de Bari y miembro del Comité central del p.c.i. Colabora en numerosas revistas de la izquierda italiana. Entre sus numerosos trabajos recordamos *Politica e filosofia in Bertrando Spaventa* (Laterza, 1967); *Lukács o Korsch?* (De Donato, 1968); *Scienza, Stato e critica di classe* (De Donato, 1970); *Politica e teoria del marxismo italiano, 1959-1969. Antologia critica* (De Donato, 1972); *Saggio su Togliatti e la tradizione comunista* (De Donato, 1974); *Osservatorio meridionale. Temi di politica culturale fragli anni '60 e '70* (De Donato, 1977).

miento obrero ha ido encontrando en los años setenta sirva de nada tratar a Lenin como un "perro muerto". Más bien creo que su reflexión constituye todavía el punto más alto del pensamiento político marxista, si se excluye a Gramsci. Creo, finalmente, que en una nueva fase de crisis capitalista vale la pena volver a leer a Lenin, por la ayuda que presta para poder llegar a la tematización política de la crisis actual. Me propongo, por este motivo, regresar a algunos temas nodales del pensamiento de Lenin, desde el surgimiento de la "guerra imperialista" hasta la experiencia de la NEP.

El "socialismo real" se presenta cada vez más como una experiencia que no puede pronosticarse ni expandirse en los países de la Europa occidental. ¿Pero, qué sentido tiene cargársela sobre las espaldas a Lenin? Sólo una forma de pensamiento demasiado tosca, que interprete los procesos históricos como "aplicación" de un determinado modo de pensar político y se remita a éste buscando en la historia las "comprobaciones" o las "rudas contestaciones", sólo una actitud académica y pueril de esta naturaleza puede plantear el problema de Lenin en estos términos. Por el contrario, puede ser útil reinterpretar a Lenin en relación con nuestros problemas, en la medida en que en su reflexión se busque, no ya la solución de los mismos, sino más bien un estímulo para su tematización correcta. Si éste es el caso, nos toca a nosotros desentrañar las particularidades y buscar las soluciones. Si se comparte el juicio que acabamos de señalar sobre el "socialismo real" será mucho menos posible concebir otra "operación" con el pensamiento de Lenin, a no ser que exista un *interés político* por excluirlo del horizonte de nuestra investigación. También respecto a Lenin, como se hace en general cuando se reinterpreta un "autor", se trata de *comprender* exactamente su pensamiento y no otra cosa.

¿Por qué, entonces, Lenin y no otros? La respuesta es elemental. Su pensamiento forma parte de una coyuntura mundial de crisis y de *revolución*, que revelan las características de una *época* que todavía es la nuestra. Supongamos, pues, por hipótesis, que reinterpretar y comprender a Lenin de acuerdo con el orden de sus pensamientos pueda ayudar a poner en orden los nuestros: desgraciadamente más por la *diferencia* que por la similitud.

He escogido tres puntos nodales de la reflexión política de Lenin entre 1916 y 1922: la relación crisis-revolución, la cuestión del estado de transición y los problemas de la democracia socialista. Creo que con lo que he dicho se explica la razón por la que me limito a hacer una reconstrucción desde el interior de su pensamiento.

A primera vista, la afirmación leniniana de la actualidad de la revolución emana del carácter catastrófico de la guerra imperialista y de la alternativa dramática entre socialismo y barbarie que esta afirmación presenta a toda la humanidad. "Un cuajarón de sangre es lo que es la vida social y política en el momento histórico actual", observa Lenin en la primera de las *Cartas desde lejos*, en marzo de 1917. Y algunos meses después, al presentar al lector el opúsculo *El estado y la revolución*, afirma:

"La guerra imperialista ha acelerado y agudizado extraordinariamente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado. La monstruosa opresión de las masas trabajadoras por el estado, que se funde cada vez más con las todopoderosas asociaciones de capitalistas, se hace cada vez más monstruosa. Los países avanzados —nos referimos a su retaguardia— se convierten en cárceles militares para los obreros. Los horrores inauditos y las calamidades de una guerra de la que no se ve el fin, hacen insoportable la situación de las masas y refuerzan su indignación. Es evidente cómo madura la revolución proletaria internacional." ¹

En realidad, es mucho más importante el análisis leniniano de la estructura de la sociedad capitalista que ha llegado a la fase imperialista, que el hecho de que descubra no sólo el empuje de la revolución proletaria, sino también sus condiciones de posibilidad: condiciones nuevas, que se derivan precisamente de la reciente transformación imperialista del sistema capitalista, y que imponen la revolución proletaria al orden del día. La hacen *actual por ser posible*.

Ciertamente, sigue en pie el hecho de que la guerra es el principal "director" de la revolución proletaria. "La guerra crea una situación revolucionaria, genera estados de ánimo y fermentos revolucionarios en las masas, despierta por doquier, en la mejor parte del proletariado, la conciencia de lo pernicioso del oportunismo y exaspera la lucha contra el mismo", escribe Lenin en el *Proyecto de resolución de la izquierda de Zimmerwald*. "La guerra imperialista" es la que "inaugura la era de la revolución social". Pero, a pesar de ser la principal, se la analiza como una de las "condiciones objetivas de la época contemporánea", que

¹ V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras completas*, Madrid, Akal, 1976, t. xxvii, p. 13.

"ponen al orden del día la lucha revolucionaria de masa del proletariado". Y en el mismo *Proyecto* se reduce al contexto histórico que explica, en primer lugar, su *génesis* y su *especificidad*, y, en segundo lugar, determina por sí mismo la *madurez* del socialismo:

“La guerra actual ha sido engendrada por el imperialismo. El capitalismo ha llegado a su fase suprema. Las fuerzas productivas de la sociedad y la entidad del capital han superado los estrechos límites de los distintos estados nacionales. De ahí se deriva la tendencia de las grandes potencias a servir a naciones extranjeras, a conquistar colonias, como fuentes de materias primas y salidas para la exportación del capital. Todo el mundo se fusiona en un único organismo económico, todo el mundo está dividido entre un puñado de grandes potencias. Las condiciones objetivas del socialismo han llegado a su completa madurez y la guerra actual es una guerra de los capitalistas por obtener privilegios y monopolios que puedan retardar el derrumbe del capitalismo.”²

Así pues, la guerra imperialista continúa con otros medios la política de las grandes potencias por el predominio del mundo y sobre todo por impedir o retardar la revolución socialista. Aunque la rebelión de las masas se acelere en realidad y se vuelva inevitable por el carácter bárbaro de la nueva guerra, la madurez del socialismo finca sus razones en procesos más complejos y profundos que la misma guerra. Veamos, en síntesis, la evaluación que hace Lenin de la transformación imperialista del capitalismo:

"El imperialismo es el grado más alto del capitalismo y sólo se ha alcanzado en el siglo xx. Para el capitalismo, han resultado estrechos los viejos estados nacionales, sin cuya formación no habría podido derrotar al feudalismo. El capitalismo ha desarrollado de tal manera la concentración, que ramas enteras de la industria están en manos de sindicatos, de trust, de asociaciones de capitalistas multimillonarios, y casi todo el globo está dividido entre estos 'señores del capital' o en forma de colonias o mediante la red de la explotación financiera que ata con miles de hilos a los países extranjeros. El libre comercio y la competencia fueron sustituidos por la tendencia al monopolio, por la usurpación de tierras para emplear en ellas capitales, para exportar materias primas, etc. De liberador de las naciones que estaban en lucha contra el feudalismo, el capitalismo se convirtió, en la fase imperialista, en el mayor opresor de las naciones. De progresista, el

* V. I. Lenin, *Proyecto de resolución de la izquierda de Zimmerwald*, en *Obras completas*, t. xxii, pp. 453-456.

capitalismo se transformó en reaccionario; desarrolló a tal punto las fuerzas productivas, que la humanidad debe pasar al socialismo o soportar por años, y hasta por decenios, la lucha armada entre las 'grandes' potencias por la conservación artificiosa del capitalismo mediante las colonias, los monopolios, los privilegios y las opresiones nacionales de toda especie."³

Así pues, el desarrollo inusitado de las fuerzas productivas, suscitado por el imperialismo, es lo que hace explotar la forma capitalista de las relaciones de producción y de las relaciones entre las clases, y es lo que determina la madurez del socialismo. Y contiene elementos portavoces de una época de revoluciones. En efecto, el enorme desarrollo de las fuerzas productivas, en la transformación imperialista del capitalismo, implica una extraordinaria socialización de la producción y una no menos extraordinaria centralización de la apropiación, del control sobre la producción y, en suma, del dominio, a escala mundial. "La competencia se transforma en monopolio. Y de ahí se deriva un inmenso proceso de socialización de la producción. En especial, se socializa el proceso de los mejoramientos y de las invenciones técnicas. —Esta es una cosa muy distinta de la antigua libre competencia entre empresarios dispersos y desconocidos entre sí, que producían para la venta en mercados desconocidos. La concentración ha hecho progresos tales que ya es posible hacer un cálculo aproximado de casi todas las fuentes de materias primas [...] de un determinado país, y hasta [...] de una serie de países, y hasta de todo el mundo. Y no sólo se procede a un cálculo semejante, sino que las minas, los territorios productores son acaparados por colosales consorcios monopolistas. Se calcula aproximadamente la capacidad del mercado que se 'reparte' entre los consorcios basándose en acuerdos. Se monopoliza la mano de obra calificada, se acaparan los mejores técnicos, se meten las manos en los medios de comunicación y de transporte [...]. El capitalismo, en su etapa imperialista, lleva a la socialización más universal de la producción; arrastra, por así decirlo, a los capitalistas, a despecho de su conciencia, a un nuevo ordenamiento social que marca la transición de la libertad de competencia completa a la socialización completa. —Se socializa la producción aunque la apropiación de los productos sigue siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad de un reducido número de personas. Sigue intacto el marco general de la libre competencia reconocida formalmente, pero la opresión que unos cuantos monopolistas ejercen

³ V. I. Lenin, *El socialismo y la guerra*, *ibid.*, pp. 405-406.

sobre el resto de la población se hace cien veces mayor, más pesada, más insoportable."⁴

Cambia, de este modo, la *estructura social* del capitalismo: en primer lugar, el peso social de los productores se acrecienta hasta convertirse en determinante, ya que *toda* la producción y reproducción dependen cada vez más de la *producción de mercancías a gran escala*, monopolizada; en segundo lugar, su *ser social* se transforma, ya que su separación de los medios de producción está mediatizada por nuevas formas de subordinación, de las que surgen de manera inusitada y preponderante, elementos de *masificación* y de *unificación* de los productores, en lugar de la vieja y clásica atomización, mediatizada por el mercado. *Las relaciones sociales de producción que se van modificando* son las que constituyen "la base" y "el sustrato de este entrecruzamiento" entre todos los repartos de la economía mundial ya unificada, explica Lenin, polemizando con los economistas burgueses. Este proceso, más que un "entrecruzamiento", presenta los rasgos de una inmensa *socialización* de la producción. Esta socialización se convierte en el aspecto dominante de la sociedad capitalista, que hace cada vez menos realizables las viejas formas de apropiación y las viejas relaciones sociales, pauta la forma más alta y madura de la contradicción capitalista que hiere de muerte al viejo mundo, determina una situación de objetiva madurez para la transformación socialista que identifica, según Lenin, el imperialismo como "capitalismo de transición":

"Cuando una gran empresa adquiere dimensiones gigantescas y se vuelve rigurosamente sistematizada y, de acuerdo con una evaluación exacta de innumerables datos, organiza metódicamente el aprovisionamiento de materia prima original en la proporción de dos tercios o de tres cuartos de todos los requerimientos de una población de varias decenas de millones; cuando está organizado sistemáticamente el transporte de esta materia prima en varios centros oportunos de producción, tal vez separados uno de otro por centenas o millares de kilómetros; cuando un centro único dirige todas las etapas sucesivas de elaboración de la materia prima hasta la producción de las más variadas manufacturas; cuando la repartición de esos productos entre centenares de millones de consumidores se realiza de acuerdo con un plan preciso [...], entonces resulta claro que se está ante una socialización de la pro-

⁴ V. I. Lenin, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, en *Obras completas*, t. xxiii, pp. 323-324.

ducción y no simplemente frente un 'entrecruzamiento'; que las relaciones de economía privada y de propiedad privada forman una envoltura que ya no corresponde al contenido, envoltura que debe ir inevitablemente a la putrefacción, si se obstaculiza artificialmente su eliminación, el estado de putrefacción podrá durar desgraciadamente todavía por un tiempo relativamente largo [...], pero finalmente será fatalmente eliminado."⁵

El distinto desplazamiento de las masas constituye la base esencial de la actualidad de la revolución. Su peso social es ya de tal magnitud que las mismas clases dominantes deben descender a su nuevo terreno para mantener el propio dominio. Estas clases deben organizar a las masas desde lo alto para poder dividir y subordinar. Y esto desplaza continuamente los términos de su sistema de dominio, ya que la unificación social es un dato dinámico, cada vez más marcado por el crecimiento tendencial de la autonomía y del influjo de las masas. Las clases dominantes pueden garantizarse la pasividad de aquéllas solamente si logran organizar la descomposición. Lenin toma como modelo de esta dialéctica social nueva el "sistema lloydgeorgiano", compuesto de organización de masas desde lo alto, de expansión de las funciones del estado y de demagogia social. El dato objetivo que también pone en evidencia es la imposibilidad de prescindir del creciente peso social y de la autonomía tendencialmente creciente de las masas en la determinación del sistema de dominio de la burguesía. "En nuestro siglo, observa Lenin, no se puede prescindir de las elecciones, no se puede prescindir de las masas; y en la época de la prensa y del parlamentarismo es imposible arrastra a las masas al propio séquito sin un sistema ampliamente ramificado, metódicamente aplicado, sólidamente aderezado de lisonjas, mentiras, fraudes, de juegos de palabras populares y a la moda, de promesas —hechas a diestra y siniestra— de toda clase de reformas y de toda clase de beneficios para los obreros, con objeto de que renuncien éstos a la lucha por derrotar a la burguesía. Definiría lloydgeorgiano —añade— a este sistema, por el nombre de uno de sus más avanzados y hábiles representantes en el país clásico del 'partido obrero burgués', por el nombre del ministro inglés Lloyd George. Hombre de negocios de primer orden, en su cualidad de burgués, viejo filibustero de la política, orador popular capaz de sostener cualquier discurso, hasta uno revolucionario, ante un público de obreros y capaz de hacer aprobar considerables limosnas a los obreros obedientes bajo la forma de reformas sociales (seguros, etc.)."

⁵ *Ibid.*, p. 424. Las cursivas de los pasajes anteriores son nuestras.

Lloyd George sirve magníficamente a la burguesía, y le sirve precisamente *entre* los obreros, ejerce su influencia *precisamente* entre el proletariado, ahí donde es más necesario y más fácil someter moralmente a las masas."⁶

La necesidad de contrastar el hecho nuevo del *protagonismo de las masas* así como la necesidad de las guerras por la repartición del mundo, sosteniendo la progresiva *militarización* de los estados capitalistas, que se combina con la creciente subordinación de los aparatos estatales a las concentraciones monopolistas y al desarrollo del dominio del monopolio sobre la economía entera, a través de la expansión de las funciones de subordinación social encomendadas al estado. De tal modo, que al estallar la guerra, el capitalismo imperialista adquiere cada vez más, de manera global, la *forma fenoménica de capitalismo monopolista de estado*. "El capitalismo mundial que en las décadas del 60 y 70 del siglo pasado era una fuerza avanzada y progresiva de la libre competencia, y que al principio del siglo xx se transformó en capitalismo *monopolista*, es decir, en imperialismo, dio un gran paso *hacia adelante* durante la guerra, no sólo de una mayor concentración del capital financiero, sino también hacia su transformación en *capitalismo de estado*."⁷ A esta altura éste muestra en toda su amplitud su dinámica más íntima, encaminada a contrastar el ascenso de las masas, aunque sin poder impedir su creciente unificación. De ahí el enorme desarrollo de sus rasgos burocráticos y autoritarios. De acuerdo con las observaciones de Lenin, el imperialismo —la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado— revela un extraordinario fortalecimiento del 'aparato estatal', y un incremento inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con la intensificación de las medidas represivas contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres."⁸

La guerra abre una contradicción mortal para el sistema capitalista, porque, para combatir entre sí, las potencias imperialistas se ven obligadas a estimular y hasta organizar tal grado de *actividad de las masas*, que afecta ya toda posibilidad de que éstas vuelvan luego a ser controladas y reconducidas a la pasividad y a la subordinación. "Tomemos el ejército moderno", dice Lenin,

⁶ V. I. Lenin, *El imperialismo y la división del socialismo*, en *Obras completas*, t. xxiv, p. 126.

⁷ V. I. Lenin, *Un viraje en la política mundial*, *ibid.*, p. 289.

⁸ V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, *cit.*, pp. 43-44.

a título de ejemplo. "Esta organización es buena únicamente por que es flexible y, al mismo tiempo, es capaz de dar una sola voluntad a millones de hombres. Hoy todos estos millones de hombres viven en su propia casa en diversos puntos del país. Mañana se decreta la movilización y he aquí que se reúnen en puntos determinados. Hoy viven en las trincheras y permanecen ahí tal vez por meses enteros. Mañana, ordenados de diversa manera, irán al asalto. Hoy hacen milagros cuidándose de las balas y de las bombas. Mañana harán milagros en la batalla a campo abierto. Hoy sus destacamentos avanzados colocan minas bajo tierra, mañana recorrerán decenas de kilómetros al descubierto, siguiendo las indicaciones de los aviadore. Esto se llama organización: millones de hombres animados por una sola voluntad, en nombre de un solo objetivo, cambian la forma de su propia relación y de su propio modo de actuar, cambian el lugar y los métodos de su actividad, cambian los instrumentos y las armas de acuerdo con las condiciones distintas y con las exigencias de la guerra."⁹ He aquí entonces que la definición del carácter revolucionario de la situación abierta por la guerra imperialista no se deriva de la exasperación de las masas y de la barbarie insoportable y sin salida en que éstas se ven arrojadas, sino principalmente del grado nuevo de *unificación, organización y actividad* que las mismas clases dominantes se ven obligadas a provocar en las masas. "A medida que la guerra se prolonga y se exaspera, los gobiernos mismos se desarrollan con más fuerza y se ven obligados a desarrollar la actividad de las masas, incitándolas a una tensión extraordinaria de sus fuerzas y al sacrificio de ellas mismas. La experiencia de la guerra, como de exterminio de un estado cualquiera. La conclusión de la paz desastre o cualquier cambio de dirección en la vida de una persona, embrutece y abate a unos y educa y temple a otros, de tal manera que en conjunto, en la historia de todo el mundo, el número y la fuerza de estos últimos supera el número y la fuerza de los primeros, con excepción de los casos aislados de decadencia y de exterminio de un estado cualquiera. La conclusión de la paz no sólo no puede poner fin 'de golpe' a todas estas calamidades y a toda esta agravación de las contradicciones, sino, por el contrario, en muchos aspectos, las hará más sensibles y particularmente evidentes a las masas más atrasadas de la población. En una palabra, para la mayoría de los países más desarrollados y para las grandes potencias de Europa, la situación revolucionaria es evidente."¹⁰

⁹ V. I. Lenin, *La bancarrota de la II Internacional*, en *Obras completas*, t. XXII, pp. 349-350.
¹⁰ *Ibid.*, p. 312.

El conjunto de estos datos y de estos análisis sostiene la definición leniniana de la *ley de todas las revoluciones*, que se deduce de los elementos que definen la situación *presente* como una situación revolucionaria. "¿Cuáles son, en general, los síntomas de una situación revolucionaria?", es la pregunta que se plantea Lenin en la primavera de 1915, a un año aproximadamente de la explosión de la guerra imperialista. "Ciertamente no nos equivocamos, responde, señalando entre los síntomas principales los siguientes: 1] la imposibilidad que tienen las clases dominantes de conservar su dominio sin modificar la forma; una crisis en los 'estratos superiores', una crisis en la política de la clase dominante que abre una fisura en que se anidan el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para el estallido de la revolución no basta ordinariamente que los 'estratos inferiores no quieran', sino es necesario también que los 'estratos superiores no puedan' vivir como en el pasado; 2] una agravación, mayor que de ordinario, de la angustia y de la miseria de las clases oprimidas; 3] debido a las causas susodichas, un relevante aumento en la actividad de las masas, que, en un periodo 'de paz' se dejan depredar tranquilamente, pero que en tiempos borrascosos se dejan llevar por todo el conjunto de la crisis o *por los mismos 'estratos superiores'*, a una acción histórica independiente."¹¹

Lo que define como revolucionaria una situación es, pues, la perturbación de las relaciones entre todas las clases, activada y alimentada por el cambio radical de la actitud de las clases explotadas hacia las clases dominantes y hacia las instituciones. El punto de apoyo de la situación revolucionaria está en el carácter *activo* de la presencia y del papel de las masas, que las mismas clases dominantes se ven obligadas a estimular, en las nuevas dimensiones de la *organización y unificación* de las clases explotadas que, vueltas necesarias por la guerra, no les permiten a las clases dominantes gobernar con los mismos métodos y con los mismos instrumentos del pasado. La *actualidad de la revolución*, en una palabra, es provocada por el nuevo e irreversible *protagonismo de las masas*, que emana de la misma estructura de la sociedad capitalista, a la altura del capitalismo monopolista de estado, y a consecuencia de la guerra imperialista. "Hasta qué punto la sociedad contemporánea esté madura para pasar al socialismo —afirma Lenin— lo ha demostrado la guerra, en el momento mismo en que la tensión de las fuerzas del pueblo ha exigido que un centro único rigiese toda la vida económica de más de cincuenta millo-

¹¹ *Ibid.*, p. 310.

nes de hombres. Si esto es posible bajo la dirección de un puñado de junkers, de acuerdo con el interés de pocos magnates de las finanzas, no lo será menos, ciertamente, bajo la dirección de los obreros conscientes, de acuerdo con el interés de nueve décimas partes de la población despojada con el hambre y con la guerra.”¹²

Así pues, el análisis de Lenin se concentra sobre todo en los elementos estructurales que hacen posible la revolución socialista y definen el papel de las masas en términos mucho más complejos que la simple rebelión a las condiciones insostenibles impuestas a las mismas por la guerra. “Ninguna insurrección creará el socialismo si éste no está maduro económicamente [...]. La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista [...] no sólo porque la guerra con sus horrores genera la insurrección proletaria [...] sino porque el capitalismo monopolista de estado es la preparación material más completa del socialismo, es su antesala, es el escalón de la escala histórica que ningún escalón intermedio separa del escalón llamado socialismo.”¹³

II. LAS FORMAS POLÍTICAS DE LA TRANSICIÓN

Las transformaciones de la sociedad capitalista permiten definir las características de la revolución proletaria. La identificación global del imperialismo con el capitalismo monopolista de estado se relaciona, de hecho, con la definición de la forma política de la revolución proletaria como revolución democrática y popular.

La nueva combinación económica y política provocada por la subordinación del aparato del estado a los grandes grupos monopolistas determina una estructura social caracterizada por el surgimiento del primado de la política. La acumulación, la reproducción ampliada, la distribución, el control de la producción y de la sociedad se inscriben cada vez más en las estructuras del estado y dependen cada vez más directamente de los centros de la dirección política de toda la sociedad. Bajo el creciente dominio del capital monopolista, el estado y la dirección política se concentran en las manos de las más grandes “potencias” económicas. De tal manera que las instituciones políticas intervienen cada vez más no sólo en la reproducción de las relaciones de producción capitalistas, sino también, de manera directa, en el progresivo

¹² V. I. Lenin, *Obras completas*, t. XXIV, pp. 291-292.
¹³ V. I. Lenin, *La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella* en *Obras completas*, t. XXVI, p. 442.

desplazamiento de los ganglios del poder político y económico en manos de los grandes grupos monopolistas y resuelven a su favor las contradicciones originadas por las “desproporciones” del desarrollo monopolista.

De este modo se determina una estructura social que exalta el poder de mando incorporado en las instituciones políticas, y combina la inusitada e irreversible socialización de la producción con la concentración del poder político y su creciente incidencia.

Si, a esta altura, la transformación socialista está madura, en tanto que todos los instrumentos para la dirección programada de la economía ya están materialmente preparados, bajo el perfil político ésta le plantea al proletariado el problema del poder como conquista de la dirección política de la sociedad entera, para que al carácter cada vez más social de la producción le corresponda una socialización de sus medios, de sus fines y de sus orientaciones. Estos contenidos definen su forma como consecuentemente democrática, como un desarrollo a fondo de la democracia que acompañe y exprese la realización de un control social integral de la producción. “¡Intentad sustituir momentáneamente”, dice Lenin ilustrando su tesis sobre el capitalismo monopolista de estado como “antesala” del socialismo, “el estado de los junkers y de los capitalistas, el estado de los grandes propietarios de la tierra y de los capitalistas, con un estado democrático revolucionario, con un estado que destruya en forma revolucionaria todos los privilegios y no tema llevar a cabo de modo revolucionario la democracia más completa! ¡Veréis que el capitalismo monopolista de estado, en un estado verdaderamente democrático revolucionario, significa inevitable e indefectiblemente un paso, y más que un paso, hacia el socialismo! En efecto —prosigue—, si una empresa capitalista grandísima se convierte en un monopolio, quiere decir que trabaja para todo el pueblo. Si se convierte en monopolio de estado, quiere decir que el estado [...] dirige toda esta empresa. ¿A favor de quién? O a favor de los grandes terratenientes y de los capitalistas, en cuyo caso no tendremos un estado democrático revolucionario, sino burocrático reaccionario, una república imperialista; o a favor del interés de la democracia revolucionaria, en cuyo caso constituirá un paso hacia el socialismo. Porque [...] el socialismo no es otra cosa que el monopolio capitalista de estado puesto al servicio de todo el pueblo, y que en cuanto tal, ha dejado de ser monopolio capitalista.”¹⁴

La dirección política de la clase obrera se orienta a eliminar

¹⁴ *Ibid.*, p. 44.

la opresión y la explotación no sólo del proletariado, sino de todas las clases oprimidas, es decir, del pueblo. Por el contrario, la conquista del poder de estado por parte de la clase obrera no puede realizarse sin el concurso determinante de todo el pueblo, del que ésta sólo forma una parte y no siempre la más numerosa. Así pues, la revolución proletaria no sólo es, en su forma, democrática, sino que está madura y se desarrolla en grado sumo en el campo de la democracia, ya que, a medida que ésta está más adelantada, permite más la experimentación de la lucha de clase por parte de todos los sectores de las masas explotadas, la alianza entre todas las clases oprimidas y su unificación contra el enemigo común, identificado finalmente en el sistema de dominio del capital. "La república democrática [...] pues —afirma Lenin—, sin eliminar en manera alguna la dominación del capital y, por consiguiente, ni la opresión de las masas, ni la lucha de clase, lleva inevitablemente a una expansión, a un desarrollo, a un despliegue e intensificación tales de esta lucha, que, no bien se hace posible satisfacer los intereses vitales de las masas oprimidas, esta posibilidad se realiza inevitable y exclusivamente por medio de la dictadura del proletariado, por medio de la dirección de estas masas por el proletariado."¹⁵

El carácter popular de la revolución proletaria ya había sido sostenido por Marx, en sus escritos sobre la Comuna, y designa al conjunto de las "fuerzas motrices" de la revolución proletaria. A esta altura del desarrollo capitalista contemporáneo, éstas son "el proletariado y los campesinos", las "dos clases precisamente" que "en ese entonces constituían el 'pueblo'". "Estas dos clases —afirma Lenin— están unidas por el hecho de que 'la máquina burocrático-militar del estado' oprime, aplasta y explota a ambas. Romper esta máquina, hacerla añicos —éste es el interés real del pueblo, de su mayoría, de los obreros, y de la mayoría de los campesinos, ésta es la 'condición preliminar' de la libre unión de los campesinos más pobres con el proletariado, ya que sin esa alianza la democracia no es sólida y la transformación socialista es imposible."¹⁶ La forma democrática y popular de la revolución proletaria designa, pues, la actitud de la revolución socialista del proletariado hacia el estado¹⁷ y encarna el carácter político. En el fondo designa al socialismo como fase histórica y proceso mundial de transición del capitalismo al comunismo, y el estado de la dictadura del proletariado, en cuanto

¹⁵ V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, cit., p. 80.
¹⁶ *Ibid.*, p. 51.
¹⁷ *Ibid.*, p. 14.

forma política adecuada a dicho proceso, como estado de transición, como forma peculiar del estado, que se encamina a la extinción y empieza a "deteriorarse" inmediatamente después de la conquista del poder por parte del proletariado, o bien, como "semi-estado", como veremos un poco más adelante.

"El comunismo —observa Lenin citando a Marx —proviene del capitalismo, se desarrolla históricamente a partir del capitalismo y es el resultado de acciones de una fuerza social que se origina a partir del capitalismo." Marx, recuerda Lenin, "plantea el problema del comunismo como un naturalista plantearía el problema del desarrollo, digamos, de una nueva especie biológica, conociendo el modo en que ha surgido y su tendencia de desarrollo."¹⁸ Así pues, "teóricamente está fuera de toda duda que entre el capitalismo y el comunismo existe un determinado periodo de transición [...] debe ser obvia la necesidad de una época histórica completa que se distinga por los rasgos propios de los periodos de transición".¹⁹ Desde la *Crítica del programa de Gotha*, Marx plantea la cuestión de la sociedad socialista como sociedad de transición y de su forma estatal específica, ya que "la transición de la sociedad capitalista, que se desarrolla hacia el comunismo, a la sociedad comunista, no es posible sin un 'periodo político de transición' y el estado en este periodo puede ser únicamente la dictadura revolucionaria del proletariado".²⁰ Haciendo el balance de los primeros dos años de revolución proletaria, Lenin, por su parte, enuncia las características de la transformación socialista de la manera siguiente:

"El socialismo es la supresión de las clases. Para abolir las clases es necesario ante todo eliminar los grandes terratenientes y los capitalistas. Esta parte de la tarea ya la hemos cumplido, pero es sólo una parte, y no la más difícil. Para hacer desaparecer las clases es necesario, en segundo lugar, destruir la diferencia que existe entre el obrero y el campesino, y convertirlos a todos en trabajadores. Y es imposible hacerlo de golpe. Éste es un problema muy complejo y, por la fuerza de las circunstancias, su solución requiere un largo periodo de tiempo. Es imposible resolverlo eliminando una clase. Se puede resolver únicamente reorganizando toda la economía social, mediante el paso desde la pequeña economía mercantil, individual, aislada, hasta la gran economía so-

¹⁸ *Ibid.*, p. 93.

¹⁹ V. I. Lenin, *Economía y política en la época de la dictadura del proletariado*, en *Obras completas*, t. xxxii, p. 84.

²⁰ V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, cit., p. 95.

cial. Este paso se lleva a cabo necesariamente con mucha lentitud."²¹

En este periodo de transición, que se prolonga por toda una época histórica y por todo el tiempo necesario para la construcción de una economía regulada, el proletariado necesita una forma particular del estado, un "estado de transición" como lo es el estado de la dictadura del proletariado o "semi-estado". "Durante la transición del capitalismo al comunismo, la represión es todavía necesaria, pero se trata de una represión de la minoría de los explotadores por parte de la mayoría explotada. Todavía es necesario un aparato especial, una máquina especial para la represión, un 'estado', pero ya no se trata de un estado en sentido propio sino de un estado de transición."

Esto porque con la conquista del poder de estado por parte de la clase obrera cambian radicalmente las funciones de la política en relación con la producción. Ya no se trata de imponer a la inmensa mayoría de los productores la expropiación del producto y la separación respecto a los medios de producción; ni de mantener el desarrollo de las fuerzas productivas dentro de límites que garanticen la reproducción de las clases; mucho menos se trata de imponer límites económico-corporativos a los distintos segmentos de las clases subordinadas y de usar la violencia de la máquina estatal para impedirles que perturben el nivel puramente económico de los conflictos y para imponerles las "costumbres" que se derivan de una descomposición secular en clases de la sociedad y que se derivan de la también secular subordinación de las masas relacionada con la división social del trabajo. Se trata, en cambio, de usar el poder político de estado para derribar todo esto, para luchar contra todo esto y eliminar hasta los "vestigios" de la sociedad de clases.

La "base económica de la extinción completa del estado es un desarrollo tan elevado del comunismo que entraña la desaparición de la oposición entre trabajo intelectual y físico, la desaparición por consiguiente, de una de las fuentes principales de la actual desigualdad social, fuente que el solo paso de los medios de producción a propiedad común, la sola expropiación de los capitalistas no puede de ninguna manera eliminar de golpe". Pero "esta expropiación dará la posibilidad de un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas". "Viendo cómo ya en la actualidad el capitalismo frena de manera increíble este desarrollo —afirma Lenin— y qué avances se podrían, en cambio, lograr de acuerdo con el nivel

²¹ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. XXXII, p. 92.

actual, ya alcanzado, de la técnica, tenemos el derecho de decir con la máxima seguridad que la expropiación de los capitalistas conducirá inevitablemente a un gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad humana."²² El estado de transición se caracteriza, pues, tanto como instrumento de expropiación de los expropiadores y de lucha contra los mismos, que como instrumento nuevo de dirección de las masas en la "reorganización de la economía social" en pos de un desarrollo sin precedentes de las fuerzas de producción. El fundamento de su naturaleza particular de "semiestado" se finca en el desarrollo de las fuerzas de producción, que al llevar a cabo la desaparición progresiva de la división social del trabajo, elimina las bases materiales de la división en clases de la sociedad y por lo tanto la necesidad de la subordinación social y de la existencia de los aparatos de dominio.

El "desarrollo a fondo de la democracia" constituye por lo tanto la directriz de la transición del capitalismo al comunismo aun después de la conquista del poder de estado por parte del proletariado. "La democracia consiguiente se transforma, por un lado, en socialismo y, por el otro, exige el socialismo. Ya que para la abolición del estado es necesario transformar las funciones de la administración estatal en operaciones de control y de comprobación tan simples que estén al alcance de la enorme mayoría de la población y, en seguida, de toda la población."²³ De este modo, la transición del capitalismo al comunismo, bajo el perfil político, se presenta como un desarrollo tal de la democracia que ésta "se vuelve superflua". La forma política de la sociedad socialista es tan radicalmente democrática que se disuelve progresivamente en las funciones asociadas de control y reglamentación directa de la producción por parte de los productores. "Sólo el comunismo es capaz de conducir a una democracia realmente completa, y a medida que vaya siendo más completa más rápidamente se hará superflua y se extinguirá."²⁴ La "disciplina 'de fábrica' que el proletariado, después de haber vencido a los capitalistas y haber derribado a los explotadores, aplicará a toda la sociedad —afirma Lenin— no constituye de ninguna manera nuestro ideal, ni nuestra meta final, sino es únicamente la etapa necesaria para la depuración radical de la sociedad de la infamia y de la abominación de la explotación capitalista y para el ulterior movimiento hacia adelante". La unificación de las distintas figuras de productores en el papel de "traba-

²² V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, cit., p. 104.

²³ *Ibid.*, pp. 86-87.

²⁴ *Ibid.*, p. 98.

jadores" constituirá la base material para la más plena realización de su autogobierno. "Desde el momento en que todos los miembros de la sociedad, o por lo menos su inmensa mayoría, hayan aprendido a dirigir a sí mismos el estado, habrán tomado en sus manos a ellos mismos esta empresa, habrán 'puesto' a punto el control de la infima minoría de capitalistas, de los señores que desean conservar los modos de los capitalistas, de los obreros profundamente corrompidos por el capitalismo, desde ese momento empezará a desaparecer la necesidad de cualquier administración en general. Cuando más completa sea la democracia tanto más cerca estará el momento en que resulte superflua."²⁵

III. LA DEMOCRACIA DEL SOCIALISMO

Después de Octubre, Lenin se enfrenta a los problemas de la transición sobre todo en el plano concreto, tal como se plantean en la URSS. Sin embargo, ya sea porque sigue firme en la evaluación de la revolución rusa como primer acto de la revolución socialista mundial, ya sea porque tiene siempre presente el carácter de la sociedad socialista como sociedad intermedia entre el capitalismo y el comunismo, aborda estas cuestiones con un grado de generalización suficiente para ilustrar la problemática de la transición en general.

De este modo, por ejemplo, su análisis de la lucha de clase del proletariado ruso, ya dueño de la máquina estatal y asediado por la "marea" del atraso campesino, es rico en observaciones sobre el carácter de la sociedad de transición en general:

"Las clases existen y seguirán existiendo durante la época de la dictadura del proletariado. El día en que las clases desaparezcan la dictadura será inútil, pero no desaparecerán sin la dictadura del proletariado. Las clases siguen existiendo, pero en la época de la dictadura del proletariado el carácter de todas las clases ha cambiado, y han cambiado también las relaciones recíprocas entre las clases. Durante la época de la dictadura del proletariado, la lucha de clase no desaparece, sino simplemente adopta formas distintas."²⁶

De ahí la caracterización específica de las luchas de clase en

²⁵ Ibid., p. 26.

²⁶ V. I. Lenin, *Economía y política en la época de la dictadura del proletariado*, en *Obras completas*, t. XXXII, p. 94.

la sociedad socialista, en la que son luchas entre elementos de la economía capitalista moribunda y elementos de la economía comunista naciente:

"Teóricamente está fuera de duda que entre el capitalismo y el comunismo existe un periodo determinado de transición. Que no puede dejar de encerrar en sí mismo los rasgos y las particularidades de estas dos formas de economía social. Este periodo no puede dejar de ser un periodo de lucha entre el capitalismo organizante y el comunismo naciente, o, en otras palabras, entre el capitalismo vencido más no destruido y el comunismo ya nacido pero debilísimo."²⁷

Queriendo caracterizar unitariamente este proceso, se podría hablar de una lucha por un desarrollo tal de las fuerzas de producción que permita una *reestructuración social* completa (superación de la angustia corporativa de la fuerza de trabajo heredada de la sociedad capitalista, unificación entre campo y ciudad, abolición de las clases):

"La realización del comunismo [...] presupone la superación de la dispersión y del fraccionamiento de los trabajadores a nivel profesional y local, que constituyen una de las fuentes de la fuerza del capital y de la debilidad del trabajador. La lucha contra la estrechez corporativa, contra el egoísmo corporativo, íntimamente ligada con la lucha por la abolición del contraste entre la ciudad y el campo, presenta graves dificultades y no puede emprenderse a gran escala sin antes elevar notoriamente la productividad del trabajo.²⁸ Marx y Engels decían: la igualdad es una frase vacía si por igualdad no se entiende la abolición de las clases. Queremos abolir las clases —añade Lenin—, y en este sentido estamos a favor de la igualdad [...] Es necesario, por consiguiente, suprimir también la diferencia de clase entre los obreros y los campesinos. Y precisamente éste es nuestro objetivo. La sociedad en que existe todavía una diferencia de clase entre el obrero y el campesino no es ni comunista, ni socialista."²⁹

Este objetivo encuentra una construcción profunda entre obreros y campesinos en la sociedad de transición; y la clase obrera está llamada a solucionarla:

²⁷ Ibid., p. 84.

²⁸ V. I. Lenin, *Los objetivos fundamentales de la dictadura del proletariado en Rusia*, en *Obras completas*, t. XXXI, p. 99.

²⁹ V. I. Lenin, *I Congreso de toda Rusia de enseñanza para adultos*, en *Obras completas*, t. XXXI, p. 226.

"Los campesinos son una clase particular: como trabajadores son enemigos de la explotación capitalista, pero al mismo tiempo son propietarios. El campesino ha sido educado por siglos en la idea de que el grano es suyo y que está en libertad de venderlo. Es mi derecho, piensa el campesino, porque es mi trabajo, mi sudor, mi sangre. No se puede cambiar de repente su mentalidad; es una lucha larga y difícil." ⁸⁰

La economía campesina se presenta en la URSS como un gran mar de economía mercantil que asedia al proletariado, desterrado y probado por la revolución y por la guerra civil, como una pequeña isla de economía socialista. "Mientras exista la economía mercantil, mientras existan obreros hambrientos al lado de campesinos hartos que ocultan los excedentes, persistirá la contraposición de intereses entre los obreros y los campesinos." ⁸¹ Ni la conquista del poder político de estado, ni la apropiación de todos los medios de producción le bastarán al proletariado para resolver este contraste. De acuerdo con el poder soviético, el proletariado tiene ante sí una larga lucha por transformar el *ser social* de esa fuerza productiva particular y contradictoria que son los campesinos:

"El problema se presenta de este modo: el campesino está acostumbrado al libre comercio del grano. Cuando hemos eliminado las instituciones capitalistas, ha resultado que existía aún una fuerza que mantenía el capitalismo: la fuerza de la costumbre [...]. Una institución se puede eliminar de un solo golpe si se tiene suerte, pero la costumbre jamás, por más suerte que se tenga. Después de haber dado toda la tierra a los campesinos, los hemos liberado de los grandes terratenientes, después de haber eliminado todo lo que los mantenía ligados, siguen considerando que la 'libertad' consiste en la libre venta del grano y la falta de libertad está en la obligación de entregar los excedentes de grano a precio oficial." ⁸²

La lucha del proletariado por la transformación socialista adquiere, pues, una nueva tarea: se trata de vencer esta "costumbre" de aceptar las contradicciones que emanan de la existencia de una economía mercantil difundida y de su prolongada duración, ya sea conmensurando con esta misma los ritmos de acumulación permitidos por las razones de intercambio que ella misma dicta, ya sea tratando de transformar esta realidad en un largo periodo de años, organizando sobre bases sociales nuevas toda la producción:

⁸⁰ Ibid., p. 233.

⁸¹ Ibid., p. 235.

⁸² Ibid., p. 233.

"La lucha de clase continúa y la función de la dictadura del proletariado se presenta bajo una nueva luz. Se nos presenta no sólo y no tanto como empleo de los medios de coerción de todo el aparato de poder estatal para hacer añicos la resistencia de los explotadores [...] Nos queda, además de éste, otro método que asigna al proletariado [...] la función de organizador. Debemos saber organizar la economía sobre una nueva base más perfeccionada, tomando en cuenta todas las conquistas del capitalismo y utilizándolas. Sin esto no podremos construir ni el socialismo ni el comunismo." ⁸³

De ahí la conclusión de que en Rusia sea precisamente necesario, para la clase obrera, promover el desarrollo del capitalismo manteniendo firme en sus manos el poder político de estado. El instrumento con que Lenin cree poder cumplir esta tarea, gobernando las contradicciones relacionadas con el mismo, es el *capitalismo de estado* dentro del que considera posible encauzar en Rusia el desarrollo de las fuerzas productivas, aun partiendo de la economía mercantil pequeño-campesina y abriendo las puertas a las inversiones extranjeras. Hemos entrado, obviamente, en lo vivo de los problemas de la NEP. De esta experiencia se pueden deducir otros elementos fundamentales de la concepción leniniana de la transición.

La medida principal de la NEP está constituida, como es sabido, por la sustitución del retiro directo de los productos agrícolas por el impuesto en especie. Esto entraña la necesidad de dejarles a los campesinos la libertad de intercambiar sus productos una vez deducido el impuesto y el restablecimiento de la producción pequeño-mercantil y el esfuerzo de desarrollar el capitalismo sobre su base. Pero no había otra alternativa: para desarrollar las fuerzas productivas y salir del cercamiento y de la propia condición de minoría social, la clase obrera debe arrastrar tras de sí la inmensa masa campesina, partiendo de su nivel productivo y cultural y llegando a hacer concesiones para tenerla de su parte, para vencerla de que ponga su trabajo y sus productos al servicio de la construcción socialista más bien que de la restauración del capitalismo. El capitalismo de estado, único lecho en que se puede encauzar la anarquía mercantil pequeño-campesina, es para la clase obrera rusa una conquista, que permite delinear con cierta desconianza tanto los rasgos económicos de la sociedad de transición como las características políticas de la lucha de clase en esta última.

⁸³ V. I. Lenin, *Discurso pronunciado en el III Congreso de toda Rusia de sindicatos*, en *Obras completas*, t. xxxiii, p. 91.

Junto con el impuesto en especie Lenin señala otros dos instrumentos adecuados a un desarrollo de las fuerzas productivas que puede encauzarse en el lecho del capitalismo de estado: las concesiones a capitalistas extranjeros⁸⁴ y el desarrollo de las cooperativas.⁸⁵ Todo esto implica, sin embargo, no solamente una *diversidad de intereses* entre obreros y campesinos, que puede regularse a través del control obrero sobre el estado, sino un verdadero *conflicto de clase* entre ellos, del mismo modo que en el desarrollo del capitalismo *tout court*:

"La nueva tarea consiste en la organización de la industria y, en primer lugar, en la de nuestras fuerzas; pero en el campo organizativo somos débiles, más débiles que todos los pueblos avanzados. La capacidad organizativa se ha ido desarrollando por parte de la gran industria mecanizada. No existe ninguna otra base histórica material. La producción realizada por millones de hombres de acuerdo con un plan preestablecido, con los medios de la gran industria mecanizada: ésta es la base y no existe ninguna otra. Y en esto no coinciden los intereses del proletariado con los de los campesinos: empieza un período difícil de lucha, de lucha con las masas campesinas."⁸⁶

Desde el punto de vista estatal se plantea al proletariado la tarea de un desarrollo equilibrado de las fuerzas productivas de acuerdo con un cambio regulado entre ciudad y campo, tal que concilie los intereses económicos opuestos directamente entre sí de los obreros y de los campesinos y refuerce la alianza entre ellos, base del poder soviético, e impulse, por consiguiente, hacia adelante el desarrollo de las fuerzas productivas.

Pero esta última tarea requiere una elevación sin precedentes de la cultura política de las masas. La transición al comunismo es posible únicamente sobre la base de una *completa apropiación social de las leyes que presiden el funcionamiento de la política y de la economía*.

"No basta liquidar el analfabetismo, es necesario también edificar la economía soviética, y en este campo con sólo saber leer y escribir no se va muy lejos. Hay que llevar la cultura a un nivel mucho más elevado. Es necesario que la gente utilice en la práctica su capacidad de leer y escribir, que tenga algo que leer, que dis-

⁸⁴ V. I. Lenin, *Sobre el impuesto en especie*, en *Obras completas*, t. XXXV, pp. 218-219.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 219.

⁸⁶ V. I. Lenin, *Discurso al III Congreso*, cit., p. 92.

ponga de periódicos y de revistas de propaganda que deben distribuirse con un criterio justo y llegar hasta el pueblo [...] Con la nueva política hay que insistir continuamente en la idea de que la educación política exige a toda costa la elevación cultural, para que el campesino tenga la posibilidad de utilizar esta capacidad suya para mejorar la propia empresa y el propio estado."⁸⁷

Este aspecto fundamental de la transformación socialista no constituye ciertamente un problema de ilustración pedagógica de las masas. Se requiere para éstas, en cambio, la experimentación concreta de las luchas políticas y de clase, ya sea porque la sociedad de transición se caracteriza todavía por los conflictos de clase y además por su extensión molecular en todo el cuerpo social por impulso y bajo la dirección de la clase obrera, ya sea porque sólo de este modo se llega a la apropiación masiva de las leyes que presiden el funcionamiento de la política y de la economía. En las luchas políticas y de clase se manifiestan los movimientos de cualquier función social, incluida la sociedad de transición:

"Mientras existan las clases, la lucha de clases es inevitable. Durante el período de transición del capitalismo al socialismo es inevitable la existencia de las clases, y el programa del Partido comunista de Rusia sostiene, de manera muy precisa, que sólo estamos dando los primeros pasos en la transición del capitalismo al comunismo."⁸⁸

De ahí la necesidad de un reconocimiento exacto de las contradicciones de clase en la sociedad de transición, en primer lugar las vinculadas con las relaciones entre capital y trabajo; y la necesidad de restituirles a los sindicatos la función de órganos de tutela de los intereses de los trabajadores:

"El estado proletario, sin cambiar su propia esencia, puede admitir la libertad de comercio y el desarrollo del capitalismo sólo hasta ciertos límites y con la única condición de que estén regulados por el estado el comercio privado y el capitalismo privado. El éxito de esta regulación no depende sólo del poder estatal, sino más bien del grado de madurez del proletariado y de las masas trabajadoras en general y, también, del nivel de cultura, etc. Pero, aún en el caso de un completo éxito de esta regulación, subsiste indiscutiblemente la contradicción de los intereses de clase entre

⁸⁷ V. I. Lenin, *La NEP y las tareas de las comisiones de educación política*, en *Obras Completas*, t. XXXV, p. 511.

⁸⁸ V. I. Lenin, *Proyecto de tesis sobre el papel y las funciones de los sindicatos bajo la NEP*, en *Obras completas*, t. XXXVI, p. 109.

el trabajo y el capital. Por esta razón, de ahora en adelante, una de las tareas esenciales de los sindicatos será la defensa en todos los casos y por todos los medios de los intereses de clase del proletariado en su lucha contra el capital."³⁹

Por otro lado, de acuerdo con el capitalismo de estado se desarrollan nuevas contradicciones, relacionadas tanto con la expansión del burocratismo gerencial que éste estimula, como con el hecho de que éste convive y converge con el capitalismo privado, en el marco de un mercado capitalista, y de él recibe contradicciones típicamente capitalistas en relación con los trabajadores. También en este campo se perfila una convergencia de clase, en que el sindicato está llamado a garantizar la autonomía de los productores y la defensa de sus intereses económicos de clase.

"Las empresas estatales socializadas se organizan de acuerdo con el llamado principio del cálculo económico, o sea, de acuerdo con principios comerciales [...] La transición de las empresas estatales al llamado principio del cálculo económico está ligada inevitable e indisolublemente con la nueva política económica y, en un futuro próximo, este tipo será sin duda predominante, si no el único. En las circunstancias de libre comercio que se están desarrollando, esto significa prácticamente la transición en gran medida de las empresas estatales al principio comercial. Este hecho, unido a la necesidad imperiosa de elevar la productividad del trabajo, de lograr que todas las empresas de estado trabajen sin pérdidas y de manera rentable, unido a los intereses de los ministerios que no pueden suprimirse y al celo excesivo por defenderlos, genera inevitablemente cierta oposición de intereses en materia de condiciones de trabajo, entre la masa obrera y los directores que administran las empresas estatales o los ministerios de los que dependen. Por esta razón, en lo que concierne a las empresas socializadas, les corresponde a los sindicatos, sin duda, defender los intereses de los trabajadores."⁴⁰

En la libre explicación de los conflictos de clase, aun en la sociedad de transición, la huelga es el instrumento con que los trabajadores luchan contra el retorno amenazante de las fuerzas capitalistas, vencidas más no eliminadas, y contra las desviaciones burocráticas del capitalismo de estado y del estado de transición. En este campo se lleva a cabo una parte relevante de la educación política de las masas:

³⁹ *Ibid.*, p. 108.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 108-109.

"En un estado proletario de tipo transitorio, como el nuestro, el objetivo final de todas las acciones de la clase obrera no puede ser otra cosa que el refuerzo del estado proletario y del poder estatal de la clase proletaria mediante la lucha contra las desviaciones burocráticas de este estado, contra sus errores y sus debilidades, contra los apetitos de la clase de los capitalistas que se esfuerzan por librarse de su control, etc. Por este motivo, ni el partido comunista, ni el poder del soviet, ni los sindicatos deben olvidar de ninguna manera ni ocultarles a los obreros y a las masas trabajadoras que en un estado en que el poder estatal está en manos del proletariado, el recurso a la lucha con el método de las huelgas, sólo puede emplearse y justificarse, por una parte, por las violaciones burocráticas del estado proletario y por cualquier vieja supervivencia del capitalismo en sus instituciones y, por la otra, por la falta de un desarrollo político y por el atraso cultural de las masas trabajadoras."⁴¹

La unificación social de las fuerzas productivas, el desarrollo de sus cualidades, su preparación para el autogobierno maduran de acuerdo con su incesante restructuración política, mediatizada por la explicación de los conflictos de clase. De este modo, avanza la apropiación masiva de las leyes económicas de la producción y de las leyes políticas de la sociedad:

"Además de la participación de los sindicatos en todo el trabajo educativo y cultural y en la propaganda en materia de producción, esta actividad de los sindicatos debe atraer de una manera cada vez más amplia y profunda la clase obrera y las masas trabajadoras a toda la edificación de la economía estatal dándoles a conocer todo el ciclo de la vida económica, todo el ciclo del trabajo industrial, empezando por la preparación de las materias primas y terminando con la venta de los productos y dándoles una idea cada vez más concreta del plan estatal único de la economía socialista, como también del interés práctico del obrero y del campesino en la realización de este plan."⁴²

Este tipo particular de desarrollo de las fuerzas productivas (su capacidad gradual de gobernarse) madura, pues, sólo a través de la experiencia de la dialéctica social. No existe para ellas otro camino para apropiarse de las leyes que presiden el desarrollo de la sociedad. Esta dialéctica social, a lo largo de toda la fase de transición es una dialéctica de clase, aunque peculiar. Sólo la práctica de las luchas de clase permite la manifestación fenomé-

⁴¹ *Ibid.*, pp. 109-110.

⁴² *Ibid.*, pp. 112-113.

nica de las leyes de movimiento de la transición, que todavía son leyes de la lucha política y de clase. Permite a las fuerzas productivas individualizar tanto las contradicciones específicas de la nueva sociedad como el modo en que siguen operando en ella las antiguas bases capitalistas de la división del trabajo. Del reconocimiento y de la transformación de las formas que imprimen a las fuerzas productivas, todavía a lo largo del trayecto de la transición, se deriva el paso al socialismo.

Vale decir que en la sociedad de transición política y económica todavía están divididas y son distintas. En el terreno político ("concentrado de la economía") es donde se manifiestan y se resuelven las contradicciones sociales de clase. Sin una práctica política del conflicto autónoma y específica no es posible la gradual reconciliación social de los productores, hasta el arribo de su autogobierno.

IV. ALGUNAS NOTAS CONCLUSIVAS

Podemos tratar de esbozar, a esta altura, algunas reflexiones conclusivas.

Es sabido que la Internacional comunista, sobre todo después del apartamiento de Bujarin, recalcó de un modo cada vez más servil el "catastrofismo" de la corriente "ortodoxa" de la II Internacional escindiendo análisis económico y análisis político de las crisis y poniendo como base del primero la concepción de la fase monopolista como fase de la "putrefacción" económica del capitalismo. Esto servía también para desplazar el análisis de las contradicciones de clase a escala mundial de tal manera que la contradicción fundamental se ponía en el contraste entre el estado soviético, en el que se construía el socialismo, y el conjunto de los estados imperialistas. Y esto legitimaba las decisiones del grupo dirigente estaliniano y servía para darle a la política de Stalin un carácter de imperiosa necesidad histórica y el valor de un "monodelo", cuando se creyó que toda la economía mundial se encaminaba junto con la crisis de 1929 a su "derrumbe".

En la medida en que se considere útil y justo reconsiderar la concepción leniniana de la crisis mundial de acuerdo con el orden de sus ideas, no me parece que se le puedan achacar los posteriores desarrollos teóricos y políticos de la Internacional comunista. Ni tampoco parece convincente insistir en las características erróneas del análisis económico leniniano del imperialismo, del

que se derivaría aun en Lenin un catastrofismo muy determinado, ya que esta última tesis parecería comprobada por la insistencia de Lenin en la revolución proletaria como insurrección armada y guerra civil, en su cima.

Es cierto que en Lenin no se puede separar el análisis económico del análisis político de las crisis. El primero forma parte del segundo, que en Lenin recibe por primera vez una elaboración relativamente completa. El análisis de las transformaciones económicas del capitalismo, como hemos visto, es realizado por Lenin de tal manera que permite individualizar lo que cambia en la posición *histórica* de las clases fundamentales y en las *características* de la lucha de clases. Es determinante la forma política de la teoría leniniana de la crisis y la conclusión que extrae del análisis del capitalismo monopolista, en el sentido de que el final de la "economía privada" y el desarrollo del capitalismo de estado son datos ya irreversibles; de que esto crea en el estado una tendencia orgánica al autoritarismo de la cual el proletariado sólo podrá librarse con la conquista del poder; de que, además, la enorme concentración de la producción a la que conduce el capitalismo monopolista, crea los presupuestos para pasar a una economía regulada; de que, finalmente, el desarrollo de las fuerzas productivas, que se determina en el capitalismo monopolista, entraña un grado tan elevado de masificación y de unificación de los productores, que les proporciona las condiciones objetivas para reconocer su propia fuerza ya de por sí preponderante y pasar a una reorganización de toda la economía sobre bases sociales.

Lo que determina la *actualidad de la revolución* no es, por lo tanto, la inminente "catástrofe" de la economía capitalista sino el hecho de que, a partir de su desarrollo y de sus transformaciones se generan las condiciones objetivas y subjetivas de una organización de la sociedad. La actualidad de la revolución entendida de este modo se deriva de los cambios *morfológicos* de la economía mundial y del grado de desarrollo histórico global de los productores. Designa las características de toda una *época histórica* y no de una coyuntura política: la *época* de las revoluciones proletarias; ni más ni menos. Recuérdese la "ley de todas las revoluciones" formulada por Lenin en 1915 y que hemos analizado en el primer acápite: ¿qué hay de "catastrófico" en el concepto leniniano de situación revolucionaria? ¿Qué hay de mecanicista en su "ley", enunciada claramente como *ley de tendencia* y traducción política de una situación de crisis?

Es cierto que Lenin concibió, como hemos visto, el socialismo como "el monopolio capitalista de estado puesto al servicio de

todo el pueblo y que, en cuanto tal, ha dejado de ser monopolio capitalista". En este tema, creo, se manifiestan las aporías principales de su pensamiento. El punto nodal está en la concepción estatista que tiene Lenin de la transición.

También en la conjugación del nexo crisis-transformación socialista, Lenin aparece como el punto más alto del pensamiento político marxista. El hecho de haber elaborado una teoría política de la crisis lo lleva a restablecer la centralidad de la temática marxiana de la "dictadura del proletariado": la transformación socialista es un largo proceso histórico, para cuyo desarrollo no sólo es necesario que el proletariado conquiste el poder, sino también es indispensable que dé vida a una nueva forma de estado que se caracterice por la progresiva extinción de sus rasgos separados y autoritarios.

Lenin ve con claridad que el estado político o separado está íntimamente ligado con la reproducción de las relaciones de producción capitalistas y de la sociedad dividida en clases, y ve también que la eliminación de las formas de dominio que prevalecen en ella está ligada, en última instancia, a la superación de la división social del trabajo y a la escisión antagónica entre trabajo manual y trabajo intelectual. No es posible avanzar hacia una sociedad en que se superen estos antagonismos, sin que cambie la organización política global, la forma de estado que preside la trama de las relaciones entre los dirigentes y dirigidos. Esta forma estatal no puede ser otra que la expresión política de un nuevo bloque social, dirigido por la clase obrera, que recoge toda la gama de las clases sociales explotadas y de las masas oprimidas. De tal manera que la revolución socialista se caracteriza como un proceso, la sociedad socialista como una sociedad de transición y la forma política de la misma como radicalmente democrática.

En la medida en que la definición de socialismo es la que acabamos de señalar, se trata sin embargo de ver qué connotaciones y qué límites recibe este modo de conjugar democracia y socialismo.

En Lenin es traslúcida la conciencia de que la revolución socialista no es una revolución exclusivamente proletaria. Es fundamental la alianza entre todas las clases explotadas, en primer lugar, de los obreros y los campesinos. En la elaboración y para el mantenimiento de las alianzas, la *democracia política* aparece como fundamental. Pero la razón última por la que el proletariado debe dar vida a su propia forma de estado, en la revolución socialista, es que para superar la división social del trabajo es necesario

un desarrollo nuevo e inaudito de las fuerzas productivas. En la connotación política de ese desarrollo ocupa un lugar central la conexión de los productores con los medios de producción y la composición democrática de las relaciones entre gobernantes y gobernados. Por esto, Lenin considera que esta forma estatal debe tener como fundamento la democracia de los productores.

La democracia política, por lo tanto, se menciona en forma limitada para la regulación de las relaciones entre las clases aliadas. La forma del estado, en cambio, toma sus características de la generalización de la democracia directa.

Ésta es la razón por la que, a pesar del reconocimiento del carácter político y popular de la revolución proletaria, el estado de transición está modelado de acuerdo con la personificación de la *democracia obrera*. Además de los límites de la *alianza* entre las clases oprimidas, fuera del terreno que define el *compromiso* entre las clases aliadas, no existe el problema de la democracia política. En la medida en que el soviétismo, al restablecer el contacto de los productores con los medios de producción, delinea un terreno nuevo para el desarrollo de las fuerzas productivas, se presenta como la forma universal de la organización política de la clase obrera como clase dirigente. En esta concatenación, la conjugación de democracia y socialismo se presenta más bien rígida y demasiado delimitada. No guarda ninguna relación con la posterior definición estaliniana del estado/plan integral y totalitario de la URSS de los años treinta como "modelo" de socialismo. Sin embargo, prevalece la relación lineal y mecánica entre el ser social de las fuerzas productivas y el punto de vista de las fuerzas políticas que presiden los diversos modos de su conexión. De ahí la hipóstasis del soviétismo como única expresión de la democracia socialista.

Estos límites son todavía más evidentes en la concepción leniniana de la dialéctica política en la sociedad de transición. En ésta, la centralidad del nexo democracia-socialismo es evidente: ya sea porque también la sociedad socialista es una sociedad dividida en clases, ya sea porque la reconciliación de los productores parte en ésta de la explicación de los confines de clase. Sin embargo, también por lo que respecta a la reglamentación de los conflictos, el tema de la democracia se toma en cuenta limitándose a los contrastes entre las clases aliadas o entre la clase obrera y los dirigentes de los aparatos productivos y de la administración estatal. Una relevancia general de la democracia política no existe porque las relaciones entre las clases adversas no pueden ser reguladas por alguna forma de compromiso. Hacia las clases anta-

gónicas no puede haber más que una lucha sin cuartel y una persecución política. El estado obrero asume indudablemente rasgos de un autoritarismo inaudito: cuyo deterioro no puede estar condicionado más que al desarrollo de las fuerzas productivas concebido ya de modo *cuantitativo* e indiferenciado, en una perspectiva histórica, y a la esencia del socialismo incorporada en el partido que dirige el estado, que *sabe* que debe dedicarse a su extinción, y esto es suficiente, a nivel político.

Casi no vale la pena recordar que a partir de estas aporías se han originado las contradicciones específicas de los "socialismos reales" que han terminado por señalar tanto los límites muy precisos de su capacidad para desarrollar las fuerzas productivas, más allá de cierta medida, como la imposibilidad de dar vida a una organización productiva en que la categoría dominante ya no sea la capitalista del trabajo abstracto. A partir de esas aporías se originó también una hipertrofia estatal que parece constituir el mayor obstáculo para el desarrollo de la economía y de la democracia socialista y la rémora más grave a la expansión de los ideales socialistas. De cualquier manera, no es en esto en lo que quisiera explayarme aquí, de manera exclusiva. Me limitaré a observar que, al no haberse resuelto los puntos nodales de la democracia política, toma cuerpo en Lenin una concepción del estado como *órgano de la voluntad de la clase dominante*, que le quita cualquier base a la distinción entre estado y partido. Se abre de esta manera el camino a una forma particular de estado/partido, totalitario por definición en la reglamentación de las relaciones entre gobernantes y gobernados. Por no haber resuelto en términos de democracia política las relaciones entre las clases antagonicas, estatismo y autoritarismo se vierten también sobre las relaciones entre partido y clase y entre las clases aliadas.

Este es el lado de la continuidad entre Lenin y Stalin. Su punto de apoyo está en la definición del socialismo como "el monopolio capitalista de estado puesto al servicio de todo el pueblo". Aquí se encuentra la base de la perturbación que el tema de la democracia socialista y de la peculiaridad del estado de transición recibe a partir de la fundación de la III Internacional: las relaciones entre democracia y socialismo se reducen a la *contraposición* abstracta entre democracia proletaria y democracia burguesa: el tema del deterioro del estado se reduce al de la sustitución del parlamento por el sistema de los soviets.

Si es así, de aquí debe partir la reconsideración crítica de la obra de Lenin que tome en cuenta los problemas del presente. En esta perspectiva, el verdadero punto débil de la reflexión y de la ex-

periencia que nos transmitió, según mi opinión, está en el hecho de que, lejos de constituir una alternativa a los posibles desarrollos de la sociedad capitalista, esa concepción del socialismo los anticipaba *in nuce*. Y además, al medirse con una realidad capitalista atrasada, cerrada la perspectiva de una revolución proletaria "en los puntos más altos" desde los primeros años veinte, terminaba por imprimir características radicales y autoritarias a la identificación del socialismo con el estado/plan integral.

Pero precisamente porque éste aparece como el límite fundamental del pensamiento político de Lenin, es conveniente no perder de vista que es en realidad el límite esencial de casi toda la historia del pensamiento socialista, que, tal vez, sólo hoy es perceptible en su plenitud: ya sea porque está consumada históricamente la experiencia del estado/plan en Occidente, además de en Oriente; ya sea porque la nueva forma de la crisis, al poner en discusión todo el ordenamiento mundial de las relaciones entre atraso y desarrollo, pone de relieve el agotamiento de las posibilidades expansivas de la idea del socialismo, incorporada en la forma más consecuente, tal vez en los "socialismos reales", y replantea el tema de la transformación socialista en los "puntos altos".

En suma, cuando ha concluido toda una fase histórica y un modo secular de concebir el socialismo, el verdadero límite de Lenin parece actualmente agotado. Toda la tradición del pensamiento político socialista es la que exige una reconsideración. Para llevarla a cabo de manera positiva, sin embargo, Lenin puede constituir todavía en la actualidad el precedente más elevado en la tematización política de las tendencias de la crisis y en la reflexión sobre las formas políticas de la transición.

REVOLUCIÓN POLÍTICA Y REVOLUCIÓN SOCIAL EN LENIN (1917-1918) **

1. En su destierro en Zürich, Lenin se vio sorprendido por el estallido de la revolución de febrero en Petrogrado. La noticia apareció en los periódicos el 15 de marzo,¹ e inmediatamente escribió a Inés Armand:

"Actualmente en Zürich somos presa de la agitación: en el *Zürcher Post* y en la *Neue Zürcher Zeitung* hay un telegrama del 15 que anuncia que en Petrogrado, Rusia, el 14 de marzo venció la revolución después de tres días de lucha, y que en el poder están doce miembros de la Duma y los ministros han sido arrestados. Si los alemanes no mienten, ésta es la verdad. Es indudable que en estos últimos días Rusia estaba al borde de una revolución."²

¿En qué sentido se puede decir que Lenin se vio sorprendido? Como lo demuestra de manera convincente la lectura de su epistolario entre el final de 1916 y los dos primeros meses de 1917, las condiciones creadas por el estado de guerra, las dificultades de las comunicaciones y de las relaciones no le permitían seguir paso a paso el desenvolvimiento de los acontecimientos dentro de Rusia; las informaciones directas le llegaban con semanas de

* Dirigente del PCI hasta 1969, figura entre los fundadores de la revista *El Manifiesto* actualmente independiente. Entre sus trabajos más recientes cuentan los prefacios a las ediciones italianas de Mao Tse tung, *Note su Stalin e il socialismo sovietico*, Bari, 1975, y de R. Linhart, *Lenin, i contadini*, Taylor, Milán, 1977. Colabora en la *Revista de Storia contemporanea*.

** Para los párrafos 2 y 3 me serví de ideas y argumentaciones que en parte ya había desarrollado en el prefacio italiano del libro de R. Linhart, *Lenin, i contadini*, Taylor, Milán, 1977, y en la ponencia "Sulla fortuna della Critica al programma di Gotha", presentada en la III Semana de estudios marxistas (Urbino 1977), que saldrá en los *Annali* 1977, de la Fundación Basso-Isacco, respectivamente.

¹ Tómense en cuenta los 13 días de retraso respecto al calendario ortodoxo.

² V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. xxxv, Roma, 1955, p. 210; la cursiva es de Lenin.

atraso. Y no supo nada de la primera semana de lucha, la semana decisiva en Petrogrado. Por esto, la mañana del 15 de marzo sospechaba de un posible truco de los periódicos alemanes.

Sin embargo no me atrevería a afirmar que se vio sorprendido tanto desde el punto de vista político (lo escribe explícitamente, como hemos visto, a Inés Armand) como desde el punto de vista teórico.

Ante todo, es sabido que había llegado a la convicción de que en la prolongación de la guerra imperialista estaban en proceso de maduración las condiciones para una crisis revolucionaria de dimensiones mundiales. A pesar del lenguaje "esópico" que le había impuesto la censura zarista, esta convicción circula de manera transparente en el "ensayo popular" *El imperialismo, fase superior del capitalismo*,³ que había escrito en Zürich durante la primavera de 1916. En forma coherente con esta posición, toda su actividad, durante los primeros años de la guerra, en la orientación del grupo bolchevique, en los contactos y en la lucha con las demás formaciones políticas de la emigración rusa, en las relaciones (y en la lucha) con los grupos de izquierda de los partidos adheridos a la II Internacional, se inspiró en la certeza de que las contradicciones y los desastres provocados por la guerra llevarían a la explosión revolucionaria. De ahí, su lucha intransigente por la formación de un partido y de un enrolamiento internacional e internacionalista capaz de estar a la altura de las tareas inminentes (participación en las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal; difusión de la consigna sobre la transformación de la guerra imperialista en guerra civil).

Por otra parte, es igualmente sabido que Lenin no excluía enteramente, sino que en cierto sentido contaba con la posibilidad de que precisamente en Rusia se produjera el prólogo de la revolución europea. Esto no era sólo la reminiscencia de una célebre hipótesis de Marx;⁴ era sobre todo el resultado de la reflexión sobre la experiencia de la revolución de 1905, y de las discusiones y de la lucha política que aquélla había despertado en el interior de la socialdemocracia alemana.⁵

³ "Para escribir que el imperialismo es la víspera de la revolución socialista [...] tuve que recurrir a un lenguaje 'servil': 'Prólogo' a *El imperialismo*, fechado en Petrogrado el 26 de abril de 1917, en V. I. Lenin, *Opere scelte* en 2 vols., vol. 1, Moscú, 1946, p. 615 [*El imperialismo etapa superior del capitalismo*, en *Obras completas*, Madrid, Akal, vol. xxiii, p. 302].

⁴ Prefacio a la segunda edición rusa del "Manifiesto del partido comunista de 1848", 1882, en K. Marx/F. Engels, *India, Cina, Russia*, Milán, 1970, p. 315.

⁵ Me refiero particularmente a los escritos de Rosa Luxemburg sobre la

El año de 1905 había llevado a Lenin (y, por otra parte, también a Trotski) a concebir la revolución como hegemonía proletaria, a expandir su potencialidad más allá de los límites nacionales, a insistir en su validez internacional. La ayuda del proletariado de Europa occidental había sido indispensable para el éxito de la revolución; por otro lado, el principio del proceso revolucionario en la Rusia atrasada había podido funcionar como "señal" para la revolución proletaria de Occidente.

No puede pasar desapercibida la importancia de esta relación y no es superfluo insistir en que el primero en idearla fue el mismo Marx. Ésta constituye, en efecto, la clave política (y teórica) para romper la rígida subordinación al determinismo de las fuerzas productivas, cuya maduración constituía para el marxismo de la II Internacional, para los partidos socialdemócratas y para los mencheviques, una condición *sine qua non* del desarrollo del proceso revolucionario. Y esto, como es sabido, de acuerdo con los puntos de apoyo que una vez más encontraban su raíz en otros textos de Marx.⁶

Lenin no llegó al punto de proclamar el trastrocamiento radical de ese determinismo y el primado absoluto del momento subjetivo dentro del proceso revolucionario. Por una parte rechazó el fatalismo que se derivaba de ahí, y por otra no cesó nunca de darles gran importancia a los procesos de maduración económico-social. El desarrollo del capitalismo en Rusia era para él el prototipo histórico necesario para el desarrollo del proletariado como agente revolucionario. "Para construir el socialismo" se habría podido "comenzar por la conquista, en forma revolucionaria, de los prerequisites para este determinado nivel de cultura",⁷ pero la maduración de ese prototipo económico-social habría debido continuar por cierto periodo, no breve, aun después de la toma del poder. La Nueva política económica (NEP) de 1921, con los márgenes concedidos al capitalismo privado, con el acento fuerte-

revolución rusa de 1905: "Sciopero generale, partito e sindacati", en Rosa Luxemburg, *Scritti politici*, bajo el cuidado de L. Basso, Roma, 1967, p. 297 [*Huelga de masas, partido, sindicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 13, México, 1978, pp. 45 y ss.].

⁶ Recuerdo sólo la célebre página del prefacio a *Per la critica dell'economia* (1859), Roma, 1973, p. 5 [*Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1981, p. 5].

⁷ "Sulla nostra rivoluzione". Escrito en enero de 1923, a propósito de las Notas de Sujánov, en V. I. Lenin, *La rivoluzione d'Ottobre*, Roma, 1947, p. 474 [*Nuestra revolución*, en Obras completas, Madrid, Akal, 1978, t. xxxvi, p. 507].

mente puesto sobre el capitalismo de estado, con una política "nueva", "en realidad esta nueva política contiene más elemento de lo viejo que nuestra anterior política económica", dirá abiertamente en octubre de 1921,⁸ destacando que a principios de 1918 (y se podría añadir, como también antes de octubre),⁹ "lo que decíamos acerca de nuestras tareas en la construcción económica era mucho más prudente y medido que nuestros actos en la segunda mitad de 1918 y en el transcurso de 1919 y de 1920";¹⁰ el comunismo de guerra fue un "error",¹¹ y en última instancia "si se restablece el capitalismo significa que se restablece también la clase proletaria".¹²

Por otra parte, ya en 1916, Lenin analizando la dinámica de crecimiento del imperialismo había llegado a establecer la tendencia al desarrollo desigual y a descubrir en esa desigualdad la fuente de incesantes desequilibrios en las relaciones de fuerza, de nuevas y crecientes contradicciones y de rupturas dentro del sistema. Rupturas en el eslabón más débil, se dijo. La metáfora del eslabón más débil de un sistema como el imperialista, constantemente invadido de tensiones y conflictos, termina por darle a la ocasión revolucionaria una densidad mucho más compleja que la proveniente de la mera maduración de las fuerzas productivas, por la evidente implicación y convergencia de impulsos sociales, de niveles culturales, de influjos provenientes de la política interna e internacional. Para Lenin, la maduración de las fuerzas productivas sigue desempeñando una función *determinante*, si no es que fatal, dentro de este marco global. Dentro de este marco y de este sentido, Lenin concebirá la revolución mundial como una combinación de diversas fases, de diversos niveles, relacionados de distintas maneras con procesos que se influyen recíprocamente permitiendo también el salto de fases enteras del desarrollo económico-social. De esta manera se concibe el marco grandioso de la revolución democraticoburguesa en Rusia, dirigida

⁸ "La nuova politica economica e i compiti dei centri di educazione politica" (octubre de 1921), en V. I. Lenin, *La costruzione del socialismo*, Roma, 1956, p. 186 [*La Nueva política económica y las tareas de las comisiones de educación política*, en Obras completas cit., t. xxxv, p. 497].

⁹ "I bolscevichi conserveranno il potere statale?", escrito entre el 7 y el 14 de octubre de 1917, en V. I. Lenin, *La rivoluzione d'Ottobre*, Roma, 1947, p. 248 [*¿Podrán los bolcheviques retener el poder?*, en Obras completas cit., t. xxvii, pp. 199 y ss.].

¹⁰ "La nuova politica economica e i compiti dei centri di educazione politica" cit., p. 186 [p. 497].

¹¹ *Ibid.*, p. 187 [p. 499].

¹² *Ibid.*, p. 190 [p. 502].

por el proletariado; su función de chispa que encenderá, por una parte, la revolución proletaria en la Europa avanzada y, por la otra, las revoluciones nacionales burguesas y campesinas en el Asia atrasada.

En esencia, se puede sostener que desde 1905, a pesar de seguir sosteniendo la relación histórico-genética entre desarrollo del capitalismo y desarrollo del proletariado moderno, concebía el proceso revolucionario como algo inherente al ser social de éste, fuera de los esquemas naturalistas de un "derrumbe" general del sistema, tan difundidos dentro de la II Internacional, junto con el correspondiente expectativismo y oportunismo. Lo concebía de una manera muy articulada, rica en referencias a las particularidades nacionales, no subordinado a una concepción deductiva y jerárquica de las fases históricas y de las clases. El movimiento obrero alemán siguió siendo para él un modelo, pero también este modelo debía ser "ayudado". También Asia podía, en un cierto momento, aparecer como avanzada respecto de Europa.

Cuando más tarde, en pleno estallido de la primera guerra mundial, el análisis de la "fase suprema de capitalismo" lo lleve a afirmar que "el imperialismo" es la víspera de la revolución socialista, el cúmulo enorme de destrucciones y de sufrimientos provocados por el conflicto no lo inducirá a ser indulgente con ninguna expectativa de catástrofe general; tenderá más bien a detenerse en las contradicciones y en los puntos de ruptura que el desarrollo desigual del sistema vuelve a crear continuamente en su interior. La crisis revolucionaria mundial que prevé no es el resultado de una catástrofe económica que crece fatalmente en el interior del sistema; podrá ser sólo la conquista del movimiento revolucionario en lucha contra sus enemigos de clase, y contra su presencia aun dentro de las propias filas bajo la forma de oportunismo, de pacifismo, de "democraticismo".

Es indiscutible que en el pensamiento y en la acción de Lenin se entrevé un primado de la praxis revolucionaria y, sin embargo, esta evaluación no debe llegar al extremo de ignorar o atenuar la atención y el cuidado que dedicaba no sólo en los detalles, sino en el fondo, al marco y a las relaciones objetivas, tanto continuas como históricas. La audacia del ataque frontal de octubre no debe hacernos olvidar sus "retiradas", ni el análisis de estas últimas puede únicamente empalmarse con el reconocimiento de su realismo. Una investigación más cuidadosa podría poner de manifiesto los límites teóricos y culturales dominantes en la época en que vivió Lenin, que influyeron en algunas de sus decisiones políticas. Si es cierto que en octubre de 1917 la relación prove-

niente del desarrollo de las fuerzas productivas (la llamada "madurez") no fue considerada por él como determinante y fatal, si lo fue, aunque de manera contradictoria, por lo menos en los años posteriores. Lo que fue decisivo en octubre fue la expectativa del estallido inminente de la revolución en Europa occidental, concretamente en Alemania: "Estamos en el umbral de una revolución mundial proletaria"¹³ es un lema dominante, no propagandista, que circula en los discursos y en los escritos de Lenin, por lo menos hasta la paz de Brest-Litovsk (marzo de 1918).

2. Cuando en *El imperialismo* Lenin define al capitalismo que ha llegado a su etapa suprema como capitalismo "moribundo" o "en putrefacción", este juicio no se refiere en realidad al sistema productivo, a su eficiencia y adecuación con los objetivos. Pretende señalar una característica particularmente parasitaria que, según Lenin, se había ido consolidando en la apropiación del plusvalor y de sus usos; la difusión de la categoría de los *rentiers*, de los usureros, de la burguesía que "vive exportando capitales y cortando títulos",¹⁴ hasta convertirse en dominante. Aquí no nos interesa tanto el hecho de que el desarrollo posterior no haya confirmado la identidad entre parasitismo y putrefacción sostenida por Lenin; nos importa más bien señalar que, para Lenin, el capitalismo, a pesar de haber llegado a su etapa suprema, y monopolista, cuando sus estructuras tienden a combinarse con las funciones del estado (y también por esto mismo) parece conservar algunas de sus virtudes que fueron descritas tan eficazmente por Marx y por Engels en el *Manifiesto* de 1848 para la fase impetuosa de la revolución industrial.

El signo negativo de la gran producción capitalista está representado por la propiedad, que ha llegado en la actualidad a la etapa del monopolio, y por la confluencia de sus intereses de realización y reproducción con los de las oligarquías estatales dominantes; por el hecho de servir de sostén a la lucha por la repartición del mundo. Por otra parte el crecimiento de aparatos productivos cada vez más gigantescos se produce bajo el signo de la racionalidad y de la eficacia, y es el campo en que actúan la ciencia y la técnica modernas; la expansión productiva se lleva a cabo a través de una "socialización" cada vez más amplia, palabra que no parece significar otra cosa que la más amplia incorporación de

¹³ "La crisis é matura", escrito el 12 de octubre de 1917, en *La rivoluzione d'Ottobre* cit., p. 210 ["La crisis ha madurado", en *Obras completas*, cit., t. XXVII, p. 189].

¹⁴ V. I. Lenin, *L'Imperialismo* cit., p. 702.

multitudes tanto en el compromiso directo de la producción como en la promoción y en la satisfacción de necesidades masivas ligadas con la producción masiva. Finalmente, el mismo proceder de la intervención estatal en la producción y en la distribución (sobre todo en la realización de la economía de guerra) se le presenta a Lenin como un síntoma de una evolución objetiva, que tiende a señalar la necesidad de la superación de los límites privados de la gran producción y a eliminar la divergencia cada vez más acentuada entre el carácter social de la producción y el límite privado de la apropiación y de la propiedad.

Este conjunto de rasgos es lo que induce a Lenin a afirmar que el capitalismo monopolista de estado es "la antesala del socialismo". El 28 de septiembre de 1917 (nótese la fecha), en una glosa a los escritos sobre la cuestión agraria en la revolución de 1905 (escritos que se remontan a 1907), Lenin señalaba que el planteamiento del problema agrario había cambiado por el hecho de la guerra, que, entre otras cosas, había transformado el capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado, de tal manera que "ni el proletariado, ni la democracia revolucionaria pequeñaburguesa pueden mantenerse dentro de los límites del capitalismo. La vida ha rebasado estos límites, poniendo en el orden del día la acción de disciplinar la producción y la distribución a escala nacional, la obligación general del trabajo, la cartelización forzada (hombres y sindicatos, etc.)". Estas eran, para Lenin, las señales objetivas de la transición iniciada del capitalismo al socialismo a través de su "antesala".¹⁵

La guerra acelera las etapas de la transición al socialismo no sólo a través de una agudización inaudita de las contradicciones, que minan las bases mismas de la sociedad capitalista sino, dice Lenin, y lo repetirá en la Conferencia de abril, inmediatamente después de su regreso a Petrogrado, a través de las transformaciones estructurales que impone a la organización productiva del capitalismo:

"El estado de cosas objetivo ha demostrado que la guerra ha acrecentado el desarrollo del capitalismo, el cual ha avanzado de capitalismo a imperialismo, de monopolio hacia control por el estado. Todo esto ha aproximado la revolución socialista, creando condiciones objetivas. De este modo, la revolución socialista se ha aproximado como consecuencia de la guerra."¹⁶

¹⁵ La revolución del 1905, vol. II, "La cuestión agraria", Roma, 1968, p. 261.

¹⁶ Séptima conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR (b)", en Obras completas, cit. I, XXV, p. 184.]

Esta idea será llevada hasta sus últimas consecuencias políticas en la víspera inmediata de la insurrección en el escrito "¿Podrán los bolcheviques retener el poder?".

"Además del aparato de 'opresión' por excelencia [...] el estado moderno tiene un aparato que está íntimamente vinculado con los bancos y los consorcios, un aparato que realiza, si vale la expresión, un vasto trabajo de contabilidad y registro. Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que hay que hacer es arrancarlo del control de los capitalistas; hay que separar, incomunicar, aislar a los capitalistas, y a los hilos que ellos manejan, de este aparato; hay que subordinarlo a los soviets proletarios; hay que hacerlo más vasto, más universal, más popular. Esto se puede lograr apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo (así como la revolución proletaria puede, en general, lograr su objetivo sólo apoyándose en esas conquistas)."¹⁷

Y más adelante:

"Sin grandes bancos, el socialismo sería irrealizable [...]; nuestra tarea consiste sencillamente en extirpar lo que, desde el punto de vista capitalista, mutila este excelente aparato [...] podemos 'apoderarnos' [...] y 'ponerlo en marcha' de un solo golpe, con un solo decreto [...]"

Este pasaje es uno de los más significativos. Parece indiscutible que el socialismo no puede y no debe entrañar la destrucción del nivel técnico al que ha llegado el capitalismo. ¿Pero cómo se puede quitarle a este aparato su carácter capitalista? Parece que Lenin considera que para esto es necesario y suficiente sustituir la dirección capitalista por medio de la dirección proletaria y desarrollar el control y el recuento de masa.

Alejada la dirección capitalista, quedaría un aparato a disposición del poder proletario, un aparato, podría decirse, técnico y, por lo mismo, neutral. Seguiría desempeñando, como antes, funciones de contabilidad, de registro, etc. Para esto bastaría "un solo decreto". Pero ese aparato, además de producir registros (o mercancías), sería por sí mismo el producto de determinadas relaciones sociales que, a su vez, reproduce continuamente, siendo esta reproducción la condición misma de su existencia.

¹⁷ Ibid., p. 249 [p. 216].

¹⁸ R. Linhart, Lenin, i contadini, Taylor, Roma, 1977 ["¿Podrán los bolcheviques retener el poder?" cit., pp. 216-217].

En este sentido, ese aparato no es meramente técnico, no es neutral; las relaciones de producción y las relaciones sociales en su interior forman parte de una estructura de clase, escalonada desde lo alto hasta la base a través de rígidas jerarquías, expresión de la propiedad y de la dirección. Una vez eliminadas la dirección y la propiedad, ¿qué quedaría de esas relaciones de producción, de esas relaciones sociales, de esas jerarquías que constituyen la estructura de ese aparato? Estructura técnica y conjunto de clases. Si se elimina la naturaleza de clase, ¿existirá un camino para mantener la estructura (y la funcionalidad) técnica del aparato? Lenin piensa destrozarse la resistencia de los "empleados superiores, muy poco numerosos", propone el control de masa, pero ni aquí ni en ninguna otra parte plantea el problema de la transformación de las relaciones de producción, de la eliminación de las jerarquías provocadas por la división del trabajo dentro del modo de producción capitalista. En este texto, escrito antes de la toma del poder, preveía la utilización de especialistas, economistas, estadísticos, técnicos, bien pagados, a los que eventualmente se les aplicaría la dura regla de "quien no trabaja no come". Medida sacrosanta, pero problema distinto.

El control de masa, nueva forma del poder político que siguió a la ruptura del viejo aparato estatal, funciona como un mecanismo que interviene desde el exterior para garantizar que el trabajo y la producción se desarrollen "en beneficio exclusivo de los trabajadores"; es un mecanismo que no afecta la esencia de las relaciones de producción sino que más bien reconoce y garantiza la jerarquía en la medida en que ésta funciona de manera adecuada a la disciplina del estado "proletario". El poder proletario, precisamente, se realiza de manera plena y absoluta en el plano de las relaciones políticas y jurídicas, pero parece detenerse frente a la estructura social provocada por el modo de producción capitalista, cuya eficiencia técnica no debe ser destrozada. La consecuencia será que seguirá reproduciendo también la antigua división del trabajo, el antiguo aparato jerárquico, seguirá segregando la antigua ideología; se convertirá en la matriz principal de la nueva desigualdad y de la burocracia.

Como lo ha demostrado Robert Linhart,¹⁹ Lenin se encontró directamente cara a cara con este problema en la primavera de 1918, cuando albergó por un momento la esperanza de que se hubiera abierto un periodo de tregua en el choque de clase que asediaba al poder de los soviets, y de que fuera posible pasar de

¹⁹ R. Linhart, *op. cit.*, p. 87.

la ofensiva a la construcción, a la administración. El problema más urgente que presentó fue el de aumentar rápidamente la producción y la productividad del trabajo; de ahí se deriva su propuesta de introducir a gran escala en la industria los métodos de organización del trabajo ideados por Taylor, métodos que desde hacía años había seguido con interés. En los *Cuadernos sobre el imperialismo*, material preparatorio que sirvió para la redacción del ensayo sobre *El imperialismo*, Linhart encontró indicios suficientes para poder considerar que Lenin había estudiado la eventualidad de concluirlo con un capítulo sobre "racionalización técnica" como "forma transitoria que prepara el socialismo en la época del capitalismo monopolista"; el capítulo debía basarse esencialmente en el análisis del "sistema Taylor". Recuérdese que ya en marzo de 1914, en un artículo titulado "El sistema Taylor, servidumbre del hombre a la máquina", Lenin había sentido la tentación de difundir la racionalización en la organización del trabajo humano hasta el punto de señalar casi un modelo para la racionalización de toda la organización económica de la sociedad: "una racionalización que...

"Sin el conocimiento y contra la voluntad de sus autores —así concluía Lenin el artículo—, el sistema Taylor prepara el tiempo en que el proletariado tomará en sus propias manos toda la producción social y designará sus propias comisiones, comisiones obreras, encargadas de distribuir y regular racionalmente el conjunto del trabajo social. La gran producción, las máquinas, los ferrocarriles, el teléfono, dan mil posibilidades de reducir cuatro veces el tiempo de trabajo de los obreros organizados, asegurándoles un bienestar cuatro veces mayor que el actual."²⁰

Éstos son precisamente los objetivos que se propone Lenin cuando, en abril de 1918, al preparar *Las tareas inmediatas del poder soviético* y al proponer la adopción a gran escala del sistema Taylor en la industria, trata de alcanzar al mismo tiempo un rápido y relevante aumento en la productividad y la disminución drástica de la jornada de trabajo para los obreros.

En una primera redacción de *Las tareas inmediatas*, que quedó inédita hasta 1962, como ha señalado Linhart, Lenin había reflexionado seriamente en dos cuestiones relacionadas con la aplicación del sistema Taylor en la Rusia de los soviets. En primer lugar, establecía la condición de que fuera "dirigido por los mismos trabajadores, si éstos eran suficientemente conscientes". Pen-

²⁰ Citado en Linhart, *op. cit.*, p. 95.

saba, además, que el aumento en la productividad obtenido de este modo haría posible una reducción en la jornada laboral suficiente para que los trabajadores pudieran dar "seis horas de trabajo físico cotidiano y cuatro horas de trabajo para la administración del estado".

Es obvio que Lenin, quien muchos años antes había reconocido en el sistema Taylor un instrumento perfeccionado para "expresar el sudor" a los trabajadores, debió plantearse el problema de la superación de la contradicción immanente en el empleo de una técnica que, a través de la intensificación de los ritmos y el control despiadado de los tiempos de trabajo, implicaba una subordinación creciente del obrero respecto de la máquina y de la producción. Probablemente pensó en alguna forma de autodisciplina o de control por parte de los obreros, solución que fue omitida en el texto definitivo de las *Tareas inmediatas*, donde por el contrario, se enfatiza el llamado a la disciplina en el trabajo y a la obediencia a los dirigentes, tanto más cuanto ya se había abierto la crisis del movimiento del control obrero.

Es posible que Lenin se haya encontrado frente a una contradicción que no estaba preparado para resolver; y también es posible, como supone Linhart, que la exigencia de democracia obrera haya terminado por ser acantonada ante la urgencia vital de reorganización de la producción y de aumentos en la productividad para lo que servía, en primer lugar, el pleno restablecimiento de la eficiencia técnica en las empresas y la disciplina sin reservas en relación con la dirección empresarial. De ahí se derivó también el abandono de la perspectiva de reducir la jornada de trabajo en función de la participación de los obreros en las nuevas tareas de la administración del estado, al "inventario y al control" en que pensaba Lenin.

Indudablemente, en la Rusia de la primavera de 1918, presa de la devastación provocada por la guerra y del caos posterior al derrumbe del estado absolutista, la reanudación y el aumento de la producción (y del intercambio) eran problemas de vida o muerte. Ciertamente es posible que estos problemas hayan motivado las decisiones finales de Lenin. Y sin embargo también es posible pensar en otra hipótesis. De acuerdo con el análisis que desarrollé más arriba, se puede pensar que la exigencia de democracia obrera en que Lenin se detuvo en el momento en que estaba por emitir una serie de directrices políticas que tenían el valor de disposiciones de salud pública, no llegó a incidir en la estructura misma de las relaciones de producción, en el caso específico, a incidir en la relación de subordinación del obrero

respecto de la máquina, por una parte, y respecto al supervisor, por la otra, relación sin la cual el sistema Taylor no era tan inaplicable como inconcebible. Era posible que, del mismo modo que en la cultura política de la época se hallaba difundida la ilusión de que, una vez conquistado el poder por parte del proletariado desaparecería automáticamente también la explotación del trabajo; así gracias al control obrero, desaparecería también la opresión, impuesta por la aplicación de la más refinada organización capitalista del trabajo. No hay que excluir que en 1918 Lenin compartía también en cierta medida este modo de concebir la relación entre el estado y la sociedad, poder político y relaciones sociales. De ahí, en síntesis, su interés limitado por el problema que de improviso se le había presentado enfrente.

3. Existen buenas razones para considerar que en 1917-1918 lo esencial del socialismo estaba constituido, para Lenin, por la tríada: toma del poder, expropiación de los medios de producción, aumento indefinido de la producción y de la productividad. Realizados y conservados los dos primeros puntos (cosa que se había llevado a cabo entre octubre y la paz de Brest-Litovsk), la reorganización y la reanudación de la producción, el aumento más rápido y más fuerte de la productividad no sólo eran la respuesta más eficaz ante la emergencia sino eran el modo más directo de proceder en el camino al socialismo. El poder proletario y la abundancia de bienes constituyen la esencia del socialismo y la base para la transición al comunismo. Esta hipótesis, formulada de una manera tan simplificada, probablemente es impactante; sin embargo no es totalmente arbitraria como veremos.

En agosto-septiembre de 1917, Lenin escribió *El estado y la revolución*. De este texto, en que se señala de la manera más clara la divergencia mencionada más arriba: ruptura revolucionaria de la vieja maquinaria estatal-conservación del aparato técnico-productivo capitalista, examinaré aquí sólo el capítulo en que Lenin recoge y comenta la parte de la *Crítica del programa de Gotha* en que Marx traza los rasgos fisonómicos de la sociedad postrevolucionaria en la fase de transición hacia el comunismo.

Esta fase se le presenta a Lenin como un proceso de larga duración que se produciría como "la aplicación al capitalismo contemporáneo de la teoría de la evolución en su forma más coherente, más mediata y más rica en contenido". Marx plantea, según Lenin, la cuestión del comunismo "como un naturalista plantearía la cuestión de la evolución de una nueva especie biológica".²¹

²¹ V. I. Lenin, "Stato e rivoluzione", p. 184, en *Opere scelte*, 2 vols. Moscú.

En esta fase, observa Lenin, el estado empieza a extinguirse, los hombres liberados de la esclavitud capitalista se acostumbran poco a poco a cumplir las normas de la convivencia social, sin constrictión alguna. El proceso de extinción del estado es gradual y espontáneo (término que no se encuentra en Marx) dada la "facilidad" con que los hombres adquieren esa costumbre.

Siguiendo paso a paso el texto de Marx, Lenin observa que en la primera fase de la sociedad postrevolucionaria no hay igualdad sino desigualdad, por la permanencia del derecho burgués, principal estigma materno heredado de la vieja sociedad. De ahí observa Lenin, que en esta primera fase, "subsiste, durante un tiempo, no sólo el derecho burgués, sino incluso el estado burgués, sin la burguesía!"²²

Pero, ¿cómo se podrá llegar a la fase más elevada del comunismo, a la igualdad? Lenin reproduce íntegramente el célebre pasaje de Marx:

"En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y, con ella también la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo sea no sólo un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando hayan crecido las fuerzas productivas junto con el desarrollo completo de los individuos y fluyan con mayor abundancia todos los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en sus banderas: De cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades." ²³

Vale la pena examinar atentamente la interpretación dada por Lenin a este pasaje:

"La base económica para la extinción completa del estado es una etapa de desarrollo tan alta del comunismo, que desaparece la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, y desaparece, por consiguiente, una de las fuentes más importantes de la desigualdad social moderna, fuente que, por otra parte, de ningún modo puede ser suprimida inmediatamente con la sola transformación de los medios de producción en propiedad social, por la sola expropiación de los capitales. Esta expropiación hará posible un gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas. Y cuando

²² Ibid., p. 193 [p. 106].
²³ Ibid., p. 191 [p. 108].

vemos en qué medida increíble el capitalismo frena ya ese desarrollo, cuando vemos qué progresos podrían lograrse sobre la base del nivel técnico ya alcanzado, tenemos derecho a decir, con la más absoluta convicción, que la expropiación de los capitalistas producirá inevitablemente un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas de la sociedad humana. Pero no sabemos, ni *podemos* saber, con qué rapidez llegará a la ruptura de la división del trabajo, a suprimir la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, a convertir el trabajo en la primera necesidad vital." ²⁴

Creo que en este texto de Lenin está contenida más de una clave para comprender algunos aspectos de su pensamiento y de su modo de actuar. Se diría que, para Lenin, la expropiación de los capitalistas no es sólo la apertura de una brecha sino el centro motor y la esencia del proceso de desarrollo hacia el comunismo. La expropiación hace posible un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas; el desarrollo de las fuerzas productivas conducirá, no sabemos cuándo, "a una ruptura con la división del trabajo", a la supresión del contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo corporal, a la transformación del trabajo en la "primera necesidad de la vida", a la abundancia de bienes que permitirá darle a cada uno según su necesidad. Este es pues el proceso, un proceso basado exclusivamente en el desarrollo de las fuerzas productivas que sigue a la expropiación de los medios de producción, que llevará a la desaparición del derecho burgués, a la igualdad, a la extinción del estado. En el curso de este proceso, según Lenin, los hombres se acostumbrarán a observar las reglas fundamentales de la convivencia social y el trabajo se hará tan productivo que éstos trabajarán voluntariamente según su capacidad.

Por otra parte, afirma Lenin, el desarrollo del capitalismo es precisamente el que crea las premisas para realizar estas posibilidades con la difusión de la instrucción general, con "la instrucción, el adiestramiento y la disciplina de millones de obreros por el enorme y completo aparato socializado de correos, ferrocarriles, grandes fábricas, gran comercio, bancos [...]" ²⁵

Al mismo tiempo, el desarrollo tecnológico del capitalismo simplifica al máximo las tareas y las operaciones administrativas, hasta reducirlas a funciones elementales de supervisión y de registro. En estas condiciones, todos los ciudadanos pueden convertirse en empleados y obreros de un solo cártel de todo el pueblo, del

²⁴ Loc. cit., [pp. 103-104].
²⁵ Ibid., p. 194 [p. 108].

estado, para cumplir las tareas de "inventario y de control". Las cocineras se ocuparán de los asuntos del estado, y en el estado político entrará la administración de las cosas.

Lenin da una interpretación fiel del pensamiento de Marx en tres puntos fundamentales: a) la forma estatal revolucionaria es la dictadura del proletariado, con referencia obligada a la experiencia de la Comuna de París. Hay que señalar que Lenin intenta, por primera vez, hacer más precisa la morfología de la nueva máquina estatal después de la ruptura de la vieja; b) el principio del proceso de extinción del estado empieza inmediatamente después de la toma del poder por parte del proletariado; éste es un indicador significativo de que el proceso que se abre está orientado hacia el comunismo; c) se trata de un periodo de transición, según Lenin, de larga duración, y no se debe esperar ninguna transformación inmediata sólo por el hecho de que el proletariado haya conquistado el poder.

Estos puntos de principio, de clara procedencia marxiana, se convierten en la base de su plan revolucionario, tanto antes de octubre (*Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, y *La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella*) como en la primavera de 1918 (*Las tareas inmediatas del poder soviético*). Ya hemos señalado que en este programa el acentuado radicalismo relacionado con la conquista y la conservación del poder político va acompañado de "circunspección y prudencia" en lo que respecta al tratamiento que se le debe reservar al aparato técnico productivo del capitalismo, incluidas las relaciones de producción y sociales que lo caracterizaban.

Dentro de este marco, el esfuerzo de elaboración de Lenin se orienta, como es natural, a dos puntos: ¿cómo se lleva a cabo el proceso de extinción del estado y cómo se lleva a cabo, en la sociedad, el comienzo de la transición al comunismo? La respuesta de Lenin, como vimos, es que bajo el poder de la dictadura del proletariado, la extinción del estado y la transición al comunismo son procesos que se van alimentando sustancialmente con el desarrollo de las fuerzas productivas. El desarrollo "gigantesco" de las fuerzas productivas, posibilitado por la expropiación de los capitalistas, es el motor esencial de estos procesos. Y no podemos saber, y en esto consiste la hipótesis de Lenin, cuándo "llegará" este desarrollo "a la ruptura de la división del trabajo".²⁶

Un punto axiomático dentro del conjunto del pensamiento de Marx consiste en que, eliminando los límites conocidos impues-

²⁶ *Ibid.*, p. 191 [p. 104].

tos por la propiedad privada, la expropiación de los medios de producción tenga o pueda tener como consecuencia la liberación de las fuerzas productivas. Se trata de una brecha esencial que debe abrirse y que se encuentra en el origen del periodo de transición. Pero cuando Marx trata de encontrar el camino de la transición a la fase más elevada de la sociedad comunista, el proceso que describe es profundamente distinto; la liberación de las fuerzas productivas en toda su plenitud es el resultado del desarrollo general de los individuos que sigue a su manumisión de la subordinación servil a la división del trabajo. Así pues, no es el crecimiento de las fuerzas productivas lo que libera al hombre, sino el hombre liberado el que exalta al máximo el desarrollo de las fuerzas productivas. No es el desarrollo de las fuerzas productivas el que "rompe", como afirma Lenin, la división del trabajo, sino la superación de las relaciones impuestas a los hombres por la división del trabajo lo que libera al máximo las fuerzas productivas. En la dialéctica entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción, en la fase de transición a la etapa más elevada de la sociedad comunista, la dinámica de las relaciones de producción y de las relaciones sociales, la transformación del hombre liberado de las jerarquías inducidas por la división del trabajo y la exaltación de la capacidad creativa del hombre liberado, son las que hacen "fluir todas las fuentes de la riqueza social".

No me parece que Lenin haya comprendido este punto, a pesar de que se daba cuenta exacta del valor de la lucha de clases, la dinámica de los procesos sociales del periodo de transición introducía en él junto con el primado indiscutiblemente asignado a la praxis revolucionaria, un residuo determinista, probablemente de procedencia kautskyana. De ahí su tendencia a darle a la técnica "(y a los portavoces de la misma, los especialistas o al mismo capitalismo monopolista)", una función autónoma respecto a las relaciones sociales, y en cierta medida, neutral; su tendencia a considerar el aumento de la productividad y de la producción como valores absolutos independientemente, una vez más, de las relaciones sociales en que se apoyan y se reproducen.

En Lenin desaparece la afirmación del valor creativo, "productivo", de la liberación del hombre (que tiene su origen en textos juveniles de Marx); al mismo tiempo, parece intervenir cierto tipo de proceso espontáneo, decisivo, que parece totalmente ajeno al espíritu del texto de Marx; la espontaneidad del desarrollo de las fuerzas productivas, una vez que el proletariado haya tomado el poder y que hayan sido expropiados los medios de producción.

Ciertamente no se puede decir que Lenin no se haya dado cuenta de lo contradictorio del proceso revolucionario después de la toma del poder, de la continuación de la lucha de clase. Y sin embargo, no me parece que haya comprendido a fondo la indicación de Marx de que en la sociedad postrevolucionaria, la división del trabajo, transmitida como estigma materno de la vieja sociedad, constituye el principal campo de cultivo del derecho burgués, de la desigualdad, de la nueva burguesía, diríamos hoy. El campo en que la lucha de clases continúa en el interior de las relaciones sociales invisibles, en las fibras íntimas de la sociedad.

Tal vez no es casual que Lenin hable de la condición "económica" de la extinción del estado, dando una versión restrictiva de la complejidad y de la riqueza del proceso de transformación social señalado por Marx. Por más paradójico que parezca referido a uno de los textos de Lenin más empapado de sugerencias utópicas, habrá que preguntarse si no circula también dentro de *El estado y la revolución*, una sutil y subterránea vena economicista.

¿Desaparecerá el derecho burgués, de manera espontánea, en una sociedad postrevolucionaria en que el desarrollo de las fuerzas productivas esté asociado con la distribución según el trabajo, o sea, igual en la forma y desigual en la esencia? ¿Cómo podrá prevalecer en estas condiciones el hábito de trabajar voluntariamente según la propia capacidad?

¿Este hábito es fácil de adquirir, como pensaba Lenin, o en cambio, es la virtud más difícil de crecer en un proceso de lucha por la transformación de las relaciones sociales y del hombre mismo? ¿No entraña un trastocamiento de las viejas ideas transmitidas, de costumbres, modos de comportamiento, sentido común, de todo lo que más antiguamente estaba radicado en el inconsciente social como trámite de jerarquías y de valores constituidos y de recíproca subordinación y sujeción?

¿El uso del poder proletario será por sí mismo suficiente para cambiar de signo a la disciplina impresa en los obreros por el aparato de la gran industria capitalista? ¿El estado burgués, que haya sobrevivido a la toma del poder proletario, podrá definirse auténticamente "sin burguesía", o bien, habrá en esto una contradicción sólo estudiada superficialmente por Lenin?

Ciertamente Lenin no podía afrontar y resolver tantos problemas, tantas preguntas, en el breve tiempo que transcurrió desde octubre de 1917 hasta la primavera de 1918, antes de que el país se viera envuelto en la más cruel de las guerras civiles.

SERGIO BOLOGNA *

EL CARACTER POLÍTICO DE LA CRISIS EN LENIN

Una interpretación correcta del texto de Lenin sobre *El imperalismo* requiere que se verifique el recorrido teórico realizado en un periodo que va desde 1898 hasta 1920, prácticamente hasta el Segundo congreso de la III Internacional. Me limitaré a señalar algunas etapas de este recorrido.

Vale la pena preguntarse, ante todo, si Lenin participó o no en el gran debate sobre el derrumbe del capitalismo. La respuesta, en mi opinión, es negativa. Lenin no participó en ese debate, o mejor dicho, no aceptó el campo al que se había desplazado el debate.

Alguien podría decir que Lenin sí participó pero de manera evasiva e indirecta. No es cierto, Lenin tenía la costumbre de tomar el toro por los cuernos, de encarar las cuestiones de frente; si en este caso no lo hizo fue porque consideraba que el campo en que se había desarrollado el debate era un campo mistificante y atrasado. Sin embargo, puso de manifiesto puntos de vista precisos sobre el problema histórico de las crisis cíclicas y sobre la naturaleza de la crisis capitalista. En los escritos que versan sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, para entendernos, los comprendidos entre 1898 y 1900, habla de las crisis en una forma semejante a la empleada por Marx en algunas páginas de los *Grundrisse*, o sea como momento de crecimiento, de salto en el desarrollo capitalista, como crisis de madurez, como transición dolorosa a una etapa superior de organización del capital fijo.

En *Una crítica no crítica*, de 1900, sostiene explícitamente que las crisis son necesarias para el restablecimiento de las proporciones. Éste es el periodo en que pone toda su atención sobre la cuestión agraria y la refutación de las teorías populistas sobre los mercados, particularmente sobre el mercado externo. Desde *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, hasta la *Observación so-*

* Es profesor en la universidad de Padua. Autor de varias contribuciones sobre la historia del movimiento obrero europeo y norteamericano entre las que recordamos, "Composizione di classe e teoria del partito alle origini del movimento consiliare", en Varios autores, *Operai e stato*, Milán, 1972. Es director de la revista *Primo Maggio*.

bre el problema de la teoría de los mercados, las reseñas de los libros de Parvus y de Kautsky sobre *La cuestión agraria*, el artículo sobre *El capitalismo en la agricultura*, etc., podemos encontrar decenas de citas en que Lenin defiende el concepto de fondo;¹ o desea que el problema de la realización del plusvalor no puede ex- trapolarse o abstraerse de la teoría general del capitalismo; que para explicar las contradicciones del capitalismo no hay necesidad de recurrir al problema de la falta de realización del plusvalor; que el problema de los mercados externos no puede aislarse, por consiguiente, del problema del mercado en general. Procediendo de esta manera, Lenin desplaza el campo de interpretación de las crisis. Si la expansión del capitalismo bajo la forma de conquista de los mercados externos se basa en una teoría de la crisis de realización del plusvalor debida a la incapacidad de consumo del mercado interno, se deduce necesariamente que esos mecanismos son puestos en operación por el subconsumo, que corre peligro de convertirse en el concepto básico de la teoría socialista sobre el capitalismo y la crisis, como crisis crónica, es considerada como dato permanente, no cíclico, estático, no dinámico, de la sociedad capitalista. La crítica a las teorías populistas suponía una visión de las crisis radicalmente distinta de la vigente en el debate sobre el derrumbe. Y constituye más bien su exacto tras-tocamiento. Lenin, en este periodo, se concentra totalmente en el salto capitalista que se produce en el interior de las transformaciones agrarias en Rusia; apoya incondicionalmente los juicios liquidatorios de Kautsky a propósito de la utopía del *Dorfkommunismus*, de la comunidad agraria primitiva e insiste sobre el carácter progresivo del capitalismo, de superación de los límites precapitalistas —todo lo contrario de una visión de estancamiento, de subconsumo— de una transición histórica que le impone a la misma teoría socialista un salto hacia adelante. Toda esta sacudida se produce a partir del dato histórico de las crisis agrarias: que se encuentran en el origen de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* de Lenin, de *La cuestión agraria* de Kautsky y de la formidable encuesta de Max Weber sobre las condiciones del proletariado agrario de la Pomerania y de la Prusia oriental.

A pesar de esto, al sostener que "no había una pizca de sentido común en poner en el banquillo de los acusados al mercado externo sobre la cuestión de la realización" y al afirmar que "aun cuando la realización se llevara a cabo de un modo perfectamente proporcional, en condiciones ideales, y sin encontrar obstáculos,

¹ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. III y IV.

no podíamos imaginarnos el capitalismo sin contradicciones entre producción y consumo", Lenin no hacía otra cosa que posponer el problema. ¿Hasta cuándo? Se deberá esperar el estallido de la guerra para volver a encontrar en Lenin la temática de la crisis general del sistema capitalista.

Durante los años intermedios, o sea, desde 1900 hasta 1914, la reflexión de Lenin se centró en cambio, de manera total, en la ciencia del partido, en la teoría de la táctica. Surge pues el siguiente problema: ¿qué relación guarda la ciencia de la táctica con un discurso sobre la crisis del capitalismo? La construcción del programa bolchevique rara vez lleva a Lenin a apartar la vista de la situación rusa; éste es uno de los obstáculos principales de la continuación de una temática sobre la crisis general del capitalismo. Lenin empieza a interesarse de nuevo en cuestiones con un horizonte internacional después de la crisis de 1907; en los escritos del año siguiente encontramos una serie de exhortaciones continuas a retomar la reflexión sobre el desarrollo internacional. Entre otras cosas, puede remontarse a este periodo, 1908-1909, el comienzo del coloquio íntimo con Bujarin que sería tan rico en resultados a nivel teórico. Ciertamente hay que referir a esta amistad el corte que asumen las argumentaciones epistemológicas de *Materialismo y empiriocriticismo*. Bujarin fue el primero en intuir claramente las características ideológicas de la economía marginalista, permaneció ligado de una manera particular a teorías del equilibrio que, en mi opinión, lo llevaron a adoptar las posiciones centristas por todos conocidas de los años de arranque de la planificación soviética y del gran debate socioeconómico del partido. Posición centrista que se recalifica como renuencia a forzar los procesos de conflicto de clase en el interior de la sociedad socialista; residuo revisionista que difícilmente se concilia con las interpretaciones premarxistas de que se hizo objeto la figura de Bujarin. Pero, volviendo a Lenin, bastará señalar aquí el hecho de que el comienzo de la asociación con Bujarin, la lectura de su crítica al marginalismo (empezando por los dos artículos de *Die Neue Zeit* sobre "Una economía sin valor") terminarán por representar para Lenin la urgencia de una reflexión de actualización sobre el capitalismo después de 1898. Pero para que esta urgencia se transforme en polémica habrá que esperar hasta 1919-1920, como veremos enseguida.

Creo que es legítimo preguntarse si el folleto de Lenin sobre *El imperialismo* tiene realmente la profundidad teórica que se le

atribuye. Tengo la impresión de que se trata de un texto que precisamente a nivel teórico presenta graves debilidades. Por otra parte el mismo Lenin lo reconoce al admitir su deuda con Hobson y con Hilferding. No obstante, ésta hubiera sido la gran ocasión de ajustar cuentas con Hilferding, por encima de los juicios dados por Kautsky sobre el hecho de que el teórico austriaco no se había apartado mucho, en última instancia, de las teorías marxianas del dinero. Por el contrario, este tipo de juicios era el que había que comprobar. En la actualidad podemos leer juicios interesantes aunque discutibles sobre Hilferding como el de la señora De Brunoff, para quien este autor formuló una teoría financiera del dinero. Pero, ¿no fue esto, en cambio, uno de sus más grandes aciertos? ¿No fue tal vez su más grande acierto haber comprendido antes que nadie la importancia de los hechos institucionales a nivel monetario? No se puede liquidar a Hilferding sosteniendo que encabezó el capital bancario con el capital industrial; reconozcámonle en cambio el mérito de haberse adelantado a trazar los rasgos esenciales de las funciones del dinero-capital, del dinero como comando sobre la fuerza de trabajo, que se manifiesta a través del capital financiero.

Volviendo a nuestro tema, considero que el hecho de que no se hubiera afrontado el debate sobre el dinero en Hilferding, concretamente sobre el tema del imperialismo, le hizo perder a Lenin una gran oportunidad de discusión teórica. ¿Sobre qué otros temas se hubiera podido desarrollar la teoría del imperialismo? No ciertamente sobre el tema luxemburguiano de la salida externa y de las colonias, al que Lenin ya había respondido implícitamente en la época de su polémica con los populistas. En cambio, me parece que en el folleto hay fragmentos metodológicos que pueden aproximarse al "clima" del debate sobre el derrumbe y al de sus características deterministas y mecanicistas. Consideremos por ejemplo, cómo se plantea el problema de la guerra en cuanto elemento constitutivo de las leyes internas de la estructura capitalista, como mecanismo indispensable.

Consideremos su polémica con Kautsky sobre el ultraimperialismo, el desprecio con que Lenin descarta toda hipótesis de estrategia del estrato político capitalista para reafirmar la completa necesidad de una salida bélica, casi una constricción, una inevitabilidad histórica. ¿Existe, entonces, un cambio de dirección en el pensamiento de Lenin y empiezan a aparecer elementos deterministas? Creo que esto hay que destacarlo con interés, porque el problema de la crisis general no vivirá mucho tiempo por sí solo; explota después de 1917, pero se conecta inmediatamente con el

discurso sobre la iniciativa política, sobre el partido, sobre el partido mundial de la III Internacional comunista. De ahí que el discurso sobre la crisis deba retomarse, pero no ya como un gran fresco economicista, como mecanismo de autodestrucción, sino como programa del partido mundial, como crisis política. Resulta interesante ver que el pensamiento de Lenin, en 1915 y en 1916, sufre un cambio de dirección, mejor dicho, una flexión determinista que coincide con el punto más bajo alcanzado por la organización socialdemócrata; pero apenas la clase se vuelve a apropiarse del partido y el proletariado de la revolución, desaparece todo elemento determinista. Otro aspecto interesante es el discurso leninista sobre el estado. ¿Ciertamente creemos que identifica el imperialismo con el estado absolutista? ¿No circula, en cambio, a través de toda la polémica interna y externa contra la socialdemocracia una visión del estado como sistema de partidos? ¿El oportunismo socialista no es tal vez un elemento constitutivo del estado capitalista en Occidente? El problema de la crisis general debe ajustar cuentas con esta estructura político-institucional del estado. En sus intervenciones entre 1918 y 1920 señala Lenin cada vez con más insistencia que puede darse la paradoja de una crisis general del capitalismo sin crisis política. Véase la *Carta al Partido socialdemócrata independiente alemán*, véase la polémica con Bujarin en la restructuración del programa del partido:

"Cuando el camarada Bujarin decía que podía hacerse el intento de trazar un cuadro completo del derrumbe del capitalismo y del imperialismo, nosotros objetamos en la comisión y yo debo objetar aquí: prueben y verán que no lo consiguen. El camarada Bujarin hizo tal intento en la comisión, y él mismo debió renunciar a ello. Estoy completamente seguro de que si alguien pudiera hacerlo sería el camarada Bujarin, quien ha estudiado durante mucho tiempo y con gran detenimiento este problema."²

La mera descripción de los mecanismos económicos es asunto libresco, académico, y no puede esgrimirse como teoría de la crisis general, o como teoría del derrumbe. Una vez más, esto es asunto del partido, de la táctica. Aquí sólo vale la pena recordar la poca atención que dedicaron a la preocupación de Lenin, en el manejo que hicieron de la ideología de la crisis, el grupo de Stalin y en general la III Internacional. Al intelectual Eugenio Varga le corresponde la tarea de trazar grandes frescos

² V. I. Lenin, *Informe sobre el programa del partido*, 19 de marzo de 1919, en *Obras completas*, t. xxxi, pp. 33-34.

economicistas, al Comité central, la tarea de trazar las directrices. El análisis del capital y de la composición de clase y el programa son dos funciones distintas, meramente ritual la primera, privilegio del partido la segunda.

Lenin aprendió de las contiendas de Occidente lo difícil que era separar la composición de clase y el programa, la estructura y el modelo de organización. Cuando en 1920 se toca a retirada, ya había comprendido que la forma bolchevique de partido era hostil a la clase obrera occidental llegando hasta los límites extremos de la crítica anarco-sindicalista de la política. En Alemania, en los Estados Unidos, en Inglaterra, y dondequiera que se presentaba bajo formas nuevas la autonomía obrera, el partido bolchevique debía pasar por un periodo en que era ajeno a la clase. Sólo con la derrota de la autonomía obrera por parte de la crisis económica y de la contrarrevolución, la forma bolchevique de partido logró reconquistar la credibilidad. Pero este bloqueo de la iniciativa práctica formaba un todo único con un bloqueo de la teoría. Teoría y práctica de la crisis deberán ser leídas a continuación sólo en los comportamientos de la clase de los países avanzados, de aquella clase que aún hoy busca una forma apropiada de partido pero que ha logrado demostrar que la crisis del capitalismo puede presentarse, a iniciativa de la clase obrera, aún en ausencia del partido. ¿Existe una correlación entre la crisis actual de la extracción del plusvalor y la crisis del leninismo? Creo que éste es un tema sugerido por la trayectoria de Lenin, como he tratado de esbozarlo.

ESTER FANO *

LOS PAÍSES CAPITALISTAS, DESDE LA GUERRA MUNDIAL HASTA LA CRISIS DE 1929

Desde cualquier punto de vista, el final de la primera guerra mundial puso en evidencia la imposibilidad de emprender reconstrucciones y reconversiones industriales de acuerdo con la "normalidad" prebélica; junto con la destrucción y la pérdida de vidas humanas sin precedentes, el conflicto promovió una escalada, también sin precedentes, del proceso de acumulación: un enorme crecimiento de la producción y de las instalaciones correspondientes; una acelerada tecnología avanzada; por lo tanto, resultaba problemático hacer frente al agotamiento de la coyuntura bélica. Por otra parte, el crecimiento industrial no había afectado únicamente la técnica: cada fase de la producción, desde el aprovisionamiento de materias primas hasta el traslado de las inversiones y el desplazamiento de la mano de obra a la administración de los circuitos financieros, había sido organizada y controlada, en ambos bandos, por una amplia y variada red de entes económicos del estado,¹ que a su vez había sido el lugar de formación de una nueva leva de técnicos, formados en las empresas privadas, pero que ya estaban ejercitados en las nuevas funciones de control del mercado. La guerra no sólo hizo que esta invasión de la privatísima órbita empresarial fuera tolerada sino que al mismo tiempo se inflaran las ganancias. Los sacrificios soportados por los indus-

* Profesora en la facultad de Ciencias económicas y bancarias de la universidad de Siena. Publicó *La salute mortale. Le contraddizioni dell'economia americana come laboratorio della crisi mondiale*, Bari, 1977 y diversos ensayos y artículos sobre la política económica del fascismo, entre los que se cuentan "Capitale e regime: 1922-1934" en Varios autores, *Conflitti sociali e accumulazione capitalistica da Giolitti alla guerra fascista*, Roma, 1975. Colabora con *Quaderni storici*.

¹ Las principales obras a las que se puede hacer referencia, para la historia económica general del periodo comprendido entre las dos guerras, son: H. W. Arndt, *The Economic Lessons of the Nineteen-Thirties*, Londres, Frank Cass, 1947; Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1976, cap. VIII; C. P. Kindleberger, *The World in Depression, 1929-1939*, Londres, Allen Lane, 1973; W. A. Lewis, *Economic survey, 1919-1939*, Londres 1949; Allen & Unwin, R. Nurkse, W. A. Brown, *International Currency Experience. Lessons of the Interwar Period*, Ginebra,

triales en nombre de la patria no fueron, evidentemente, comparables con los de los obreros sometidos a disciplinas militares, o de los soldados masacrados en las trincheras.

Terminada la guerra, la ansiada abolición de los controles institucionales sobre la economía y la reducción del gasto público no eliminaron el precedente de los poderes excepcionales que el estado había adquirido para la coordinación de la economía privada y, al mismo tiempo, para el orden público. En efecto, tanto en los Estados Unidos como en Alemania, el marco de referencia de las políticas internas había sufrido, durante la guerra, alteraciones profundísimas. Mientras el rechazo de la guerra había obligado a socialistas e izquierdas sindicales estrechar filas, instalándose en el papel de oposición perseguida, los gobiernos de los respectivos países habían incorporado en la maquinaria gubernamental, junto con la más dura represión hacia partidos y sindicatos "derrotistas", a políticos y sindicalistas "patriotas", no sin tomar medidas de tutela legal del trabajo asalariado.²

La participación en la guerra, que se presentó en todos los países como un entusiasta movimiento de masas patrióticas, había sido la prueba lograda de la enorme capacidad de manipulación de la opinión pública por parte de la prensa pagada, tan mentirosa como eficaz. A pesar de que los horrores efectivos de la guerra pusieron al descubierto las mentiras de su propaganda, la necesidad de hacer frente a las tensiones sociales de la posguerra pusieron en operación la capacidad represiva del estado estimulando manipulaciones políticas mucho más drásticas de lo que habían sido, como lo saben muy bien los italianos, las intervenciones sobre la opinión pública.

Conocemos muy bien las novedades políticas de la posguerra del caso italiano, precisamente: el surgimiento acelerado e impetuoso de las organizaciones obreras y de peones rurales; los éxitos en las luchas de los que habían pagado con sacrificios y con sangre el precio más alto de la guerra y enarbolaban la victoria de la Revolución de octubre como un posible resultado de la guerra

League of Nations, 1944; I. Robbins, *The Great Depression*, Londres, Macmillan, 1934; J. A. Schumpeter, *Business Cycles*, Nueva York, Mc Graw Hill, 1939; J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, Allen & Unwin, 1952; *Comunità*, Milán, 1964; I. Sennilsson, *Growth and Stagnation in the European Economy*, Génova, 1954.
² Para el caso alemán, véase A. Rosenberg, *Origini della repubblica tedesca*, Florencia, Sansoni, 1947, caps. III, V, VI; para los Estados Unidos, véase J. Weinstein, *The Corporate Ideal in the Liberal State*, Boston, Beacon Press, 1968, cap. VIII. R. Radosh, *Il sindacato imperialista*, Dipartimento di Stato, CIA e sindacato americano 1914-1968, Turin, Rosenberg y Sellier, 1978.

misma. El fascismo les opuso una fórmula reaccionaria a esas tensiones: el endurecimiento de los instrumentos policíacos del estado liberal, y al mismo tiempo el ejercicio de una verdadera represión de la base; la utilización de un movimiento interclasista y de masas para contrarrestar las organizaciones de clase. Jugando con el aislamiento político de los peones rurales respecto a las demás categorías de campesinos, y de los obreros respecto a los demás estratos urbanos, los fascistas se fortalecieron con una violencia ya inserta en las razones de la existencia del estado liberal y también con la capacidad de utilizar nuevas divisiones de la clase obrera y nuevas agregaciones alrededor de la clase dominante.

En la historia del periodo que transcurre entre las dos guerras, la referencia al caso italiano normalmente le da la primacía a los acontecimientos políticos, tan es así que en la conciencia común, aun antes que en la historiografía, advenimiento y caída del fascismo representan los dos polos de la historia italiana no sólo civil, sino también económica y social, más de lo que podrían representar la primera y la segunda guerra mundial, respectivamente. Se trata del intento de satanizar el fascismo para exaltar los méritos de los gobiernos de la segunda posguerra o, por el lado contrario, de reavivar el recuerdo de los acontecimientos del bienio rojo para robustecer un peso reconquistado, en el presente, por las organizaciones de clase. Esta atención a la política es un útil precedente metodológico para referirse a la situación internacional del periodo comprendido entre las dos guerras. La inflación, la fuga de capitales, la desocupación masiva no son menos perturbadoras o paralizantes que la acción de las *squadracce* o de las maniobras electorales directas. Es importante, por lo tanto, reconstruir el terreno en el que proliferan las bruscas oscilaciones de la coyuntura, el alternarse de miseria y prosperidad corruptoras en el descompuesto ordenamiento internacional de los años veinte: porque el fácil mito de la prosperidad de los "años pujantes" le atribuyó desequilibrios profundos únicamente al periodo que siguió a 1929, y no a las circunstancias que precedieron el desencañamiento de la crisis. Si es cierto que la consolidación de los aparatos estatales, su investidura de poder para responder a los sobresaltos de la coyuntura internacional, su capacidad de crear consenso para quebrantar la oposición revolucionaria, son rasgos típicos del capitalismo contemporáneo, surgidos para no desaparecer jamás, en el conflicto exacerbado entre los estados que fue la primera guerra mundial, éste es el aspecto que más interesa comprender, bajo la variedad de situaciones de los diferentes países

que, a diferencia de Italia, no están marcados o no estaban marcados en los años veinte por la huella fascista. Para esto no sirve de mucho restaurar las fórmulas que circulaban en los partidos de la III Internacional: los anuncios de la crisis general, tan justamente prevista como vagamente analizada. En los análisis de los comunistas italianos las descripciones de la política y de la sociología del movimiento fascista son tan lúcidas y oportunas, como rígido y genérico es su marco de referencia, en opinión de los mismos protagonistas: el "capitalismo monopolista de estado", la carrera hacia la concentración del capital financiero, la "tercera fase del capitalismo", la "estabilización relativa".³ Es fácil reconocer que estos esfuerzos fueron los malos análisis de un internacionalismo malo; pero es necesario admitir que, a fuerza de esporádicos mentes por parte de los partidos comunistas, no quedó en pie ningún análisis en función de internacionalismo alguno. La confianza que había sobrevenido en la posibilidad reequilibradora de las políticas económicas estatales; la pregonada misión histórica del movimiento obrero institucional para hacer una política para la nación y para el estado, no lograron quitarle de ninguna manera el dramatismo a las descompensaciones de un sistema que actualmente está vivo y en operación. Los fenómenos ciertamente lacerantes del periodo comprendido entre las dos guerras pueden servir muy bien, por lo tanto, para preguntarse qué tanto han cambiado en la actualidad las leyes de movimiento, además de la obsolescencia de muchas formas históricas.

1. LOS PROBLEMAS INMEDIATOS DE LA POSGUERRA

Una vez alcanzada la paz, los problemas de la reconstrucción fueron complejos: para los países más estigmatizados por las opera-

³ El tema es objeto específico del seminario del que forma parte esta contribución; es, por consiguiente, superfluo presentar una bibliografía aunque sea somera sobre las interpretaciones alternativas del desarrollo capitalista por parte de la III Internacional; no obstante considero útil señalar dos ejemplos, uno de abierta aceptación, por parte de un protagonista, de las instrumentalizaciones políticas a que habían ido a parar los varios cambios de dirección interpretativa: E. Sereni, "Fascismo, capitale finanziario e capitalismo monopolistico di Stato nelle analisi dei comunisti italiani", en *Critica Marxista*, núm. 5, 1972, pp. 17-46; el otro, en el ámbito de una investigación reciente, desligada de la obediencia preconcebida, sobre la figura de E. Varga, contiene un repertorio ejemplar de las acrobacias tácticas que gobernaban el debate teórico en el curso del X Plenum de 1928: E. Calli Della Loggia, "La III Internazionale e il destino del capitalismo: l'analisi di E. Varga", en *Storia del marxismo contemporaneo*, Milán, 1974, pp. 988-989.

ciones de guerra no se trataba únicamente de remediar la destrucción física y humana, sino también de hacer frente a grandes pérdidas en el aparato productivo. Francia, por ejemplo, tuvo el más alto porcentaje de muertos entre los combatientes,⁴ el porcentaje más alto de muertos en la población activa; a la destrucción enorme de fábricas y de vías de comunicación se añadió, como grave problema inmediato, la inutilización de casi cuatro millones de hectáreas de tierra cultivable. Por su parte, el nuevo ordenamiento político determinó problemas no indiferentes de falta de integración entre las economías de los países recientemente independizados salidos del desmembramiento del imperio austro-húngaro. Viena se convirtió en la enorme capital de un minúsculo estado, poblada por una masa inutilizada de funcionarios de las ex provincias. A su vez, los países recientemente independizados trataron de promover una autosuficiencia económica que no había tenido razón de ser cuando el imperio había asegurado una vasta área de libre intercambio integrado. De este modo, las hilanderías austriacas dejaron de surtir a las fábricas de tejidos checas, mientras por su parte el gobierno de Checoslovaquia promovía un sector de hilandería nacional; las curtiembres austriacas se encontraban sin pieles, los molinos húngaros sin grano y sin mercados, las industrias eslovacas sin capitales y sin personal húngaro y así sucesivamente. El estrangulamiento del comercio debido al surgimiento de las tarifas proteccionistas se agravó todavía más con el bloqueo de las comunicaciones: cada país se posesionó de los vagones de ferrocarril de lo que había sido una gran red única de ferrocarriles imperiales, impidiendo el paso más allá de las fronteras por temor a requisiciones por parte de los países limítrofes. De una vasta área de economías integradas se pasó a una suma de unidades cerradas, que anticipó y, en su momento, agravó las tendencias deflacionistas de los años treinta.⁵

En la Europa occidental la reconstrucción y normalización fueron excepcionalmente rápidas y pueden considerarse totalmente concluidas alrededor de 1925, cuando la misma Alemania, gracias a la iniciativa de los Estados Unidos, realizó un reordenamiento monetario y productivo. Hasta el derrumbe de 1929 el boom americano y europeo tuvo dimensiones considerables, tanto que rebasó en gran medida los niveles productivos de la época anterior a la guerra. La crisis de los treinta fue la más grave y prolongada del siglo veinte y sólo se resolvió con la segunda guerra mundial.

⁴ Véase A. Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, Paris, Fayard, 1965, cap. 1.

⁵ Véase W. A. Lewis, *op. cit.*, cap. II.

El estancamiento, la desocupación de masa, la autarquía, las perturbaciones sociales en que se desarrolló el bacilo del nazismo; estos fenómenos del capitalismo mundial de los años treinta, vistos tal como son, oscurecieron en la conciencia común las contradicciones también significativas del periodo que los precedió, los años pujantes de la prosperidad americana y de las estrechísimas relaciones de ésta con los países europeos. Si es cierto que la hegemonía económica y financiera americana determinó primero la recuperación europea y luego representó el principal elemento desestabilizador, tratemos de reconstruir el tortuoso *iter* institucional.

II. LAS JERARQUÍAS DE PODER ECONÓMICO INTERNACIONAL ANTES Y DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La guerra, al determinar un gigantesco drenaje de recursos, desplazó bruscamente las jerarquías de poder económico mundial en favor de los países que tenían una industrialización relativamente nueva, al abrigo de las operaciones de guerra y más ricas en productos agrícolas y en materias primas.⁶

Hasta 1914, la hegemonía financiera mundial era detentada por Inglaterra y Francia, los dos principales países exportadores de capitales y al mismo tiempo capaces de atraer fondos de otros países hacia las bolsas de Londres y París. El activo de la balanza de pagos debido a la repatriación de los intereses y de las demás partidas intangibles como el pago de fletes marítimos y las primas de seguros compensaba, por ejemplo, en el caso de la Gran Bretaña una balanza comercial fuertemente deficitaria: los ingleses consumían más mercancías de las que producían, a pesar de que recibían del exterior más dinero del que gastaban: hacía varios años que Inglaterra había perdido su posición de primer país industrial del mundo. Los Estados Unidos, por su parte, se habían convertido ya, antes de la guerra, en el primer país productor del mundo, gracias a las inmensas riquezas naturales, a la amplitud de su territorio agrícola, a la disponibilidad de mano de obra (más de 24 millones de inmigrantes entre 1871 y 1924, mal organizados, explotables y desplazables);⁷ pero a pesar de

⁶ Véase J. A. Lesourd, C. Gérard, *Storia economica dell'ottocento e del novecento*, Milán, 1971, 1973, cap. 7.
⁷ Véase G. Barabanov, "Tendenze di lungo periodo dell'economia americana", en *Critica Marxista*, enero-febrero, 1973, p. 52.

tener una balanza comercial favorable, eran importadores de capitales de Europa y por lo tanto luchaban con una balanza de pagos negativa debida al pago de los intereses sobre los capitales tomados en préstamo.⁸

Con la guerra, los países comprometidos en el esfuerzo de llevar adelante los combates, tuvieron que incurrir en un exorbitante volumen de demanda respecto de su capacidad productiva; se vieron, por lo tanto, obligados a recurrir a la importación de mercancías y a la erogación de préstamos por parte de sus aliados más fuertes. De este modo, la adquisición de mercancías en los países neutrales o alejados de las operaciones de guerra determinó la fortuna de Suiza, de Holanda, de los países escandinavos, de algunos *dominions* británicos, de América Latina, de Japón y, sobre todo, de los Estados Unidos. Por su parte, todos los países del mundo, excluyendo a Rusia, se encontraron al final de la guerra con que tenían un volumen global de deuda de casi 226 mil millones de dólares (inmediatamente antes de la guerra esa cifra había sido de 26 mil millones de dólares aproximadamente). Sólo 45 mil millones de ese total se pagaron por medio de impuestos; el resto se consiguió a través de préstamos.⁹

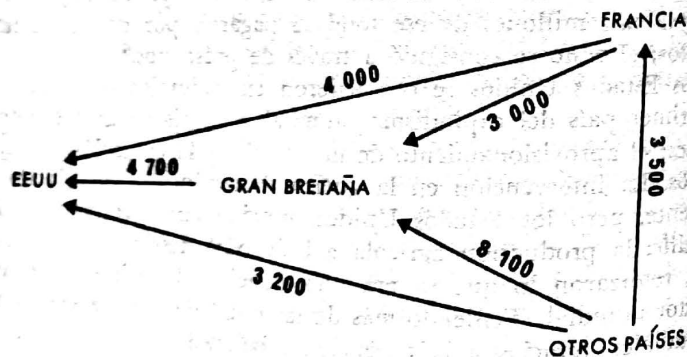
Los Estados Unidos se convirtieron en todos los conceptos en el primer país del capitalismo mundial a través de ambas operaciones: el aprovisionamiento de mercancías y la erogación de préstamos. La intervención en la guerra determinó la victoria de la Entente, pero los Estados Unidos, precisamente gracias a la intensificada producción agrícola e industrial destinada a los aliados, reforzaron lo que ya era una posición de primer país productor mundial. Teniendo más de la mitad de las reservas en oro mundiales (gracias a la excepcional balanza comercial positiva), en la posguerra les tocó también el papel de primer país exportador de capitales.¹⁰ Sucedió, en efecto, que en una primera etapa del conflicto, tanto Francia como Inglaterra habían hecho préstamos a sus aliados menores (entre los cuales un préstamo obligatorio francés a Rusia que fue anulado por la revolución). Más tarde, Francia debilitada por una guerra tan prolongada y destructora se vio obligada, en 1915, a pedir un préstamo a Inglaterra para sostener la paridad del franco y efectuar adquisiciones de mercancías en el exterior. Concedido el préstamo, se transfirió

⁸ Véase H. B. Lary, *The United States in the World Economy; the International Transactions of the United States during the Interwar Period*, Washington D. C., Government Printing Office, 1943, cap. 1.
⁹ Véase J. A. Lesourd, C. Gérard, *cit.*, p. 366.
¹⁰ Véase H. B. Lary, *op. cit.*, cap. 1.

la mitad de las reservas francesas de oro a Inglaterra como garantía. La Inglaterra acreedora de Francia por casi 450 millones de libras esterlinas, se vio también agotada por el esfuerzo bélico y obligada a recurrir, dos años más tarde, a un considerable préstamo americano, contra la garantía del oro francés e inglés, además de la cesión de una parte del portafolio de títulos del exterior de la Banca de Inglaterra. Las deudas entre los aliados se habían desplazado, por tanto, de una manera compleja: si los Estados Unidos eran acreedores unilaterales, otros países eran al mismo tiempo acreedores y deudores. Esta era la situación al final de la guerra.

DEUDAS ENTRE LOS ALIADOS AL FINAL DE LA GUERRA

(millones de dólares)



FUENTE: A. Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, Fayard, París, 1966, vol. I, p. 169.

No sólo los Estados Unidos ejercían el poder característico de todo acreedor, sino que los países deudores destinaban la mayor parte de sus dólares a la adquisición de mercancías americanas, elegidas y controladas por un ente especial, el War Industries Board, que decidía también los envíos y el desplazamiento de los distintos productos. De este modo, el capitalismo americano, orgullosamente partidario de la propiedad privada e inmune de injerencias estatales, iba construyendo sus propias fortunas nacionales e inter-

nacionales gracias a una enorme intervención estatal para financiar sus propias salidas de mercado.

En la inmediata posguerra, las necesidades vitales de bienes alimenticios y posteriormente de bienes industriales para iniciar la reconstrucción fueron también ampliamente financiadas por créditos americanos: la American Relief Administration determinó enviar bienes por 1 500 millones de dólares, de los cuales sólo menos del 10% estaba constituido por donaciones propiamente dichas; el resto se vendía contra pagos al contado o diferidos a través de ulteriores créditos. De este modo el total de los créditos americanos concedidos a Europa alcanzó los 11 500 millones de dólares. Esta exportación de riqueza abstracta contribuía en realidad al potenciamiento de la misma riqueza real del país, dado que los préstamos alimentaban la demanda de mercancías americanas y contribuían al crecimiento del potencial productivo de los Estados Unidos. Se habría necesitado de alguna manera por sí mismo un nuevo cúmulo de créditos americanos, para echar a andar el proceso de reconstrucción; pero el modo incontrolado en que llegaron a los mercados europeos junto con el envío de mercancías, causó la primera descompensación gravísima de la posguerra. Sucedió en efecto que el boom europeo de 1919-1920, alimentado por la demanda de consumo civil comprimido durante la guerra, por un gasto público todavía sostenido, por la fácil erogación de crédito a los entes privados y por la fuerte demanda de bienes instrumentales para la reconstrucción, encontró un freno una vez que las mercancías de las ayudas americanas saturaron el mercado. La obra del gobierno resultó más desestabilizadora aún: en efecto, una fase de amplio gasto público y de crédito fácil, fue sustituida —en respuesta a la crisis y de manera que la agravó—, por una fase de restricciones crediticias y de limitación del gasto público; de ahí que se invirtiera la tendencia al alza de precios que había parecido irrefrenable.¹¹ En Inglaterra, por ejemplo, en que la guerra no había producido un proceso inflacionario relevante (por lo menos en comparación con Francia e Italia), se había tenido una escalada de precios industriales en 1919-1920, al que siguió, con la crisis de 1920-1921, una caída al 50% de sus valores en la primavera de 1920. De ahí el intento patronal de acompañar esta caída de los precios con una reducción salarial del mismo alcance. El golpe de las luchas sindicales demostró de una vez por todas la rigidez de los salarios a la baja y la imposibilidad de tratarlos como dato que podía maniobrase a placer.

¹¹ Véase W. A. Lewis, *op. cit.*, cap. II.

La crisis fue gravísima en todos los países, por el hecho de la desocupación que se derivó de ahí y por el derrumbe de algunos colosos industriales que se habían inflado durante la guerra y, en la inmediata posguerra, enriquecido por las escaladas de la bolsa; el caso de la Ansaldo y de la Banca italiana de Descuento fue común en otros países. Esto contribuyó a oscurecer las perspectivas de la transformación industrial para la paz; de una paz que por su parte se había vuelto incierta debido precisamente a los términos de las cláusulas de Versalles. Francia, en efecto, que había sido el país más afectado por la guerra, había logrado cláusulas punitivas para las reparaciones que Alemania habría tenido que pagarle, tanto más que aquella había pagado puntualmente a los vencedores de las guerras napoleónicas y, más recientemente, en 1871 (y a decir verdad, sin graves problemas), había vertido en Alemania todo lo que ésta le había impuesto como vencedora de la guerra franco-prusiana.¹²

Por lo menos para Francia, las reparaciones alemanas eran una cuestión inseparable de la de las deudas entre los aliados, que por su parte difícilmente se podían definir, dado que países como Francia e Inglaterra se encontraban al mismo tiempo en la situación de acreedores de algunos países y de deudores de otros. Los escritos de Keynes sobre las consecuencias económicas de la paz ponen al descubierto la perturbada lógica que presidía las actitudes punitivas de los franceses hacia Alemania, como también cualquier planteamiento legal del problema de las deudas entre los aliados, que obligara a respetarlos como compromisos entre caballeros.¹³

La comisión para las reparaciones había fijado una cifra de 6 600 millones de libras esterlinas o bien de 132 000 marcos-oro que Alemania habría debido pagar a diferentes plazos. Habiendo hecho un cálculo cuidadoso de la consistencia efectiva del aparato

¹² El mecanismo de los pagos de las reparaciones francesas de 1870-1871 había servido de tónico a la economía francesa, estimulando la producción y el aumento de las exportaciones (hacia terceros países y hacia la misma Alemania, agotada por el esfuerzo bélico) para poder pagar las indemnizaciones. De ahí la anécdota del encuentro entre un diplomático alemán, que afirmaba: "Son miles de millones que no nos hemos dado cuenta de haber recibido", mientras su interlocutor francés respondía: "Tampoco nos hemos dado cuenta de haberlos pagado". Cf. A. Sauvy, *op. cit.*, pp. 131-132.

¹³ Un estudio conciso sobre los problemas de la posguerra se encuentra en la colección de ensayos y artículos de Keynes, *Essays in Persuasion*, Londres, Macmillan, 1931; además de los ensayos anteriores, más amplios pero más limitados en sus argumentos, de *The Economic Consequences of the Peace*, Londres, Macmillan, 1919.

productivo alemán después de la destrucción y la pérdida territorial, Keynes estimaba que, aun bajo la improbable hipótesis de un pago diferido a treinta años, a costa de una dura compresión del tenor de vida de los alemanes, Alemania no habría podido pagar en total más de 2 000 millones de libras esterlinas (y no de 6 000 a 8 000 como pretendían los franceses).¹⁴ De cualquier modo, el cálculo no podía hacerse sumando y restando las cifras de la producción del periodo anterior a la guerra y de la balanza comercial de los alemanes; Alemania, en efecto, podría pagar únicamente si se le capacitaba para tener una balanza comercial positiva; pero esto era particularmente difícil si desde el principio de las reparaciones sustraían capitales a las inversiones indispensables por su parte para restaurar y dinamizar la base productiva. También resultaba dudosa la causalidad punitiva de un pago diferido en el tiempo; no sólo el peso de las reparaciones habría sido pagado tanto por los responsables alemanes de la participación en la guerra como por el resto de la población que a su pesar se había visto envuelta en ella; sino este castigo indiferenciado recaería en los hijos y en los nietos de unos y otros.

La misma confusión complicaba los posibles criterios de ética internacional para sistematizar las deudas entre los aliados. Francia, si hubiera respetado sus compromisos, habría debido pagar una suma cuádruple de la entregada a Alemania después de 1870. Las deudas italianas eran más pesadas que las ventajas que, como país vencedor, había sacado de la guerra. Habría sido inconcebible, por otra parte, exigir reparaciones a la pequeña y debilísima Austria y todavía más absurdo pretender que las nuevas naciones como Checoslovaquia y Polonia las hicieran.

Hasta aquí las consideraciones políticas; pero la alterada lógica económica internacional de la guerra y de la posguerra estimulaban a Keynes a plantearse preguntas más generales mientras formulaba algunas propuestas precisas e inmediatas. Los préstamos americanos habían demostrado que una sustracción aparente de riqueza podía inutilizar al mismo país que la había otorgado.

¹⁴ Las interpretaciones de la parte francesa señalan que la objetividad del punto de vista británico, de Keynes en particular, estaba dictado por el temor de que, al invadir los mercados de terceros países, las exportaciones alemanas dañaran las británicas; de ahí la insistencia en la propuesta de un pago en mercancías a Francia. Cf. A. Sauvy, *op. cit.*, p. 132; pero también, C. P. Kindleberger, *op. cit.*, pp. 35-39 con una discusión de la respuesta tardía y polémica a Keynes por parte de E. Mantoux (en *The Carthaginian Peace, or the Economic Consequences of Mr. Keynes*, Nueva York, C. Scribner's Sons, 1952), en la que se refuta la acusación a la antipatía francesa y a la ocupación del Ruhr por haber preparado el terreno a Hitler.

Por el contrario, el objetivo de obtener de Alemania el pago de las reparaciones parecía más remoto a medida que se insistía, como en el caso de Francia, en una actitud punitiva. Sólo un cobro diferido de las indemnizaciones, precedido de una erogación de préstamos para la reconstrucción del aparato productivo alemán, proporcionaba los medios para satisfacer las pretensiones francesas; en otras palabras, el acreedor obtenía más no despojando al deudor sino financiándolo.¹⁵

Keynes propuso un fuerte redimensionamiento de las sumas que habría que exigir por las reparaciones, y una reconstrucción europea financiada a través de un sistema generalizado de préstamos, concebida para integrar el desarrollo de los respectivos países. En cuanto a las deudas entre los aliados, Keynes consideraba que en una cuestión tan intrincada y contradictoria, la cancelación total representaba la elección del mal menor. El gobierno británico hizo suya la propuesta de Keynes, rechazada a causa de la intransigencia del gobierno americano; como réplica anunció entonces que únicamente recurriría a sus propios créditos con el fin de alcanzar la suma necesaria para extinguir las deudas contraídas con los Estados Unidos.¹⁶

III. DE LA INVASIÓN DEL RUHR A LA ESTABILIZACIÓN MONETARIA

En Francia, el revanchismo más duro albergó la esperanza de que los miles de millones alemanes llenarían inmediatamente las arcas del gobierno francés; pero una vez que el gobierno alemán se negó a pagar sus onerosísimas cuotas anuales, los franceses ocuparon, con un gesto de prepotencia, la cuenca del Ruhr a principios de 1923. La inflación devastadora que en los meses siguientes anuló completamente el valor del marco obligó a reflexionar sobre el contenido político y económico de este proceso.¹⁷

¹⁵ En el libro de D. E. Moggridge, *Keynes*, Glasgow, Collins Fontana Modern Masters, 1976, y en F. Vicarelli, *Keynes - L'instabilità del capitalismo*, Milán, Etas Libri, 1977, se encuentra una ágil e inteligente reconstrucción de los orígenes de la crítica de la ortodoxia financiera en las reflexiones, por parte de Keynes, sobre los acontecimientos de los primeros años veinte.

¹⁶ Cf. C. P. Kindleberger, *op. cit.*, p. 41.

¹⁷ Para los problemas económicos y políticos de Alemania en los años veinte, cf. A. Rosenberg, *Storia della Repubblica di Weimar*, Florencia, 1972, Sansoni [es menos aconsejable por el punto de vista moderado y miope, la *Storia della*

En primer lugar, el incidente político sentó un grave precedente por el cúmulo de venenosas tensiones nacionalistas que necesariamente alimentó. No parecía exacta la versión de los hechos que por ese entonces se difundió, según la cual los habitantes del Ruhr y sobre todo los trabajadores de las minas, decretaron la resistencia pasiva contra los invasores franceses para impedir su acceso al carbón. Parece, en cambio, que los propietarios de las minas no estuvieron de acuerdo con una huelga general política, que habría movilizó a toda la población. Prefirieron, en cambio, hacer que sus obreros extrajeran el carbón, que amontonaban frente a la mina, de donde cada mañana llegaban a retirarlo cuadrillas de franceses contratados al efecto.¹⁸ También los gobernantes alemanes, respaldados por los magnates de la industria, prefirieron jugar la carta de la inflación para demostrar que Alemania no estaba en condiciones de pagar las reparaciones. La prueba de fuerza ante la Entente les dio la oportunidad de multiplicar las fortunas de los empresarios expropiando totalmente a los ahorradores.

La riqueza real se desplazó a manos de los empresarios, primero a través del acaparamiento de las provisiones, oportunamente organizado; luego gracias también a la fácil erogación de crédito y a los precios competitivos que las mercancías alemanas podían ofrecer en el exterior, se desarrolló la fiebre de producir e invertir en bienes de capital. Los agricultores compraron máquinas, los industriales ampliaron sus instalaciones. La riqueza acrecentada de algunos empresarios contribuyó a la formación de nuevos imperios financieros. Cuando cesó la inflación, gracias a las medidas saneadoras del plan Dawes en 1924, alguno de los apresurados imperios quebró, y algunos nuevos magnates de la industria pesada desaparecieron de la escena; pero la fisonomía económica de Alemania había adquirido ya los rasgos hiperindustrializados que condicionaron sus movimientos en el contexto internacional. La guerra había conducido sobre todo a una pérdida de territorios agrícolas, de población y de salidas comerciales (Prusia oriental y Polonia, el Imperio ruso y el austro-húngaro); pero habían salido de ella fortalecidos y con la capacidad de autofinanciar los carteles industriales sobre todo de la química. Para racionalizar la producción y dividirse el mercado fijando los precios de los res-

Repubblica di Weimar (1918-1933) de Erich Eyck, Einaudi Turin, 1966], J. Lador-Lederer, *Capitalismo mondiale e cartelli tedeschi tra le due guerre*, Turin, Einaudi, 1959; y G. E. Rusconi, *La crisi di Weimar. Crisi di sistema e sconfitta operaia*, Turin, 1977.

¹⁸ Véase A. Rosenberg, *op. cit.*, cap. VII.

pectivos productos, se formaron entre 1924 y 1929 cerca de 2 000 cárteles, entre los que sobresalió la IG Farben (1925) y la Vereinigte Stahlwerke. Esto significó la especialización productiva, el crecimiento relativo y la supremacía internacional del sector químico alemán, la constitución de cárteles nacionales e internacionales frecuentemente capaces, bajo el liderazgo de las empresas alemanas, de sustituir el proteccionismo de los diferentes estados nacionales, de efectuar fugas de capitales al exterior, de atraer créditos extranjeros, de lucrar grandes ganancias a través de la exclusividad de las patentes. A la necesidad de estabilización de la economía alemana en un contexto mundial todavía más desestabilizado por el trauma de la guerra se le respondió con la creciente racionalización productiva y la especialización de la industria alemana, cada vez más agresiva en el campo del comercio exterior.¹⁹

La inflación, en suma, aceleró una tendencia a la concentración y a las maniobras desestabilizadoras por parte de los grandes trust y cárteles. Por otra parte, un trauma social enorme minó el terreno preparando el país para las desestabilizaciones políticas de los años siguientes. Los estratos medios alemanes estaban tenazmente aferrados, por la experiencia de muchas generaciones, a una vida política pasiva y mezquina pero confortada por la certeza de que precisamente en la economía el espíritu de la población podía dar lo mejor de sí misma.²⁰ La laboriosidad y escrupulosidad en apegarse al orden constituido y a las directivas recibidas podían premiar a los individuos y a la nación determinando sus éxitos, con la condición precisa de que se asegurara este orden. Contando con la posibilidad de descargar en los odiados franceses toda la responsabilidad de la inflación y enorgulleciéndose de ser los garantes del orden, gobernantes e industriales no tuvieron escrúpulos en robar tanto a trabajadores como a ahorradores. En su *Historia de la República de Weimar*, A. Rosenberg reproduce un pasaje del discurso pronunciado por Stresemann, cuando, en 1927, obtuvo el premio Nobel de la Paz:

"la pérdida más grave [...] sufrida por Alemania [...] consiste, en mi opinión, en el hecho de que el estrato medio culto e in-

¹⁹ Véase J. A. Lador-Lederer, *op. cit.*, pp. 82 y ss.

²⁰ Véase las agudas observaciones de J. Lador-Lederer, *op. cit.*, pp. 87 y ss., a propósito de las teorizaciones de Keyserling (en *Politik, Wirtschaft, Weisheit*, 1922) según las cuales las masas sólo acasionalmente durante breves periodos de agitación, participaron en la historia, cediendo por lo general sus poderes a los Césares, que en la realización detallada del caso alemán habían sido los Césares de la economía; y a propósito del famoso lema de Rathenau: "La economía es nuestro destino".

dustrioso, que por tradición era el mayor sostén de la idea del estado, pagó con la pérdida total de su patrimonio, su entrega total al estado durante la guerra y fue proletarizado. La discusión teórica y tal vez también la práctica legislativa no han podido todavía establecer hasta qué punto se autorizó a la razón de estado para exigir el sacrificio de toda una generación, consistente en el hecho de que el dinero emitido por el estado, perdido todo valor, no fue rembolsado nunca."²¹

Rosenberg comenta que Stresemann veía ciertamente de manera muy clara los hechos, pero, como representante del gobierno capitalista estaba obligado a ocultar las expresiones, poniendo la palabra "razón de estado" en lugar de la palabra "rapiña".

También para los trabajadores la inflación fue causa de notables privaciones. No sufrieron tanto por la desocupación, ya reducida, sino por la continua contracción del poder adquisitivo de las enormes masas de papel que se tenían que sacudir. Las encuestas de 1922 y 1923 reportan datos impresionantes sobre los niveles de desnutrición y de enfermedad de la población en los barrios obreros de Berlín. Si la guerra había afectado tal vez a millones de personas que no habían decidido por sí mismas tomar parte en ella, los acontecimientos de la posguerra en Alemania obedecieron a la misma lógica ciega y cruel. Con la inflación se pusieron de rodillas precisamente los estratos medios, tradicionales vestales de la fidelidad al estado y a los principios conservadores. Las pretensiones punitivas de los franceses por las reparaciones y la ocupación de Ruhr fueron el dato de partida sobre el que se levantó la cínica decisión de los gobernantes y de las más que influyentes señorías industriales, que salieron de la inflación vitalizadas y organizadas.

Sería inexacto pensar en un plan deliberado y preordenado, a pesar de que es necesario asignarles a los dueños del vapor alemanes la plena responsabilidad de las decisiones y de sus consecuencias; decisiones que no hubiera sido tan fácil tomar si, en la víspera precisamente de la ocupación del Ruhr, no se hubiera llevado a cabo una represión de las organizaciones conciliares y la eliminación física de los dirigentes de las corrientes revolucionarias sucedida entre enero de 1919 cuando fueron asesinados Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, y marzo de 1921, cuando se llevó a cabo la represión en Sajonia y Turingia (la República de los consejos bávaros ya había sido liquidada por obra de los cuerpos francos en la primavera de 1920). El asesinato de Rathenau, primero, y de Erzberger, después, a mitad del año 1922, debilitaron

²¹ Cf. A. Rosenberg, *op. cit.*, p. 127.

también las fuerzas de gobierno que intentaban evitar los enfrentamientos directos. La última ola represiva contra las administraciones de izquierda en Sajonia y Bavaria coincide, en el otoño de 1923, con la fase más avanzada de la inflación. Cuando en 1924, el gobierno de los Estados Unidos decidió intervenir para sanear la situación monetaria, existían sólidas garantías conservadoras en la política interna alemana.²²

La intervención americana estuvo representada por el plan Dawes, preparado por la Comisión Dawes que había sido nombrada por los americanos, los franceses y los ingleses con el consentimiento alemán en diciembre de 1923, para estudiar una sistematización de la cuestión de las reparaciones y de la situación monetaria alemana. Los pagos anuales alemanes fueron redimensionados a la cifra de 125 millones de libras esterlinas, dejando indeterminado el número de anualidades. Quedaba por sanear la situación interna: primeramente se instituyó el *Rentenmark*, basado en valores inmobiliarios reales; luego se proclamó la paridad de un nuevo *Reichsmark* contra un billón de viejos marcos. Todo esto fue posible gracias a la garantía, sobre el pago de las reparaciones y sobre el saneamiento monetario, representada por la emisión de un nuevo préstamo americano, al que se le añadieron algunas garantías institucionales: separación de la banca central alemana respecto al gobierno, obligación de conservar cierto nivel de reservas en oro y valores extranjeros. El nuevo gobernador Hjalmar Schacht puso en operación una apertura crediticia; a consecuencia de las altas tasas de interés se produjo una reconquista de la capacidad de atraer préstamos extranjeros a Alemania —basada, entiéndase bien, en las garantías del plan Dawes.²³ El éxito del plan provocó más confianza aun y más créditos extranjeros; se reanudó sobre bases más sólidas y menos frenéticas el proceso de racionalización productiva garantizada ya por la misma estabilización monetaria; naturalmente, el estancamiento de la inflación y las políticas restrictivas que lo acompañaron interrumpieron el desarrollo de los colosos industriales que se habían alimentado con la inflación (particularmente los grandes complejos de la industria pesada). El compás de espera sirvió sin embargo para podar las ramificaciones más inseguras de empresas que ya eran sólidas o para despojar a los personajes más medrosos en favor de los más sólidos.²⁴

²² Sobre los acontecimientos de los Consejos obreros, cf. la colección de documentos *La revolución tedesca 1918-1919*, bajo el cuidado de G. A. Ritter y S. Miller, Milán, Feltrinelli, 1969.

²³ Cf. J. Lador-Lederer, *op. cit.*, pp. 84 y ss.; cf. H. Feis, *The Diplomacy of the Dollar 1919-1939*, Nueva York, W. W. Norton, 1950, pp. 42 y ss.

²⁴ Se encuentra un redimensionamiento de la presunta caída de Stinnes des-

La Comisión Dawes, dirigida por el responsable de las finanzas con la presencia semioficial del Secretario de estado de USA, giraba alrededor del financiero Owen T. Young y de algunos expertos de la Banca Morgan. Esta presencia de entes privados estaba por lo demás en consonancia con las directivas de la administración republicana: después de la derrota del Partido democrático en 1920, no se había consolidado únicamente una tendencia filogermana del Partido republicano, sino también al no ser admitida en la Sociedad de las naciones, se había consolidado la deliberada indiferencia por una estabilización de los conflictos económicos internacionales por medio de organismos públicos y supranacionales. De acuerdo con el plan Dawes, prevaleció la simple organización técnica de un flujo de capitales, desde la Banca Morgan a las empresas privadas y a la administración pública alemanas. El préstamo del plan Dawes se recaudó en parte a través de emisiones obligatorias, colocadas en Nueva York por la Casa Morgan.²⁵ En ese país ya de por sí riquísimo en capitales, provenientes aún del ahorro privado, se recogieron inmediatamente fondos que equivalían a diez veces los 110 millones de dólares requeridos. Esta ocasión representó la chispa inicial que produjo el gran incendio de los sucesivos préstamos americanos, a Alemania y también a los países de América Latina, alimentados tanto por el advenimiento de una elevación de ingresos privados, como por los fondos de los reembolsos de deudas de guerra, que empezaban a regresar a los bancos. No se debía a que no existieran precedentes relativamente cercanos en el tiempo: las reparaciones francesas a Prusia después de 1871 habían sido anticipadas a través de la emisión de la famosa *rente Thiers*,²⁶ de la que los ahorradores privados habían recabado remuneradoras tasas de interés y los bancos comerciales conspicuos márgenes.

Más alejadas en el tiempo, las reparaciones francesas después de las guerras napoleónicas habían estado relacionadas con una renta emitida por los Baring Brothers de Londres, después de 1820, que indirectamente había estimulado el flujo de préstamos ingleses al exterior.

En la mitad de los años veinte, sería muy distinto el alcance desestabilizador de los préstamos americanos, que se movían si-

pués de la estabilización monetaria, en el libro autobiográfico de Hjalmar Schacht, *Magia del dinero*, Milán, Edizioni del Borghese, 1968 pp. 69 y ss., libro que hay que leer por entero, por la consciente desfachatez del lenguaje tecnocrático.

²⁵ Cf. P. C. Kindleberger, *op. cit.*, p. 38.

²⁶ Cf. C. P. Kindleberger, *op. cit.*, p. 39.

guiendo el sol de las leyes del mercado en un ordenamiento internacional ya inestable y ante la falta de tendencias activas opuestas a la hegemonía económica y financiera estadounidense.

Según los datos publicados en 1949 por las Naciones Unidas,²⁷ sobre un total de créditos al exterior emitidos por Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda y Suiza, de 1 875 millones de dólares anuales, en promedio, para el periodo 1924-1928, casi 1 142 millones provenían de los Estados Unidos; de estos capitales de los Estados Unidos, el único país que recibió más fue Alemania con un promedio anual de 224 millones de dólares; 482 millones de dólares anuales se dirigieron a Argentina, Canadá y los países europeos, y 269 millones hacia los países atrasados. En ese periodo, las inversiones extranjeras en Australia y Nueva Zelanda eran todavía británicas en un 80%; esto explica que, al faltar las tradicionales salidas en los países coloniales de ultramar, los Estados Unidos se vieron atraídos por Alemania (o bien, por otros países poco desarrollados formalmente independientes, llegando a ejercer sobre ellos un dominio de tipo neocolonial a través de los métodos de la "diplomacia del dólar", ya consolidada después de la guerra de Cuba, por lo que respecta a América Latina.²⁸

Alemania, país dotado de un enorme potencial organizativo tecnológico y humano, gracias a las circunstancias de la posguerra, se convirtió en un polo de atracción formidable para los capitales americanos; pero en los límites de una relación de dependencia unilateral que iba a amplificar, con efectos desastrosos para Alemania primero y para el sistema internacional después, la depresión americana.

IV. LOS PROBLEMAS DE LA ESTABILIZACIÓN MONETARIA A LA MITAD DE LOS AÑOS VEINTE

La guerra mundial no había introducido perturbaciones profundas en Inglaterra —fuera de las pérdidas humanas. No produjo una acelerada promoción política y social de las masas campesinas y obreras, que representara un trauma para las clases dominantes, como en Italia; no se produjo la derrota militar, seguida

²⁷ Cf. United Nations Department of Economic Affairs, *International Capital Movements During the Inter War Period*, Nueva York, pp. 26 y ss.
²⁸ Sobre este argumento, véase el clásico libro de S. Nearing y J. Freeman, *The Dollar Diplomacy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972 (publicado originalmente en 1924).

del crecimiento victorioso de las fuerzas revolucionarias, como en Rusia; no entraron en crisis las instituciones, ni se produjo la derrota y la inflación, como en Alemania y en Austria; no sufrió ingentes devastaciones, como en el caso de Francia y, menos aun, enriquecimientos rapidísimos que el proceso de acumulación había revertido sobre amplias capas de la población de los Estados Unidos. Para la Gran Bretaña, tradicional país exportador de capitales, el esfuerzo bélico marcó el agotamiento de reservas que se consideraban inafectables y la transición al rango de país deudor de los Estados Unidos. Terminada la guerra, se pudo reanudar también la exportación de capitales, mientras que en el interior del país la inflación no había alterado profundamente el equilibrio de las relaciones sociales; al principio de los años veinte, como nos enseña Keynes, todavía se cotizaban en la Bolsa de Londres títulos emitidos originalmente a principio del siglo XIX, sin drásticas diferencias de valor; en otras palabras, el universo de los burgueses victorianos que vivían de sus rentas y al que se refieren tres o cuatro generaciones literarias, no había perdido todavía su base material.²⁹ La inflación había afectado también a los ahorradores ingleses, reduciendo aproximadamente a la mitad —por lo menos en comparación con la época de oro de los años noventa—, el valor efectivo de sus títulos; pero en Francia, la depreciación había sido mucho más dura, ya que habían caído a 1/8 del valor que tenían antes de la guerra y, en Italia, en que se habían reducido a 1/12; sin contar a Alemania y al Imperio austro-húngaro en que los valores se habían reducido a cero.

No obstante esto, durante la guerra y después de ella, los precios de las mercancías inglesas aumentaron más rápidamente que los de las americanas, sobre todo durante el boom de 1919-1920. La renovada combatividad obrera había llevado a una adaptación de los salarios al costo de la vida; cuando, con la crisis de 1920-1921, los precios industriales empezaron su caída (tanto que se redujeron a la mitad entre la cima máxima de 1920 y el principio de 1922), los industriales y gobernantes se ilusionaron creyendo poder disminuir los salarios en la misma proporción;³⁰ la

²⁹ Cf. J. M. Keynes, *Essays* cit., p. 89.

³⁰ La colección de ensayos *The Gold Standard and Employment Policies*, bajo el cuidado de S. Pollard, Londres, Mathuen, 1970, ofrece un panorama útil de la combinación de los intereses constituidos y la inercia teórica que concurrieron para agravar la situación interna inglesa de los años veinte; véase en particular, el ensayo K. J. Hancock, *The Reduction of Unemployment as a Problem of Public Policy 1920-1929*, y el de L. J. Hume, *The Gold Standard and Deflation: Issues and Attitudes in the 20's*.

escalada de las huelgas y de las agitaciones demostró de una vez por todas la imposibilidad de maniobrar los salarios como una variable cualquiera en la composición de los costos, su rigidez hacia la baja. Frente a la competencia norteamericana, era muy difícil emprender el camino de una intensificación productiva; al remedio de una devaluación de la libra esterlina (para restaurar la competitividad de las mercancías inglesas de exportación), se oponían en cambio los intereses constituidos de la City. La exportación de capitales y la recaudación de los intereses se basaban, en efecto, en una elevada paridad de la libra esterlina. Las directivas de política económica de los políticos conservadores (así como de los laboristas que se convirtieron en su pesadilla) coincidieron con las *desiderata* de los banqueros; no queriendo abandonar la época en que Inglaterra había sido la fábrica y también la banca y la agencia de transportes marítimos del mundo, proponían remediar la escasa competitividad internacional de la industria británica por medio de una reducción de los salarios y del gasto público. Si en el primer punto se encontraron con la firme oposición de los sindicatos, ganaron, sin embargo, la partida en lo que respecta a los límites del gasto público y al obstinado apoyo a la paridad de la libra esterlina. Esto significó una sobrevaloración de hecho de por lo menos el 10%, que deprimió gravemente a los sectores exportadores. El balance estatal positivo y la libra esterlina sobrevaluada estuvieron acompañados por el estancamiento en el sector de la construcción cuando estaba en proceso un notable boom de construcción en los Estados Unidos, en Francia debido a la reconstrucción y, después del terremoto de 1923, en Japón.

Es cierto que la decadencia de los sectores exportadores británicos no se debía únicamente a la libra esterlina sobrevaluada; existían movimientos más profundos en la misma dirección, latentes desde antes del estallido de la guerra; una decadencia del sector carbonífero, debida a la apertura de minas en otros países y continentes, o a la sustitución del carbón por otras fuentes de energía; un debilitamiento de la industria textil, acosada por la competencia hindú y japonesa (haciendo cuentas para un período más largo, se ve que, para 1938, la producción anual británica de tejidos de algodón se había reducido ya a menos de la mitad de la de 1913; la cantidad exportada era solamente una cuarta parte).⁸¹

⁸¹ Véase E. J. Hobsbawm, *Industry and Empire*, Londres, Penguin, 1968, caps. 9-11 — óptima reconstrucción de los aspectos generales del período.

A pesar de que seguía aumentando en términos absolutos, el comercio británico cubría antes de la guerra una cuota cada vez menor del mercado internacional. En 1925, el comercio mundial había vuelto a los valores de 1913, mientras que el comercio exterior británico, aun en términos absolutos, se encontraba todavía a un nivel inferior. Ya que todavía las partidas intangibles compensaban en exceso el déficit de la balanza comercial inglesa, los intereses constituidos de la City sacaban fuerzas de la sobrevaloración de la libra esterlina, que alentaba un proceso de erogación de créditos al exterior. Lo que para los financieros significaba un círculo virtuoso, alimentaba en cambio un círculo vicioso para el aparato productivo y para los trabajadores; la sobrevaloración de la libra esterlina, en efecto, al no estar amenazada por una balanza de pagos negativa, contribuía a la decadencia de los sectores exportadores en tal medida que determinaba, como dato permanente de los años veinte, una tasa media de desocupación superior al 10% (y mucho más alta en las zonas en que los sectores exportadores estaban concentrados).⁸²

La tutela de la ocupación y, por consiguiente, de los ingresos obreros debió haberse promovido a través de una política de aumento del gasto público y de devaluación de la libra esterlina, como trató en esa época de poner de manifiesto Keynes, desmintiendo los lugares comunes de la ciencia económica ortodoxa; aunque sin encontrar apoyo en el Partido laborista, que se había fortalecido, por otra parte, al dar un salto hacia adelante pasando del medio millón de votos antes de la guerra a cuatro millones y medio en 1922. En ese mismo año, la formación del primer gabinete laborista, al crear cierto pánico por temor a una agudización de los impuestos sobre las ganancias, provocó fugas de capitales que condujeron a su vez a una ligera devaluación de la libra esterlina en relación con el dólar, tanto que hizo bajar inmediatamente el índice de desocupación. Esto pudo haber demostrado lo acertado de las fórmulas propuestas por Keynes, pero al final de 1924, el gobierno laborista cayó, demasiado pronto para tomar en cuenta los proyectos, después de haber durado sólo nueve meses y después de haber demostrado que no quería desistir de los objetivos de mantener la paridad prebélica de la libra esterlina respecto al oro.

⁸² N. Branson y M. Heinemann, *Britain in the Nineteen-Thirties*, Londres, Weidenfeld y Nicholson, 1971, es un ejemplo inteligente de historia social, muy bien logrado en cuanto a la reconstrucción de la fragmentación regional agravada por la crisis (a pesar de que se centra en el período siguiente y más grave de los años treinta). Es recomendable por las indicaciones bibliográficas.

La vuelta al gobierno de los conservadores con Churchill como canceller del Tesoro, llevó a lo que Keynes definió como las "consecuencias económicas del señor Churchill: el retorno a la paridad prebélica con el oro, que se llevó a cabo sin vaivenes provocados por las especulaciones de bajas y altas que había causado la sucesión alternativa de laboristas y conservadores en el gobierno, además de las presiones de los Estados Unidos que impulsaban a una estabilización monetaria, obviamente a una tasa lo más alta posible, para la libra esterlina. Se trató, para una economía madura en que los movimientos monetarios afectaban directamente el ingreso de millares de personas, de confirmar y agravar el ya crónico estancamiento de los sectores exportadores, sobre todo textiles, astilleros, extractivos, de tal manera que las regiones en que estaban concentrados adquirieron definitivamente el carácter de zonas deprimidas. A estos movimientos impersonales, como había sucedido en 1921, se añadieron las presiones del gobierno para que simultáneamente a la caída internacional de los precios de ciertos sectores en crisis se impusiera una disminución en los salarios: en el sector carbonífero, uno de los más deprimidos y gravemente afectados por la desocupación, el choque fue duro y condujo al cierre por parte de los propietarios de las minas. La respuesta obrera fue firmísima e inesperadamente combativa.³³ Los mineros apelaron a la solidaridad de los demás sindicatos que, en mayo de 1926, proclamaron la huelga general, que duró una semana completa. Un salto político hacia adelante tan excepcional de los sindicatos duró sin embargo muy poco: la Confederación general pidió a los mineros que aceptaran los compromisos —y la reducción de los salarios—, que se les habían propuesto por parte del patronato; ante su rechazo, se les negó la solidaridad. Los mineros quedaron solos, y después de una desesperada resistencia de seis meses, capitularon, cediendo a condiciones durísimas para ellos.

La huelga general puso de manifiesto la capacidad de iniciativa política de la base obrera —aun cuando, antes de manifestarse plenamente y de buscar una referencia a un proyecto político general, estas potencialidades habían sido reprimidas y golpeadas. El economicismo de las Trade Unions, en una situación de crisis industrial heterogénea, condenó al aislamiento y a la inexistencia política a los trabajadores de los sectores y de las zonas geográficas deprimidas, en que la desocupación se concentraba.

³³ Sobre la huelga general de 1926, cf. M. Gobbini, *Lo Sciopero generale inglese del 1926*, en Varios autores, *Operai e stato*, Milán, Feltrinelli, 1978.

Las intensas luchas de la primera mitad de los años veinte tuvieron sólo resultados defensivos: los salarios reales, dado el comportamiento tendencialmente decreciente del costo de la vida, permanecieron estacionarios hasta final de 1930, por lo menos; los intentos patronales de reducir las compensaciones monetarias fueron puestos en evidencia y fue definitiva la afirmación de la rigidez de los salarios hacia la baja. Las mismas autoridades monetarias, que lucharon muchas veces con especulaciones al alza de la libra esterlina, se volvieron más cautelosas en secundarlas, para no agravar más el ya crónico y grave peso de la desocupación. Para cuya eliminación no fueron suficientes las pequeñas medidas defensivas: ya en los años veinte, se habría necesitado una política económica a contrapelo que desafiando la ciencia económica ortodoxa, ligada a los tabúes de la estabilidad monetaria y de la balanza equilibrada, osase desafiar también la tenaz resistencia a la devaluación de la libra esterlina representada por los intereses de la City. Las relaciones de fuerzas en el interior del *establishment* no cedieron espacio alguno a estas propuestas de Keynes, ignoradas por el mismo Partido laborista, que por otra parte se hallaba presente en las coaliciones gubernativas durante los años más duros de la crisis.³⁴ Las hizo suyas un exiguo grupo de laboristas disidentes que, después de 1930, sufrió una metamorfosis significativa. Un programa que, como el suyo, requería la adquisición de plenos poderes en la política económica debía ajustar cuentas con las instituciones del estado: negarlas y destruirlas, a nombre de una base social nueva y de una política nueva —revolucionaria—; o bien, secundar las fuerzas de clase que el ordenamiento existente representaba y mediaba. Cuando en 1925 salió *Revolution by Reason*, el documento de Oscar Mosley y John Strachey que, inspirado directamente en las ideas de Keynes, proponía una enérgica intervención estatal contra la desocupación, pareció posible establecer alrededor de ese proyecto amplias alianzas políticas arrancadas tanto al ala laborista (de la que Mosley y Strachey provenían) como al ala conservadora. Según un mito antiguo y consolidado, Inglaterra era, en efecto, el país de los compromisos políticos incruentos, pero innovadores. La huelga general de 1926 y, posteriormente, la dureza de la crisis mundial desmintieron estas perspectivas de mediación: la elección entre la extrema derecha y la extrema izquierda se hizo obligatoria, bajo las formas rígidas y ajenas al universo político del país. De este modo, en el pe-

³⁴ Sobre la política de la ocupación por parte del Partido laborista, cf. "Trade Union Reactions to the Economic Crisis", de S. Pollard, en *The Gold Strand...*, bajo el cuidado de S. Pollard, *op. cit.*, pp. 146 y ss.

queño grupo de laboristas disidentes, la corriente de Strachey que trataba de llevar a la práctica la plena ocupación difundiendo al mismo tiempo la democracia sindical se disolvió rápidamente como fuerza política debido a la falta de apoyo de la base obrera y a la hostilidad de los dirigentes laboristas.³⁵ La corriente de Mosley, en cambio, estatista y tecnocrática, quemó las etapas de un acercamiento al camino fascista: fundó en 1932 la British Union of Fascists, con un programa de pleno empleo que debía realizarse a través de un poder dictatorial y corporativo. Mayor libertad de iniciativa para el estado con tal de que se bloqueara la conflictividad social; una política económica abierta a experimentos arriesgados, con tal de que paralizaran previamente los temidos condicionamientos de izquierda; vía libre a la elevación simultánea de las ganancias y de los ingresos con tal de que los obreros quedaran enrolados y divididos dentro del orden corporativo. Los éxitos muy modestos de Mosley y de su partido, y, sobre todo, su derrota política por obra de un movimiento antifascista de masa³⁶ no hicieron menos inquietante el fenómeno de su existencia: el radicalismo de derecha recogió lo mejor de los proyectos tecnocráticos de ingeniería económica, y ciertamente no lo peor de la clase política de su país y de su época: tal vez, no sólo los italianos tenían necesidad del fascismo.

La caída cultural de Mosley, noble y desarmado iluminista que había apelado, a nombre de la humanidad y de la inteligencia, a las élites, y que a la vuelta de pocos meses se convirtió en el líder de sombrías paradas de camisas negras (no sin la emergencia de *squadracce*) demostró lo poco que la plena ocupación podía representar como objetivo político neutral; en tiempos difíciles, la decisión de conservar a cualquier precio el orden social existente sirvió para poner de manifiesto sus aspectos odiosos y brutales —aun dentro del ámbito de la peculiar y civilizadísima tradición política británica.

³⁵ Sobre las respuestas presentadas por Mosley y Strachey en *Revolution by Reason* en 1925, cf. S. Pollard, *Trade Union*, cit., pp. 149 y ss.; y además R. Skidelsky, *Politicians and the Slump*, Londres, Macmillan, y del mismo autor, el ensayo sobre Mosley en la colección *Il Fascismo in Europa*, bajo el cuidado de Stuart J. Wolf, Laterza, 1968.

³⁶ Véase R. Benewick, *The Fascist Movement in Britain*, Londres, The Penguin Press, Allen Lane, 1972, caps. viii y x.

V. ESTABILIZACIÓN Y "BOOM" EN FRANCIA

A pesar de haber quedado estigmatizada por destrucciones y pérdidas humanas sin precedentes, Francia experimentó una recuperación posbélica rapidísima. Ante las expectativas de las reparaciones alemanas y frente a las necesidades inmediatas de reconstrucción, el boom de las inversiones llevó muy pronto el aparato productivo a superar los niveles de la época anterior a la guerra. El lado débil de esta efervescencia económica estaba representado, sin embargo, por los circuitos financieros. Al final de la guerra el país que había sido uno de los grandes exportadores de capital había quedado reducido onerosamente, como Inglaterra, a deudor de los Estados Unidos —aparte de las deudas, que como hemos visto, había contraído con la misma Inglaterra. Los nada exiguos préstamos suscritos por la aliada Rusia se habían pulverizado, obviamente; las deudas con los ingleses y americanos habían reducido a la mitad las reservas en oro y el portafolios de títulos de la Banca de Francia.³⁷

La, por otro lado, vital coyuntura posbélica se alimentó en su mayor parte de financiamientos obtenidos con préstamos a corto plazo, cosa que hacía mucho más frágiles los equilibrios monetarios. Los acreedores podían obtener dinero en efectivo para luego desplazarlo, de acuerdo con la conveniencia inmediata, a empleos especulativos en el exterior. Estos fenómenos ponían en peligro la paridad del franco, desconcertando a los ahorradores acostumbrados por generaciones a considerar los incidentes de este género como propios únicamente de los países subordinados y económicamente poco confiables, como los latinoamericanos; pero las intervenciones gubernamentales resultaron ineficaces. Ningún ministro de finanzas lograba transformar los créditos a corto plazo en créditos a largo plazo y mucho menos a lanzar medidas fiscales eficaces para financiar el gasto público: el veto del parlamento bloqueaba las iniciativas y ocasionaba continuas caídas de los gobiernos y la alternación de ministros de finanzas (diez entre septiembre de 1924 y julio de 1926). La misma incertidumbre de la situación política fomentaba la fuga de capitales y la consiguiente caída de la paridad del franco. Mientras la libra esterlina mantenía su paridad tan estable que constituía un modelo de refe-

³⁷ Véase C. Gérauld, J. A. Lesourd, *op. cit.*, pp. 36-369 y Souvy, *op. cit.*, cap. ix. Para profundizar la relación entre la política fiscal y los intereses de los diversos estratos sociales en Francia, cf. G. Falco, M. Storaci, "Il ritorno all'oro in Belgio, Francia e Italia", en *Italia contemporanea*, núm. 126, 1977, pp. 29-32.

rencia internacional, el franco francés caía al nivel de 90 por una libra esterlina a fines de 1924, a 145, en abril de 1926 y a 170, en mayo. Un acuerdo para la sistematización de las deudas de guerra con la Gran Bretaña y los Estados Unidos (que convertían estos acuerdos en la necesaria promesa de erogar nuevos préstamos privados) no fue suficiente para restablecer la confianza.

En el otoño de 1926, la caída del gobierno de Briand y la formación del gobierno de Herriot, aborrecible para la derecha y temido por sus intenciones de elevar los impuestos sobre el patrimonio, dieron origen a una ola tal de pánico chantajista que precipitó el franco a 220. A la caída de Herriot, paralizado en todos sus propósitos de suave elevación fiscal, primero, y de condena a las expatriaciones de capital, después, se tocó fondo a los 243 francos por libra esterlina, mientras que la circulación fiduciaria había alcanzado su cima máxima y se imponía la necesidad de un préstamo americano a la banca central para hacer frente a la situación descubierta de las cajas de ahorro. En París, la población llegó a amenazar físicamente a los turistas extranjeros que consumían mercancías francesas baratas.

El orden y la confianza fueron restablecidos por Poincaré, hombre de pulso apreciado por los poseedores y por los mismos financieros. En solo cinco días su fama de político conservador y las medidas inmediatas de reducción de los impuestos ocasionaron una nueva confianza que hizo elevarse al franco a 190.

A la vuelta de algunos meses, se pudo fijar una paridad definitiva del franco sobre la esterlina (120 por una esterlina).⁸⁸ Mientras tanto, los años de devaluación continua del franco habían consolidado un sector exportador y una práctica de sustitución de importaciones; de este modo la presión de los sindicatos y de distintos sectores industriales, principalmente del automovilístico, contribuyeron a evitar una revaluación demasiado acentuada y a llevar a cabo una subvaluación de hecho del franco que, hasta 1930, alimentó el boom de las exportaciones y de la economía francesa en general. Aparte de las consideraciones sobre la relación ya completamente descubierta entre el desenvolvimiento de la coyuntura y los reaseguros que había que dar a los intereses constituidos, la estabilización monetaria francesa persiguió, como era natural, objetivos ligados a la política interna sin interesarse por las consecuencias desestabilizadoras, a nivel internacional, de la

⁸⁸ Para reconstruir las repercusiones de los sucesos monetarios franceses sobre los países más cercanos, cf. el inteligente ensayo de G. Falco y M. Storaci, "Fluttuazione monetarie alla fine degli anni Venti: Belgio, Francia e Italia", en *Studi storici*, núm. 1, 1975, pp. 57-101.

subvaluación del franco. Al activo de la balanza comercial, se le sumó un activo de las partidas corrientes debido a una repatriación de los capitales franceses dispuestos a volver a sus empleos anteriores, una vez restablecida la confianza en el franco, y ya reacios a las inversiones extranjeras, que por diversos motivos se presentaban riesgosas. Cuando la Banca central francesa decidió convertir en oro las divisas extranjeras que tenía en su poder, realizó un verdadero acaparamiento de reservas, que se sustrajeron por este medio a otros países más débiles. Las reservas en oro de la Banca central se elevaron a un valor de 954 millones de dólares a fines de 1927, a 1 633 a fines de 1929 y a 3 257 a fines de 1932. Cada vez que la Banca central francesa amenazaba o llevaba a cabo una conversión en oro de sus dólares, de sus libras esterlinas o de sus marcos alemanes, podía ejercer sobre los respectivos países una notoria arma de presión económica; por otra parte, las circunstancias autoritarias y forzadas de la revaluación de la lira ocurrida inmediatamente después de la estabilización francesa con las implicaciones deflacionistas y preautárquicas que se derivaron de ella, son un indicador del camino dirigista-autoritario que la mediación de los intereses constituidos consideró necesario recorrer, en un país cuya balanza de pagos se tambaleaba, por carecer de reservas y de prestigio financiero como era el caso de Italia.

El boom francés de los últimos años veinte fue clamoroso; tomando como 100 el índice de 1925, la producción industrial alcanzó el nivel de 130 en 1929, contra 114 de los Estados Unidos. En ese año, el consumo francés de carbón se duplicó en relación con 1913; el país se había convertido en el primer productor mundial de mineral de hierro, en segundo de automóviles (respecto a los Estados Unidos, aunque con una diferencia considerable), el tercero en la escala mundial de yeso y de acero. El enorme superávit de la balanza estatal le permitió gravar todas las deudas con la Banca de Francia y prorrogar el estallido de la depresión mundial por lo menos un año en relación con los demás países. El hecho adicional de que en Francia, todavía despoblada después de los estragos de la guerra mundial, mucha de la mano de obra fuera de importación, descargó sobre los trabajadores extranjeros despedidos y regresados a sus países de origen el impacto de la crisis misma.⁸⁹

⁸⁹ Cf. A. Sauvy, *op. cit.*, pp. 275 y ss.

Para los ex aliados de la Entente, y en mayor medida todavía para los Estados Unidos, la inflación alemana representaba un aspecto patológico e intolerable de un ordenamiento europeo que había que regular, de acuerdo con cierto plan de reconstrucción; concentrando, sin embargo, los esfuerzos sobre la descomposición del marco, las intervenciones sucesivas al plan Dawes sancionaron y consolidaron los efectos sociales y económicos de la inflación. En primer lugar, la aparición del proceso de confiscación de los grupos ahorradores y la transferencia de ingresos a nuevos grupos empresariales y especuladores —un género particular de confiscación, como observa Keynes, completamente arbitraria además de cruel. En segundo lugar, la estabilización confirmó una concentración capitalista que se había llevado muy adelante. Se trató de una concentración industrial y bancaria, que, en un proceso de desarrollo determinado principalmente por el flujo de préstamos privados americanos, se alimentaba y multiplicaba por sí misma.

Las empresas alemanas tuvieron a su alcance los fondos americanos cuando, bajo las mismas garantías de una iniciativa americana, habían estabilizado su propia moneda con uno o dos años de anticipación respecto a Francia y a otros países. La concentración, también desde el punto de vista institucional, había alcanzado un nivel bastante avanzado que les daba a algunos colosos la posibilidad de presentarse en los mercados internacionales del crédito en posiciones de prestigio —por otra parte es conveniente recordar que la creación de la IG Farben precedió, en orden de tiempo, a la de la Imperial Chemical británica, y que la formación de los cárteles alemanes del acero fue anterior a la de los cárteles internacionales. Entre 1925 y 1929, la cartelización de la moderna industria alemana avanzó en forma de tapete con la creación, así se había dicho, de más de 2 000 *Konzerne*.⁴⁰

Como observa Lador-Lederer, el historiador de los cárteles alemanes del periodo comprendido entre las dos guerras, el proceso de concentración industrial alimentó a su vez —y fue alimentado por— la concentración del aparato bancario, fortalecido por las circunstancias en que una política monetaria hábil y audaz sacaba ventajas de una lluvia de créditos extranjeros, sobre todo norteamericanos. La cautela y la ponderación de las autoridades monetarias para que la peste de la inflación no volviera a aparecer nunca más representan primordialmente una fachada propagan-

⁴⁰ Cf. J. Lador Lederer, *op. cit.*, pp. 84 y ss.

dística, indispensable, para la opinión pública y la credibilidad internacional de Alemania. De hecho, todos los instrumentos para un ciclo de intensificación de las inversiones y la expansión industrial récord estaban a su disposición: los mismos grandes bancos, que gracias a su elevado nivel de integración y concentración podían disponer de amplios créditos extranjeros, erogaron a su vez una gran masa de créditos a corto plazo a clientes privados: el volumen de los créditos por descuento de letras de cambio casi se quintuplicó entre 1923 y 1928; para 1928 la circulación monetaria había alcanzado nuevamente el nivel de 1913 (que en 1924 se había reducido por debajo de su mitad). La erogación de una masa enorme de créditos a corto plazo, y el derecho de voto para las acciones depositadas en los bancos les dieron a estas últimas un gran poder de dominación sobre la situación —mientras pudo continuar la carrera de créditos y de crecimiento del aparato productivo.⁴¹

Los progresos reales de la economía alemana de la segunda mitad de los años veinte fueron espectaculares: pudo seguir en la senda ya consolidada desde principios de siglo, de país especializado en los ramos industriales más modernos: químico y eléctrico, en particular. La estructura fundamental de la industria no parece haberse modificado profundamente, aunque fue intensa la racionalización de las empresas ya existentes, es decir, el incremento en la productividad de las máquinas y de los hombres. Todo el potencial alemán era, en 1928, del 30 al 40% superior al de la época anterior a la guerra. Minas y acereras alcanzaban simultáneamente aumentos de producción y disminuciones en el número de empleados; ya al final de la inflación y a pesar del golpe sufrido con la invasión del Ruhr, el parque automotriz y los vagones de ferrocarril alemanes superaban ampliamente los niveles prebélicos; la flota mercante, que el tratado de paz había obligado a reducir a una séptima parte, casi ya los había alcanzado en tonelaje, pero con características tecnológicamente mucho más modernas que las de la marina mercante inglesa. Un trasatlántico alemán fue el que obtuvo la condecoración al valor por la travesía del Atlántico en 1932.

Desde el punto de vista del ordenamiento internacional, y a la luz de las nuevas jerarquías de poder sancionadas por la guerra mundial, Alemania representó un área privilegiada de expansión hacia el exterior del capitalismo americano, que encabezaba la escala mundial de la exportación de capitales. En efecto, aproxi-

⁴¹ Cf. J. Lador Lederer, *op. cit.*, p. 92.

madamente el 75% de los créditos otorgados a Alemania entre 1924 y 1928 provenía de los Estados Unidos. Alemania, por su parte, como país dotado autónomamente de aparatos organizativos y conocimientos tecnológicos, utilizó una parte considerable de los mismos capitales que recibía en préstamo para inversiones en el extranjero —que se encaminaron principalmente a Europa oriental y a América Latina.

El flujo de préstamos extranjeros a Alemania alcanzó niveles enormes, respecto a su capacidad real de pagarlos. De acuerdo con los cálculos de Lador-Lederer, el simple monto de los intereses por pagar, no tomando en cuenta las tasas de amortización, alcanzó en promedio anual, en la segunda mitad de los años veinte, un nivel igual al 10% de sus exportaciones anuales —en una situación que, por otra parte, se caracterizó, a excepción de un solo año, por un constante déficit en la balanza comercial. Es evidente, por lo tanto, que la efervescencia de la economía alemana tenía basamentos demasiado frágiles. En efecto, la continua solicitud de préstamos en Alemania se apoyaba en la confiabilidad de su sistema industrial y en la capacidad de crecimiento: prácticamente se hipotecaba la producción futura, con la condición de que se pudiera llevar a cabo. Ahora bien, la situación mundial no experimentaba un boom correspondiente al registrado por Alemania en los años veinte: ya en 1917, una relación de la Sociedad de las Naciones indicaba que, ante un consumo global de acero que en los Estados Unidos había crecido en 50% respecto a 1913, el total de Europa había disminuido en cambio en 5% a pesar de la racionalización y del aumento de la población. En otras palabras, el desarrollo industrial alemán se adueñaba de espacios que habían sido de otros países, mas no se había incorporado a un desarrollo mundial mayor que pudiera compararse con el suyo.⁴²

La misma composición de los créditos, por su parte, hacía problemática su restitución: cuando se puso en movimiento el flujo de dólares, una considerable parte de los préstamos se dirigió a las administraciones locales, que por definición no eran capaces de acrecentar la mejoría de la balanza comercial o en alguna forma el volumen del producto global que habría servido para pagarlos. Hjalmar Schacht, el restaurador del marco y posteriormente el gran operador de la política monetaria de Hitler, pronunció en 1927 un discurso apocalíptico contra las administraciones comunales alemanas que empleaban los dólares americanos para "con-

⁴² Cf. J. Lador Lederer, *op. cit.*, pp. 110 y ss.

truir estadios, piscinas, plazas, restaurantes, auditorios, etc. [...]"⁴³ En última instancia es demasiado fácil objetar que Schacht no era el personaje más creíble para juzgar la finalidad y el destino de las inversiones.⁴⁴ En cuanto a los "despilfarros improductivos" éstos fueron la simple consecuencia de una situación de mercado, en el que las altas tasas de interés por préstamos a Alemania atraían espontáneamente un flujo de capitales privados americanos independientemente de cualquier criterio sobre su destino. También los modos y los tiempos de erogación de estos préstamos estuvieron confiados a las leyes del mercado, y constituyeron el principal elemento de debilidad del boom alemán: siendo en su gran mayoría de corto plazo, pudieron, en efecto, ser retirados en masa y transferidos a empleos más remunerativos: esto es lo que sucedió cuando el boom de la bolsa de Nueva York, en 1928 y 1929, atrajo los capitales de los inversionistas privados, sustrayéndolos de la economía alemana. La crisis afectó a Alemania casi un año antes de 1929-1930: ya en 1929, el número de desocupados superaba los dos millones, mientras avanzaba la ruina de los agricultores, de los artesanos y de los pequeños empresarios. El nazismo en ascenso alimentó e instrumentalizó la protesta de campesinos, estratos medios y obreros desocupados que la crisis había lanzado a la incertidumbre y a la desesperación, movilizándolos contra el sistema de gobierno que ya no se podía vanagloriar de la prosperidad desaparecida, pero al que resultaba fácil atribuir tanto los males del presente —que durante la prosperidad se originaban en la lejanía o en otra parte—, como las amarguras y humillaciones de la inmediata posguerra.

Viendo bien las cosas, las cláusulas del tratado de paz, la invasión del Ruhr, habían sido ofensas mucho más hirientes para los llamados "sentimientos nacionales" de los alemanes; y a pesar

⁴³ Cf. C. P. Kindleberger, *op. cit.*, p. 43; y Schacht, *op. cit.*, p. 63.

⁴⁴ Hasta 1940, Schacht no albergó dudas acerca de la naturaleza del estado nazi al saneamiento de cuya economía contribuyó. Había llegado a idear, en 1938, "una solución a la cuestión judía", convenciendo a Hitler de que "el tratamiento terrorista [era] un error político y que debía, por el contrario, utilizar otros medios si quería deshacerse de los judíos" (*Magia cit.*, p. 83): o sea, financiar la emigración en masa de los judíos alemanes, con un préstamo fiduciario garantizado por los bienes que poseían en Alemania, y colocado entre los judíos de posición acomodada en el extranjero. La operación falló a causa del rechazo de un líder sionista con el que Schacht había ido a tratar en Londres, que "será siempre motivo de discusión entre todos los hombres de buena voluntad" (*Magia cit.*, p. 85). La ruptura con Hitler se produjo únicamente cuando en 1939 Schacht se negó a avalar el financiamiento inflacionario de la guerra (*Magia cit.*, p. 163): sólo la ética profesional ofendida pudo atormetar su conciencia.

de eso, en los primeros años veinte, las consignas de los complotos judíos internacionales, de los estrangulamientos del laborioso pueblo alemán por parte de las finanzas francesas y británicas, hasta las de "sangre y suelo" y de "espacio vital" por conquistar, no habían logrado detener un imponente movimiento masivo de extrema derecha. La inflación aun a costa de la comprensión del ingreso, no había coincidido con la desocupación masiva. Posteriormente la expansión acelerada de la economía alemana había desalentado el establecimiento de un régimen de derecha. En vísperas de la muerte de Stresemann, ocurrida a fines de 1929, una consistente estabilización democrático-burguesa asentaba al gobierno sobre una amplia base de consenso, atestiguada por el elevado número de sufragios dados a los dos partidos del centro y por los nueve millones y medio de sufragios alcanzados en las elecciones de 1928 por el Partido socialista que se había constituido en defensor de los intereses cotidianos de los trabajadores dentro del marco de la evolución interna del sistema industrial. A pesar de que el Partido comunista había obtenido, en esa misma ocasión, un éxito electoral de tres millones y medio de votos, seguía siendo definitiva la derrota sufrida por las fuerzas revolucionarias en el momento del asesinato de Rosa Luxemburg y del final de la República de los consejos de Baviera.

Esta gran estabilidad de consenso le parecía sólida al gobierno, aun en el plano de la política exterior: el plan Yung que sistematizaba los pleitos financieros y políticos despertados por el plan Dawes, confirmando un pago de las reparaciones que se prolongaba hasta 1988, pero también restituyendo a la soberanía alemana el Ruhr, los ferrocarriles del Reich y la Reichsbank, había sido aceptado; y había fracasado, en 1929, el intento de plebiscito para abrogarlo, promovido por Hugenberg y por Hitler. En cambio, cuando resultó exorbitante el impacto de la crisis económica, se propagó la marea de los presuntos sentimientos nacionales.⁴⁵

También en sus aspectos culturales y políticos, la Alemania de Weimar representó una especie de laboratorio de las descompensaciones del capitalismo de los años veinte: el desarrollo de lo que era uno de los dos sistemas industriales más modernos de su época fue acelerado e impetuoso, pero su sociedad siguió siendo fragmentaria, particularista y mezquina. Los dos economismos paralelos⁴⁶ de los socialistas de la II Internacional y de los comunistas de la III resultaron, de una manera más o menos respon-

⁴⁵ Véase A. Rosenberg, *op. cit.*, pp. 199 y ss.

⁴⁶ Sobre este tema, véase el trabajo de G. E. Rusconi, *op. cit.*

sable, incapaces de movilizar una alianza antifascista general; los nazis los desbarataron con una rapidez sin precedentes, con las dos novísimas técnicas del exterminio masivo de los cuadros y del empleo sin escrúpulos de siglas, consignas e instituciones que cínicamente imitaban las del movimiento obrero.⁴⁷ Si después de varias décadas, la obtusa obediencia del "súbdito" (de acuerdo con la imagen ejemplar del personaje de H. Mann), la ideología de la administración correcta, la ceguera culpable hacia los aspectos políticos el espíritu mañoso cotidiano parecían haberse convertido en rasgos constitutivos del ciudadano alemán, no hay que olvidar que la otra Alemania de vanguardia política y cultural, que había sido fuerte hasta 1933, fue eliminada violenta y materialmente. Y fueron tan rancias y sombrías las imágenes que la propaganda le atribuía al "pueblo" de la Alemania hitleriana y fue tan incisiva, original y profética la producción cultural de las vanguardias durante la Alemania de Weimar, que casi logró oler anticipadamente los crímenes de guerra del estado nazi, y supo también entender la relación directa y onerosa de éste con el capitalismo de la prosperidad y sus crímenes de paz.

Terminada la coyuntura internacional favorable y la fácil obtención de créditos extranjeros, el coloso económico alemán se vio estrangulado; con el advenimiento del nazismo, el empleo sin escrúpulos del gasto público, la militarización y la preparación para la segunda guerra mundial resolvieron al mismo tiempo el problema de la desocupación y el de la reactivación de las inversiones y de las ganancias, gracias también a la obra maestra técnica del "mago" de la política monetaria, Schacht, de una deflación sin inflación;⁴⁸ pero al precio del "terror y la miseria" del

⁴⁷ En Daniel Guérin, *La peste brune*, París, Maspero, 1969, se encuentra una narración de un testigo directo sobre el empleo sin escrúpulos por parte de los nazis, de nombres, encabezados de periódicos, fórmulas propagandistas, formas organizativas que habían sido de la socialdemocracia. Por lo que respecta al plagio de música y canciones, cf. G. Bounfino, "Agitprop" e cultura operaia nella Repubblica di Weimar", en *Primo Maggio*, núm. 3-4, 1974, pp. 124-125.

⁴⁸ Aparte del clásico *L'economie allemande sous le nazisme*, de C. Bettelheim, París, Maspero, 1971, trabajo encomiable dentro de los límites de una fidelidad preconcebida a las fórmulas de la III Internacional, se aconseja leer el ensayo (de 1935) de M. Kalecki sobre "La stimolazione della congiuntura nella Germania hitleriana", junto con otros (sobre todo "Aspetti politici del pieno impiego") de la colección *Il capitalismo contemporaneo*, Roma, Editori Riuniti, 1975). La comprensión de las novedades prácticas que se pueden referir a ciertas propuestas de Keynes está asociada al conocimiento de las monstruosidades políticas, desde la dictadura hasta la guerra mundial, a través de las que la gestión del poder realiza, desafiando los métodos de

Tercer Reich. Una mano pública capaz de controlar completamente a los trabajadores, de evitar la consolidación de la izquierda en una situación de pleno empleo, de crearse salidas comerciales en una situación muerta del mercado internacional, sólo podía obtener el mando del *establishment* capitalista si demostraba su capacidad de ejercer poderes políticos excepcionales; el proyecto de Von Schleicher que preveía un compromiso blandamente autoritario entre el *establishment* industrial y militar y una parte de los sindicatos, falló a causa de las contradicciones que su ya de por sí limitada dialéctica política interna expresaba; de este modo fue como los llamados "jóvenes keynesianos", elementos de punta del empresariado industrial alemán, decidieron apoyar a Hitler. (La brutalidad política nazi impuso el recurso a los armamentos, superando de este modo las divisiones internas del mismo patronato industrial, y las resistencias de los técnicos a una política de fuerte gasto público y balanza en déficit. La misma brutalidad nazi al decapitar y plegar a los sindicatos y a los partidos obreros, hizo creíble el proyecto de una recuperación de la demanda interna basada en un aumento de la ocupación y, por consiguiente, en un aumento de la masa de los ingresos obreros; proyecto que, lanzado por los sindicatos, no había logrado encontrar salida ni siquiera en el Partido socialdemócrata, cuyos representantes más notables lo tacharon de lesa teoría del valor y de perniciosos propósitos inflacionistas.)⁴⁹ No me parece que la dureza esquemática de Bertolt Brecht haya perdido su eficacia, a propósito de los horrores del nacionalismo, y quisiera, por lo mismo, citar lo que escribía en 1939:

"Extrañamente, en lugar de someter a una acusación nuestra capacidad de prever las cosas, le atribuían a este horrendo acontecimiento un carácter, por así decir, ahistórico, externo, transitorio, como si fuera un cuerpo extraño, que no forma parte verdaderamente de la 'línea normal' [...] se niega que los fascistas sean

política económica tradicional, la recuperación de la crisis. Sobre este tema, cf. también, A. Sohn-Reibel, *Economía e struttura di classe del fascismo tedesco*, Bari, De Donato, 1978.

"Por eso, Woytinsky, artífice de ese proyecto, tuvo razón al decir: 'Se trata de un plan que no tiene que ver nada con el valor. Cualquier partido puede realizarlo y lo hará. El problema está en que lo realizamos nosotros o lo realizan nuestros adversarios [...]'. Véase Fritz Baade, 'Fighting Depression in Germany', en *So much Alice. The life and work of W. S. Woytinsky*, Nueva York, 1962, y W. S. Woytinsky, *Stormy Passage. A personal History through two Russian Revolutions to Democracy and Freedom; 1906-1960*, Nueva York, 1961.

burgueses, se los priva, por así decir, de la ciudadanía burguesa; llenos de excitación se llama la atención sobre todas las injusticias que el fascismo ha cometido 'aun' con la clase burguesa. ¿No se han fusilado, tal vez, 'también' generales? ¿Se ha tenido tal vez algún miramiento con Goethe? [...] Se lanzan muchas condenas contra el fascismo que no son otra cosa que críticas dirigidas a un cierto 'demasiado', como si se tratase únicamente de alguna escapatoria. Desde un punto de vista lógico, en las polémicas con semejantes adversarios, los fascistas se encuentran en el fondo en una posición más sólida. Una vez que se han puesto a discutir partiendo del hecho de que ciertas brutalidades concretas 'no' eran 'indispensables' para la economía capitalista, se necesitará poco para convencerse, con óptimos e irrefutables argumentos, de que son en cambio indispensables, y hasta qué punto lo son: y, en efecto, los fascistas conocen mejor que los demás lo que es indispensable para este sistema. Al que se indigna de la insaciabilidad de las pretensiones fascistas se le puede objetar, por ejemplo, que el enfermo que respira con lo que le queda de sus pulmones destruidos no sabe qué hacer con las protestas morales por su insaciabilidad de oxígeno."⁵⁰

VII. LOS ESTADOS UNIDOS DESDE EL "BOOM" HASTA 1929

Las estabilizaciones monetarias de la mitad de los años veinte dieron la impresión de inaugurar una fase de relativa armonía del sistema económico internacional, en un boom alimentado e inducido por el de los Estados Unidos. En este país, la efervescencia de la primera posguerra estuvo seguida por una prosperidad constante —salvo breves desaceleraciones en 1924 y 1927— hasta fines de 1929. En vísperas de la gran crisis, el producto nacional bruto estadounidense había rebasado su duplicación respecto al de 1913; sobre la ya definitiva hegemonía financiera mundial americana, se ha dicho mucho (salvo tener que insistir en el modo ciego y anárquico con que se ejerció, como resultó evidente después de 1929, cuando la crisis americana y la mundial se estimularon recíprocamente).

Es comúnmente aceptado el juicio sobre los "años de pujanza" como el periodo en que a un rapidísimo crecimiento económico al perfilarse, en formas originales, un sistema de capitalismo ma-

⁴⁹ En B. Brecht, *Scritti sulla letteratura e sull'arte*, Turin, Einaudi, 1973, p. 56.

duro, hiperindustrializado y preconsumista se le contraponía por parte del proceso de enriquecimiento de una "élite de poder" cada vez más arraigada y poderosa, una marcada involución del debate político y de la capacidad de gravitación de las minorías no afectadas o marginadas. Nos interesa conocer, aunque sea a través de esquematizaciones igualmente simples, los rasgos más nuevos y significativos del ordenamiento economicosocial americano, el más desligado de los residuos institucionales precapitalistas, convertido ya en laboratorio de experimentación de un "modo de vida" que las leyes del mercado, una vez superado el atraso debido a la crisis mundial, se encargarían de reproducir y exportar.

Con la guerra mundial, como se ha dicho, las fuerzas del sindicalismo revolucionario (representadas por los IWW), internacionales y pacifistas, se vieron azotadas dura y directamente por la represión estatal.⁵¹ Después de un muy vivaz ciclo de luchas de la inmediata posguerra, siguió un segundo ataque que disgregó y descompaginó su capacidad de respuesta a la involución general del sistema político, alrededor de 1920-1921. Simultáneamente, el Partido socialista americano de Eugene Debs, que había reunido el máximo de sufragios y de éxitos antes de la primera guerra mundial, sufrió un notable debilitamiento. Las administraciones públicas de los años veinte sofocaron con las consignas del pollo en la cacerola y el automóvil para premiar al que verdaderamente quisiera trabajar, la efervescencia de una violencia reaccionaria tolerada, ya fuera ejercida por movimientos de masas, como el Ku klux klan en los estados del sur, por el *establishment* anglosajón y protestante de Nueva Inglaterra, como en el caso de Sacco y Vanzetti, o por la delincuencia organizada y vigorosa, en esa época, de una parte del poder local en las grandes ciudades.

El proceso de crecimiento industrial, por su parte, entrañó una remodelación de las características socioculturales de las poblaciones trabajadoras. En primera lugar intervinieron las leyes limitativas de la inmigración, en 1921 y en 1924. Para bloquear el

⁵¹ Véase J. Weinstein, *The Decline of Socialism in America*, Nueva York, Vintage Books, 1960. Para la historia de los IWW, cf. M. Dobofsky, *We shall be all. A history of the IWW* Chicago, Quadrangle Books, 1969. Está traducida al italiano la menos completa y más episódica historia de Renshaw, *Il sindacalismo rivoluzionario negli Stati Uniti*, Laterza, Bari, 1970. Una buena antología de documentos de los IWW es: *Gli IWW e il movimento operaio americano*, con un ensayo introductorio de Renato Musto, Nápoles, Thélème, 1975. Véase también, el ensayo introductorio de G. M. Bonacchi a P. Mattick, H. Langenhans, K. Korsch, *Capitalismo e fascismo verso la guerra*, Florencia, La Nuova Italia, 1976.

flujo de europeos provenientes de los países mediterráneos y eslavos —bajo el temor de que a la vuelta de pocos decenios la población americana habría perdido sus características anglosajonas y protestantes originales—, estas leyes pusieron un drástico freno a lo que había sido un éxodo masivo de las zonas deprimidas de Europa —Italia fue uno de los países más afectados—; pero al mismo tiempo redujeron a dimensiones cuantitativamente poco relevantes la cantidad absoluta de las inmigraciones. Habiéndose agotado desde hacía algún tiempo la ola de colonizaciones en las tierras vírgenes del Oeste, dejó de existir la provisoriedad y la fragmentación étnica de la fuerza de trabajo, que había sido típica del periodo anterior a la guerra mundial; surgió, en cambio, una población obrera ya americana de nacimiento, relativamente arraigada y agrupada alrededor de los polos de formación industrial que el boom bélico y posbélico habían hecho surgir. Por su parte, los intensísimos aumentos de productividad —entre 1919 y 1929 la producción horaria por obrero se elevó más del 72% en el sector manufacturero, más del 30% en los ferrocarriles, más del 41% en la industria minera—, acompañaron a las nuevas formas de organización del trabajo (la medición de los tiempos y movimientos, la cadena de montaje),⁵² y a las técnicas igualmente sofisticadas de organización empresarial. Precisamente mientras el sindicalismo de oficio, representado por la American Federation of Labor acusaba en la segunda mitad de los años veinte una consistente decadencia y el mínimo histórico en la cifra de sus agre-

⁵² La gama de publicaciones sobre la sociedad americana en los años veinte, interesada en las novedades de la organización del trabajo y de la composición social es restringida. Se encuentran útiles indicaciones bibliográficas en el libro de Varios autores (bajo el cuidado de Umberto Curi): *La ricerca in America 1900-1940*, Padua, Marsilio, 1978. Las dos obras de historia general no conformista disponibles en Italia son: W. A. Williams, *Storia degli Stati Uniti*, Bari, Laterza, 1974; y L. Huberman, *Storia popolare degli Stati Uniti*, Turín, Einaudi, 1977 (aunque originalmente se escribió en 1932). La primera, contra la mitología del New Deal que hace sombra a los políticos de los años veinte, revalúa la capacidad de mediación de Hoover en la clase dominante; la segunda, como el mismo título lo sugiere, se concentra más bien en "las desigualdades sociales y en las involuciones políticas de los años de pujanza" —dentro de una óptica sustancialmente filo-rooseveltiana. Están disponibles en italiano dos obras-repertorio de los momentos sobresalientes de las luchas sindicales desde el final del siglo en adelante. M. Boyer y M. Morais, *Storia del movimento operaio negli Stati Uniti*, Bari, De Donato, 1974 (escrita en la época del maccarthysmo) y J. Brecher, *Sciopero! Storia dell'insorgenza di massa negli Stati Uniti dal 1877 al giorni nostri*, Milán, La Salamandra, 1977 (espontánea y concebida en relación a los movimientos de la nueva izquierda estadounidense). Sobre las insuficiencias de un marco limitado al desenvolvimiento de las luchas, cf. las consideraciones

concentrados en enormes unidades empresariales pero cuya combatividad espontánea, aunque considerable, no confluía ya a organizaciones como las *IWW* (Industrial Workers of the World) golpeada por la casa de brujas gubernativa. La vieja *AFL* por su parte se encerraba en posiciones de defensa corporativa de los obreros especializados. En los años de la crisis, el tremendo malestar de los desocupados (que alcanzaron tal vez la cantidad de un tercio de la mano de obra industrial), y de los mismos ocupados, oprimidos por los ritmos más intensos de trabajo, encontró formas espontáneas de solidaridad y combatividad a las que respondió un vacío organizativo y la falta de un organismo común capaz de sumar y potenciar los resultados de las luchas locales y sectoriales. Aun cuando, durante el *New Deal*, la fundación del *CIO* construyó fuertes sindicatos únicos para todos los trabajadores, especializados o no, de las grandes empresas, esto se produjo con el aval legal y un efectivo apoyo por parte del gobierno. La existencia del sindicalismo organizado se convirtió en un dato, en una situación que con pleno derecho formaba parte del ordenamiento constitucional (mientras que en los años veinte, más de un industrial y propietario de minas hubiera querido arrojar a la ilegalidad a todos los sindicatos); pero la destrucción ocurrida del patrimonio de luchas del periodo 1900-1920, llevada a cabo en la primera posguerra, pesó sobre el nuevo sindicalismo de los años 1935-1940; faltó una corriente sindicalista-revolucionaria que se opusiera al economicismo y la politiquería originadas y cada vez más garantizadas por las administraciones Roosevelt.

¿De qué manera el acelerado desarrollo industrial produjo al mismo tiempo rápidos cambios en la organización de la vida cotidiana? Con el fin de mantenerme en los límites de las esquematizaciones más simples, creo que es digno de señalar el hecho de que, mientras el boom del periodo de la guerra se había alimentado con la demanda indiscriminada de materias primas y productos industriales por parte de los países beligerantes, el boom del periodo de los años veinte en los Estados Unidos recibió en gran

de F. Orsiola, en "Clase Obrera e potere politico in USA", en *Primo Maggio* núm. 3-4, 1974, pp. 37 y ss.

* Aun cuando es conveniente recordar que en Inglaterra los obreros inscritos en los sindicatos, en 1929, se habían reducido a la mitad respecto a 1920; que también en Alemania entre 1920 y 1926 se había producido un refuerzo del mismo orden de magnitud, que en Francia, en 1929, los inscritos en los sindicatos alcanzaban apenas el 10% de los obreros industriales y, en el sector metalúrgico, no más del 5%. Cf. Jan Dhondt, "Government, Labour, and Trade Unions", en *The Great Depression Revisited*, cit., p. 250.

parte un considerable estímulo del mercado interno, y específicamente de las inversiones en construcción y en desarrollo de la industria del automóvil. Ya en 1929, los Estados Unidos contaban con un automóvil por cada cinco habitantes, mientras en Europa la relación era todavía de 1 a 83.⁵⁴ Se ha hablado y se sabe mucho ya del hecho de que las inversiones en la construcción de carreteras impulsaron a las destinadas a la construcción residencial de los suburbios, y de la relación de complementariedad que estos movimientos tuvieron con la producción y la venta masiva de los automóviles privados; pero esta insistencia se justifica, si es cierto que después del éxtasis de los años treinta se restableció precisamente el modelo de desarrollo basado en la construcción y en el automóvil —y luego se exportó. Ciertamente, hay que considerar los fenómenos en sus proporciones efectivas y recordar que el boom de los años veinte agudizó la desigualdad del ingreso;⁵⁵ que

* El record de producción anual de cinco millones de carruajes se alcanzó en 1929 y, después de la crisis y de la guerra, se superó sólo en 1949. Se ha calculado que, para 1929, cuatro millones de puestos de trabajo estaban, directamente, asegurados en la industria del automóvil y en la producción a la que ésta daba impulso (acero, hule, vidrio, construcción de carreteras y residencias etc.). Esto llevó consigo en los años del boom alteraciones profundas del equilibrio social y regional: la concentración de inmensas masas de obreros no calificados en las grandes metrópolis industriales, el comienzo de un proceso de inmigración interna de la población blanca-pobre y negra de los Estados Unidos hacia Detroit, Chicago y Pittsburg. La crisis fue tanto más dura porque los procesos de urbanización se habían hecho irreversibles. Sobre la historia social del automóvil en los Estados Unidos, cf. Alfred D. Chandler, *Giant Enterprise: Ford, General Motors and the Automobile Industry*, Nueva York, 1964.

* Irving Bernstein en *The Lean Years: A History of the American Worker, 1920-1933*, Boston, Houghton Mifflin, 1972, demostró que los años veinte sólo fueron dorados y pujantes para una fracción, no grande, de la población, excluyendo ampliamente a los obreros de la industria. Una confirmación de estas hipótesis, apoyada en estadísticas históricas documentadas, la constituye el reciente estudio de Charles F. Holt, "Who Benefited from the Prosperity of the Twenties" (en *Explorations in Economic History*, núm. 14, 1977, pp. 277-289). Holt, elaborando los datos recolectados por la *National Bureau of Economic Research* de S. Kuznets, llega a la conclusión de que: a) en el periodo 1923-1929, el 1% de la población, los más ricos, llegaron a disponer de una parte creciente del ingreso nacional, que pasó del 13% al 19% (en 1949, su participación se reducirá al 7%); b) el ingreso anual real aumentó entre 1923 y 1929 el 13% pero este aumento fue sólo para el 7% de la población: el 1% que tuvo un incremento de más del 60%, y el 6% siguiente hacia abajo, que tuvo uno del 23%. Para el 93% restante de la población se produjo en cambio una caída en el ingreso (aproximadamente del 4%). Evidentemente gran parte de los aumentos masivos en el consumo (ligera-mente superior al incremento del ingreso global) se debe explicar por la proliferación de las ventas a plazos.

tal vez sólo una tercera parte de la población americana de los años veinte estaba integrada plenamente en el circuito producción-consumo; quedaba al margen una gran parte de los agricultores y de las zonas del sur, la población negra y amplios ghettos urbanos de inmigrantes recientes; por otra parte, el nivel del gasto público, factor no secundario de la gravedad y duración de la crisis misma, alcanzaba apenas el 10% del ingreso nacional bruto, contra el 40% aproximadamente de la actualidad. Las mutaciones ocurridas en la organización social de los años veinte son, sin embargo, particularmente interesantes, porque en esa fase —indiscutiblemente significativa por lo que de ella se ha reproducido en nuestros días— asistimos a metamorfosis culturales e ideológicas enormes, que se originan en brutales movimientos del mercado totalmente utilitaristas.

En primer lugar, precisamente en el periodo en que el consumo de energía eléctrica del país se duplica, y la expansión industrial crea conglomerados de fábricas tan extensas como una moderna capital residencial y administrativa, toma cuerpo una organización productiva de bienes de consumo; crecen no sólo las acereras, sino también la industria alimenticia, o la industria de las bebidas gaseosas, o de los electrodomésticos o de los cosméticos. Al mismo tiempo, el porcentaje de empleados en el sector de los servicios supera definitivamente, en los Estados Unidos, al de los empleados en el sector manufacturero; se inaugura de este modo uno de los rasgos típicos del capitalismo avanzado. Y precisamente en el mismo periodo, junto con una industria de los bienes de consumo se abre paso la cultural. En los años veinte prolifera el imperio periodístico de Hearst, y se consolida una hegemonía cultural mundial americana, *sui generis*, en el campo cinematográfico —en que sobresale el que tiene más capital que invertir. Pero, en suma, la difusión de la radio es el fenómeno más significativo; no es casual que la clásica investigación sobre el modo de vida de los americanos medios de los años veinte y treinta, *Middletown*,⁵⁶ dedique una parte tan grande a la investigación no sólo del automóvil, sino también a la presencia de la radio en la vida cotidiana familiar —otra industria, *sui generis*, novísima, que habiendo comenzado en 1920, contaba para 1929 con más de 600 emisoras y más de diez millones de aparatos de radio privados. Cuanto más se multiplican las radios locales, artesanales de confección de noticias y de chismes de provincia, tanto más idénticas resultan entre sí en el lenguaje y en los mensajes de

⁵⁶ H. Lynd y H. Merrell-Lynd, *Middletown*, Nueva York, 1956.

política general que explícita o implícitamente ofrecen: tan idénticas como si existiera un Ministerio de propaganda. Esta homogeneidad tan grande es producida espontáneamente por las leyes del mercado, en el transcurso de esta verdadera revolución de la información. Los mensajes publicitarios, de los que depende el financiamiento de los distintos programas y más en general la existencia de las estaciones de radio, deben lisonjear y al mismo tiempo forjar un "gusto medio" de los consumidores. De este modo, el lenguaje estudiado para la publicidad de un dentífrico invade contenidos y formas de la novela escenificada, de la nota breve, de la crónica. En una sociedad a la que la urbanización, la motorización y la industrialización avanzadas hacen cada vez más injusta y dividida, la ideología del consumo suministra una ilusión de igualdad. El cinematógrafo a pocos metros de la casa difunde, con los filmes colosales, épica, sacralidad y monumentalidad; la radio, en la cocina y en el baño, transmite los mensajes sumisos y ágiles: de inmediatez, de familiaridad. En ambas formas, una pátina acaramelada cubre las disidencias reales: es un opio popular sintético, creíble como un medicamento de amplio consumo; o algo que invade como un complemento alimenticio del pan cotidiano.⁵⁷

Tantas manipulaciones del tiempo libre, tantas intervenciones artificiales en la presunta esfera de la vida privada y familiar se han convertido, desde esos años, en parte integrante de la fenomenología política de los Estados Unidos. En los años treinta, cuando el impacto de la crisis real se fortaleció con las ilusiones de las *mass media*, en la radio se fundó y creció el ambiguo populismo reaccionario cuyo padre fue Coughlin; el estilo político de Roosevelt no pudo prescindir del uso de la radio. Décadas, no interrumpidas por los años de la crisis, de industria del "hombre unidimensional" tal vez endurecieron la ideología y sus contornos: en tiempos más cercanos a nosotros, se ha consolidado la recuperación *rétro* de los mitos, "todavía" humanos y pintorescos, de la cultura de masa de los años veinte y treinta; o peor aún, la crítica a la cultura de masa ha conquistado para sí una parte minoritaria mas no despreciable del mercado de la industria cultural. Esto no agota la descripción, si es cierto que bajo estas manipulaciones y más allá de ellas, los conflictos reales han tenido y tienen un espacio propio, una incidencia propia tal que traspasa

⁵⁷ Sobre la invasión de la esfera de los valores de uso, que siguió al desarrollo de los mercados internos, véanse las hipótesis de E. Galli Della Loggia, "Verso gli anni Trenta: qualità e misura di una transizione", en *Belfagor*, 7, septiembre de 1974, pp. 489 y ss.

san la cubierta ideológica de las *mass media*: pero sigue siendo importante saber descubrir en estos fenómenos —reconociendo sus orígenes en la América de los años veinte—, un arraigado modo de ser del capitalismo avanzado, venenoso no tanto porque ha terminado en la mercificación, sino por su capacidad de mentir, de ocultar la violencia real que opera en la sociedad civil y en los aparatos políticos. Las inteligencias más despiertas de ese crisol de modernidad industrial y de —modernísima— barbarie política que fue la Alemania entendieron, precisamente cuando parecía que los horrores que había que denunciar única y principalmente eran los estragos nazis, la perversidad intrínseca del “sueño americano”: supieron descubrir la inhumanidad de las estúpidas imágenes de pequeñas familias felices y optimistas del universo publicitario; encontraron en éste un real y poderoso instrumento de falsa reconciliación entre los individuos supervivientes de depuraciones casuales y violentas; entrevieron, en los ideales de las *mass media*, la ruina de las almas en una época que vivía las carnicerías industrializadas.

VIII. HACIA EL 1929: DESEQUILIBRIOS Y DESCOMPENSACIONES INTERNACIONALES

Como hemos visto, los países que, con la primera guerra mundial, habían sufrido un trauma sin precedente, en la década siguiente tuvieron que sufrir, en formas y medidas diversas, violentas perturbaciones “de paz”: desde la inflación alemana hasta la endémica desocupación en Inglaterra, desde la pasada del latigazo del fascismo en Italia, hasta las tempestades cambiarias en Francia. Ya se ha deteriorado la imagen del sistema internacional que, hasta 1929, funcionó bastante bien y que, después del derumbe de Wall Street, fue testigo de un cambio de dirección y de una caída, desde el boom hasta la terrible depresión; resumamos los desequilibrios del mercado internacional que culminan con el estallido de la crisis.

Podemos enumerar, someramente, dos órdenes fundamentales de desequilibrios: el que se refiere al aparato productivo y el que se refiere a los circuitos monetarios y al sistema internacional de pagos.

Por lo que respecta al primer orden de fenómenos, es decir, a la producción y circulación efectiva de mercancías y servicios, asistimos por un lado a una enorme dilatación de la producción

agrícola y por el otro a una restricción efectiva de sus posibilidades de absorción. La guerra, en efecto, había eliminado una parte de la capacidad productiva de los países beligerantes, en tanto que la enorme demanda de productos alimenticios se había dirigido hacia los Estados Unidos, induciendo a los agricultores americanos a abrir al cultivo nuevas tierras, y a sostener un proceso ya adelantado de racionalización y mecanización.⁵⁸ Al final de la guerra, después de la completa recuperación productiva de las agriculturas europeas, la superproducción agrícola mundial resultó no transitoria, dada la falta de crecimiento de la población en relación con el aumento de la producción agrícola. Por lo que respecta a los Estados Unidos, esto condujo, a pesar del boom, a una caída tendencial de los precios y por consiguiente a un estado de descontento endémico de todos los agricultores (que en esa época eran cerca de un tercio de la población); a una restricción de su poder adquisitivo frente a los productos industriales, que causó un estancamiento por lo menos parcial del mercado interno.

Por su parte, la posguerra condujo al descubrimiento de una división internacional del trabajo distinta que se había mantenido latente por un periodo más largo y que se acentuaba debido a las consecuencias políticas de la guerra. La evolución de la tecnología había hecho al desarrollo menos dependiente de las características geográficas, desplazándolo aun hacia países que no contaban con minas de carbón o de corrientes navegables de agua; y aún antes de 1914, se habían ido consolidando países recién industrializados, con la ayuda del advenimiento de la internacionalización del capital, del costo menor de los transportes, de la tendencia a ubicar las industrias de producción de los bienes de consumo cerca de sus mercados, de la posibilidad de asociar tecnologías de importación relativamente avanzadas con el empleo de mano de obra no calificada, etcétera.

Con la guerra mundial, como hemos visto, varios países europeos, además de los Estados Unidos, recibieron un vigorosísimo estímulo a la implantación de nuevas industrias. Para lograr la supervivencia y la continuación de lo que se había comenzado, se produjo —en un ordenamiento mundial en que cada uno de los países se proponía únicamente objetivos nacionales de política económica— una tendencia generalizada al proteccionismo industrial, ya se tratase de países recién independizados (de las

⁵⁸ Cf. J. A. Schumpeter, *Business Cycles*, cit., p. 739, y V. P. Timoshenko, *World Agriculture and the Depression*, Ann Arbor, Un. of Mich. Press, 1953, pp. 55-56.

distintas regiones del ex Imperio austro-húngaro, como hemos visto), o recién industrializados, a la que se sumó un progresivo proteccionismo agrícola por parte de los países europeos amenazados por el coloso estadounidense.⁵⁹ (la "batalla del grano" no fue sólo un episodio italiano). Este agravarse de las barreras proteccionistas puede medirse a través de la lentitud de recuperación del comercio mundial después de la guerra. En efecto, en el trienio 1926-1929, si se iguala a 100 el nivel de 1913, la producción manufacturera mundial había alcanzado el nivel de 139, la producción agrícola de 125, mientras que el comercio del sector manufacturero alcanzaba sólo el índice de 112, y el comercio de productos agrícolas, 118. Este dato representaba, como es evidente, un notorio factor deflacionario, que despertaba reacciones en cadena: el proteccionismo de cada uno de los países provocaba, en efecto, el de los demás, y la progresiva caída del poder adquisitivo de los países productores de materias primas y de productos agrícolas restringía su demanda de productos industriales de otros países.

Estas descompensaciones se evitaron en un primer momento, pero luego se agravaron con el sistema internacional de pagos que surgió después de la guerra. Mientras existió una hegemonía británica y por lo menos en cierto modo desde 1873 hasta 1913, los préstamos externos británicos y las inversiones en el interior del país se habían equilibrado más o menos recíprocamente: si las recesiones internas estimulaban la exportación de capitales, el boom siguiente las hacía volver hacia atrás; estimulando las importaciones, el boom favorecía las exportaciones de otros países, compensando la relativa escasez de préstamos, y viceversa. Bastaban pequeños retoques a la tasa de descuento para secundar estos movimientos de ajuste espontáneo; la misma posición internacional de los Estados Unidos, con superávit en la balanza comercial y con déficit en la balanza de pagos, se injertaba bien en este equilibrio internacional y lo confirmaba.

En cambio, a partir del final de la guerra, los Estados Unidos fueron exportadores de mercancías y de capitales al mismo tiempo. Los poderosos intereses constituidos que ligaban el gobierno a políticas proteccionistas no hubieran permitido jamás una apertura del mercado a la importación de mercancías europeas; de este modo las altas tarifas, mantenidas de una manera más o menos constante a lo largo de los años veinte, se agudizaron hasta alcanzar un nivel récord en 1930 (con la tarifa Hawley-Smoot).

⁵⁹ Véase CP. P. Kindleberger, *op. cit.*, p. 97.

al precipitarse la crisis —a pesar de las exhortaciones en sentido contrario de más de mil expertos americanos y extranjeros.⁶⁰

Mientras duró la exportación de capitales a Europa, ésta sirvió de contrapeso a la carencia de capitales y a la exigua salida de las exportaciones europeas e hizo posible la rápida reconstrucción. Apenas estos capitales se retiraron, Europa y sobre todo Alemania sufrieron un estrangulamiento deflacionista, que se agravó posteriormente con la agudización de las barreras proteccionistas; los movimientos de la economía americana y del resto del mundo, en lugar de compensarse, se deprimieron recíprocamente.

Por su parte el sistema internacional de pagos, ligado al oro, y estructurado como estaba para regular los cambios entre economías con tasas de desarrollo homogéneas y balanzas de pagos integradas, terminó, en cambio, por registrar y multiplicar las descompensaciones debidas a las medidas defensivas de las distintas economías nacionales que ya no eran homogéneas y simétricas. La libra esterlina estuvo constantemente sobrevaluada y el franco francés constantemente subvaluado; los Estados Unidos y Francia, con superávit en la balanza comercial sumado a un superávit en la balanza de pagos de enormes proporciones, ejercieron un verdadero acaparamiento de oro sustrayéndolo de los países más débiles. Fugas de capitales y préstamos a corto plazo con movimientos incontrolados de un país a otro, capaces de hacer caer la paridad de la moneda y el nivel de las reservas en oro, fueron la respuesta a la misma inestabilidad política y monetaria que estaban alimentando. En este marco se ubica la durísima deflación llevada a cabo con la revaluación de la lira, y la consiguiente conversión obligada de la deuda fluctuante en deuda consolidada (con el préstamo del Lictorio). En esas circunstancias, la dictadura demostró ser funcional no sólo para sofocar la lucha de clases y también para mediaciones dirigistas de intereses patronales, aunque sea a costa de sectores productivos e intereses organizados no irrelevantes (en este caso, la agricultura y la industria de exportación).⁶¹

Después de 1929, sigue la espiral de la deflación, alimentada por las medidas defensivas aplicadas casi de manera uniforme por

⁶⁰ Véase J. A. Schumpeter, *op. cit.*, p. 703.

⁶¹ El reverso de la medalla, o sea, los condicionamientos estadounidenses a los préstamos necesarios a la Banca de Italia para llevar a feliz término la estabilización y la revaluación, está documentado en G. G. Migone, "Aspetti internazionali della stabilizzazione della lira: il piano Leffingwell", en *Problemi di storia nei rapporti tra Italia e gli Stati Uniti*, Turin, Rosenberg y Sellier, 1971, pp. 43 y ss.

los distintos países: ya se trate de tarifas proteccionistas —para defenderse de la caída internacional de los precios—, o de devaluaciones y controles de cambios —para contrarrestar las fugas de capitales y los retiros de préstamos a corto plazo. Los efectos, durísimos para la ocupación y el ingreso, no son sólo consecuencia de las políticas restrictivas de los distintos gobiernos, basados en doctrinas miopes de la ortodoxia financiera; sino se multiplican salvajemente en una economía internacional desprovista de organismos capaces de mediar en los choques entre las distintas políticas nacionalistas: la conferencia económica de 1927 fue capaz de dar el toque justo, exhortando a una reducción generalizada de las barreras aduanales que, en pleno boom, se iban elevando peligrosamente; pero no tuvo ningún poder para imponerla, como no lo tuvo tampoco la Sociedad de las Naciones. La erogación internacional del crédito no pudo ejercer ningún efecto anticíclico, confiada como estaba no a un organismo internacional, sino a los Estados Unidos que delegaban todas las decisiones a los entes privados: el Departamento de estado, en efecto, sólo era capaz de sugerir a los representantes de los países extranjeros que se dirigieran a la Casa Morgan si tenían necesidad de préstamos; y la Casa Morgan no era ciertamente partidaria de socorrer a los países más débiles con balanza de pagos muy desfavorables.

Las exposiciones históricas de los modos de ser de la crisis⁶² —sobre la que se han escrito bibliotecas enteras— insisten en la insuficiencia de la política monetaria de los Estados Unidos y de las instituciones que la presidían; o sobre la mala utilización del *gold standard*; o sobre las consecuencias dañinas, en el campo internacional, de las políticas deflacionistas de los distintos países; sobre las asimetrías de desarrollo entre las naciones o grupos de naciones, sobre el estancamiento de largo plazo derivado de la falta de demanda. La descripción de los males desemboca generalmente en la conclusión de que un gasto público más amplio, sin preocupaciones por la balanza deficitaria, habría surtido el efecto de una recuperación de las inversiones y de la ocupación —con la condición de que al mismo tiempo un organismo supranacional fuera capaz de regular el sistema de pagos desde un punto de vista mundial.

Tanto los análisis de Keynes como de autores cercanos a él (Hansen, Arndt, Svernilson) contemporáneos a la crisis o al abrigo

⁶² Se encuentra una exposición concisa y una discusión de las principales corrientes interpretativas en P. L. Ciocca, "L'economia italiana nel contesto internazionale", en *L'economia italiana nel periodo fascista*, bajo el cuidado de P. L. Ciocca y G. Toniolo, Bolonia, Il Mulino, 1976.

de la segunda posguerra son sombríos y pesimistas respecto a la posibilidad de poner en práctica los instrumentos de política económica nacional e internacional indicados por ellos mismos, de igual modo que son superficialmente optimistas e iluministas los análisis más recientes, de procedencia norteamericana, que estigmatizan los "errores populares" de los prekeynesianos a la luz del advenimiento del boom de la segunda guerra mundial. Se trata de la *vulgata* keynesiana que circula en los manuales de economía más difundidos como el de Samuelson: la desocupación se presenta ahí como un fenómeno perfectamente eliminable, del mismo modo que la ciencia ha aprendido a combatir las epidemias. Tiene el mismo signo la reciente —y por otra parte cautivadora y cuidadisa— crónica de los desórdenes incontrolados de los años veinte y treinta, que se encuentra en el libro de Kindleberger.⁶³ A juicio de este autor, la catástrofe se hubiera podido evitar si una institución o un país único hubiera ejercido una hegemonía financiera mundial capaz de regular el sistema internacional de pagos. Al no estar ya la Gran Bretaña en posibilidad de ejercerla y no pudiendo hacerlo, sabiendo o deseando ejercerla los Estados Unidos, después de la primera guerra mundial, prevaleció la anarquía y se desencadenaron los impulsos destructivos de los distintos nacionalismos.

El problema histórico de la crisis mundial se reduciría a esto: tomando en cuenta que el libro data de 1970, hay que señalar que este elogio llano del Fondo monetario internacional pasa por alto las cláusulas que, en los acuerdos de Bretton Woods, modificaron las propuestas de Keynes acentuando los poderes decisivos unilaterales de los Estados Unidos; y concluye más bien que, en la coyuntura no precisamente serena en que nos encontramos, esos poderes deberían robustecerse y acentuarse. En síntesis, se puede enarbolar el fantasma de los años veinte y treinta con la condición de que no se obstaculice la misión histórica de los Estados Unidos de Leviatán de la economía mundial. (Se podría observar maliciosamente que presentando este mensaje, el iluminismo aséptico del tecnócrata del MIT logra colorearse de historicismo autoritario.)

Evidentemente no es casual que el trabajo de Kindleberger ignore toda una familia de interpretaciones de la crisis, la que pone el acento en la concentración ocurrida y en el control oligopolista del mercado ejercido por las grandes empresas. No

⁶³ C. P. Kindleberger, *The World*, cit. Para una discusión del libro de Kindleberger, cf. F. Caffé, *Economia senza profeti*, Roma, Studium, 1977, p. 75.

obstante, no se contradice históricamente el papel deflacionista que éstas ejercieron en esa época, pudiendo, en la recesión, contraer inversiones y demanda global a una escala bastante amplia que restringió el mercado y deprimió la coyuntura para todas las empresas. Evidentemente, para Kindleberger y tantos otros, se quiere eludir el juicio sobre el presente que se deriva de estas interpretaciones; pudiendo, entre otras cosas —dejando a un lado los defectos— vanagloriarse de la institución del Fondo monetario internacional, del Banco mundial, etc., pero no pudiendo ciertamente decir que, en materia de oligopolio, el grado de intensidad del mismo no había crecido, en la segunda posguerra.⁶⁴

A medida que la "economía sin profetas" distrae la atención en mil revoloteos sobre los distintos remedios, pragmáticos y sobre medida, que es o que sería "realista" adoptar, se va haciendo más necesario, para el que reflexiona sobre las desmañadas y genéricas definiciones de la III Internacional, fundar una historiografía de la crisis sobre una teoría de la crisis.

Quedaría por concluir que, con la debida atención a las mutaciones institucionales que se presentaron en la segunda posguerra, y que modificaron los fenómenos y mitigaron los impulsos autodestructivos del proceso de acumulación (gravitación del gasto público, desarrollo del sector terciario, función de los armamentos, garantías estatales para los circuitos financieros, corporativización de algunos sectores sindicales, etc.), el camino que hay que seguir es todavía el del análisis de las leyes internas del movimiento de las contradicciones intrínsecas a un sistema de empresas privadas y oligopólicas. Por lo tanto, nada de discursos de política económica y de lamentaciones retrospectivas; sino el restablecimiento, con la debida imaginación y curiosidad por los fenómenos nuevos, de las teorías del oligopolio, sobre todo del aspecto "herético" respecto a la III Internacional, que no le niega al capitalismo monopolista su capacidad de asegurarse un desarrollo aunque sea tortuoso y pernicioso.

Si esto es cierto, quedan sin embargo —desaparecidas las trabas de la referencia obligada a consignas esclerotizadas e instrumentales— los interrogantes particularmente contradictorios que uno se ve obligado a plantearse, dentro del análisis histórico, si se deben redefinir continuamente los términos de la relación entre economía y política.

Si como es lícito hacerlo, se trata de reconstruir la credibilidad

⁶⁴ Véase Varios autores, *Sviluppo e ristagno. Il dibattito sul ciclo economico nel periodo tra le due guerre*, Florencia, La Nuova Italia, 1977.

de las hipótesis catastróficas de la Internacional, por un lado, y de las propuestas operativas de Keynes, por el otro, se debe reconocer que a ambas se les oponía una obstinada rigidez institucional de los grandes intereses organizados, de las representaciones políticas: se podía pensar en audaces intervenciones del estado para estimular la recuperación económica, pero las barreras políticas parecían insuperables.

Por esta razón no era superficial ni ridículo decir que en los años veinte, las concentraciones e intensificaciones productivas en Alemania y en los Estados Unidos preparaban el terreno a involuciones sin salida; que en la misma dirección operaban los movimientos internacionales de los capitales, etc. Estas rigideces fueron las que convencieron a los patrones alemanes del vapor a decidirse por el nazismo; a debilitar y nulificar los intentos de Blum y Roosevelt por estimular la recuperación económica sin recorrer ese camino. A quitarles la confianza a los empresarios sirvieron magistralmente lo que Kalecki describió como los "inconvenientes políticos del pleno empleo".

En vísperas de la segunda guerra mundial, las teorías estagnacionistas de Hansen reflejaban análisis, no infundados, sobre la enorme dificultad de convencer u obligar a los capitalistas a poner en práctica una política como clase y no como empresarios independientes. Las páginas a que Arndt, en la inmediata segunda posguerra, escribió a propósito de las contradicciones entre los proyectos del gobierno y los intereses constituidos en el New Deal, o entre la recuperación de un solo país y la asfixia del mercado internacional, documentan las amenazadoras perspectivas de los últimos años de la década de los treinta. Joan Robinson las resumía así, de una manera clara: "Cualquier gobierno que tuviera suficiente poder y firmes intenciones de remediar los principales defectos del sistema capitalista tendría también la voluntad y el poder de abolirlos completamente."⁶⁵

Como es sabido y se da por un hecho, la segunda guerra mundial puso fin a la depresión económica; pero también desató las hostilidades que les impedían a los capitalistas reformar sus modos de coexistencia y darse una política de interés común. A un precio tremendo, surgió de ahí la disponibilidad de llevar a cabo los experimentos más arriesgados, con la condición de que sirvieran para garantizar las ganancias y el poder. Quemando millones de muertos, y fagocitando esperanzas y energías del antifascismo, el

⁶⁵ J. Robinson, review of R. F. Harrod, "The Trade Cycle", en *Economic Journal*, diciembre de 1936 (cit. en M. Kalecki, "Theory of Taxation" en *Dynamics of the Capitalist Economy*, Cambridge, CUP, 1971, p. 42).

establishment capitalista de la segunda posguerra se enriqueció con nuevas armas, indispensables todavía en los años veinte; aprendió a instrumentalizar y a distorsionar, para sus propios fines, no sólo las guerras sucias y los repugnantes racismos, sino también las críticas inteligentes, las reformas audaces y las oposiciones honestas. Por estas razones, no se le puede atribuir al capitalismo occidental de los años veinte y treinta una ductibilidad que sólo pudo darle una segunda guerra mundial; pero, bajo las formas insidiosas y cambiantes que adopta en la actualidad, hay que descubrir el precio, no pagado nunca en forma definitiva, que esta ductibilidad ha costado.

LISA FOA *

BUJARIN ENTRE LA TEORÍA DEL DERRUMBE Y LA ESTABILIZACIÓN

Es oportuno establecer una premisa de carácter general en lo que respecta a la interpretación no fácil de la obra teórica y práctica, intensa, poliédrica y a menudo contradictoria, de Nicolai Ivanovich Bujarin. El interés cada vez más difundido por esta figura que se ubica entre las más importantes del grupo originario bolchevique se ha despertado ciertamente por la vasta reconsideración crítica que se viene desarrollando sobre la revolución rusa y sobre la experiencia soviética de transición, así como por la tendencia positiva a ampliar las fuentes de documentación, enriquecer las vetas de análisis, y profundizar en un tema frecuentemente estudiado de acuerdo con esquemas simplificados y restrictivos. Pero entre las muchas simplificaciones de que ha sido objeto la historia de la revolución rusa y de la Unión Soviética, está también la de un Bujarin, exponente irreductible y extremista de la derecha bolchevique, quintaesencia del revisionismo teórico, propugnador fanático de las líneas gradualistas y evolucionistas, ha quedado establecida la imagen del Bujarin de la confrontación con Stalin a fines de los años veinte y del proceso que en 1938 lo condenó a muerte con el estigma infamante de desviacionista de derecha. En la actualidad, su rehabilitación historiográfica tiende por lo general a reproducir, aunque desde el punto de vista positivo, la misma imagen: la imagen de una historia del movimiento revolucionario ruso que tiene tantas manchas y tantos pecados de izquierdismo, dogmatismo, jacobinismo si se quiere extraer un personaje que es presentado en cambio como modelo de moderación, razonabilidad, equilibrio; se lo propone

* Lisa Foa forma parte del cuerpo de redacción de la *Rivista di Storia contemporanea*. Tradujo y tuvo bajo su cuidado la publicación en italiano de trabajos fundamentales de la literatura sobre la industrialización de la Rusia soviética como los de A. Erlich, *Il dibattito sovietico sull'industrializzazione*, Bari, 1969, y de N. Spulber, *La strategia sovietica per lo sviluppo economico*, Torino, 1970; además, tuvo bajo su cuidado la traducción y el ensayo introductorio del debate de 1924-1925 sobre la *Accumulazione socialista* entre Bujarin y Preobrazhenski, Roma, 1972.

como única alternativa válida entre las muchas que han surgido de la discusión de los años veinte; se lo toma como punto de referencia obligado de cualquier posición revisionista o gradualista contemporánea.

Nada más alejado de la realidad que esta imagen de Bujarin. En primer lugar, aun queriendo asumir la geografía política descuidada por el estalinismo, la fase que se define oficialmente como de derecha cubre únicamente una parte de la vida de Bujarin, y éste fue más bien durante muchos años —como es sabido— uno de los exponentes más representativos y mejor preparados de la izquierda bolchevique. En segundo lugar, no es posible hacer un corte preciso entre el Bujarin “de izquierda” y el “de derecha”, entre el Bujarin “comunista de guerra” y el de la NEP: por encima de la lógica del alineamiento en las luchas políticas dentro del Partido comunista ruso y del indiscutible cambio de dirección llevado a cabo en este plano por Bujarin al principio de los años veinte, existen numerosos ejemplos de continuidad en su obra y en su pensamiento y muchas de sus posiciones originales fueron retomadas y desarrolladas por él especialmente en la última fase de su actividad. Finalmente, hay que tener presente que lo que se ha definido como gradualismo de Bujarin, su tesis del “paso de tortuga”, su atención a las “proporciones económicas” se ubican dentro del marco de la discusión sobre la fase de transición después de la toma del poder. Debido a la necesidad de una ruptura revolucionaria compartió las posiciones leninianas, como lo demuestra la acción desarrollada en Moscú en 1917. Para Bujarin, como para Lenin y otros bolcheviques, no puede haber evolución gradual del capitalismo al socialismo, y la transición empieza solamente después de la toma del poder y después de que se han echado por lo menos las bases jurídico-institucionales del socialismo.

En este sentido se peca de simplismo al considerar a Bujarin, como sucede a menudo, como el caudillo del revisionismo moderno. Del mismo modo, la identificación de elementos revisionistas o reformistas en sus posiciones debería no sólo tomar en cuenta el contexto específico de la Rusia posrevolucionaria, sino también pasar a través de un nuevo examen de las discusiones de los años veinte que prescindiera de los rígidos esquemas economicistas dominantes en la III Internacional y que han sobrevivido en diversas formas hasta el día de hoy. Después de todo, Bujarin ha sido marcado como gradualista y evolucionista en relación con dos tendencias distintas, ambas marcadamente industrialistas: la de los trotskistas en la primera mitad de los años veinte y la de

los planificadores estalinistas al final de la misma década: este esquema interpretativo es precisamente el que en mayor o menor medida recalca las historias oficiales de la URSS, que habría que superar hoy en día, por lo menos porque a nivel de la investigación historiográfica ya ha dado todo lo que podía dar.

Estas observaciones preliminares pueden referirse también a los análisis de Bujarin sobre el capitalismo contemporáneo, por lo que él pasó en forma sumaria a la historia como el teórico de la estabilización capitalista y del “capitalismo organizado”, de acuerdo con los veredictos surgidos de la discusión desarrollada en Moscú durante el otoño de 1929 en la Academia comunista.¹

Aun cuando, como ha observado S. Cohen (que en su biografía de Bujarin analizó sintéticamente sus tesis sobre el capitalismo),² entre todas las teorías de Bujarin de los años veinte el estudio del capitalismo contemporáneo fue la que requirió menores innovaciones, puede ser útil distinguir tres fases en su elaboración teórica en este campo, que corresponden en líneas generales a las tres principales etapas de su vida: el periodo que gira alrededor de la Revolución de octubre, al que se remontan el primer escrito sobre el imperialismo de 1915, el análisis del estado imperialista de 1916 y el estudio sobre el periodo de transición de 1920;³ el que se abre con el fracaso de la revolución en Europa en el que Bujarin pone el acento sobre los elementos de estabilización que caracterizan la situación del capitalismo después de la crisis posbélica; el final de los años veinte, cuando tanto en el seno de la Internacional comunista —de la que es presidente entre 1926 y 1928— como en la discusión interna, retoma y desarrolla el tema del capitalismo de estado y pone de relieve su tendencia a la consolidación.

No todos los escritos de Bujarin pertenecientes al primer periodo, fuera de los citados, son conocidos o se encuentran fácilmente. Sin embargo, ya que no nos interesa hacer aquí un análisis filológico de los textos, se puede hablar de una coincidencia en

¹ Por lo que respecta a este filón de la obra de N. Bujarin, cf. la lúcida síntesis contenida en F. Sbarberi, “La svolta del 1929. La polemica Togliatti-Bucharin”, en *Rivista di Storia contemporanea*, núm. 4, 1975; Adolf Löwy, “La teoria dell'imperialismo in Bucharin” y “La teoria della rivoluzione in Bucharin”, en Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, *Annali* 1973, Milán, 1974.

² S. Cohen, *Bucharin e la rivoluzione bolscevica*, Milán, 1975, particularmente las pp. 255-263. [Hay edic. en esp.: *Bujarin y la revolución bolchevique*, México, Siglo XXI, 1976.]

³ [Están traducidos al español *La economía mundial y el imperialismo*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979 y *Teoría económica del periodo de transición*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979.]

líneas generales de las posiciones de Bujarin con las de Lenin (los dos, como es sabido, hacían en esa fase investigaciones paralelas sobre el imperialismo y sobre el estado, colaboraban, se intercambiaban materiales y habían emprendido una discusión recíprocamente útil).⁴ Ambos ponen el acento en el agravamiento progresivo de la crisis del capitalismo en la fase del imperialismo y ambos rechazan sustancialmente la tesis del derrumbe automático del capitalismo a causa de la agudización de las crisis económicas o por un estancamiento del mecanismo de acumulación. Aun cuando en los escritos de Bujarin se pueda encontrar una tendencia más marcada a la sistematización teórica y abstracta, también sus análisis, como los de Lenin, son funcionales para la elaboración de una estrategia revolucionaria y, por consiguiente, para la perspectiva de una intervención política en las contradicciones y las laceraciones del capitalismo, considerada esencial para acelerar su fin. La misma tesis del eslabón más débil de la cadena, de la que se deriva el juicio de la factibilidad del salto revolucionario en Rusia, refleja, al mismo tiempo, la tesis del carácter irresoluble de las contradicciones del sistema capitalista en la fase imperialista y la necesidad de la iniciativa política revolucionaria. Ha empezado la época de las guerras, de las revoluciones y del socialismo, es la fase de la crisis final; es el momento favorable de los "espasmos" y de la "agonía", que debe comprenderse en el terreno favorable de la Rusia atrasada.

Pero, una vez excluida de las concepciones originales de los bolcheviques la tesis de un derrumbe automático del capitalismo, queda el problema de la medida en que se pueden remontar a los análisis de Lenin y de Bujarin sobre la fase imperialista las tesis catastróficas de la crisis general del capitalismo que prevalecieron sucesivamente en la III Internacional y en el movimiento comunista. Por lo que se refiere a este argumento, se remite al ensayo de E. Galli Della Loggia⁵ que puede servir de estímulo a una nueva interpretación de los textos en este sentido; con la advertencia, sin embargo, de que no basta aislar del contexto de los escritos de Lenin, Bujarin o Troski, frases o juicios de signo catastrófico, muy frecuentes por otra parte. Todos los juicios reflejaban la situación de Europa y del mundo alrededor de la primera guerra mundial y, como se ha dicho, no pretendían tanto ser

⁴ V. Gerratana es de la opinión contraria en "Stato socialista e capitalismo di Stato", en *Quaderno* núm. 4, de *Critica Marxista*, y actualmente en *Ricordo del marxismo*, Roma, 1972, pp. 219-264.

⁵ "La III Internazionale e il destino del capitalismo: l'analisi di E. Varga", en *Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, Annali* 1973, Milán, 1974.

previsiones científicas, sino interpretaciones de una realidad en la que había que intervenir, indicaciones de líneas tendenciales de las que había que sacar las consecuencias políticas operativas: algo muy distinto, por lo tanto, de las elaboraciones doctrinarias que entran en el bagaje ideológico de la Internacional comunista en un contexto distinto, y en la fase de reflujo revolucionario y en función de una estrategia defensiva, orientada a la "construcción del socialismo en un solo país".

En un plano distinto se ubica el problema de las consecuencias que tuvo para el desenvolvimiento de la Rusia posrevolucionaria el fracaso de la hipótesis de la revolución europea en la primera posguerra, hecho ante el que los bolcheviques se encontraron estratégicamente desprevenidos aún a causa de someras previsiones sobre los tiempos y modos de la crisis del sistema imperialista. Entre ellos, tal vez el más frágil a nivel teórico fue precisamente Bujarin, que todavía en 1920, en *Teoría económica del periodo de transición*, se había lanzado muy adelante en la extrapolación de los "espasmos" del mundo capitalista actual y había cedido excesivamente a las tentaciones futuristas. Probablemente ésta sea la razón por la cual fue uno de los primeros en percibir los cambios en la situación internacional y en extraer las más drásticas consecuencias.

No obstante, Bujarin tenía a la mano un instrumento de análisis que le hubiera permitido entonces prever, en parte, los posibles cambios en el marco económico y político mundial. Desde 1915 había concentrado su atención en el fenómeno de la función creciente del estado en la economía, concomitante con la agudización del proceso de concentración capitalista. Había profundizado este tema en el ensayo *Contribución a una teoría del estado imperialista*, uno de los escritos menos conocidos de Bujarin, que debía señalar una veta de investigación nunca interrumpida y ponerlo más tarde en abierta contradicción con la ideología oficial del partido soviético. En este texto, Bujarin describe un "modelo" de capitalismo de estado —una economía nacional organizada en un único trust capitalista estatal—, juzgado por sus mismos sostenedores como una abstracción teórica y no como una descripción de situaciones reales. En este escrito, en efecto, se confunden y encabalgan los excesos de sistematización teórica propios de Bujarin —la propensión a la "armonía lógica" que menciona Gerratana—⁶ con la observación y el análisis de tendencias y fenó-

⁶ En la presentación de N. Bujarin, *Teoría del materialismo storico*, Florencia, 1977, p. x.

menos reales, visibles sobre todo en el sistema economicosocial de la Alemania guillermiana, en vísperas de la primera guerra mundial. La atención de los bolcheviques y sobre todo la de Lenin se habían fijado, como es sabido, en la situación alemana y en los procesos que se estaban llevando a cabo en ese país; pero para Bujarin, ciertamente más que para los demás, estas tendencias a la estatización estaban ligadas, por un lado, a la posibilidad de que el capitalismo superara algunas contradicciones típicas de la fase de la libre competencia y, por el otro, a una visión apocalíptica de guerras y destrucciones: precisamente porque a nivel nacional el "capitalista colectivo" lograba controlar y absorber parcialmente las contradicciones internas, éstas se reproducían agigantadas a nivel internacional, dando origen a una "competencia entre los trust capitalistas de estado, cuerpos económicos gigantescos, unidos y organizados, dotados de una capacidad colosal de lucha en la palestra mundial".⁷ Los fenómenos del capitalismo mundial de estado no tenían, como es sabido, este signo apocalíptico para todos los bolcheviques. Lenin, por ejemplo, que en sus análisis insistía más en los elementos de "parasitismo" y "putrefacción" del capitalismo, quedó en cierta medida ofuscado por los procesos de organización capitalista y llegó a suponer una transferencia del aparato técnico-productivo del capitalismo de estado, que él en particular veía en la economía de guerra alemana, al nuevo estado socialista, después de que se hubieran destruido los aparatos políticos y represivos de la burguesía. Se trata de una hipótesis que Bujarin niega explícitamente, en evidente oposición a Lenin: para él, el capitalismo de estado, el trust monopolista estatal era un monstruo opresor que consolida al máximo el poder de la burguesía y su dictadura de clase y reduce el proletariado a una condición de tipo esclavista. Para Bujarin deben destruirse también el aparato técnico, la organización técnica del capitalismo con sus mecanismos y su jerarquía.⁸

Estos elementos de crítica a fondo a la estatización económica influyeron fuertemente en las posiciones de Bujarin aún después del cambio de dirección de la NEP, cuando, por un lado, se vino abajo la hipótesis de una explosión del capitalismo bajo la oleada revolucionaria europea y el capitalismo dio muestras más bien de recuperación y estabilización y, por el otro, resultó utopista la previsión de una transición inmediata a la economía socialista planificada, que él preveía todavía en 1920. Durante esta fase,

⁷ Véase *Teoría económica del periodo de transición*, cit., p. 55.
⁸ *Ibid.*

Bujarin sostuvo, en la polémica contra las tendencias industrialistas de la izquierda trotskista, en el análisis de las crisis económicas que se desarrollaron en el marco de la economía mixta de la NEP, como la "crisis de las tijeras", lo que Moshe Lewin definió como "una desconfianza latente y a veces explícita en relación con la máquina y el aparato estatal y administrativo".⁹ Si esta posición lo indujo a huir en dirección opuesta y a exaltar el desarrollo del mercado, la pequeña producción, la empresa agrícola mediana, le ahorró, sin embargo, la confianza desbordada en la intervención centralizada del estado y la propensión común a la mayoría de los bolcheviques a identificar el poder estatal con la dictadura del proletariado y el plan estatal con el socialismo. En lo que equivocó el blanco y careció de coherencia, en esa época, fue sobre todo en el plano político, al no darse cuenta de que el monstruo opresor de la máquina estatal no se había desarrollado por medio de las tesis económicas de Preobrazhenski y de la izquierda bolchevique, sino que estaba formándose en los aparatos de poder y de control del estado y del partido, que en esa época ya mantenía sólidamente en sus manos el grupo estalinista.¹⁰ Por este motivo, se sintió impotente, al final de los años veinte, frente a los mecanismos supercentralizados de los planes estatales quinquenales y no le quedó otro remedio que retomar por sí solo en algunos de sus últimos escritos —*Notas de un economista* y *Testamento político de Lenin*— los temas de la extinción del estado y del estado comuna, ligándose de nuevo a las obras de 1915-1917.

En lo que respecta a este periodo, de alguna manera se hace un llamado a una reinterpretación tanto de los escritos y discursos de Bujarin sobre las cuestiones internas —su contribución a la teoría de la "construcción del socialismo en un solo país" sigue identificándose, de una manera demasiado esquemática, con las posiciones estalinistas, a pesar de que se deriva de un análisis distinto y en cierto modo más orgánico y elaborado de la situación mundial—, como de sus intervenciones sobre problemas internacionales. Es sintomático que precisamente en estos años, 1924-1925, vuelva a tomar en consideración el tema del imperialismo y dedique un libro, *El imperialismo y la acumulación de capital*, a la vieja polémica con Rosa Luxemburg. Aun cuando se reproducen sustancialmente las tesis de su escrito anterior sobre el imperialismo, se nota una mayor atención a los proble-

⁹ M. Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, Princeton, 1974, pp. 61-67.

¹⁰ Véase al respecto las observaciones de F. Sbarberi en el artículo citado, p. 548.

mas extraeuropeos y al movimiento revolucionario en las colonias, que por otra parte se puede encontrar en todos los escritos e intervenciones de Bujarin a partir de 1923-1924:¹¹ una especie de rebote de las tesis sobre la cuestión colonial que habían quedado incompletas en el II Congreso de la Internacional, que no llegó nunca a socavar el planteamiento rígidamente eurocentrista de la Internacional, ni a volver a tomar en consideración la estrategia elaborada para la "cuestión china" antes de la derrota de 1927.

Se ha señalado repetidas veces que probablemente una proyección a nivel mundial de la línea campesina sostenida a nivel interno fue lo que indujo a Bujarin a replantear la hipótesis, que ya se había presentado en el pasado, de una alianza entre el movimiento revolucionario de los territorios metropolitanos industrializados y el movimiento de la periferia colonial;¹² se trataba, sin embargo, también de un esfuerzo por enriquecer los esquemas conceptuales de los análisis anteriores sobre el imperialismo y de las previsiones que se habían derivado de aquéllos sobre una explosión a corto plazo "de toda la caldera capitalista". Aun sin entrar en una visión de tipo tercermundista —para Bujarin la inmensa aldea representada por la periferia colonial no seguía siendo mucho más que una "reserva campesina de la revolución mundial"—, trataba, en esos años, de ampliar de alguna forma, el marco espacial de las contradicciones imperialistas y de prolongar los tiempos, que anteriormente se daban como precipitados, de la "crisis final". Al mismo tiempo que no ocultaba los retrasos, las lagunas, las dificultades de análisis frente a problemas que tenían, por ejemplo, las dimensiones de la revolución china.

De cualquier manera hay que excluir que al desarrollo moderado de Bujarin sobre las cuestiones internas, a su teoría de la "evolución hacia el socialismo" en la NEP, le correspondiera una revisión paralela de los análisis sobre la situación internacional y sobre el imperialismo. La recuperación económica y la estabilización política que tienen lugar en el mundo capitalista desarrollado no significan para Bujarin, ni la desaparición de los elementos y de los factores de crisis, ni el final de la revolución

¹¹ A este propósito, se encuentran interesantes anotaciones y comentarios en el libro citado de S. Cohen, y en F. Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, Milán, 1974.

¹² Sobre todo por P. Santi en la introducción a N. Bujarin, *L'imperialismo e l'accumulazione del capital*, Bari, 1972. [En español, véase *El debate sobre el imperialismo en los clásicos del marxismo*, en *Teoría marxista del imperialismo*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979.]

mundial; si acaso todo lo contrario. Precisamente al desarrollar las tesis sobre la estabilización capitalista —en el informe del Comité ejecutivo ampliado de la Internacional de 1926 o en el informe leído en el XV Congreso del PC(b) de 1927—, volvía a introducir en el análisis también la agudización de las contradicciones internas de los distintos países y de los sistemas económicos nacionales. Estos procesos de estabilización se han llevado a cabo, en efecto, con el apoyo de una mayor explotación de la clase obrera: de ahí el surgimiento de nuevos conflictos sociales y de nuevos antagonismos y también una reanudación parcial de las luchas, aunque sea en el marco de una condición obrera y de una relación de fuerzas entre las clases que son distintas de las de la fase anterior.

Al final de los años veinte, como hemos dicho, Bujarin vuelve a tomar sus tesis sobre el capitalismo de estado y las desarrolla tanto a nivel político como a nivel teórico; y también en este conjunto de problemas es donde tienen una relevancia determinante tanto para la estrategia de la Internacional en la fase del fascismo en ascenso como para las decisiones internas sobre los tiempos y los modos del descollar industrial, y donde se produce la ruptura de la alianza entre Bujarin y Stalin que había marcado de manera irreversible el curso de la historia soviética.

Las posiciones de Bujarin correspondientes a este periodo ya han sido objeto de profundos análisis, sobre todo las que surgen del VI Congreso de la Internacional comunista de 1928 en que Bujarin fue el protagonista principal.¹³ En síntesis, durante estos años, Bujarin realiza un último esfuerzo por hacer que se acepte un análisis de la fase, que se tome en cuenta tanto los procesos de consolidación del sistema capitalista a través del desarrollo del capitalismo de estado, como el tipo cualitativamente nuevo de contradicciones que se perfilan en el sistema mundial del imperialismo, y que no coinciden necesariamente con el estancamiento y la regresión de la economía, sino que más bien acompañan su desarrollo productivo en relación con los niveles de la anteguerra. En este intento inútil por oponerse a la ideología ya dominante de la crisis general del capitalismo y de su derrumbe automático Bujarin se expone a las acusaciones de apologeta del capitalismo y de seguidor y continuador de Bernstein y de Hilferding.

En los primeros meses de 1929, poco antes de ser condenado definitivamente y derribado de la cima del PC(b), Bujarin publica

¹³ E. Ragionieri, "Il programma dell'Internazionale comunista", en Varios autores, *Problemi di storia dell'Internazionale comunista*, Turín, 1974.

dos artículos en el periódico *Pravda*, a los que se dedica, en el otoño del mismo año, en plena campaña contra el desviacionismo de derecha, una discusión de la Academia comunista, iniciada con un informe introductorio de E. Varga (el acta de la reunión con los dos artículos de Bujarin, que supuestamente estaba ausente, se publicó en un folleto de amplia difusión con el título de *El capitalismo organizado*). La introducción de Varga, como toda la discusión, parte de una distorsión preliminar del análisis de Bujarin al que se le atribuye *tout court* la paternidad de la teoría de un capitalismo capaz de eliminar sus propias contradicciones. La acusación es global y sin apelación: Bujarin ya no sólo es reo de "sobreevaluación de las posibilidades de estabilización capitalista", como en las discusiones anteriores, sino de haber elaborado una teoría que se ubica fuera del marxismo y que sirve de base a todo el reformismo contemporáneo, a la tesis de la evolución pacífica del capitalismo al socialismo, a la eliminación del carácter de clase del estado, a la teoría del superimperialismo. La requisitoria de Varga atacaba en bloque el análisis de Bujarin sobre el capitalismo de estado remontándose hasta sus primeros trabajos sobre el imperialismo y presentando nuevamente la imagen de un capitalismo dominado por la espontaneidad del mercado y por la anarquía de la producción. Con esto se bloqueaba de partida toda posibilidad de proseguir la discusión y la investigación sobre un tema que había estado siempre en el centro de los análisis y de las discusiones de los bolcheviques y que esta vez el propio Bujarin distaba mucho de presentar como una teoría lógicamente armónica y plenamente sistematizada.

Además, los dos artículos publicados en el *Pravda* del 26 de mayo y del 3 de junio de 1929 contienen de manera explícita e inequívoca acentos polémicos relacionados con las corrientes ideológicas y con las tendencias políticas que a partir de los nuevos estudios sobre la estructura del capital derivaron en una verdadera teoría del "capitalismo organizado" —y en esto consiste la mayor deformación de las posiciones bujarianas por parte de sus acusadores estalinistas. En el primero de ellos, *Algunos problemas del capitalismo contemporáneo y de los teóricos de la burguesía*, Bujarin examinaba trabajos recientes de W. Sombart, E. Schmalenbach, H. Bente y otros autores poniendo de relieve la aparición de una "filosofía pesimista" como una especie de presagio de la próxima caída del capitalismo. Es cierto que describía una vez más el "fenómeno desalentador del progreso técnico", la "gigantesca y galopante concentración y centralización del capital", las "nuevas formas organizativas (cárteles, trust, consorcios)

que crecen incesantemente", la "nueva oligarquía de los multimillonarios", el ascenso de los "nuevos capitales, Siemens, Krupp, Morgan". Pero al mismo tiempo atacaba duramente a la socialdemocracia que al considerar todo esto como socialismo y "al ocultar las contradicciones de clase cada vez más agudas, trataba en todas las formas posibles de introducirse en este gigantesco sistema de explotación"; en cuanto que los teóricos burgueses con sus teorías del "capitalismo coordinado", del "capitalismo organizado", del "capitalismo tardío" intusían que "todo esto crea condiciones para la lucha de clase, antagonismos de clase capaces de movilizar a la humanidad trabajadora contra el poder estatal del capitalismo; crea antagonismos entre los estados capaces de presagiar un futuro de destrucciones". En los cambios que se están realizando en la ideología de los teóricos burgueses, Bujarin encuentra ciertamente el reflejo de los "cambios que se están produciendo en la estructura del capitalismo contemporáneo"; pero a pesar de los esfuerzos por elaborar una teoría del capitalismo organizado, una "ciencia de la organización", "el capitalismo se encuentra frente a tareas prácticas y teóricamente irresolubles". Y hasta en Alemania, en que "el proceso de organización monopolista se ha llevado muy adelante, el capitalismo no ha podido dejar de exaltar sus propias contradicciones internas" y lo único que ha logrado es crear un ordenamiento económico "semirregulado" "de tipo burocrático", "roído por la polilla de la putrefacción monopolista". No es casual —prosigue—, que "los teóricos de la economía burguesa se abstengan de afrontar lo que constituye el problema central y decisivo para el destino del capitalismo, es decir, las relaciones de clase, las contradicciones de clase, la lucha de clase".¹⁴ La guerra y la revolución son todavía para Bujarin, como en su primer trabajo sobre el imperialismo, las salidas más probables de esta nueva fase. La guerra y la revolución juntas, y no sólo la guerra, como dice con una flagrante distorsión la requisitoria de Varga, contraponiendo el análisis de Bujarin al de Lenin sobre el imperialismo y colocando al primero, sin apelación, fuera del campo del marxismo militante.

El segundo artículo, *Teoría del "desorden económico organizado"*, se presenta más complejo y probablemente Bujarin trata de decir muchas más cosas en éste que en el anterior. Ante todo aclara que el capitalismo de estado del que habla "se desarrolla sobre una base nueva". O sea, que no se trata de la misma

¹⁴ "Alguni problemi del capitalismo contemporaneo e dei teorici della borghesia", *Pravda* del 26 de mayo de 1929.

tendencia que se puso de manifiesto durante la guerra en el marco de una economía militarizada como la de Alemania, sino de un sistema económico "de paz", de un "sistema capitalista normal". De ahí que también los problemas teóricos que plantea sean distintos de los que proponía antes.

Bujarin precisa, a este propósito, su pensamiento polemizando, como en el escrito anterior, con los ideólogos burgueses que rehúyen, en sus análisis, el tema de las "contradicciones mundiales del sistema capitalista, de los conflictos internacionales, de las guerras imperialistas". En tanto que "la naturaleza anárquica (del capitalismo) avanza sobre la línea fundamental de las relaciones económicas internacionales. Los problemas del mercado, de los precios de competencia, de las crisis se van convirtiendo cada vez más en problemas de economía mundial, están siendo sustituidos en lo interno por el problema de la organización. Las heridas más sangrientas y dolorosas del capitalismo, sus más estridentes contradicciones se desencadenan precisamente aquí, en el 'campo de batalla' mundial. También el problema de los problemas, la llamada 'cuestión social', el problema de las relaciones entre las clases y de la lucha de clases es un problema que se relaciona de manera creciente con la posición de todo país capitalista en el mercado mundial".¹⁵

Por esta razón —prosigue—, la orientación teórica de los ideólogos más "optimistas" del capitalismo se dirige en la actualidad al análisis de sus nuevas formas en el plano interno y descuida "los métodos de lucha internacional que son propios y específicos de estas nuevas formas, o sea, las crecientes contradicciones del sistema mundial del imperialismo". En esta "plataforma teórica" se encuentran, para Bujarin, tanto "los llamados sacerdotes 'neutrales', 'sin partido', 'objetivos' de la ciencia burguesa", como "los fascistas con su 'estado corporativo' que estaría por encima de las clases" y como "los socialdemócratas con sus prédicas de la 'defensa del estado', de la 'democracia económica', de la 'democracia funcional', y también los "capitalistas 'de vanguardia' con su proclamación a diestra y siniestra de estar al servicio del pueblo, con sus teorías de la 'comunidad de intereses' entre el trabajo y el capital, con sus métodos retributivos sofisticados (mondismo, fordismo). En síntesis, su concepción es la siguiente: ha llegado la era del nuevo capitalismo organizado (la socialdemocracia, co-

¹⁵ N. Bujarin, "Teoría del desorden económico organizado", *Pravda* del 6 de junio de 1929.

trando los ojos sobre los armamentos, añade: y *pacífico*): el capitalista se ha transformado en funcionario de alto nivel económico; y también el obrero está interesado en la producción 'común' del mismo modo que su 'dirigente económico', el capitalista; todos aportan su contribución a la 'causa común', que hay que 'defender' si es el caso, con cualquier medio. La teoría de la 'Burgfrieden', de la 'paz civil' se enaltece a su más alto nivel".

De estos pasajes del artículo de Bujarin, presentados frecuentemente en forma parcial y, por lo mismo, fácilmente distorsionados en su significado, resulta no sólo que Bujarin no es el teórico del "capitalismo organizado", sino que no se encuentra en él la más mínima inclinación a exaltar las nuevas formas adoptadas por el capitalismo monopolista de estado. Si acaso, tiene muy presentes las implicaciones teóricas y políticas que se pueden deducir tanto del lado del "capitalismo democrático", como del lado del "capitalismo fascista corporativo". Lo que parece querer decir, ante la tendencia predominante durante esos años, en la URSS y en la Internacional, a descuidar los cambios ocurridos en la estructura capitalista, es que aquello con lo que se debe hacer cuentas es con la organización capitalista y con una ciencia económica burguesa que no están desprevenidas, sino que han elaborado teorías o llevado a cabo intentos concretos y multiformes por atenuar las contradicciones internas, por reabsorber en parte los conflictos sociales, por comprometer, aun con nuevos malabarismos retributivos, a una parte de la clase obrera en el proyecto de colaboración de clase y de paz social.

La mayor parte del artículo está dedicada a un examen muy detallado del libro de Hermann Bente, *Organisierte Unwirtschaftlichkeit*, que da el título al escrito de Bujarin. El libro, publicado en Alemania en 1929, fue elegido porque, a pesar de que representa un intento orgánico por construir una teoría abstracta de la organización y a pesar de que el autor da por descontada la transición al "capitalismo organizado" como característica esencial del mundo contemporáneo, está dedicado en realidad a poner de relieve que "esa estructura va acompañada de un tipo de 'desorden económico' que es inherente necesariamente al principio mismo del 'capitalismo organizado'". Es inútil entrar aquí en detalle sobre el largo elenco de derroches y despilfarros que Bente le atribuye a la categoría de los costos improductivos del "capitalismo organizado". Bujarin se los narra a los lectores soviéticos con lujo de detalles y con un gusto por los aspectos más grotescos e irracionales de la organización capitalista, lo que confirma una vez más la ausencia en él de cualquier intención apologética respecto a las

nuevas formas de capitalismo de estado. Surge más bien la duda de si en la descripción de este "desorden económico" —los daños de la extrema centralización, el entorpecimiento burocrático, la esclerotización de los aparatos, las reglamentaciones complicadas, la multiplicación de las instancias dirigentes y de control, la proliferación de circulares, formularios y órdenes escritas—, no tiene como blanco únicamente el ordenamiento capitalista. Sobre todo al destacar las consecuencias de colocar la organización en primer plano o de considerarla como fin en sí misma, piensa probablemente en el "monstruo opresor" de la máquina estatal que ya se encuentra en operación en la URSS, completamente distinto del plan racionalizador socialista al que previamente había dado forma en sus escritos de 1919-1920.

Con esto, ciertamente, no se pretende decir que Bujarin comprendiera o previera todo. En el grupo original bolchevique él fue tal vez el que reflexionó más sobre las limitaciones y los esquematismos teóricos del movimiento revolucionario de la época; pero fue también uno de los que se esforzaron por superarlo, aun a costa de todos los pesados condicionamientos y restricciones de las luchas políticas de la Rusia posrevolucionaria. También sus análisis sobre el capitalismo contemporáneo reflejan esta contradicción constante entre su pensamiento y su actividad política y merecen una atención mayor de la que se les ha dado hasta ahora y, sobre todo, una interpretación menos unilateral y de un solo sentido.

MARIO TELÓ *

ANÁLISIS DEL CAPITALISMO Y TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN EN BUJARIN, DIRIGENTE DE LA COMINTERN

Una ponencia centrada en la figura política y teórica de Bujarin puede encerrar el peligro de una nueva presentación de la temática de las posibles alternativas al estalinismo, tanto en el campo de las decisiones encaminadas a la acumulación socialista como en el de una nueva desubicación de los términos de la cuestión de la universalidad de Octubre, después de que la derrota en Occidente y el aislamiento de la revolución soviética sancionaron la falta de comprobación de la previsión leniniana, sobre el significado de 1917 como anticipo y motor de un rápido proceso de generalización.¹ No es casual que en una difundida literatura reciente se pueda encontrar, aunque con interpretaciones diferenciadas, una hipótesis de este tipo.² Sería, por otra parte, motivo

* Desarrolla actividades de investigador en la Fundación Basso-Isoco. Ha publicado, entre otras cosas, "Strategia consiliare e sviluppo capitalistico in Gramsci", en Varios autores, *Teoria e prassi della democrazia conciliare* (Milán, 1976) y "Note sul problema della democrazia nella traduzione gramsciana del leninismo", en Varios autores, *Lenin e leninismo* (Milán, 1977). Es redactor de *Problemi del Socialismo*.

¹ La posición de Lenin está formulada orgánicamente en el ensayo de 1920, "L'estremismo malattia infantile del comunismo" (El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo), escrito con ocasión del II Congreso de la Internacional. Véase en Lenin, *L'Internazionale comunista*, Roma, 1972; sobre sus antecedentes, véase la relación de Claudin en este seminario.

² Esta interpretación, propuesta por el biógrafo Stephen F. Cohen (*Bucharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography 1888-1928*, Nueva York, 1973) [Bujarin y la revolución bolchevique, Madrid, Siglo XXI, 1976], ha tenido éxito recientemente en el marco de la elaboración de Bujarin. V. M. Lewin, *La via al socialismo nel pensiero di Bucharin*, A. Löwy, "La teoria della rivoluzione in Bucharin y la teoria dell'imperialismo in Bucharin", en *Storia del marxismo contemporaneo*, Annali 1973 del Istituto Feltrinelli, Milán, 1974. De Löwy, véase, también, el ensayo de 1960, *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht*, Viena; de M. Lewin, el libro de 1966, *La paysannerie et le pouvoir soviétique, 1928-1930*, París, La Haya, y M. Lewin, *Economia e politica nella società sovietica*, Roma, 1977.

Los términos de la reciente discusión sostenida en Francia están constitui-

de preocupación que junto con la crisis de las interpretaciones del proceso empezado en 1917 que se remontan a la oposición de Trotsky y a los escritos de I. Deutscher, se transformara la necesidad, profundamente motivada, de regresar a las raíces sociales (la composición y las contradicciones de clase), históricas (el atraso ruso y la división entre Oriente y Occidente), e ideológicas (características del marxismo ruso, y relación del pensamiento de Lenin mismo con el marxismo de la II Internacional), de los procesos involutivos que culminaron en el estalinismo, en una especie de nuevo determinismo, en una mitigación de las diferencias tanto a nivel histórico-político, como a nivel teórico.³

El redescubrimiento del papel central de las contradicciones y de la vastedad de los puntos cruciales que se dejaron sin resolver, su reducción nuevamente a las características de un marco histó-

dos principalmente por el ensayo de J. Ellenstein, *Histoire du phenomene stalinien*, París, 1975 y por el ensayo de C. Buci-Glucksmann, "Boukharine, theoricien marxiste", en *Dialectiques* núm. 13, 1976, que partiendo, sobre todo, de la publicación de dos ensayos de Bujarin, 1928, con ocasión del aniversario de la muerte de Lenin ("El leninismo y el problema de la revolución cultural") y de 1931 ("Teoría y práctica desde el punto de vista del materialismo dialéctico"), presentado en el Congreso internacional de Londres sobre historia de la ciencia y de la técnica —cuyas actas están publicadas en italiano (Varios autores, *Scienza al vivo*, Bari, 1977)— plantea nuevamente la actualidad teórica del concepto de revolución cultural en Bujarin. En Italia, el libro de G. Boffa, *Storia dell'Unione Sovietica, 1917-1941*, Milán, 1976, le ha dado particular importancia a la figura del Bujarin teórico de la transición. Véase, también, L. Cafagna, "Bucharin e la rivoluzione immatura", en *Mondo operaio* núm. 11, 1976. El ensayo de F. Sbarbieri, "La svolta del 1929. La polemica Togliatti-Bucharin", en *Rivista di Storia contemporanea* núm. 4, 1975, contiene una amplia reconstrucción del desarrollo de las posiciones de Bujarin, con una referencia particular al problema del análisis del capitalismo occidental. Sobre el significado de la investigación de Bujarin entre 1926 y 1928, véase F. Claudin, *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform*, París, 1970. Finalmente, en el ensayo de E. Galli Della Loggia, "La III Internazionale e il destino del capitalismo: l'analisi di Eughenij Varga", en *Storia del marxismo contemporaneo* cit., pp. 980-1015, se encuentran junto con el objeto principal del estudio, observaciones significativas referentes al análisis bujariano de las transformaciones capitalistas, con diferencias de juicio respecto a Varga.

Un amplio desarrollo del tema de la Revolución traicionada de Trotsky se encuentra, como ya es sabido, en la producción de I. Deutscher, de la que recordaremos, *Stalin*, Milán, 1965, e *Il profeta armato*, Milán, 1956; el texto que está resultando esencial en la discusión sobre la naturaleza social de la URSS, de acuerdo con la relativización de la importancia del aspecto jurídico y del análisis de las relaciones sociales y de la historia de las contradicciones de clase es el de C. Bettelheim, *Les luttes de classes en URSS, deux volumes*, 1917-1923 y 1923-1930, editados en París en 1974 y 1977 respectivamente [*Las luchas de clases en la URSS*, México, Siglo XXI, 1976 y 1978].

ricosocial determinado, no pueden dejar de invalidar de raíz una interpretación de Bujarin en términos de una posible alternativa orgánica del estalinismo. Pero los años de la dirección bujariniana de la Comintern⁴ constituyen —en la estrecha combinación del debate sobre la construcción del socialismo en un solo país, con una investigación basada en un rigor analítico que quedó interrumpido en ese ámbito, sobre las transformaciones de las sociedades capitalistas occidentales y sobre los desplazamientos en las relaciones de fuerza entre las clases— la última etapa de la discusión y, en cierto sentido, de la existencia política de la Internacional comunista, hasta el punto de delinear un desenvolvimiento, dentro de la nueva situación, de las antinomias, y también de las exhortaciones al reconocimiento de los nuevos acontecimientos y a la búsqueda estratégica que se encuentra en Lenin desde el III Congreso de 1921 hasta sus últimos escritos, y un desarrollo de las implicaciones de la forma contradictoria adoptada por el proceso revolucionario a partir de 1917.

En los últimos años se ha puesto finalmente a disposición del público italiano la colección de documentos de la Internacional dirigida por J. Degras en 1956, editada en Milán en 1975 (los dos primeros tomos) con el título de *Storia della Internazionale comunista. Attraverso i documenti ufficiali, 1919-1922 y 1923-1928*, seguida de los dos primeros libros de la obra análoga de A. Agosti, que se caracteriza, sin embargo, por una mayor atención a ciertas vetas temáticas y por la amplitud y la mayor holgura de las introducciones a los capítulos: *La Terza Internazionale Storia Documentaria* (Roma, 1974 y 1976). La atención prestada al desarrollo de cuestiones teóricas y estratégicas de particular relevancia es, por lo demás, una característica de la misma literatura crítica de la III Internacional, si consideramos, además, que del más reciente ensayo de E. Galli Della Loggia sobre el análisis de la crisis, ya citado, y el de N. Poulantzas (*Fascismo e dittatura. La terza Internazionale di fronte al fascismo*, Milán, 1971 [*Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1980]), de R. Schlesinger (*L'Internazionale comunista e la questione coloniale*, Bari, 1971 [*La Internacional Comunista y el problema colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 52, México, 1974]) y el conocidísimo de M. Hajek, *Storia dell'Internazionale comunista, 1921-1935. La politica del fronte unico*. Todavía no se ha desarrollado, salvo algunos indicios, el análisis de la base de clase de la expansión de los partidos nacionales y de la composición sociológica de sus adeptos, en las diversas fases políticas y en relación a las modificaciones paralelas de la base socialdemocrática (R. Paris intentó algo semejante, aunque con conclusiones discutibles, en su ensayo sobre "La táctica 'clase contra clase'" que pretende reconstruir las bases sociales del socialismo. Véase en varios autores, *Problemi di storia dell'Internazionale comunista, 1919-1939*, bajo el cuidado de A. Agosti, Turín, 1974). Es necesario, sin embargo, tomar en cuenta las condiciones particulares del trabajo historiográfico sobre la Tercera Internacional, cuya reconstrucción de las mismas actas oficiales no se ha completado, hasta el punto de que, por ejemplo, las mismas actas del VI Congreso mundial de 1928 sólo están parcialmente disponibles, y a través de los informes de la agencia Internationale Presse Korrespondenz.

A través de una reseña de los principales escritos del periodo considerado,⁵ sólo se pretende aquí identificar algunos puntos cruciales y reconstruir aún para los principales interlocutores la articulación de una posición (dentro de un marco vastísimo de cuestiones políticas y teóricas que es imposible desarrollar plenamente), prestando particular atención al ámbito, a la dirección y a las limitaciones del forzamiento del horizonte de la ideología de la III Internacional.

RACIONALIZACIÓN Y REVOLUCIÓN

1. La invitación de Lenin a estudiar las características de las sociedades occidentales y las modificaciones de la relación entre política y economía que permitían a las clases capitalistas salir de la crisis de la guerra y de la posguerra y alcanzar lo que la Internacional se obstinaba en definir como una "estabilización relativa", fue acogida por el grupo dirigente bolchevique y principalmente por Trotski.⁶ Trotski es el que, a través de una serie

⁵ Los escritos de los que parte esta intervención son: N. Bujarin, *Die kapitalistische Stabilisierung und die proletarische Revolution*. Relación al VII Plenum ampliado del comité ejecutivo de la Comintern, EKKI, Moscú, 1924; la relación en el XV Congreso del Partido comunista de la URSS de 1927, "Die internationale Lage und die Aufgaben der Komintern", en *Inprekorr* núm. 123-124, pp. 2837-2842 y 2859-2870, las conclusiones, pp. 2916-2921; y las relaciones introductorias y las conclusiones correspondientes en el VI Congreso de la Internacional de otoño de 1928, *Tätigkeitsbericht des EKKI* núm. 72, pp. 1297-1313 y conclusiones, núm. 81, pp. 1469-1479 y *Das Programm der Kommunistischen Internationale* núm. 89, pp. 1469-1490 y concl. núm. 91, pp. 1707-1721. De este periodo se han utilizado, además, el escrito ya mencionado sobre la revolución cultural de enero de 1928, el artículo de 1926, en polémica con Proobrazhensky, bajo el título de "Zur Frage der Gesetzmässigkeit der Übergangsperiode" núm. 98, 100, 102, del *Inprekorr*, 1926 y el ensayo del otoño de 1928, "Note di un economista", traducido parcialmente al italiano por Lisa Foa, en varios autores, *La strategia sovietica per lo sviluppo economico 1924-1930*, bajo el cuidado de N. Spulber, Turín, 1970. La redacción completa puede encontrarse en el *Inprekorr* y en la antología de varios autores, sobre *La question paysanne en URSS (1924-1929)*, pp. 213-240, bajo el título de "Au début d'une nouvelle année économique. Remarques d'un economiste", París, 1973.

⁶ En su relación en el III Congreso y en su relación en el VI Congreso de la Internacional, reeditadas bajo el título de *Die Grundfragen der Revolution*, Hamburgo, 1923 y en 1924 con el escrito *Europe et Amerique*, París, 1926, Trotski había abierto una reflexión sobre la relación entre la revolución en Oriente y en Occidente, tomando en cuenta también algunos indicios de reflexión sobre el capitalismo americano. Además del breve escrito de 1928 "La critica del progetto di programma dell'Internazionale comunista", en *La Terza Internazionale dopo Lenin*, bajo el cuidado de L. Maitan, Milán, 1967,

de escritos, entre los que cabe mencionar el importante ensayo de 1925 *Vers le capitalisme ou vers le socialisme?*, con un amplio soporte estadístico, reintegra el debate político a la crudeza de las relaciones de fuerza niveladas entre capitalismo y socialismo: el dato del "predominio material del capitalismo" se deduce, sobre todo, de la observación de la economía americana (en los Estados Unidos, se observa, el 6% de la población mundial posee una tercera parte de la riqueza mundial) y de la verificación, a través de los *coeficientes de comparación*, de la superioridad estratégica en campos fundamentales como, por ejemplo, el de la electrificación (más de veinte veces superior al de la URSS). La perspectiva en que Trotski introduce estos datos es principalmente interna: contrarrestar la tendencia a un peligroso enclaustramiento autárquico de la economía soviética y forzar a la NEP con una aceleración productivista y modernizadora, que permita mandar sobre el mercado mundial; para esto se introduce el lema de que "la victoria final le corresponde al régimen que le asegure a la sociedad humana un nivel económico más elevado", en una competencia con el capitalismo, sobre todo con el americano, por la consecución del proceso más coherente y sistemático de racionalización y de estandarización de la economía.

Es evidente que este planteamiento no está exento de implicaciones en el campo de la concepción del proceso revolucionario mundial. La relación con el movimiento del proletariado occidental y de los pueblos de Oriente, a pesar de haberse proclamado, parece, en realidad, extrínseca; no es casual que Trotski lance, en un pasaje del mismo texto, a propósito de la hipótesis de un nuevo equilibrio dinámico del capitalismo mundial, la duda sobre un error de evaluación fundamental en el juicio histórico sobre el agotamiento de la misión histórica del capitalismo y sobre la fase imperialista como periodo de decadencia, descomposición y agonía.⁷ De esta manera se distinguen claramente en la perspectiva de Trotski el nivel interno y el internacional de la "revolución permanente"; él mismo terminará por admitirlo explícitamente en 1928, cuando en oposición a las formulaciones estalinianas sobre el tercer periodo de la revolución, hable más bien de una larga fase de preparación.⁸

⁷ Se ha considerado aquí sobre todo el ensayo de 1925 "Vers le capitalisme ou vers le socialisme?" en Varios autores, *La question paysanne en URSS (1924-1929)*, cit., pp. 87-138, a la que pertenecen las notas siguientes.

⁸ L. Trotski, "Vers le capitalisme..." cit., pp. 110-111, p. 128 y p. 137.

⁹ L. Trotski, "Contre la capitulation, 1929", en *Ecrits*, t. I, París, 1955, pp. 169-183.

La alternación de "plazos largos y plazos cortos" del proceso revolucionario invade, por otra parte, a la entera Internacional comunista durante toda la fase de la dirección de Zinóviev, hasta el V Congreso de 1924, en que el informe de Varga sobre la situación económica mundial, a pesar de que rechaza explícitamente una relación automática entre crisis económica y éxito revolucionario, llega a prever en un futuro inmediato una fase de crisis en los Estados Unidos y una agudización de la crisis europea, contra la opinión socialdemócrata (Hilferding) de un próximo boom de la economía capitalista.⁹ La oscilación perdura a lo largo de 1925, en que una superación decisiva de los niveles productivos prebélicos desmiente la previsión de Varga, y refuta una vez más la tendencia de la Internacional a confundir los desequilibrios coyunturales con los factores estructurales de la crisis. El problema práctico de conjurar la crisis del experimento soviético, por medio de la aceleración revolucionaria en un país avanzado, impide comprender el dato dominante de toda la década: la recuperación general de la crisis posbélica y después de 1925 un desarrollo intenso de la producción mundial (entre el 23% y el 27%), del comercio (de un 20% aproximadamente) además de una elevación de la productividad industrial y de un mejoramiento global, aunque diferenciado, del tenor de vida.¹⁰

El avance de una convicción sobre la apertura de una fase de convivencia entre la URSS y el capitalismo en diciembre de 1925, durante el XIV Congreso del partido ruso, se ve frenado y se complica debido a su combinación con el agravamiento de la ruptura interna del grupo dirigente; en su último informe a la Internacional, con ocasión del VI Pleno del Ejecutivo en febrero de 1926, Zinóviev plantea de nuevo la tesis de la "estabilización vacilante" de Occidente, refiriéndose de manera particular a la situación inglesa (el Congreso de Scarborough de las Trade Unions había condenado el plan Dawes y había aprobado el Comité sindical anglo-ruso; pero un mes después —en octubre de 1925—, el Congreso laborista de Liverpool había adoptado nuevamente la posición anticomunista. Cuando Zinóviev afirma que, si Lenin se equivocó al pronosticar una transición de la revolución rusa a la revolución occidental, "es completamente podrida la base sobre la que se levanta la III Internacional", pone de manifiesto la profundidad de la crisis de una dirección de la Internacional que,

⁹ En el tomo II de la colección de documentos bajo el cuidado de J. De gras, op. cit., pp. 2133-2136.

¹⁰ H. W. Arndt, *Gli insegnamenti economici del decennio 1930-1940*, Turín, 1949, pp. 3-11.

aun cuando había permitido una nueva investigación sobre todo entre el III y el IV Congreso, no había nunca puesto en discusión seriamente una interpretación permanentista de la relación entre crisis y revolución.¹¹

En Bujarin es radical la eliminación de la hipótesis movimientista y permanentista. Bujarin, que también en nombre del comunismo de guerra y de la teoría de la ofensiva, había sostenido una dura polémica con el mismo Lenin (la paz de Brest-Litovsk, el comienzo de la NEP), con el cambio de dirección de 1921-1922 del que constituyen un aspecto importante las conclusiones del IV Congreso de la Internacional se convierte en un defensor de la "universalidad de la NEP" y paralelamente en un opositor de la tendencia a aceptar una relación mecánica entre la estabilización del capitalismo y la escasa penetración de los partidos comunistas. La segunda redacción del proyecto de Programa de la Internacional, en el V Congreso de 1924, plantea una profundización y una ampliación de la temática de las alianzas sociales (intelectuales, cuestión religiosa, cuestión femenina) como campo de iniciativa política, en cuanto alternativa a la espera de la crisis definitiva.¹² La dirección bujariniana de la Internacional no se presenta, pues, en términos y sólo en términos de una consecuencia de la derrota de la oposición interna y de la lucha de poder relacionada con la misma en todos los niveles del movimiento, sino como el último intento por coordinar y garantizar las condiciones de una verdadera existencia política de los partidos comunistas, en una situación en que "no se puede superar la estabilización capitalista de un día para otro".¹³ Se trata, en otras palabras, de una posición que expresa un intento de coherencia y de lógica interna, independientemente de la alianza con Stalin que la acompaña durante un lapso; por lo demás, en este terreno esencial de la previsión, se incorpora ya desde 1927 el distanciamiento con Stalin, hasta la ruptura, en la interpretación de las características del "III periodo de la revolución mundial".

El cambio de la situación mundial y los procesos internos del movimiento comunista producen, en los principales informes e

¹¹ Véase A. Agosti, *La Terza Internazionale*, vol. II, cit., y a este propósito parece particularmente útil aunque no del todo exhaustivo, por lo que se refiere a Lenin, el libro de F. Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, cit., E. H. Carr, *Il socialismo in un solo paese. La politica interna*, Turín, 1969.

¹² E. Ragionieri, "Il programma dell'Internazionale comunista", en *Problemi di storia del IC* cit.

¹³ N. Bujarin, conclusiones del debate del VI Congreso, sobre el tema del Programa, op. cit., pp. 1707-1721.

intervenciones de Bujarin entre 1926 y 1928, algunas variaciones y agudizaciones, aún importantes (por ejemplo, en 1927 y 1928 se registra una mayor insistencia en el peligro de la guerra en la URSS, debida también a la ruptura de las relaciones diplomáticas por parte de Inglaterra), pero se trata en esencia de un *marco teórico y de análisis unitario*, en que los distintos momentos resultan a menudo complementarios o como una especie de aproximaciones sucesivas a la tesis central. El problema consiste en comprender los términos y las características del desarrollo capitalista de los años veinte, los factores internos de la fábrica y los correspondientes al conjunto de la organización social y política que lo han permitido, en identificar con mayor precisión las consecuencias sociales y, finalmente, las contradicciones y las tendencias opuestas, sobre las que puede trabajar el movimiento comunista.

El informe al VII Pleno del Ejecutivo ampliado sobre "la estabilización capitalista y la revolución proletaria" tiene por objeto detenerse en el análisis del capitalismo occidental, aportando los datos necesarios sobre la producción mundial, el comercio exterior, los intercambios y las cotizaciones monetarias, y los demás factores que ponen de manifiesto la tendencia a la estabilización. Bujarin insiste, y ésta es una primera aproximación, en que se trata de dar un *juicio diferenciado*, que distinga la cuestión por países o por grupos de países y permita captar entre los Estados Unidos, en donde se eleva al máximo la curva del desarrollo capitalista, y la URSS, que representa la tendencia anticapitalista del desarrollo, una graduación de niveles que caracterizan la estabilidad interna y la madurez, revolucionaria, que va desde Inglaterra, pasando por Alemania, Italia y Polonia, hasta China.¹⁴ Esta clasificación, que conserva una connotación empírica, tiene el mérito de dar una perspectiva nueva más amplia y una distinción territorial y temporal a la oposición histórica entre las dos grandes fuerzas antagónicas; se evita también tener que superar la rígida alternativa entre la crisis y el desarrollo de las fuerzas productivas, en la dirección sugerida por Trotsky en el escrito de 1925, mencionado más arriba, de una competencia entre los Estados Unidos y la URSS en el campo del mismo modelo de desarrollo y de racionalización.

Tiene pues el significado notable de que el examen crítico y atento de los nuevos métodos de racionalización adoptados por los Estados Unidos y el reconocimiento de los éxitos técnicos y de los resultados productivos van acompañados constantemente de una investigación sobre sus implicaciones sociales hasta llegar a estruc-

¹⁴ Intervención de Bujarin en el VII Pleno, *op. cit.*, p. 32.

turar, no sin dificultad, una línea política de "lucha contra las consecuencias de la racionalización".¹⁵ De este modo se observa que el desarrollo de la productividad alcanzado a través de la fordización del proceso productivo tiene en su centro la intensificación del trabajo y el potenciamiento del control opresor sobre la clase obrera; el análisis detallado de los procesos de concentración productiva y de trustificación en sentido horizontal y vertical (dentro de un sector), la consideración del significado de la estandarización y de las innovaciones técnicas (la banda transportadora, etc.) no se distingue de la comprobación de que la creciente socialización del proceso productivo encuentra una dificultad en la resistencia obrera y, por este motivo, va acompañada de una ofensiva, a diferentes niveles, por la recuperación de las conquistas sindicales de la fase anterior. Comprender el núcleo racional del desarrollo efectivo de las fuerzas productivas no significa para Bujarin aislar en forma evolucionista el dato técnico; se fundamenta con el problema arduo de evitar una involución propagandista del movimiento obrero y de mantener viva una resistencia obrera y sindical contra la estrategia capitalista.¹⁶ Se rechaza, pues, con firmeza la tendencia de los comunistas alemanes a luchar contra la racionalización en cuanto tal, y se trata al mismo tiempo de preparar las armas para contrarrestar la "americanización del movimiento obrero" (como subordinación de su vida entera a la lógica productivista del fordismo) y la disponibilidad del movimiento socialista europeo a una colaboración con la dirección de las empresas para la introducción de nuevos métodos. Durante todos los años veinte las grandes socialdemocracias permanecen completamente dentro de la cultura de la racionalización; las posiciones teóricas oscilan entre el significativo libro de Jules Moch, que considera esta "nueva forma de capitalismo, social y económicamente positiva" y la de quienes, como A. Philip, rechazan la "mística" del taylorismo y sostienen que el socialismo "en lugar de combatir la racionalización, deberá dirigirla y controlarla";¹⁷ sin embargo la práctica de las organizaciones socialde-

¹⁵ De ahí parte la apreciación positiva de Togliatti sobre el corte y el valor de la relación, que por primera vez no se detiene en un juicio sobre la posibilidad o sobre el carácter antiobrero de la racionalización, sino entra con entusiasmo al campo del análisis. La intervención de Togliatti en el VII Pleno se encuentra en el volumen II de las *Opere* (1926-1929), Roma, 1972, pp. 93-113.

¹⁶ Intervención de Bujarin en el VII Pleno, *op. cit.*, pp. 59-79; véase también pp. 95-97.

¹⁷ J. Moch, *Socialisme et rationalisation*, Bruselas, 1927; A. Philip, "Socialisme et rationalisation", en H. De Man et la crise doctrinale du socialisme, París, 1928.

mócratas no será muy diferente de la de los dirigentes sindicales americanos de la AFL. Togliatti en el transcurso de su intervención en el VII Pleno insiste en el peligro de una convergencia de sindicalistas e industriales en la creación de una figura nueva de obrero, de acuerdo con la perspectiva de la coestión de la fábrica (el *Werkgemeinschaftler* en Alemania).¹⁸

Que quede claro, la posición de Bujarin no logra traducir la percepción de la contradicción no resuelta sino más bien agudizada entre la clase obrera y la racionalización, en algo más que en la posibilidad de una organización de la resistencia aunque sólo en el plano reivindicativo; sigue estando convencido de que en una sociedad capitalista, "la organización del trabajo no es problema del proletariado".¹⁹ Sin embargo, es importante poner de relieve que no es posible encontrar en su análisis de la racionalización la convicción determinista de que algún proceso de extensión y socialización productiva consolide a la clase obrera y a la perspectiva socialista; ni cree, como Trotski en la conclusión del ensayo de 1925, que prestar atención a los repliegues sociales y a las contradicciones de la racionalización equivalga a volver a la crítica tolstoiana o populista del desarrollo capitalista.

En realidad, la convicción que se abre paso desde el VII Pleno, pero que se discute sobre todo a lo largo del informe y del debate del VI Congreso de 1928, consiste en que la racionalización y todos los procesos de reorganización capitalista y monopolista con las que se combina, crean condiciones que hacen más difícil el avance del movimiento obrero, lo desintegran y subordinan. Ya sea que el desarrollo técnico, debido también a la utilización de la ventaja del monopolio en ciertas tecnologías en el mercado mundial, permite establecer una política de altos salarios y de estratificación de la fuerza de trabajo; y no se trata únicamente de la formación de una nueva aristocracia obrera, sino también de una terciarización más aguda ligada al crecimiento de la necesidad de nuevas tareas organizativas y de control.²⁰ Ya sea porque se forma un nuevo tipo de desocupación, ligada al desarrollo de la racionalización técnica, hasta el punto de que en los Estados Unidos se

¹⁸ P. Togliatti, intervención citada, p. 99. La intervención presenta significativas observaciones críticas sobre la misma experiencia del Nuevo Orden respecto a la relación producción-revolución.

¹⁹ N. Bujarin, intervención citada en el VII Pleno, *op. cit.*, véase sobre el profundo arraigo de esta idea en el grupo bolchevique, R. Linhart, *Lenin, i contadini e Taylor*, Roma, 1977.

²⁰ Intervención de Bujarin en el VII Pleno de la Internacional comunista, *op. cit.*, pp. 1303-1304.

presenta, por primera vez en la historia del movimiento obrero, una disminución del capital variable (absoluta y relativa).²¹ En su intervención en el VI Congreso, Varga presenta el dato según el cual este proceso se caracteriza, en los Estados Unidos, entre 1919 y 1925 por una disminución de dos millones de obreros. La cautela de Bujarin para sacar conclusiones de orden general no le impide rechazar radicalmente la posición de Lominadze que pone de manifiesto las tendencias difundidas en los partidos comunistas (como el alemán, por ejemplo), a ver de manera optimista, en la creación de un amplio estrato de desocupación estructural, únicamente una ocasión para su propio crecimiento organizativo. De las implicaciones sociales a las consecuencias políticas. Si en los Estados Unidos se crean las premisas de una corrupción del cuadro sindical, que, según Varga, se identifica a menudo con los jefes de secciones y los controladores del ritmo productivo en Europa, se va presentando la división del movimiento obrero en dos troncos tanto a nivel social como a nivel político: los socialdemócratas crecen y se consolidan entre los sectores obreros calificados y privilegiados y los comunistas entre los trabajadores marginales y desocupados.²²

En síntesis, el hecho de que el desarrollo capitalista no genere automáticamente sus propios sepultureros, sino más bien consolide y renueve las bases sociales de un reformismo factor de división del movimiento obrero, hace completamente irrealizable una hipótesis meramente economicista sobre la relación racionalización-socialismo, como también una previsión directamente revolucionaria basada en las contradicciones nuevas del desarrollo capitalista.

²¹ N. Bujarin, Intervención en el VII Pleno, *op. cit.*, pp. 59-69.

²² Bujarin vuelve repetidas veces sobre las implicaciones políticas de las transformaciones sociales y de la composición de clase introducidas por la racionalización, en las relaciones del bienio 1926-1928: recordamos el pasaje de la página 1300 de la primera relación en el VI Congreso (*op. cit.*). La intervención de Varga está contenida en la *Inprekorr*, pp. 1400-1404; R. Paris, en el ensayo citado, considera que el hecho de que se dilata la desocupación por la crisis y por el desarrollo y que el 80% de los adscritos al Partido comunista alemán estuviese constituido por desocupados, permite comprender mejor las raíces de la posición manifestada por el socialfascismo. G. E. Rusconi recuerda en su libro sobre Weimar que Hilferding considera como condición mejor del desarrollo de la socialdemocracia la coyuntura alta y como deletérea la situación de crisis económica (*La crisi di Weimar. Crisi di sistema e sconfitta operaia*, Turin, 1977).

2. En el VI Congreso, la interpretación bujariniana del III Período como fase cualitativamente nueva del desarrollo capitalista, que se despliega "sobre una nueva base" y "requiere un nuevo análisis", se apoya no sobre la valorización de la adquisición del VII Pleno sobre la relevancia de los procesos de racionalización y de desarrollo técnico, que, como se dirá en 1928, engloban la ciencia y la tecnología, sino también en la convicción alcanzada de manera gradual pero sólida en los dos años anteriores, de la consolidación del capitalismo de estado. Ya en el otoño de 1926, Bujarin pone de manifiesto que percibe que los cambios profundos de algunas funciones estatales ligadas al capital financiero no se pueden reducir a meros fenómenos superestructurales, si no cambian la base del capitalismo moderno e imponen un desarrollo del análisis de Marx.²³ Sin embargo, todavía en diciembre de 1926, se señala que las contradicciones engendradas por la socialización productiva, si bien es cierto que son restructuradas por la nueva organización del trabajo en la fábrica, no encuentran, sin embargo, todavía una expresión en el carácter conflictivo predominante de los grandes trusts (por lo que vacilan las esperanzas de una unificación pacífica de los capitalistas en los cárteles). En el XV Congreso del partido ruso, en diciembre de 1927, a pesar de registrarse las primeras oposiciones por parte de elementos cercanos a Stalin (Lozovski y Lominadze, entre otros), Bujarin habla de una "trustificación del mismo poder estatal". Con esta expresión se quiere decir que "el estado burgués más que nunca cae en una dependencia inmediata de los grandes Konzerne capitalistas o de las combinaciones de esos Konzerne" debido a la intensidad sin precedentes y como punto de llegada de un proceso de formación de grandes trusts (y no sólo de sindicatos o de cárteles, sino de trusts entendidos como función de unidades productivas de diferentes tipos). "En otras palabras, se desarrolla un proceso de crecimiento conjunto de las organizaciones empresariales con el aparato estatal, aun cuando, en la inmensa mayoría de los casos, este proceso no va acompañado de una nacionalización de estos organismos económicos." Este es el tipo más nuevo de proceso hacia el capitalismo de estado, ya que,

²³ Este tema está explícito en el ensayo-recensión a Preobrazhenski (*La nueva economía* [Cuadernos de Pasado y Presente núms. 17 y 18, Buenos Aires, 1970] de Preobrazhenski, data de 1926) salido bajo el título de *Zur Frage der Gesamtsinnigkeit* cit.

como explica Bujarin en las conclusiones del XV Congreso, se desarrolla desde la base; y el más importante, ya que expresa la tendencia real al crecimiento de la nueva relación entre la economía y el estado e integra el desarrollo, diferenciado de acuerdo con los países, de elementos acabados del capitalismo de estado que se caracteriza por venir desde lo alto. Una reseña de los casos que Bujarin señala con esta segunda especificación explica que, por procesos originados desde lo alto, entiende fenómenos que son fruto de la voluntad política y que se derivan de la estructura estatal; se trata, en efecto, de empresas estatales y comunales, de participaciones accionarias por parte del estado, de estatización de los sindicatos, de reglamentación de los precios, etcétera.²⁴

No tiene fundamento sostener que Bujarin regrese al esquema teórico formulado en 1915 (en *La economía mundial y el imperialismo*, México, 1979), en relación con el capitalismo de guerra; el adversario polémico está más bien precisamente en los que consideran que con el final de la guerra y de sus efectos se han agotado las tendencias al capitalismo de estado y a la organización política del capitalismo. En el VI Congreso, en el informe y en las conclusiones sobre el programa, frente a la dura polémica sobre las características del "III período de la revolución mundial" abierta por el grupo ligado a Stalin ya en reuniones anteriores del partido y llegada al límite de una ruptura sobre las tesis congresales,²⁵ disipa toda duda y, más que de tendencias al capitalismo de estado, habla de una fase orgánica de desarrollo de la relación entre estado y economía, sobre una nueva base. La consecuencia es una modificación grave de la relación de fuerzas entre las clases: la unificación del capital industrial y financiero, con el apoyo subordinado del estado, hace que el proletariado ya no se encuentre frente a un capitalista aislado, sino ante una

²⁴ Relación en el XV Congreso del PCUS de 1927, *op. cit.*, p. 2838.

²⁵ En su biografía, F. Cohen menciona el encuentro del 20 del PCUS de julio y las diferencias surgidas en relación a Molotov, Lominadze y otros dirigentes ligados con Stalin, en el transcurso del debate del XV Congreso. Una reseña presentada a través del *Inprekorr* de las reuniones de partido que siguieron al VI Congreso indica, además, que la gestión efectiva de los resultados del congreso se hizo de acuerdo con las posiciones de Stalin sobre el "tercer período". Agostini reconstruye cuidadosamente los acontecimientos precongresales, en la presentación del capítulo de su obra relativo al VI Congreso (*op. cit.*). En las memorias y sobre todo en el libro de memorias de J. Humbert Droz, *De Lenine à Staline. Dix ans au service de l'Internationale Communiste*, Neuchâtel, 1971, se encuentran más elementos de gran utilidad sobre el desarrollo dentro de los grupos dirigentes de la Internacional del choque entre Stalin y Bujarin.

organización global del capital, que nulifica o priva de perspectivas una lucha meramente económica.²⁶ La tesis consiste en que se mitiga de manera sustancial la anterior contradictoriedad interna de la máquina económica y política dominante: Bujarin acepta, pues, la tesis de Hilferding ("el capital financiero") sobre la ósmosis tendencial entre el capital financiero y el capital industrial, reivindicando explícitamente en este aspecto, contra las objeciones presentadas por Sultán Sadé (delegado persa en el VI Congreso), que había sostenido la persistente prioridad de la esfera de producción sobre la de la circulación, y, por consiguiente, la prioridad del capital industrial sobre el capital financiero,²⁷ la legitimidad de una relación de continuidad con este elemento del marxismo de la Segunda internacional prebélica. Después del Congreso de Kiel de la SPD de 1927, Bujarin está dispuesto a seguir a Hilferding aún en el uso del término "capitalismo organizado", tratando, sin embargo, a diferencia de las acusaciones que se le harán, de distinguir con claridad absoluta el problema de la descripción de un proceso cualitativamente nuevo de combinación entre estado y economía, de las implicaciones políticas que la socialdemocracia deducía de esto.²⁸

En realidad una consideración más cuidadosa de las formulaciones de Bujarin conduce a despertar más de una duda sobre una posible analogía con las posiciones de Hilferding, sobre el mismo campo del análisis. Ambos reconocen la relevancia de los grandes procesos de transformación, como la superación del capitalismo de competencia y la organicidad del crecimiento de un papel regulador y organizador del estado junto con las tendencias a una racionalización de las empresas y de los sectores productivos y financieros. Pero Bujarin insiste en el hecho de que el dato más importante y novedoso está representado por lo que, en el XV Congreso del partido ruso, llama los "impulsos desde la base"

²⁶ *Tätigkeitsbericht*, VI, op. cit., p. 1303.

²⁷ La intervención de Sultán Sadé está contenida en las pp. 1814-1816 del núm. 95 del *Inprekorr* de 1928.

²⁸ Entre las diversas citas se puede mencionar, a este propósito, la intervención final de N. Bujarin en el VI Congreso sobre el tema del programa, citada en la p. 1986. En dos artículos importantes aparecidos en el *Pravda* del 26 de mayo y del 3 de junio de 1929, el primero de los cuales será objeto de polémica por parte de Varga en el mismo mes en *Inprekorr* núm. 41, pp. 981-984, se explica esta estructuración del análisis de la transición del capitalismo competitivo al capitalismo organizado. Hay que observar, pues, que el esfuerzo de Varga por poner en evidencia los términos de diferenciación entre Lenin y Bujarin no llega a confundir las posiciones de este último con las de Hilferding. La relación de Lisa Foa en este seminario se detiene en los artículos de 1929, que no han sido traducidos, como se deduce, del ruso.

hacia el capitalismo de estado, es decir, los impulsos que provienen directamente del reforzamiento y de la reorganización del aparato industrial y financiero.

La iniciativa reguladora promovida por el estado afronta cuestiones contingentes (la guerra) o relaciones de fuerza políticas entre las clases y, por esta última característica, toma impulso, aunque de manera mediata, de los conflictos sociales (Bujarin recuerda, por ejemplo, las intervenciones sociales y la política económica de la Comuna roja de Viena);²⁹ no es casual que constituya el terreno privilegiado para el desarrollo de la iniciativa y de las fuerzas de las socialdemocracias; en el Congreso de Kiel de la SPD se considera decisiva la correlación entre el aparato económico financiero, que se proyecta cada vez más hacia la autoorganización, y el aspecto político de dirección consciente hacia el socialismo; o sea, se postula si bien no un predominio, sí una fuerte autonomía de la política respecto a las clases dominantes, con un replanteamiento renovado de la idea revisionista tradicional del estado.³⁰

Lo que discute Bujarin es precisamente la posibilidad de mantener una apariencia de autonomía de la superestructura política en el momento en que se desarrolla un fuerte impulso a la organización en la esfera de las clases capitalistas; en el marco presentado por Bujarin no sólo desaparecen las contradicciones entre los capitalistas, ligados a la competencia, sino también la distinción entre economía y estado, que se integra dentro de la estructura y se subordina rigidamente a las clases dominantes. Bujarin registra la extensión de las funciones del estado, una ampliación

²⁹ Bujarin, conclusiones del XV Congreso del Partido Ruso cit., pp. 2916-2917.

³⁰ A nivel teórico, K. Kautsky, *La concezione materialistica della storia* de 1927, presenta en la posguerra la idea de una adquisición progresiva de neutralidad respecto a las clases fundamentales; pero a nivel político, el tema se presenta sobre todo de manera particular precisamente en la problemática hilferdinguiana de la relación entre estado y capitalismo organizado. Su relación decisiva en el Congreso de Kiel (*Tareas de la socialdemocracia en la república*) está ampliamente reproducida y comentada por G. E. Rusconi en *La crisi di Weimar* cit., pp. 215-230. En el caso de Hilferding se trata de una revisión de la tesis de la conquista de la banca central presentada en *El capital financiero* (trad. it. Milán, 1961, con una introducción de G. Pietranera). Sobre el desarrollo de la posición de Hilferding, cf. H. A. Winkler, "Einleitende Bemerkungen zu Hilferdings Theorie des Organisierten Kapitalismus", pp. 9-19 de Varios autores, *Organisierter Kapitalismus*, Gotinga, 1974; en el mismo libro, el ensayo de J. Kocka, "Organisierter Kapitalismus oder Staatsmonopolistischer Kapitalismus? Begriffliche bemerkungen", pp. 19-35, trata de distinguir el meollo científico del concepto de "capitalismo organizado" de sus implicaciones evolucionistas.

que sobrepasa los límites del estado liberal; pero con una agudización simultánea de su carácter de instrumento para la reproducción ampliada de las relaciones de producción, hasta el límite de una especie de primacía de lo económico, de un poder económico transformado y potencializado, respecto al capitalismo competitivo. La situación que se va perfilando no puede dejar de añadir e incorporar a la tendencia opresora y disgregadora del movimiento obrero, contenida en la racionalización de la fábrica, una agudización autoritaria de toda la organización social; no es casual que Bujarin, que ha distinguido la forma fascista de la reformista del capitalismo de estado, manifieste una inclinación a valorizar la modernidad de la relación entre los monopolios y el estado corporativo que se realiza dentro del contexto italiano, hasta el punto de descubrir una simple analogía entre la tendencia al capitalismo de estado, que prevé formas de incorporación corporativa de los trabajadores en el proceso productivo, a través de una estructura representativa que, partiendo de las tareas y de las profesiones, supera el sistema parlamentario (la *Carta Magna del trabajo*) y la *funktionelle Democratie* presentada por Otto Bauer.²¹

Por otra parte, la tesis rigidamente determinista sobre el carácter de clase y sobre la incontenible tendencia opresora del capitalismo organizado, induce a Bujarin a rechazar de manera radical la estrategia socialdemócrata; y, por la otra, la convicción sobre la fuerza de las tendencias a la racionalización que se desarrollan en la fábrica y en la organización social capitalista, y de su carácter de largo plazo, le impide aceptar la ideología estalinista de la inminente revolución mundial, aunque no logra establecer las premisas de una existencia política del movimiento obrero en Occidente.

Volveremos a encontrar en Bujarin una atención a las dimensiones de las innovaciones capitalistas que no será nunca alcanzada por la oficialidad del movimiento comunista, limitado, en los años treinta y durante una larga fase posterior, por la ideología del estancamiento y empeñado en cierto tipo de lucha antifascista, a partir del VII Congreso de 1935. No es casual que Bujarin que durante largos años había promovido y defendido las experiencias de un frente único, en sus diferentes versiones (incluyendo el Comité sindical anglo-ruso) y que todavía en el VI Congreso de la Internacional se oponía a "la teoría del socialfascismo" y pla-

²¹ Informe al XV Congreso del PCUS, p. 2899 y p. 2916 de las conclusiones (la polémica de Bujarin está orientada también a la temática de las "fábricas constitucionales" propuesta por la Internacional de Amsterdam).

neaba un trabajo sindical unitario que valorizara, en contra del divisionismo sindical propuesto por Lozowski, las diferencias que aún quedaban entre sindicato y estado en las sociedades capitalistas,²² no logre dar un respiro a la política de un frente único y a la iniciativa de los partidos comunistas occidentales que vaya más allá de la resistencia económica y de la defensa de la URSS. contra el peligro de una guerra. No es casual que la reconstrucción de un camino para una acción política del movimiento obrero occidental, abierto por el informe de Dimitrov en el VII Congreso de la Internacional en 1935 y por las experiencias de frentes populares, parta del reconocimiento y de la valorización de las contradicciones del nuevo proceso de reorganización capitalista, aunque simplificadas en la oposición entre el capitalismo monopolista y la democracia, y en la nueva previsión acerca de la generalidad de la tendencia fascista. No obstante, la persistente divergencia entre la lucha económica y la lucha por el poder, la falta de una transición de la promoción de amplios movimientos de masa a su unificación política coherente con el nivel alcanzado por la contradicción fundamental, y las demás limitaciones de la política frentista, se reducen también a una discontinuidad sustancial respecto al análisis de la complejidad y del carácter innovador del reordenamiento de las sociedades capitalistas estructurado por Bujarin entre 1926 y 1928, con su investigación sobre los procesos de racionalización y de organización del capitalismo.²³

Convergen en una incapacidad sustancial de comprender la nueva relación entre desarrollo y crisis y, por consiguiente, las formas más avanzadas de la contradicción, tanto la tenaz hipótesis tradicional del estancamiento propia de la Internacional comunista como su revisión-integración realizada principalmente por Varga en la segunda posguerra en el sentido de suponer e intentar una utilización del estado por parte de la izquierda para una recomposición de las contradicciones del capitalismo monopolista.²⁴

²² Relación sobre la actividad (*Tätigkeitsbericht*) del Ejecutivo en el VI Congreso de la ic. cit., p. 1307 y conclusiones, p. 1476.

²³ Sobre el significado y las perspectivas abiertas por el cambio de dirección del VII Congreso de la Internacional, véase la introducción de F. De Felice a *Fascismo democrazia fronte popolare*, Bari, 1973, que contiene observaciones relevantes sobre el significado teórico de la reflexión sobre el estado fascista, como nueva forma de control y de la organización de las masas; en el ensayo sobre Varga, E. Galli Della Loggia tiende, en líneas generales, más bien a señalar lo que tienen en común el VI y VII Congreso, en cuanto a la incapacidad persistente de encontrar las características de los nuevos procesos de desarrollo capitalista, o sea, lo que tienen en común respecto al planteamiento de estancamiento (*op. cit.*, pp. 980-1015).

²⁴ Véase E. Altvater, Introducción a E. Varga, *La crisis del capitalismo e*

paradójicamente, la teoría del capitalismo monopolista de estado, al identificar la planificación con el socialismo, corre peligro de reproducir, a pesar del punto de partida distinto, las ilusiones del capitalismo organizado, de un control político desde lo alto de las condiciones de reproducción capitalista (tecnocracia, planismo, sobrevaloración de las posibilidades de transformación económica por parte de los órganos administrativos, etc.).³⁶ Ya se ha señalado que el análisis de Bujarin excluye esta posibilidad.

Sólo un análisis y un desarrollo teórico que sea capaz de reconducir el proceso de transformación de las sociedades occidentales al punto central de las *relaciones de fuerza* entre el socialismo y la reconstrucción capitalista, el cual, al superar una concepción únicamente instrumental de lo político, permita discernir la nueva combinación entre el dominio y la hegemonía dentro del estado capitalista ampliado (y la profundidad de su base social), puede eliminar el sentido de impotencia política de la investigación bujariniana sobre el Occidente y permitir el restablecimiento de una posible relación entre la producción y la política dentro del movimiento obrero, de un "proceso catártico" de formación del movimiento de masas sobre la base del antagonismo económico: en esta dirección se ha orientado la reflexión de los *Quaderni dal carcere* de Antonio Gramsci y la formulación de la teoría de la hegemonía entendida como "antítesis vigorosa" a las modernas revoluciones pasivas, pero que no puede distinguirse de una profunda relación con la complejidad alcanzada y las contradicciones encerradas por las sociedades capitalistas avanzadas.

¿UNA NUEVA FORMA DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO?

3. No es posible dar crédito de manera seria a las previsiones sobre la inminencia de una ofensiva revolucionaria, en el marco de una crisis decisiva del capitalismo, que constituye la base de la bata-

le sue conseguenze economiche, Milán, 1971, traducción italiana aproximada de una antología salida en Frankfurt del Meno en 1966.

* Este elemento de convergencia entre "capitalismo organizado" y "capitalismo monopolista de estado" ha sido puesto de relieve recientemente, a diferencia de la opinión expresada en el citado ensayo de Kocka, por N. Poulantzas, *Clasi sociali e capitalismo oggi*, Milán, 1975 [*Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI, 1976]; también J. Habermas se detiene sobre la cuestión en *La crisi della razionalità nel capitalismo maturo*, Bahr, 1975, a propósito de la sobrevaloración de las posibilidades de dirección sobre los mecanismos económicos y sociales por parte de los aparatos burocrático-administrativos.

lla del grupo ligado a Stalin, contra la dirección de Bujarin de la Internacional, y el tema de las requisitorias que durante el año de 1929 llevaron a su marginación.³⁶ Las evidentes contradicciones del grupo estalinista ponen de manifiesto con claridad que, más que de un análisis se trata de burlas ideológicas de una lucha efectiva de poder, funcional, en primer lugar, para el éxito de la decisión de una política interna, estructurada en la línea de ruptura de la alianza con los campesinos, en pro de la industrialización forzada, y en segundo lugar, para una normalización de la Internacional, a través de un cambio del grupo dirigente y un cambio total de dirección respecto al intento de descentralización emprendido por Bujarin en 1926.

Trotsky, en un escrito de 1929, se pregunta irónicamente cómo es posible que a una previsión tan exacta de la crisis económica le correspondan resultados políticos tan escasos. F. Sternberg observa que especialmente la crisis económica mundial, dada por cierta por los antibujarinianos en la Internacional, no había sido obviamente prevista por los técnicos del Gosplan, desde el momento que entre 1930 y 1932 se registra tal retroceso entre las importaciones y exportaciones, que obligó a ceder grandes cantidades de reservas de oro.³⁷ Parece más verosímil aunque más paradójico que el "voluntarismo" estaliniano de fines de los años veinte se basaba, si no en una divergencia de intereses, sí en una radical desconfianza en la revolución mundial, particularmente en Occidente. Por esto, la prioridad del peligro de guerra para la URSS en el debate de la Internacional y la reducción correspondiente del papel de los partidos comunistas, es, tanto en la política exterior como, sobre todo, en la política interna, más funcional para la estrategia de Stalin, como señala Cohen (la cosa resulta clara, si se toma en cuenta la centralidad del tema de la inminencia y de la inevitabilidad de la guerra en las intervenciones de Stalin en el VI Congreso y en la sesión posterior del cc del Pcus sobre el Congreso).³⁸

Sin embargo, el discurso de Bujarin sobre la guerra como consecuencia necesaria de la dramatización del problema de las sa-

* En cuanto a la posición de Stalin, véase, también, pp. 266-269 del capítulo "Sobre la desviación de derecha en el Partido comunista (bolchevique) de la URSS", *Cuestiones del leninismo*, vol. 1, Moscú, 1945.

* L. Trotsky, *Contre la capitulation* cit., F. Sternberg, *Le conflit du siècle. Capitalisme et socialisme à l'épreuve de l'histoire*, Paris, 1956 (ed. alemana de 1951), pp. 370-371.

* Véase Cohen, *op. cit.*, pp. 257-258. Sobre el significado del tema del peligro de guerra en la historia y en el debate soviético, véase E. H. Carr, 1917. *Illusioni e realtà della rivoluzione russa*, Turín, 1970.

lidas a la sobreproducción capitalista, y de la lucha por los mercados, tiene su peculiaridad. No es casual que se encuentre presente ya en diciembre de 1926, antes de la dramatización del aislamiento soviético, con la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de Inglaterra. El informe sobre la estabilización capitalista identifica, en efecto, en la imposibilidad de la plena utilización de la capacidad productiva, una de las principales contradicciones capitalistas y, aún sin llegar a sostener, como lo hará Varga en 1928, que el mercado interno de Estados Unidos ha agotado sus potencialidades de absorción,³⁹ no obstante, durante toda la fase de su dirección de la Internacional, considera el problema de los mercados como la contradicción fundamental de la acumulación capitalista a nivel mundial. La misma caracterización de la URSS como principal obstáculo de la estabilización del capitalismo es referida al efecto de ruptura del mercado mundial producida por la Revolución de octubre. Además, la mayor fragilidad del capitalismo inglés, factor decisivo de la crisis de los solidísimos equilibrios sociales y de la ofensiva del movimiento obrero, se explica por medio del crecimiento de las revoluciones coloniales, de China en primer lugar, que restringen los mercados de salida de las mercancías producidas en las ciudadelas del capitalismo. Por primera vez se señala y de manera más explícita se declara en el VI Congreso que *las contradicciones a nivel mundial son las que determinan una dramatización de las contradicciones internas, que de otro modo serían ineficaces.*⁴⁰

Bujarin se diferencia de manera más insistente de Hilferding, no sólo por la desconfianza absoluta en la tesis de que "los magnates del capitalismo pueden trabajar en pro del marxismo" (preparando con el capitalismo organizado el socialismo), sino sobre todo por el tema del agravamiento de las contradicciones internacionales: La oposición a la perspectiva hilferdinguiana del "ultraimperialismo" es el terreno esencial en el que Bujarin trata de reconciliar el movimiento comunista con el desenvolvimiento objetivo del proceso histórico. La exclusión del derrumbe interno de los distintos países va acompañada por la convicción de que en el exterior, en la proyección internacional de la contradicción

³⁹ E. Varga, la citada intervención en el VI Congreso de la Internacional, *Inprekorr*, 1928, p. 1402. La respuesta de Bujarin está en la p. 1477.

⁴⁰ Informe en el VII Pleno del Ejecutivo, p. 104; pp. 23-25, sobre el significado de la URSS; pp. 25-29, sobre la agudización de la crisis inglesa; pero sobre todo la relación en el VI Congreso sobre el programa es la que pone de relieve el carácter cada vez más dependiente de las contradicciones internas y la improbabilidad de su desarrollo político autónomo.

entre producción y consumo, y en las consecuencias del carácter al mismo tiempo único y diferenciado del desarrollo desigual del capitalismo mundial se puede originar la catástrofe general.

El esquema de 1917 de la sucesión guerra-revolución se incorpora, pues, de nuevo, en la formulación del proyecto de Programa, aunque con una acepción distinta de la de Lenin: y Bujarin da cuenta de esto cuando define en el VI Congreso el marco presentado como "una nueva forma de la crisis general del capitalismo";⁴¹ la novedad consiste en la mitigación de las contradicciones —dentro de las sociedades— de la racionalización y de la organización y en la dramatización de la cuestión de los mercados, basada en la insuficiencia orgánica del consumo interno y en el movimiento de liberación de los pueblos coloniales. El carácter esencialmente empírico de la definición de Bujarin, que hereda de Hilferding la dificultad de pasar del descubrimiento de nuevos datos, que ponen en tela de juicio los planteamientos anteriores (como en este caso, la teoría del imperialismo y de la crisis general de Lenin), a su sistematización metodológica adecuada,⁴² no debe sin embargo conducir a la conclusión de que la recuperación recién mencionada de la perspectiva catastrófica esté totalmente subordinada a exigencias ideológicas.

A esta conclusión llegan algunos intérpretes que atribuyen a exigencias de tipo estrictamente político la reincorporación de la temática catastrofista en el programa redactado por Bujarin (problema de la caracterización ideal del programa, etc.). En este sentido se orienta, por ejemplo, la tesis de Grossmann, que en su libro sobre el derrumbe niega que en Bujarin pueda encontrarse una verdadera teoría del derrumbe, al no considerar como tal la fórmula de 1924 sobre el capitalismo como "reproducción ampliada de contradicciones"; Grossmann reduce la fragilidad de la relación entre acumulación y crisis a la acogida por parte de Bujarin del planteamiento de Hilferding que, a diferencia de Lenin, autonomiza la esfera de la circulación y de los procesos monetarios; de ahí la naturaleza "exogenista", incapaz de relacionarse con la

⁴¹ *Tätigkeitsbericht*; (relación sobre las actividades) del Ejecutivo en el VI Congreso cit., pp. 1299-1301. Las innumerables críticas de Bujarin a la teoría del "ultraimperialismo" son reconocidas por el mismo artículo polémico escrito por Varga después del cambio de dirección, en mayo-noviembre de 1929 en *Inprekorr*, traducido al italiano bajo el título de *Problemi della formazione di monopolio e la teoria del "capitalismo organizzato"*, pp. 73-83 de Varga. La crisis del capitalismo cit.

⁴² G. Pietranera ha puesto en evidencia el límite de la relación entre análisis y sistematización teórica en Hilferding, en el importante prefacio a R. Hilferding, *El capital financiero* cit.

dinámica inmanente de un modo de producción capitalista, de su catastrofismo, que no por casualidad siempre está centrada desde la obra de 1920 *La teoría económica del periodo de transición* hasta la de 1924, *El imperialismo y la acumulación del capital*, en la previsión del desemboque en la guerra de la intensificación de las contradicciones capitalistas en su lucha por los mercados. La observación de Grossmann es interesante, no sólo por su empeño en relacionar la teoría del derrumbe con la teoría del valor, sino también por las indicaciones sobre el límite político del esquema que subordina a la guerra la posibilidad de revoluciones (destrucción del aparato económico y restricción de la base productiva como causas de una insubordinación social generalizada encaminada a la insurrección). Bujarin, y la observación es válida en lo esencial para el grupo dirigente soviético, queda prisionero del esquema jacobino, que le impide reconocer que las guerras pueden llevar en Occidente a cambios en el partido dominante, pero no del sistema dominante que más bien, si se considera en su conjunto, logra generalmente convertir la guerra en una premisa de una nueva fase de expansión.⁴³ Naturalmente Grossmann subvalúa el significado periodizante de las guerras y la importancia del aspecto interestatal de las contradicciones capitalistas que los rusos, dirigentes de una revolución nacida de un conflicto mundial, sobrevaloran: el catastrofismo de la Internacional forzaba un dato real surgido de la guerra, es decir, la importancia que tenía la falta de una potencia capitalista políticamente hegemónica y la situación agravada de anarquía nacionalista de las relaciones comerciales y de los fenómenos monetarios a nivel mundial, a pesar del desarrollo de los instrumentos de regulación de la economía que iban más allá del automatismo; sólo con la segunda guerra mundial y con la plena realización de la transición desde Inglaterra a los Estados Unidos del liderazgo sobre el capitalismo internacional, se crearon las condiciones para una verdadera sal-

* H. Grossmann, *Der Akkumulation und Zusammenbruch des Kapitalistischen Systems*, Frankfurt del Meno, 1907 [La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista, México, Siglo XXI, 1979], véase principalmente pp. 30-61 (pp. 40-43). Grossmann considera que "Bujarin destruye todos los hilos que atan el derrumbe del capitalismo con las tendencias del desarrollo económico" (p. 56 [p. 60]). Grossmann se ocupa de la salida política de una teoría del derrumbe que trasciende los procesos económicos, sobre todo en la p. 60 (p. 44) de la edición citada. La crítica de Grossmann está dirigida principalmente al libro de Bujarin de 1924, *L'imperialismo o l'accumulation du capital*, Bari, 1972, con un prefacio de P. Santi. Sobre la posición teórica de H. Grossmann respecto a la cuestión de la relación entre desarrollo y crisis capitalista, véase también la relación de G. Marrao en este seminario.

da de la inestabilidad de los años veinte y de las consecuencias de la crisis de 1929 y para una nueva fase de desarrollo capitalista.⁴⁴ Tenía, pues, fundamentos consistentes la valorización de las contradicciones interestatales y del papel del aspecto nacional en las crisis como tendencia opuesta a la trustificación internacional del capital; el "exogenismo" de Bujarin no se puede reducir estrictamente a la vulgata de las tesis subconsumistas y puede contar con presupuestos analíticos que no son totalmente irrelevantes.

Bujarin se esfuerza por apoyar su posición con indicaciones sacadas de los mismos escritos de expertos calificados como "economistas burgueses"; en 1926, cita el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* haciendo suya la expresión usada por M. Bonn, "la nacionalización es en realidad una racionalización al revés", a propósito del círculo aparentemente cerrado que se había creado entre el mercado restringido, la utilización reducida de las instalaciones, los costos crecientes, el aumento de los precios y la ulterior reducción del mercado interno.⁴⁵ Ya se ha señalado, a propósito de la previsión de la crisis en los Estados Unidos, que la posición de Bujarin no puede reducirse estrictamente hablando a la de Varga que en el VI Congreso presenta de nuevo su teoría sobre el *Niedergangsperiode* del capitalismo junto con la tesis sobre el crecimiento de los gastos improductivos y de estratificaciones parasitarias, como complemento del agotamiento de las potencialidades del consumo interno;⁴⁶ sin embargo, el significado de los escritos políticos de Bujarin sobre el problema de los mercados es el de una contradicción no resuelta entre el análisis y la estrategia y revela una debilidad teórica.

En su libro de 1924, *El imperialismo y la acumulación del capital* Bujarin había criticado ciertamente, repitiendo objeciones de Lenin, la tesis de Tugán-Baranovski y de la socialdemocracia de que

"Por lo que respecta a una interpretación en este sentido del significado de la segunda guerra mundial como verdadero cambio de dirección respecto a la configuración de los problemas de la crisis en el transcurso de las décadas veinte y treinta, véase C. P. Kindleberger, *The World in Depression 1929-1939*, Berkeley-Los Angeles, 1973. Véase al respecto la ponencia de E. Fano recogida en este libro.

* La mencionada relación en el VII Pleno del Ejecutivo de la ic, pp. 60-61, se trata del ensayo "Rationalisierung als finalisiertes Problem", publicado en el núm. 56, cuaderno II de 1926 de la revista citada en el texto.

* El escrito de Varga de 1922 mencionado es *Die Niedergangsperiode des Kapitalismus* (Periodo de decadencia, Hamburgo, 1922). En Bujarin desaparece también la tesis de Varga, puesta de manifiesto por Altvater en la introducción a la *Crisis del capitalismo*, de los gastos improductivos como tendencia contraria, temporal pero significativa, a la tendencia decadente del capitalismo.

la crisis se derivaba principalmente de la desproporción entre los sectores productivos (y no del subconsumo ni de la caída tendencial de la tasa de ganancia); pero con la observación central de que "las crisis son el resultado de la desproporcionalidad de la producción social" y de que "el aspecto del consumo constituye, sin embargo, un elemento de esta desproporcionalidad". Su principal blanco polémico lo constituye, pues, el subconsumismo, particularmente bajo la forma que adopta en la teoría del derrumbe de Rosa Luxemburg (tal como está expuesta en la obra de 1913 sobre la *Acumulación del capital*). Se ha observado por otra parte que un punto importante de la crítica a Luxemburg se basa en la insistencia sobre la "dialéctica entre los distintos capitalistas y el capitalista colectivo" para la cual, junto con el acercamiento real en la fase de la realización "de innumerables operaciones comerciales",⁴⁷ se debilita la tesis sobre la necesidad absoluta de terceros consumidores; pero este elemento de anarquía de las operaciones monetarias de los distintos capitalistas que, en el mismo texto, llega a proyectarse en la fórmula de "reproducción ampliada de contradicciones", es considerado posteriormente caduco por el mismo Bujarin, con la estructuración, en la forma que hemos visto, de un análisis del "capitalismo organizado". El capitalismo organizado tiende, en efecto, a corregir las desproporciones intersectoriales, y a limitar "desde la base" esos residuos de anarquía en la producción y en la circulación; no es casual que ya desde 1924 Bujarin proyecte, con un razonamiento abstracto, una sociedad que evita la crisis en cuanto que desde el principio está dada la demanda recíproca de todas las ramas de la producción además de la demanda de los consumidores, tanto de los capitalistas como de los obreros.⁴⁸

Probablemente no es posible descartar que Bujarin tratara de referirse con esta formulación, como lo desaconsejarían por otra parte los escritos dedicados directamente a las cuestiones de la acumulación en la URSS, a la planificación en una sociedad de transición; lo que se puede decir en un trabajo como éste es que los escritos sobre el capitalismo de estado del periodo comprendido entre 1926 y 1928, a los que nos hemos referido, no permiten establecer una relación directa con una perspectiva evolucionista, a diferencia de algunos pasajes importantes del ensayo de Bujarin de 1915 sobre el *Imperialismo*.⁴⁹ Admitido, pues, que Bu-

⁴⁷ N. Bujarin, *L'imperialismo e la accumulazione del capital* cit., pp. 101-102.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 51-52.

⁴⁹ La importante introducción de P. Santi al libro de Bujarin de 1924

jarin no se limita, en 1924, como declara, a definir un "tipo ideal" sino que abarca los procesos reales, deberemos pensar más bien en una anticipación del análisis de 1927-1928 sobre el capitalismo de estado; éste, aun cuando explicara la renuencia a compartir el subconsumismo de Varga, estaría, sin embargo, en contradicción con la prioridad persistente asignada a la contradicción entre producción y consumo, aun cuando sus efectos se proyecten sobre el plano del mercado internacional (la lucha por los mercados de salida y no por los de materias primas o de inversión).⁵⁰ En realidad es difícil deducir del Bujarin de 1926-1928 una teoría sistemática y coherente de la crisis; en su análisis la economía y la política tienden a separarse. Se puede reconstruir más bien una teoría sobre todo política del derrumbe, que relaciona ciertamente todo el periodo considerado con el escrito de 1924: en cuyo centro se encuentran los sucesos de 1917, elemento considerado de ruptura con el viejo debate de la Segunda internacional; aunque no existe una coherencia perfecta entre la tesis de Bujarin de que con el año 1917 "ha comenzado el derrumbe del capitalismo" y la de la formación de la URSS constituye un anticipo político de significación general respecto a la plena maduración de las contradicciones económicas y la posición estaliniana siguiente.⁵¹ A pesar de que se desenvuelve en un terreno distinto del automatismo de las leyes económicas del mecanismo del desarrollo capitalista, la interpretación estaliniana del derrumbe político del capitalismo reproduce el vicio determinista del viejo derrumbismo, en la tesis del desemboque inevitable en la guerra de las contradicciones entre los estados capitalistas, tesis que, como se ha com-

supone, en cambio, una plena continuidad con el escrito de 1915, *L'economia mondiale e l'imperialismo* (Roma, 1966) en que, por ejemplo en la p. 182, Bujarin se expresa en términos que hacen pensar en la transición evolucionista del plano capitalista al socialismo; la referencia al análisis de las transformaciones capitalistas a partir de la mitad de los años veinte y, como veremos más adelante, algunos escritos contemporáneos sobre la acumulación en la URSS, hacen difícil aceptar la tesis de un Bujarin intermediario entre Hilferding y Stalin, conciliador del plano y de la teoría del valor.

⁵⁰ Togliatti, que en ese tiempo todavía estaba muy próximo a Bujarin, interviene también en el debate sobre el Programa del VI Congreso de la Internacional acerca del carácter crónico adoptado por la cuestión de los mercados de salida (véase P. Togliatti, *Opere* cit., vol. II, pp. 443-471; véase también la introducción de R. Ragionieri).

⁵¹ Esta parece ser, en cambio, la posición de Lucio Colletti en su introducción a *Il futuro crollo del capitalismo. Crollo o sviluppo?* [El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo, México, Siglo XXI, 1978], antología dirigida por L. Colletti y C. Napoleoni, Bari, 1970; véase, sobre todo, pp. cviii-cxii [pp. 35 y ss.].

probado a propósito del debate del VI Congreso de la Internacional y como se ha confirmado con todo lo acontecido posteriormente con la Internacional, está construida sobre una absoluta falta de análisis verdadero de las modificaciones de la relación entre economía y política en Occidente. No es casual que cada vez más se confíe la suerte del socialismo a la fuerza militar y económica del estado ruso.

El significado mundial de la Revolución de octubre está más bien en la acepción bujariniana del leninismo, en la vinculación de las revoluciones proletarias con las guerras campesinas, con las insurrecciones coloniales y con los movimientos de liberación nacional;⁵² se puede hablar, pues, de una concepción política del derrumbe, siempre que se entienda como incidencia y eficacia de ruptura del impacto concomitante de crisis generales y movimientos de fuerzas sociales tradicional y "económicamente" separadas (por el desarrollo desigual), sobre las contradicciones internas de los países capitalistas avanzados, que de otra manera estarían destinados a resolverse o a mediatizarse por las nuevas tendencias organizadoras del capitalismo; pero no se puede hablar de esa concepción cuando se da por resuelta en un desarrollo efectivo de la teoría y en un verdadero avance orgánico del marxismo la dificultad radicalmente nueva establecida por el advenimiento de la Revolución de octubre y por su falta de proyección en Occidente. La canonización del marxismo bajo la forma de marxismo-leninismo, al que el *Manual* de Bujarin de 1922⁵³ podía tal vez servir de apoyo, se convierte, a partir de la mitad de los años veinte, en su personificación del modelo ruso y en su articulación esquemática en una teoría de la crisis, por obra fundamentalmente de Stalin.

Esto parece confirmado, si no por la formulación definitiva del texto del Programa, sometido a mediaciones y fruto de contribuciones de diversa procedencia, sí por la orientación mantenida por Bujarin en toda la rica discusión preparatoria: la vastedad del diseño unitario de la Internacional debería conciliar dentro de un marco unitario las dificultades del movimiento obrero occidental y sus diferentes niveles de maduración con el movimiento todavía vivo

⁵² Entre los numerosos textos recordamos el escrito de Bujarin sobre Lenin de 1924 (Roma, 1969, véase pp. 31-43) y las conclusiones políticas del *Imperialismo e l'accumulazione del capitale* cit., pp. 163-165.

⁵³ N. Bujarin, *Il materialismo storico. Manuale popolare di sociologia marxista*, presentado por Valentino Gerratana, Florencia, 1977 [véase *Teoría del materialismo histórico. Ensayo popular de sociología marxista*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 31, México, 1972].

(a pesar de la derrota de la revolución china en 1927) de las "campanas del mundo"; la importancia central de la contradicción entre racionalización capitalista por una parte y cuestión de los mercados por la otra ofrece el terreno objetivo de la identificación, dentro de ese proceso unitario, del rasgo característico del proyecto revolucionario. En este contexto es donde se ubica la redefinición de la relación entre la experiencia soviética y la revolución mundial. Por una parte, Bujarin rechaza las tendencias a convertir a la URSS en un modelo de revolución mundial que pueda transportarse mecánicamente, por la otra, la temática de la universalidad de la NEP convierte la experiencia rusa en algo más que una etapa del proceso revolucionario, en un laboratorio para la traducción de la relación entre las ciudades del mundo y las "campanas del mundo", en un mecanismo nuevo de desarrollo económico y social que pueda ser atesorado por el movimiento mundial.⁵⁴

VALOR Y LÍMITES DEL INTENTO DE REDEFINICIÓN DE LA FUNCIÓN DE LA URSS

4. La cuestión de la puesta en marcha de una alternativa al modelo de acumulación y de realización capitalista se convierte a lo largo de los años veinte en algo central en la interpretación bujariniana de la NEP y en su consideración a la luz del problema de la revolución mundial; en el periodo considerado aquí puede tal vez poner mejor de relieve su originalidad y sus límites; siempre será útil tratar de puntualizar algunos aspectos importantes, aun descontando, por el enorme alcance de las cuestiones, una inevitable esquematicidad.

Uno de los aspectos de mayor interés de la parte de los escritos de Bujarin del periodo comprendido entre 1926 y 1928, que se refiere al debate sobre la industrialización de la URSS, es la confirmación de la impresión de que aun en la fase de máxima agudización, es decir, en el bienio 1924-1925, la polémica con Preobrazhenski y su *ley fundamental de la acumulación originaria*

⁵⁴ Véase la parte final de la relación sobre el Programa y en particular las pp. 1684-1686, en el VI Congreso cit.; C. Zetkin intervino también en el debate preparatorio en la revista *Die Komm. Internationale*, Cuaderno 27-28 del 11 de julio de 1928. Sobre el tema de la alianza entre ciudades y campos del mundo, véase la biografía de Cohen, los ensayos de Löwy y Lewin, citados en la nota 2 del presente trabajo.

socialista se basaba en sólidas convicciones comunes a los dos principales interlocutores y a las dos partes opuestas, hecho que no restaba importancia al desacuerdo sobre la industrialización y sobre la relación con la economía campesina, sino contenía su efecto disgregante y potencializaba su significado teórico: en especial, no existía una ruptura sobre la idea de que durante todo un periodo histórico existirían formas de producción y relaciones sociales diversas y, por consiguiente, se necesitaría una mediación política entre los distintos componentes sociales.⁵⁵ La misma interpretación de la NEP en términos de un optimismo liberalista sustancial y de una desconfianza en la potencialidad reguladora del mercado, que, como se señaló, se aparta de las opiniones de Lenin a este respecto⁵⁶ (aun de las expuestas en el famoso ensayo *Sobre el impuesto en especie*) y que puede llevar a pensar en una identificación de las leyes de desarrollo del socialismo con las leyes de desarrollo del capitalismo, no se enfatiza, puesto que sufre mucho los efectos de la conversión reciente de Bujarin, después del entusiasmo estalinista de la *Teoría económica del periodo de transición* y de la reacción contra los excesos del comunismo de guerra.

El dato que se desprende de la lectura de la contribución al XV Congreso del partido ruso del final de 1927 y del escrito de 1928 *Notas de un economista* es que la crítica gradualista al industrialismo y a la política de alianza y sostén a la economía campesina —que de cualquier forma no había producido nunca efectos que la convirtieran en una verdadera amenaza— se desarrolla progresivamente, superando el acento liberalista anterior, hacia una nueva posición que permite entender mejor lo esencial de su planteamiento.⁵⁷ El hecho de que en la definición de su propuesta de plan prevea algunas exacciones del sector agrícola, pero sin destruir su función de soporte económico y político, es reclamado tanto por el agravamiento de las dificultades económi-

⁵⁵ A. Erlich, *Il dibattito sovietico sull'industrializzazione 1924-1928*, Bari, 1969, p. 185. Esta posición es compartida también por Lisa Foa en la introducción a N. Bujarin, E. Preobrazenskij, *L'accumulazione socialista*, Roma, 1972, pp. vii-xxiii y 75-78.

⁵⁶ Véase "Le note di un economista" cit., y el Informe y las conclusiones (cit.) del XV Congreso del PCUS de 1927. Son relevantes algunas observaciones sobre el contexto interno del encuentro de 1927-1929, en G. Boffa, *Storia dell'Unione Sovietica*, Moscú, 1976.

⁵⁷ Véase *Notas de un economista* cit., y el informe y las conclusiones (cit.) al XV Congreso del PCUS de 1927. Hay algunas observaciones interesantes sobre el contexto interno del enfrentamiento de 1927-1929 en G. Boffa, *Storia dell'Unione Sovietica*, Milán, 1976.

cas en una situación internacional llena de peligros, como por el surgimiento, después de la derrota de los trotskistas, de un desacuerdo con los "superindustrialistas de tipo trotskista", es decir, con Stalin.

Bujarin acepta desde 1927 hacer un esfuerzo planificador orientado a acelerar el proceso de industrialización; se caracteriza, sin embargo, por una cautela en los ritmos, en los límites y en los modos de la prioridad dada a la industria (limitación de las inversiones de largo plazo, especial interés por la pequeña industria y por el artesanado y por formas de incentivación que no requieran un fuerte compromiso de capital) y por la evidenciación de peligros tendencialmente contraproducentes, de un forzamiento de la presión fiscal y de los diferentes tipos de exacción de la economía agrícola, que se orientan a mantener "un equilibrio dinámico de todo el sistema económico".⁵⁸ Se trata de una posición que bajo el pretexto de constituir un "camino intermedio" presenta evidentes debilidades y una sustancial falta de acabamiento de su elaboración; pero, de cualquier forma, nos ayuda a entender mejor que lo que Bujarin combatió siempre no fue una racionalización industrial y productiva, sino la adopción del modelo teórico y práctico de la acumulación capitalista.

Su crítica del industrialismo y su rechazo de la "tercera revolución" como perspectiva para la Rusia de la NEP forma parte de la argumentación de su informe al VII Pleno: la racionalización de la Unión Soviética se caracteriza en ese escrito por un *contenido de clase* opuesto, que, sobre todo por la prioridad asignada a las necesidades de las masas, permite evitar los problemas del mercado y de la desocupación industrial, típicos de las sociedades capitalistas.⁵⁹ Se ha considerado como "revisionista" (armenicista) la tesis de Bujarin sobre la posibilidad de conciliar la producción y el consumo dentro de la esfera de una racionalización socialista, objetivo, por lo demás, considerado decisivo por él en la ya mencionada disputa con Tugán-Baranowski de 1924. Diversos textos llevan, en cambio, a pensar que creía posible y luchaba por una *calidad* distinta de la racionalización soviética, no partiendo de una sobrevaloración de las contradicciones y de los antagonismos económico-sociales, sino más bien precisamente de la preocupación de evitar su ulterior dramatización: en las *Notas de un economista* y en otros artículos de 1928 de *Pravda*, Bujarin pronostica el destino suicida y la grave deformación implícitos en un tipo de industrialización que al reproducir

⁵⁸ A. Erlich, *op. cit.*, pp. 100-101.

⁵⁹ Informe de Bujarin en el VII Pleno del Ejecutivo de la RS, pp. 76-83.

el modelo de acumulación capitalista descrita en *El capital* de Marx, se configura como violencia en relación con el sector no capitalista, como ruptura a nivel interno e internacional, junto con el ordenamiento preexistente de las relaciones económico-sociales, hasta el punto de provocar una destrucción efectiva de las fuerzas productivas.⁶⁰

El terreno propio de la formación de un modelo no capitalista de industrialización es aquel en que se liquida la problemática de la relación ciudad-campo y la del significado internacional de la revolución rusa, junto con la apertura de la posibilidad de "una nueva época" en las relaciones entre las *ciudades del mundo* y los *campos del mundo*. El punto más característico está en que Bujarin no encuentra en el ritmo de industrialización, ni en la perspectiva autárquica de Stalin de la lucha contra los estados, sino en la composición de la relación entre producción y consumo, a través del reforzamiento de la *smycka* (alianza) a nivel interno e internacional, la base para una competencia victoriosa, de dimensiones mundiales, con la realización capitalista.

Se plantea de este modo un problema que requiere, para ser abordado de manera adecuada, un desarrollo no economicista del marxismo. La posición de Bujarin sobre las implicaciones institucionales del modelo de acumulación puede pasar de la crítica de origen bogdanoviana y michelsiana del burocratismo, que caracteriza ampliamente la fase inmediatamente posterior al abandono de la defensa del comunismo de guerra, a una mayor complejidad que recibe las incitaciones provenientes de la mejor estructuración leniniana a propósito de la valorización de la máxima conquista de Octubre, la posibilidad de un control obrero sobre el estado. Se pueden encontrar ya algunos indicios significativos en el escrito de 1922 *La revolución burguesa y la revolución proletaria* (que puede encontrarse en lengua rusa, véase Cohen, *op. cit.*, pp. 146-149) y en el de 1923, *Proletarische Revolution und Kultur* (Hamburgo, 1923) aun cuando en la intervención de 1928 sobre la revolución cultural se pone mejor a prueba su compenetración con las cuestiones del desarrollo económico.

⁶⁰ Parece mucho menos sostenible, para el periodo 1927-1928, la tesis de Bujarin representante de las razones de la ética y de la ideología, respecto al "realismo" primero de Preobrazhenski y luego de Stalin (sobre esta interpretación está construido el ensayo de M. Cacciari, "Preobrazhenskij e il dibattito sull'industrializzazione durante la NEP", en M. Cacciari y P. Perulli, *Piano economico e composizione di classe*, Milán, 1975). También Cohen se detiene, en la biografía mencionada sobre la tesis del utopismo de las propuestas de Bujarin, antes de 1926.

El mismo trabajo de 1922 parece difícilmente reducible a la crítica anárquica o a lo que será la clásica posición trotskista; cuando habla de "embrión de una nueva clase dominante", basada en la autoridad y el prestigio del poder económico y político, pretende referirse a una forma de degeneración inédita, y específica de la revolución proletaria. El proletariado que, a diferencia de la burguesía, no puede convertirse ni en clase dominante ni dirigente en el seno de la vieja sociedad, debe recurrir a una mediación política (partido) y, en general, organizativa (técnica y especialistas de origen burgués) *distinta*. En esta necesidad radica la posibilidad de algo mucho más grave que el Terremoto temido, entre otros por Korsch, en 1925-1926, o que un retraso en el desarrollo de la democracia; de una degeneración sin precedentes en la historia (desde el momento que Bujarin excluye de su informe de 1926 ante el Pleno de la IC la hipótesis de un simple *ordenamiento político*, como había sido el de la transición de la primera a la segunda fase de la Revolución francesa); en la URSS se trataría de un trastocamiento de la expresión *más directa* del poder proletario.⁶¹ En su crítica de la posible autonomización de la política como Leviatán, que necesariamente va acompañada de un mecanismo de acumulación que sacrifica el desarrollo de la función dirigente del proletariado, Bujarin parte de la convicción del origen leninista de la existencia del problema de una mediación política de las contradicciones de la transición, y *no de su negación*.

De cualquier modo resulta evidente la separación entre la vastedad del problema observado y planteado y las soluciones proyectadas para la relación entre las masas y el estado, y para la cuestión de los instrumentos institucionales de la alianza entre el proletariado dirigente y los campesinos. Las indicaciones al respecto son tan fragmentarias y ocasionales que no permiten hablar más que de una inspiración general también importante; junto con el desarrollo desde 1924 en que Bujarin alude a la posibilidad de una vasta red, difundida capilarmente, de asociaciones voluntarias y de iniciativas desde la base para la superación de la disgregación de las masas hasta 1928 en que replantea el tema leniniano del *estado común*, como estructura congénita a la nueva relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la revolución cultural.⁶² Precisamente el tipo de problemas que Bujarin

⁶¹ Informe al VII Pleno del Ejecutivo de la IC *cit.*, pp. 79-81.

⁶² Véase, por ejemplo, el discurso citado, "El leninismo e il problema della rivoluzione culturale", p. 124; a este propósito, también las observaciones de

plantea, insistiendo en la gradualidad de la superación de las contradicciones económicas y sociales y refiriéndose constantemente a las dos clases fundamentales de la sociedad rusa, contradice fatalmente su retraso en la formulación de una propuesta alternativa de plan y de instrumentos adecuados de dirección y de control de las masas sobre el estado y sobre la economía. El resultado es que la convicción estratégica sobre el carácter constitutivo de la alianza con los campesinos no se transforma en una definición coherente de la función del aparato estatal y de la política económica (capitalismo de estado, su función de mediación, etc.) que vaya verdaderamente más allá de la administración de los distintos intereses o de su conciliación meramente económica.

Sólo hasta 1926-1928, Bujarin desarrolla creativamente la convicción derivada de Lenin de las insidiosas implicaciones sociales del crecimiento del capitalismo de estado, no en el sentido de una parálisis política, sino en el de la profundización de la temática leniniana de la revolución cultural.⁶³ No es casual que esto suceda en el momento en que Bujarin se ve obligado por el crecimiento de las contradicciones internas y por la situación general a promover un avance en la dirección del plan; la convicción del peligro de despertar fuerzas económicas incontrolables y de favorecer, con la introducción del modelo occidental, la agudización del poder y de la extensión de la burocracia, se traslada a un terreno avanzado que ya no es estático. No parece cierto que se trate de una restauración del dirigismo del periodo del comunismo de guerra. Ni que a pesar de esto se pueda encontrar ciertamente un error de evaluación y un retraso de Bujarin, sobre el carácter nuevo del choque y del tipo de ruptura del grupo dirigente que va apareciendo en 1927 y que explota en 1928.

Parece, de alguna manera, que un punto decisivo del avance lo constituye el nuevo análisis del capitalismo internacional junto con la remoción de la antigua hipótesis catastrofista y el origen del análisis de los rasgos, que ya no se encuentran en el estado embrional del capitalismo organizado; la comprobación de tendencias capitalistas a la superación de la anarquía interna y de

G. Boffa y C. Martinet en las pp. 150-151 de *Dialogo sullo stalinismo*, Bari, 1977.

⁶³ Ch. Bettelheim, en el segundo tomo de su ensayo sobre *Les luttes de classes en URSS (1924-1930)*, sugiere que la peculiaridad de Bujarin no consiste tanto en volver a abordar el tema de la revolución cultural que aparece también de manera instrumental en las resoluciones del XVI Congreso del PCUS, o sea en 1929, después de la victoria de Stalin, sino en la vinculación entre revolución cultural y tipo de acumulación.

su carácter cada vez más opresor ya no puede permitir la aceptación de una apresurada identificación entre el socialismo y el desarrollo pleno de la racionalización dentro del marco de una programación estatal. La comprobación del cambio de forma de la crisis general del capitalismo, si por una parte impone la aceleración de la política soviética de industrialización, debido al agravamiento de la amenaza de guerra en la URSS, por la otra, señala cada vez más que el terreno que caracteriza al socialismo está en la calidad de esta industrialización y en las nuevas relaciones sociales que constituyen su motor y sus implicaciones.

De estos presupuestos parte el nuevo interés de Bujarin por los temas y por las indicaciones estratégicas, que por distintas razones subjetivas y objetivas se han mantenido en una situación marginal y se han hecho históricamente ineficaces.

El tema del bloque obrero-campesino y la crítica antiburocrática se armonizan en el discurso conmemorativo de Lenin en enero de 1928, con la restauración de la revolución cultural; ésta, en una fase en que el desarrollo técnico y científico permite al adversario consolidar "los centros principales de su fuerza y de su potencia" y se pronostica un largo "periodo de competencia" y "una larga lucha", asume una función central dentro de la fusión de las tareas internas de la URSS con "los problemas de la 'gran' política internacional". Ésta es la ocasión en que se propone nuevamente el "estado común" como terreno de expresión del crecimiento político, a través de la autogestión de las masas campesinas y de la dirección obrera del aparato estatal, en contraposición con la estabilización de un estrato político separado. Se trata de una orientación de la investigación opuesta a la teoría del "reforzamiento del estado" que Stalin enunciara en 1933. Con una instancia superior al pasado, Bujarin insiste en la *funcionalidad* de la revolución cultural para el desarrollo de las fuerzas productivas; la recuperación productiva alcanzada en la posguerra permite superar los términos alternativos en que era planteada anteriormente, por el mismo Lenin, la cuestión del desarrollo técnico, y, por consiguiente, la cuestión de la relación con los especialistas (el problema de evitar en primer lugar el atraso espantoso del país), respecto a la valorización de 1917 como momento y presupuesto de un movimiento de unificación política y cultural de masa; el tema de la revolución en las relaciones sociales es "una necesidad absoluta" y se convierte en un criterio de racionalidad productiva y de eficacia de la planificación soviética y en un elemento característico de la superación del capitalismo y

deja de ser un aspecto ideológico y culturalista.⁶⁴ Esta concepción de la revolución cultural corresponde, por lo demás, a las propuestas sobre la relación entre industria y agricultura del otoño de 1928, a pesar de que las *Notas de un economista* responde a tareas políticas más cercanas. Bujarin rechaza un modelo de dos tiempos, no encuentra un antes y un después en la relación entre racionalización y revolución cultural y esto "en el periodo en que el antiguo ha sido destruido y no se ha construido todavía el nuevo".

Sin embargo, las tareas de reconstrucción de una economía planificada plantean también problemas teóricos nuevos a la ciencia cuyo desarrollo está llamado a relacionarse con la modificación de las relaciones de producción. En la intervención de 1931 en el Congreso de historia de la ciencia y de la tecnología, en Londres, Bujarin señala con más precisión que en 1928 que "los modos de producción se diferencian entre sí también "por el carácter particular de la relación entre teoría y práctica" y que "la unificación de teoría y práctica en la cabeza de millones de personas" induce a plantear el problema de una "revolución en las categorías de la reflexión". La formación técnica de masa y el comienzo de una superación de la división social del trabajo encuentran un marco unitario y una salida productiva en la planificación económica que se convierte también en racionalización y en planificación de la ciencia; sin embargo, no puede plantearse la nueva relación entre ciencia y práctica de masa sin una crítica de la organización elitista y de las especializaciones científicas y sin una restructuración de los fundamentos conceptuales que, a pesar de evitar una reducción de la función de orientación y del meollo de objetividad de la ciencia, renueve profundamente la instrumentalización metodológica.

Es innegable que el contexto de una crisis mundial persistente en que Bujarin pronuncia su intervención, aunque pesa en la determinación de una regresión en el análisis de las tendencias del capitalismo (reducido a una mera anarquía económica, en el campo científico a una completa desorganización y en el plano cultural a la irracionalidad de Berdiaeff y de O. Spann), no induce, sin embargo, a un alineamiento en la posición de Stalin; la grave derrota política de 1929-1930 no impide que en la temática bujariniana de la "racionalización de la vida" y de la conciliación subjetiva de trabajo y ciencia, siga viva la referencia a la revolución

⁶⁴ Véanse las pp. 119, 126 y ss. del discurso citado sobre la revolución cultural.

ción cultural, como caracterización de la propuesta del plan. No se daba por descontado. La nueva mediación lograda con Stalin después del cambio de dirección pone en evidencia, efectivamente, ambigüedades y verdaderas contradicciones no sólo en la posición política sino también teórica de Bujarin, si es cierto que el texto canónico *Materialismo histórico y materialismo dialéctico* no expresa condena alguna del conocido *Manual* de 1922: y no se alude únicamente a la reducción tecnicista e instrumental del concepto de fuerza productiva ya contradicha parcialmente por Bujarin en el *Manual* y superada ciertamente en los escritos de 1926-1928, considerados aquí (y no superada ciertamente en nombre de la concepción lisenkiana de la "ciencia proletaria"),⁶⁵ sino a la separación, persistente, a pesar de algunas diferencias entre 1922 y 1931, entre el materialismo histórico y el materialismo dialéctico, identificado este último con el "resultado más elevado al que había llegado el pensamiento humano" en la "unidad del método científico" propuesto por la revolución de los métodos de las distintas ciencias naturales y sociales.

La contradicción considerada anteriormente entre el análisis empírico de los hechos nuevos de la reorganización capitalista en Occidente y el restablecimiento de la teoría catastrofista se reproduce en la contradicción entre la posición correcta de la relación compleja entre el modo de producción y los modos de representación teórica por un lado, y la reespeculativización del marxismo bajo la forma atrasada del materialismo filosófico, por el otro. La crítica de Gramsci, que ha puesto de relieve de manera aguda aspectos esenciales de continuidad en Bujarin, sugiere localizar en la falta de desarrollo del marxismo como ciencia de la historia y de la política la causa de la contradicción. Los elementos

⁶⁵ La relevancia de las contradicciones de la intervención de Bujarin en Londres en 1931 no es tan grande que lo convierta en un precursor de la transferencia deductiva de la canonización del marxismo-leninismo en el campo de las ciencias naturales, de acuerdo con el dogma anticientífico del *Diamat*. Se pretende únicamente poner en evidencia la agudización, después de la derrota política, de los peligros de la separación entre la estructuración metodológica y la estructuración de una crítica social de los métodos, de los resultados y de los objetivos de las ciencias. Los escritos políticos de 1926-1928 parecían anunciar una crítica de la racionalización y del uso de la ciencia y de la técnica con más argumentos de los que se encontraban en la también importante intervención de 1931. La impresión general dejada por la persistencia de la crisis desatada en 1929, más que dar razón del parentesco con la ideología de la "ciencia proletaria", puede dar razón, sin embargo, del apresuramiento con que se trata la ciencia y la tecnología de los países capitalistas (no es de la misma opinión Tagliagambe en su introducción a Huxley, *La genética soviética e la ciencia*, Milán, 1976).

anticatastrofistas y antievolucionistas del análisis social y la intensa tensión antimecanicista del esfuerzo de conciliación entre racionalización y revolución cultural, contradicen, aunque no lo gran superar, ni en la práctica ni en el desarrollo teórico, los límites heredados a una fase económico-corporativa del desarrollo de la clase obrera y del marxismo.⁶⁶

Bujarin expresa ciertamente tanto en el análisis de la nueva relación entre política y economía en Occidente, como en la investigación sobre la "acumulación socialista" un forzamiento de los límites de la ideología de la III Internacional; en dos campos llega a plantear problemas de amplio alcance teórico y estratégico que se nulifican debido a la fragilidad de su teoría de la política, ya sea en el caso de las transformaciones del estado y de su base de masa en Occidente, ya sea en el de la fusión de alianzas sociales y de la participación de masa en el desarrollo de las fuerzas productivas en una sociedad de transición.

No es casual que la derrota de Bujarin vaya acompañada del fracaso en la unificación del movimiento de liberación de los pueblos coloniales con las clases obreras de los países avanzados; y sobre todo, la separación del movimiento comunista respecto a la mayoría del proletariado occidental agudiza la deformación del experimento ruso, que de anticipo de la revolución europea se transforma en una senda a la industrialización y a la alfabetización de los países atrasados: la crisis de la solución planteada por Lenin para la cuestión de la relación entre revolución rusa y revolución mundial no deja sucesores. Bujarin desarrolla un análisis más penetrante de la racionalización y de la reorganización capitalista, pero no logra traducir las generalizaciones posteriores de los datos empíricos en una nueva teoría: siguen abiertas las contradicciones entre el análisis y el sistema.

⁶⁶ Ya en 1925, año del ataque de Bujarin a los elementos de "idealismo voluntarista" que se encontraban presentes en el Partido Italiano, Gramsci se distancia en este aspecto del teórico de la Internacional (como lo señala L. Paggi en "La teoría general del marxismo in Gramsci", en *Annali* 1973, Feltrinelli, Milán, 1974, pp. 1371-1391) en una forma más explícita en los *Quaderni del carcere* (Einaudi, 1975, bajo el cuidado de V. Gerratana, Q. II de p. 256, 1932-1933, pp. 1425-1426) y en relación con el Congreso de Londres, se critica a Bujarin por no haber corregido la tendencia de 1921-1922 a separar el materialismo histórico del materialismo dialéctico, reduciendo el primero a una sociología y el segundo a una metafísica. En cuanto a la crítica gramsciana al Manual de Bujarin de 1922, véase también, A. Zanardo, "Il Manuale di Bucharin visto dai comunisti tedeschi e da Gramsci", en *Varios autores, Study gramsciani*, Roma, 1958 y V. Gerratana, *Presentazione a la reciente edición italiana del Manual*, cit.

La versión bujariniana del *tercer periodo* proyecta en la *cualidad* del modelo de acumulación interno la posibilidad de una desestabilización del capitalismo y del imperialismo: por medio de la ubicación característica de los análisis y de las decisiones dentro de un contexto mundial es como Bujarin desarrolla el intento final de valorizar las potencialidades universales abiertas con el año 1917. Su estructuración del plan como marco de una industrialización con baja composición orgánica, que privilegia todavía la producción de bienes de consumo, pretende transformar en modelo de desarrollo económico el bloque obrero-campesino, la relación entre ciudad y campo, aun para evitar de este modo la consolidación de un nuevo estrato burocrático. La convicción de que el nuevo estado representa a la clase obrera no refuerza tanto la base técnica y la dimensión cuantitativa a cualquier costo, sino más bien, al mantener la relación de alianza y dirección y no de dominio con las masas campesinas, se une a la tesis de que la universalidad de Octubre se pone en juego en la demostración de la posibilidad de fusionar en una nueva formación social lo que el capitalismo contrapone, la producción y el consumo, la ciudad y el campo.

Sin embargo, una crítica radical del permanentismo, aunque permite volver a las temáticas de gran importancia teórica y teoricopolítica (revolución cultural, crítica de la ciencia, etc.), termina por poner más de relieve y encontrarse con graves limitaciones y antinomias del marxismo de los bolcheviques. El fracaso de Bujarin y de su intento por desarrollar un marco problemático dejado abierto por Lenin después de la derrota en Occidente constituye también una comprobación de un límite general de la relación entre marxismo y teoría política y expresa una ruptura entre la teoría y la historia real con amplísimas implicaciones.

LOS COMUNISTAS ITALIANOS Y LA CRISIS GENERAL
DEL CAPITALISMO EN LOS AÑOS VEINTE

De una manera preliminar quisiera establecer las características y poner de manifiesto las limitaciones de esta intervención. He hecho dos elecciones: ante todo he limitado el tema que se me asignó al análisis de la reflexión de dos dirigentes, Gramsci y Togliatti; en segundo lugar, dentro de este análisis he puesto el énfasis no tanto en la reconstrucción articulada de esta reflexión sino en la importancia central y en el modo en que operan algunas categorías generales, que respondan a la originalidad y también a la diferenciación dentro del marco del comunismo internacional.

Las razones de esta elección —de cuya parcialidad me doy cuenta— se deben no sólo a la necesaria brevedad de una introducción sino, todavía más específicamente, a su inserción en un discurso comenzado ya en otros seminarios por lo que las referencias específicas resultarán más claras por la relación estrecha con los temas ya desarrollados, pero sobre todo porque estoy convencido de que poner el acento en la definición y en el modo de operar de algunas categorías analíticas fundamentales —que pueden reducirse en definitiva a la acepción particular con que se presenta la dificultad teoría-movimiento— abrirá un camino más expedito a la discusión y sobre todo a los problemas políticos que se ocultan bajo estas categorías.

Entrando más a fondo en el tema, creo que para definir el modo en que se fundamenta el análisis de los comunistas italianos sobre la relación actualidad de la revolución-crisis general del capitalis-

* Nacido en 1937, es profesor de la universidad de Bari. Es autor de numerosos ensayos sobre la sociedad italiana posunitaria y sobre la historia del movimiento obrero, entre los que podemos citar *Serratil, Bordiga, Gramsci*, Bari, 1971; *Fascismo, democrazia, fronte popolare*, Bari, 1978; "Analisi e prospettive del movimento comunista internazionale in Togliatti 1926-1985", en Varios autores, *Annali Feltrinelli* 1973, Milán, 1974; "Rivoluzione passiva, fascismo e americanismo in Gramsci", en Instituto Gramsci, *Politica e storia in Gramsci*, Roma, 1977. Colabora en la revista *Rinascita* y es vicepresidente de *Studi Storici*.

mo, un punto de observación importante consiste en el debate desarrollado sobre la cuestión de la estabilización del capitalismo.

Como es sabido, durante todos los años veinte —aunque con implicaciones que los rebasan—, con esta cuestión se han medido la formación, la capacidad y madurez de los grupos dirigentes del comunismo internacional, y también la polarización dentro del grupo dirigente bolchevique y, cosa que me parece más relevante, la cuestión de la fusión entre la experiencia soviética y el movimiento revolucionario de los demás países, afectando, por lo tanto, un punto delicado pero central, que consiste en la concepción misma del proceso revolucionario.

Un elemento no secundario para subrayar la complejidad del debate es su comienzo no lineal; en efecto, si el registro formal de la mitigación de la crisis revolucionaria y del reforzamiento de la capacidad de resistencia del capitalismo se verifica en el V Ejecutivo ampliado de la ic (1925), esta evaluación se produce apenas un año después del V Congreso de la ic (1925) que había marcado un desplazamiento general a la izquierda de las orientaciones del comunismo internacional: este desfase no carece de consecuencias tanto para la definición del fenómeno como para la capacidad de adueñarse y de dominar los procesos históricos generales. Bastará con recordar únicamente las observaciones de Bujarin que en su informe en el VI Congreso hará retroceder a 1923 la fecha del registro de la estabilización o la de Togliatti que, en cambio, la fijará en 1921:¹ esta divergencia de fechas implicaba, como diré enseguida, un modo diverso de analizar el fenómeno.

Es bastante fácil identificar las implicaciones generales, y no sólo políticas, ligadas a la deflación de la estabilización relativa: el acento sobre el primer elemento de la definición significaba el reconocimiento de la posibilidad que tenía el capitalismo de superar sus propias contradicciones y ponía por lo tanto en discusión la tesis fundamental en que se basaban el análisis, la elaboración y la iniciativa misma del comunismo internacional (la actualidad de la revolución), el acento sobre el segundo elemento significaba marginar el análisis científico de la realidad, las experiencias reales con que se encontraba también el movimiento, introduciendo nuevamente en la relación con los fenómenos en operación elementos de finalismo. En la definición que da Togliatti de la estabilización prevalecen aparentemente los ele-

¹ P. Togliatti, "Intervento al VII Ejecutivo allargato dell'ic sul Rapporto Bujarin", en *Opere*, vol. II (1926-1929), Roma, Editori Riuniti, 1972, p. 96.

mentos descriptivos: "Los esfuerzos de los capitalistas por hacer prevalecer los elementos de consolidación de la economía capitalista sobre los que indican más bien su decadencia."²

Sin embargo, en esta definición escolástica y bastante general, el dato que aparece como central es el señalamiento de la naturaleza de *proceso* de la crisis del capitalismo, y Togliatti se niega constantemente a establecer la combinación entre los elementos contradictorios por medio de una tipificación esquemática (primero, segundo y tercer período) o una adjetivación discutible que bajo la apariencia de un mayor apego a la realidad expresaba, en cambio, el resurgimiento de la tendencia finalista-determinista y la dispersión del significado teórico más rico del análisis leniniano. En efecto, es explícito el juicio formulado por Togliatti en su intervención en el VI Pleno sobre el informe de Bujarin y sobre la contribución hecha por éste a la comprensión de la situación:

"El hecho más interesante en las tesis que se nos han presentado consiste, según mi opinión, en que por primera vez, desde que se discute la estabilización en la Internacional, nos encontramos ante un esfuerzo consciente y completo por analizar y evaluar no sólo la palabra, sino el hecho de la estabilización relativa del régimen capitalista; por analizar este hecho, por una parte, desde el punto de vista del valor cualitativo del fenómeno que lo constituye y, por la otra, desde el punto de vista cuantitativo, con el fin de determinar qué peso específico tienen los diversos elementos que contribuyen a crear la estabilización relativa misma."³

En el transcurso de la misma intervención, Togliatti rechazará en términos muy claros la tendencia —difundida en la IC— a registrar un fenómeno (la estabilización), rodeándolo, sin embargo, de tales y tantos adjetivos que llegaban a vaciar de sentido el mismo reconocimiento realizado. ¿Cuál es el sentido no contingente de esta evaluación de la estabilización como proceso y del rechazo del modo en que se trataba de definir, dando cabida en definitiva a criterios empíricos? Creo que se puede tener una respuesta exhaustiva si se mantiene firme la concepción del proceso revolucionario que constituye el patrimonio común de todo el nuevo grupo dirigente comunista italiano desde 1924 en adelante.

² P. Togliatti, "L'offensiva del capitale e i compiti essenziali del sindacato (1926)", en *Opere*, cit. p. 76.
³ P. Togliatti, "Intervento al VII Ejecutivo allargato sul Rapporto Bujarin", en *Opere* cit., pp. 98-99.

lante. Esta concepción está formulada en términos muy precisos y claros en el célebre escrito de 1927:

"¿Pero cómo empieza y cómo se desarrolla la revolución proletaria? La madurez del sistema capitalista no significa que la transición a la construcción del socialismo pueda y deba presentarse al mismo tiempo en todos los países. No significa tampoco que en todos los países las relaciones de producción y las relaciones de fuerza entre las diversas clases hayan llegado al mismo punto de desarrollo. Por el contrario, el desarrollo imperialista del capitalismo ha dado mayor evidencia que en el pasado a la ley de la desigualdad de la evolución económica de los diversos países. El periodo actual es un periodo de desequilibrios imprevistos y profundos entre un país y otro, de imposibilidad de reducir a la unidad todo el modo de producción. Esto hace que también la revolución sea algo muy complejo. No se trata de la repentina aparición en el mundo de un nuevo orden de cosas, sino de un largo y complicado proceso histórico, que comprende en sí hechos y periodos variados, victorias revolucionarias, derrotas y retiradas, guerras imperialistas y periodos de relativa paz, crisis agudísimas y momentos de estabilización parcial y temporal."⁴

Lo que es importante subrayar ahora es que en la concepción de la revolución mundial límpidamente formulada por Togliatti se establece en una relación precisa que no se trata de contraposición ni de identificación, entre el elemento general y dominante (definición de la fase histórica: actualidad de la revolución) y los aspectos específicos en que éste se articula; entre la unidad de un proceso histórico y su desenvolvimiento concreto. Esta relación se recupera y se verifica cada vez en su exactitud y el cumplimiento de esta tarea constituye la definición más esencial de la política, que en Togliatti no es nunca ni un fascinante diseño intelectual, ni una fuga ideológica ni empírica, sino una ciencia rigurosa, un precipitado concreto de análisis e iniciativa, de teoría y movimiento.

¿Cómo opera la combinación de estas categorías en la definición de la estabilización? Me parece que opera a través de la fuerte acentuación de dos elementos. Ante todo, en la relación establecida por Togliatti entre las crisis coyunturales y la crisis general del capitalismo, en que surge claramente como forma de aproximación el análisis político de las crisis capitalistas que

⁴ P. Togliatti, "Direttive per lo studio delle questioni russe", en *Opere* cit., pp. 187-188.

impide cualquier claudicación ante hipótesis u orientaciones catastróficas: "Pensar en una muerte por anemia del régimen capitalista —dirá Togliatti— no es marxista."⁵

En Togliatti los elementos de definición de la crisis del capitalismo se combinan estrechamente con los relativos a la estabilización y se resuelven en la individualización de dos tendencias fundamentales que tienen como objetivo común la maximización de la ganancia: la primera está encaminada a comprimir al más bajo nivel la condición de la clase obrera con diversos instrumentos, como la reducción del salario, la prolongación de la jornada laboral, la intensificación de la explotación, la sustitución del trabajo calificado por otro menos calificado; la segunda tiende, en cambio, a desarrollar la capacidad productiva, por medio de la concentración industrial y financiera, las inversiones que aumenten la productividad. Se agudiza de esta manera el desarrollo desigual del capitalismo con un continuo drenaje de recursos hacia los sectores más concentrados: entre la industria y la agricultura, entre los sectores industriales que manifiestan nuevas orientaciones productivas (electricidad y química) con un nivel más elevado de organización y los más tradicionales; a escala mundial, esta desigualdad de desarrollo se manifiesta a través de la progresiva capacidad de condicionamiento adoptada por nuevos sectores del mercado mundial (Estados Unidos) respecto a la función directiva desarrollada anteriormente por el capitalismo europeo y sobre todo por el inglés; dentro de Europa la desigualdad se presenta todavía entre Inglaterra y Alemania. Estas dos tendencias de fondo con que el capitalismo trata de responder a la crisis de la primera guerra mundial y de "estabilizarse" entran en aguda contradicción: la disminución de la capacidad de consumo de las masas, a consecuencia de la compresión salarial y al empobrecimiento debido a la expropiación masiva de capitalistas y de estratos medios (devaluación monetaria y concentración financiera), no va acompañada de una mayor capacidad de producción debida a la concentración industrial y al desarrollo de nuevos sectores productivos. Sobre esta contradicción de fondo, propia del capitalismo como sistema, surgen las transformaciones orgánicas del mercado mundial —la existencia de la Unión Soviética y la disgregación del mundo colonial— haciendo que la contradicción se vuelva insuperable. La cuestión de los mercados se convierte, entonces, en la cuestión central y se combina estrechamente con la amenaza de la guerra

⁵ P. Togliatti, "Il VII Esecutivo allargato", en *Opere cit.*, pp. 156-157.

como instrumento de solución: la actual "ya no es una crisis de sobreproducción y de subconsumo al mismo tiempo, como en la inmediata posguerra, sin embargo no es tampoco una de las acostumbradas crisis de sobreproducción del periodo anterior a la guerra, que concluía normalmente con un paso hacia adelante en el desarrollo del sistema global de la producción y del intercambio. El problema de los mercados adquiere actualmente un carácter crónico. El desnivel entre la capacidad de rendimiento del aparato productivo y el rendimiento efectivo no puede llenarse. A la contradicción del consumo, que sigue siendo uno de los elementos de la crisis, se añade un fenómeno de sobreproducción, más o menos acentuado de acuerdo con los países, y la lucha por la conquista de los mercados se hace cada vez más aguda".⁶

La crisis permanente del capitalismo y la actualidad de la revolución son dos caras de la misma moneda: las soluciones adoptadas para superar la crisis constituyan en realidad las premisas de su reproducción en términos todavía más perturbadores y radicales.

El segundo elemento que aclara todavía más toda la cuestión es el que se refiere a la individualización del fundamento de la estabilización.

El punto del que se debe partir para comprender qué es la estabilización y cuáles son sus límites, dice Togliatti en su intervención, es que "una de las condiciones [...] ha sido la victoria que el capitalismo ha logrado sobre la clase obrera, la derrota que el capitalismo logró infligir, en cierto momento de la historia, a la clase obrera".⁷

La tendencia a lanzar a la clase obrera a un aislamiento corporativo, a limitar su capacidad como sujeto público, a dispersar sus fuerzas, y a acentuar los elementos de división interna es el eje maestro de la política capitalista, el fundamento real, pero también la debilidad de la estabilización. El dato que no hay que perder de vista es, pues, la relación de fuerzas entre las clases y con esta perspectiva Togliatti interpreta la misma cuestión de la ampliación de la base material productiva, las transformaciones técnicas introducidas y el proceso de racionalización: ninguna transformación es nunca meramente económica o

⁶ P. Togliatti, "Il VII Esecutivo allargato" cit., p. 157. Se puede encontrar una estructuración análoga en una serie de otros escritos togliattianos posteriores en el tiempo: por ejemplo, en la relación sostenida en Basilea en 1928 (*ibid.*, p. 292) o en la intervención en el X Pleno (1929), (*ibid.*, pp. 730-731).

⁷ P. Togliatti, "Intervento al VII Esecutivo allargato" cit., p. 94.

técnica, sino siempre tiene una proyección social y política propia.⁸ La crítica que hace Togliatti a la orientación de Lomnadsze dirigida a escindir los elementos de innovación introducidos en el aparato productivo de la derrota de la clase obrera refleja con bastante claridad todo un planteamiento general.

La interpretación toglattiana de la estabilización tiende, pues, a considerar como prioritaria la combinación entre economía y política que la estabilización pone de manifiesto y el carácter del capitalismo como formación social global. La modificación del capitalismo (concentración, ampliación de la base productiva, innovaciones técnicas) no puede dejar de significar una intervención en el proceso global de la acumulación y en los instrumentos políticos que garantizan su permanencia. En su intervención en el VI Congreso, Togliatti hace una evaluación global positiva y favorable de la relación de Bujarin en la que presenta de manera significativa objeciones precisamente sobre los aspectos más economicistas del análisis bujariniano del que la periodización constituía el ejemplo más evidente. "Tenemos [...] la impresión de que en el proyecto de tesis que ha sido presentado, toda la parte que se refiere al desarrollo de las fuerzas de clase y el modo en que las contradicciones de la situación económica se transforman en contrastes de clase no está suficientemente desarrollado y debe desarrollarse más."⁹

El relieve crítico señalado por Togliatti sobre el desfaseamiento entre economía y política que se encuentra en el informe de Bujarin es importante por el hecho de que al desarrollar esa vinculación Togliatti llega a identificar con claridad las directrices en que opera el fenómeno global de la estabilización: o sea

⁸ "Existe una tendencia, que yo considero peligrosa, a plantear el problema de una manera demasiado limitada, a considerar la racionalización únicamente desde el punto de vista técnico, y no de su conjunto como proceso de estabilización del régimen capitalista. Esta manera demasiado limitada de plantear el problema hace que no nos entendamos bien cuando discutimos para establecer cuál debe ser nuestra actitud [...]. La solución dada por la tesis está relacionada [...] con los lineamientos tácticos que consisten en asignarle a la vanguardia comunista la tarea de unir a las masas contra la ofensiva del capital invitándolas a luchar por sus reivindicaciones inmediatas. Este es el punto fundamental" ("Intervento al VII Ejecutivo allargato" cit., p. 97). Ténganse presentes también las muy importantes observaciones desarrolladas por Togliatti sobre la función de la política para la clase obrera especularmente opuesta a la de la burguesía: unificar donde existe la tendencia a dividir y a corporativizar (véase "L'offensiva del capitale" cit., pp. 78-79).

⁹ P. Togliatti, "L'orientamento del nostro partito sulle questioni internazionali", en *Opere*, II, p. 429.

la modificación de las relaciones con las masas y la tendencia a la unificación de la burguesía. Se incorporan como elemento esencial del análisis de la estabilización las formas políticas de dominio central sobre la relación fascismo-transformación reacción de la burguesía:

"No hay duda de que en este campo la Internacional ha hecho grandes progresos. En 1921, en 1922 y en 1923, se hablaba siempre del fascismo como de una forma particular de la ofensiva del capitalismo contra la clase obrera en un momento particular y en condiciones determinadas. Actualmente hemos colocado el problema en el terreno de la transformación reaccionaria de las instituciones políticas de la burguesía y del estado burgués que se lleva a cabo simultáneamente con el desarrollo de las contradicciones objetivas del mundo capitalista [...]. Nuestra opinión es que se debe, por lo tanto, plantear en general el problema de la transformación reaccionaria de todas las instituciones políticas burguesas que se está llevando a cabo en todas partes y que es una de las características del periodo histórico actual. Pero, por lo que se refiere a la posibilidad de generalizar la experiencia del fascismo de la manera en que se ha realizado en Italia, no podemos avanzar demasiado apresuradamente ni demasiado lejos y necesitamos realizar un análisis diferenciado."¹⁰

El fascismo es, por consiguiente, la expresión específica de un proceso general; no perder de vista esta vinculación significa al mismo tiempo eludir la posibilidad de una generalización indeterminada de formas terroristas de dominio como la posibilidad de considerar que no existe un proceso reaccionario cuando éste no asume formas fascistas.¹¹

El punto fundamental es, por lo tanto, la transformación reaccionaria de la burguesía en cuanto que es la respuesta a la fase de transición que se ha abierto con la guerra mundial y la ac-

¹⁰ P. Togliatti, "L'orientamento del nostro partito" cit., p. 429.

¹¹ La alusión que hace Togliatti a la experiencia francesa es clara: "[...] cuando en 1924 se empezó a descubrir claramente la necesidad en que se encontraban las clases dirigentes en Francia de llevar a cabo una transformación reaccionaria de todas las instituciones políticas francesas, algunos compañeros del partido francés lanzaron la consigna: '¡He ahí el fascismo!' Esta misma palabra era falsa como se verifica claramente en la actualidad. En lugar de asistir al desarrollo de un movimiento fascista hemos asistido en Francia a un desplazamiento de los grupos de la burguesía y de la pequeña burguesía de izquierda y a la absorción en un bloque reaccionario. En lugar de tomar la forma de fascismo, la reacción se puso la máscara de las formaciones parlamentarias de izquierda" ("L'orientamento del nostro partito" cit., p. 430).

tualidad de la revolución constituye el instrumento con que la burguesía trata de conservar su propio dominio: como la transición define todo un periodo histórico, o sea, el periodo de desarrollo de la revolución proletaria, aun cuando se enfrenta a oleadas de reflujo del movimiento de masa, del mismo modo, y por la misma razón, esta transformación reaccionaria es un fenómeno general que existe también en donde las estructuras políticas siguen siendo las liberal-democráticas.¹² El fundamento de esta transformación reaccionaria es el objetivo y consiste en el desarrollo excepcional de la socialización de la producción (elemento esencial de la fase imperialista del capitalismo) que precisamente mientras parece dar una importancia pública al interés privado se traduce en todo lo contrario, es decir, en la privatización del interés público, relacionada con la subordinación de toda la estructura económica y social a la dirección del capitalismo financiero. La proyección política de este proceso está constituida por la "tendencia de los grupos dirigentes de la sociedad capitalista a vincularse y a unirse orgánicamente, formando un bloque de fuerzas en que se superan o atenúan los contrastes que mantenían divididos y contraponían los partidos y grupos dirigentes tradicionales de la burguesía. En este proceso desaparecen o tienden a desaparecer y a perder valor las formaciones políticas intermedias, los partidos típicos de la pequeña burguesía y de la burguesía

¹² "Esta transformación reaccionaria es una condición para el mantenimiento del dominio de clase de la burguesía y para impedir el desarrollo de la revolución proletaria. Invade todas las instituciones y todas las formas de democracia burguesa, adopta el aspecto de una crisis general de toda la superestructura del dominio de clase de la burguesía. Esta transformación se lleva a cabo, sin embargo, de diversas maneras, adopta formas diversas y es más o menos rápida, según la situación económica y política de cada país" ("Osservazioni al Progetto di programma dell'Internazionale comunista, etc.", en *Opere cit.*, pp. 453-454). Esta transformación reaccionaria desde el momento que es objetiva y profunda presenta también una dimensión ideológica: "El acento en estos aspectos ideológicos y también morales, la indicación del régimen capitalista como régimen de miseria, de violencia, de corrupción y de rebajamiento de todas las formas de actividad humana (la escuela, la prensa, el arte, la cultura) haría más poderosa la manifestación de condena que pronunciamos sobre el régimen capitalista y haría oír esta condena no sólo a los que son capaces de seguir el desarrollo de nuestro pensamiento científico, sino a las masas, para las que nuestro programa deberá tener algún valor. Lo que debemos poner más en evidencia y hacer más convincente es la demostración [...] del hecho de que la victoria de la revolución proletaria es una condición para el desarrollo ulterior de la civilidad humana y que el proletariado al luchar por su propia liberación lucha por la liberación de toda la humanidad" (*ibid.*, pp. 449-450).

media. El sistema parlamentario de gobierno se ve sacudido, por lo tanto, por crisis continuas".¹³

Apenas si vale la pena recordar —y aquí me limitaré sólo a señalarlo— que de la individualización de esta relación se derivan consecuencias de gran importancia como el análisis togliattiano del fascismo, la relación fascismo-democracia y fascismo-social-democracia, la identificación de los objetivos intermedios y por lo tanto la reflexión sobre la transición.

Para los fines del discurso que estoy tratando de estructurar, me interesa subrayar un aspecto. Los elementos de interpretación de la estabilización capitalista mencionados más arriba de manera rápida identifican un acercamiento a los procesos reales basado totalmente en la combinación entre economía y política, masa y política, que constituyen las categorías fundamentales del análisis de los comunistas italianos sobre la actualidad de la revolución. Esta concepción es el punto de llegada de una elaboración completa que tiene su origen en la experiencia excepcional del grupo del *Ordine Nuovo*. Este laboratorio analítico constituye algo único en el panorama internacional tanto por el acontecimiento ejemplar de transición de un grupo de intelectuales a dirigentes políticos, como por la originalidad de la apropiación del leninismo a través de la reflexión que se está llevando a cabo. En relación con esta experiencia —para establecer la vinculación con el discurso desarrollado hasta este momento— pretendo detenerme en dos elementos que me parecen esenciales.

El primer elemento corresponde a la perspectiva particularmente fecunda adoptada por el grupo del *Ordine Nuovo* y particularmente por Gramsci al analizar los fenómenos y comprender su dinámica, o sea, las relaciones entre la sociedad civil y el estado y más específicamente sobre las implicaciones generales relacionadas con este modo de abordar los problemas, sobre las posibilidades que le ofrece a Gramsci para superar las aporías que después de octubre de 1917 han invadido el movimiento obrero italiano y el internacional (que pueden sintetizarse en las posiciones de Bordiga y Serrati), sobre el planteamiento de grandes y esenciales problemas, como una nueva dimensión de la política, la retórica de la organización, etc. El dato, en cambio, que me parece que lo indica fuertemente es que al adoptar esta óptica Gramsci se adueña de manera original del análisis leniniano del imperialismo

¹³ P. Togliatti, "I rapporti di classe, i nostri compiti fondamentali e alcuni nostri difetti (1928)", en *Opere*, II, p. 580. De acuerdo con este criterio, Togliatti lleva a cabo un reconocimiento de la situación existente en algunos grandes países europeos (Francia e Inglaterra).

haciendo operativo un aspecto esencial, es decir, la socialización de la producción, la otra cara de la sumisión de toda la realidad social al control del capital financiero. Como es sabido, Gramsci encuentra en el protagonismo progresivo y cada vez más consciente de las masas el elemento de disolución de la organización social capitalista-liberal; casi no vale la pena señalar que ésta es la clave para la comprensión de la elaboración ordinovista, del juicio sobre la crisis constitucional del estado liberal italiano y con éste de todas las formas de organización expresadas por el movimiento sobre la base (el Partido socialista y la CGDLI) de la urgencia de identificar instrumentos de organización revolucionaria de las masas, obreras y campesinas. Me parece más oportuno, en cambio, recordar los momentos en que este dato se convierte en la base de la interpretación de la historia italiana. En las tesis sindicales presentadas en el Congreso de Roma, este tema se presenta de manera explícita y orgánica:

"La organización permanente de grandes masas, aunque éstas luchan por fines que sólo se pueden alcanzar en el campo de la producción industrial, lo único que puede hacer es determinar, en última instancia, la descomposición de los órdenes constituidos. El solo hecho de que las organizaciones sindicales surjan y se desarrollen es la demostración evidente de que la democracia burguesa y el régimen parlamentario están deteriorados hasta en sus raíces: ya que han surgido para garantizar la libertad y mejores condiciones de desarrollo de la personalidad humana que se consolida en función de la propiedad de bienes materiales y no de la personalidad que se consolida en función de la propiedad de energía física por aplicar a la producción de bienes materiales [...]. La organización sindical, embrión de un estado obrero dentro del estado burgués, puede ser tolerada sólo de manera transitoria por el régimen capitalista."¹⁴

Dos años después, en 1924, este criterio se convierte en el eje maestro para comprender toda la historia italiana posunitaria, estableciendo de este modo lo que constituirá la trama de las *Tesis de Lyon*:

"Existe una crisis de la sociedad italiana, una crisis que tiene su origen en los mismos factores que constituyen la sociedad y en sus contrastes irreductibles; existe una crisis que la guerra ha ace-

¹⁴ A. Gramsci, "Il Partito comunista e i sindacati", en *Socialismo e fascismo*, Turin, Einaudi, 1966, p. 500.

lerado, profundizado y hecho insuperable. Por una parte existe un estado que no se sostiene porque le falta la adhesión de las grandes masas y le falta una clase dirigente que sea capaz de conquistar esta adhesión; por la otra parte, hay una masa de millones de trabajadores que lentamente han ido despertando a la vida política, que piden participar activamente en ella, que quieren convertirse en la base de un 'estado' nuevo en que se encarne su voluntad. Existe, por una parte, un sistema económico que ya no logra satisfacer las necesidades elementales de la inmensa mayoría de la población, porque está construido para satisfacer los intereses particulares y exclusivistas de algunas categorías privilegiadas restringidas; existen, por otra parte, centenas de millares de trabajadores que no pueden vivir si este sistema no se modifica desde su base. Desde hace cuarenta años la sociedad italiana está buscando la forma de salir de estos dilemas."¹⁵

Casi no vale la pena recordar que la atención dirigida a comprender las formas y los modos en que se manifiesta el surgimiento de estos elementos (socialización de la producción, unificación y activación de las masas) está ligada a un análisis de las modificaciones del ser social respecto al proceso productivo y que esto vale tanto para la burguesía capitalista como para la clase obrera y para las grandes masas populares.¹⁶ Pero mucho más importante que todo esto es, en mi opinión, la consecuencia que se deriva de estos elementos de transformación. La socialización de la producción y la masificación de la sociedad contemporánea abren una contradicción nueva y aguda: constituyen la condición objetiva, relacionada con el desarrollo imperialista del capitalismo, para la crítica masiva a la separación del estado y de la política y, al mismo tiempo, crean el problema de la reproducción de esa separación, que es una de las condiciones de la subordinación de las masas. El carácter revolucionario de la fase consiste en la inadecuación de todos los instrumentos de organización, dirección y expresión dentro de los cuales se conciliaba, en el periodo anterior, la relación sociedad civil-estado.¹⁷ Estrechamente vinculada a esta evaluación está otra consecuencia decisiva, es decir la irreversibilidad de la crisis de las instituciones liberales: si el socialismo no es inevitable, lo que es obligado, de una manera u otra, para

¹⁵ A. Gramsci, *La costruzione del Partito comunista*, Turin, Einaudi, 1971, p. 40.

¹⁶ Véase A. Gramsci, *L'Ordine nuovo* (1919-1920), Turin, Einaudi, 1970, pp. 82-83. Sobre las transformaciones de las grandes masas populares, me parecen esenciales los escritos sobre la guerra y los campesinos (*ibid.*, pp. 24-25).

¹⁷ A. Gramsci, *L'Ordine nuovo* cit., pp. 97-98.

ambos protagonistas del enfrentamiento de clases es que la reconciliación no puede dejar de partir de los niveles alcanzados por las fuerzas productivas.

El segundo elemento en que quisiera detenerme rápidamente, antes de concluir, es el que corresponde a la identificación en 1921 del comienzo de la estabilización. No sólo implica una referencia explícita a las decisiones realizadas por la IC (III Congreso y orientación hacia el Frente único) o, como se ha dicho anteriormente, a la derrota política de la clase obrera como fundamento de la estabilización, sino implica también algo más global: la reconsideración de una experiencia importante que implica al grupo del *Ordine Nuovo* en sintonía con los procesos mundiales. O sea todo el patrimonio analítico ordinovista producirá todos sus frutos y será capaz de colocar a un movimiento comunista a la altura del imperialismo desplegado una vez que se resuelvan las aporías propias de la experiencia ordinovista. Se trata de un largo proceso, del que no es el caso enumerar, en este lugar, sus etapas: bastará con identificar en las agudizaciones de la diversidad entre Europa y Rusia y en la redefinición del internacionalismo los elementos esenciales del cambio. Sobre este punto quisiera ser claro: no se trata sólo de un conocimiento más consciente de la diversidad —indiscutiblemente existente— sino del hecho de que esto es posible y tiene tanta importancia en la reflexión gramsciana en cuanto que tiene en su base una adquisición teórica fundamental, es decir, la función fundamental de la política y del estado. Una formulación límpida de esta adquisición se encuentra en el célebre texto de 1926: "La observación de que en los países con un capitalismo avanzado la clase dominante posee reservas políticas y organizativas que no posee por ejemplo en Rusia. Esto significa que también las crisis económicas gravísimas no tienen repercusiones directas en el campo político. La política siempre está retrasada y muy retrasada respecto a la economía. El aparato estatal es mucho más resistente de lo que se pudiera creer a menudo, y logra organizar en los momentos de crisis fuerzas fieles al régimen más de lo que la profundidad de la crisis podría permitir suponer."¹⁸

Es una formulación límpida de una crítica radical al economicismo.

¹⁸ A. Gramsci, *La costruzione del Partito comunista cit.*, pp. 121-122.

Relacionadas con esta adquisición teórica están dos consecuencias de gran importancia: desplazamiento del centro de la reflexión desde las razones de la derrota obrera al análisis de las formas y de los métodos en que avanza la crisis del capitalismo, madura a nivel de las relaciones de producción, en una fase de reflujo revolucionario y de aislamiento de la Unión Soviética; acentuación de la concepción del proceso revolucionario desde el punto de vista de la hegemonía.

LAS CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN LOS ANÁLISIS DE LOS COMUNISTAS ITALIANOS, DESDE LA DIRECCIÓN DE GRAMSCI HASTA "EL CAMBIO DE DIRECCIÓN"

1. En este trabajo examinaré sobre todo algunos problemas posteriores a los estudiados por Franco De Felice (véase, *supra*, pp. 191-204) que se detienen en la víspera de la gran crisis, o sea en 1928. Yo partiré en cambio de 1929, haciendo notar sin embargo que el tema examinado no es el análisis del capitalismo hecho por los comunistas italianos en los años del "cambio de dirección" sino el conjunto de las consecuencias político-estratégicas a que éstos llegaron, como resulta, por ejemplo, del contenido de la polémica empezada por Terracini en 1929-1930 con los órganos dirigentes del partido, y del análisis de 1933-1934 sobre el capitalismo y fascismo que apareció en *Stato operaio*.

He tenido, en otra parte, la ocasión de observar que, a largo plazo, el cambio de rumbo de 1929 significó para el PCI por lo menos tres cosas: la restructuración de todo el grupo dirigente nacional, la injerencia profunda de la dirección estaliniana en las decisiones de la línea política y una interpretación progresivamente restrictiva del fenómeno del capitalismo de estado. Es oportuno añadir ahora otra observación: los años del cambio de rumbo representan también una ruptura radical con cualquier hipótesis de transición al socialismo, y esta ruptura, en su acepción más amplia, será confirmada de hecho aún en el periodo de los frentes populares.¹

* Profesor de Historia en la universidad de Pisa. Ha tenido a su cuidado la edición (Einaudi) de la obra de Labriola (*Scritti filosofici e politici*, 1975); publicó "La svolta del 1929. La polemica Togliatti-Bucharin", en la *Revista di Storia Contemporanea* núm. 4 de 1975 y "Crisi del capitalismo e Stato fascista nei Quaderni del carcere di Gramsci", en *Italia contemporanea* (X/XII, 1977).

¹ El artículo al que se hace referencia en el texto, "La svolta del 1929. La polemica Togliatti-Bucharin" (pp. 535-539), apareció en el núm. 4 de 1975 de la *Revista di Storia contemporanea*. Me permito señalar que una parte de los problemas discutidos aquí se han presentado también en un ensayo pu-

Mientras tanto hay que aclarar una cosa. La larga carta dirigida por Terracini al Centro exterior del partido en julio-agosto de 1930 contiene una serie de evaluaciones histórico-políticas de acuerdo con las cuales es lícito dudar de que los cambios de línea realizados por el Partido comunista de Italia en 1929-1930 puedan todavía considerarse pacíficamente como un radical cambio de rumbo de "izquierda". La conclusión a la que se puede llegar de acuerdo con las reflexiones de Terracini es, en efecto, la siguiente: el abandono por parte de la dirección del cambio de rumbo de las palabras de orden de carácter transitorio y la campaña emprendida contra la socialdemocracia tienen su origen en el error de considerar como equivalentes el capitalismo y el fascismo. A pesar de las ardorosas declaraciones de principio contra el "desviacionismo de derecha", el partido comunista deriva de esa identificación la adopción de una línea carente de desarrollo político real, no tanto por ser extremista sino por estar viciada al mismo tiempo de sectarismo y de oportunismo.

Para entender mejor el alcance de este juicio hay que reflexionar sobre el hecho de que después de la conclusión del X Pleno (otoño de 1929) es opinión cada vez más difundida de la Comintern que la crisis catastrófica del capitalismo y la creciente disponibilidad subversiva de las masas le impiden a la burguesía todo ejercicio ulterior de las libertades democráticas y, con mayor razón, su eventual restauración en aquellos lugares en que habían sido destruidas por medio del fascismo.

"En los principales países capitalistas —afirmará a su vez el Comité central del Partido comunista de Italia en septiembre de 1929—, se acumulan y maduran los elementos de una nueva situación revolucionaria aguda. En todos los países el régimen político de la burguesía, para hacer frente a esta situación, se transforma en reaccionaria y fascista, y la socialdemocracia, por su parte, siguiendo el mismo proceso, adopta una función abiertamente reaccionaria."²

Partiendo de semejantes enunciados, el movimiento comunista llegará a una primera consecuencia política: la de considerar totalmente ilusoria cualquier alianza táctica con la burguesía, después de haber votado todos sus componentes con resultados sustancialmente contrarrevolucionarios. La otra indicación, ligada

blicado en el núm. 1, de 1977, de la mencionada revista: "Il dibattito sulla transizione nel comunismo italiano degli anni Trenta".

² "A tutte le organizzazioni di Partito. A tutti i compagni", en *Lo Stato operaio* núm. 7, septiembre-octubre de 1929, p. 552; las cursivas son mías.

a la anterior, será la de tachar de oportunismo cualquier propuesta de lucha que excluya la inmediata toma del poder por parte de la clase obrera. Los objetivos transitorios de tipo democrático, lanzados ininterrumpidamente en el periodo 1924-1928, terminarán por ser acantonados, no tanto por *insostenibles* desde el punto de vista de los principios sino por objetivamente *irrealizables* a causa de la degeneración reaccionaria de la burguesía. La revolución socialista, en una palabra, más que una *posible elección* de estrategia, aparecerá de ahí en adelante como una férrea *necesidad histórica*, impuesta por las contradicciones insalvables del capitalismo y por la falta de alternativas de carácter democrático.

Como es sabido, en una reunión de fines de agosto de 1929 la Comisión política del Partido comunista de Italia decidió el retiro de la consigna de la asamblea republicana basada en los comités obreros y campesinos, firmemente solicitada por los máximos dirigentes de la Comintern durante los trabajos del X Pleno. Esta decisión no sólo marcaba el abandono de los objetivos intermedios reivindicados por el partido después del final de la hegemonía bordiguiana. Se proponía, más en general, terminar con la definición de fase "democrática" que Gramsci había dado del periodo siguiente de la llegada al poder del régimen fascista. Sobre este punto, sin embargo, hay que ser claros. Con las reflexiones emprendidas en 1924, Gramsci se había propuesto, en realidad, romper con la teoría leninista de la imposibilidad de la transición al socialismo sin una ruptura violenta del aparato estatal burgués. El problema afrontado por Gramsci era distinto y ya se había presentado en los primeros análisis de la reacción fascista: la necesidad de profundizar la relación entre sociedad y estado en el Occidente capitalista, en que la clase dominante podía no sólo contar con los instrumentos tradicionales de coerción sino también con la difusión de una ideología del consenso ligada a miles de asociaciones privadas o planteada nuevamente de manera autónoma por el sector reformista del movimiento obrero, intérprete fiel de las exigencias menos avanzadas del "estrato superior" del proletariado.⁵ "Existen en el conjunto de las masas trabajadoras —advirtió Gramsci en 1925— muchas voluntades dis-

⁵ La carta de Gramsci a Togliatti, Terracini y compañeros del 9 de febrero de 1924 está publicada actualmente en P. Togliatti, *La formazione del gruppo dirigente del Partito comunista italiano nel 1923-1924*, Roma, 1969, 2da. ed., p. 197 ["Carta a Togliatti, Tasca, Terracini y otros", en Antonio Gramsci, *Escritos políticos (1917-1933)*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 54, México, 1977].

tintas: existe una voluntad comunista, una voluntad maximalista, una voluntad reformista y una voluntad liberal."⁴

Este resquebrajamiento en los niveles de conciencia de las clases populares era un dato realista del que había que partir después de la doble derrota de 1919-1920 y de 1922, y no podía superarse de manera voluntarista, por el mismo hecho de que una gran parte había provenido del exterior. En los estados capitalistas de la "periferia", como Italia, el fenómeno de la disgregación política se encontraba, para Gramsci, presente de manera particular entre las masas campesinas, demasiado influidas por la ideología pequeñoburguesa de los "estratos intermedios" de la sociedad.⁶ Para conquistar la población de los campos para la causa del proletariado había pues que eliminar primeramente las raíces de la ideología pequeñoburguesa, que se hundían en el terreno estéril de la colaboración de clase y de la aquiescencia general con las instituciones estatales.

La existencia de sectores privilegiados del proletariado, de entes públicos y privados para la producción y difusión de la cultura, de organizaciones políticas y sindicales de carácter reformista, de diversas categorías de estratos medios constituían un conjunto de fenómenos que hacían compleja la trama de la sociedad civil en Occidente y que replanteaban en una forma nueva el problema mismo de la toma del poder, posponiéndolo en el tiempo. La conclusión a la que se llegaba ya había sido estudiada por Gramsci en la carta de febrero de 1924, en polémica con Bordiga:

"La determinación, que en Rusia era directa y lanzaba las masas a las calles, al asalto revolucionario —afirmaba—, en Europa central y occidental se complica con todas estas sobreestructuras políticas creadas por el desarrollo superior del capitalismo, hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige, por tanto, al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más complicadas y de más respiro que las que necesitaron los bolcheviques en el periodo comprendido entre marzo y noviembre de 1917."⁶

⁴ "La svolta delle masse", en *Unità*, 25 de junio de 1925; actualmente en A. Gramsci, *La costruzione del Partito comunista (1923-1926)*, Turin, 1974, 4a. ed., p. 238.

⁵ Un esame della situazione italiana, texto del informe desarrollado por Gramsci en el Comité directivo del Partido comunista del 23 de agosto de 1926, está incluido actualmente en A. Gramsci, *La costruzione del Partito comunista cit.*, p. 122.

⁶ Se hace referencia todavía a la carta de Gramsci citada en la nota 3 [p. 201].

La progresiva bolchevización del partido y la constitución de las células de fábrica eran la instrumentación interna para unificar políticamente al proletariado. En el corto plazo y a nivel de masa había que promover, en cambio, la lucha contra el fascismo y apartar a los campesinos y a amplios sectores de la clase media respecto de las organizaciones liberales y democráticas. La consigna de los comités obreros y campesinos en 1924, y la de la asamblea constituyente basada en los comités obreros y campesinos en 1925, representaban la base táctica de la nueva línea política. Claro está que la introducción de las dos fórmulas en los objetivos intermedios no significaba en realidad, para el nuevo grupo dirigente comunista, ni para Gramsci en particular, la actualización de la fase democrático-burguesa de la revolución ("El capitalismo —estaba escrito en el cuarto punto de las *Tesis de Lyon*— es el elemento predominante de la sociedad italiana y la fuerza que prevalece en la determinación del desarrollo de la misma. De este hecho fundamental se desprende la consecuencia de que no existe en Italia la posibilidad de una revolución que no sea la revolución socialista.")⁷ Estaba destinada, en cambio, a proporcionar soluciones democráticas ligadas a la desorganización política de las masas y a la crisis de las clases medias después del crimen Mateotti. Para el grupo *Ordine Nuovo* la actualidad de la revolución socialista seguía siendo, por consiguiente, un dato indiscutible, y con la toma del poder quedaban terminadas todas las luchas emprendidas en el corto plazo, incluyendo las de carácter democrático.

En agosto de 1926, Gramsci había establecido en términos muy claros las tareas que le competían al partido comunista en esta fase de transición:

"Debemos desde ahora restringir al mínimo el influjo y la organización de los partidos que pueden constituir la coalición de izquierda —decía— para hacer cada día más probable una caída revolucionaria del fascismo, en cuanto los elementos energéticos y activos de la población están de nuestra parte en el momento de la crisis. En todo caso, debemos tratar de hacer lo más breve posible el intermedio democrático, disponiendo desde ahora a nuestro favor del mayor número de condiciones favorables."⁸

Hasta la víspera del X Pleno de la Comintern, estos criterios

⁷ "La situazione italiana e i compiti del pci", tesis aprobadas por el III Congreso del pci, véase en A. Gramsci, *La costruzione del Partito comunista* cit., apéndice 1, p. 490.

⁸ *Un esame della situazione italiana* cit., p. 120.

de dirección política serán sostenidos ininterrumpidamente también por Palmiro Togliatti.

En noviembre de 1929, y en concomitancia con su requisitoria general contra Bujarin, Togliatti lleva a cabo la primera crítica radical de los objetivos transitorios. Las fuerzas políticas católicas, republicanas y reformistas, que en 1925-1926 se podían unificar aparentemente con una plataforma republicana, ahora están definitivamente del lado del fascismo. Una serie de hechos —que por otra parte ya existían en 1928—, como la inserción en el régimen fascista del grupo de Rigola, la constitución en París de la Concentración antifascista y la aceptación por parte de la CGDL de directivas de carácter revolucionario impedían proponer cualquier compromiso con las fuerzas políticas del Aventino. Para Togliatti la consigna de la Asamblea republicana carecía de vigencia histórica. Pero también era teóricamente "equivoca": por su intrínseca ambigüedad contenía desde el principio una "desviación de principio" al legitimar la tendencia a convertir esa consigna de carácter transitorio en un objetivo final. La consigna agitativa de 1925, sostiene Togliatti, "se presta, por un lado, a la interpretación del gobierno de los soviets, de la dictadura del proletariado y, por el otro, a una fase de dualismo de poder, en el que no se ha decidido de manera evidente el choque entre democracia burguesa y dictadura del proletariado".

El uso de consignas transitorias ofuscaría, por lo tanto, en lo inmediato, los "objetivos generales y finales" del partido, que son los de la revolución proletaria. Las propuestas políticas de carácter intermedio sólo tendrían una cierta legitimidad en una fase avanzada de la lucha por el poder, cuando hubiera devenido objetivamente imposible su recuperación reformista. Las masas proletarias se conquistan, por lo tanto, con reivindicaciones de carácter económico y de libertades políticas, y no contaminando "las palabras de la revolución proletaria con fórmulas de contenido pequeñoburgués".⁹

En la nueva coyuntura política lo que en realidad se pone a discusión no es únicamente la fórmula de la Asamblea republicana sino la misma posibilidad de concebir una fase de dualismo de poder que abra camino al socialismo. Eliminadas las consignas intermedias, queda, por lo tanto, sin resolver el problema en que se había concentrado el partido desde el Congreso de Lyon, de reunir en un proyecto orgánico dirigido por la clase obrera a

⁹ P. Togliatti, "A proposito di una parola d'ordine", en *Opere*, III, Roma, 1973, pp. 107-108, 109, 110.

los estratos de la clase media urbana y campesina. Con cierta ingenuidad se considera de ahí en adelante que una movilización de estos sectores con propuestas de carácter mínimo (reivindicaciones económicas inmediatas y exigencia de libertades políticas) responde, sin más, al objetivo de comprometerlos en un proceso global de lucha por el poder. Entre el cielo de los principios y los plazos de las obligaciones cotidianas se abre una brecha políticamente insalvable. El único modelo de referencia posible vuelve a ser el de 1917, que en la nueva línea de la Comintern impide desde un principio la búsqueda de cualquier hipótesis de transición.

2. Es sabido que Terracini había sido informado de la grave controversia política surgida en el seno del grupo dirigente del Partido comunista de Italia por la propia compañera Alma Lex, quien le había escrito acerca de la cuestión por sugerencia de Leonetti. Emprendida, con la colaboración de su mujer, una correspondencia clandestina con el Centro exterior del Partido comunista de Italia, Terracini manifiesta en términos muy claros su propio disenso con el cambio de dirección. El documento oficial que Terracini utiliza para sus propias argumentaciones críticas es una moción aparecida en marzo de 1930 en *Stato operaio*, donde estaban resumidas en catorce puntos las principales tesis del partido después de la conclusión de los trabajos del X Pleno de la Internacional comunista. La crisis de la economía italiana, en esa moción, no era únicamente "crónica" sino "general", y aparecía extrañamente ligada a la del mercado capitalista mundial y a la del aparato productivo estadounidense. La precipitación de la crisis haría nulos, en nuestro país, todos los intentos hechos por el régimen fascista para racionalizar el sistema económico a través de una política de obras públicas y de saneamiento. Los destinatarios activos de estas medidas y de las contribuciones financieras del estado son, en realidad, únicamente las grandes empresas industriales, bancarias y comerciales, en tanto que la pequeña y mediana burguesía aparece destinada a "la ruina". Las masas obreras y campesinas pagan de cualquier manera el precio más alto de la crisis con la reducción de los salarios, la intensificación de la explotación y el incremento de la desocupación. Este agravamiento general de las condiciones de vida agudiza, sin embargo, la voluntad de resistencia de la clase obrera que, en forma

generalizada, vuelve a emprender el camino de la lucha abierta contra el fascismo.¹⁰

Por otra parte, el nivel muy avanzado del desarrollo capitalista en Italia, el carácter concentrado de los intereses materiales de la burguesía y la "solidaridad orgánica" que el régimen fascista ha sabido crear entre la iglesia, las finanzas y el capitalismo agroindustrial, hacen que lo único históricamente actual sea la revolución socialista, que el proletariado urbano y rural llevará a cabo con sus propios aliados naturales: los campesinos pobres y los medieros.

"Por consiguiente, en la próxima situación revolucionaria, la lucha por el abatimiento del fascismo no podrá ser otra cosa que una lucha por la destrucción del régimen capitalista, una lucha por la instauración del poder de los soviets [...], del gobierno obrero y campesino como forma política del ejercicio de la dictadura del proletariado."

En este contexto, la socialdemocracia italiana, totalmente semejante a los demás partidos "socialfascistas" de la II Internacional, no sólo aparta la clase obrera de la revolución con las utopías del reformismo sino entra en connivencia directa con el fascismo incorporándose "en el régimen reaccionario de la burguesía italiana" y preparando futuros acuerdos políticos con los representantes del estado fascista. El partido comunista tiene, por lo tanto, dos objetivos prioritarios: liberar a las masas del influjo contrarrevolucionario de la socialdemocracia y desmascarar a los oportunistas que se anidan en su interior.

"Todos los que dentro de las filas del partido creen sinceramente en el advenimiento de un periodo de 'democracia burguesa' como etapa del desarrollo del movimiento revolucionario antifascista no sólo demuestran su ignorancia sobre el grado de desarrollo y las características del capitalismo imperialista italiano, sobre la unidad orgánica indisoluble entre fascismo y capitalismo, sobre el verdadero carácter de las luchas políticas que se han desarrollado en Italia desde el comienzo de la guerra imperialista mundial; no sólo demuestran que ven con pesimismo la capaci-

¹⁰ El documento del que se habla es "La situazione italiana e i compiti del pc d'Italia", aparecido en el núm. 3 de *Stato operaio* de marzo de 1930. El texto está contenido también en un apéndice del libro de U. Terracini, *Sulla svolta. Carteggio clandestino dal carcere 1930-1931-1932*, bajo el cuidado de A. Colletti, Milán, 1975, del que se han tomado las citas (p. 118).

dad de combate del proletariado italiano en tanto que consideran con optimismo la capacidad de lucha revolucionaria de la pequeña burguesía y también de algunos estratos de la gran burguesía, sino que lanzan teorías y prevén anticipadamente un aplastamiento del proletariado, en lugar de trabajar por la mejor preparación política y organizativa de sus fuerzas."¹¹

En su carta del otoño de 1930, Terracini no trata de oponerse al juicio sobre el carácter avanzado del capitalismo italiano, que además comparte, sino a la interpretación monopolista de la burguesía y al catastrofismo economicista que sirve de base a las equivocadas evaluaciones y previsiones políticas de la dirigencia del cambio de rumbo. No menosprecia el "momento muy delicado" por el que atraviesa el capitalismo internacional, pero no considera en realidad justificado enfatizar, de acuerdo con esto, los aspectos de la crisis que se derivan para Italia. Para Terracini, en efecto:

"a) la economía general italiana conserva todavía cierto margen de usura que el régimen político consiente en explotar hasta el extremo; b) la crisis italiana, por el hecho de formar parte de la crisis mundial, está destinada a aprovecharse indirectamente de cualquier recuperación y consolidación que se lleve a cabo aun en otras naciones; c) el capitalismo italiano puede contar todavía con la ayuda directa de las finanzas internacionales [...]; d) la crisis es, en parte, una consecuencia del proceso de racionalización que se está llevando a cabo, y lleva en sí misma, por lo tanto, un principio de saneamiento; e) en la agricultura, la crisis es, en parte, de sobreproducción (vino, aceite, etc.) y opera por lo tanto en sentido opuesto a su orientación general; f) la política de armamentos dará nuevamente trabajo a ciertas ramas industriales."¹²

¿Qué observaciones se pueden hacer sobre este conjunto de evaluaciones expresadas por Terracini? Brevemente, se debe recordar que la gran crisis de 1929 ciertamente no había librado a Italia, condicionada desde siempre como exportadora de mano de obra y de productos terminados, de las fluctuaciones cíclicas del mercado capitalista y de las finanzas internacionales. Baste recordar aquí, como índices significativos, la brusca caída del 12% experimentada por la producción industrial durante los años centrales de la crisis, la drástica reducción ulterior de los salarios

monetarios aproximadamente del orden del 20% (sólo marginalmente compensada por la reducción del costo de la vida) y la necesidad de desmovilización de los tres bancos más grandes (Comit. Credito italiano, Banco de Roma). Sin embargo, en confirmación de algunos señalamientos de Terracini, que corrigen la línea oficial del catastrofismo económico, hay que decir que la estabilización monetaria de 1927 había anticipado y mitigado, al mismo tiempo, los efectos de la gran crisis (tanto que el índice de la caída de la producción italiana a principios de los años treinta fue decididamente inferior al registrado en Alemania y en los Estados Unidos)¹³ y había desembocado en la consolidación a mediano plazo de la confianza del capital internacional en confrontación con el italiano (G. G. Migone ha documentado recientemente no sólo las presiones norteamericanas sobre el gobierno fascista para la estabilización de la lira sino también las relaciones privilegiadas que desde el final de 1925 establecieron los Estados Unidos con Italia, por la "certeza de las relaciones de clase" ahí existente).¹⁴ Finalmente queda demostrada por los hechos la previsión sobre el papel determinante que habría desempeñado la política de los armamentos para la superación de la crisis, en tanto que el señalamiento de que "la crisis es en parte una consecuencia del proceso de racionalización en curso y lleva por lo tanto, en sí misma, un principio de saneamiento" se sitúa en la misma perspectiva de la investigación clásica de Grifone sobre *Il capitale finanziario in Italia* y anticipa las conclusiones a que llegaron los estudios más recientes sobre la política económica del fascismo.

La sobrevaluación de la crisis económica en curso, así como de los fermentos revolucionarios existentes en el contexto social italiano, del nivel de organización alcanzado por el partido comunista y de la progresiva debilidad del aparato estatal fascista (que para Terracini, en cambio, "conserva toda su fuerza")¹⁵ constituye el objeto crítico central de la comunicación epistolar de Terracini. La última parte de sus conclusiones está centrada, en cambio, en la identificación restrictiva —recalcada varias veces en el documento examinado— entre capitalismo y fascismo, de las que

¹¹ E. Fano, "Capitale e regime: 1922-1934", en Varios autores, *Conflitti sociali e accumulazione capitalistica da Giolitti a la guerra fascista*, Roma, s/f, p. 111.

¹² G. G. Migone, "La stabilizzazione della lira: la finanza americana e Mussolini", en *Rivista di Storia contemporanea* núm. 2, abril de 1973, pp. 145-185.

¹³ "Umberto a tutti" cit., p. 535.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 119, 120, 121.

¹⁵ "Umberto a tutti", en *Sulla svolta...* cit., pp. 31-32.

proviene las mayores insuficiencias políticas del cambio de rumbo y sus aspectos decididamente oportunistas.

"La raíz de lo que considero vuestro error de previsión (la exclusión absoluta de la posibilidad democrática) —señalada con detalle por Terracini con adecuadas referencias históricas— consiste en la confusión, no sé si voluntaria o involuntaria, entre el fascismo y el capitalismo; en tanto que yo veo actualmente —como lo hemos visto en el pasado— al fascismo sólo como un instrumento del capitalismo, como un modo de gobierno de la burguesía. Esta confusión lleva, por caminos distintos y de una manera concreta, a adoptar en la actualidad la actitud que Bordiga tenía en 1922 antes del golpe de estado y en 1924 después del asesinato de Matteotti: a considerar a la burguesía en bloque, como si en su seno no existieran conflictos de intereses que se agudizan cada vez más a medida que se agrava la crisis, y que nada excluye que puedan una vez más desembocar en el campo político. Las consecuencias, en el campo de las previsiones, de este método equivocado de análisis fueron, en 1922 (primera redacción de las Tesis de Roma), la exclusión de la posibilidad de un conflicto armado entre fascismo y liberalismo; en 1924, la condena de nuestra táctica hacia el Aventino. En la actualidad la consecuencia es precisamente el desconocimiento de la verdadera naturaleza del fascismo, el confundirlo en bloque con la burguesía, la exclusión de una posibilidad de renunciar a ésta por aquél. La moción liquida este problema fundamental con un pasaje que tiene todo el aspecto de un anatema, pero que carece de toda argumentación razonada." 16

Aparte de la acusación —embarazosa pero perfectamente motivada— al centro exterior del partido de haber reexhumado las opiniones políticas de Bordiga sobre el fascismo, es sabido que en la segunda posguerra muchos otros dirigentes comunistas, a partir de Togliatti, reconocerían la falta de fundamentación de la identificación entre capitalismo y fascismo. A Terracini no hay que atribuirle sin embargo sólo el mérito de haber expresado inmediatamente estas reservas críticas suyas. Hay que reconocerle sobre todo la capacidad de haber sido el único, aun entre los dirigentes comunistas italianos posteriores, en darse cuenta de los vicios de aventurerismo y al mismo tiempo de oportunismo implícitos en aquella "errada equiparación". En efecto:

¹⁶ Ibid., p. 35.

A. La afirmación de que la legalidad democrático-burguesa es un objetivo perdedor para el partido de la clase obrera, no por motivos estratégicos sino porque supone la existencia de un terreno que históricamente ya no puede ser usado por el capitalismo, no ofrece al proletariado, según Terracini, elemento alguno para comparar en términos hegemónicos una eventual recuperación de la legalidad por parte de la burguesía. "Una vuelta a la democracia —advierte— no sería consecuente con una revolución, del mismo modo que la llegada del fascismo al poder no ha sido el efecto de la revolución."

Ante la carencia de una clase obrera organizada autónomamente y de un partido comunista radicado entre las masas es inútil esperar una transmutación de la crisis económica en crisis revolucionaria. Por consiguiente, "en lugar de lanzar el anatema contra 'aquellos que creen y hacen creer' sería mejor combatir de manera razonada a aquellos que 'trabajan por el regreso y la consolidación de un régimen democrático-burgués y no se preparan, en cambio, para su rápida superación a través de un gobierno obrero y campesino'. Esta plataforma, mientras no limitaba las posibilidades polémicas contra la socialdemocracia y el oportunismo, no inmovilizaba al partido en una profecía que, si es desmentida por los hechos, lo desautorizaba totalmente frente a las masas". 17

B. Del mismo modo, afirmar que la socialdemocracia no es enemiga del proletariado por su antigua pretensión de reformar el estado burgués sino porque *políticamente es idéntica al fascismo* deja completamente sin solución el problema de la respuesta por parte de los comunistas a un futuro programa de integración social que supuestamente puede ser presentado por los reformistas después del desmantelamiento del régimen. Sería extraño, observa Terracini, que en tanto se va produciendo, como el mismo partido lo registra, un distanciamiento progresivo entre el fascismo y algunos sectores de la pequeña y mediana burguesía, "adviniere en cambio un reacercamiento de los grupos políticos que están más ligados entre sí". "Es cierto que la democracia pequeña burguesa aventiniana y la socialdemocracia correrían en ayuda del capitalismo italiano cuando éste ya no encuentre una buena defensa en el fascismo, y se opondrían a la acción revolucionaria de la masa, luchando por la conservación del capitalismo." Pero entonces, éste y no otro es el "terreno sólido de lucha

¹⁷ Ibid., p. 36.

contra los grupos que han florecido y que ningún acontecimiento podría invalidar".¹⁸ La socialdemocracia debe combatirse por lo que realmente es y no por la imagen distorsionada que de la misma se pretende acreditar.

El discurso de Terracini pone pues al descubierto, punto por punto, las mayores carencias analíticas y los errores de perspectiva derivados de la línea de la dirigencia proclive al cambio de rumbo. Precisamente por esto aparece plenamente justificada la insistencia con que en la carta de 1930 y en otras de los años inmediatamente posteriores alude a las "ideas (omuni) de los huéspedes de Regina Coeli de 1928" y a la hipótesis compartida también por Gramsci y por Scoccimarro de un regreso de la burguesía a las reglas del juego democrático. En marzo de 1931 Terracini comunica sin términos medios que entre los grupos comunistas de las cárceles ya se ha corrido "la voz de que Antonio disiente radicalmente de la línea del partido". En realidad es "cierto" que "sobre la eventualidad del periodo de transición" Gramsci "se ha topado con los compañeros de Turi" y que este problema "es el punto central de las discusiones en todas las cárceles, ininterrumpidamente".¹⁹ No hay duda de que las informaciones de Terracini se orientan a un objetivo preciso: inducir al partido a moverse de nuevo en la perspectiva de la transición, de acuerdo con la estrategia que Gramsci había descrito en la primera mitad de los años veinte y que volvería a proponer, sobre el tema de la constituyente, en las conversaciones políticas de Turi en Bari.

3. En el estado actual de las investigaciones no son conocidas las reacciones de la dirigencia comunista italiana a las noticias precisas sobre el disenso político de Gramsci. Lo que sí es cierto es que en mayo de 1931 Togliatti le repetiría a Terracini que el partido excluía tanto una sustitución pacífica del fascismo por parte de la burguesía como el advenimiento de una "fase democrática" que debiera entenderse como una "estabilización del régimen burgués en formas que no fueran abiertamente reaccionarias". Para Togliatti, la posibilidad de que "la democracia o socialdemocracia tomara la delantera en la evolución del movimiento de masas (debido a la incapacidad política del partido) no significaría un paso adelante hacia la revolución sino una

¹⁸ *Ibid.*, pp. 37-38.

¹⁹ "Umberto al Centro", carta del 2 de marzo de 1931, *ibid.*, pp. 71-72.

derrota de la revolución y una rápida reconstitución de un régimen rígidamente reaccionario".²⁰

Un año más tarde Togliatti respondería directamente a las críticas de Terracini (e, indirectamente, al disenso de Gramsci, del que ya estaba en conocimiento) asumiendo nuevamente con amplitud las tesis del Congreso clandestino de Colonia. La política económica del fascismo es considerada como expresión de la "política del capital financiero, de la gran industria, de los agrarios". En los campos, en particular, la batalla en torno al grado y la política del saneamiento integral han favorecido por doquier la penetración del capital financiero. Este proceso de modernización del campo no es incompatible con la permanencia de sectores precapitalistas. Precisamente porque el fascismo "ha acentuado y acelerado el proceso de penetración del capitalismo en el campo" no es posible suponer la eliminación de los residuos feudales por parte de una burguesía "progresista" y de una revolución "democrática". Los sectores dinámicos del capitalismo están íntimamente combinados con las zonas de atraso y la eliminación de estas últimas "sólo puede ser obra de una revolución anticapitalista dirigida por el proletariado hacia el trastocamiento de todo el orden existente".²¹

En los últimos tiempos el fascismo se había organizado en Italia "como dictadura reaccionaria abierta y consecuente del capital". De ahí que, para Togliatti, la identificación del fascismo y capitalismo, aun cuando la expresión es "muy sumaria", exprese una tesis de acuerdo con la cual el partido ha fijado los puntos claves de su propia línea política y los presupuestos del encuentro ideológico con la socialdemocracia. El modo en que se ha ido estructurando la dictadura fascista, el carácter demasiado desarrollado del capitalismo italiano, la profunda solidaridad de clase del bloque dominante, la nueva función adoptada por el proletariado y por el antagonismo de sus luchas hacen que Togliatti considere que sin una lucha armada de masa el régimen no será eliminado nunca y que lo único que está ya "al orden del día" es la revolución socialista.²²

No es posible, pues, imaginar una "teoría de las etapas" en que clases sociales distintas se vayan sucediendo en la hegemonía del bloque político que se encamina hacia la revolución casi "por fases necesarias". Considerar "inevitable" una fase demo-

²⁰ "Ercoli a Umberto", carta del 4 de mayo de 1931, *ibid.*, p. 77.

²¹ P. Togliatti, "Note sulla questione delle prospettive nella situazione attuale", en *Opere*, III, 2, Roma, 1973, pp. 71-73.

²² *Ibid.*, pp. 75-77.

crática significaría "frenar el movimiento". Si la socialdemocracia y sus aliados debieran prevalecer entre las masas y anular la línea revolucionaria, esto no abriría las puertas a la "democracia" ("ni siquiera —explicará Togliatti— en el sentido completamente relativo que esta palabra tiene en un régimen burgués"), sino sería únicamente el preludio de una agudización extrema del conflicto de clase, "en el que los partidos democráticos y socialdemócratas tendrían una función abiertamente reaccionaria y pasarían con la mayor rapidez a ejercer de hecho la misma función de represión que ejercen actualmente los fascistas".

El único modo de combatir el influjo de la socialdemocracia entre las masas es, pues, el de fomentar un proceso de luchas por objetivos directamente socialistas (revolución agraria y constitución del gobierno de los soviets), unificando en la táctica del frente único desde la base al proletariado industrial y agrícola con los campesinos pobres.²³

Dejando aparte las interesantes indicaciones metodológicas sobre la relación entre el atraso y el desarrollo en la economía capitalista italiana, sobre los que volveremos, es difícil decir hasta qué punto Togliatti estaba realmente convencido de la exactitud de sus propios juicios y de los del partido sobre el desarrollo futuro de la lucha de clase en Italia. De cualquier manera, para tener una idea del escaso apego de estas tesis a la situación política del país y, en particular, a las relaciones de fuerzas reales existentes entre el aparato represivo del régimen y la oposición comunista, bastaría recordar que, en 1932, mientras por un lado se iba perfeccionando el proceso de transformación del fascismo en régimen reaccionario de masa, con el estado en función económicamente dinámica, por otro lado se iba destruyendo prácticamente todo el aparato ilegal del partido comunista que operaba en Italia. En un discurso de diciembre de 1933, en el Presidium de la Internacional, sería el propio Togliatti el que recordaría que "hacia la mitad de 1932 habían quedado cortados todos los vínculos entre los centros del partido y las organizaciones de base", que de los 42 comités provinciales del partido 38 habían sido destruidos por la policía, que la penetración de agentes provocadores en las filas comunistas debía considerarse sumamente elevada y que, finalmente, el mismo Comité central había tenido que comprobar, después del XII Pleno de la Comintern, el "gran primitivismo" del trabajo de organización y de los métodos de conspiración del partido.²⁴

²³ Ibid., pp. 80-85.

²⁴ "Discorso di Togliatti al Presidium dell'Internazionale comunista" (19

El hecho es que las indicaciones que provenían de aquel período del movimiento comunista internacional no eran ciertamente capaces de evitar las carencias de línea de la dirigencia comunista italiana. Se puede decir más bien que constituían una de sus causas principales. Si la lección alemana de 1933 había inducido el XIII Pleno de la Comintern a detenerse con mayor atención en la grave presencia del fascismo en Europa y a dejar la consigna de la penetración de los comunistas "en todas las organizaciones fascistas de masa",²⁵ no había servido ni para imponer nuevas formas de unidad política entre los distintos componentes del movimiento obrero ni para sugerir evaluaciones más cuidadosas, por parte de la Internacional comunista, sobre la distinta naturaleza de los regímenes burgueses existentes y sobre la necesidad de tácticas diferenciadas de intervención. De este modo, junto con la conocida definición del fascismo como "expresión de la dictadura abierta y terrorista de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero" y también como intento de "asegurar una base de masa al capital monopolista entre la pequeña burguesía", que introducía elementos de indudable novedad respecto de las deliberaciones precedentes, las tesis del XIII Pleno contenían toda una serie de juicios visiblemente infundados, pero no por eso menos difundidos entre los dirigentes comunistas de los distintos países. El hecho es que el estado mayor de la Comintern, inspirado directamente por Stalin, daba como un hecho consumado e irreversible la involución fascista a nivel mundial del sistema de dominio de la burguesía y este proceso de involución reaccionaria representaba en su línea el *pendant* político de la descomposición económica del sistema capitalista, incapaz ya de promover ulteriormente el desarrollo de las fuerzas productivas. En las tesis del XIII Pleno se sostenía, en efecto, que todas las políticas económicas emprendidas, después de la gran crisis, por las oligarquías nacionales, en lugar de garantizar una nueva fase de estabilización habían contribuido "aun más a la disgregación del mecanismo de la economía capitalista", por la fragilidad del sistema monetario, por los déficit del presupuesto estatal y por la intensificación de la crisis agraria. Y al final de esta parábola no quedaba si no "la transformación de la crisis económica en crisis revolucionaria".²⁶

de diciembre de 1933), en *Critica marxista* núm. 5, septiembre-octubre de 1970, pp. 183-185.

²⁵ *Storia dell'Internazionale comunista attraverso i documenti ufficiali*, bajo el cuidado de J. Degras, III, 1929-1943, Milán, 1975, p. 325.

²⁶ Ibid., pp. 320-322.

Sería un error considerar que estas deliberaciones eran únicamente la expresión de un grupo restringido de dirigentes, predominantemente soviéticos y alemanes, y que otros dirigentes nacionales, como los italianos, "se habían limitado a aceptar pasivamente un conjunto de directivas en que no estaban de acuerdo".²⁷ En realidad, Togliatti se detenía repetidas veces, tanto durante los trabajos del XIII Pleno como en los meses siguientes, precisamente en el "proceso de fascistización en general" en que estaban comprometidos todos los regímenes capitalistas. Téngase en cuenta, con fines explicativos, la afirmación de su primera intervención en la importante sesión de la Internacional comunista de 1933, en que se precisa que "el proceso de fascistización que se está llevando a cabo en todo el mundo capitalista, tanto en los grandes países como en los pequeños, en las metrópolis del imperialismo como en los países coloniales y semicoloniales [...] es un fenómeno que salta a la vista de cualquiera que observe la situación actual y constituye una de sus características esenciales".²⁸

Los juicios de este tipo no inducían ciertamente a Togliatti —como a muchos dirigentes de otros partidos comunistas— a identificar la New Deal con el fascismo; pero también la parcial correspondencia politicoideológica que creía encontrar en las dos experiencias distintas parece constituida sobre bases algo vagas y discutibles.²⁹

Hay un terreno decisivo, finalmente, en que se puede verificar, durante los años centrales del viraje, no sólo la estrecha relación sino también los márgenes de autonomía entre las tesis generales de la Comintern sobre el destino del capitalismo y los acuerdos de los comunistas italianos sobre las líneas tendenciales del capitalismo nacional. Este banco de pruebas está representado por el conjunto de juicios manifestados por el grupo dirigente del Partido comunista de Italia sobre la política económica del régimen fascista. Me detendré aquí para tratar de mencionar sintéticamente algunos de los puntos principales del discurso que se desarrolló, entre 1933 y 1934, en las páginas del *Stato operaio*, confirmando por ahora mis afirmaciones con algunos escritos de Ruggero Grieco, máximo responsable, en esos años, de la política comunista en Italia.

²⁷ Esta interpretación ha sido dada recientemente por Giorgio Amendola; véase G. Amendola, *Intervista sull'antifascismo*, bajo el cuidado de P. Melograni, Bari, 1976, pp. 77-81, 85-89.

²⁸ P. Togliatti, "Intervento al XIII Esecutivo allargato dell'Internazionale comunista", en *Opere*, III, 2, cit., p. 282.

²⁹ *Ibid.*, p. 288.

En pocas palabras, se puede decir que el pensamiento del grupo dirigente comunista estaba orientado de acuerdo con los siguientes lineamientos interpretativos.

A. La restructuración económica inducida por la gran crisis tiende a favorecer los procesos de concentración del capitalismo financiero y a marginar los sectores de la pequeña y mediana burguesía productiva. La parábola descendente del ciclo se interrumpe a partir de 1933, pero las condiciones de vida de las masas se agravan y no se sale del estancamiento, que sigue siendo un aspecto crónico del capitalismo.

Hay que poner de relieve la opinión de los comunistas italianos sobre el fenómeno de la extensión continua de las concentraciones económicas en el transcurso de la gran crisis. Sin embargo, ninguno de ellos lograría especificar la *diversidad de formas* que las concentraciones pueden adoptar (ya sea como acumulación ampliada, ya sea como simple centralización de capitales), ni el *significado* global que esas figuras revisten dentro del desarrollo capitalista (tanto en un caso como en el otro, el capital, en efecto, "está ininterrumpidamente en actividad").³⁰ Estos conceptos, dentro de su formulación más general, se han puesto de manifiesto en una resolución del Comité central del Partido comunista de Italia que se dio a conocer en los primeros meses de 1934, y que representa una especie de *summa* de los juicios expresados por los comunistas sobre el régimen fascista en la víspera del VII Congreso de la Internacional.³¹ La sobreposición del postulado sobre la crisis general del capitalismo respecto del análisis sobre la política económica del régimen se encuentra especialmente en la evaluación de la nueva fase económica que se abrió en Italia a partir de 1933. No se ignoraba el aumento de producción que se había registrado en los sectores de la siderurgia, de la química, de la electricidad y de la industria textil, pero tampoco se consideraba como una "señal de una nueva recuperación", ya que contenía "todos los elementos de un ulterior agravamiento de la situación económica, de la situación de los obreros y de las masas trabajadoras".³²

Las razones de esta previsión serán explicadas un poco después

³⁰ R. Banfi, "Per una analisi della elaborazione marxista sull'imperialismo", en *Rivista storica del socialismo* núm. 30, enero-abril, 1967, p. 64.

³¹ "La lotta contro lo Stato corporativo e contro la guerra, en *Lo Stato operaio* núm. 3, marzo de 1934.

³² *Ibid.*, p. 272.

por Grieco.³³ En 1932, la economía italiana había superado el punto más bajo de la crisis, pero en 1933 había empezado a nivel internacional una nueva depresión, más bien dicho una "depresión de tipo especial", como lo recordaba Stalin desde la tribuna del XVII Congreso del PCUS. En Italia, según Grieco, ya eran perceptibles los obstáculos seguros a una nueva fase de desarrollo: el aumento de la desocupación y la disminución del monto de salarios como consecuencia de la difusión en las fábricas del método Bedaux, la interrelación entre crisis industrial y crisis agraria, la persistente dificultad de encontrar capitales para la inversión y la situación precaria del comercio exterior derivada de la crisis mundial y de la competencia de otros estados.³⁴

Sería difícil sostener la falta objetiva de fundamentos de cada uno de estos puntos. La observación fundamental que hay que hacer es sin embargo distinta, esto es, que el hecho de que la aplicación mecánica al contexto italiano de la fórmula estaliniana del estancamiento crónico del capitalismo le impedirá a Grieco darse cuenta de otros importantes fenómenos contenidos en una lógica de desarrollo, como el nacimiento del IRI y la ley sobre nuevas instalaciones industriales, ambos de los primeros meses de 1933.

B. El estado interviene en los procesos económicos desde los años treinta para reducir la magnitud de la crisis y ayudar a la concentración capitalista, pero sin lograr programar a nivel nacional la actividad productiva, porque el capitalismo es estructuralmente anárquico. Planificar la economía significa, en efecto, promover una expansión equilibrada de las fuerzas productivas en beneficio de toda la colectividad, y esto sólo es posible en el socialismo.

Una vez más, el punto de partida para una interpretación restrictiva del fenómeno del capitalismo monopolista de estado debe encontrarse en los análisis de Togliatti, que no se apartan del marco politicoteórico de la *querelle* de 1929 contra Bujarin. Sin embargo, también Grieco se desenvuelve en la misma línea interpretativa. En un artículo aparecido a fines de 1934 en *Lo Stato operaio* la exigencia política de rechazar la demagogia corporativa del "tercer camino" lo lleva en efecto a excluir también la forma contradictoria de programación capitalista que se estaba realizando en nuestro país a través de entidades y administraciones públi-

³³ R. Grieco, "La marcia della crisi della economia italiana", en *Lo Stato operaio* núm. 4, abril de 1934, pp. 310-324.

³⁴ R. Grieco, "Note sull'ordinamento corporativo", en *Lo Stato operaio* núm. 12, diciembre de 1934, pp. 876-887.

cas separadas del sistema corporativo. Algunos aspectos del nuevo fenómeno no pasan desapercibidos para Grieco, pero éste no supera nunca los límites de las definiciones generalizadoras. De esta manera, por ejemplo, está consciente de que el "estado fascista representa el máximo de concentración política de las fuerzas del capital financiero, que corresponde a un punto avanzado de la concentración del capital y de la producción", y está convencido también de que la crisis económica ha acentuado el fenómeno de la socialización de la producción "junto con el drenaje del ahorro y del dinero público, acaparado por el estado y transferido por éste a la oligarquía financiera".³⁵ Pero fuera de este primer nivel de profundización del intervencionismo estatal, Grieco no logra avanzar a causa de la preocupación principal de señalar el conjunto de las medidas represivas ideadas por el fascismo para sujetar a las masas "al dominio cínico de la oligarquía financiera".

Véase cómo las opciones ideológicas oscurecen de manera preliminar toda posibilidad analítica:

"Creer que el ordenamiento corporativo —escribe Grieco— puede tener otros objetivos, y que contiene los elementos de un desarrollo progresivo de la economía, de la vida política de las masas, de la sociedad italiana, significaría negar las características de la época en que vivimos, y que es la del final del capitalismo y de la revolución proletaria; significaría negar las características del final de la estabilización y reconocer —metiéndose en el campo del fascismo— el comienzo de una nueva fase de desarrollo del capitalismo italiano. El ordenamiento corporativo ('estado corporativo') no es la organización de la economía sino es la señal de una maduración avanzada de todas las contradicciones de la economía italiana. Ciertamente, las características derivadas de la concentración y de la centralización del capital son los síntomas de una nueva civilidad que está por nacer. Ciertamente, el 'estado corporativo' es también una señal de la inminencia del nuevo orden. Pero ni el fascismo ni el corporativismo llevan al nuevo orden."³⁶

Estas palabras, organizadas dentro de una secuencia lógica de carácter deductivo, encierran, a manera de ejemplo, algunas de las orientaciones más generales manifestadas por el nuevo grupo dirigente comunista después del cambio de dirección de 1929-1930:

a) El sistema burgués no está en crisis a causa de una serie de

³⁵ *Ibid.*, p. 878.

³⁶ *Ibid.*, pp. 876, 878, 882.

fenómenos evidenciados científicamente sino porque "las características de la época en que vivimos" hacen que de una manera u otra no se pueda proponer el desarrollo ulterior del capitalismo, tanto en términos competitivos como en forma planificada. La revolución proletaria, en consecuencia, es inminente en todas partes.

b) El fascismo italiano, que expresa en forma exasperada todas las contradicciones de la fase más reciente del capitalismo, no puede evidentemente promover el desarrollo de las fuerzas productivas ni pretender planificar la economía. El estado fascista, en otras palabras, no existe ni como "tercer camino" ni como intervención programadora del capitalismo.

C. La crisis económica exige del estado un rígido control de las masas populares, en el campo sindical y a nivel ideológico-político. Para responder a la disgregación progresiva de las propias bases de masa, el fascismo intensifica el aparato coercitivo. El estado corporativo es la expresión más acabada de esta exigencia.

Sobre el tema del corporativismo, como lo recuerda el mismo Togliatti, la Comisión política del partido había sostenido, probablemente a principios de 1934, una discusión muy acalorada, en cuyo desarrollo habían surgido notorias "divergencias de opinión" entre los mayores dirigentes comunistas.³⁷ De acuerdo con los documentos publicados hasta ahora, parece algo problemático identificar los términos exactos del contraste y los sujetos que fueron sus interpretes. Ciertamente se puede decir que durante 1934 las mayores contribuciones a la profundización del corporativismo se debieron a Togliatti y a Grieco, y que mientras para el primero el aparato corporativo parecía constituir una forma compleja y moderna de "sistema totalitario", verdadero punto de apoyo del régimen a causa de su ductibilidad técnico-política, para el segundo —a pesar de apelar a las posiciones de Togliatti— parece representar sobre todo un expediente táctico para refrenar a las masas, una nueva "maniobra demagógica" que debía ser destruida mediante la clarificación y la lucha.

La "idea de la colaboración de clase, depurada del concepto de clase", recuerda Grieco, recorre toda la historia del régimen fascista, desde el Congreso sindical de Bolonia de 1922, hasta los años de la gran crisis, en que el corporativismo desemboca en la teoría del "tercer sistema" que presume unificar, en su propio seno, la iniciativa privada y el interés colectivo. Esta última versión del

³⁷ P. Togliatti se expresa así en "Corso sugli avversari", en *Opere*, III, 2, cit., p. 607.

corporativismo representa para Grieco un intento de respuesta no sólo a la crisis económica mundial sino también a los "acontecimientos sensacionales" de la planificación en la URSS y a las corrientes anticapitalistas existentes entre la pequeña burguesía urbana y entre los intelectuales. Sin embargo, el corporativismo, como organizador de la producción, no existe y "no puede existir".³⁸ A nivel económico, en efecto, su tarea real consiste únicamente en favorecer los procesos de concentración del capitalismo financiero. Más en general, el ordenamiento corporativo de 1934 nació de la necesidad de resolver el problema central del fascismo, que era el de las masas, perfeccionando "el sistema de la correa de transmisión" que une las masas al estado y que crea la figura del trabajador-soldado ante la inminencia de la guerra.³⁹

Aun cuando no podemos abordar aquí este discurso, hay que decir de todos modos que el Gramsci de los *Quaderni* sabría desarrollar una capacidad muy distinta de análisis en esos mismos años, tanto sobre la línea tendencial del capitalismo contemporáneo como sobre el problema del estado como operador y coordinador de una economía de crisis. La realidad economicopolítica del fascismo italiano —sinónimo de todo posible atraso para la dirigencia estaliniana de la III Internacional— no le impidió ciertamente a Gramsci darse cuenta de las nuevas formas de dominio de la burguesía aun en sus manifestaciones más generales y de largo plazo. Pero este resultado fue posible precisamente porque el análisis gramsciano de los mecanismos de funcionamiento del estado no se dedujo del postulado general de la crisis del capitalismo sino que se obtuvo de la observación atenta de los hechos económicos y de las teorías usadas para justificarlos. En el contexto de los años treinta, la hipótesis de una "revolución pasiva" prevista por el régimen fascista italiano representa para Gramsci el modelo "más racional y orgánico" de intervencionismo estatal en cuanto permite promover una expansión programada de la producción, manteniendo inalterado el marco politicosocial de partida. Para Gramsci, en efecto, el estado fascista, a pesar de que ahondaba sus raíces sociales entre la pequeña y mediana burguesía, no sólo cumple la importante función de unificación y de distribución del ahorro en favor del capital industrial; gracias al aparato institucional que está dado, tiene también la capacidad de ejercer, potencialmente, el control de las inversiones privadas y de afrontar, en el mediano plazo, el problema de una

³⁸ R. Grieco, "L'inganno corporativo e le posizioni del fascismo di sinistra", en *Lo Stato operaio* núm. 1, enero de 1935, p. 881.

³⁹ *Ibid.*, p. 880.

reestructuración global del sistema productivo.⁴⁰ Entre los comunistas italianos de esos años, sólo Pietro Grifone demostraría que no menospreciaba el papel propulsivo del capitalismo de estado, en tanto que dentro de la Comintern hay que remontarse a los escritos de Bujarin para encontrar una acogida a la tesis de la posibilidad de planificación de una economía capitalista.

4. Sobre las diversas posiciones teórico-políticas surgidas al principio de los años treinta dentro del grupo dirigente del Partido comunista de Italia, se pueden formular en la actualidad algunas reflexiones de carácter general. En vías de solucionarse —sobre todo después de la publicación de la correspondencia clandestina de Terracini— el equívoco de que el viraje de 1929-1930 representó una rigurosa corrección “de izquierda” de la línea llevada adelante por el Partido comunista de Italia en el periodo 1924-1928, es importante señalar, en primer lugar, que en los análisis realizados por la dirigencia proclive existen tanto algunos puntos firmes, aun cuando sean históricamente insuficientes, de la teoría marxista del estado, como una serie de indicaciones críticas relevantes sobre el fascismo y sobre las características estructurales de la lucha de clase en Italia descuidados primero, de manera parcial, por Terracini, y luego en gran medida congelados por todo el partido después de la aceptación de los frentes populares. Estas indicaciones se pueden resumir brevemente de la siguiente manera:

a) El partido del proletariado es la manifestación teórica y política del rechazo de cualquier forma de estado capitalista. La construcción de una sociedad socialista, debido al mismo antagonismo irreductible de las clases dominantes, no es posible sin la destrucción previa del sistema de gobierno elaborado por la burguesía.

b) El fascismo italiano no expresa únicamente “la unidad orgánica” de toda la burguesía. Es también el producto de un capitalismo moderno y desarrollado, en que los estratos más fuertes (los del monopolio industrial-financiero) detentan la hegemonía sobre los estratos más débiles (los de la pequeña y mediana burguesía), sin la posibilidad de una alternativa dentro del sistema o de la sustitución pacífica del mismo.

⁴⁰ Sobre la relación establecida por Gramsci entre la crisis económica y el estado fascista en los años treinta me permito remitir al lector a mi ensayo: “Crisi del capitalismo e Stato fascista nei Quaderni del carcere di Gramsci”, en *Italia contemporanea* núm. 128, fasc. III, octubre-diciembre de 1977.

c) El advenimiento de la gran crisis induce al estado capitalista a intervenir vigorosamente en la dinámica del ciclo económico, tanto con maniobras de carácter financiero como con una reglamentación que tiende a facilitar los procesos de concentración productiva. La crisis económica exige sobre todo un control político de las masas populares cada vez más elevado. El estado corporativo, fuera de toda afirmación demagógica, responde a esta exigencia básica del sistema capitalista.

d) Los sectores feudales y precapitalistas del bloque dominante, que han contribuido en gran medida a fundar el régimen fascista, están íntimamente mezclados con los sectores más dinámicos del capitalismo. La eliminación integral de la fase de atraso, por lo tanto, es posible en Italia con la realización de la revolución socialista y no con un programa orientado a corregir los daños de un capitalismo distorsionado.

Si en algunos aspectos las indicaciones teóricas constituyen un desarrollo cualitativo de la elaboración anterior del Partido comunista en Italia, en otros aspectos el viraje de 1929-1930 abre una fase totalmente nueva, caracterizada por una ruptura *irreversible*, como se dijo al principio, con *cualquier* hipótesis de transición al socialismo. Aquí me limito a enunciar la tesis siguiente: si en los años de la línea táctica “clase contra clase” la liquidación de Bujarin indujo a la Comintern a retener en lo sustancial los problemas del capitalismo monopolista de estado y a eliminar los problemas de la transición en nombre de un leninismo escolástico que supone, para todos los regímenes capitalistas de Occidente, fascistas o no, la toma del poder de acuerdo con el modelo de la revolución de octubre, después del acercamiento de la Unión Soviética a las “democracias occidentales” y simultáneamente a los procesos de “normalización” político-social llevados adelante en el primer país socialista, perdurando, a causa de esos pesados condicionamientos políticos, la incapacidad de la Internacional para darse cuenta de la nueva realidad global del capitalismo (y en particular de la nueva función del estado), los objetivos democráticos serán planteados de nuevo por las distintas centrales nacionales en una perspectiva que ya no es táctica sino *estratégica*. Respecto de los análisis anteriores sobre las líneas tendenciales de los regímenes políticos burgueses, el movimiento comunista no tendrá necesidad de hacer ninguna autocritica (aun cuando en medio nos encontremos en Italia con el análisis togliattiano sobre el “régimen reaccionario de masa”). Hasta el otoño de 1934 se sostuvo, en efecto, que el terreno democrático ya estaba *históricamente* cerrado para la burguesía y que, por consiguiente, era poli-

ticamente insostenible como base de un encuentro táctico entre el movimiento comunista y los partidos del arco reformista. La política de los frentes populares llevará todavía más lejos esta especie de objetivismo histórico: la democracia no sólo es incompatible con el capitalismo sino también es capaz de destruirlo. Por lo tanto sólo puede ser rescatada y buscada de manera coherente por el movimiento obrero, en una marcha de acercamiento progresivo al socialismo. En esencia, aunque todavía está por demostrarse, tanto la línea táctica "clase contra clase" como la política de los frentes populares eliminan la hipótesis misma de la transición: la primera porque (dada por liquidada la democracia) la considera históricamente quemada, la segunda porque (habiendo hecho suyos los objetivos democráticos) la considera políticamente restrictiva en relación con un proyecto de "alianzas nacionales".

PRESUPUESTOS Y TEMAS DE LA LUCHA DE KARL KAUTSKY CONTRA EL BOLCHEVISMO. DESARROLLO CAPITALISTA, DEMOCRACIA, SOCIALISMO

1. Después de la revolución de octubre, Karl Kautsky encontró en la lucha ideológica contra el bolchevismo el centro unificador de su propia actividad como teórico socialista. A propósito, no debemos dejarnos engañar por la multiplicidad de direcciones en que se desarrolla su investigación, ya que se puede decir que terminan por converger en el tema de la relación entre la vía bolchevique y la vía socialdemocrática al poder.

Lo que hay que poner de relieve es que al estudiar este tema dominante, Kautsky elaboró un análisis mucho más complejo del que resultaron obras como *La dictadura del proletariado* (1918) y *Terrorismo y comunismo* (1919), que constituyeron las primeras respuestas a la obra inicial del bolchevismo que se convirtió en fuerza estatal y adquirieron una notoriedad internacional debido también a las celeberrimas réplicas de las que fueron objeto por parte de Lenin y de Trotski.

Para tener un marco orgánico de la concepción que Kautsky le contrapuso al bolchevismo, es necesario remontarse ante todo al segundo libro de *Die materialistische Geschichtsauffassung* (1927) que, como dice expresamente el subtítulo, está dedicado a *El estado y el desarrollo de la humanidad*. En esta obra se encuentra el alfa y el omega, expuestas sistemáticamente, del pensamiento del Kautsky "tardío", pensamiento que es al mismo tiempo demostración de la lucha contra el bolchevismo y de una interpretación del marxismo que somete a profunda revisión la obra de sus dos maestros, Marx y Engels, a veces de una manera explícita y a veces bajo el disfraz de una "interpretación actualizada". Es por

* Nació en 1936, es profesor de la universidad de Turín. Entre sus libros se pueden mencionar *Gramsci e il problema storico della democrazia* (Turín, 1970); "Il pensiero comunista dopo Lenin", en Varios autores, *Storia delle idee politiche, economiche e sociali*, vol. VI (Turín, 1972); "Rivoluzione e conservazione nella crisi del 1919-1920", en Varios autores, *Problemi di storia dell'Internazionale comunista* (Turín, 1974); *Storia dell'età contemporanea* (Turín, 1976); *Kautsky e la rivoluzione socialista 1880-1938* (Milán, 1976).

lo tanto indispensable para entender de una manera suficientemente profunda el sustrato de la construcción teórica de la crítica kautskyana al bolchevismo recorrer sintéticamente las tesis expresadas en la obra en cuestión acerca de la naturaleza del desarrollo capitalista, la función del estado, el papel de las clases, el significado de la democracia en la sociedad industrial y las perspectivas del socialismo.

Por lo que respecta al primer punto, Kautsky elaboró un análisis del desarrollo capitalista que no sólo prescindía completamente de toda teoría del "derrumbe" sino que constituía la superación de las tesis que él mismo había elaborado en el período de la polémica antirrevisionista y que expresaban ya el rechazo de todo derrumbe mecánico del modo de producción capitalista. En 1899 más bien le había objetado a Bernstein que en Marx no se podía encontrar ninguna teoría del "derrumbe", pero con argumentos que todavía se apoyaban en la concepción de la existencia de una tendencia objetiva del capitalismo a las crisis producidas por el subconsumismo; del mismo modo, en 1922, le había replicado a Tugán-Baranovski que no era concebible que el capitalismo fuese capaz de atenuar cada vez más sus propias crisis internas, y que más bien éstas tenían la tendencia a difundirse y a profundizarse, por lo que, aun sin ir en busca de una imposibilidad económica y técnica de funcionamiento, se habría encontrado el camino cerrado por la revolución socialista. En esencia, según el Kautsky antirrevisionista, subconsumo y sobreproducción constituían cada vez más las características dominantes de la producción capitalista, con la consiguiente ampliación de la rebelión de las masas trabajadoras. El Kautsky que en los años de la primera guerra mundial previó la posibilidad de una fase "ultra-imperialista" del capitalismo era el Kautsky que había sentado de manera definitiva las premisas del análisis que encontramos sistematizado en la obra de 1927. Ya había llegado a una concepción del desarrollo capitalista, que aun sin aclararlo explícitamente, tenía a sus espaldas precisamente los resultados de Tugán-Baranovski y sus obras como los *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra* (1894) y los *Fundamentos teóricos del marxismo*, en que se sostenía, en pocas palabras, que el capitalismo habría podido muy bien alcanzar un grado de autorregulación capaz de superar las causas de las crisis (debidas a las "desproporciones" entre los diversos ramos de la producción) alcanzando una etapa de "proporciones" en la política de las inversiones y de equilibrio entre oferta y demanda. Del mismo modo que Hilferding, también Kautsky pensaba ya que al no tener el "capitalismo orga-

nizado" ninguna imposibilidad de funcionamiento económico, para los socialistas la cuestión consistía en obtener con medios políticos, es decir a través de la lucha victoriosa del proletariado, la capacidad de intervenir en la esfera de la distribución. Para obtener semejante resultado se hacía necesario, sin embargo, conquistar el estado, arrebatarle al uso privado la máquina productiva (socialización), crear las instituciones de una democracia socialista, necesarias para darle a la programación económica la salida social. El capitalismo, una vez llegado a la etapa en que domina la gran sociedad por acciones, ha puesto de manifiesto en todo su alcance la crisis de la antigua dirección empresarial: lo que se requiere es un cambio de rumbo político.

"Ahora —escribe Kautsky— el desarrollo del modo de producción capitalista se encamina a través de la concentración y la centralización de los capitales, en una dirección que, ya hoy, gracias a las sociedades por acciones y a las uniones empresariales, hace cada vez más superflua la persona del empresario. Éstas restringen cada vez más el espacio de la tan mentada iniciativa del individuo y sustituyen cada vez más la competencia y la especulación de los distintos empresarios por una regulación y organización estables no sólo de la producción sino también del mercado de toda la industria. La regulación podría adoptar inmediatamente de toda la industria. La regulación podría adoptar inmediatamente un carácter socialista, en el momento en que se orientara no al objetivo de la ganancia privada sino a cubrir las necesidades sociales."¹

De ahí una conclusión que muestra, de la manera más evidente, la relación establecida por Kautsky entre el desarrollo (y no el "derrumbe") del capitalismo, por un lado, y la lucha por el socialismo, por el otro:

"A medida que prospera la producción capitalista se hacen más favorables las perspectivas del régimen socialista que tome el lugar del capitalista. Todo esto resulta paradójico a los ojos de los que presumen que el socialismo está fundamentado en el "derrumbe", en la "desorganización", en el "fracaso" del capitalismo. No está en oposición con la concepción que no espera la victoria del socialismo de la decadencia económica del capitalismo sino del ascenso moral, intelectual y político y de la consolidación del proletariado."²

¹ K. Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung*, vol. II, Berlín, 1927, p. 587.

² *Ibid.* p. 591.

No es preciso entender, a esta altura, el discurso de Kautsky en términos demasiado simplificados, como si sobrentendiese un capitalismo sin crisis, que ha alcanzado su ritmo en el camino de una especie de "armonía" prestablecida de carácter económico. Kautsky piensa más bien en que la propiedad no social de los medios de producción implica inevitablemente momentos de crisis, aun amplia, precisamente porque la búsqueda de ganancia y la constitución de reductos de privilegio producen inevitablemente tensiones sociales, conflictos de clase, la tendencia a desequilibrar la relación entre oferta y demanda, la tendencia a una política de inversiones que refleja la finalidad no social de la producción y del consumo. Lo que niega es que semejantes rasgos connaturales al modo de producción capitalista sean de tal naturaleza que hagan imposible la corrección de los efectos de las crisis; en una palabra, que las crisis constituyan la base necesaria del socialismo, visto como única posibilidad de resolver ulteriormente la exigencia de la satisfacción de las necesidades (tal como piensan los comunistas).

Después de haber llegado a una concepción semejante, ¿a qué le confía Kautsky las perspectivas del socialismo? Identifica raíz de la lucha socialista orientada a la conquista del estado y de la socialización con el hecho de que el capitalismo no puede eliminar la base fundamental de esta misma lucha: la explotación de los asalariados. Para él éste es el motor ineliminable de los contrastes de clase, y lo que impulsa incesantemente al proletariado a la autonomía organizativa. La tarea de los socialistas consiste en darle al movimiento obrero la conciencia de que sólo el socialismo puede permitir transformar en "orden" social la defensa que los proletarios están organizando ya, desde el interior del capitalismo, de manera colectiva ante la explotación capitalista. Hay que señalar que Kautsky no cree en la posibilidad de que el capital "integre" la clase obrera, subordinándola de manera definitiva. Semejante integración puede llevarse a cabo, pero transitoriamente, ya que, en su opinión, en la sociedad industrial avanzada la democracia política (considerada por él como una necesidad imposible de eliminar) es traducida constantemente por el proletariado en una lucha contra la explotación, convirtiéndose de este modo en base de la educación socialista. Por esto puede concluir que el crecimiento de la democracia y la elevación del nivel de vida de las masas trabajadoras, cuyos intereses expresan los intereses "generales" contra los "privados", no mitigan los contrastes de clase, y más bien no pueden mitigarlos precisamente porque el efecto general de la democracia consiste en volver el proyecto de la "so-

cialidad" contra el particularismo capitalista. De ahí que "las contradicciones se agudicen cada vez más".³ La concentración capitalista tiene un doble efecto: por un lado, moderniza la economía y crea las bases materiales para el socialismo; pero, por el otro, no "democratiza" enteramente el capitalismo mismo, haciendo crecer la aspiración de las masas por el socialismo.⁴

Las grandes reformas cuando se las considera en la historia no resultan nunca ser fruto de un plan capitalista de integración de la clase proletaria y en general de los trabajadores; han sido y siguen siendo un producto de la lucha de clase. Los que se oponen a las reformas porque temen que puedan deprimir políticamente al proletariado no saben, según Kautsky, interpretar la historia real. Ciertamente, si se llegara a probar (cosa que, sin embargo, considera imposible) que las reformas tienen un efecto de integración más que de potenciamiento de la lucha de los trabajadores, entonces la causa del socialismo sería irremediamente perdedora; y de nada serviría ilusionarse con la existencia de un camino artificiosamente revolucionario. He aquí como expone Kautsky la cuestión:

"Las perspectivas del socialismo no dependen de la posibilidad o necesidad de un futuro derrumbe o de una futura decadencia del capitalismo sino más bien de las expectativas, que debemos albergar, de que el proletariado se refuerce suficientemente, de que las fuerzas productivas crezcan adecuadamente, de manera que proporcionen abundantes medios para la satisfacción de las necesidades de las masas populares, y de que las fuerzas productivas adopten formas que faciliten la organización social de su empleo; de que se desarrollen, finalmente, en las masas trabajadoras el saber y la conciencia económicos necesarios para garantizar un empleo fructífero de estas fuerzas productivas por parte de ellos mismos: éstas son las premisas de la producción socialista [...]. Si las reformas sociales, o como piensan algunos, los derechos democráticos, vale decir las condiciones imprescindibles del ascenso de la clase obrera, mitigaran efectivamente los contrastes de clase, entonces la causa del socialismo sería una causa perdida."⁵

Del mismo modo, Kautsky considera totalmente erróneas las posiciones de los que sostienen que la democracia política puede, como las reformas, constituir un elemento que debilite la tarea de la transformación socialista. Aun en un régimen burgués, sos-

³ Ibid., p. 577.

⁴ Ibid., p. 576.

⁵ Ibid., p. 563.

tiene Kautsky, la democracia no es una concesión de la burguesía sino el producto de la lucha histórica del proletariado. La burguesía, por su parte, se ha instalado en las fronteras del liberalismo y de un parlamentarismo con sufragio restringido; la llegada de la democracia política, con sus correspondientes libertades políticas y civiles, entre las que sobresalen el sufragio universal y el derecho de organización sindical, no han sido concesiones sino conquistas de las masas trabajadoras. Estas conquistas ciertamente se han convertido, posteriormente, en el instrumento orgánico con que las clases rigen sus relaciones, en un periodo histórico marcado ya por la imposibilidad de que la burguesía despoje políticamente y de manera permanente a las masas trabajadoras. Hay que concluir que si la democracia se ha convertido, por iniciativa de las masas, en una característica de la sociedad capitalista evolucionada, sin la que el proletariado no puede organizar su propia existencia autónoma, tiene un valor mucho mayor en la fase de transición al socialismo.

Es importante señalar que para Kautsky la democracia no es únicamente el instrumento con que las clases pueden enfrentarse entre sí en un modo, por así decirlo, "civilizado", sino que es igualmente el instrumento por excelencia con que la sociedad compleja puede conocerse a sí misma y por lo tanto establecer normas que la rijan. También en este sentido la democracia se presenta como un presupuesto indispensable de la socialización y de la programación. Ya que el socialismo, en su opinión, no puede construirse sin una disponibilidad probada de las masas trabajadoras, sólo las técnicas de la democracia política, que permiten la expresión del disenso, son capaces de dar un fundamento a una sociedad que requiere la participación de las grandes masas.

Establecidas estas premisas, se puede comprender que Kautsky considere tanto al fascismo como al bolchevismo como fenómenos "perturbadores" de la marcha democrática hacia el socialismo: uno como expresión de la realización capitalista, y el otro como expresión de una ruptura de las relaciones necesarias entre la madurez económica del capitalismo y la transformación socialista y, por lo tanto, la caída en una concepción premarxiana de la revolución, del papel del proletariado y de las técnicas de la administración del poder. Convencido al mismo tiempo de que ninguna fuerza habría podido deprimir políticamente por mucho tiempo a las masas trabajadoras, consideraba al fascismo y al bolchevismo como "paréntesis" necesarios.

2. El propósito manifiesto de Kautsky en *Die materialistische Geschichtsauffassung* es el de desarrollar el marxismo; pero el modo en que Kautsky lo desarrolla es de tal naturaleza que echa mano de una revisión del marxismo mismo que encuentra su coherencia en el propósito general de quitarle al pensamiento de Marx y de Engels todo lo que había sobrevivido en él de "utopismo". Este revisionismo se refiere a los siguientes puntos fundamentales: la teoría de la crisis "final" del capitalismo, la "ruptura" de la máquina estatal, el autogobierno, el final de la división del trabajo y la "extinción" del estado.

Acerca del primer punto, ya se vio que Kautsky resolvió el problema con anterioridad, negando que en el marxismo se pudiese encontrar una teoría del derrumbe. Examinemos ahora en forma específica cómo afronta Kautsky la cuestión en la obra de 1927. Marx —dice él—, en *El capital*, sostiene por un lado que la sucesión alternativa de prosperidad y crisis constituye "el proceso vital típico de la industria moderna", con argumentos que en realidad no permiten concluir que sea imposible la supervivencia del capitalismo "por motivos meramente económicos"; por otro lado, en contraste con esta posición, concluye, al término de su análisis sobre las tendencias históricas de la acumulación capitalista, que el capital monopolista se convierte en obstáculo de orden económico para la continuación ulterior del modo de producción capitalista. Sin embargo, Marx no da en realidad ningún fundamento científico a esta última conclusión. Lo que se puede deducir en cambio del análisis científico de *El capital* mismo es ciertamente el concepto de crisis, mas no la imposibilidad de superar las crisis con medios económicos.

"[En *El capital*] las crisis se consideran provenientes de la circunstancia de que el proceso regular de la producción requiere la observancia de la justa proporcionalidad y de la justa relación entre la producción de los medios de producción y la de los medios de consumo, como también la proporcionalidad dentro de los distintos ramos de la producción. Los elementos perturbadores de esta proporcionalidad se manifiestan periódicamente y de manera inevitable a través del carácter anárquico de la producción capitalista de mercancías y adoptan el carácter de crisis. Pero en ningún lugar aparece que semejantes crisis estén destinadas a adoptar finalmente el carácter que haga imposible el proceso de producción en forma capitalista."

* Ibid., p. 534.

De todo esto y del hecho de que ahora el capitalismo, en la fase más evolucionada, aun sin evitar las crisis, ya era capaz de afrontar con los medios más avanzados el aspecto de la proporcionalidad, deducía que el rebasamiento del modo de producción capitalista tenía, en último análisis, bases sobre todo políticas.

Por lo que respecta al estado, ya desde *La revolución del proletariado* (1922) Kautsky había echado mano con precisión a la revisión del pensamiento de Marx sobre el "estado del futuro" y sobre la dictadura del proletariado. La abolición de la superación de los poderes era para él un error que, si se llevaba a la práctica, no conducía, como lo demostraba el ejemplo bolchevique, a una mayor democracia sino a un despotismo incontrolable en manos de una minoría. De este modo la lucha contra la burocracia tenía un alto valor si estaba dirigida contra el poder arbitrario de la misma; pero si estaba orientada a la eliminación de la burocracia misma adquiriría un carácter totalmente irracional.

La forma adecuada para someter la burocracia al control era la república democrática, única forma que podía constituir la base de la lucha socialista y de la transformación posterior del estado liberal. En la obra de 1927, Kautsky reanuda este discurso, vinculándolo con el que trata del autogobierno, que se denuncia también como una utopía, si se entiende en sentido literal. "Es un error suponer que la democracia consiste en la abolición de la burocracia", señala Kautsky. Las empresas, los sindicatos, los partidos políticos, las cooperativas, no pueden prescindir de los funcionarios especializados. "La burocracia en cuanto tal no es un mal" sino su "poder extraordinario", su tendencia a convertirse en un centro incontrolado. Los instrumentos para el control son los organismos de la democracia: la libertad de prensa, la lucha de los partidos políticos, el parlamento, gracias a los cuales es posible reducir la burocracia a un instrumento operativo de carácter técnico. "En el estado democrático la burocracia estatal cambia su propio carácter" en relación con el que tiene en los estados no democráticos, "pero no deja de ninguna manera de existir". El ideal de la abolición de la burocracia es un aspecto del ideal del autogobierno por parte de las masas. El hecho es que, según Kautsky, el autogobierno tomado al pie de la letra haría imposible el funcionamiento, de acuerdo con los esquemas de racionalidad del estado, de las empresas, de los partidos, etc., ya que impediría su existencia en el tiempo y su misma constitución. Por lo tanto no se puede hablar en sentido propio de la "democracia estatal como de autogobierno del estado a través del pueblo en su totalidad (ya que) no puede ni existir ni realizarse por sí mismo."

Este tiene necesidad de sus propios órganos para la realización de los asuntos concernientes a la administración de sus organizaciones. Tiene necesidad, sobre todo, de la más poderosa de sus organizaciones: del estado. En lugar de autogobierno es mejor hablar de autodecisión del pueblo".

Los instrumentos de autodecisión son, en efecto, los instrumentos de la democracia política.⁷

Vinculada con la cuestión de la supresión o no de la burocracia está la del final o no de la división del trabajo. También aquí Kautsky "interpreta" el pensamiento de Marx de tal manera que amputa las puntas "utopistas" y lo hace compatible con lo que se podría llamar racionalismo institucional. "La clase obrera —señala— no debe confundirse con la profesión, que es una consecuencia natural de la división del trabajo en la sociedad" y del progreso técnico-científico.⁸ Reduciendo la existencia de las clases a la propiedad de los medios de producción con sus múltiples efectos correspondientes, Kautsky sostiene más bien que la abolición de las clases mismas cesará con el socialismo; pero se rehúsa a creer que la llegada de este último conlleve el final de la división del trabajo y de las profesiones. Tanto la una como las otras cambiarán profundamente en relación con las técnicas productivas, administrativas y de organización científica; pero no pueden desaparecer.

"[...] Tenemos todos los motivos —sostiene a este propósito— para suponer que vamos al encuentro de una condición en que desaparecerá toda explotación y con ella todas las crisis. Pero en cuanto a las profesiones las cosas son muy distintas. Estas son el producto del progreso técnico y de la división del trabajo; y se hacen más numerosas a medida que la sociedad se desarrolla y se hace más compleja. Abolir la división de las profesiones significaría disolver todo el conocimiento y el poder adquiridos por la sociedad, dar lugar a algo insensato y sin perspectivas. El mismo esfuerzo por disminuir el número de las profesiones sería tan reaccionario como privado de posibilidades de éxito. Ciertamente algunas profesiones resultarán superfluas en el transcurso del progreso técnico. Pero sólo en el sentido de que otras tomarán su lugar."

¿Qué hacer con lo afirmado por Marx y Engels en *La ideología alemana* y en el *Anti-Dühring*, donde se afirma que en la sociedad liberada de la alienación desaparecerá la división del tra-

⁷ Ibid., pp. 459-461.

⁸ Ibid., p. 19.

bajo? Kautsky, por un lado, trata de "rescatar" el discurso afirmando que significa que deberá desaparecer la vieja división del trabajo y, por el otro lado, sin embargo, pone en evidencia que, si se toma al pie de la letra, también aquí serviría de base únicamente para un irracionalismo utópico. ¿Cómo debe explicarse el carácter radical de las afirmaciones de Marx y Engels? Kautsky habla, a este propósito, de una "representación incompleta de la división del trabajo y de un fuerte influjo por parte de los utopistas en el imaginar la futura sociedad comunista".⁹

Del mismo modo, y nos encontramos en la conclusión de la trayectoria revisionista, Kautsky niega que la sociedad sin clases pueda configurarse como una sociedad sin estado. El estado no sólo es el instrumento de dominio de clase: es también el instrumento que generalmente la sociedad se da a sí misma para dominar los impulsos particularistas existentes en su seno, que no son fruto únicamente de la división en clases. La abolición de las clases le quita al estado su carácter opresor pero no le puede quitar el carácter regulador. También en este caso Kautsky sugiere la interpretación en que la abolición del estado se vea, en el pensamiento de Marx y Engels, como un modo —poco atento a las cuestiones terminológicas— de afirmar no la necesidad de la desaparición del estado sino de su función clasista. En el caso contrario de que nos apegáramos a la letra, entonces nos encontraríamos nuevamente frente a una caída en la "utopía".

"Podríamos —señala Kautsky— cuestionar la terminología. Marx y Engels suponen que el estado desaparece después de la abolición de las clases; no obstante, el problema de la terminología no tenía suficiente importancia, según ellos, para acuñar una expresión particular capaz de designar la organización que debe tomar el lugar del estado. Pero si tenemos que hablar de esta nueva organización, debemos señalarla con una palabra específica. Tal vez respondería mejor a este objetivo seguir manteniendo el término estado explicando que con esto no se trata de hacer desaparecer el aparato estatal actual sino de distinguir por medio de una expresión particular, como *estado obrero* o *estado social*, al estado del futuro respecto del actual."

Que es lo mismo que decir que el nuevo estado se apoya en una "democracia sin clases".¹⁰

⁹ *Ibid.*, pp. 31-33.

¹⁰ *Ibid.*, p. 612.

3. Se han bosquejado las perspectivas teóricas kautskianas mencionadas más arriba, sirviéndonos de la "sistemática" contenida en la síntesis de 1927 concerniente a la concepción materialista de la historia de acuerdo con una serie analítica dispuesta, por así decirlo, en sentido horizontal. Es oportuno recorrer ahora en sentido vertical —siguiendo el curso histórico— las principales fases de la actividad teórica de Kautsky. Organizaremos la exposición alrededor de los siguientes puntos esenciales: el juicio sobre el desarrollo capitalista; la propuesta estratégica sobre el "camino al poder"; el juicio sobre el bolchevismo durante la revolución de octubre y después de la misma; el juicio sobre el fascismo.

Es sabido que Kautsky, al juzgar las perspectivas del capitalismo en relación con los efectos y el significado de la primera guerra mundial, rechaza la interpretación de que la guerra constituía la "prueba" del fracaso del capitalismo y la base de la revolución internacional "heredera-enterradora" de la vieja sociedad. El análisis con que rechaza esta interpretación puede presentarse de este modo en forma sintética y esquemática: los que consideran la guerra como demostración del fracaso definitivo del capitalismo sostienen que ésta es producto de un sistema que ya está dominado por un capitalismo financiero que sólo puede manifestarse a través de los conflictos interimperialistas; que estos conflictos representan la última fase del capitalismo, y que, por consiguiente, sólo el socialismo puede constituir la trama productiva. Por el contrario, Kautsky considera la guerra mundial más bien como la expresión del imperialismo, pero el imperialismo no es necesariamente la última fase del capitalismo ni su única manifestación. El imperialismo, como expresión de los intereses más retrógrados del capitalismo financiero proteccionista junto con las esferas militaristas, es una de las posibles políticas del capitalismo. Se puede suponer la perspectiva de una fase ulterior del desarrollo capitalista que dé origen a un sistema "ultraimperialista" basado en la compenetración internacional de los centros de poder capitalistas, en la libertad comercial y en la "programación" multinacional.

Además, la guerra no tiene su centro en el corazón del capitalismo internacional sino más bien en una Europa que está viviendo un período de decadencia. El centro del capitalismo se ha desplazado a los Estados Unidos, que serán los verdaderos vencedores del conflicto mundial y a los cuales les corresponderá una posición dominante en la reconstrucción de Europa y la dirección del sistema capitalista internacional. En esencia, el imperialismo, en caso de que los países capitalistas no sean capaces, debido a las

limitaciones políticas, de superar la fase imperialista misma, puede ser la última fase del capitalismo; pero no lo son necesariamente porque no se oponen a una fase nueva, la "ultraimperialista", motivos de orden estrictamente económico. La esencia del "ultraimperialismo" está constituida, según él, por la transición del capitalismo a lo que se puede definir como la plena madurez.

"Desde el punto de vista meramente económico —observa Kautsky en 1914—, no se excluye, por lo tanto, que el capitalismo viva todavía una nueva fase, es decir, la transición de la política de los cárteles a la esfera de la política exterior, una fase de ultraimperialismo que naturalmente debemos combatir con la misma energía que combatimos el imperialismo, cuya peligrosidad se manifestaría en una dirección distinta del rearme mundial y de la amenaza a la paz mundial."¹¹

¿Qué hacer, pues, ante una perspectiva marcada tanto por la posibilidad de una caída definitiva del capitalismo en el imperialismo como de una superación del imperialismo en dirección de una nueva reestructuración internacional del mismo? La actitud que Kautsky le sugiere al proletariado es la de la reconstrucción de la Internacional basada en la unidad, en la defensa de la democracia, en la lucha por la democratización de las instituciones estatales. Sólo apoyándose en la base de la unidad y de la lucha por la democracia, el proletariado puede, en su opinión, hacer frente al desarrollo plurivalente del capitalismo. Si el predominio del imperialismo y de su política militarista conlleva una reacción política contra el movimiento obrero no quedará otra alternativa que la de luchar por la defensa de la democracia o, en caso extremo, por la reconquista de la misma. Lo que Kautsky no considera posible es el rebasamiento del sistema capitalista por medio de la guerra civil, pues está convencido de que los efectos de la guerra civil en los países con una elevada industrialización son dobles: la ruina del aparato productivo y, en consecuencia, un debilitamiento del proletariado como clase, que juega invariablemente en favor de la reacción capitalista.

Veremos cómo Kautsky hizo frente a la crisis de la posguerra en Alemania y con qué medidas políticas y económicas propuso hacer frente a la crisis misma. Téngase presente, por ahora, que la línea a la que se apegó constantemente estuvo marcada por la

¹¹ K. Kautsky, "Der Imperialismus", en *Die Neue Zeit*, 1913-1914, vol. II, p. 921.

tesis de que el proletariado debía evitar, con su acción, poner en mayores dificultades la recuperación productiva. Esta recuperación le pareció asegurada por la estabilización capitalista que comenzó en 1924 y duró hasta 1928, siguiendo el ciclo del excepcional desarrollo capitalista de los Estados Unidos y de las repercusiones que tuvo en general en Europa y en particular en Alemania. Eran los años del "espíritu de Locarno", de Stresemann, Briand y de Kellog. La tarea de los socialistas estaba clara: reforzar el área de su propio consenso, convertirse en portavoces de una "racionalidad" económica y social más elevada, rechazar las decisiones capitalistas a la luz del proyecto socialista democrático. Pero, ¿cómo hizo frente al viejo huracán teórico desatado en la economía y en la política mundial con el crack de Wall Street?

Kautsky hizo frente a la crisis desatada en 1929 reforzando su tesis de que una crisis tan profunda no podía de ningún modo constituir el fundamento de un régimen socialista, en dura polémica con las posiciones de los comunistas alemanes y de la III Internacional. La revolución, aunque hubiera sido posible, habría provocado una bancarrota más catastrófica y en todo caso habría abierto el camino a la contrarrevolución, habría llevado a la guerra civil y al final de toda democracia. Advirtió al movimiento obrero que no se dejara llevar por el vórtice de divisiones que habrían hecho el juego a los reaccionarios, acusó a los comunistas y nacional-socialistas de ser los enterradores de la república y del sistema democrático. En todo caso, negó que, desde el punto de vista económico, la crisis debiera marcar el final del capitalismo. Por más prolongada y amplia que fuera, cedería su lugar a la recuperación productiva. Lo que debían hacer los socialistas era defender durante la crisis las libertades democráticas, para que aquella no se convirtiera en la tumba de éstas, preparándose para utilizar políticamente los efectos de la crisis económica. La recuperación productiva habría podido ser testigo de la conquista del estado por parte del proletariado.

"De acuerdo con el análisis económico marxista sabemos que son inevitables las crisis periódicas, que a toda época de prosperidad le sigue indefectiblemente una era de estancamiento y de desocupación acompañadas por una miseria espantosa. Pero también sabemos que esta situación no es de ninguna manera eterna sino que debe seguir una nueva era de impulso a la producción. Y nada nos autoriza a pensar que será de otra manera. En realidad, la crisis puede durar largo tiempo, ya que no sólo ha llevado a un estado de asfixia a la industria sino que ha frenado también

la agricultura. Esto mismo sucedió con la crisis que después de 1873 paralizó a Europa y duró muy largo tiempo [...]. A pesar de esto es completamente posible que la crisis llegue a superarse en corto tiempo. Lo que puede apresurarse en la medida en que los estados sepan entenderse y superar las divisiones políticas y económicas [...]. Cualquiera que sea su punto de arranque, es inevitable la llegada de una nueva fase de prosperidad. Del mismo modo es inevitable también un crecimiento poderoso de la fuerza política y económica del proletariado de los grandes países industriales. La situación de equilibrio entre las clases, que actualmente existe en estos países, terminará y será sustituida por una supremacía, que crecerá rápidamente, del proletariado. Cosa que se facilitará más por el hecho de que junto con la desocupación masiva desaparece la causa principal de su división. Y esto le hará ganar por sí sólo el poder gubernamental [...]. En la actualidad no nos encontramos en condiciones de poder hacer frente a la crisis con medidas socialistas. Pero tenemos todos los motivos para esperar que la próxima prosperidad dé comienzo a una era de bienestar duradero, de seguridad duradera y de una adaptación rápida y progresiva del proceso productivo a las necesidades de las clases trabajadoras, una era que deberemos definir como la de la revolución proletaria." 12

4. En 1917, Kautsky había tomado parte en la fundación del USPD, el partido nacido de la división de la SPD, basada en la oposición de una parte de la socialdemocracia alemana a la política activamente filoimperialista seguida por los que habían sido señalados como los "mayoritarios". El nuevo partido tenía, en efecto, un común denominador muy frágil, basado en una actitud negativa: rechazo al sometimiento a la política de los militares; rechazo, por lo tanto, a la unidad "nacional" patriótico-imperialista; rechazo a los objetivos de guerra; rechazo a la "tregua interna", es decir, decisión de establecer las premisas para dar fin al régimen autoritario dentro del país. Pero en el momento en que se trató de pasar de lo negativo a lo positivo, los que habían dado vida al USPD estaban profundamente divididos. Baste recordar que entre los nombres más sobresalientes de los adeptos al nuevo partido se encontraban personalidades como Haase, Liebknecht, Rosa Luxemburg, Ledebour, Kautsky mismo y Bernstein.

¹² K. Kautsky, "Die proletarische Revolution", en *Der Kampf*, xxiv, 1931, p. 297.

Por ejemplo, entre Rosa Luxemburg, según la cual la democracia por la que había votado en agosto de 1914 estaba reducida a un "cadáver pestilente", y Kautsky, para el que el objetivo seguía siendo el de restablecer la unidad política de la socialdemocracia por medio de la superación de las razones de la división, había un verdadero abismo. Semejante diversidad fue la raíz del contraste durante la "revolución alemana" de 1918-1919.

Los objetivos que Kautsky planteó a lo largo de la revolución fueron la expresión de la búsqueda de un "tercer camino" entre la derecha contrarrevolucionaria de la socialdemocracia encarnada por Noske y el ala revolucionaria del socialismo alemán guiada primeramente por Liebknecht y por Luxemburg y luego por la KPD. Sin embargo, este camino kautskyano quedó en un mero proyecto ideológico que se topó con las divisiones internas del movimiento obrero alemán por un lado, y con los equilibrios establecidos en el país durante la crisis social y económica de la posguerra, por el otro. Oponiéndose con todas sus fuerzas a la "vía bolchevique", a la que consideraba destinada al fracaso en Occidente, en el sentido de que la guerra civil por la que se inclinaban los comunistas habría tenido como único efecto el de llevar a una dictadura contrarrevolucionaria, Kautsky señaló como objetivos la democratización de las instituciones que diera vida a una república democrática, la convocatoria de una asamblea constituyente, la unidad política del proletariado orientada a la reconstrucción de la unidad organizativa. A nivel económico, Kautsky considera posible —en caso de que la unidad política del movimiento obrero actuara sobre el cuerpo social de manera que creara el consenso necesario— emprender un proceso gradual de socialización destinado a destruir el poder del capital financiero y monopolista, responsable de la guerra y del régimen autoritario interno. Hay que señalar que, a diferencia de lo que se sostiene en general, Kautsky no pensaba en la república democrática en términos de una simple puesta en movimiento de instituciones parlamentarias de tipo liberal "clásico". Si —siendo coherente con lo que había sostenido con particular claridad hasta 1933 en el opúsculo *Der Parlamentarismus, die Volksgesetzgebung und die Sozialdemokratie*— rechazaba la democracia directa (encarnada entonces en el "sovietismo") como alternativa al mecanismo representativo parlamentario, consideraba sin embargo que la república debía llevar a cabo tanto el final del poder de los cuerpos separados como el advenimiento de nuevas instituciones con los consejos de los obreros y de los soldados, en función de control desde la base del que se practicaba desde el poder central. Describiendo de este modo las bases de la república

surgida del derrumbe del ordenamiento imperial y las tareas de la asamblea nacional constituyente, Kautsky escribía:

"La masa de la población debe alinearse alrededor de la república democrática, debe privarse al actual cuerpo de los oficiales de todo poder de mando, salvo en lo que sea necesario para llevar a cabo la desmovilización; en lugar del ejército permanente hay que constituir una milicia armada en la medida en que sea necesaria una fuerza armada. El dominio de los funcionarios, que actualmente son controlados por los consejos obreros y de soldados, debe ser sustituido, en tiempos normales, por cuerpos administrativos autónomos basados en el sufragio universal e igualitario. Ya desde ahora deben sustituirse todos los altos funcionarios que no gozan de la confianza de los obreros y de los soldados y que sean sustituibles por elementos dignos de confianza e igualmente expertos. La tarea de la asamblea consiste en darle un fundamento duradero a la república democrática alemana."¹³

Ante la desilusión por el advenimiento de un desarrollo burgués moderado en la república alemana, el teórico socialdemócrata le atribuyó al ala derecha de la SPD y a los "espartaquistas" la responsabilidad de haber creado las condiciones para el predominio conservador. La derecha y la extrema izquierda, la una subordinada a la burguesía y la otra a un modelo de revolución externo, el bolchevique, habían introducido en las filas del movimiento obrero el demonio del divisionismo, condición por la que no se podía obtener nada: "Sólo la ignorancia y la división entre los obreros pueden retardar, en la república democrática, la llegada del socialismo"; de esta manera había expresado su convicción a fines de 1918.¹⁴ Desaparecida la posibilidad de tomar la dirección del estado por parte de una socialdemocracia unida, Kautsky sostiene que el único objetivo que todavía podía existir era la defensa de las instituciones republicanas contra todos los intentos de subversión y, por lo tanto, la marcha hacia la conquista de la mayoría parlamentaria. Partidario de la dictadura del proletariado, entendida ciertamente en términos de un gobierno meramente socialista, y no en oposición con las reglas de la democracia política, para romper toda relación con la experiencia que se estaba llevando a cabo en la Rusia soviética Kautsky se convirtió en sostenedor de la oportunidad de renunciar al término

¹³ K. Kautsky, *Was will die deutsche sozialistische Republik?*, sin fecha y sin lugar (1918), pp. 1-2.

¹⁴ *Ibid.*, p. 2.

"dictadura" y de emplear en su lugar el de "dominio",¹⁵ de tal manera que se diera a entender que el terreno en que el socialismo pretendía combatir era y debía seguir siendo el parlamentarismo. Sin embargo no se limitó a esto. Dio un paso adelante, pleno de significado y de consecuencias. Mientras hasta el año 1919 había permanecido en las posiciones en que se había apoyado desde el final del siglo en la polémica sobre el caso Millerand, posiciones por las que excluía, salvo en caso de emergencia, la participación de los socialistas en un gobierno burgués, en 1921, justificando la práctica ya adquirida por la socialdemocracia, señaló la necesidad de superar el punto de vista expresado por Marx en la *Crítica del programa de Gotha*, según el cual el periodo comprendido entre la sociedad capitalista y la comunista podía llenarse sólo con la "dictadura revolucionaria del proletariado". Pensaba que ya podían darse las condiciones en que el equilibrio entre las clases y la imposibilidad de la burguesía para gobernar a su beneplácito hacían aceptable la idea de los gobiernos de coalición, naturalmente con los elementos más democráticos de la burguesía.

"La idea de la política de coalición —explicaba—, en la etapa en que se encuentran actualmente los países capitalistas, se irá arraigando cada vez más, a pesar de todas las oposiciones, y dominará cada vez más la política proletaria, no tanto como elemento que sustituye la revolución proletaria [...] sino como introducción y preparación de esta revolución, es decir del dominio único del proletariado ejercido por un gobierno meramente socialista, por un gobierno sostenido por una superioridad proletaria [...] El que rechace actualmente por principio la política de coalición está ciego a los signos de los tiempos. Es incapaz de hacer frente a sus tareas."¹⁶

Cuando en 1922 se produjo la reunificación de la USPD con la SPD, Kautsky recibió el acontecimiento como un paso hacia la unidad de la que se había convertido en un ferviente sostenedor. El comentario que escribió para el *Programa de Heidelberg* de la socialdemocracia alemana reunificada nos permite seguir lo que en 1925 constituían sus posiciones (tómese en cuenta que en ese año la recuperación económica alemana había arrancado claramente y que la SPD había obtenido una notoria recuperación en las elecciones de diciembre de 1924). El optimismo de Kautsky era notorio. La socialdemocracia, señalaba, es el partido más fuerte del Reich, y "a pesar de todos los altibajos se acerca el momento

¹⁵ K. Kautsky, *Von der Demokratie zur Staats-Revolution*, Berlín, 1921, p. 84.

¹⁶ K. Kautsky, "Die proletarische Revolution", cit., pp. 105-106.

en que tendrá tras de sí la mayoría del pueblo alemán y conquistará el pleno poder político".¹⁷ Se mostraba confiado en el reforzamiento de la república, a consecuencia del de la socialdemocracia; renovaba su convicción de siempre de que el capitalismo no tenía ninguna posibilidad de integrar al proletariado dentro de su sistema; consideraba que el peligro revolucionario no era capaz de rebasar cierto umbral, ya que lo había anulado la fuerza del movimiento obrero. Había, además, un punto importante de las llamadas "nuevas capas medias", constituido por los trabajadores autónomos, por el sector de los empleados, por los intelectuales de distinto tipo y grado. Kautsky se daba cuenta plenamente de la importancia de semejante cuestión, ya que las "nuevas capas medias" crecían más rápidamente que cualquier otra capa social como consecuencia de la dilatación de la burguesía y de los servicios relacionados con las empresas y el aparato estatal. ¿Se alinearían con el proletariado o no? Problema decisivo. Kautsky, después de señalar que las nuevas capas pertenecen a la esfera de los asalariados, se muestra convencido de que la mayor parte de las mismas sólo podrían reconocerse cada vez más en el programa de la socialdemocracia.

Con estas posiciones Kautsky llegó a la crisis de 1929, al trágico ascenso del nacional-socialismo, al crecimiento electoral del partido comunista, a la lucha entre los socialdemócratas alineados en defensa de la república exhausta, acusados por la KPD de ser "socialfascistas" y comunistas, acusados por la SPD de ser como los nazis sostenedores de una dictadura ruinosa.

Las consignas que Kautsky le opuso al nazismo fueron esencialmente dos: unidad del movimiento obrero (y para alcanzarla pedía lo que entonces era históricamente imposible, es decir la renuncia de los comunistas a la dictadura proletaria de acuerdo con el modelo soviético) y defensa de la democracia republicana (y a este propósito estaba condicionado de manera optimista por la convicción de que el nazismo representaba la expresión transitoria de un momento transitorio de crisis económica y social aguda).

Ciertamente no se puede decir que Kautsky no hubiera comprendido las raíces económicas y sociales del fascismo; más bien se puede afirmar que en este punto su análisis era sustancialmente adecuado. Lo que no supo identificar fue la potencialidad expansiva del fascismo y la posibilidad de que se constituyera un

¹⁷ K. Kautsky, "Grundsätzlicher Teil", en *Das heidelberger Programm. Grundsätze und Forderungen der Sozialdemokratie*, Berlín, 1925.

amplio consenso y que hiciera frente a su manera a la crisis económica. Del mismo modo que tantos otros ilustres exponentes del liberalismo, estaba convencido de que el nazismo se vería rápidamente arrastrado en caso de que llegara al gobierno, por la incapacidad de dominar los problemas de un país convulsionado. Ilusionado primero con que el proletariado sería suficientemente fuerte para bloquear el ascenso al poder del nazismo, y luego con que el nazismo caería bajo el peso de su incapacidad para dominar la crisis, Kautsky, al encontrarse con la primera fase de consolidación del nazismo, por un lado, manifestó la convicción de que el fascismo internacional no podía representar una fórmula estable de reorganización capitalista y que por consiguiente debía constituir un "paréntesis" histórico y, por el otro, combatió toda posición de la socialdemocracia destinada a sacar, a partir de la bancarrota de la república en Alemania, la conclusión de que a la dictadura negra lo único que podía contraponerse era la dictadura roja. Con un incommovible pedagogismo político, Kautsky insistió en que cualquier razonamiento de este tipo estaba radicalmente equivocado. En primer lugar, argumenta, es imposible que una clase que no ha tenido la fuerza de defender la democracia política frente al fascismo tenga la fuerza de imponer su propia dictadura; en segundo lugar, aun cuando pueda alcanzarse esta condición, la dictadura no puede construir la vía a la transformación socialista, la cual requiere un consenso de masa comprobado y un control social basado en el ejercicio de las libertades políticas y civiles. Así, el final del fascismo podía y debía estar marcado por la reconquista de la democracia, y la democracia debía constituir la base de toda transformación socialista.

"Sólo cuando existe una determinada condición la democracia y el ascenso al socialismo estarán garantizados: esta condición consiste en la existencia de un proletariado tanto organizativamente bien desarrollado, como espiritual y políticamente experimentado. Si falta esto, la democracia no puede llevar al socialismo y, además, ella misma se encuentra amenazada. Si falta ese proletariado, no hay ningún otro camino que conduzca al socialismo."¹⁸

5. Analizando las peculiaridades del proceso revolucionario de Rusia y las perspectivas de la revolución de 1905, Kautsky las

¹⁸ K. Kautsky, *Neue Programme*, Viena-Leipzig, 1933, p. 70.

había descrito de esta manera: la burguesía no pertenece —por su debilidad histórica y por la combinación de intereses que la unen al zarismo— a las “fuerzas motrices” de la transformación social; por lo tanto la revolución no puede caracterizarse como “burguesa”; la revolución no puede, sin embargo, considerarse socialista, ya que a esto se opone el atraso general del país; las clases revolucionarias son dos: el proletariado y los campesinos, el primero socialista y los segundos democrático-burgueses; es la clase obrera la guía política de la revolución, ya que los campesinos no son capaces de tener una función política autónoma; los obreros no pueden vencer sin la ayuda de los segundos; la tarea que el proletariado debe cumplir es la democratización política, la creación de una república avanzada que permita tomar medidas energéticas para desterrar los residuos del zarismo, emprender una lucha entre los partidos, constituir una verdadera organización sindical; el gobierno debe ser un gobierno de coalición basado en una democracia radical; los objetivos económicos sólo pueden ser la modernización capitalista, la única que puede crear las premisas de la transformación socialista.¹⁹ Este análisis encontró la plena aprobación de Lenin, que se apoyó en él durante la polémica con los mencheviques.

La revolución de febrero de 1917 despertó en Kautsky la esperanza de que se abriera en la historia europea y mundial un nuevo capítulo. Insistió, entonces, en la necesidad de conseguir el logro de la paz, la convocación de una asamblea constituyente, la formación de instituciones democráticas capaces de asegurar la lucha de los partidos. De acuerdo con su fórmula, Rusia necesitaba la democracia y el socialismo, pero más que la primera el segundo, ya que aquella era la premisa de éste. Ante la insurrección de octubre, Kautsky no adoptó inmediatamente una actitud prejuiciosamente negativa, y comprendió muy bien cuáles habían sido los motivos fundamentales del éxito bolchevique; aunque pensaba que, al convocar la asamblea constituyente, los bolcheviques pondrían el poder en manos de la representación nacional.

Al encontrarse frente a la disolución de la asamblea constituyente, a las medidas de socialización, a la rápida imposición de los bolcheviques sobre los demás partidos socialistas, a la construcción de la dictadura regida por el partido dominante, a un sistema de “democracia” que por un lado privaba a los adversa-

¹⁹ K. Kautsky “Triebkräfte und Aussichten der russischen Revolution”, en *Die Neue Zeit*, xxv, 1906-1907, vol. 1.

rios del voto y por el otro hacía desigual el voto de los obreros en relación con el de los campesinos, a un sistema económico cada vez más administrado por una “casta” de funcionarios, Kautsky puso en el centro de su análisis un concepto que hizo valer teóricamente desde la época del *Programa de Erfurt* y que ahora empleaba como elemento de juicio de una situación histórica concreta: la producción social sin democracia se convierte en la base de una opresión política sin límites por parte del que controla los medios de producción. En *La dictadura del proletariado* (1918) volvió a considerar y a plantear el problema de la relación entre democracia y socialismo de la siguiente manera:

“[...] Democracia y socialismo no se diferencian en cuanto que una es el medio y el otro el fin: ambos son medios del mismo fin [...] Para nosotros el socialismo es inconcebible sin la democracia. Por socialismo moderno entendemos no sólo una organización social de la producción sino también una organización democrática de la sociedad; por esto, el socialismo para nosotros está indisolublemente ligado con la democracia. No existe socialismo sin democracia.”²⁰

¿Cuál era, pues, según Kautsky el papel histórico efectivo que desempeñaba el bolchevismo? Los efectos de la guerra mundial, por un lado, y la falta de tradiciones democráticas y el atraso económico, por el otro, habían llevado al poder en Rusia al único partido que había sabido hacer una eficaz propaganda de la paz, apagar la sed de tierra de los campesinos y que estaba dispuesto a destruir los débiles gérmenes de democracia aparecidos con la revolución de febrero. Basando su propio poder en la violencia, de la que la sociedad rusa estaba empapada y que había recibido de nuevo impulso de la guerra, los bolcheviques se presentaban como continuadores del zarismo bajo un doble aspecto: como fuerza antidemocrática y como continuadores de la violencia sistemática como medio de gobierno, o sea negadores de la democracia. El uso que hacían del marxismo no podía dejar de ser instrumental. Si éste había servido en efecto egregiamente en la fase revolucionaria y subversiva, dada la incapacidad y la debilidad de la burguesía, en la fase de la reconstrucción estaba condenado a convertirse en una máscara ideológica sin contenido y en la mambrina de un dominio burocrático. El tipo de reconstrucción que Lenin le imprimió a la sociedad rusa era, según Kautsky, de tal naturaleza que había que calificarlo en realidad como un “Bis-

²⁰ K. Kautsky, *Die Diktatur des Proletariats*, Viena, 1918, pp. 4-5.

mark" del proletariado, o sea como el constructor de una potencia estatal que había sido objeto fallido del zarismo y se apoyaba en un capitalismo de estado envuelto en el poder burocrático. De tal manera que el éxito de los bolcheviques en cuanto hombres de poder coincidía con la derrota del sindicalismo. Kautsky expone este concepto en *Terrorismo y comunismo*, de la siguiente manera:

"Estos se han mantenido en el poder únicamente porque han retrocedido paso tras paso, de tal manera que han llegado al final al polo opuesto de aquel al que pretendían llegar. Para llegar al poder han empezado por echar al mar sus propios principios democráticos. Y luego para conservarlo han hecho otro tanto con sus principios socialistas. En otras palabras, han tenido éxito en cuanto individuos, pero han sacrificado sus principios, demostrando de este modo que son verdaderos oportunistas. El bolchevismo ha logrado hasta ahora triunfar en Rusia porque el socialismo ha recibido una completa derrota."

Esta derrota del socialismo encontró su expresión precisa en la afirmación de "una nueva clase de funcionarios que atrajo hacia sí cada vez más el verdadero poder y convirtió en ilusiones las libertades de los trabajadores".²¹

El poder burocrático tenía una naturaleza tal que a pesar de la continua apelación al modelo de la Comuna llevó al trastocamiento mismo de este modelo:

"La república soviética destruye la vieja burocracia zarista, pero en su lugar coloca una nueva, igualmente centralizada, con poderes mucho más amplios que los que tenía la anterior, ya que por medio de ella hay que regir toda la vida económica, y ésta no dispone sólo de la libertad sino también de las fuentes de existencia de la población."²²

Bajo el impulso de semejante interpretación, Kautsky se siente llevado a denunciar el bolchevismo en el poder como una forma de bonapartismo contrarrevolucionario, ya que era responsable de la creación de un régimen políticamente despótico y enterrador del impulso socialista que había surgido en Rusia entre febrero y octubre de 1917.

Si calificó a Lenin como un "Bismarck del proletariado" juzgó a Stalin como un "zar sin corona". La dictadura de la burocracia y del partido bolchevique, al eliminar primero toda democracia

²¹ K. Kautsky, *Terrorismus und Kommunismus*, Berlín, 1919, p. 192-194.
²² K. Kautsky, *Von der Demokratie zur Staats-Skalverei* cit., pp. 42-43.

en la sociedad y luego en las masas trabajadoras, en el mismo partido único y en el mismo grupo dirigente, debía llevar inevitablemente a la dictadura de un "jefe absoluto". En este sentido, según Kautsky, Stalin era el heredero legítimo y necesario de Lenin. Ésta fue la conclusión a la que llegó el viejo teórico socialdemócrata ante el estalinismo triunfante.²³

Por todo lo dicho anteriormente se puede comprender que para Kautsky el régimen bolchevique-estaliniano era por sí mismo "irreformable". La sociedad soviética no era, para él, una sociedad estructuralmente socialista imperfecta o hasta "traicionada" en su expresión superestructural y político-institucional. Se trataba en cambio de algo distinto tanto del socialismo como del capitalismo occidental. Era una "combinación" en que una cierta abolición de la propiedad privada se manifestaba orgánicamente en una cierta superestructura. Lo que en el plano económico se había realizado en la URSS no era la socialización sino más bien una estatización burocrática. Para que hubiera socialización era indispensable la democracia. De ahí surgió una ininterrumpida polémica de Kautsky con Bauer y Fritz Adler, con Dan y Abramovič, que sostenían que lo que se necesitaba hacer en la URSS era democratizar la superestructura. Kautsky consideraba, por el contrario, como afirmó en su obra de 1930, *Der Bolschewismus in der Sach-gasse*, que la URSS habría podido salir de la dictadura burocrática a través de una "revolución democrática" que por un lado adaptase la estructura económica al nivel real de las fuerzas productivas (por medio de la creación de una economía "mixta" estatal y privada), introduciendo nuevamente en cierta medida el mercado y la competencia, y por el otro que adaptase una completa democratización de la vida política. Sólo de este modo la sociedad soviética habría podido emprender nuevamente el camino a un socialismo efectivo.

6. En reacción al análisis del que hablamos más arriba, sobre el desarrollo de la revolución bolchevique y sobre la naturaleza de la sociedad soviética consolidada, se puede comprender muy bien que el juicio de Kautsky sobre la III Internacional no podía dejar de ser drásticamente negativo. Negativo ante todo porque Kautsky no había admitido nunca el fracaso de la II Internacional, en el sentido de que la incapacidad manifestada por ésta para

²³ "The United Front", en *The New Leader*, 4 de enero de 1936.

luchar, primero contra el estallido de la guerra y luego durante su desarrollo, no había sido la expresión de la debilidad de una dirección política sino más bien del movimiento socialista en cuanto tal frente a la fuerza del capitalismo. Para dar una nueva vitalidad al internacionalismo había que rechazar, pues, un divisionismo organizativo, causa de la debilidad ulterior y apoyarse en el reforzamiento unitario del movimiento internacional de los trabajadores. Negativo, en segundo lugar, porque la III Internacional había nacido de una concepción falsa de los presupuestos del proceso revolucionario de Occidente, visto como imitación del "modelo" ruso y producto de "exportación". Haciendo suya la técnica organizativa del bolchevismo, y proponiéndose conquistar y mantener el poder de acuerdo con las enseñanzas de Lenin, la nueva Internacional negaba totalmente las peculiaridades históricas y sociales del Occidente desarrollado industrialmente, en el que las relaciones entre obreros y campesinos eran cualitativamente distintas de las que existían en Rusia, en el que existía una tradición democrática que la guerra había perturbado pero no destruido, en el que existían un capitalismo y una burguesía con una fuerza que era ilusorio pensar en poder abatir con la guerra civil.

En su juicio sobre la III Internacional, Kautsky se apega a la siguiente interpretación. Ésta tuvo que recorrer una trayectoria obligada. Primeramente, en la fase de la inmediata posguerra, trató de universalizar la experiencia bolchevique, con el único resultado de no conseguir su propio objetivo sino de debilitar de manera esencial todo el alineamiento de los trabajadores en Europa; en un segundo momento, al encontrarse frente a su propio fracaso, se adaptó a la única cosa que era posible todavía: convertirse en el instrumento del estado soviético a escala internacional, su dócil masa de maniobra, estando condenada así a sufrir todos los cambios de dirección de la política exterior soviética. En último análisis, la III Internacional se convirtió en el arma del expansionismo soviético, continuando la función que en el período zarista había tenido el movimiento paneslavista. Todos estos elementos de evaluación se pueden encontrar sintetizados en el opúsculo de 1920 *Vergangenheit und Zukunft der Internationale* y en el de 1925, *Die Internationale und Sowjet-Russland*.

¿Era posible para Kautsky una unidad entre socialdemócratas y comunistas para combatir por lo menos contra el peligro fascista? Del mismo modo que había sostenido una polémica sobre la cuestión de la "naturaleza social" de la URSS, también la tuvo con los socialdemócratas como Bauer y Adler sobre la cuestión del

frente "único". Su actitud tanto al principio de los años treinta como ante la estrategia de los "frentes populares" lanzada por el VII Congreso de la Internacional comunista en 1935 estuvo marcada por criterios que se pueden sintetizar de este modo: sin unidad, el movimiento obrero no puede defenderse eficazmente del peligro fascista; pero para que haya unidad es necesario que los comunistas acepten en principio el valor de la democracia política; ahora bien, los comunistas son, como los fascistas, opositores por principio de la democracia; su antifascismo no se basa en una estrategia democrática sino en los intereses de la política exterior soviética. En 1936 Kautsky afirmó que, en el caso de que Stalin se sintiera impulsado a ponerse de acuerdo con Hitler, se habría visto a los comunistas cambiar su actitud de manera total. La conclusión era que una unidad con los comunistas no podía tener estabilidad alguna, y estaba sujeta a todas las oscilaciones más bruscas.

"Sólo cuando en Rusia la democracia ocupe el lugar de la dictadura, sólo entonces desaparecerá el obstáculo que hasta ahora ha impedido el entendimiento con los comunistas; esto lo escribía Kautsky en enero de 1933."²⁴

En síntesis: para la unidad era necesaria la conversión de los comunistas occidentales a los valores de la democracia política.

7. Como conclusión de esta rápida y esquemática reconstrucción del pensamiento del Kautsky "tardío" me parece oportuno hacer algunas consideraciones a propósito de lo que creo que es el punto central de su análisis y de lo que, por así decirlo, depende todo lo demás. Este punto central es la tesis de que el desarrollo capitalista no es capaz de "integrar" al proletariado, ya que por un lado el capitalismo no puede eliminar la lucha de clases y por el otro la lucha de clases, en una sociedad industrial desarrollada, no puede manifestarse institucional y duraderamente de otro modo que a través de la democracia política. De todo esto se deduce que la lucha de clases en el marco de la democracia política, al no poderse eliminar de una manera estable, produce en forma permanente el impulso hacia el socialismo en las masas trabajadoras. ¿Qué entendía Kautsky por masas trabajadoras? Téngase en cuenta

²⁴ "Zur Diskussion über Sowjet-Russland. Ein Briefwechsel mit Karl Kautsky", en *Der Kampf*, xxvi, 1933, p. 66.

ta que había comprendido con precisión el hecho de que en la sociedad industrial desarrollada las "nuevas capas medias" iban adquiriendo un peso cada vez mayor. A pesar de que alimentó constantemente la convicción de que las nuevas capas medias no tenían en perspectiva otra alternativa que la de alinearse o con el proletariado o con el capital y que, por consiguiente, no podían tener un porvenir político autónomo, a la par concluye que, al no contar con una base económica particular y al ser en su conjunto asalariados, los que pertenecían a las "nuevas capas medias" terminarían por unirse políticamente al socialismo. Se trata de un análisis cuya comprobación histórica, se puede decir, se haya más que nunca en curso; pero no sin severas dificultades que están a la vista de todos. Ante todo hay que señalar que por lo que respecta a la historia pasada, Kautsky (juntamente con los comunistas, en este aspecto) no entendió en su alcance real la posibilidad que tenía el fascismo de reorganizar, en un país industrial avanzado como Alemania, la sociedad, apoyándose en parte esencial en la alianza entre las capas medias y el gran capital, y sobrevaluó, por el contrario, el peso político del proletariado. En segundo lugar, considerando el presente, su tesis adopta un carácter más que nada problemático, porque es un hecho que en los países capitalistas más fuertes, como Estados Unidos, Alemania Federal, Japón, el connubio entre el proletariado y el socialismo no se produce o se produce de una manera tan débil que sirve de cobertura para instancias de defensa sindical. Las situaciones existentes en países como Francia e Italia podrían ofrecer en cambio cierta confirmación de la tesis en cuestión; pero también aquí, por ejemplo, la fusión entre el proletariado y las capas medias no tiene de ninguna manera el carácter lineal que Kautsky parecía dejar entrever.

No obstante, después de decir todo esto, hay que poner de relieve que las esperanzas de la transformación socialista en los países de capitalismo avanzado, en los términos en que éstas son nutridas por los mismos partidos comunistas occidentales, se apoyan sustancialmente en la hipótesis precisamente del establecimiento de una alianza entre el proletariado y las capas medias asalariadas (y no sólo asalariadas), que pasando a través de la prolongación de la democracia política y sometiendo a un control creciente al capitalismo, encuentra una salida socialista basada en una socialización gradual y en un estado que ninguno entiende ya en términos de la estatización y de la dictadura del partido de tipo soviético.

GIACOMO MARRAMAO

TEORÍA DEL DERRUMBE Y CAPITALISMO ORGANIZADO EN LAS DISCUSIONES DEL "EXTREMISMO HISTÓRICO" *

La presencia constante de la alternativa "derrumbe o revolución" en las distintas fases del desarrollo del marxismo es hoy justamente considerada como un dato adquirido por la reciente historiografía del movimiento obrero. Lo que sin embargo aún no ha sido examinado con suficiente atención es la manera cómo, en el periódico replanteamiento de sus diversas expresiones teóricas, los dos segmentos de esa alternativa atraviesan diagonalmente el cuadro de las posiciones políticas, reuniendo a menudo bajo un denominador común posiciones o corrientes heterogéneas y, en ocasiones, incluso opuestas. De ahí nuestra convicción sobre el carácter desorientador —para una correcta comprensión histórica de los momentos cruciales del movimiento obrero occidental, y en consecuencia, para una actualización teórica de la estrategia para el socialismo en los países de capitalismo desarrollado— del esquema interpretativo que reduce ese cuadro al choque entre socialdemocracia y leninismo y, tanto en sentido general como dentro de cada una de las dos "áreas", a la reproducción tan estéril como mítica del cisma entre alma reformista y alma revolucionaria. Un ejemplo evidente de la improductividad de un esquema semejante lo suministra, paradójicamente, la trayectoria de ese "radicalismo de izquierda" que, surgido a comienzos del siglo dentro de los partidos socialistas europeos (y en particular en las socialdemocracias alemana y holandesa), dio lugar después en el curso de su desarrollo a un

* Este trabajo retoma con algunas modificaciones y agregados el texto de una comunicación presentada en Roma el 30 de abril de 1976 en el ámbito del seminario organizado por la sección histórica de la Fundación Basso/Issoco sobre el tema "La cuestión del destino del capitalismo en la Internacional Comunista (desde la fundación hasta la fase preparatoria del VII Congreso)". En el curso de la redacción definitiva he tenido en cuenta, dentro de lo posible, los aspectos y problemas planteados en el debate sobre mi relación, en particular, de las observaciones de Ester Fano Damacelli y Lucio Villari. Aprovecho la ocasión para agradecer a todos los que intervinieron, contribuyendo con sus preguntas y sus sugerencias a enriquecer y ampliar el horizonte de mi exposición. La responsabilidad por las tesis aquí sostenidas corresponde por entero, naturalmente, a quien escribe.

frente de posiciones complejo e internamente diversificado. Aquí, sin embargo, no nos interesa tanto insistir en la escasa credibilidad historiográfica de los estudios que continúan tratando el fenómeno del *Linksradikalismus* bajo la etiqueta genérica del "extremismo" (lo cual se verifica para sus defensores no menos frecuentemente que para sus adversarios, como lo demuestra la persistencia, aun en las más recientes indagaciones arqueológicas de este campo, de la falta de distinción, en realidad muy grave, entre "comunismo de izquierda", o *Linkskommunismus*, y "comunismo de los consejos", o *Rätekommunismus*); nos interesa más bien poner en evidencia que las posiciones de la izquierda radical con respecto a la problemática —para nosotros aún actualísima— del destino del capitalismo estaban lejos de ser homogéneas y que, en consecuencia, es arbitrario e ideológicamente regresivo presuponer la existencia de una línea revolucionaria en estado puro, es decir ajena al desgaste del movimiento obrero y a las propias contradicciones del "reformismo".

Ciertamente, a tornar compleja y contradictoria la parábola del *Linkskommunismus* —situada en el punto neurálgico de colusión y de choque entre "marxismo de la Segunda internacional" y "leninismo"— concurren en gran medida los procesos de la lucha de clases y de la discusión teórico-estratégica desde fines de siglo hasta los años de la guerra y de la Revolución de octubre;¹ pero, sobre todo, concurre la ulterior complicación de la toma de posición y de los términos del debate observable en el periodo comprendido entre el inicio de la "fase de estabilización" y la gran crisis de 1929 (que se produce simultáneamente con el "giro a la izquierda" de la Internacional comunista). En el periodo entre las dos guerras, frente a la resistencia de los estados capitalistas y a la detención del movimiento, aflora y se hace cada vez más explícita una circunstancia que estaba en la base de la impotencia estratégica de la izquierda europea (y que había quedado en la sombra, por efecto de una dinámica política objetiva, en los años del choque frontal): teoría de la crisis y teoría del desarrollo —"derrumbe" y "capitalismo organizado"— eran difíciles de coordinar, tomados separadamente o planteados como alternativa abstracta, con una posición política precisa. Baste pensar que, si entre los partidarios de la *Zusammenbruchstheorie* se cuentan, junto a Kautsky (o por lo

¹ Como han demostrado las investigaciones más recientes, las líneas de desarrollo del debate sobre la organización parten de la gran encrucijada de la *Bernstein-Debatte* (véase Leonardo Paggi, "Intellectuali, teoria e partito nel marxismo della Seconda Internazionale. Aspetti e problemi", introducción a Max Adler, *Il socialismo e gli intellettuali*, Bari, 1974).

menos al Kautsky "ortodoxo"), un evolucionista como Heinrich Cunow y una revolucionaria como Rosa Luxemburg; entre sus adversarios encontramos también, junto a otro gran dirigente de la socialdemocracia como Otto Bauer, a uno de los mayores teóricos del comunismo de izquierda, Anton Pannekoek, y al "reformista" Rudolf Hilferding. No creo que sea casual que precisamente este último, en un informe presentado en 1927 al congreso socialdemócrata de Kiel —discurso justamente considerado como uno de los textos clave del debate sobre el capitalismo organizado— al insistir en su oposición al "derrumbismo", no haya vacilado en hacer suyo el postulado activista del *Linksradikalismus*: "Siempre hemos sido de la opinión", afirmaba Hilferding, "de que el derrumbe del sistema capitalista no debe esperarse en forma fatalista, desde el momento que, muy lejos de ser el producto de las leyes internas del sistema, debe ser el resultado de la acción consciente, de la voluntad de la clase obrera. El marxismo nunca ha sido fatalismo, sino por el contrario máximo activismo."²

Esta maraña de posiciones, que a primera vista puede dar la impresión de un paradójal *quid pro quo* de extremismo y de reformismo, no debe sin embargo llevarnos a una denuncia tan cómoda como estéril de los "límites" de la izquierda (o del marxismo) "occidental", sino impulsarnos más bien a captar la complejidad y riqueza (ciertamente no exenta de contradicciones y de aspectos aporéticos) de su problemática, que —lejos de constituir una construcción sin puertas ni ventanas— interactúa profundamente con los problemas del leninismo y con los niveles organizativos e ideológicos más avanzados de la hegemonía burguesa.

Para medir, aunque sea parcialmente, la complejidad de esa problemática, será preciso destacar tres aspectos que hasta ahora han quedado en la sombra y sin embargo, en nuestra opinión, son fundamentales: 1] las coincidencias y los puntos de cruce entre ciertas posiciones del *Linkskommunismus* y algunas "variantes" del marxismo de la Segunda internacional; 2] el carácter no unívoco —en sentido determinista— de la "teoría del derrumbe", cuya fortuna debe verse en relación con las distintas fases históricas de la dialéctica entre desarrollo capitalista y movimiento obrero, en las cuales no sólo desempeña papeles diversos uniéndose a posiciones políticas a veces incluso opuestas, sino que se transforma en su propia configuración interna, asumiendo distintos "estatutos" epistemológicos y distintas modalidades de enfoque

² Rudolf Hilferding, "Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik", en *Protokoll der Verhandlungen des sozialdemokratischen Parteitag 1927 in Kiel*, Berlín, 1927, p. 165.

del tema de la crisis; 3] el cambio de función del momento teórico del análisis del capitalismo y de sus tendencias de desarrollo, por obra de la parte más sensible y avanzada del "comunismo de izquierda", en la posguerra y, sobre todo, a fines de la década del veinte.

Por toda esta serie de razones, las consideraciones que desarrollaremos, si bien por un lado no pueden limitarse a hacer referencia a las posiciones del *Linkskommunismus*, por el otro no intentan dar un tratamiento especializado del debate sobre el destino del capitalismo en el marxismo *mitteleuropeo*. Se proponen más bien examinar —en el marco de un reconocimiento por grandes líneas— los puntos salientes en que este debate se resuelve, en el campo de tensión comprendido entre los dos polos del "leninismo" y del "marxismo de la Segunda internacional". En el curso de la exposición trataremos de especificar los diversos cortes y momentos de este complejo cuadro de discusión, refiriéndolos a polémicas y a aspectos temáticos que, por la particular coyuntura en que se inscriben o por su valor periodizante, nos parece que tienen un relieve emblemático.

I. CAPITALISMO Y CRISIS EN EL DEBATE SOBRE LA ORGANIZACIÓN: ENTRE LENIN Y KAUTSKY

En enero de 1916 aparece en la revista alemana *Vorbote* el artículo de Lenin "El oportunismo y la bancarrota de la Segunda internacional". La oportunidad de partir de esta intervención surge, en la economía general de nuestro discurso, no tanto del hecho (por otra parte de gran importancia histórica) de que ahí se hace un lúcido balance de la involución de la socialdemocracia alemana, sino más bien de la circunstancia de que en ella se introduce un nexo específico. Es decir, Lenin relaciona estrechamente el método y el mérito de su crítica a la que considera fase extrema de virulencia del oportunismo de la Segunda internacional —el socialchovinismo— con la reactivación de la teoría de la crisis final, vista como base fundamental de la actualidad de la revolución: "La época del imperialismo capitalista es la época maduro y se halla en la víspera de su derrumbe."³

³ V. I. Lenin, *Obras completas*, cit., t. XXIII, p. 192. [Versión modificada por nosotros.]

A pesar de las apariencias, Lenin no se propone desmenuzar aquí la vieja *Zusammenbruchstheorie*, orgánica al corpus doctrinario de la primera fase de la Segunda internacional, sino más bien resolver la diada derrumbe/revolución en el concepto de *crisis revolucionaria*. Si tomamos este trabajo de reflexión en el momento histórico mundial que le es propio —estamos en pleno conflicto bélico y la víspera de la revolución— descubrimos también su fuerte carga política: mucha agua ha pasado bajo los puentes, en el curso de las largas y encendidas discusiones táctico-organizativas de las socialdemocracias rusa y alemana. Y no es casual que uno de los principios blancos de la crítica leninista sea en este artículo la teoría del "ultraimperialismo" de Kautsky. El carácter "completamente político" del discurso de Lenin no surge de la contingencia del momento histórico determinado, virtualmente propicio a las fuerzas revolucionarias en Rusia, sino de una búsqueda estratégica de más de diez años, caracterizada por la hipótesis de una *nueva organicidad* entre forma teórica y forma organizativa de la lucha de clases a escala mundial. La categoría leninista de imperialismo es legible, en su totalidad, en esta óptica: tiene como *presupuesto* una interpretación precisa de las tendencias sociales de desarrollo por las cuales las relaciones de fuerza entre proletariado y burguesía se dislocarían rápidamente, en la *nueva fase*, en favor del primero.⁴ Su "teoría" del imperialismo (que a menudo ha sido objeto de críticas ciertamente legítimas, pero sin embargo abstractas, por ser conducidas en terreno puramente científico-económico) deriva y depende inmediatamente de esta valoración de conjunto de las relaciones de fuerza a nivel mundial, y viene por lo tanto a insertarse en un modelo táctico-organizativo ya preparado anteriormente: el modelo bolchevique.⁵

Ciertamente Lenin no está solo en este esfuerzo de elaboración, que se extiende por los años 1905-1917. No actúa ni piensa en el espléndido aislamiento de individuo cósmico-histórico en que se complace en representarlo la estéril hagiografía de un marxismo-leninismo estereotipado y reducido a formulario vacío, sino que más bien se mide con un debate denso y cerrado que ve como protagonistas a los máximos exponentes del movimiento obrero y que tiene como fondo y pasado inmediato la *Bernstein-Debatte*.

⁴ Cf. "Proyecto de resolución de la izquierda de Zimmerwald" (1915), en V. I. Lenin, *Obras completas*, cit., t. XXII, pp. 454-456.
⁵ Véase al respecto la notable introducción de Vittorio Strada a V. I. Lenin, *Che fare?*, Turín, 1971 (el volumen incluye también las actas del II Congreso del Posdr y textos importantes del debate teórico sobre el problema del partido. [Trad. esp., *¿Qué hacer?*, México, Era, 1977.]

Diez años antes que Lenin escribiera el artículo mencionado, en efecto, Rosa Luxemburg, en su famosa intervención *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906), había hecho valer un uso completamente análogo de las categorías de "crisis" y de "imperialismo": la fase imperialista y militarista de la burguesía plantea en términos irrevocables la alternativa "socialismo o imperialismo" y determina objetivamente un salto cualitativo en la acción espontánea de las masas. La huelga de masas se convierte entonces en forma de manifestación y, al mismo tiempo, instrumento de una relación de fuerza entre las clases en lucha que es el producto de una situación objetiva. La controversia sobre la táctica, la *Organisationsfrage*, imprime una enorme aceleración a la lucha política interna de la socialdemocracia, haciéndole dar un salto cualitativo también con respecto al debate sobre el revisionismo, de donde había partido: es precisamente aquí, en el nudo neurálgico de la polémica sobre la huelga de masas que se produce, en efecto, la ruptura del "frente ortodoxo" del partido (la ruptura entre Kautsky y Rosa Luxemburg), con la caracterización de una nueva tendencia "radical" (a la cual se adherirá, como veremos, también Pannekoek).

Lo que importa destacar es que, al hacer interactuar la teoría de la inevitabilidad de la tendencia imperialista del modo de producción capitalista con el estado del debate sobre la táctica de la socialdemocracia, Rosa llegaba a afirmar la centralidad organizativa del *Massenstreik*, fundándola en la comprobación objetiva de una reducción de los márgenes de maniobra de la clase burguesa, de donde extraía la consecuencia de una creciente radicalización de la misma en sentido reaccionario, agresivo y antiobrero. "Así", escribía en su hoy célebre panfleto reflexionando sobre la revolución rusa de 1905, "la huelga de masas demuestra ser no un producto específico ruso, surgido del absolutismo, sino una forma general de la forma de lucha proletaria que nace del estadio presente del desarrollo capitalista y de las relaciones de clase [...] la actual revolución rusa está en un punto del camino histórico que ha superado ya la montaña, la cima de la sociedad capitalista, donde la revolución burguesa no puede ser ahogada por los contrastes entre burguesía y proletariado, sino por el contrario se despliega en un nuevo largo periodo de poderosas luchas sociales, en el que el arreglo de la vieja cuenta con el absolutismo aparece como un detalle insignificante frente a las nuevas cuentas que la propia revolución abre. La actual revolución realiza así simultáneamente en el caso particular del absolutismo ruso los resultados generales del desarrollo capitalista internacional y parece menos

un último epígono de las viejas revoluciones burguesas que un precursor de la nueva serie de las revoluciones proletarias de Occidente. El país más atrasado, precisamente por estar tan imponderablemente atrasado con respecto a la revolución burguesa, muestra así caminos y métodos de la futura lucha de clases al proletariado de Alemania y de los otros países capitalistas avanzados."*

Del contexto del discurso luxemburguiano surgía no sólo un análisis de las relaciones de fuerza a escala internacional homologado al de Lenin, sino también la convicción del carácter irrevocablemente involutivo y autoritario del desarrollo maduro del capitalismo que hacía, más que errado, anacrónico el proyecto reformista y, paradójicamente, actual sobre todo para los países más avanzados la perspectiva revolucionaria de la atrasada Rusia. Aparecía así la alternativa "imperialismo o socialismo" que también Kautsky había sostenido, por lo menos verbalmente, en su obra de 1909, *El camino del poder*. En efecto, también aquí el concepto de la inevitabilidad del fin del capitalismo y de la revolución se fundaba en la previsión de una creciente polarización del choque de clase entre una burguesía reaccionaria (necesariamente imperialista) por un lado, y proletariado (abroquelado en torno del partido socialdemócrata) por el otro. Más allá de las apariencias y de los enunciados verbales, sin embargo, la adopción del esquema "ortodoxo" asumía en Kautsky una función completamente distinta, si no opuesta, que en Rosa Luxemburg. Se trata, sin embargo, de una diferencia que no siempre es posible captar si nos detenemos en el análisis textual; y eso por el simple pero fundamental motivo de que el centro del debate se había desplazado del plano estrictamente ideológico al plano organizativo. En este último se reformulaban ahora los principios y el propio "estatuto" de la teoría. Que en eso, por otra parte, estuviera la raíz de las debilidades del movimiento, de esa subestimación de las capacidades de resistencia y de reorganización del adversario que delataba la insuficiencia del "marxismo ortodoxo" para penetrar científicamente la complejidad del proceso histórico de la formación social capitalista, es otro problema, que afrontaremos

* Rosa Luxemburg, *Scritti politici*, edición de Lelio Basso, Roma, 1967, pp. 350-351 (para la polémica de Rosa con Kautsky y con Lenin véase en general la introducción de Lelio Basso). [En esp., *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 13, México, Siglo XXI, 5ª edición, 1978, pp. 96-97.] Para la evolución de las ideas luxemburguianas sobre táctica cf. Adolf Wasky, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problem der Revolution*, Hamburgo, 1922, pp. 7-15.

más adelante. Sin embargo, es a nivel de la opción estratégica donde podemos descubrir la clara divergencia entre Kautsky y Rosa, el uso profundamente distinto que hacen de la teoría del derrumbe. Mientras Rosa Luxemburg subordinaba el análisis de conjunto del destino catastrófico del capitalismo al arraigo objetivo de una nueva forma de organización y de acción (no es casual que haya escrito *La acumulación del capital* seis años después del opúsculo sobre el *Massenstreik*), Kautsky se esforzaba por extraer de él una visión de la relación de fuerza entre las clases armonizables con una táctica gradualista.

En un importante artículo publicado en 1909 en *Die Neue Zeit*, en efecto, introducía la habitual contraposición entre Europa avanzada y Rusia atrasada precisamente para demostrar, en polémica con Rosa, la inconveniencia de una ofensiva abierta en la fase madura del desarrollo de la lucha de clases: la bipolarización del conflicto en un bloque burgués (cada vez más propenso a la reacción) y un bloque proletario, producida en forma inevitable por las tendencias imperialistas del capitalismo, induce a evitar el uso de una forma de lucha como la huelga de masas, que forzaría en forma aventurera los tiempos de la ruptura. De ahí la necesidad para Kautsky de trazar una línea de demarcación neta entre "estrategia de la aniquilación" y "estrategia del desgaste", que responderían a situaciones y estadios diferentes de la relación de fuerzas.⁷

El razonamiento era indudablemente agudo y válido, pero no hasta el punto de oscurecer la sustancia pragmática de la operación. Creo que cometeríamos un grave error si nos dejáramos inducir a ver en esta discriminación kautskiana una nota preanunciadora de la posterior reflexión teórico-estratégica del movimiento obrero occidental o incluso de la distinción gramsciana entre "guerra de movimiento" y "guerra de posición". Dejando de lado la consideración historiográfica de las distintas coyunturas, al respecto es preciso no perder de vista —precisamente para una "historización" correcta— un aspecto teórico que en nuestra opinión no es posible dejar de lado: en toda la obra de Kautsky está ausente el momento que funda en Gramsci la opción estratégica

⁷ Véase Karl Kautsky, "Was nun?", en *Die Neue Zeit*, año xxvii, 1909-1910, vol. 2, p. 37. [En esp., "¿Y ahora qué?", incluido en Varios autores, *Debate sobre la huelga de masas* (Primera parte), Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 62, México, Siglo XXI, 2ª edición, 1978, p. 133.] "El moderno arte militar", escribió Kautsky, "distingue entre dos tipos de estrategia: la estrategia de aniquilación y la estrategia del desgaste (*die Niederwerfungs und die Ermattungsstrategie*)", *ibid.*

por la guerra de posición en los países de capitalismo avanzado: el reinicio y reactivación de la crítica de la economía política y de la teoría de la revolución de Marx a través del análisis de las rupturas y transformaciones estructurales del modo de producción, que, determinando una relación específica entre estado y sociedad, política y economía, en las diversas formaciones sociales, influyen profundamente sobre la composición, sobre los métodos de lucha y sobre las propias formas de conciencia de las clases antagónicas. El postulado gradualista, injertado en el tronco de una visión naturalista-evolutiva de la génesis y del pasaje de las formas de sociedad, impedía en cambio a Kautsky la posibilidad de una comparación productiva con las nervaduras morfológicas específicas de los distintos momentos históricos del desarrollo capitalista, obligándolo a motivar la elección de la estrategia recurriendo a factores "superestructurales" o puramente "político-institucionales". Aquí está, si vemos bien, la raíz de esa yuxtaposición de instancias (que se encuentra aún en fases diversas de la concepción kautskiana) y de esa oscilación entre economicismo y politicismo que, si es también típica del marxismo de la Segunda internacional, no es sin embargo una característica exclusiva de éste, sino que se transmite a tendencias teóricas y corrientes políticas declaradamente hostiles a él, como las que más tarde Arthur Rosenberg, el gran historiador de la república de Weimar, reunirá bajo la expresión "*radikaler Utopismus*". En conclusión, aun aceptando las importantes puntualizaciones críticas contenidas en las investigaciones más recientes sobre la evolución de la reflexión kautskiana,⁸ debemos aquí observar que ni siquiera en el mejor Kautsky la teoría del derrumbe sirvió nunca de base para una estrategia autónoma y activa de la clase obrera o de ese concepto de "actualidad de la revolución" a través del cual, a partir de la insurrección rusa de 1905, la izquierda europea empezaba a medirse con la discontinuidad del proceso histórico y con la toruosidad y disconformidad de los procesos de transformación económico-social.

⁸ Me refiero principalmente al excelente ensayo de Massimo L. Salvadori, "La concezione del processo rivoluzionario in Kautsky (1891-1922)", en Varios autores, *Storia del marxismo contemporaneo* (vol. xv de los *Annali Feltrinelli*) Milán, 1974, pp. 26-80.

II. LAS VICISITUDES DE LA "TEORÍA DEL DERRUMBE" Y LA GÉNESIS DEL "LINKSRADIKALISMUS"

A comienzos de los años diez, pues, había madurado la ruptura interna del ala "ortodoxa" y se perfilaba ya, en el ámbito de la socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional, una tendencia "radical" autónoma —mientras Kautsky, por su lado, simultáneamente con la victoria electoral de 1912 (obtenida por la Spd con una propaganda muy moderada, que le permitía afirmarse, con el 34.8% de los votos, como el partido más fuerte del Reichstag), toma decididamente el camino del centralismo. Pero sobre todo debe destacarse a esta altura una circunstancia fundamental para los fines de nuestro discurso a la que ya hemos hecho referencia en el párrafo anterior: la emergencia de una nueva manera de afrontar la problemática del destino del capitalismo, un modo que presenta muy escasas afinidades con la *Zusammenbruchstheorie* de los comienzos de la Segunda internacional (expresada elocuentemente por el derrumbismo determinista a la Cunow). A diferencia de las canonizaciones del corpus doctrinario del marxismo (contra las cuales había polemizado Eduard Bernstein, con la serie de artículos *Probleme des Sozialismus*, que forma el esqueleto de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*), la teoría de la crisis o "del derrumbe" (como continúa llamándola Rosa Luxemburg) elaborada y animosamente discutida en estos años, no se limita a contemplar el transcurso de una legalidad ineluctable sino que hace de activante de la conciencia revolucionaria de las masas. Ya hemos visto, por otra parte, que el propio Kautsky se adaptaba a esta nueva situación del debate, eliminando su derrumbismo anterior y elaborando una pragmatización —desde su punto de vista político— de la *Zusammenbruchstheorie* en el sentido de una táctica gradualista. La fuerte simetría existente entre los diversos cursos de esa vertiente "objetiva" de la lógica de *El capital* que para los "revisionistas" parecía dar lugar a un álgebra del derrumbe tan mítica como aquella "álgebra de la revolución" que Lenin veía encerrada en la Lógica de Hegel parece pues justificar plenamente el juicio retrospectivo formulado por Korsch inmediatamente después del advenimiento del nazismo, según el cual nunca habría existido una teoría de la crisis revolucionaria en sí, por lo cual las discriminantes debían buscarse más bien en las actitudes políticas de fondo que de tanto en tanto la apuntalaban. Dejando para más adelante el análisis de este agudo diagnóstico korschiano (que se da en el contexto de una significativa discusión del *Linkskom-*

munismus), trataremos ahora de distinguir —precisamente para facilitar la comprensión de las varias vicisitudes de la teoría de la crisis final en el debate del extremismo histórico— las formas en que se manifiesta la concepción del fin inevitable del capitalismo en las distintas coyunturas del movimiento obrero.

Esquemmatizando, en mi opinión es posible distinguir tres fases de la *Zusammenbruchstheorie*:

1) La primera fase es la de la teoría del derrumbe que podemos definir como "clásica de la Segunda internacional", desarrollada en los años noventa y expuesta en forma ejemplar por Heinrich Cunow en las páginas de *Die Neue Zeit*. Cunow no hace ninguna distinción entre lado objetivo y lado subjetivo de la exposición marxiana de la crisis, por lo cual no vacila en atribuir a Marx el ingenuo catastrofismo criticado por Bernstein: "Bernstein afirma [...] que no tendríamos ninguna razón para auspiciar un próximo derrumbe del actual sistema porque la atomización de las empresas, que todavía existe, nos pondría ante una tarea irrealizable en una discusión científica acerca de la validez de la visión marxiana del proceso de desarrollo capitalista. Podría hallar justificación si se tratase de provocar el derrumbe por la fuerza, mediante cualquier método violento, una insurrección, una huelga general, etc. Pero en el caso en cuestión no se habla en absoluto del empleo de tales métodos; se trata solamente de saber si existen o pueden existir las condiciones para un derrumbe, y al respecto no deciden ciertamente ni nuestras voluntades ni nuestros deseos. El eje de todo el problema es si nuestro desarrollo económico impulsa a las tendencias operantes en él hacia una catástrofe general; y ningún deseo nuestro tiene mayor peso que el deseo de cualquier otro partido, por ejemplo de los nacional-liberales o de los antisemitas."⁹ Como puede notarse inmediatamente, estamos exactamente en las antípodas de la posición de Hilferding, citada anteriormente, pero también bastante lejos del derrumbismo revolucionario de Rosa Luxemburg, que apunta precisamente a romper el divorcio entre ciencia y acción, entre teoría y política, tal como se afirma rígidamente en la enfatización cunowiana (y tal como se afirma rígidamente en la enfatización kautskiana) de la *absolute Gesetzmässigkeit* del desarrollo económico.¹⁰

⁹ Heinrich Cunow, "Zur Zusammenbruchstheorie", en *Die Neue Zeit*, año XVIII, 1898-1899, vol. 1, p. 430 (trad. parcial en la antología de Lucio Colletti, *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978).

¹⁰ La concepción kautskiana de las leyes históricas se halla expresada en forma elocuente en el comentario de 1892 al programa de Erfurt (Cf. Karl Kautsky, *Il programma di Erfurt*, Roma, 1971, pp. 73 ss. y 103 ss.).

2] La segunda fase se inicia en 1905, después de los acontecimientos rusos, con el debate —del que ya hemos analizado algunas intervenciones significativas— sobre el papel de la huelga de masas en la organización proletaria en relación con la dinámica de la crisis imperialista. Es ahí que se origina la tendencia que después dará lugar al “comunismo de izquierda”; y es también en estos años que emerge la alternativa “derrumbe o revolución”, es decir la discusión militante sobre la compatibilidad o no de la *Zusammenbruchstheorie* con una perspectiva activista-revolucionaria. Esta fase llega hasta cerca de 1924 —es decir hasta la *Stabilisierungsperiode*— e incluye los comienzos del llamado “marxismo occidental”, que hasta ahora ha sido, en la mayor parte de los casos, estudiado en clave exclusivamente ideológica, *geschichtsphilosophisch*, nunca en relación con la dimensión concreta de la discusión teórico-política de aquellos dramáticos años de la Alemania weimariana (y aquí es lícito preguntarse cómo es posible comprender el “luxemburguismo” de Lukács de *Historia y conciencia de clase* y el “leninismo radical” del Korsch de *Marxismo y filosofía* prescindiendo del estatus de la *Organisationsfrage*, de las contradicciones del movimiento de los consejos y de la “teoría de la ofensiva” de Rádek y Bela Kun).¹¹

3] La tercera fase —que coincide con el reflujo y, después, con la derrota del movimiento obrero europeo— va desde la mitad de la década de 1920 hasta el debate sobre la crisis y sobre el capitalismo de estado que se desarrolla entre los años veinte y los treinta. Esta fase es emblemáticamente expresada por el esclerosamiento de la teoría catastrofista en la Internacional comunista, por un lado, y por el desarrollo y completamiento de la teoría del ciclo “en el campo burgués” por el otro. Por lo que se refiere a los *Linksradikalen*, el punto crucial y teóricamente más significativo es el debate sobre el libro de Grossmann, que connota la presencia de una *Zusammenbruchstheorie* orgánica fuera de la Segunda y de la Tercera internacional. Lo que distingue a esta fase de la anterior es la caída (determinada por la *debacle* del movimiento de clases) del debate sobre la táctica, que subordinaba la teoría del derrumbe a una contraseña política; de ahí la impresión de una mayor separación de la política, directamente proporcional a la exigencia de un enfoque científico-predictivo de las tendencias de desarrollo del modo de producción capitalista. En

¹¹ Para este orden de problemas véase a G. de Masi y G. Marramao, “Consigne e Stato nella Germania di Weimar. Note storiche per una riflessione teorica”, en *Problemi del socialismo*, cuarta serie, año XVII, núm. 2, abril-junio de 1976, pp. 7-64.

sus más maduras producciones teóricas y analíticas, como veremos, esa actitud producirá un enfrentamiento cerrado y fecundo con el pensamiento económico burgués —Keynes en particular— y con la problemática del intervencionismo estatal.

Para comprender el alcance de estas evoluciones del debate sobre el destino del capitalismo será preciso ahora examinar en primer término las discriminantes internas del “radicalismo de izquierda” en la coyuntura —ya en parte delineada a través de la polémica entre Kautsky y Rosa Luxemburg— de la segunda fase.

En un volumen de 1914 sobre la huelga política, Heinrich Laufenberg¹² —que más adelante llegaría a ser, junto con Wolffheim, el líder y teórico del “nacional bolchevismo”— al hacer un balance de la *Massenstreikdebatte* realizada por la izquierda radical, afirmaba que la huelga de masas era el efecto orgánico de una época social determinada, caracterizada por la fase imperialista del capitalismo. Pero si sobre esta afirmación general, en que se utilizaban como sinónimos “imperialismo” y “actualidad de la revolución”, estaban de acuerdo todos los *Linksradikalen* (que precisamente sobre ella basaron su inicial adhesión a Lenin), no puede decirse lo mismo de las consecuencias que se extraían de ella en términos de análisis de las contradicciones objetivas del capitalismo. En realidad los corolarios de este teorema estaban muy lejos de darse por descontados dentro de la izquierda *mitteleuropea*; y, como veremos, no se homologarán ni siquiera en el ámbito del *Linkskommunismus*, cuando se vuelva organizativamente autónomo, separándose del partido comunista. Es significativo, en este sentido, que ya en la polémica que los ve unidos contra Kautsky se perfila una divergencia entre Rosa Luxemburg y Pannekoek.

III. CRISIS IMPERIALISTA Y “ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN”: LA FASE “LENINISTA” DEL “LINKSRADICALISMUS”

Aun aceptando el nexo luxemburguiano entre imperialismo y acción de masas, Pannekoek tiende a imprimir a la problemática de la relación crisis-revolución una dirección decididamente subjetivista. Su análisis se concentra totalmente en el proceso de progresiva emancipación de las masas de la tutela pedagógico-iluminadora de las organizaciones políticas y sindicales. En dos artículos publicados en la *Neue Zeit*,¹³ que por otra parte constituyen inter-

¹² *Der politische Streik*, Stuttgart, 1914.

¹³ Véase Anton Pannekoek, “Massenaktion und Revolution”, en *Die Neue*

venciones de notable importancia en el debate sobre la táctica de la socialdemocracia, Pannekoek afirma sí que la subjetividad revolucionaria es resultado de contradicciones objetivas inherentes al desarrollo económico, pero añade que en la fase actual ya habría ocurrido una especie de pase de estafeta: mientras las condiciones materiales del socialismo son ya *dadas* (es decir que la objetividad económica habría prácticamente cumplido y agotado su propia función), se trataría ahora en cambio de producir una verdadera animación espiritual del proletariado (es decir, la palabra debe ser pasada sin reserva a la subjetividad). El medio de esa activación son, precisamente, aquellas *Massenaktionen* que el pasivismo reformista denigra como aventureras. Urgida de ese modo, la acción autónoma de la clase obrera se dirigiría espontáneamente hacia la *ruptura* revolucionaria del estado burgués. El tema de la autonomía espiritual del proletariado es acentuado aun más en el segundo artículo, es decir en "Marxistische Theorie und revolutionäre Taktik": La peculiaridad de la fase imperialista no debe buscarse tanto en aspectos estructurales, o en una configuración morfológica nueva y específica de las relaciones de producción capitalista, sino más bien en el hecho de que en ella el proletariado ha conquistado la capacidad de autoorganizarse, habiendo concluido ya el periodo de aprendizaje en el "clásico" capitalismo competitivo, y habiéndose constituido definitivamente como clase autónoma; además, al haber adquirido ya como virtudes permanentes el sentido espontáneo de la organización y de la solidaridad, los obreros deben emanciparse de la tutela del partido y en general de sus organizaciones históricas. En este diagnóstico Pannekoek iba mucho más allá de las posiciones teórico-políticas de Rosa Luxemburg: mientras ésta criticaba el fetichismo del aparato organizativo, sin por ello negar la necesidad y función del partido, Pannekoek veía en este último un resabio del pasado, un residuo superfluo destinado a ser quemado en el "espíritu de solidaridad"; que —paralelamente a la tendencia de la burguesía imperialista a endurecerse, en el temor del próximo fin de su propio sistema de explotación, en posiciones agresivas y reaccionarias— se transmitiría como tendencia a la totalidad del proletariado.

Debe observarse inmediatamente, aparte de la inflexión subjeti-

Zeit, año xxx, 1911-1912, vol. 2, pp. 541-550, 585-593, 609-616 [en esp., "Acción de masas y revolución", en Varios autores, *Debate sobre la huelga de masas* (segunda parte), Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 63, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976], y "Marxistische Theorie und revolutionäre Taktik", *ibid.*, año xxx, 1912-1913, vol. 1, pp. 272-281, 365-373.

vista ya mencionada, la presencia en la posición de Pannekoek de un ingenuo esquema bipolar economicista-etnicista, que lo hace insensible a la exigencia de un análisis de las estructuras económico-sociales e institucionales del sistema capitalista y por lo tanto impotente para captar las dislocaciones internas de la estructura de clases a partir de las modificaciones y de los procesos de transformación que estaban revolucionando la fisonomía del capitalismo "clásico" del siglo xix.

No es casual, por lo tanto, su proposición de integrar la obra de Marx —que consideraba insuficiente en el plano de la elaboración del concepto de emancipación— con la teoría dietzgeniana del "espíritu del proletariado": mientras Marx habría analizado únicamente el condicionamiento del espíritu subjetivo por parte de la economía, Dietzgen en cambio pondría el acento sobre el modo de operar del espíritu visto en su actividad autónoma.¹⁴ Si quisiéramos hacer explícito el supuesto que constituye la base de esta visión, diríamos que la teoría marxiana es condicionada, para Pannekoek, por un residuo iluminista, precisamente de una fase histórica en la que aún era necesario "educar" al proletariado, porque éste no había alcanzado su plena independencia y actividad voluntaria. La raíz de este jacobinismo sería el concepto unilateral de ciencia (sustancialmente positivista y decimonónico) aceptado —por la especificidad de la situación histórica del momento— en la teoría marxiana que por ello habría quedado como una especie de revolución incompleta en el ámbito del pensamiento social: "el significado revolucionario del marxismo", escribe Pannekoek, "consiste en haber hecho de la doctrina de la historia y de la sociedad una ciencia del mismo carácter y de la misma rigurosa legalidad que las ciencias naturales; sus conclusiones, que refutaban todas las antiguas concepciones burguesas, asumieron por lo tanto la certeza de leyes naturales universalmente aceptadas".¹⁵ La tarea que hoy se plantea el movimiento obrero es transferir esa lucha y esa búsqueda del plano de la ciencia objetiva, separada, al plano de la conciencia y de las ideologías. La necesidad de "sacar provecho de la claridad filosófica de Dietzgen en las controversias sobre la táctica" se demuestra *ex negativo* por la enorme influencia ejercida por las "ideas filosóficas burguesas" sobre la corriente revisionista, que abrió las hostilidades con la *Bernstein-Debatte*, es decir con las "primeras discusiones teóricas

¹⁴ Véase Anton Pannekoek, "Dietzgens Werk", en *Die Neue Zeit*, año xxx, 1912-1913, vol. 2, pp. 37-47.

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

sobre los fundamentos del marxismo".¹⁶ Esta operación halla su justificación para Pannekoek en el hecho de que el marxismo debe renovarse profundamente para adaptarse a la nueva situación de la relación entre condicionamientos objetivos y maduración subjetiva (dominio capitalista y clase obrera): mientras entonces "la lucha del proletariado ha sido esencialmente preparación y reunión de las fuerzas" —por lo cual la investigación teórica ha debido asumir en este periodo un carácter predominantemente histórico y económico y, simétricamente, la teoría general del marxismo no ha ido más allá de la advertencia de que "a la revolución del modo de producción se acompaña necesariamente también una revolución de la superestructura política, que el espíritu es determinado por la materia del mundo real y que la realidad del mundo económico da progresivamente existencia a los supuestos previos materiales del socialismo"—,¹⁷ en la fase imperialista actual la tarea primaria es en cambio el redescubrimiento de ese "lado activo" (*tätige Seite*) que había quedado en la sombra en el materialismo económico de Marx y que debe recuperarse con el análisis de la autonomía del proletariado, de su voluntad y de su acción. Sólo así podrá la teoría realizarse completamente, es decir salir de su propia "separación" cientificista y materializarse en la actividad de las masas.

Imperialismo significa, por lo tanto, fase terminal del capitalismo, en cuanto actualidad de la revolución y de su manifestación procesal como acción autónoma de masa: si es cierto que en este supuesto general se encierra toda la aporía interna del discurso de Pannekoek, por otra parte es igualmente indudable que son precisamente las coordenadas de su generalidad las que evidencian el motivo de su momentánea adhesión a Lenin.¹⁸ Las razones de la convergencia coyuntural entre la praxis de los bolcheviques y la línea de los *Linksradikalen* se hallan en la común exigencia de una nueva táctica del movimiento obrero, mediada por la crítica de la "vieja" forma teórica del marxismo, pero sobre todo en el carácter político —al que ya nos hemos referido— de la teoría leniniana de la crisis; carácter que explica la extraordinaria eficacia que tuvo sobre el movimiento en lo inmediato, pero al mismo tiempo también la debilidad y precariedad analítica del enfoque de Lenin de la temática del imperialismo, tal como se evidenciará

¹⁶ *Ibid.*, p. 46.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ La convergencia entre Pannekoek y Lenin en Zimmerwald se halla documentada en H. Lademacher (hrsg.), *Die Zimmerwalder Linke, Protokolle und Korrespondenz*, La Haya/París, 1967.

en el curso de los años veinte y, sobre todo, después de la gran crisis de 1929.¹⁹

Efectivamente, entre 1912 y 1917 el motivo unificador entre la posición de Lenin y la de los "radicales" existía, y aparecía, además de concreto, vistoso: se refería a la actitud frente a la guerra imperialista. Entre 1911 y 1914 Kautsky define y completa su concepción del ultraimperialismo basada en la presunta contradicción entre capital financiero, que sería el verdadero sujeto y protagonista de la política imperialista, y capital industrial, que tendría en cambio una vocación innata hacia la distensión y la coexistencia pacífica, pudiendo expandirse únicamente con la ampliación armónica de los mercados basada en el libre comercio: de este último sector provendrían pues para Kautsky los impulsos positivos hacia el entendimiento internacional y la paz. En base a este análisis llegaba a su conclusión acerca de la posibilidad de romper el frente burgués, promoviendo una alianza con los sectores progresistas de la burguesía, que eran precisamente los que representaban al capital industrial.²⁰ Razón por la cual, en segunda instancia, Kautsky preveía que, una vez derrotado el militarismo nacionalista e imperialista, sostenido por la *clique* de depredadores del capital financiero, habría un pasaje de la competencia interimperialista (es decir de esa tensión conflictual que amenaza permanentemente con convertirse en guerra abierta) a una nueva forma de organización internacional de la producción capitalista, que podría definir como una especie de cartelización de los estados.²¹

Cuando en el congreso de Chemnitz de la Spd (1912) el presidente del partido Haase, Ledebour, Bernstein y el propio Liebknecht

¹⁹ Desde este punto de vista, no nos parece exagerado decir que, en su intento de refundación y puesta al día del análisis estratégico frente a los nuevos problemas planteados por la reorganización capitalista y por el fascismo, Gramsci es una voz aislada en el campo marxista. La línea directriz de su investigación, que parte de la altura del "modelo americano", en nuestra opinión va más allá del "leninismo" y se enfrenta a la nueva "composición orgánica" de la sociedad capitalista, caracterizada por el entrelazamiento de política y economía, estado y relaciones de producción. Véase más adelante el apartado 6.

²⁰ Dicho sea de paso, esta posición representaba una revisión total (introducida sin verificar ni poner nuevamente en discusión sus anteriores postulados) de la hipótesis de la tendencia a la bipolarización de la estructura de clases que Kautsky mismo sostuviera pocos años antes en *Der Weg zur Macht* (1909).

²¹ Por el desarrollo de la teoría kautskiana del "ultraimperialismo", cf. "Der erste Mai und der Kampf gegen den Militarismus", en *Die Neue Zeit*, año xxx, 1911-1912, vol. 2, pp. 107-108, y "Der Imperialismus", *ibid.*, año xxxii, 1913-1914, vol. 2, pp. 920-921.

(que en cambio, el 2 de diciembre de 1915, asumirá una posición radical, rompiendo la disciplina partidaria con su voto personal contra la renovación de los créditos de guerra, y será castigado por ello con la expulsión del grupo parlamentario) adhirieron a ese punto de vista de Kautsky (el congreso efectivamente terminó con una resolución en favor de la paz, del entendimiento entre las naciones, del desarme y del libre comercio), Pannekoek —demostrando una notable agudeza y una gran visión política de largo alcance— no vacilará en definir como ilusorias las esperanzas kautskianas y recalcará que la única salida era la revolución final realizada en primera persona por los obreros.²² De ese modo anticipaba tres años la posición de Karl Liebknecht, quien definirá como "utópica" la lucha de Kautsky contra la "tregua interna", que querían los mayoritarios que habían votado los créditos de guerra para llegar a una paz sin anexiones y a una situación de mayores posibilidades democráticas para el proletariado. La guerra se convierte así en el momento de la verdad del enfrentamiento político entre la línea moderada y oportunista de la socialdemocracia y la línea revolucionaria, y es por lo tanto la actitud práctica frente a ella lo que traza la división entre derecha reformista y *Linksradi kalen*.

Hasta el comienzo de la década del veinte las varias componentes del "extremismo histórico" están unidas primero en el rechazo de todo compromiso con la burguesía, después en la crítica al exogénismo de la Segunda internacional, que consideraba la guerra como una perturbación momentánea del curso socioeconómico "normal", transcurrida la cual, como decía Kautsky, desaparecerían también las "discrepancias" internas del movimiento (es significativo que, aún en la segunda mitad de la década del veinte, Hilferding concibiera la guerra como una violencia exterior caída sobre el ritmo natural de la legalidad económica: cerrado ese paréntesis hubiera sido suficiente volver a poner en marcha el mecanismo, casi como si no se tratara de un efecto orgánico de éste, sino de una transitoria interrupción de un mecanismo automático intrínsecamente perfecto).²³

²² Véase *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der SPD 1912*, Berlín, 1912, p. 423.

²³ En el ya mencionado informe de 1927, Hilferding no se ocupaba, en efecto, de analizar el fenómeno de la guerra y su gravitación sobre la dinámica del desarrollo económico y de las propias relaciones de producción, sino que veía en cambio la fase de crecimiento y de estabilización de los años veinte como una tendencia espontánea-natural sucesiva a la interrupción de la "legalidad económica" (*ökonomische Gesetzmässigkeit*) provocada por la violencia externa del conflicto bélico. Debe observarse aquí la extraordinaria

Para la izquierda, por el contrario, la guerra no era un hecho episódico sino, igual que la victoriosa revolución de octubre, que había sobrevenido mientras tanto para confirmar su análisis, la forma de manifestación histórico-mundial del inminente fin del sistema y de la actualidad de la revolución.

En 1918 Herman Gorter, el otro gran líder y teórico holandés del *Linkskommunismus*, saludando en la revolución de octubre el advenimiento de la era de los consejos obreros, que constituía "un nítido ejemplo [...], ofrecido por el desarrollo del imperialismo a los obreros de la Europa occidental, para que sepan cómo deben actuar para alcanzar la unidad y la victoria", declaraba: "la revolución rusa es la primera revolución hecha enteramente por marxistas según la teoría marxista. Las teorías anarquistas, sindicalistas, reformistas y pseudomarxistas (como, por ejemplo, las kautskianas) se mostraron, en la revolución, inutilizables."²⁴

La revolución de octubre imprime pues un extraordinario movimiento de aceleración al desarrollo político-ideológico de toda la izquierda europea. A partir de 1918, la acción de los *Linksradi kalen*, que hasta entonces se había desarrollado dentro de la socialdemocracia, empieza a asumir un papel político de importancia autónoma. Sin embargo —y aquí llegamos a un punto crucial de nuestro discurso— si se puede decir que antes de los años veinte era completamente indiferente con respecto a las posiciones prácticas el ser defensor o adversario de la teoría del derrumbe, de ahí en adelante, en cambio, ese aspecto empieza a constituir un elemento discriminador no secundario, también en el plano político, dentro del "comunismo de izquierda".

IV. LAS "DOS ALMAS" DEL LINKSKOMMUNISMUS

Como es sabido, en la Kpd habían confluído la Bremer Linke (Internationale Kommunisten Deutschlands) y el Spartakusbund.²⁵

complementariedad de los dos supuestos previos de este diagnóstico hilferdingiano: la noción tecnicista de la economía como mero automatismo y la concepción "exógena" (metaestructural) de las crisis, Hilferding no vio la función de estímulo productivo y acumulativo ejercida por la guerra sobre los sectores impulsores de la industria.

²⁴ Herman Gorter, *Die Weltrevolution* [traducción del holandés], Amsterdam, 1918, pp. 72 y ss.

²⁵ Sobre la fundación de la Kpd véase el volumen documental de H. Weber, *Der Gründungsparteitag der Kpd, Protokoll und Materialien*, Frankfurt/Viena, 1969.

En abril de 1920 se separa del Partido Comunista de Alemania el ala más radical, que funda el Kapd (Partido Comunista Obrero): es el acto de nacimiento oficial —incluso en el plano organizativo del *Linkskommunismus*.²⁶ Pero dentro de la misma Kpd sobrevivían dos almas: la de la "izquierda de Bremen", inspirada por Anton Pannekoek, y la de matriz luxemburguiana. Se retomaron así los hilos de la discrepancia que hemos visto recorrer subterráneamente al frente de la izquierda, a través de las diversas inflexiones de las actitudes de Pannekoek y de Rosa Luxemburg en los años 1906-1913. Ahora, a comienzos de la década del veinte, la divergencia interna de los radicales irrumpe a la luz del sol. Recorramos sintéticamente sus etapas.

En 1922, después de haber tratado de formar una oposición de izquierda dentro de la Comintern (III Congreso), el grupo berlinés de Karl Schröder —vinculado a la llamada *Essener Richtung* ("tendencia Essen")— lanza la consigna de la fundación inmediata de una internacional comunista obrera. La *Berliner Richtung* ("tendencia Berlín") no adhiere a la propuesta, considerando aún inadecuadas las condiciones político-subjetivas. La Internacional de los "radicales" (Internationale Arbeiter-Assoziation) —que inmediatamente después será rebautizada como "Kommunistische Arbeiter-Internationale"— es fundada entonces sólo por la *Essener Richtung* y por la corriente correspondiente del partido comunista obrero holandés (Kpan).

El tema de la discusión era, precisamente, el pronóstico sobre el futuro próximo del capitalismo. Mientras la "tendencia Essen" abrazaba la "teoría de la crisis mortal" (*Todeskrisentheorie*), la "tendencia Berlín" concebía como factor determinante del fin del sistema la solución revolucionaria, producida por la subjetividad autónoma exclusiva de la clase obrera. Es interesante observar que estas dos alas opuestas se remitían respectivamente a Gorter y a Pannekoek, a quienes Lenin en su polémica contra el "extremismo" había definido en común. En efecto, las tesis fundadoras de la Kai (Kommunistische Arbeiter-Internationale) están sustancialmente contenidas en la "Carta abierta al compañero Lenin", escrita por Gorter en 1920 en respuesta al *Extremismo*.

En esta obra del "tribunista" • holandés encontramos, además

²⁶ Véase "Ester Aufruf der Kpd" (1920), en *Der deutsche Kommunismus. Dokumente 1915-1945*, editado y comentado por H. Weber, Köln, 1963, pp. 3-4. Para la historia del "comunismo de izquierda" centroeuropeo, véase H. M. Bock, *Syndikalismus und Linkskommunismus von 1918-1923*, Melsheim am Glen, 1969; E. Rutigliano, *Linkskommunismus e rivoluzione in Occidente*, Bari, 1974 (ambos volúmenes incluyen un apéndice con documentos).

• Tribunistas: grupo de izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata Ho-

de la tesis, común a todo el *Linkskommunismus*, del carácter "burgués" de la revolución rusa en cuanto revolución campesina, un nexo de interdependencia entre la necesidad estratégica de garantizar y salvaguardar el carácter obrero "puro" de la revolución europea y la previsión de la "crisis mortal", de donde se hacía derivar la exigencia vital e impostergable de una "internacional obrera": "La teoría", escribía Gorter, "nos enseña que el capital está concentrado en los bancos, en los trusts y en los monopolios de manera formidable. En efecto, en Occidente y particularmente en Inglaterra y en Alemania, esos bancos, trusts y cárteles han integrado casi todo el capital de los diversos ramos de la industria, del comercio, de los transportes e incluso de gran parte de la agricultura. Debido a esto, toda la industria, chica o grande, todas las relaciones, chicas o grandes, todo el comercio chico o grande y la mayor parte de la agricultura tanto grande como pequeña, han pasado a depender completamente del gran capital, y han sido incorporadas a él."²⁷ La conclusión que extraía de ese análisis de la concentración capitalista era sin duda la de la inminencia de la crisis resolutive y del advenimiento de la revolución; sin embargo, asomaba una duda que ya de por sí indicaba una grave *impasse* teórica: "ciertamente el capital está terriblemente debilitado. La crisis llega y, con ella, la revolución. Y yo creo que la revolución triunfará. Pero existen dos causas que mantienen todavía la solidez del capitalismo: son la esclavitud espiritual de las masas y el capital financiero".²⁸

Se perfilaba así en el diagnóstico de Gorter esa oscilación entre derrumbe y reorganización autoritaria del capitalismo que caracterizará al *Linkskommunismus* en todo el periodo entre las dos guerras y que hundía sus raíces precisamente en aquel marxismo

landés, que editó desde 1907 el periódico *De Tribune*. En 1909, los tribunistas fueron excluidos del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés y organizaron su propio partido (el Partido Socialdemócrata de Holanda), pero no representaron el ala izquierda del movimiento obrero de Holanda, formaron un partido consecuentemente revolucionario. En 1918, los tribunistas participaron en la creación del Partido Comunista de Holanda.

El periódico *De Tribune* fue desde 1909 órgano del Partido Socialdemócrata de Holanda, y desde 1918 órgano del Partido Comunista; apareció con este título hasta 1940. [E.]

²⁷ H. Gorter, *Offener Brief an den Genossen Lenin. Eine Antwort auf Lenins Broschüre der Radikalismus, eine Kinderkrankheit des Kommunismus*, Berlin, s.f. (pero 1921), ya en A. Pannekoek, H. Gorter, *Organisation und Taktik der proletarischen Revolution* (hrsg. und eingeleitet von Hans Manfred Bock, Frankfurt, 1969, p. 77 (en esp., *Carta abierta al camarada Lenin*, en Lenin-Gorter, *Jefes, partido y masas*, México, Grijalbo, 1971).

²⁸ *Ibid.*, p. 79 (trad. it. cit., p. 203).

de la Segunda internacional que los radicales creían haber superado definitivamente. Y en efecto, no es casual que en esa respuesta a Lenin el tribunist holandés retomara la teoría (que ya había sido de Kautsky) del predominio del capital financiero como máximo factor de concentración y de englobamiento de todos los ramos de la producción y como tejido conjuntivo, tanto más fuerte cuanto más elástico, de todos los estratos sociales de función anti-obrera: "la sociedad y el estado moderno europeo-occidental (y americano) forman un gran conjunto estructurado hasta sus ramas más lejanas, y dominado, puesto en movimiento y regulado por el capital financiero; [...] la sociedad es aquí un cuerpo organizado, según el modelo capitalista pero sin embargo organizado; [...] el capital financiero es la sangre de ese cuerpo que fluye por todos los miembros y los nutre; [...] ese cuerpo es un todo orgánico y [...] todas sus partes deben a esa unidad su extrema vitalidad de modo que todas se mantienen unidas a ella hasta la muerte real. Todas excepto el proletariado que es el que crea la sangre, el plusvalor. A causa de esta dependencia de todas las clases del capital y de la potencia formidable de que dispone, todas las clases son hostiles a la revolución y el proletariado está solo. Y como el capital financiero es la potencia más elástica y dúctil del mundo, y sabe centuplicar ulteriormente su influencia con el crédito, logra mantener unidas a la clase, la sociedad y el estado capitalista, aun después de esta terrible guerra, después de la pérdida de decenas de millones, y en una situación que nos aparece ya como su bancarrota. Al contrario, logra unir más estrechamente a todas las clases en torno a sí (con la excepción del proletariado) y organiza su lucha común contra el proletariado. Esa potencia, esa elasticidad, ese sostén mutuo de todas las clases, son capaces de subsistir por mucho tiempo aun después del estallido de la revolución."²⁸

La falta de relación entre los dos momentos del análisis de la crisis revolucionaria como fase connatural a la acción obrera autónoma y de la descripción de las tendencias a la concentración bajo la égida del capital financiero explica la ausencia, en el discurso de Gorter (pese a todo muy estimulante y rico en intuiciones), de cualquier interés por los efectos estructurales-institucionales del paso de la anarquía de la competencia a la reorganización "despótica" de la economía y de la sociedad bajo el control de una única instancia. Pero si la acentuación —en muchos aspectos ideológica, en cuanto no es apoyada por una investigación económica específica— de la importancia del capital financiero debe

²⁸ Ibid.

verse en relación con los límites teóricos del movimiento obrero en aquellos años (a los que no es ajeno ni siquiera *El imperialismo* de Lenin),³⁰ el diagnóstico simplista, que reducía el complejo problema de la estructura de clases de las sociedades occidentales a un frágil esquema bipolar basado en la contraposición entre proletariado y burguesía (en que se daba por descontada la adhesión de todos los demás estratos sociales a la política del capital financiero), era en realidad un motivo derivado de la tradición de la Segunda internacional de matriz kautskiana, pero que volveremos a encontrar activo, después del "giro a la izquierda" de 1929, en la táctica "clase contra clase" de la Internacional comunista. En la base de las aporías del *Linkskommunismus*, pues, había indudablemente una profunda inadecuación de los instrumentos de análisis del desarrollo capitalista, que le impedían comprender el carácter endógeno, es decir orgánico, de la crisis, la estrecha relación entre crisis y reordenamiento político-institucional y, en consecuencia, captar la tendencia al cambio de la dinámica de clase individualizando sus raíces en la reorganización del sistema de fábrica y del trabajo social en su conjunto. Sin embargo, el hecho de que este déficit teórico se manifieste ostentosamente en los representantes clásicos del "comunismo de izquierda" no significa que sea una prerrogativa exclusiva de

³⁰ Al respecto no es posible callar que la precariedad de la base teórica del análisis de Lenin está en el excesivo énfasis de los aspectos parasitarios del sistema capitalista, cuyo efecto específico puede observarse en la discrepancia entre el diagnóstico de los procesos de concentración y de reorganización de las relaciones de producción y la caracterización del imperialismo como "capitalismo de transición o, más propiamente, como capitalismo organizante" (*El imperialismo, fase superior del capitalismo* [1916], en V. I. Lenin, *Obras completas*, Moscú, s.f., tomo 1, p. 794). En este sentido podemos compartir la observación de Fernando Claudín, según la cual si por un lado Lenin capta el aspecto monopolista, por el otro acentúa el concepto de agravamiento acumulativo de las contradicciones (cf. *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform*, París, Ruedo Ibérico, 1970, p. 32). Eso no nos autoriza sin embargo a afirmar que Lenin deriva sin revisión crítica de los teóricos ortodoxos y "centristas" de la Segunda internacional la concepción de la madurez y agonía del capitalismo occidental. En realidad una hipostatización doctrinaria de la previsión catastrófica, que reproduce algunas leitmotiv del marxismo de la Segunda Internacional comunista (especialmente en los años 1928-1934), pero no en Lenin; éste en efecto cabe en lo que hemos definido como "segunda fase" de la teoría de la crisis, que hunde sus raíces no en un prejuicio escolástico o metafísico, sino en un análisis político de las relaciones de fuerza a nivel mundial, que Gramsci —reflexionando, en los años de cárcel, sobre las razones de la derrota de la revolución en Occidente— pondrá en relación con la fase estratégica de la "guerra de movimiento".

éste. Es más bien un límite, común también a las "tradiciones mayoritarias" —socialista y comunista— del movimiento obrero, y que, más allá de la paradoja, el "extremismo histórico" comparte con la Tercera internacional. Son pocas y aisladas, como veremos, las reflexiones en el campo marxista que se cimentarán con los niveles más elevados de la reorganización social y económica de la relación capitalista para reformular a esa altura los términos del discurso sobre la crisis y sobre su relación con la estrategia.

V. LA FASE TEÓRICA DEL COMUNISMO DE IZQUIERDA Y LOS NUEVOS TÉRMINOS DEL PROBLEMA DE LA CRISIS

La división interna del *Linkskommunismus* —sancionada oficialmente por la escisión de 1924—³¹ entre quienes desarrollaban el aspecto subjetivo del discurso (y por lo tanto ponían el acento en la posibilidad de absorción de las crisis económicas y en la concentración progresiva del sistema mundial de explotación) y los "neoderrumbistas", ocultaban un nudo no resuelto que estaba en la base de la oposición: en ninguna de las dos tendencias se podía hallar un análisis combinado de transformaciones estructurales y cambios politicosociales. En lugar de ello, en ambas se volvía al "clásico" dualismo de ley económica y factor subjetivo que, disolviendo el problema del estado en el del "dominio ideológico" o "espiritual" de la burguesía sobre el proletariado, los hacía de hecho equivalentes en su esterilidad política. No es casual que aun en las consideraciones de Gorter mencionadas más arriba, a la hipostatización del proceso de concentración del capital financiero correspondiera, en la vertiente que hubiera de-

³¹ Sobre la escisión de 1924 (entre la tendencia-Essen, que profesaba la teoría de la crisis mortal del capitalismo y la necesidad de una organización internacional obrera lista para actuar como catalizador en el inminente estallido insurreccional, y la tendencia Berlín, opuesta a la fundación de la KAI y vinculada a los "consejistas" holandeses que aceptaban la crítica pannekoekiana de la *Zusammenbruchstheorie*), sobre los varios filones y tendencias del "comunismo de izquierda", y, más específicamente, sobre las diferencias entre *Linkskommunismus* y *Rätekommunismus*, véase Claudio Pozzoli, "Paul Mattick e il comunismo dei consigli" en Varios autores, *Il comunismo difficile. I comunisti dei consigli e la teoria marxiana dell'accumulazione e delle crisi*, Bari, 1976. Sobre el *Rätekommunismus* son significativas además las páginas introductorias del conocido exponente del comunismo de los consejos Cajo Brendel al primer volumen de las obras de Pannekoek (de próxima publicación por una pequeña editorial de Berlín Oeste): *Neubestimmung des Marxismus*, vol. I, Berlín (West), 1974.

bido ser política, aquel aspecto del "poder espiritual", de la *geistige Macht*, que desempeñaba un papel decisivo en la concepción "antiderrumbista" de Pannekoek (y que, en última instancia, no era algo muy distinto del planteamiento socialdemócrata, que buscaba la razón de las crisis o de los éxitos del capitalismo en el "factor moral").

Que la incapacidad de llegar a una refundamentación estratégica ponía en duda, en los trágicos años weimarianos, los propios postulados fundamentales de la *Weltanschauung* del movimiento ya estaba claro para las inteligencias más lúcidas y advertidas de la "izquierda europeo-occidental". Basta pensar que, precisamente a principios de la década del treinta, un intelectual como Karl Korsch recomenzaba sin vacilación a hablar de "crisis del marxismo": "El marxismo como movimiento y como teoría se encuentra hoy en una crisis. No se trata ya de una crisis dentro del marxismo, sino de una crisis del propio marxismo. La crisis consiste exteriormente en el derrumbe completo de la posición dominante que el marxismo había asumido en el periodo anterior a la gran guerra en todo el movimiento obrero europeo, en parte realmente, en parte sólo en apariencia. Interiormente, la crisis consiste en la transformación de la teoría y praxis marxista mismas, evidentísima en el cambio de actitud de los marxistas hacia el estado y hacia el sistema estatal burgués en general. Es una concepción superficial y falsa ver la esencia teórica de la crisis actual simplemente en el hecho de que la teoría revolucionaria de Marx y Engels ha sido deformada en manos de los epígonos y parcialmente también abandonada y oponer a ese marxismo deformado y falseado la 'doctrina pura' del marxismo de Marx y Engels. La crisis actual del marxismo significa más bien en su razón última también una crisis de la teoría de los propios Marx y Engels. La separación ideológica y doctrinaria de la 'doctrina pura' del movimiento histórico real, incluyendo el desarrollo de la teoría, es en sí misma una forma de la crisis en curso."³²

Lo que sin embargo permanecía en la sombra en la denuncia korschiana de la fractura entre la teoría y el movimiento era el problema de la verificación de los supuestos metodológicos y de las coordenadas conceptuales del análisis del desarrollo capitalista aceptadas desde entonces en el movimiento obrero; verificación tanto más necesaria, si se piensa que es precisamente entre la década de 1920 y la de 1930 que el pensamiento económico y social burgués vive una estación de extraordinaria fecundidad. Viendo

³² "Krise des Marxismus" (1913), en Karl Korsch, *Die Materialistische Geschichtsauffassung* (hrsg.) von E. Gerlach, Frankfurt, 1971, p. 167.

bien, era precisamente esta circunstancia lo que hacía macroscópica la pobreza y la inadecuación del debate interno del *Linkskommunismus*.

La obra de Henryk Grossmann, situándose en el punto de encuentro entre "teoría burguesa" y movimiento obrero,⁸³ marca un giro decisivo, haciendo en parte salir de esa *impasse* y abriendo una nueva fase de discusión, caracterizada por un enfoque diverso de la problemática del destino del capitalismo, y dejando una herencia que —en los años de la derrota obrera y del fascismo— permitirá a todo un grupo de intelectuales weimarianos y de "comunistas consejistas" enfrentarse a las nuevas tendencias y formas organizativas de la economía capitalista, de los regímenes nazifascistas al *New Deal*, a través de una profundización de la categoría "capitalismo de estado". El libro de Grossmann *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*⁸⁴ aparece en 1929, simultáneamente con la gran crisis y se difunde en la fase del reflujo y la liquidación del movimiento. Su revisión elíptica de la *Zusammenbruchstheorie*, por lo tanto, no podía (ni por otra parte pretendía) ser un instrumento directo de batalla política: es decir, no era un libro militante en sentido estricto. Eso, sin embargo, no reduce su alcance histórico, comprensible solamente para quien se esfuerza por captar sus aspectos innovadores frente a los problemas generales del movimiento obrero de aquellos años. El programa grossmanniano de una exposición científica de las tendencias de desarrollo del capitalismo no se formula sobre la base (o al mismo nivel) de las precedentes teorías de la crisis. Es más, éstas son preliminarmente sometidas a una doble crítica: 1] por mantenerse inmóviles en un supuesto previo y rígido de subconsumo; 2] por no distinguir (y hacer por lo tanto inferencias indebidas) entre "plano lógico" y "plano histórico" (exposición científica de las leyes tendenciales y movimiento real), tanto en la defensa como en la crítica del análisis marxiano del capitalismo. No podemos detenernos aquí sobre el modo sumamente articulado

⁸³ Grossmann estuvo efectivamente vinculado al historiador y politólogo Carl Grünberg, cuyo *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung* representó por veinte años (1911-1930) uno de los puntos de encuentro más interesantes e importantes entre *Geisteswissenschaften* "burgueses" y *Weltanschauung* "marxista". Sobre Grünberg y sus relaciones con el austromarxismo véase el ensayo de Günter Nenning incluido en el *Indexband* de la reimpresión del Grünberg-Archiv, Graz, 1973, especialmente las pp. 103 y ss.

⁸⁴ Henryk Grossmann, *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, Leipzig, 1929 (reimpresiones: Frankfurt, 1967 y 1970). [En esp., *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1979.]

en que Grossmann desarrolla esa crítica de doble filo en la obra mayor y en los ensayos de carácter "epistemológico",⁸⁵ por lo que nos limitaremos a destacar sus aspectos más generales, que sin embargo deberían dar ya la medida de la originalidad y ruptura cualitativa con respecto al debate anterior sobre la crisis.

El rasgo característico de la teoría de Grossmann —tal como surge especialmente en comparación con *La acumulación de capital* de Rosa Luxemburg o con los análisis del imperialismo de la misma época del luxemburguiano Sternberg⁸⁶ es la profundización de los elementos epistemológicos discriminadores entre la estructura lógica (y la funcionalidad interna) de las categorías de Marx y la de los dos clásicos. Esto permite a Grossmann recuperar la capacidad hermenéutica de la teoría del valor en relación con el nexo de producción y reproducción. De aquí arranca para su crítica de las diversas formas de subconsumismo y para el reconocimiento de la común matriz "exogenista" de las explicaciones derrumbistas y planistas de los mecanismos de desarrollo. A pesar de la subsistencia de vestigios del sociologismo de la Segunda internacional (visibles en la definición de la relación abstracto-concreto en términos de "procedimientos de aproximación" o "método de aislamiento"),⁸⁷ la crítica grossmanniana al desplazamiento del eje de desarrollo de la crisis hacia la realización del plusvalor (mercado) expresaba una fuerte exigencia de adecuación del análisis marxista al carácter complejo del desarrollo del sistema, que debía ser captado en su unidad productivo-reproductiva, antes que en el esquema dual producción-subconsumo.

Al comienzo de la década de 1930, la obra de Grossmann ya era conocida y discutida no sólo dentro de la izquierda europea sino también entre los grupos de *Linksradikele* emigrados a los Estados Unidos. Precisamente en esos años los "United Workers of America" publicaron un manifiesto en que prácticamente asumían la teoría grossmanniana como base teórica para una nueva orientación del movimiento obrero. Ese manifiesto dio a Pannekoek oportunidad de reabrir la polémica en torno a la teoría del derrumbe

⁸⁵ Reunidos ahora en traducción al español en H. Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 79, México, 1978.

⁸⁶ Véase Fritz Sternberg, *Der Imperialismus*, Berlin, 1926 [En esp. *El imperialismo*, México, Siglo XXI, 1979.] Véase al respecto la agudísima crítica de Grossmann en *Ensayos sobre la teoría de la crisis*, cit.

⁸⁷ Sobre la *Annäherungsverfahren* y la *Isolierungsmethode* de Grossmann véase la introducción de Gabriella M. Bonacchi a los *Saggi sulla teoria delle crisi*, Bari, De Donato, 1975, [En la edic. en español de los Ensayos, véase pp. 9-58.]

en el órgano teórico del "comunismo de los consejos" europeo —la *Rätekorrespondenz*.

En ese artículo Pannekoek retomaba sustancialmente los argumentos antiderrumbistas ya utilizados veinte años antes en los debates sobre las crisis, y acusaba a Grossmann de tener una visión burguesa de la "necesidad económica", que sería para él una mítica "potencia extrahumana". La base teórica de la crítica era una vez más el postulado abstracto (no mediado analíticamente) de la unidad y compenetración recíproca del lado objetivo y el lado subjetivo, la economía y la política: "La economía, como totalidad de los hombres que trabajan y se afanan por sus necesidades vitales, y la política (en sentido amplio), como totalidad de los hombres que por sus necesidades vitales operan y luchan en cuanto clase, constituyen un ámbito único que se desarrolla según leyes precisas."³⁸ Se evidenciaba así que el subjetivismo activista de Pannekoek no sólo era incapaz de enfrentarse con la instrumentación metodológica del libro de Grossmann, sino que, puesto frente a la necesidad de mostrar alternativas enunciados teóricos, se veía obligado a retirarse al alvéolo de la vieja concepción de la *Gesetzmässigkeit* de la Segunda internacional, de la que el desdoblamiento en economicismo y voluntarismo ético constituía, en última instancia, una variante.³⁹ Pero el aspecto que más nos interesa destacar aquí es la aparición, en la parte final del artículo, de la previsión de un "capitalismo organizado" de tipo autoritario, de la cual sin embargo, todavía no se hace seguir como consecuencia necesaria una integración (o derrota irreversible) de las masas, sino una aceleración y expansión del proceso de unificación total de la clase obrera. "No un derrumbe económico del capitalismo, sino la inaudita expansión de su potencia en toda la tierra, llevará —a través de la agudización de los contrastes políticos producidos por el reforzamiento del poder interno— al proletariado a recurrir a las acciones de masa, con el fin de reunir y unificar las fuerzas de toda la clase. En esa dislocación del poder está pues la razón de la nueva orientación del movimiento obrero."

³⁸ Anton Pannekoek, "Die Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus", en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 1, ahora en K. Korsch-P. Mattick-A. Pannekoek, *Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus oder revolutionäres Subjekt*, Berlín (Occidental), 1973, p. 38 [en esp., *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 78, México, 1978, p. 79.]

³⁹ He intentado tratar los problemas relativos a este debate en mi ensayo "Teoria della crisi y 'problemática della costituzione'", en *Critica marxista*, núm. 2-3, 1975, reproducido ahora con algunas modificaciones y agregados en el volumen colectivo *Il comunismo difficile. I comunisti dei consigli e la teoria marxiana dell'accumulazione e delle crisi*, cit.

ro.⁴⁰ Aun cuando es posible discernir en este pronóstico cómo se perfila tenuemente esa exasperada ideologización de la categoría de "capitalismo de estado" que será realizada en la década de 1940 por algunos teóricos ultraizquierdistas (entre ellos el propio Korsch) para la cual el proceso de concentración capitalista sería la inversión especular del proceso de socialización total de la clase obrera,⁴¹ la intervención de Pannekoek se revelaba una vez más muy pobre de indicaciones acerca del problema estratégico del análisis de los nuevos fenómenos del proceso capitalista. Tampoco era, por otra parte, casual, que el método de su crítica a Grossmann denunciara un enfoque de la teoría y de la crisis mucho menos diferenciado y articulado que el intentado un año antes por Korsch en la revista *Proletarier* en el ensayo "Algunos supuestos básicos para una discusión materialista de la teoría de las crisis", que hemos mencionado en la primera parte de esta relación.

"Una grave laguna en la forma en que se ha conducido hasta ahora la discusión sobre las crisis, particularmente en las corrientes de izquierda y de extrema izquierda del movimiento obrero", escribía Korsch, "consiste en el hecho de que en esos grupos a menudo se ha buscado una teoría de la crisis 'revolucionaria' en sí, casi como en el medioevo se buscaba la piedra filosofal. En cambio, se ve fácilmente en los ejemplos históricos que la posesión de una teoría supuestamente altamente revolucionaria de las crisis dice poco sobre el grado de desarrollo efectivo de la conciencia de clase y de la disponibilidad revolucionaria para la acción de los grupos o personas que profesan esa teoría."⁴² Si prescindimos un momento del supuesto implícito en el enfoque korschiano (y que se aclara inmediatamente si se compara el trabajo precedente sobre la crisis del marxismo), no es posible dejar de apreciar la novedad implícita en la distinción entre enunciados políticos y "paradigmas" científicos de la *Krisentheorie*. El elemento discriminador entre las varias teorías de la crisis que han asomado al escenario del movimiento obrero no debe buscarse en su construcción con-

⁴⁰ Anton Pannekoek, art. cit. p. 44 [véase op. cit., p. 83].

⁴¹ Son paradigmáticas, en ese sentido, las discusiones publicadas en *New Essays*, la revista de Paul Mattick (sobre la cual volveremos más adelante). Sobre los desarrollos extremos de la reflexión korschiana véase G. E. Rusconi, Introducción a K. Korsch, *Scritti politici*, 2 vols., Bari, 1973. [Esta introducción ha sido traducida al español. Véase "Autonomía obrera y contrarrevolución", *Cuadernos políticos*, núm. 14, octubre-diciembre de 1977.]

⁴² K. Korsch, "Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie", en *Proletarier, Zeitschrift für Theorie und Praxis des Rätekommunismus*, núm. 1, febrero de 1933, reimpreso en K. Korsch-P. Mattick-A. Pannekoek, op. cit., p. 91 [¿Derrumbe del capitalismo...? cit., p. 107.]

ceptual interna o en sus fundamentos metódicos, sino más bien en la *actitud* que las anima.

De ahí extraía Korsch el criterio de orientación para realizar un balance de conjunto de las discusiones sobre las crisis y distinguía dos tipos fundamentales de *Krisentheorie*:

1] El primer tipo sería la "teoría socialdemócrata oficial de las crisis", que —derivada directamente de Bernstein— tendría como representantes máximos a Hilferding, Lederer, Tarnow y Naphtali;

2] El segundo tipo coincidiría en cambio con la "teoría objetivista de la crisis", formulada clásicamente por Rosa Luxemburg en *La acumulación de capital* y continuada después por Sternberg y Grossmann.

La característica de las teorías subjetivistas de la crisis —que en el curso de la década de 1920 desembocan en la concepción del "capitalismo organizado"— es "la de siempre *reflejar ideológicamente* la fase cada vez *pasada* del movimiento real de la economía capitalista, contraponiéndola a la cambiada realidad presente como 'teoría' fija, rígida".⁴³ A diferencia de Pannekoek, Korsch capta bien los riesgos políticos de semejante concepción, que en realidad destruye "todos los fundamentos objetivos del movimiento de clase proletario", reduciendo la estrategia para el socialismo a una mera "exigencia moral".⁴⁴

Por otra parte, la teoría objetivista de la crisis "que concibe una tendencia económica de desarrollo objetivamente dada y predeterminada en su objetivo final, que trabaja más con la imaginación que con conceptos científicos unívocamente determinados, y que además se basa en una inducción (en un conocimiento experimental) insuficiente", no le parece a Korsch "capaz de suministrar la seria garantía de la acción consciente de la clase proletaria en lucha por sus objetivos propios, necesaria para la guerra de clase de los obreros como para cualquier otra guerra".⁴⁵

A esas dos actitudes Korsch opone la "actitud activista-materialista" (única digna de "la calificación de auténticamente materialista en el sentido de Marx"), que "considera todo el problema relativo a la necesidad objetiva o inevitabilidad de las crisis capitalistas, planteada en estos términos genéricos, carente de sentido para los fines de una teoría práctica de la revolución proletaria. Esta actitud concuerda con el crítico revolucionario de Marx, Georges Sorel, cuando éste ya no atribuye a la tendencia general del capitalismo la catástrofe producida por la insurrección de la

⁴³ *Ibid.*, p. 96 [op. cit., p. 129].

⁴⁴ *Ibid.* [op. cit., p. 129].

⁴⁵ *Ibid.*, p. 97 [op. cit., p. 130].

clase obrera —presentada por Marx en un lenguaje 'dialéctico' fuertemente teñido de elementos idealistas, filosóficos— el valor de una previsión científica, sino únicamente el de un 'mito', cuya significación se resuelve enteramente en la determinación de la acción *presente* de la clase obrera."⁴⁶ A pesar de su fuerte inflexión subjetivista, Korsch no intentaba aquí disolver las nervaduras categoriales del análisis marxiano en un activismo genérico, ni mucho menos replantear una nueva forma de sindicalismo revolucionario, sino que más bien expresaba provocativamente la exigencia de una "desagregación" de la predicción morfológica de Marx (piénsese, por otra parte, en la función del "mito" en el interior de la recuperación del marxismo por parte de Gramsci, a partir de la "escisión" real reflejada en la *Revisionismus-Debatte*), como condición *sine qua non* para hacerla hermenéutica y prácticamente eficaz. "La actitud materialista", se apresuraba efectivamente a añadir, "disiente sin embargo de Sorel cuando quiere *limitar* en general también la función de cualquier futura teoría social de la revolución a la creación de un mito semejante. Más bien considera que, a través de una investigación empírica (*empirische Erforschung*) cada vez más exacta y profunda del actual modo de producción capitalista y de sus observables tendencias inminentes de desarrollo, pueden hacerse ciertas predicciones que, aunque limitadas, son suficientes para la acción práctica."⁴⁷

Sin embargo, al definir en esta forma, indudablemente sugestiva, la "actitud activista-materialista" (que hacía remontar a la crítica leniniana de 1894 contra "el subjetivismo del revolucionario populista Mijailovski y el objetivismo del por entonces teórico-guía marxista Struve"),⁴⁸ Korsch pasaba por encima de un nudo teórico fundamental: el problema relativo a la no linealidad de la relación entre "lógico" e "histórico" en el análisis marxiano del capitalismo. Como he tratado de demostrar en otra parte,⁴⁹ esta aporía del discurso korschiano —que se manifiesta en una declarada indiferencia por la modalidad específica en que ocurre la asunción de las "leyes" que explican la realidad capitalista—⁵⁰

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 97-98 [op. cit., pp. 130-131].

⁴⁷ *Ibid.*, p. 98 [op. cit., p. 131].

⁴⁸ *Ibid.* [op. cit., p. 131].

⁴⁹ Véase *supra*, nota 38.

⁵⁰ Para definir la teoría objetivista de la crisis (en cuya generalidad pudo reunir a Sternberg y a Grossmann, que sin embargo habían polemizado asperamente entre sí precisamente sobre los fundamentos analítico-metodológicos de la explicación de las crisis), Korsch escribe: "No tiene importancia aquí el tipo de asunción de leyes objetivas del mecanismo de producción capitalista

debe verse en relación con una incomprensión del papel estratégico que tiene en *El capital* la distinción entre modo de investigación y modo de exposición (*Forschungs- und Darstellungsweise*).⁵¹ En este sentido, las importantes puntualizaciones teóricas con que Paul Mattick tomaba en *Rätekorrespondenz* la defensa de Grossmann sonaban como una respuesta no sólo a la crítica de Pannekoek, sino también al más complejo intento korschiano de "pragmatización de la dialéctica".⁵² Lo que en Grossmann se criticaba como óptica "economicista", como limitación del análisis a los aspectos "puramente económicos", era en realidad el resultado de una aplicación científica de la noción marxiana de dialéctica, que no coincide ni con un reverenciamiento genérico ni con el postulado filosófico de la "unidad de los opuestos": "Ni siquiera para Grossmann", escribía Mattick, "existen problemas 'puramente económicos'. Eso sin embargo no le impide limitarse por razones metodológicas, en su análisis de la ley de la acumulación, a la definición de supuestos puramente económicos, ni llegar así a captar teóri-

de las cuales se deduce en particular la necesidad económica de su derrumbe inminente, objetivamente garantizado" (*Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie*", cit., pp. 96-97 [véase op. cit., pp. 129-130]).

■ Sobre este problema (y en general para una crítica del marxismo de Korsch) véase el importante ensayo de Leonardo Ceppa, "La concezione del marxismo in Karl Korsch", en Varios autores, *Storia del marxismo contemporaneo*, cit., pp. 1231-1259. Al respecto deben tenerse presentes también las recientes observaciones críticas de Giuseppe Vacca (cf. "Una figura della scissione trametica delle forme e analisi dei processi nel marxismo europeo fra le guerre [Karl Korsch 1923-1938]", en *Problemi del socialismo*, 4ª serie, año xvii, abril-junio de 1976, pp. 129-204 [traducido al español e incluido como introducción a Karl Korsch, *Teoría marxista y acción política*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 84, México, 1979, pp. 7-81]). A la luz de las penetrantes consideraciones de Vacca quiero precisar aquí que esta "carencia" de Korsch no invalida ciertamente su conocimiento del lado metodológico en sentido estricto del problema; lo que se le escapa es, más bien, la función estratégica de esa distinción, que es determinante para los fines de la instauración de una relación correcta entre teoría (morfológica) de la historia —tal como emerge de la crítica de la economía política— y teoría (científica) de la política.

■ Tomo en préstamo esta expresión de Gian Enrico Rusconi, "Tensione tra scienza e azione politica in Karl Korsch", introducción a Karl Korsch, *Dialéctica e scienza nel marxismo*, cit. La "pragmatización" es en nuestra opinión indicio de la falta de Korsch de aquella teoría de la reproducción que representa el soporte colectivo de crítica de la economía política y ciencia de la política. De ahí —como ha observado oportunamente G. Vacca (art. cit., p. 158)— la separación y la inmediata traslación entre fases "epocales" del modo de producción y análisis empírico de las luchas de clase concretas, que le impide un análisis "integral" (económico-político) y diferenciado de los procesos de desarrollo internos de la formación social capitalista.

camente un punto-límite objetivo del sistema. El reconocimiento teórico de que el sistema capitalista, por sus contradicciones internas, debe necesariamente ir hacia el derrumbe no induce en absoluto a considerar que el derrumbe real sea un proceso automático, independiente de los hombres".⁵³ El análisis marxiano real del modo de producción, sino porque refleja la historia vas estructurales a través del estudio de las formas en que se reproduce la contradictoria relación fundamental entre fuerzas productivas y relaciones de producción en el paso de la reproducción simple a la reproducción ampliada.

Si por un lado el desequilibrio y la crisis no empiezan por la desproporción entre producción y mercado (es decir por las dificultades de realización), sino ya con la reproducción simple, por el otro la constante de este proceso de transformación es el afirmarse en escala social de conjunto de la forma-valor: en este sentido, concluía Mattick, el "movimiento del capital sobre la base del valor no es otra cosa que [...] el movimiento dialéctico de la sociedad misma".⁵⁴ El desconocimiento de la especificidad irreducible del método dialéctico marxiano ha impedido tanto a los revisionistas como a los ortodoxos captar el significado profundo de ese "automovimiento del capital" en que se basa la teoría marxiana de la crisis.⁵⁵ Es interesante observar que por esa vía Mattick llegará más tarde a denunciar el "vicio epistemológico" que estaba en la base de la célebre polémica entre Böhm-Bawerk y Hilferding sobre el problema de la transformación de los valores en precios: los esfuerzos de Marx al respecto se referían a "la exigencia teórica de probar la validez de la ley [del valor] frente a una realidad que parecía contradecirla. Para descubrir si las relaciones de valor determinaban o no las relaciones de precio y de mercado era necesario una teoría de los precios coherente con la teoría del valor. La 'transformación' de los valores en precios de producción satisface esa exigencia teórica. Para Marx, el problema de la determinación de los precios individuales no tenía ningún interés real; lo que contaba eran únicamente las relaciones de valor y la certeza de que la divergencia entre valor y precio en la realidad no invalidaba ni desde el punto de vista ló-

■ Véase Paul Mattick, "Zur Marxschen Akkumulations und Zusammenbruchtheorie", en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 4, reimpresso en Karl Korsch, Paul Mattick-Anton Pannekoek, op. cit., pp. 47-48. [Derrumbe del capitalismo...], cit. pp. 86-97.]

■ Ibid., p. 49 [op. cit., p. 88.]

■ Cf. Ibid., p. 50 [op. cit., p. 88.]

gico ni desde el punto de vista práctico el concepto de valor como clave de las 'leyes fundamentales' de la producción capitalista." 56 La divergencia entre valor y precio no invalida, pues, la teoría del valor-trabajo precisamente porque la naturaleza esencial del concepto del que se deducen las "leyes fundamentales" del sistema y de su *tendencia* dominante de desarrollo no se plantea respecto a los fenómenos del desarrollo histórico en una relación de determinación lineal. Este supuesto epistemológico central de la "ciencia" marxiana había quedado completamente afuera de la óptica de Hilferding que, por lo tanto, precisamente al tomar la defensa de la teoría del valor, la vaciaba en realidad de su sustancia crítica para asumirla como esquema interpretativo de las relaciones reales de mercado: "Para Hilferding, en el capitalismo la necesidad social se transforma en ley del valor porque las relaciones sociales entre los hombres son relativas a las cosas y aparecen como cosas, como relaciones entre las mercancías, y no como lo que efectivamente son, es decir relaciones sociales de producción entre los hombres. Al librarse del fetichismo de la producción de mercancías, Hilferding consideraba que la ley del valor se revelaría como lo que es efectivamente —la necesidad de regular el proceso del trabajo social según las necesidades sociales directamente reconocidas en las necesidades de los hombres. Sólo en este sentido, para Hilferding, la ley del valor es una ley histórica." 57

El efecto analítico de esta deformación epistemológica de la ley del valor es la incapacidad —común, como lo veremos, a casi todas las posiciones aparecidas en el debate— de explicar la crisis como un fenómeno orgánico del sistema capitalista; de esa impotencia para penetrar la contradictoria dinámica del desarrollo se habían nutrido tanto el catastrofismo ingenuo como el éxito que tuvo en el curso de la década del veinte la ideología de una *Regulierung* "exógena", que había dado a luz la famosa "teoría del capitalismo organizado". "El hecho de que la gavilla de los neodefensores de la armonía", escribirá Grossmann a Mattick en 1937, "los Hilferding y los Bauer hayan intentado sistemáticamente por décadas falsear a Marx [...] no es un motivo válido para que nosotros colaboremos a nuestra vez con los neodefensores de la armonía. Haga la prueba de llevar coherentemente hasta el fin el razonamiento de Marx: ¿cómo es posible que en la reproducción simple, donde parece reinar por todas partes un equilibrio

⁵⁶ P. Mattik, *Marx and Keynes. The Limits of The Mixed Economy*, Boston, 1969. [En esp. Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta, México, En, 1975, pp. 53-54.]
⁵⁷ *Ibid.*, pp. 49-50. [En edic. en esp., p. 40.]

tan armonioso, se desarrolle una crisis? Sólo entonces descubrirá en Marx algunas elaboraciones teóricas que los 'filósofos' nunca han soñado, ni siquiera los que, como Karl Korsch, tienen la ilusión de entender algo de economía marxiana". 58 Estas duras palabras llegaban, significativamente, tres años después de la importante anticrítica en que Mattick, polemizando con Pannekoek, había hecho resaltar indirectamente que, a pesar de la agudeza de su balance de las discusiones sobre la teoría de la crisis, Korsch no había captado la novedad y la originalidad de la obra de Grossmann en el movimiento obrero dividido y oscilante entre subconsumismo y planismo.

VI. EL MODELO DINÁMICO DE GROSSMANN Y LA MATRIZ COMÚN DE PLANISMO Y DERRUMBISMO. DE LA "CRISIS GENERAL IMPERIALISTA" AL "CAPITALISMO DE ESTADO"

Mientras en el periodo que va de 1928 a 1934 la Internacional comunista instaura un nexo sumamente estrecho entre imperialismo y crisis que apunta claramente a una teoría del derrumbe —asumiendo, sobre todo por obra de Varga, una lectura subconsumista de la crisis— dentro de la socialdemocracia europea se desarrolla el debate sobre el capitalismo organizado. En el mencionado informe de 1927 al congreso de Kiel, Hilferding definía así este controvertido concepto: "capitalismo organizado significa [...] la sustitución del principio capitalista de la competencia libre por el principio socialista de la producción planificada". 59 Semejante tarea plantea inmediatamente el problema de las relaciones entre el programa de planificación económica y el estado como instancia técnica centralizada de organización para el ejercicio y el cumplimiento del programa mismo, a través del cual la clase obrera toma bajo su control el aparato productivo: "Eso no significa otra cosa que el hecho de que a nuestra generación se le plantea la tarea de transformar, con el auxilio del estado, es decir de una reglamentación social consciente, esta economía organizada y dirigida por los capitalistas en una economía dirigida por el estado democrático." 60 Hilferding integra este esquema de democracia

⁵⁸ Carta del 18 de junio de 1937, publicada en traducción al español como apéndice de Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de la crisis*, cit.
⁵⁹ Rudolf Hilferding, "Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republic", en *Protokoll*, cit., p. 168.
⁶⁰ *Ibid.*, p. 169.

(técnico-)política por medio de los elementos de la "democracia empresarial", o *Betriebsdemokratie*, y de la "democracia económica", o *Wirtschaftsdemokratie* (tema, este último, desarrollado sobre todo por Naphtali), que deberían realizarse a través de la acción de los sindicatos, que se relacionarían con el estado según el dispositivo previsto por un riguroso cuadro formal de representación, en el cual —sintomáticamente— no se dice una palabra ni de consejos ni de ningún otro instrumento de democracia de base.⁶¹

El hecho de que la perspectiva planista dejara sin discutir las fuentes de la extracción del plusvalor y la "dinámica simple" del sistema (que se consideraba exenta de cualquier desequilibrio o inarmonía), quedando así prisionera de la "ilusión jurídica" de resolver los malestares cíclicos de la economía mediante una regulación consciente de la anarquía de la circulación, estaba claro, no sólo por la versión hilferdinguiana, sino también por otros proyectos de plan como el de Henri De Man o el de los "socialistas franceses" (Déat).⁶² En todo caso, a pesar de sus serias

⁶¹ Al respecto hay atisbos e indicaciones útiles en G. E. Rusconi, "Capitalismo organizzato e Stato democratico nella socialdemocrazia di Weimar", comunicación presentada a la II semana internacional de estudios marxistas organizada por la Fundación Basso/Issoco sobre el tema *El estado capitalista contemporáneo a la luz del pensamiento de Marx*, Florencia, 3-7 de marzo de 1975.

⁶² Estas propuestas de plan se vinculaban a la hipótesis de una alianza "anticapitalista" entre proletarios y "nuevas clases medias" que debería limitarse "a una acción contra la potencia monopolista del capitalismo financiero, sin tocar las demás formas de propiedad privada" (H. De Man, *Pour un plan d'action*, Bruselas, 1934, p. 12). También en la ideología "planista", pues, reaparece esa autonomización originada en la ideología de la Segunda internacional del papel del capital financiero como excrecencia monopolista de un armónico capitalismo de mercado, que, como se verá más tarde, puede hacerse remontar al postulado "exogenista" de todo el debate sobre la crisis. Sobre el *Plan du Travail* y su sustancia "revisionista" véase Aldo Agosti, "Le matrici revisioniste della 'planificazione democratica': il planismo", en *Classe*, núm. 1, 1969, pp. 241-260. Para un examen de los términos de la discusión sobre el "plan De Man" en el área socialista" de los años treinta, véase L. Luzzatto y B. Maffi, "La politica delle classi medie e il planismo", anticipado parcialmente con la firma x.x.x. en *Politica socialista*, agosto de 1935, núm. 4, pp. 357 ss., y publicado luego íntegramente en un opúsculo en octubre de 1938 como núm. 5 de la colección "Echi" del Csi; reimpresso en el volumen de S. Merli, *Fronte antifascista e politica di classe. Socialisti e comunisti in Italia 1923-1939*, Bari, 1975, pp. 76 ss. Sobre el interés teórico por el "plan De Man" en el ámbito del corporativismo, véase M. Gilberto, "Intelletuali e fascismo. Note del Delio Cantimori", en *Studi Storici*, 1976, núm. 1, pp. 74-75. (Es significativo que haya sido precisamente un intelectual de la estatura de Cantimori quien tradujo y comentó el "Plan du Travail" en el *Archiv di studi corporativi*, VI, 1936, pp. 31-50.)

limitaciones de análisis y el ideologismo que la impregnaba, la teoría del capitalismo organizado reflejaba, en cierto sentido, todas las dificultades y contradicciones del movimiento obrero frente a los grandes procesos de reorganización económico-institucional de las sociedades occidentales. Fue este aspecto el que dejaron completamente en la sombra tanto el clasismo selectivo de la izquierda comunista (y socialista) europea como la óptica sectaria de la Internacional comunista.

En 1934, apenas un año antes del VII Congreso, Varga liquidaba el problema de la economía de plan mostrando una indiferencia total frente a las formas organizativas de la sociedad capitalista, a las que consideraba todas equivalentes por ser de todos modos incapaces de eliminar la explotación obrera y la crisis. Pero lo que es más interesante observar en el marco de nuestro discurso es el hecho de que, para suministrar una pieza de apoyo "científica" a su polémica, el economista oficial de la Comintern se vio obligado a recurrir a la "clásica" explicación subconsumista que había dominado el campo de la *Zusammenbruchstheorie* en los debates de la Segunda internacional: "el capitalismo", escribía Varga, "ya se base en todo o en parte en la libre competencia, ya sea en todo o en parte condimentado con ingredientes de capitalismo de estado, necesariamente conduce a crisis periódicas [...] la 'nacionalización' del crédito y del monopolio de estado sobre las materias primas no cambian nada en el marco del estado burgués; y el 'subconsumo' no puede cesar porque la clase obrera continuará recibiendo siempre sólo una parte del valor producido por ella en forma de salario, mientras que la otra parte les quedará a los capitalistas en forma de plusvalor y servirá para el aumento de su capital. No existe capitalismo sin subconsumo, sin la limitación del ingreso de los obreros al mínimo, determinado por los beneficios de los capitalistas."⁶³

Más allá de la fácil denuncia de las incongruencias políticas y de la ideología democrática de la teoría del capitalismo organizado, el dato histórico nuevo que se le escapaba a la Internacional comunista era precisamente esa tendencia de la parte capitalista a introducir elementos de reglamentación y de control de la economía que, lejos de ser meros mecanismos tácticos para obtener un

⁶³ E. Varga, *Henri De Man et son Plan*, París, 1934, p. 48. Es sintomático que Varga llegara a equiparar "plan" con "fascismo". Al respecto véase E. Galli Della Loggia, "La III Internazionale e il destino del marxismo contemporaneo", en Varios autores, *Storia del marxismo contemporaneo*, de Evghenii Varga, en Varios autores, *Storia del marxismo contemporaneo*, cit., Milán, 1974, especialmente pp. 1004-1009. Para la crítica de Varga al "capitalismo organizado" véase también el volumen *Die Krise des Kapitalismus und ihre politischen Folgen*, Frankfurt, 1969, pp. 11 y ss.

ajuste previsorio del mecanismo anárquico del mercado, implicaban una intervención directa del estado en la reorganización social de la producción y, en consecuencia, un entrelazamiento cada vez más estrecho de lo "político" con lo "económico". Pero el hecho de que se le escapara ese "detalle" no era sino consecuencia de la incapacidad de dar una explicación rigurosamente "endógena" de la dinámica misma de la crisis capitalista, es decir de captar el nexo contradictorio de crisis y desarrollo, "anarquía" y "plan", como connotación estructural interna del modo de producción. Desde este punto de vista, si lo observamos bien, no había mucha diferencia entre el mal disimulado derrumbismo de la Comintern y el planismo de los socialdemócratas. Y el haber proporcionado todos los elementos para una demostración de la matriz común (y de la paradójica intercambiabilidad) de las opuestas teorías de la "crisis general imperialista" y de la "planificación democrática" representa el motivo de mayor originalidad del aporte de Grossmann. No es casual que su crítica se distribuya igualmente entre derrumbistas partidarios de la hipótesis subconsumista y "neomónicos": ambos se habían mostrado incapaces de penetrar la coesencialidad de la crisis al desarrollo capitalista, explicando las vicisitudes del periodo 1914-1919 como "catástrofes", o bien como "perturbaciones", producidas en todo caso por causas externas. Tanto Varga como Hilferding concebían en efecto la guerra como consecuencia de un accidente exterior, de un paréntesis o interrupción momentánea del proceso de acumulación: si en el segundo desaparece el nexo marxiano entre crisis y proceso de acumulación, en el primero la crisis no representa un proceso de reconstitución de las condiciones de la acumulación, sino una distribución del nivel ya alcanzado de acumulación del capital, una mera regresión o recaída a una etapa anterior.⁶⁴ No desmienten esa simetría los contrarios enunciados finales de las dos posiciones (a la absoluta indiferencia de Varga por cualquier tipo de plan corresponde en Hilferding la atención exclusiva a la mera forma de organización), que Grossmann hace remontar incluso a la tendencia hilferdinguiana —ya esbozada en *El capital financiero* (1910)— a extrapolar el análisis de los fenómenos monetarios y de la concentración bancaria del contexto de la teoría marxiana del valor elaborando una teoría del dinero propia. En consecuencia ni los debates sobre el imperialismo ni las investigaciones sobre las formas de organización monopolista han ajustado verdaderamente las cuentas con la au-

⁶⁴ Véase Henryk Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, cit., pp. 498 y ss., 604 y ss.

téntica estructura teórica de la obra marxiana, que "explica el conjunto de los fenómenos del modo de producción capitalista a partir de la ley del valor".⁶⁵

Aunque en los enunciados finales traicionaba —con la drástica negación de la posibilidad de un control capitalista de la economía—⁶⁶ la participación en el límite histórico del debate, la teoría de Grossmann tenía *in nuce* instrumentos que se revelarían decisivos para los fines del análisis de las modificaciones "morfológicas" del sistema. Corresponderá a Friedrich Pollock —que también se había formado, como Grossmann, en ese extraordinario punto de encuentro de las ciencias sociales burguesas y el marxismo representado por el *Grünberg-Archiv*— verificar en el curso de las décadas del treinta y del cuarenta las posibilidades y los límites de una economía planificada capitalista, partiendo de un análisis complejo y articulado de la morfología y de la crisis internacional, e individualizar un nuevo modo de funcionamiento de la economía, basado en un desplazamiento de la contradicción marxiana entre fuerzas productivas y relaciones de producción.⁶⁷ Si la novedad de la investigación pollockiana estaba en su enfrentamiento de la forma histórica real del "capitalismo organizado" que representa el capitalismo de estado a partir de una explicación "endógena" de la crisis (vista *por lo tanto* en estrecha relación con el desarrollo), eso era por otra parte impensable sin los fundamentales *prolegómena* de Grossmann, que constituyeron la constante retaguardia metodológica del trabajo hecha por esa izquierda intelectual weimariana que más tarde se haría famosa con el nombre de "Escuela de Frankfurt".

Otro aspecto de Grossmann que fecundará no sólo los análisis de la escuela de Frankfurt sino los de Paul Mattick y su grupo en los Estados Unidos es la atención prestada al problema de la dinámica que, en ciertos aspectos, aproxima al economista polaco más que al "marxismo" de la época a la investigación del ciclo hecha en esos mismos años por Schumpeter y Mitchell —investigación que tenía como supuesto previo el rechazo de los sistemas estáticos y la posición central de la dinámica como criterio científico para el análisis del desarrollo capitalista.⁶⁸ Parece sumamente significativo, al respecto, lo que Grossmann le escribía a Mattick

⁶⁵ *Ibid.*, p. 608.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 606.

⁶⁷ Véase Friedrich Pollock, *Teoria e prassi dell'economia di piano*, *Antologia degli scritti 1928-1941*, Bari, 1973, pp. 135 y ss.

⁶⁸ Para el interés de Grossmann en la obra de W. C. Mitchell, *Business Cycles: The Problem and its Setting* (1972), véase la carta a Mattick del 21 de junio de 1931, en el apéndice a *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit.

eso se debió, y no en último término, al hecho de que —en el estudio de las diversas formas de concentración y de organización capitalista— había tomado de Grossmann los instrumentos teóricos adecuados para evitar las repetidas sugerencias ofrecidas por la hipótesis subconsumista (que, bajo nueva vestimenta, ha tenido una notable suerte en la década del sesenta con *El capital monopolista* de Sweezy y Baran), y también para ir más allá de la concepción hilferdinguiana, que tanto había pesado sea sobre el desarrollo de la teoría derrumbista de la concentración imperialista, sea sobre la teoría planista del capitalismo organizado. Profundizando en este punto quisiéramos intentar ahora alguna conclusión.

La crítica a Hilferding le había permitido a Grossmann hacer una especificación de la relación entre capital financiero y capital industrial y recuperar un aspecto del análisis de Lenin que consideraba válido y fecundo: "En cuanto a las preguntas que se me han hecho", escribía a Mattick el 31 de junio de 1931, "quiero en primer término precisar que me opongo a la concepción de Hilferding del 'capital financiero', pero no a la de Lenin. Las dos concepciones son *fundamentalmente distintas*. Hilferding entiende por capital financiero el capital *bancario*; no se pregunta qué hay detrás de ese capital bancario. Yo combato esa concepción del papel decisivo del capital bancario. Lenin en cambio por capital financiero no entiende el capital bancario, sino la fusión del capital monopolista, sobre todo el capital *industrial*, con el poder estatal y la política estatal que es un instrumento de ese capital. Es una cosa completamente distinta. Que los bancos sean *mediadores* de la expansión del capital es claro. Pero debemos preguntarnos si por ejemplo los banqueros norteamericanos desempeñan el papel principal en la vida económica de los Estados Unidos, si deciden la *orientación de la política de expansión americana*, o si en cambio son solamente *órganos* de los magnates de la industria que tienen sus representantes en la administración de los bancos. En mi libro he tratado de sostener (cierto que sólo suscitadamente) que en las etapas iniciales del desarrollo industrial el capital bancario tiene una influencia autónoma. En la etapa avanzada son los magnates de la industria los que controlan prácticamente los bancos. Conuerdo con el papel fundamental del capital financiero en sentido leninista, en cuanto también Lenin —igual que yo— *no habla* del 'capital bancario', sino por el contrario de la industria que controla al estado y su política."⁷⁸

⁷⁸ En Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit., véase el apéndice con la correspondencia de Grossmann a Mattick.

Como quiera que se valore en sentido estrictamente económico este juicio sobre la concepción leniniana del imperialismo, Grossmann quería aquí afirmar —utilizando a Lenin contra los "neoharmónicos"— una exigencia teórica que era implícitamente (para todo el movimiento obrero europeo) también una exigencia estratégica: el análisis del modo de funcionamiento de la sociedad capitalista a partir del entrelazamiento de circulación y producción, reproducción y producción, política y economía. Partir del proceso de reestructuración que, a los niveles altos del desarrollo, ocurría en las grandes fábricas parecía entonces la condición ineludible para captar y verificar la eficacia de ese entrelazamiento en el proceso de reorganización social de conjunto del trabajo y del capital, que reproducía en escala ampliada (y, como lo precisará después Pollock, *desplazaba*) la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. En las últimas páginas de su libro Grossmann ve la relación entre bancos y gran industria en forma completamente invertida con respecto a Hilferding: La acumulación impulsada permitía tasas de autofinanciación muy elevadas; la administración y la distribución del plusvalor se hacía directamente desde el cerebro de la gran empresa, por lo cual —como recientemente se ha observado— "la banca había perdido ese poder unificador, centralizador y programador, que según la hipótesis de Hilferding creaba condiciones de organización económica pre-socialista."⁷⁹ Pero si se reconoce que el sujeto implícito del análisis de Grossmann es la gran empresa que revoluciona las técnicas y la organización del trabajo, es preciso concluir también que el complemento teórico-político natural de su "modelo" no es la actitud de espera característica de la ideología de la Segunda internacional sino el análisis de los efectos estructurales del taylorismo y del fordismo realizada por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*.⁷⁵ El hecho de que Gramsci

⁷⁵ Sergio Bologna, *Introducción*, cit., p. 11.

⁷⁶ Véase Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, edición crítica de Valentino Gerratana, Turin, 1975, pp. 2139 y ss. (sobre Grossmann véase pp. 890 y 1279). "Americanismo e fordismo" es un texto que por mucho tiempo ha sido descuidado en el curso de la recepción y desarrollo de la concepción gramsciana, y cuya riqueza problemática y amplitud de miras sólo ahora se empiezan a descubrir. Indirectamente expresivo de la exigencia de un nuevo lanzamiento de estos temas como objeto de investigación histórico-crítica y de verificación estratégica del movimiento obrero me parece el debate abierto por las recientes contribuciones de Lucio Villari ("Per una ricerca sul taylorismo e delle origini") y Aris Accornero ("Dove cercare le origini del taylorismo e del fordismo") aparecidos en la revista *Il Mulino*, respectivamente en el núm. 239, may-jun., 1975 y en el núm. 241, sep.-oct., 1975.

hubiera comprendido la importancia del libro de Grossmann (que sólo había podido conocer indirectamente) y hubiera tratado al "americanismo" como *contratendencia*, aunque fuera de vasto ("epocal") alcance, a la caída de la tasa de ganancia, es por sí solo significativo de cómo la solución de los grandes problemas estratégicos del movimiento pasaba necesariamente por la reactivación de las categorías de la crítica de la economía política y por la nueva fundación teórica del marxismo a nivel de la nueva morfología del modo de producción.

Con Gramsci ciertamente estamos mucho más allá de los límites del *Linkskommunismus*, así como estamos más allá del "marxismo de la Tercera internacional" (incluyendo sus variantes "heréticas") —pero, al mismo tiempo, nos hallamos en una perspectiva que conlleva y explica los problemas, las contradicciones y los temibles atrasos del movimiento obrero occidental en su conjunto. De Gramsci, en efecto, no sólo hemos obtenido una tan apreciable como genérica exigencia de desarrollo creativo del marxismo. Hemos aprendido también la importancia estratégica del problema de la relación entre la crítica de la economía política y la ciencia de la política: es decir del problema de cómo funciona la dinámica de la crisis en la fase actual del "capitalismo de estado", y dentro de ella, la dinámica de ese proceso reproductivo que no es sólo reproducción de "trabajo muerto" y de riqueza (mercancía), sino de relaciones de producción —por lo tanto: *reproducción de clases*. Si para captar el alcance de este nudo es indispensable volver a recorrer, laicizándola, la historia del marxismo y el movimiento obrero, para desatarlo, hoy es necesario penetrar teóricamente en la dinámica interna de esa "politicidad integral" (el "ciclo político", como la llama Kalecki) que es el único mecanismo del capitalismo contemporáneo: sin ese pasaje es imposible (o es un mero postulado ético) —como nos demuestra *ex negativo* la contradictoria trayectoria del "extremismo histórico"— la traducción del problema del destino del capitalismo al problema político de la transformación revolucionaria de las relaciones existentes por parte de la subjetividad organizada.

ALDO AGOSTI *

LA HISTORIOGRAFÍA DE LA III INTERNACIONAL. UNA GUÍA BIBLIOGRÁFICA **

En un ensayo titulado *Problemi di storia del Pci* pero que en realidad ponía también mucha atención en el desarrollo de los estudios sobre el movimiento comunista internacional, Ernesto Ragionieri comprobaba, por lo que se refiere precisamente a este punto, la existencia "de un conjunto vasto y complejo de estudios y de investigaciones de distinto carácter y de diversa orientación, que parecían marcar de un modo cada vez más profundo el momento de transición de una *confrontación política* a una serie de intentos por construir una perspectiva histórica y una evaluación crítica".

Siguiendo los pasos de una observación de Eric J. Hobsbawm, señalaba que "una de las premisas de este desarrollo de los estudios y del debate crítico estaba constituida por el conocimiento, más o menos lúcido, aunque sin embargo ampliamente difuso, tanto dentro como fuera del movimiento comunista, del fin de una época en la historia del movimiento obrero internacional: marcado en sus primeros pasos por el derrumbe de la II Internacional: frente a la primera guerra mundial y por la revolución de octubre en Rusia".¹

Desde entonces han pasado siete años: las señales del final de la época a las que se refería Ragionieri se han multiplicado, se han hecho más claras en la conciencia del movimiento obrero con-

* Profesor en la universidad de Turín. Ha publicado varios trabajos sobre la historia del movimiento socialista y comunista entre los que se cuentan "L'analisi del fascismo al IV Congresso dell'Internazionale comunista", en *Problemi del Socialismo*, núm. 11-12 de 1972; escribió la introducción y tuvo bajo su cuidado la publicación de Varios autores, *Problemi di storia dell'Internazionale comunista 1919-1939*, Turín, 1974, y está por terminar la obra sobre la *Terza Internazionale. Storia documentaria*, que comprende los principales documentos oficiales y amplias introducciones históricas, de la cual ya salieron los dos primeros volúmenes (Roma, 1974 y 1976). Colabora con *Studi Storici*.

** Este ensayo apareció en *Studi Storici*, núm. 1, 1977, pp. 139-169.
¹ E. Ragionieri, "Problemi di storia del Pci", en *Critica Marxista*, núm. 4-5, 1969, p. 195.

temporáneo, y la cantidad de publicaciones sobre el movimiento comunista se ha acrecentado todavía más. Sin embargo, considerando detenidamente esta producción se debe señalar que al vasto florecimiento de publicaciones (de nivel desigual) sobre la ideología comunista y sobre la sociedad en que los comunistas tomaron el poder, a la abundancia de estudios sobre la política exterior de la URSS y a la menos rica, aunque en cierto modo considerable, publicidad sobre los distintos partidos comunistas, no le ha correspondido, sin embargo, salvo parcialmente, el mismo "éxito" a la historiografía del organismo que casi durante un cuarto de siglo encarnó y unificó a escala mundial y en una medida sin precedentes en la historia del movimiento obrero los impulsos ideales, políticos y organizativos de un movimiento que durante mucho tiempo ha tenido como característica peculiar precisamente su naturaleza internacional: la Comintern. En este campo, las sombras prevalecen sobre la luz.

Para explicar esta divergencia no basta la razón comúnmente esgrimida de la imposibilidad de tener acceso a los archivos de la Internacional comunista: ésta es, naturalmente, una limitación grave, pero las fuentes oficiales y las memorias ya disponibles constituyen en realidad una base ampliamente suficiente para avanzar en la investigación más allá de donde se ha llegado hasta ahora.² Tal vez se pueda culpar a la complejidad de los problemas que se presentan, en general, al afrontar la historia de una institución como una internacional obrera. A esto se refería Jacques Freymond a propósito de la I Internacional, pero su observación, reproducida por Haupt respecto de la segunda, es válida a grandes rasgos también para la Internacional comunista:

"La historia de la Internacional es de una complejidad extrema que se explica por la extensión geográfica adquirida por esta asociación, por la diversidad de las experiencias, de las formaciones, de las motivaciones y de las orientaciones de los hombres que

² Una bibliografía general muy útil de las fuentes impresas existentes en los Estados Unidos y en la Europa occidental se encuentra en: W. Hammond, *Soviet foreign relations and world communism*, Princeton, 1965. Es más ambicioso, aunque menos satisfactorio, W. Sworakowski, *The Communist International and its front organisations*, Stanford, 1965. Todavía es digno de apreciar el repertorio de G. Procacci, "L'internazionale comunista dal I al VII Congresso", en Istituto Giangiacomo Feltrinelli, *Annali*, I, 1958, pp. 283-315. En cuanto a los archivos, por lo menos tres de los más ricos e importantes son accesibles a los investigadores: el de Trotzki en Harvard, el de Humbert-Droz en Amsterdam y el de Tasca en Milán; si del primero no existe la guía descriptiva necesaria, el segundo y el tercero ya se han publicado en gran parte.

reúne, así como también por la dificultad de los problemas organizativos que se presentan [...] Lo que hay que considerar es el conjunto: el conocimiento de la vida del movimiento en cada país es tan necesario para la comprensión de la evolución de la asociación como las discusiones a nivel internacional. La adquisición de esta visión de conjunto exige un esfuerzo serio debido a que es muy considerable la calidad de los materiales conocidos y de los que todavía quedan por examinar, de las fuentes impresas no utilizadas o hasta ahora parcialmente utilizadas, de las fuentes manuscritas esparcidas por los archivos oficiales y privados."³

Existe también otro problema: el convencimiento ya difundido de que al construir la historia del socialismo internacional es indispensable tomar en cuenta, como lo ha recordado Haupt, "la relación dialéctica que el movimiento de las líneas mantiene con el desarrollo del movimiento real cuya expresión pretende ser, la armazón política y teórica", que para "aclarar el sentido real, el contenido social de las grandes tendencias que han chocado entre sí y de los debates ideológicos y políticos que han animado y resquebrajado la Internacional", es necesario partir "del conocimiento preciso de la evolución de las estructuras obreras y de sus relaciones con el ambiente socialista",⁴ lo cual no puede dejar de repercutir en las orientaciones de la historiografía de la III Internacional: y si por un lado la estructura centralizada de esta última, y su naturaleza de institución con vida propia y con confines bien definidos, justifica una mayor autonomía relativa de la historia, por así decirlo "institucional" —en mayor medida de lo que sucede con la II Internacional—, por otro lado, debido precisamente a la amplitud y diversidad sin precedentes de las situaciones con las que se relaciona la acción de la Comintern, concretamente por la esencia de organización del movimiento revolucionario que por primera vez ha sido efectivamente mundial, aumenta la dificultad de establecer un equilibrio satisfactorio entre los dos planos y contribuye a explicar las limitaciones que experimentan todavía muchos de los intentos por construir la historia del movimiento comunista internacional.

A esta dificultad se le añade otra, que ha sido descrita muy bien por Eric J. Hobsbawm, quien afirma que para escribir la historia del movimiento comunista de la época comprendida entre las dos guerras "hay que revivir el carácter del bolchevismo, único y sin precedentes entre los movimientos laicos, tan alejado

³ La Ière Internationale. *Recueil de documents*, bajo la dirección de J. Freymond, vol. I, Génova, 1962, pp. V-VI.
⁴ G. Haupt, *La II Internationale*, Florencia, 1973, p. 169.

del liberalismo de la mayor parte de los historiadores como del activismo tolerante e indulgente de la mayor parte de los extremistas contemporáneos".⁵

Más adelante habrá oportunidad de señalar qué parte de la historiografía americana mejor y más refinada técnicamente está viciada por la incapacidad de superar esta dificultad.

Al hacer un balance del estado de los estudios actualmente disponibles, no estará de más advertir que en la historia de la historiografía de la Internacional comunista se pueden distinguir algunas fases distintas. Hubo una primera fase que concluyó, en términos generales, en la víspera de los años cincuenta, en que la historia de la Internacional comunista, rodeada todavía en gran parte de un halo mítico y misterioso, fue objeto de reconstrucciones de corte más frecuentemente periodístico que histórico. Los autores de este tipo de trabajos pertenecen, si se acepta la aguda clasificación de los historiadores del comunismo en "sectarios" y "cazadores de brujas" dada por Hobsbawm,⁶ sobre todo a la categoría de los sectarios: la vena polémica del autor, por lo demás un tráfuga del movimiento comunista, tiende a aventajar su capacidad de juicio crítico. Como ejemplos de esta historiografía se pueden citar numerosos libros: el de C. L. R. James con el título significativo de *The rise and fall of the Communist international*,⁷ que recorre desde un punto de vista de la ortodoxia trotskista la historia de la Internacional comunista hasta el año 1936 contraponiendo la "degeneración" estalinista a una mítica "edad de oro" leninista; el de otro trotskista norteamericano, A. Burmeister, sobre los últimos años de la Comintern,⁸ la biografía de Stalin escrita por el ex dirigente comunista francés Boris Suvarin;⁹ el análisis sintético y sumamente esquemático del bordigano Ottorino Perrone, reeditada recientemente en italiano;¹⁰ el testimonio del checoslovaco-alemán Karl Volk, sostenedor de la "teoría de la ofensiva" en 1921, luego "conciliador" en 1928-1929 y fiel seguidor de Bujarin;¹¹ el conocido e indiscu-

⁵ E. J. Hobsbawm, "Problemi di storia comunista", en *I rivoluzionari*, Turin, 1975, pp. 8-9.

⁶ E. J. Hobsbawm, "Radicalismo e rivoluzione in Gran Bretagna", op. cit. p. 14.

⁷ C. L. R. James, *World revolution 1917-1936. The rise and fall of the Communist International*, Londres, 1937.

⁸ A. Burmeister, *Dissolution and aftermath of the Comintern. Experiences and observations 1937-1947*, Nueva York, 1955.

⁹ B. Suvarin, *Staline. Aperçu historique du bolchévisme*, París, 1935.

¹⁰ O. Perrone, *La tattica del Comintern 1926-1940*, con introducción y notas de B. Bongiovanni, Venecia, 1976.

¹¹ Ispilon (seudónimo de K. Volk), *Stalintern*, París, 1948.

tiblemente notable libro de una de las figuras más brillantes de los primeros años de vida del KPD, Elfriede Friedländer, alias Ruth Fischer;¹² el ensayo de otro ex comunista austriaco refugiado en Francia y activo en el movimiento socialista de ese país, L. Laurat.¹³ Entendámonos: todos estos trabajos son cual más cual menos muy útiles tanto por la cosecha de noticias inéditas, aun cuando sean difíciles de verificar y que rayan en los confines de la memorialística como por los despuntes de reflexión frecuentemente importantes que proporcionan. Sin embargo, todos son incapaces de guardar una distancia suficiente de la polémica y de la recriminación: pertenecen al género particular, muy exhuberante en la historiografía del movimiento obrero, de la historia de los errores, de las oportunidades perdidas, de las revoluciones traicionadas. También dos trabajos que tienen una verdadera fundamentación teórica y que se apoyan en una investigación más cuidadosa, como el de Rosenberg (1932)¹⁴ y el Borkenau (1938)¹⁵, aunque se colocan en un peldaño más alto, pertenecen a esa misma categoría y manifiestan, sobre todo el segundo, muchas limitaciones.

En una segunda fase, que coincidió con la etapa más aguda de la guerra fría, se asistió a una divergencia creciente entre las dos perspectivas. Por un lado está aquella de la que parte la historiografía comunista oficial, que fue inducida a institucionalizar rigidamente la historia de la Internacional comunista o a reconstruirla, como diría Ragionieri, "a través del espectro de los motivos ideológicos que se habían consolidado en la vida de la institución".¹⁶ Los aspectos negativos más evidentes de esta historiografía son la adopción del marxismo-leninismo —en una versión que es la estaliniana en su mayor parte— como cuerpo de doctrinas fijo, superpuesto casi providencialmente al movimiento real de la clase obrera y elevado a piedra de comparación en lo "correcto" y de los "errores" de una línea política independiente de los componentes reales; la preocupación de encontrar las corrientes y los componentes del movimiento comunista de acuerdo con un criterio que

¹² R. Fischer, *Stalin and the German communism. A study in the origins of the state party*, Cambridge, Mass., 1948.

¹³ L. Laurat, *Du Comintern au Cominform*, prefacio de E. Ragionieri, Florencia, 1962.

¹⁴ A. Rosenberg, *Storia del bolscevismo*, prefacio de E. Ragionieri, México, 1969 [Historia del bolchevismo, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 70, México, 1977].

¹⁵ F. Borkenau, *World communism. A history of the Communist International, 1919-1937*, Ann Arbor, Mich., 1962.

¹⁶ E. Ragionieri, "Prefazione" a M. Hajek, *Storia dell'Internazionale comunista (1921-1935). La politica di fronte unico*, Roma, 1969, p. x.

frecuentemente resultaba arbitrario, el de la adopción de posiciones ideológicas, y la deformación de la función desempeñada en el enriquecimiento del debate y en la definición de la plataforma del movimiento comunista internacional por parte de las corrientes y componentes que posteriormente fueron marginados; la reducción de la historia de la Internacional comunista a una suma de sus deliberaciones oficiales, con una escasa sensibilidad por el choque de líneas y tendencias que durante mucho tiempo, y más de lo que se cree, aún después de 1928, se produce bajo la superficie; la renuencia, si no es que el rechazo explícito, a descubrir una relación entre las tensiones internas de la sociedad soviética, por un lado, y sus exigencias de política exterior, por el otro, y las incidencias de la Comintern, por el temor de que al admitir la exigencia de la relación mencionada disminuyera la importancia autónoma de los partidos comunistas de los países capitalistas y le hiciera el juego "a la burguesía y a la derecha socialdemócrata"; una preocupación que en otro plano es objetada por una concepción en un sentido único de la relación entre la central internacional y los partidos, de acuerdo con la cual la primera es depositaria de una especie de verdad revelada y dispensa su "ayuda" a las secciones que necesitan orientación, al mismo tiempo que se desconoce en gran parte la contribución que determinados partidos hacen a la evolución o a la involución de la línea política de la Comintern.¹⁷

Gran parte de la historiografía soviética y de los países del este sigue, durante los años cincuenta y los primeros sesenta, este cartabón, imitado por los historiadores "oficiales" de algunos partidos comunistas occidentales: tal es el caso —aunque en planos distintos— de Foster en los Estados Unidos,¹⁸ de Cogniot en Francia,¹⁹ de Palme Dutt²⁰ en Inglaterra, en tanto que el ensayo de Togliatti de 1959, *Algunos problemas de historia de la Internacional comunista*²¹ representan una excepción importante aunque

¹⁷ Por lo que se refiere a dos recientes posiciones adoptadas, que confirman todavía gran parte de estos defectos, véase A. I. Sabolev, "Zur Metodologie der Geschichte der Internationalen kommunistischen Bewegung", en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 6, 1978, pp. 915-934; y G. Z. Sorkin, *Dejstvo i protiv vymslov. Kritika buržuažnoj i reformisticheskoi istoriografij Kommunističeskogo Internacionala*, Moscú, 1974.

¹⁸ W. Z. Foster, *History of the Three Internationals. The world socialist and communist movements from 1848 to the present*, Nueva York, 1955.

¹⁹ G. Cogniot, *L'Internationale Communiste. Aperçu historique*, París, 1969.

²⁰ R. Palme Dutt, *The International*, Londres, 1954.

²¹ Actualmente en P. Togliatti, *Sul movimento operaio internazionale*, bajo el cuidado de F. Ferri, Roma, 1972, pp. 277-314.

aislada. Hay también defectos de los que la historiografía comunista se está liberando con mucha dificultad y con mucha lentitud: *Storia dell'Internazionale comunista*, un trabajo colectivo editado bajo los auspicios del Instituto de marxismo-leninismo de Moscú, en 1969,²² refleja gravemente estos defectos. Los avances más significativos los realizaron entre 1964 y 1968 los escritores checoslovacos (cuyo mejor fruto es el libro de Hajek, del cual hablaremos más ampliamente) y en parte repercutieron positivamente sobre la historiografía de Polonia, de la República Federal Alemana y de la misma URSS (es de 1965 el libro de Lejbson-Sirinja sobre el VII Congreso traducido recientemente al italiano);²³ pero por algunos signos se daría ahora un acto de regreso, un retorno a esquemas superados. En lo que respecta a la historiografía comunista italiana, en la medida en que ha dado hasta ahora una contribución a la historia de la ic (y lo ha hecho sólo de reflejo y de modo episódico), se puede decir que ella había comenzado a superar los límites susodichos a partir de 1960-1962, llegando a liberarse del todo con la obra de Spriano (el primer volumen es de 1967) y de Ragionieri, sin dejar de recordar también los escritos, que limitan con la memorialística, pero rico de sugerencias fecundas, de G. Berti (1966 y 1968).²⁴

Por otra parte tenemos la perspectiva en que se ha instalado la historiografía no comunista o ex comunista, en el interior de la cual adquieren cada vez más fuerza las voces de los "cazadores de brujas". Muchos historiadores occidentales han escrito acerca de la ic y de los partidos comunistas desde la perspectiva magistralmente delineada por Hobsbawm, o sea considerándolos como "organismos peligrosos, coercitivos, potencialmente omnipresentes, mitad religión y mitad complot, que no podían tener una explicación racional porque no había ningún motivo racional para desear derribar la sociedad liberal-pluralista", que por lo tanto debían ser examinados sobre la "base de la psicología social de la conspiración";²⁵ aque-

viancia y de la teoría de la historia como conspiración";²⁵ aque-

²² *Kommunističeskij Internatsional. Kratkij istoričeskij očerk*, Moscú 1969.

²³ *Kommunističeskij Internatsional. Kratkij istoričeskij očerk*, Moscú 1969.

²⁴ En cuanto a esta literatura, véase *infra*, notas 44-47 y 97.

²⁵ P. Spriano, *Storia del Partito comunista italiano. I. Da Bordighi a Gramsci*, Turín, 1967; E. Ragionieri, introducciones a P. Togliatti, *Opere*, vols. I-III, Roma 1967-1972; G. Berti "Apunti e ricordi", introducción a *I primi dieci anni di vita del Partito comunista italiano*; Documentos inéditos del archivo Angelo Tasca, en Istituto Giangiacomo Feltrinelli, *Annali*, VII, 1966; G. Berti, "Introduzione" a *Problemi del movimento operaio*, Escritos críticos e históricos inéditos de Angelo Tasca, en Istituto Giangiacomo Feltrinelli, *Annali*, X, 1968.

²⁶ E. J. Hobsbawm, "Radicalismo e rivoluzione in Gran Bretagna", op. cit., p. 14.

llos que han rechazado este camino o permanecen prisioneros de los esquemas propios de la historiografía que se define como "sectaria", en el sentido que "consideran (la historia de la Internacional comunista) como un alejamiento gradual de sus objetivos iniciales, y en consecuencia como historia de un fracaso, o bien no han resistido a la tentación de la antihistoria, poniéndose de parte de una de las tendencias derrotadas";²⁶ o bien se han refugiado en el limbo aséptico de la "neutralidad informativa" y del descriptivismo.

Muchos de los productos de la historiografía anglosajona de los años cincuenta pueden situarse en la primera categoría: no vale la pena, dadas las consideraciones hechas, recordarlos uno por uno, desde el momento que su utilidad es generalmente menor que la indignación que produce su lectura; bastará señalar que también se cuentan entre éstos algunos trabajos de autores de cierto renombre, como los estudios del norteamericano North sobre la Comintern y China,²⁷ o el intento de síntesis de un historiador de valía como Hugh Seton-Watson,²⁸ o también el segundo libro de Borkenau sobre el comunismo europeo, en donde el "cazador de brujas" aventaja decididamente al "sectario",²⁹ hasta llegar, a un plano de mayor seriedad científica, a la monografía de G. Nollau sobre las "raíces y manifestaciones del internacionalismo proletario".³⁰ En cuanto a la corriente de la "antihistoria", ésta ha encontrado su mejor intérprete en Isaac Deutscher, cuyas biografías de Stalin (1949) y de Trotski (1954-1963) contienen frecuentemente páginas penetrantes sobre las incidencias de la Internacional comunista, pero cuyo juicio histórico global está filtrado de un modo demasiado exclusivo a través de las razones del derrotado Trotski para considerarse satisfactorio.³¹ En el cauce de una historiografía más abiertamente justificacionista y de partido se colocan los capítulos dedicados al movimiento comunista por la más autorizada interpretación socialdemócrata de la historia del movimiento obrero entre las dos guerras: el segundo de los tres volúmenes de la *Geschichte der Internationale* de J.

²⁶ E. Ragionieri, "Prefazione" a M. Hajek, op. cit., p. x.

²⁷ R. North, *Moscow and Chinese communism*, Stanford, 1953.

²⁸ H. Seton-Watson, *The pattern of communist revolution. A historical analysis*, Londres, 1960.

²⁹ F. Borkenau, *European communism*, Nueva York, 1953.

³⁰ G. Nollau, *Die Internationale. Wurzeln und Erscheinungsformen des proletarischen Internationalismus*, Colonia, 1959.

³¹ I. Deutscher, *Stalin*, Milán, 1951; *Il profeta armato*, Milán, 1956; *Il profeta disarmato*, Milán, 1959; *Il profeta esiliato*, Milán, 1965.

Braunthal;³² en tanto que las partes de la monumental obra de Cole que se ocupan de estos años, y que en cierto modo replantean en el plano historiográfico la perspectiva centrista que caracterizó a la "Internacional 2 y 1/2", aunque llegan a un juicio más equilibrado son con mucha frecuencia genéricas y carecen de magnitud problemática.³³ Finalmente, por lo que se refiere a la tercera categoría de estudios, la dominada por el escrúpulo de una aparente "objetividad" informativa ha producido resultados de cierto relieve, por lo menos en tanto les ha proporcionado a los futuros investigadores importantes instrumentos de conocimiento: citaremos dos obras entre todas, aunque son muy distintas en su estructura y amplitud: la primera monografía de B. Lazitch sobre Lenin y la III Internacional³⁴ —que representaba, en la época en que se escribió (1951), una contribución importante— y la antología documental de Jane Degras, traducida recientemente al italiano,³⁵ cuyo documentadísimo aparato introductorio da, en cierto sentido, la "materia prima" para una historia sistemática de la Comintern, con la condición, por una parte, de no perderse en una selva de datos presentados frecuentemente de manera confusa y, por la otra, de no olvidar que la selección de los documentos y la misma redacción de las notas introductorias, aparentemente neutrales, suponen una interpretación de la Comintern como instrumento del estado soviético y de sus miras de subversión de los "ordenamientos democráticos" todavía condicionada ampliamente por la lógica de la guerra fría.

En realidad, desde el principio de los años cincuenta no faltó por lo menos un intento exitoso de apartarse de esta lógica: el libro de E. H. Carr sobre la Rusia soviética y el resto del mundo entre 1917 y 1923, que en más de la mitad es una historia de la Internacional comunista, data de 1953 y todavía en la actualidad constituye, como el que le sigue sobre el periodo 1923-1926, un punto de referencia precioso e insustituible.³⁶ Exento de todo es-

³² J. Braunthal, *Geschichte der Internationale*, vol. II, Hannover, 1963.

³³ G. D. H. Cole, *Storia del pensiero socialista*, vol. IV, 1 y 2, Comunismo e socialdemocrazia, vol. V, Socialismo e fascismo, Bari, 1968. En otra obra de carácter general y de óptimo nivel, la de C. Landauer, *A History of ideas and movements from industrial revolution to Hitler's seizure of power*, 2 vols., Berkeley, 1959, la historia de la Comintern se estudia sólo a través de la referencia a los partidos comunistas más importantes.

³⁴ B. Lazitch, *Lénine et la Troisième Internationale 1919-1943*, Documents, 3 vols., Londres-Nueva York, 1956-1965.

³⁵ J. Degras, *The Communist International 1919-1943*, Documents, 3 vols., Londres-Nueva York, 1956-1965.

³⁶ E. H. Carr, *Storia della Russia sovietica*, especialmente en el vol. I de la traducción italiana, "La rivoluzione bolscevica 1917-1923", Turin, 1964, pp.

píritu aventurero, y basado en una documentación que aun ahora resulta completa y exhaustiva, sigue siendo en muchos aspectos un modelo historiográfico digno de seguirse, tanto en lo que respecta a la atenta reconstrucción de la línea política de la Comintern como por el estudio de las relaciones entre el "centro" y las secciones, y por el descubrimiento de algunas indicaciones interpretativas fundamentales. Sin embargo, aun prescindiendo del hecho de que se detiene por ahora a la mitad de 1926, la obra del historiador inglés se desenvuelve en una perspectiva que coincide con la de la política exterior de la URSS: la historia de la Internacional comunista está concebida esencialmente en función de ésta, y si no aparece falseada, por esto mismo, sí se la considera de una manera unilateral. De cualquier modo, el trabajo de Carr es el único de este periodo que abarca una época relativamente amplia de la historia de la Comintern, llevando la investigación a profundidad y rechazado al mismo tiempo las sugerencias que hemos examinado hasta aquí. Para encontrar, en estos años y hasta casi la mitad de los años sesenta, algunas contribuciones estimulantes para la historia de la Comintern, que en algunos casos excluyen nuevas perspectivas problemáticas, hay que recurrir a la historia de los distintos partidos comunistas. Naturalmente también entre éstas abundan las obras de nivel mediocre, ya sea que se sitúen en la versión de la historiografía estalinista, resultando en este caso calcadas sobre el prototipo del famoso *Breve curso de historia del Partido comunista (bolchevique) de la Unión Soviética*, ya sea que salgan de la pluma de los "cazadores de brujas"; y durante mucho tiempo prevalecen, aun entre las mejor informadas y documentadas, las que se sitúan en la discutible perspectiva histórica de estudiar el comunismo como el resultado de la siembra de una planta exótica (el bolchevismo) en el terreno del movimiento obrero occidental. Sin embargo, desde obras tales como la de Rothschild sobre el Partido comunista búlgaro,³⁷ o de Dziewanowski sobre el Partido comunista polaco,³⁸ o, aun antes, de Flechtheim sobre el Partido comunista alemán,³⁹ y sobre todo de Draper sobre el comu-

1883-1889, y el vol. III, t. II, *Il socialismo in un solo paese. La politica estera 1924-1926*, Turin, 1969.

³⁷ J. Rothschild, *The communist party of Bulgaria. Origins and development 1883-1936*, Nueva York, 1969.

³⁸ M. K. Dziewanowski, *The communist party of Poland. An outline of history*, Cambridge, Mass., 1959.

³⁹ O. K. Flechtheim, *Die Kommunistische Partei Deutschland in der Weimarer Republik*, Offenbach, 1948.

nismo norteamericano,⁴⁰ que bajo distintos nombres sufren este defecto, empieza a perfilarse con lujo de detalles la función de la Comintern y afloran reflexiones de importancia no secundaria sobre las incidencias internas, sobre el significado y la periodización de sus múltiples cambios de rumbo; si pasamos a trabajos como los de Angress sobre el KPD en el periodo 1921-1923,⁴¹ o al de la señora Kriegel sobre los orígenes del comunismo francés (1914-1920),⁴² las indicaciones de carácter general, a pesar de circunscribirse a un periodo cronológico muy breve, se multiplican y resultan más estimulantes, permitiendo, a través de la reconstrucción de la trama fina y compleja de las relaciones entre el Ejecutivo internacional y las secciones, ilustrar algunos aspectos centrales de la función de la Comintern en los primeros años de su existencia.

Los estudios de Angress y de Kriegel datan de 1963 y de 1964, respectivamente. Más o menos en el mismo periodo empieza una tercera fase en la historia de la historiografía de la Internacional comunista, que todavía no concluye, y que marca indudablemente un paso sustancial hacia adelante: al mismo tiempo que siguen apareciendo trabajos de renombre sobre los distintos partidos,⁴³ se publican numerosas monografías horizontales y verticales, que con frecuencia logran alcanzar el justo equilibrio entre las dos dimensiones propias de la historia del movimiento comunista, la interna, institucional, y la relacionada con la historia y la vida del movimiento obrero en un determinado país. Se trata de trabajos que tienen el no pequeño mérito de presentar una reconstrucción sistemática, de acuerdo con criterios homogéneos, aunque algunas veces discutibles, de algunos aspectos o temas centrales de la historia de la Internacional comunista. Algunas veces reflejan todavía los defectos que caracterizan, en las dos direcciones opuestas citadas anteriormente, la historiografía del periodo precedente; sin embargo, presentan, en general, la tendencia a superar los esquemas y el etiquetamiento ideológico, y no hay duda de que, en lo que concierne a la his-

⁴⁰ Th. Draper, *American communism and soviet Russia*, Nueva York, 1960. El mismo primer libro de Draper, *The roots of american communism*, Nueva York, 1957, se distingue por su óptimo nivel científico y por su apertura política.

⁴¹ W. T. Angress, *Stillborn revolution. The communist bid for power in Germany, 1921-1923*, Princeton, 1963.

⁴² A. Kriegel, *Aux origines du communisme français 1914-1929*, 2 vols. París-La Haya, 1964.

⁴³ Véase *infra*, notas 55 y ss. y 164 y ss.

toriografía de los países socialistas, los frutos en gran medida mejores y más libres de condicionamientos se deben precisamente a estas contribuciones monográficas; ya mencionamos las de Hajek y Leibson y Širinja, aunque se podrían añadir otras: en la historiografía checoslovaca, la de Suchopár sobre la Comintern y el fascismo,⁴⁴ y un mejor, la de Svatek sobre los órganos dirigentes de la Internacional comunista y su evolución a través del tiempo;⁴⁵ en la polaca, el estudio de la señora Kalicka sobre la táctica de un frente único en el periodo 1933-1935;⁴⁶ en la alemana oriental, las numerosas contribuciones de Arnold Reisberg;⁴⁷ en la soviética, finalmente, los estudios de Molcanov y El'fand sobre los orígenes y primeros avances del frente único.⁴⁸

Aquí no podemos hacer otra cosa que presentar un rápido panorama de estas contribuciones monográficas, señalando de manera muy somera las virtudes y los defectos de cada una y tratando sobre todo de poner en evidencia cuáles son los temas y los problemas que quedan todavía por profundizar y hasta por afrontar *ex novo*. Un modo de proceder a esta verificación es tal vez el de referirse a la periodización más difundida y aceptada ampliamente de la historia de la Comintern en cuatro fases y examinar el estado de los estudios de cada una de éstas. Sin duda el periodo más conocido y más estudiado es el primero, el de la formación de la Comintern en los años de la gran crisis revolucionaria de 1919-1920. En este caso ya es fácil el acceso a algunas fuentes de primera importancia: piénsese en la edición íntegra de los escritos de Lenin, en la amplia recopilación de los escritos y discursos de Trotski relativos al movimiento comunista internacional,⁴⁹ en la publicación ya efectuada de la parte de los archivos

⁴⁴ V. Suchopár, *Komunistická internacionála proti fašismu*, Praga, 1964.

⁴⁵ F. Svatek, "The Governing Organs of the Communist International: their growth and composition 1919-1943", en *History of socialism yearbook*, Praga, 1968, pp. 179-266. Aunque en general hay que tener presentes los años 1964-1968 de la revista *Prispěvky k dejinám Ksc.*

⁴⁶ F. Kalicka, *Problemy jednolitého frontu w miedzunarodowym ruchu robotniczym (1933-1935)*, Varsovia, 1962. Cf. también las muchas contribuciones interesantes aparecidas durante estos años en la revista *Z Pola Walki*.

⁴⁷ Véase, por ejemplo, A. Reisberg, *Lenin und Aktionseinheit in Deutschland*, Berlín, 1964, y en la revista *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, las numerosas contribuciones de este mismo autor y de otros muchos autores.

⁴⁸ Ju. L. Molčanov, *U istokov politiki edinogo proletarskogo fronta*, Moscú, 1969; Ja. A. El'fand, *Kommunističeskij Internatsional v bor'be za edinyi front*, Moscú, 1968. Véase también, en general, los años de la revista *Voprosy istorii Kps.*

⁴⁹ L. Trotski, *The first five years of the Communist International*, 2 vols., última edición, Nueva York, 1973.

de Humbert-Droz referente a estos años.⁵⁰ En cuanto a los estudios el panorama es bastante satisfactorio: está el trabajo preciso y documentado de J. W. Hulse sobre el proceso de formación de la Comintern,⁵¹ las numerosas monografías soviéticas —en su mayoría centradas, sin embargo, en una forma demasiado exclusiva sobre el papel de Lenin en la formación de la Internacional comunista y su programa—⁵² y, actualmente, el riquísimo libro de Lazitch y Drackhovitch, basado en una documentación parcialmente inédita proveniente de archivos privados y con mucha información, que representa una verdadera historia de la Comintern en los años 1919-1921, y que entre otras cosas tiene el mérito de abrirles a los investigadores históricos del movimiento comunista internacional una dimensión hasta ahora poco profundizada, la de la composición social y por edades de los partidos comunistas, aunque también refleja fuertemente la incapacidad de gran parte de la historiografía anglosajona de valorar la magnitud ideal y política de las posiciones de la Internacional comunista, tendiendo a convertir la historia en la intriga, en la "subversión" y en la habilidad de maniobra de su fundador.⁵³ De cualquier modo, gracias a este trabajo, y por encima de su planteamiento inaceptable, tenemos actualmente la posibilidad de reconstruir con suficiente credibilidad el complejo proceso de penetración y ramificación comunista en el movimiento obrero europeo: ayudados en esto también por el valor de las contribuciones sobre el origen de los partidos comunistas en algunos de los distintos países (baste citar, para Francia, la ya mencionada e importantísima obra de Kriegel y la, de la misma época aproximadamente, de R. Wohl;⁵⁴ para Alemania —en una literatura vastísima—, además del libro de Angress ya mencionado, los de Broué, de Bock y de la Mujbegović;⁵⁵ para Austria, la cuidadosa investi-

⁵⁰ *Archives de Jules Humbert-Droz, I, Origines et débuts des partis communistes des pays latins 1919-1923*, textos ordenados y anotados por S. Bahne, Dordrecht, 1970.

⁵¹ J. W. Hulse, *The forming of the Communist International*, Stanford, 1964.

⁵² Véase, por ejemplo, *V. I. Lenin i kommunističeskij Internatsional*, Moscú, 1972; N. F. Šitov, *V. I. Lenin i proletarskij internatsionalizm (1917-1924 gg.)*, Moscú, 1974.

⁵³ B. Lazitch, M. Drackhovitch, *Lenin and the Comintern*, vol. 1, Stanford, 1972.

⁵⁴ R. Wohl, *French communism in the making, 1914-1924*, Stanford, 1966.

⁵⁵ P. Broué, *Révolution en Allemagne (1917-1923)*, París, 1971; H. M. Bock, *Syndikalismus und Linkskommunismus von 1918-1923*, Meisenheim am Glan, 1969; V. Mujbegović, *Komunistička partija Njemačke u periodu posleratne krize 1918-1923*, Belgrado, 1968. También es importante M. I. Orlova, *Revo-*

gación de Hautmann;⁵⁶ para Inglaterra, la valiosa contribución de Kendall;⁵⁷ para los Estados Unidos, la valiosa obra de Draper;⁵⁸ para Italia, finalmente, además del primer volumen de la *Storia del PCI* de Spriano, la aunque modesta monografía de König, el libro de Paggi y muchos otros).⁵⁹ Por otra parte, no faltan estudios ni sobre el efímero experimento conciliar de Hungría,⁶⁰ ni sobre el todavía más breve de Baviera.⁶¹ De modo que el escenario en que ocurre el proceso de formación de la Comintern y el significado de las experiencias que contribuyeron indudablemente de modo determinante a plasmar su orientación queda bastante bien iluminado. Resulta también útil, bajo una perspectiva distinta aunque convergente, el reciente estudio de Lindemann, *European socialism versus bolshevism*,⁶² que afianza la importante aunque circunscripta monografía de Mogilevski sobre la reconstrucción de la II Internacional y la investigación de Donneur sobre la Unión de Viena;⁶³ de ese modo también empieza a explorarse más a fondo la orientación del movimiento

lutsionnyi krizis 1923 v Germanii i politika kommunističeskoj partii, Moscú, 1973.

⁵⁶ H. Hautmann, *Die verlorene Räterepublik. Am Beispiel der Kommunistischen Partei Deutschösterreichs*, Viena, 1971.

⁵⁷ W. Kendall, *The revolutionary movement in Britain 1900-1921. The origins of british communism*, Londres, 1969.

⁵⁸ Th. Draper, *The roots of American communism*, cit.

⁵⁹ H. König, *Lenin e il socialismo italiano 1915-1921. Il Partito socialista italiano e la Terza Internazionale*, Florencia, 1972; L. Paggi, *Gramsci e il moderno principe. I. Nella crisi del socialismo italiano*, Roma, 1970; A. Lepre, S. Levrero, *La formazione del Partito comunista d'Italia*, Roma, 1971; F. De Felice, *Serrati, Bordiga, Gramsci e il problema della rivoluzione in Italia 1919-1920*, Bari, 1971; J. M. Cammett, *Antonio Gramsci and the origins of italian communism*, Stanford, 1967.

⁶⁰ Véase, entre otros, A. Szélpál, *Les 133 jours de Bela Kun*, París, 1959; R. L. Tokés, *Bela Kun and the Hungarian Soviet Republic*, Nueva York, 1967; y los tres ensayos de E. Santarelli recopilados bajo el título de "Un modello deformato di dittatura proletaria", en *Movimento operaio e rivoluzione socialista. Studi, letture, ricerche*, Urbino, 1976.

⁶¹ H. Neubauer, *München und Moskau 1918-1919. Zur Geschichte der Rätebewegung in Bayern*, Munich, 1958; A. Mitchell, *Revolution in Bavaria 1918-1919. The Eisner regime and the soviet republic*, Princeton, 1965; R. Grünberger, *Red rising in Bavaria. A history of the 1918-1919 communist uprising*, Londres, 1973.

⁶² A. S. Lindemann, *European socialism versus bolshevism 1919-1921*, Berkeley, Cal., 1975.

⁶³ S. A. Mogilevskij, *Vostanovlenie II Internatsionala (1919-1923 gg.)*, Leningrado, 1963; A. P. Donneur, *Histoire de l'Union des Partis Socialistes pour l'Action Internationale (1920-1923)*, Sudbury Ontario, 1967.

obrero socialdemócrata, lo que permite valorar mejor la violenta carga antirreformista que preside el nacimiento de la III Internacional y acompaña sus primeros avances.

Para el periodo siguiente, caracterizado por un lado por el lanzamiento de la política del frente único y por la gradual y objetada concientización por parte de la Internacional respecto de la estabilización relativa del capitalismo, y por el otro por el proceso de bolchevización de los partidos comunistas, el estado de las fuentes y de las memorias es menos satisfactorio, cosa que afecta también el estado de los estudios. Ya se cuenta con una vasta literatura sobre la táctica del frente único; y cabe señalar que la historiografía de los países socialistas se aplicó sobre todo en este campo, con resultados que ciertamente no se pueden descuidar: en particular, el libro del checoslovaco Milos Hajek,⁶⁴ que representa una auténtica piedra angular en el proceso de repensamiento crítico empapado por la historiografía comunista de la III Internacional y que reconstruye con mucha precisión la historia de las relaciones entre comunistas y socialdemócratas desde 1921 hasta 1935, tiene las páginas más brillantes precisamente sobre los años comprendidos entre 1921 y 1926; a éste se le deben añadir, tanto los ya mencionados estudios soviéticos de El'fand y Molcanov —además de los cuales vale la pena mencionar un recentísimo volumen sobre el III Congreso—⁶⁵ como los numerosos artículos, con frecuencia muy interesantes, aparecidos en la revista alemana-oriental *Beiträge zur Geschichte der Arbeiter bewegung*.⁶⁶ Pero precisamente el de la línea política es casi el único aspecto del periodo considerado en que los estudios han alcanzado resultados consistentes. Para un encuadramiento más amplio de la misma todavía es necesario referirse, además de las obras generales de las que hablaremos más adelante y en una medida mucho mayor, a las páginas de Carr, particularmente atentas a seguir las incidencias de los distintos partidos comunistas;⁶⁷ sin embargo, en general escasean los enfoques metodológicos que lleven la política del frente único hasta las profundas modificaciones estructurales ocurridas en la economía

⁶⁴ M. Hajek, *Storia dell'Internazionale comunista*, cit.

⁶⁵ Institut Marksizma-Leninizma Pri ZK KPSS, *Tretij Kongress Komintern. Razvitie kongresson političeskoj linii kommunističeskogo dvizhenia. Komunisty i massy*, Moscú, 1975.

⁶⁶ Véase, por último, G. Jähn, H. Köpstein, "Zur Einheitsfrontpolitik der kommunistischen Internationale", en *Studien zur Geschichte der kommunistischen Internationale*, Berlín, 1974.

⁶⁷ E. H. Carr, *Il socialismo in un paese solo*, u. cit., pp. 90-294, 296-392.

mundial después de la guerra, a la insospechada capacidad de recuperación del capitalismo, a los cambios producidos en la composición y estratificación de la clase obrera. Una contribución de considerable valor para el conocimiento de la elaboración de la Internacional comunista entre 1921 y 1925 es la de W. Eichwede, *Revolution und internationale Politik*, único intento orgánico de reconstruir de manera sistemática la concepción que la Internacional comunista tenía del capitalismo, bajo la doble perspectiva de las tendencias de la economía mundial y de las relaciones internacionales, y que utiliza con amplitud las fuentes y la prensa soviéticas a la vez que abunda en observaciones penetrantes sobre todo acerca de la dialéctica interna del grupo dirigente de la Comintern.⁶⁸ La obra de Eichwede se detiene sin embargo a principios de 1925, o sea cuando la Internacional comunista todavía no había reconocido la existencia de un proceso de estabilización; sería muy interesante reconstruir analíticamente sus posiciones adoptadas a este propósito entre el V Pleno (marzo-abril de 1925) y el VI Congreso (julio-septiembre de 1928). En cambio, no existe ningún trabajo que responda completamente a esta exigencia; es importante, pero forzosamente sumario además de que no es totalmente convincente por sus juicios excesivamente severos y restrictivos, el ensayo de Galli Della Loggia sobre Varga⁶⁹ que se une al estudio más amplio aunque sustancialmente insatisfactorio de Tikós,⁷⁰ por lo cual tal vez las indicaciones metodológicas más válidas están contenidas en algunos trabajos monográficos sobre Bujarin (como los de Löwy y de Cohen)⁷¹ y sobre todo los desarrollados con gran incisividad por Ragonieri en la introducción al segundo volumen de las obras

⁶⁸ W. Eichwede, *Revolution und internationale Politik. Zur kommunistischen Interpretation der kapitalistischen Welt*, Colonia-Viena, 1970.

⁶⁹ E. Galli Della Loggia, "La Terza Internazionale e il destino del capitalismo: l'analisi di Evghenij Varga", en Istituto Giangiacomo Feltrinelli, *Storia del marxismo contemporaneo. I maggiori interpreti del pensiero marxista dopo Marx*, Annali, xv, 1973, pp. 980-1015.

⁷⁰ L. Tikós, *E. Vargha's Tätigkeit als Wirtschaftsanalytiker und Publizist in der ungarischen Sozialdemokratie, in der Komintern, in der Akademie der Wissenschaften der Udssr*, Tübinga, 1965.

⁷¹ A. G. Löwy, *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht Bucharin: Vision des Kommunismus*, Viena, 1969; S. F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography 1888-1938*, Nueva York, 1973 [Bujarin y la revolución bolchevique, Madrid, Siglo XXI, 1976].

⁷² E. Ragonieri, Introducción a P. Togliatti, *Opere*, vol. II, cit., pp. XLIX y ss., y *passim*.

de Togliatti⁷² y en su ejemplar ensayo sobre el programa de la Internacional comunista.⁷³

Por lo que se refiere a la bolchevización de los partidos comunistas, falta por ahora, a pesar de que sería de gran interés, un estudio comparado de las modalidades y de los defectos en los partidos comunistas más importantes,⁷⁴ aun cuando las páginas que Carr dedica a este tema sean muy agudas y exhaustivas; y entre las historias de los partidos nacionales disponibles hasta el presente son pocas las que afrontan de manera satisfactoria este tema. El voluminoso trabajo de Weber sobre la KPD, centrado precisamente en los años 1924-1929, representa en este aspecto —y por encima de las reservas que se pueden albergar sobre el planteamiento político— un modelo de método de gran importancia,⁷⁵ en tanto que es más débil y está más viciada por premisas ideologizantes la monografía existente sobre la bolchevización de otra de las secciones más importantes de la Comintern: la francesa.⁷⁶

El tercer periodo de la historia de la Comintern, el comprendido entre el final de 1928 y el final de 1933 y caracterizado por la consigna "clase contra clase", es tal vez el menos conocido y el menos estudiado. De hecho la historiografía que se ocupa de este periodo parece todavía con frecuencia endurecida en los esquemas de los años cincuenta: la historia de estos años se ha escrito hasta ahora ya sea con la intención de encontrar en ellos la comprobación de todos los errores y las distorsiones ideológicas del comunismo y la prueba de que es ajeno al movimiento obrero europeo, o bien con el objeto de justificar de algún modo la política de la Internacional comunista, desconociendo o minimizando los errores y dejando de mencionar casi completamente los aspectos de la misma que se oponen a los avances posteriores, en los que se inspiran todavía en la actualidad los partidos comunistas. En la reducida medida en que se ha emprendido, la discusión entre los historiadores versa especialmente sobre varios aspectos de la elaboración teórica de la Internacional comunista durante este periodo y sobre sus repercusiones políticas: la atención se ha dirigido en particular a las raíces y a la proyección de

⁷³ E. Ragonieri, "Il programma dell'Internazionale comunista", en *Problemi di storia dell'Internazionale comunista (1919-1939)*, bajo el cuidado de A. Agosti, Turín, 1974, pp. 79-149.

⁷⁴ Algunas indicaciones interesantes en M. Drachovitch, B. Lazitch, "The Third International", en *The revolutionary internationalists*, Stanford-Londres, 1966.

⁷⁵ H. Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus. Die Stalinisierung der Kpd in der Weimarer Republik*, 2 vols., Frankfurt del Meno, 1969.

⁷⁶ Jedermann, *La bolchévisation du Pcf*, París, 1971.

la teoría del "socialfascismo". En realidad se ha hecho poco por someter a un análisis crítico serio esta fórmula; pues generalmente se han limitado a señalar el evidente absurdo, o bien a poner de manifiesto —aunque de una manera frecuentemente mecánica— su relación con el cambio de rumbo a la izquierda emprendido en la URSS por Stalin. Tal vez sea oportuno señalar que por mucho tiempo la historiografía, ya fuese comunista o socialdemócrata o "burguesa", no reunió ni desarrolló las indicaciones de reflexión que emanaban de la más lúcida crítica de un contemporáneo respecto de la teoría y de la praxis del socialismo, es decir la desarrollada por Trotski en sus escritos sobre la Alemania de los años 1930. 1933, que contienen una denuncia cerrada del equívoco teórico en que se basa la identificación entre democracia burguesa representativa y dictadura reaccionaria, entre socialdemocracia y fascismo.⁷⁷ Sólo en épocas relativamente recientes algunos estudios importantes han contribuido a esclarecer los orígenes y las alternativas de la teoría del socialismo en el movimiento obrero alemán: por ejemplo, el breve pero útil ensayo de S. Bahne, los libros de P. H. Lange y de A. von Plato,⁷⁸ y sobre todo el estudio fundamental de Th. Weingartner, el cual, aun dentro del marco de una tesis general que despierta cierto asombro, porque adelanta la fecha del influjo directo de la política exterior de la URSS sobre la Comintern a 1929, y en todo caso exagera su alcance, ha sometido a un análisis brillantísimo la política de la KPD en los años de la agonía de la República de Weimar.⁷⁹ Algo sabemos también de los orígenes de la línea "clase contra clase", nacida en Francia e Inglaterra principalmente en el terreno de la táctica electoral:⁸⁰ son muy interesantes y estimulantes, aunque no del

⁷⁷ Los principales están comprendidos en los dos libros de L. Trotski, *Scritti 1929-1936*, Turin, 1962; y *I problemi della rivoluzione cinese e altri scritti su questioni internazionali 1924-1940*, Turin, 1970.

⁷⁸ S. Bahne, "Sozialfaschismus" in Deutschland: zur Geschichte eines politischen Begriff, en *International Review of Social History*, vol. 2, 1968, pp. 211-245; P. H. Lange, *Stalinismus versus "Sozialfaschismus" und "Nationalfaschismus"*, *Revolutionspolitische ideologie und praxis unter Stalin (1927-1935)*, Gotinga, 1969; A. von Plato, *Zur Einschätzung der Klassenkämpfe in der Weimarer Republik: KPD und Komintern, Sozialdemokratie und Trotsismus*, Berlin, 1974.

⁷⁹ Th. Weingartner, *Stalin und der Aufstieg Hitlers. Die Deutschlands politik der Sowjetunion und der kommunistischen Internationale (1929-1934)*, Berlin, 1970.

⁸⁰ W. A. Hoisington, Jr., "Class against class. The french communist party and the Comintern", en *International Review of social history*, 1970, pp. 19-42; V. Joannes, "La tactique classe contre classe dans le Parti communiste français", en *Cahiers de l'Institut Maurice Thorez*, núm. 20, 1970, pp. 51-62.

todo compatibles, las opiniones expresadas a este respecto por el historiador norteamericano Th. Draper, que inducen a revisar muchos lugares comunes historiográficos.⁸¹ Pero durante estos años quedan todavía por explorar con amplitud, tanto respecto de la política de la Internacional comunista en su conjunto como las distintas situaciones nacionales: en este caso la historiografía comunista es la que parece acusar el retraso más grave. Desde el primer punto de vista, el de la línea internacional, ésta ha emprendido en los últimos años un examen más profundo (del cual las páginas de Hajek representan todavía su mejor fruto),⁸² llegando a la conclusión de que la política de la Internacional comunista, aunque justificada por la involución conservadora de la socialdemocracia, pecó gravemente de "sectarismo";⁸³ juicios como éste, sin embargo, además de estar viciados aún por muchas reticencias y deformaciones,⁸⁴ siguen estando todavía en la superficie de un fenómeno que no puede explicarse únicamente en términos ideológicos. Habrá que estudiar más a fondo de lo que se ha hecho hasta ahora las repercusiones de la crisis de 1929 sobre la composición social de los partidos comunistas y de la socialdemocracia; se podrá comprobar entonces que la teoría del socialfascismo tiene una modificación sociológica muy precisa, o sea la afluencia creciente de grupos pequeñoburgueses a los partidos socialdemócratas y la transformación, por el contrario, de los partidos comunistas en partidos con un amplio porcentaje de desocupados; y que, entre los mismos trabajadores ocupados, los destinatarios de la agitación y de la propaganda comunista tienden a ser, cada vez más, los "no organizados", o sea los obreros no sindicalizados que con frecuencia son también los menos calificados. Falta todavía por establecer en qué medida y con qué diferencia de un país a otro la figura naciente del "obrero masa" se ha convertido en parte constitutiva de la trama de los partidos comunistas en los años treinta. Pero en general toda esta dimensión

⁸¹ Th. Draper, "The strange case of Comintern", en *Survey*, núm. 3, 1972, pp. 91-137; del mismo autor véase también, "The ghost of social-fascism", en *Commentary*, febrero de 1969, pp. 29-42.

⁸² M. Hajek, *Storia dell'Internazionale comunista*, cit. pp. 149-345.

⁸³ Es significativo que la mayor parte de los estudios publicados en los países socialistas sobre este tema (aunque desde este punto de vista el libro de Hajek es sin embargo una excepción relevante) sigan sin reconocerle ninguna validez a los juicios, tan agudos en muchos aspectos, de Trotski sobre el nazismo y sobre la socialdemocracia alemana de los primeros años del treinta, interpretando de un modo totalmente distorsionado su insistencia en los elementos "bonapartistas" y "pequeñoburgueses" del fascismo.

⁸⁴ *Ibid.*

de investigación queda por desarrollar: algunas indicaciones muy generales se encuentran en las páginas de la *Historia social del movimiento obrero europeo* de W. Abendroth⁸⁵ y en lo que respecta específicamente a los partidos comunistas, todavía sirve de texto un capítulo del primer libro de Borkenau.⁸⁶ Gracias al estudio de Conze,⁸⁷ reanudado y desarrollado, aunque en una dirección parcialmente distinta, por un reciente ensayo de Mommsen,⁸⁸ se conocen algunos datos más pormenorizados de Alemania; en cuanto a Francia, hay que tener presentes, además de las contribuciones importantes de Kriegel⁸⁹ y de Dufraisse,⁹⁰ algunas observaciones, discutibles aunque estimulantes, de Robert Paris.⁹¹ También para el caso de Italia la acalorada discusión que desde hace tiempo se está llevando a cabo sobre el viraje de 1930 ha permitido lograr los primeros resultados: no es sin embargo casual que, respecto de las motivaciones ideológicas y políticas del viraje, el tema de sus consecuencias para la estructura y la composición del PCI haya quedado globalmente en la oscuridad.⁹²

Otro tema de gran importancia que hay que profundizar respecto del "tercer periodo" es el de la actitud de la Internacional comunista ante la crisis económica, tema que por un lado se relaciona con el más general —que como se señaló ha sido estudiado muy poco— del análisis económico de la Comintern, y por el otro requiere que no se restrinja la investigación al examen de las re-

⁸⁵ W. Abendroth, *Storia sociale del movimento operaio europeo*, Turín, 1971, pp. 108 y ss.

⁸⁶ F. Borkenau, *World communism*, cit., pp. 357-375.

⁸⁷ W. Conze, "La crise économique et le mouvement ouvrier en Allemagne entre 1929 et 1933", en *Mouvements ouvriers et depression économique de 1929 à 1939*, Assen, 1969, pp. 56 y ss.

⁸⁸ H. Mommsen, "Il movimento operaio organizzato e l'ascesa dei movimenti fascisti nel periodo fra le due guerre" en *Studi storici*, núm. 4, 1974, pp. 894-907. Se trata de una intervención en la X Internationale Tagung der Arbeiterbewegung (Linz, septiembre de 1974), la publicación de cuyas actas, en proceso de impresión, debe esperarse con gran interés.

⁸⁹ A. Kriegel, "Le Parti communiste français sous la troisième république (1920-1939). Evolution de ses effectifs", en *Revue Française de Science Politique*, núm. 1, 1966.

⁹⁰ R. Dufraisse, "Le mouvement ouvrier 'rouge' devant la grande depression économique de 1929 à 1933", en *Mouvements ouvriers et la depression économique*, cit., pp. 163-188.

⁹¹ R. Paris, "La tattica 'classe contro classe'", en *Problemi di storia dell'Internazionale comunista*, cit., pp. 151-192.

⁹² Véase, por ejemplo, P. Spriano, *Storia del Partito comunista italiano*, II, *Gli anni della clandestinità*, Turín, 1969, pp. 230-338; P. Secchia, "L'azione svolta dal Partito comunista in Italia durante il fascismo 1926-1932. Ricordi, documenti inediti e testimonianze", en Istituto Giangiacomo Feltrinelli,

soluciones oficiales y de la elaboración teórica sino que se extienda a la actividad desarrollada concretamente por los partidos comunistas —en las fábricas, en el campo, en las organizaciones de lucionario. Por lo que respecta al primer aspecto de la cuestión, la discusión historiográfica parece haberse empantanado, por el momento, en un problema que en el fondo es secundario: si la Internacional comunista previó con anticipación la crisis general del capitalismo que se presentó en 1929 y encontró sus elementos fundamentales —como señala todavía gran parte de la literatura soviética y de los países del este— o si la previsión de la crisis fue por su parte casual en cierto sentido, pasando a formar parte, como sostiene por ejemplo Poulantzas, de una concepción económica basada en la mítica expectativa del derrumbe final del capitalismo.⁹³ En realidad no se ha hecho de una manera orgánica un examen detallado y minucioso de la evaluación que hizo la Internacional comunista de la crisis en todas las fases de su evolución y se han contentado con recurrir a la acusación omnicompreensiva de "economicismo" para liquidar toda una elaboración en que, junto con vistosas alucinaciones, existen también intuiciones penetrantes. En cuanto al segundo aspecto señalado más arriba, en realidad sabemos muy poco de la acción cotidiana de los partidos comunistas en el periodo de la gran crisis, un periodo que, es bueno no olvidarlo, fue testigo de un crecimiento limitado aunque cada vez más significativo de sus efectivos. Falta casi totalmente por establecer qué significó por ejemplo, en concreto, la aplicación de la consigna de la "dirección independiente de los conflictos económicos", qué consistencia tuvieron los distintos organismos en que, sobre el papel, habrían debido articularse la presencia de los comunistas en las fábricas (célula, fracción sindical, comité de lucha, etc.) y sólo algunos estudios parciales alemanes-orientales y checoslovacos dan una primera descripción útil sobre esta dirección.⁹⁴

⁹³ Annali, XI, 1969; y sobre todo E. Ragionieri, "Il partito della svolta e la politica di massa", en *Critica Marxista*, núm. 5, 1970, pp. 156 y ss.

⁹⁴ N. Poulantzas, *Fascismo e dittatura. La Terza Internazionale di fronte al fascismo*, Milán, 1971 [*Fascismo y dictadura, México, Siglo XXI*, 1971].

⁹⁵ Véase, a mero título de ejemplo, P. Supljak, "Die Revolutionäre Gewerkschaftsopposition und der Kampf der Arbeiterklasse Deutschlands gegen den Angriff der Monopole in den Jahren 1930-1931", en *Wissenschaftliche Zeitschrift der Friedrich Schiller Universität*, núm. 6, Jena, 1974, pp. 827-840; Z. Hradilak, "On the progress of the 'definitive form' of constitution of the Communist Party of Czechoslovakia (1929-1936)", en *History of socialism Yearbook*, Praga, 1968, pp. 43-84. Véase también, J. Kowalski, *Trudne lata. Problemy rozwoju polskiego ruchu robotniczego 1929-1933*, Varsovia, 1968.

Queda por examinar la literatura que se refiere al período 1934-1939, que está marcado por la política del frente popular y por la lucha contra el peligro de guerra, por un lado, y por el apogeo del estalinismo en la URSS y de sus repercusiones en las secciones de la Internacional comunista, por el otro. Hay que observar de manera preliminar que el estudio de este período, precisamente por los reflejos directos que proyecta sobre la perspectiva estratégica actual del movimiento comunista, ha quedado condicionado durante largo tiempo por el peso de la evaluación instrumental y apriorísticamente negativa o bien banalmente apologetica, y que sólo recientemente se ha abierto camino la tendencia a un juicio histórico más equilibrado. Hasta ahora, en cierto modo, la historiografía, tanto comunista como no comunista, ha abordado preferentemente el problema de los orígenes del viraje de 1934-1935. Muchos historiadores occidentales —por ejemplo, Borkenau, Nollau, Braunthal, y también otros como Valiani y Claudín,⁹⁵ que no estaban condicionados, como los primeros, por la guerra fría— sostuvieron que la nueva política de la Internacional comunista se decidió exclusivamente en Moscú, puesto que respondía a los modificados intereses de la política exterior de la URSS, y en particular descubrieron una relación de causa a efecto entre el acercamiento diplomático franco-soviético y los primeros pasos de la unidad de acción entre comunistas y socialistas franceses. La historiografía comunista, por el contrario, ha callado durante largo tiempo este aspecto de la cuestión y ha atribuido la nueva orientación a una revisión madurada autónomamente en los órganos dirigentes de la Internacional comunista y en sus secciones como consecuencia directa de las repercusiones psicológicas y políticas de la victoria del nazismo.⁹⁶ En realidad, resulta cada vez más claro que es necesario tomar en cuenta debidamente ambos factores: sin duda, uno de los capítulos más interesantes de la obra de los historiadores soviéticos Leibson y

⁹⁵ L. Valiani, "Fronti popolari e politica sovietica", en *Problemi di storia dell'Internazionale comunista*, cit., pp. 193-214; F. Claudín, "La politica di fronte popolare nell'Internazionale comunista", *ibid.*, pp. 215-246, que corrige la interpretación más amplia del mismo Claudín, *La crisi del movimento comunista. Del Comintern al Cominform*, Milán, 1974.

⁹⁶ Véase, por ejemplo, *Storia dell'Internazionale comunista*, cit., pp. 363 y ss.; pero, también, M. Hajek, *Storia dell'Internazionale comunista*, cit., pp. 229 y ss. En cuanto a una cuidadosa reconstrucción de los hechos de febrero de 1934 en Austria, que tuvieron una función esencial en el comienzo de un proceso de revisión de la Internacional comunista, véase, ahora, A. Reisberg, *Februar 1934, Hintergründe und Folgen*, Viena, 1974.

⁹⁷ V. M. Leibson, K. K. Širinja, *Povorot v politike Komintern, Moscú, 1965* (nueva edición aumentada, 1975).

Širinja⁹⁷ es el que pone de manifiesto una dimensión con mucha frecuencia subvaluada de la política de los frentes populares, es decir de la iniciativa directa y de la presencia activa de un gran movimiento de masa animado por la voluntad de una lucha unitaria contra el fascismo y la guerra; aunque prescindir, como lo hacen estos dos autores y como sigue haciéndolo sistemáticamente la historiografía de los países socialistas, de la motivación ligada a la evolución de la política exterior de la URSS parece absolutamente irrealista y corre el peligro de impedir la comprensión del campo mismo en que la política de los frentes populares pudo desplegar sus efectos renovadores en los años 1935-1939, un terreno en el cual el movimiento obrero debía actuar por primera vez como factor activo de las relaciones políticas internacionales.

Sin insistir más sobre este punto, sobre el que quien escribe expresó ya recientemente y de manera más amplia su propia opinión,⁹⁸ y sobre el que hay que tener presente también la reseña crítica de M. Flores,⁹⁹ discutible aunque estimulante, es importante observar que en cierto modo ya es tiempo de que la discusión sobre la política de los frentes populares aborde también otros temas que no sean los de sus orígenes y de sus motivaciones, aunque sean centrales. Existen grandes nudos que todavía hay que desatar casi totalmente: ¿qué consecuencias tuvo la degeneración burocrática y policiaca de la sociedad soviética al final de la década de los treinta sobre la política de los frentes populares? ¿Hasta qué punto los fracasos que sufrió esa política fueron determinados por las consecuencias negativas de lo que la historiografía soviética llama el "culto de la personalidad", y hasta qué punto jugaron un papel importante en la misma las limitaciones propias de la concepción estratégica que le servía de base? Algunas respuestas a estos interrogantes han sido dadas por Hajek¹⁰⁰ y, entre los historiadores italianos, por Ragionieri¹⁰¹ y por F. De Felice,¹⁰² y a éste último se le debe la reflexión más madura y convincente sobre la temática de la relación entre objetivos democráticos y objeti-

⁹⁸ A. Agosti, "La svolta del VII Congresso in alcuni recenti studi sull'Internazionale comunista", en *Studi storici*, núm. 2, 1974, pp. 445-456.

⁹⁹ M. Flores, "I fronti popolari e la storiografia comunista", en *Rivista di Storia contemporanea*, núm. 1, 1975, pp. 110-132.

¹⁰⁰ M. Hajek, *Storia dell'Internazionale comunista*, cit., pp. 295 y ss.

¹⁰¹ E. Ragionieri, Introducción a P. Togliatti, *Opere*, vol. III, pp. CLXXXV y ss., E. Ragionieri, "Togliatti al VII Congresso del Comintern", en *Rinascita*, núm. 13, 1973, pp. 31-32.

¹⁰² F. De Felice, *Fascismo, democrazia, fronte popolare. Il movimento comunista alla svolta del VII Congresso dell'Internazionale*, Bari, 1973.

vos socialistas; a su vez,¹⁰⁸ Claudín ha expuesto observaciones densas en contenido sobre el tipo de análisis del capitalismo en que se inscribe el cambio de rumbo del VII Congreso, y han sido numerosas las contribuciones hechas por los historiadores de los países socialistas sobre aspectos específicos de la elaboración del VII Congreso.¹⁰⁴ Sin embargo queda mucho camino por recorrer. En el fondo, se sabe muy poco de las experiencias concretas del frente popular: disponemos de estudios monográficos dignos de aprecio sobre Francia, como el de Brower sobre el PCF,¹⁰⁵ como el viejo aunque importante libro de Danos y Gibelin,¹⁰⁶ al que ahora habrá que añadir la obra más reciente del soviético Kravchenko;¹⁰⁷ y sobre España, además de las muchas obras valiosas sobre la guerra civil, existe el estudio, circunscripto aunque todavía de gran valor, de D. Cattell sobre el papel de los comunistas,¹⁰⁸ junto con el cual hay que mencionar la obra de Maidanik,¹⁰⁹ uno de los mejores frutos de la época más "abierta" de la historiografía soviética. Sin embargo, queda mucho qué decir de la misma Francia, de la misma España, en tanto que de los otros países hay estudios todavía más dispersos y desiguales.¹¹⁰ Falta estudiar completamente, en particular, la dimensión instrumental y social, por así decir, de la línea de los frentes populares: ¿en qué medida, por ejemplo, incidió la recuperación económica que siguió a la gran crisis en el movimiento de masa que acompañó el viraje de 1934-1935? Y por el otro lado, ¿cuáles son las relaciones entre los efectos de la crisis —que como es sabido re-

¹⁰⁴ F. Claudín, *La crisi del movimento comunista*, cit., pp. 148 y ss. Véase también los agudos juicios de L. Magri, "Il valore e il limite delle sperienze frontiste", en *Critica Marxista*, núm. 4, 1965, pp. 36-63.

¹⁰⁵ Véase, por ejemplo, F. I. Firsov, "Kongress bor'by za edinstvo revoliutsionnykh i demokratičeskoi voiny", en *Voprosy istorii*, 1975, pp. 43-61; G. Jahn, E. Lewerenz, "Der VII Kongress über die Bedeutung des Sieges des Sozialismus in der Udssr für den revolutionären Weltprozess", en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 4, 1975, pp. 599-614; E. Lewin, *R. Schumacher, Einheit im Kampf gegen Faschismus und Krieg. Der VII Kongress der kommunistischen Internationale, 1935*, Berlín, 1975.

¹⁰⁶ D. R. Brower, *The new jacobins. The French communist party and the popular front*, Ithaca, 1968.

¹⁰⁷ Véase ahora la traducción italiana, con prefacio de M. Flores: J. Danos, M. Gibelin, *Il fronte popolare, Francia 1936*, Milán, 1976.

¹⁰⁸ E. A. Kravčenko, *Narodnyi front v Frantsii 1934-1938*, Moscú, 1972.

¹⁰⁹ D. T. Cattell, *I comunisti e la guerra civile spagnola*, Milán, 1968.

¹¹⁰ K. L. Maidanik, *Ispanskij proletariat v natsionalno-revoliutsionnoj vojne*, Moscú, 1960.

¹¹¹ Véase sobre todo un fascículo monográfico del *Journal of Contemporary History*, núm. 3, 1970, que comprende entre otras cosas ensayos sobre Yugoslavia (Ph. Auty), sobre Bulgaria (N. Ornen) y muchos otros.

percutieron con retraso en Francia—, las modificaciones que se produjeron en la trama social francesa y la política del PCF? Se horizonza de la historiografía. Se puede decir, en general, que la historia de la Internacional comunista y del movimiento comunista después del VII Congreso es una página que todavía está por escribirse en su mayor parte, aunque ya comienzan a llegar algunas contribuciones parciales, útiles sobre todo a nivel informativo, de parte de los historiadores de los países socialistas.¹¹¹ y aun cuando algunas historias de partidos nacionales, particularmente la de Spriano,¹¹² han puesto a prueba de manera excelente sus líneas generales. Con mayor razón este discurso es válido para el agitado periodo 1939-1941, en que la mayor parte de la historiografía mantiene todavía una reserva embarazosa, tanto que todavía sirven de texto obras fuertemente partidistas como la recopilación documental de Tasca sobre el PCF,¹¹³ y la misma fase siguiente, caracterizada por el restablecimiento de la alianza antifascista y que culminó en la disolución de la Internacional comunista, no ha sido estudiada a fondo, salvo por Claudín,¹¹⁴ en una perspectiva sólo parcialmente aceptable.

Descrito de este modo en líneas generales el estado de los estudios y de las investigaciones sobre las distintas fases en que se divide la historia de la Comintern, es necesario completar esta reseña describiendo un panorama diverso y mucho más breve,

¹¹² Véase entre los más interesantes: M. Andres, "Zur militärischen Konzeption der Kommunistischen Internationale am Vorabend des zweiten Weltkrieges", en *Militärsgeschichte*, núm. 14, 1975, pp. 517-527; D. E. Kunina, V. M. Endakova, "Das Wirken der Ki die Schaffung nationaler Fronten gegen den Faschismus", en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 3, 1973, pp. 774-789; E. Lewin, "Zur Volksfrontpolitik der kommunistischen Internationale", en *Jahrbuch für Geschichte*, t. 6, Berlín, 1972, pp. 309-342; K. Richter, "Der Kampf der kommunistischen Internationale gegen die Aggressionsakte des Faschistischen Deutschland (1936-Sommer, 1939)", en *Studien zur Geschichte der kommunistischen Internationale*, cit., pp. 339-372; L. Schewtschenko, "Zur der kommunistischen Internationale um die Gewerkschaftseinheit in Kampf der kommunistischen Internationale an die Sai für die Schaffung der boten der kommunistischen Internationale gegen Faschismus und Krieg (1935-1939)", en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 1, 1973, pp. 101-122.

¹¹³ P. Spriano, *Storia del Partito comunista italiano*, III, *I fronti popolari, Stalin, la guerra*, Turín, 1970.

¹¹⁴ A. Rossi (A. Tasca), *Les communistes français pendant la drôle de guerre*, París, 1951.

¹¹⁵ F. Claudín, *La crisi del movimento comunista*, cit., pp. 15-39; véase también A. Kriegel, "La dissolution du Comintern", en *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, núm. 1, 1967, pp. 33-43.

aunque en algunos aspectos igualmente importante: el de los estudios sobre los distintos aspectos y problemas de la política de la Comintern. Se trata de trabajos que completan los anteriormente citados y algunos de los cuales adquieren una importancia central en el estudio de tal o cual periodo examinado; y precisamente con la enumeración de los mismos se ponen de manifiesto de una manera más clara las numerosas lagunas que quedan por llenar.

Entre las monografías temáticas hay que recordar ante todo la de K. Mc Kenzie sobre la "doctrina" comunista, es decir sobre la evolución de los fundamentos teóricos y de las orientaciones tácticas de la Comintern entre 1928 y 1943,¹¹⁵ una obra que cuando apareció (1964) sobresalía de manera singular en la historiografía norteamericana presentándose como un laudable esfuerzo de superar el clima de la "cacería de brujas" pero que sin embargo es extremadamente escolástica e irremediablemente "ajena" al objeto que estudia; de cualquier manera todavía ahora es un compendio útil, a pesar de que sobre él pesa una circunscripción cronológica (1928, precisamente) difícilmente justificable. En realidad el de Mc Kenzie es un libro que, por el mismo tema que trata, está en el límite entre el estudio general y la monografía, de modo que, aun prescindiendo del supuesto algo objetable de aislar una "doctrina" o una "ciencia" comunista de la conquista del poder de la actividad cotidiana de la lucha de los partidos de la Internacional comunista, su planteamiento termina por adolecer, de una forma considerable, de esta indeterminación. Resultan en cambio de gran utilidad monografías menos pretenciosas, como la de G. D. Jackson sobre la política campesina de la Comintern en la Europa oriental entre 1919 y 1930,¹¹⁶ la que, entre otras cosas, en la parte dedicada a la Internacional campesina o Krestintern, representa el único estudio orgánico de buen nivel sobre una de las llamadas organizaciones auxiliares de la Internacional comunista;¹¹⁷ lo mismo sucede —aunque en un plano más

¹¹⁵ K. Mc Kenzie, *Comintern e rivoluzione mondiale 1928-1943*, Florencia, 1969.

¹¹⁶ G. D. Jackson, *Comintern and peasant in East Europe (1919-1930)*, Nueva York, 1966.

¹¹⁷ Sobre éstas véase, en general, E. H. Carr, *Il socialismo in un solo paese*, II, cit., pp. 887-944. La única sobre la que existen algunos estudios es el Socorro obrero internacional: véase B. M. Zabarko, *Klassovaja bor'ba i meždunarodnaja rabočaja pomošč. Iz istorii meždunarodnoj proletarskoj solidarnosti 1924-1929*, Kiev, 1974; J. M. Ryle, "International Red Aid and Comintern strategy 1922-1926", en *International Review of Social History*, 1970, pp. 45-68.

limitado— con los dos estudios de Boersner¹¹⁸ y de Schlesinger¹¹⁹ sobre la "cuestión colonial". En verdad, estos dos trabajos, predominantemente compilativo el primero y algo discontinuo el segundo, resultan muy insuficientes con respecto a la vastedad y a la complejidad del tema, aunque sobre la política de la Internacional comunista en las colonias ya se puede formar un cuadro bastante apropiado gracias no sólo al valioso repertorio de E. Collotti Pischel y de C. Robertazzi¹²⁰ sino también a la abundancia de estudios, sobre todo americanos, sobre los distintos países. Esto es válido sobre todo para China, sobre la que se encuentran disponibles muchos trabajos de prestigio, como los de Schwartz,¹²¹ de Whiting,¹²² de Brandt,¹²³ de Guillermanz,¹²⁴ de Swarup,¹²⁵ de Thornton,¹²⁶ de la misma Collotti Pischel,¹²⁷ y aun de muchos otros; pero también para la India, gracias a los trabajos de Overstreet y de Windmiller¹²⁸ y de Haithcox;¹²⁹ para Indonesia, gracias al muy amplio y detallado de la señora Mc Vey¹³⁰ y otros de distinto valor:¹³¹ para Vietnam, gracias al de Rousset,¹³² de Heméry¹³³ y de Turner;¹³⁴ para el Sureste asiático en general, gracias a los de

¹¹⁸ D. Boersner, *The Bolsheviks and the National and Colonial Question*, Génova, 1957.

¹¹⁹ R. Schlesinger, *L'Internationale comunista e la questione coloniale*, Bari, 1971 [*La Internacional Comunista y el problema colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 52, México, 1974].

¹²⁰ E. Collotti Pischel, C. Robertazzi, *L'Internationale Communiste et les problèmes coloniaux 1919-1935. Essai bibliographique*, Paris-La Haya, 1968.

¹²¹ B. Schwartz, *Chinese communism and the rise of Mao*, Harvard, 1952.

¹²² A. S. Whiting, *Soviet policies in China 1917-1924*, Nueva York, 1964.

¹²³ C. B. Brandt, *Stalin's failure in China 1924-1927*, Cambridge, Mass., 1962.

¹²⁴ J. Guillermanz, *Storia del Partito comunista cinese 1921-1949*, Milán, 1970.

¹²⁵ S. Swarup, *A study of the Chinese communist movement 1927-1934*, Oxford, 1966.

¹²⁶ R. C. Thornton, *The Comintern and the Chinese communists 1928-1931*, Seattle, 1969.

¹²⁷ E. Collotti Pischel, *Storia della rivoluzione cinese*, Roma, 1972.

¹²⁸ G. D. Overstreet, M. Windmiller, *Communism in India*, Berkeley, 1969.

¹²⁹ J. P. Haithcox, *Communism and nationalism in India*, M. N. Roy and

Comintern policy 1920-1939, Princeton, 1971.

¹³⁰ R. Mc Vey, *The rise of Indonesian communism*, Ithaca, 1968.

¹³¹ J. M. Van Der Kroef, *The communist party of Indonesia*, Vancouver, 1965; A. C. Brackman, *Indonesian communism*, Nueva York, 1963; L. Palmer, *Communists in Indonesia*, Londres, 1973.

¹³² P. Rousset, *Le Parti communiste vietnamien. Contributions à l'étude du mouvement communiste au Vietnam*, Paris, 1973.

¹³³ D. Heméry, *Révolutionnaires vietnamiens et pouvoir colonial en Indochine*, Paris, 1975.

¹³⁴ R. F. Turner, *Vietnamese communism. Its origins and development*, Stanford, 1975.

Brimmel¹³⁵ y de Mac Lane;¹³⁶ para el Medio Oriente, gracias a los de Laqueur¹³⁷ y de Harris;¹³⁸ para Argelia, gracias al de Sivan;¹³⁹ y para la realidad en cierto modo atípica que constituyó para la Internacional comunista el Japón, gracias a las investigaciones de Scalapino,¹⁴⁰ de Beckmann y Okubo¹⁴¹ y de Pohl.¹⁴² Todavía es insatisfactorio, en cambio, el estado de los estudios sobre la Comintern, y sobre los partidos comunistas en América Latina,¹⁴³ excepción hecha tal vez del Brasil.¹⁴⁴

Otro aspecto de la política de la Internacional comunista sobre los que hay disponibles estudios más particulares es el de su actitud hacia el fascismo, aunque en este caso deben hacerse consideraciones más críticas. Existe, ciertamente, el trabajo del checoslovaco F. Suchopár, uno de los mejores frutos de la historiografía de la "primavera de Praga", que se presenta como un óptimo trabajo de síntesis, pero que se basa al parecer en una documentación no muy rica;¹⁴⁵ por lo demás, sin embargo, el panorama no es muy alagüeño. La recopilación de Pirker es muy discontinua y fragmentaria aunque no carece de observaciones inteligentes en las notas introductorias;¹⁴⁶ el ensayo de la Schäfer¹⁴⁷ es débil aunque con algunos puntos agudos; y el conocido libro de Poulantz,

¹³⁵ J. H. Brimmell, *Communism in south east Asia*, Oxford, 1959.

¹³⁶ Ch. B. Mac Lane, *Soviet strategies in south east Asia. An exploration of soviet policy under Lenin and Stalin*, Princeton, 1966.

¹³⁷ W. Z. Laqueur, *Communism and nationalism in the Middle East*, Londres, 1956.

¹³⁸ G. S. Harris, *The origins of communism in Turkey*, Stanford, 1967.

¹³⁹ E. Sivan, *Communisme et nationalisme en Algérie 1920-1962*, París, 1976.

¹⁴⁰ R. A. Scalapino, *The Japanese communist movement 1920-1966*, Berkeley-Los Angeles, 1967.

¹⁴¹ G. M. Beckmann, G. Okubo, *The Japanese communist party 1922-1945*, Stanford, 1969.

¹⁴² M. Pohl, *Die Bauernpolitik der kommunistischen Partei Japans 1922-1928*, Hamburgo, 1976.

¹⁴³ Véase la todavía válida reseña de R. Paris, "La Terza Internazionale e l'America Latina", en *Movimento operaio e socialista*, núm. 4, 1969, pp. 311-334, de la que surge la laguna (que desde entonces no se ha colmado) representada por la falta de un estudio de buen nivel sobre el movimiento comunista en América Latina.

¹⁴⁴ Véase R. H. Chilcote, *The Brazilian communist party. Conflict and integration 1922-1972*, Nueva York, 1974; J. W. F. Dulles, *Anarchist and communists in Brazil 1900-1933*, Austin, 1973; Th. Skidmore, "Popular front, failure in Brazil", en *Journal of Contemporary History*, núm. 3, 1970.

¹⁴⁵ Véase nota 44.

¹⁴⁶ *Komintern und Faschismus 1920-1940. Dokumente zur Geschichte und Theorie des Faschismus*, compilado y comentado por Th. Pirker, Stuttgart, 1965.

¹⁴⁷ G. Schäfer, *Die kommunistische Internationale und der Faschismus*, Frankfurt del Meno, 1973.

Fascismo y dictadura, a despecho del subtítulo, tiene precisamente su punto más débil en el análisis de la posición de la Comintern a la categoría del "economicismo" sin darse cuenta verdaderamente de las dramáticas tensiones, de los avances, de las detenciones y de las caídas de la elaboración del movimiento comunista sobre este fenómeno crucial.¹⁴⁸ Por otra parte, los estudios que provienen de los países socialistas no son más satisfactorios, excepción hecha del de Suchopár; a su vez los ensayos de Lewin y de Lewerenz y el reciente libro de esta última, por ejemplo,¹⁴⁹ están cuidadosamente documentados pero son poco inquisidores y tienen rasgos de reticencia. Sobre este tema tan importante se advierte pues la exigencia de un trabajo global grande y comprometedor, pero también se siente la falta de estudios más específicos relativos al modo en que la Internacional comunista juzgó y comprendió las variantes nacionales del fenómeno fascista. Las indicaciones metodológicas más interesantes son las que se presentan en los meritorios trabajos ya citados de Eichwede (para los años de los orígenes) y de Weingarten (para los primeros años de la década de los treinta),¹⁵⁰ y todavía más los que se encuentran en las páginas esparcidas aunque densísimas que E. Ragionieri dedicó a este problema.¹⁵¹ Recientemente, un joven investigador italiano, C. Natoli, adelantó en forma de problema los resultados de una investigación que está llevando a cabo y que parece presentar gran interés.¹⁵²

¹⁴⁸ Véase nota 93.

¹⁴⁹ E. Lewin, "Zur Faschismusanalyse durch die Ki (1922-1923)", en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 1, 1970, pp. 44-59; E. Lewerenz, *Die Analyse des Faschismus durch die kommunistische Internationale. Die Aufdeckung von Wesen und Funktion des Faschismus während der Vorbereitung und Durchführung des VII Weltkongresses der Ki*, Berlin, 1975, que sistematiza los resultados de otras muchas investigaciones de la autora sobre el mismo tema.

¹⁵⁰ En cuanto a un ataque a estas posiciones que manifiesta la reclusión todavía rígida de gran parte de la historiografía de los países socialistas, cf. E. Lewerenz, "Neue bürgerliche Anfriffe auf die Einschätzung durch die Ki", en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 4, 1974, pp. 587-599.

¹⁵¹ De E. Ragionieri véanse sobre todo: "Il giudizio sul fascismo", en *Problemi contro il fascismo*; "I Rapporti con l'Internazionale comunista", en *Problemi di storia del PCI*, Roma, 1971; y también el prefacio a P. Togliatti, *Lezioni sul fascismo*, Roma, 1970. Cf. también A. Agosti, "L'analisi del fascismo al IV Congresso dell'Internazionale comunista", en *Problemi del Socialismo*, núm. 11-12, 1972.

¹⁵² C. Natoli, "L'Internazionale comunista, il fronte unico e la lotta contro il fascismo in Italia e in Germania (1919-1929)", en *Storia contemporanea*, núms. 2 y 3, 1976, pp. 67-121 y 297-360.

El panorama de lo que hemos llamado monografías temáticas (entre las que naturalmente se deben incluir también algunas de las obras mencionadas anteriormente, como la de Hajek) puede decirse que está prácticamente terminado. Las lagunas aparecen en toda su magnitud: hace falta una investigación profunda sobre la política sindical de la Comintern;¹⁵³ está todavía por estudiarse en gran parte la política de la Internacional comunista en su relación con los intelectuales¹⁵⁴ y, en general, su política cultural en los más diversos aspectos;¹⁵⁵ todavía es amplísimo el campo que hay que explorar por lo que respecta tanto a la cuestión agraria como a la cuestión colonial.¹⁵⁷ Y además, no existe un estudio específico de un alcance suficientemente amplio sobre un tema central como el de la actitud de la Comintern ante la guerra.¹⁵⁸ Poco se sabe por ahora respecto de las orientaciones y de su actividad en el campo de la cuestión femenil,¹⁵⁹ y hace falta indagar casi to-

¹⁵³ Existe sólo una breve historia de la Internacional sindical rusa, que por otra parte es de nivel mediocre: véase G. M. Adibekov, *Krasnyi International Profsojuzov. Očerki istorii Profintern*, Moscú, 1971. Sobre el Profintern es útil la bibliografía de G. Migliardi, "L'Internazionale dei sindacati-rossi (Profintern). 1917-1924", en Istituto Feltrinelli, *Annali*, ix, 1967, pp. 325-347.

¹⁵⁴ D. Caute (*The follow travellers. A proscript to Enlightenment*, Londres, 1973), realizó sin embargo una investigación de considerable importancia en esta dirección. Del mismo autor, véase también *Communism and French intellectuals*, Londres, 1969; además puede verse D. Wood, *Communism and British intellectuals*, Nueva York, 1959.

¹⁵⁵ Es interesante aunque limitado el trabajo de D. Lichtenberg, *L'Internationale communiste et l'école de classe*, París, 1973; por lo que respecta a la prensa comunista, véase G. Almond, *The appeals of communism*, Princeton, 1954.

¹⁵⁶ Además del ya citado libro de G. D. Jackson, véase ahora R. Csonka, *Agrárproblémák paraszmozgalmak és a Kommunista Internacionale agrárpolitikája (1919-1929)*, Budapest, 1974. Sin embargo todavía está por hacerse una investigación sobre la política agraria de la Internacional comunista y de los partidos comunistas de la Europa occidental.

¹⁵⁷ Además de las obras citadas en las notas 118 y 119, hay que tener presentes: S. Schramm, H. Carrere D'Encausse, *Il marxismo e L'Asia*, Roma, 1968 [*El marxismo y Asia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974]; H. Piazza, *Die kommunistische Internationale und die nationale Befreiungsbewegung*, en *Studien zur Geschichte der Ki*, cit., pp. 181-230; *Komintern i Vostok Bor'ba za leninskuiu strategiu i taktiku v natsional'no-osvoboditel'nom divizii*, Moscú, 1969.

¹⁵⁸ El único estudio global que existe en la etapa actual es el sintético de M. Anders, J. Kuhles, "Zur Politik der kommunistischen Internationale gegen den imperialistischen Krieg und für die Erhaltung des Friedens", en *Studien zur Geschichte der Ki*, cit., pp. 90-183.

¹⁵⁹ Para una primera aproximación, véase A. Camparini, "Il movimento femminile nei primi anni dell'Internazionale comunista (1919-1921)", en *Movi-*

talmente la actividad desarrollada por la Internacional comunista juvenil y, en general, el peso de las federaciones juveniles dentro de los distintos partidos.¹⁶⁰ Por lo que respecta a la evolución de las estructuras organizativas del movimiento comunista, se puede disponer de un apreciable aunque necesariamente somero trabajo de Svatek,¹⁶¹ que sin embargo se limita a los "órganos de gobierno", es decir a las instancias centrales del aparato de la Comintern, en tanto que no se ha escrito casi nada sobre las modificaciones posteriores de la organización interna de los partidos. Falta por hacer todavía, como ya se señaló, una gran parte del análisis sobre la composición social del movimiento comunista, tanto a nivel de los cuadros dirigentes de la Internacional comunista (el diccionario biográfico editado por Lazitch y Drackhovitch¹⁶² proporciona ciertamente una valiosa ayuda, aunque está planteado con criterios que limitan su utilidad), como, todavía más, a nivel de los militantes de las distintas secciones.

Si consideramos las historias de las diversas secciones de la Internacional comunista, que con mucha razón pueden considerarse también como monografías temáticas, el panorama que se nos presenta es muy desigual. Sobre el KPD disponemos de una literatura vastísima (a las obras ya citadas hay que añadirles la de Bahne¹⁶³ sobre el periodo 1932-1935 y la de tono fuertemente anticomunista de Duhnke sobre los años de la clandestinidad),¹⁶⁴ aunque todavía hace falta una obra global sobre el comunismo alemán desde 1918 hasta 1943, a no ser que se quiera recurrir a la obra monumental *Geschichte der deutschen Arbeiterbewe-*

mento operaio e socialista, núm. 1, 1974, pp. 49-72; A. Camparini, "Fronte unico e questione femminile nella Terza Internazionale (1922-1925)", *ibid.*, núm. 4, 1976.

¹⁶⁰ Sobre la Internacional comunista juvenil ciertamente ya no se puede considerar satisfactoria la vieja obra de R. Schüller, A. Kurella, R. Chizarow, *Geschichte der kommunistischen Jugendinternationale*, t. I, *Gründung und Aufbau der Kji*; t. II, *Der Kampf um die Massen. Vom II zum V. Weltkongress der Kji*, München, 1970.

¹⁶¹ Véase la nota 45. Desilusionante, puesto que está calcado sobre el trabajo anterior de Svatek, V. Kahan, "The Communist International 1919-1943: The Personnel of its Highest Bodies", en *International Review of Social History*, núm. 2, 1976, pp. 151-185. Está próxima la traducción del útilísimo trabajo de Svatek en la revista *Movimento operaio e socialista*.

¹⁶² B. Lazitch, M. Drackhovitch, *Biographical Dictionary of the Comintern*, Stanford, 1973.

¹⁶³ S. Bahne, *Die Kpd und das Ende von Weimar. Das Scheitern einer Politik 1932-1935*, Frankfurt, 1976 (ya publicado en *Sammelband: "Das Ende der Parteien 1933"*, Düsseldorf, 1960).

¹⁶⁴ H. Duhnke, *Die Kpd von 1933 bis 1945*, Colonia, 1972.

gung, editada en la República Democrática Alemana,¹⁶⁵ que adolece sin embargo de las limitaciones propias de la historiografía comunista "oficial". Se puede decir que también es exhaustiva la literatura sobre el Partido comunista chino,¹⁶⁶ sobre el norteamericano,¹⁶⁷ sobre el búlgaro,¹⁶⁸ sobre el yugoslavo,¹⁶⁹ sobre los escandinavos,¹⁷⁰ sobre el canadiense¹⁷¹ y naturalmente sobre el italiano.¹⁷² La situación es menos satisfactoria respecto de otros partidos comunistas que también tuvieron, en distintos momentos, un papel muy importante: esto es lo que sucede con el inglés, puesto que los estudios de Mac Farlane¹⁷³ y de Klugman¹⁷⁴ se detienen

¹⁶⁵ *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, publicado por el Institut für Marxismus Leninismus beim ZK der SED, Berlín, 1966, vols. III-IV-V. Se trata en todo caso, y es conveniente subrayarlo, de un trabajo excepcionalmente importante, como lo ha señalado también H. Weber en *Zeit*, 7 de junio de 1968, p. 33. Sigue siendo todavía de gran utilidad E. Collotti, *Die kommunistische Partei Deutschlands 1918-1933. Ein bibliographischer Beitrag*, Milán, 1961. Además, las revistas de la DDR publican desde hace años una cosecha abundantísima de estudios sobre la historia del KPD, frecuentemente muy importantes; véase, además de la ya citada "*Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*".

¹⁶⁶ Véanse las tesis ya citadas en las notas 121-127, a las que se puede añadir T. Kataoka, *Resistance and revolution in China. The Communist and the second united front*, Berkeley-Los Angeles, 1974. Si no lo impidiera la falta de espacio se podrían mencionar muchos otros títulos.

¹⁶⁷ Véanse W. Z. Foster, *History of the communist party of the United States*, Nueva York, 1952; J. Oneal, *American communism. A critical analysis of its origins, development and programs*, Nueva York, 1947; I. Howe, L. Coser, *The American communist party*, Nueva York, 1962; y además, naturalmente, las obras de Draper citadas en la nota 40.

¹⁶⁸ Véanse, además del libro de Rotschild citado en la nota 37, N. Oren, *Bulgarian communism*, Nueva York, 1972; T. Koleva, *Bkp i mezhdunarodnoto komunisticesko dvizenie (1919-1924)*, Sofía, 1973.

¹⁶⁹ I. Avakumovic, *History of the communist party of Yugoslavia*, vol. I, Aberdeen, 1964; *Storia della Lega dei comunisti della Jugoslavia*, bajo el cuidado de R. Colakovic, D. Jankovic, P. Moraca, Milán, 1965. Sobre los países balcánicos en general V. P. Boev, *Iz istorijata na komunisticeskoto dvizenie na Balkanite 1917-1923*, Sofía, 1972.

¹⁷⁰ Véase J. Hodgson, *Communism in Finland. A history and interpretation*, Princeton, 1967; A. F. Upton, *The communist parties of Scandinavia and Finland*, Londres, 1972; T. Gilberg, *The soviet communist party and Scandinavian communism. The Norwegian case*, Oslo, 1973.

¹⁷¹ W. Rodney, *Soldiers of the International. A history of the communist party of Canada 1919-1929*, Toronto, 1968.

¹⁷² Por lo que concierne a una reseña actualizada, véase F. Andreucci, M. Sylvers, "Italian communists write their history", en *Science and Society*, núm. 1, 1976, pp. 29-56.

¹⁷³ L. J. Mac Farlane, *The communist party of Great Britain, its origins and development until 1929*, Londres, 1966.

¹⁷⁴ J. Klugman, *History of the communist party of Great Britain*, vol. I,

en 1929 y en 1926, respectivamente; esto es lo que sucede con el polaco, ya que el estudio de Dziewanowski que hemos mencionado resulta insuficiente, a pesar de sus méritos; lo mismo sucede con el español, cuya génesis y primeros años de vida han sido reconstruidos por Meaker con mucha amplitud,¹⁷⁵ pero sobre cuyas incidencias de los años siguientes no existen estudios orgánicos de amplio alcance.¹⁷⁶ Las lagunas más grandes se notan respecto del Partido comunista francés, sobre el que se ha escrito mucho y muy bien, si se limita uno al periodo de formación,¹⁷⁷ pero del que no existe una historia global satisfactoria;¹⁷⁸ y respecto del Partido comunista checoslovaco, a propósito del cual disponemos sólo páginas¹⁷⁹ al periodo comprendido entre las dos guerras— y de las contribuciones más válidas aunque parciales de Skilling.¹⁸⁰

Por lo que respecta a las figuras centrales de la historia de la Comintern, se puede comprobar que el "género" de la biografía política intelectual no ha tenido hasta ahora un desarrollo adecuado a su importancia. Para no hablar de Lenin, sobre cuyo papel en la Comintern existen contribuciones de la historiografía de los países socialistas casi innumerables y sobre el que se espera con interés la continuación del trabajo de Lazitch y Drachovitch,

Formation and early years, vol. II, *The general strike*, Londres, 1968-1970. Es importante también R. Martin, *Communism and the British trade unions. A study of the national minority movement 1924-1933*, Oxford, 1969.

¹⁷⁵ G. H. Meaker, *The revolutionary left in Spain 1914-1923*, Stanford, 1973.

¹⁷⁶ Véanse, sin embargo, las útiles páginas de C. Colombo, *Storia del partito comunista spagnolo*, Milán, 1972; y también M. Tuñón de Lara, *Storia del movimento operaio spagnolo*, Roma, 1975.

¹⁷⁷ Nos referimos sobre todo a las obras de A. Kriegel y R. Wohl, ya citadas en las notas 42 y 54. Véase también, Institut Maurice Thorez, *La fondation du Pcf et la pénétration des idées léninistes en France*, París, 1971.

¹⁷⁸ Ya no pueden considerarse como tales ni A. Ferrat, *Histoire du Parti communiste français*, París, 1960, ni G. Walter, *Histoire du Parti communiste français*, París, 1948, ni la obra más reciente, aunque igualmente desilusionante de J. Fauvet, *Histoire du Parti communiste français*.

¹⁷⁹ P. E. Zinner, *Communist strategy and tactics in Czechoslovakia 1918-1948*, Nueva York-Londres, 1963.

¹⁸⁰ G. H. Skilling, "The formation of a communist party in Czechoslovakia", en *American Slavic and East European Review*, núm. 3, 1953; G. H. Skilling, "The Comintern and Czechoslovak communism 1921-1929", *ibid.*, núm. 2, 1950; G. H. Skilling, "Gottwald and the bolshevization of the communist party of Czechoslovakia (1929-1939)", en *Slavic Review*, núm. 4, 1961. Véase, también, el estudio de Hradilak citado en la nota 94 e I. N. Men'nikova, *Klassovaya bor'ba v Cechoslovakii v gody castnoj stabilizatsii kapitalizma 1924-1929*, Moscú, 1962.

se puede decir que sólo Bujarin¹⁸¹ y Togliatti¹⁸² han sido objeto de la consideración que merecían. Ciertamente se puede decir que la obra de Deutscher sobre Trotski es ciertamente en muchos aspectos definitiva; pero tal vez no sea superflua una monografía que profundice sobre el papel que tuvo en el movimiento comunista internacional; lo mismo se puede decir, con mayor insistencia aún, de Stalin, ya que ninguna de sus numerosas biografías ha estudiado con suficiente atención su acción en la Internacional comunista; en tanto que existen contribuciones particulares sobre Radek,¹⁸³ y también una biografía global¹⁸⁴ que no se puede decir que haga justicia a este personaje. No obstante la gran cantidad de ensayos que han aparecido recientemente sobre Dimitrov,¹⁸⁵ parece que hace falta una monografía sobre el revolucionario búlgaro que se salga de las limitaciones hagiográficas; y sobre el hombre que dirigió la Comintern en el primer período de su existencia. G. Zinoviev, ciertamente no son suficientes los breves ensayos de W. Korel,¹⁸⁶ de quien por otra parte ya hace años que se está anunciando una biografía global del primer presidente de la Internacional comunista. Recientemente apareció un grueso trabajo sobre Rakovski;¹⁸⁷ pero no existe nada todavía

¹⁸¹ Véanse las obras de Löwy y Cohen citadas en la nota 71.

¹⁸² Hay que ver sobre todo E. Ragionieri, *Palmito Togliatti*, Roma, 1976, que reúne en un solo libro las introducciones a las obras de Togliatti y algunas otras importantes contribuciones; pero puede verse, también, para un análisis más estrictamente teórico, G. Vacca, *Saggio su Togliatti e la tradizione comunista*, Bari, 1974. No faltan estudios de importancia sobre otros grandes dirigentes del Partido comunista italiano: para Gramsci, dentro de una bibliografía vastísima, véase, sobre todo, el libro de Paggi citado en la nota 59; para Bordiga véase, ahora, F. Livorsi, *Amadeo Bordiga. Il pensiero e l'azione politica*, Roma, 1976.

¹⁸³ Véase L. H. Legters, "Karl Radek als Sprachvor des Bolschevismus", en *Forschungen für osteuropäische Geschichte*, 1959, pp. 196-322; O. E. Schüldknecht, "Karl Radek in Berlin. Ein Kapitel deutsch-russischen Beziehungen im Jahre, 1919", en *Archiv für Sozialgeschichte*, 1962.

¹⁸⁴ W. Lerner, *Karl Radek. The last Internationalist*, Stanford, 1970.

¹⁸⁵ Véase, por ejemplo, Georgi Dimitroff, *Biographischer Abriss*, Berlín, 1972; Georgi Dimitroff, *Vydajuscijsja dejatel' kommunistscheskogo dvizhenia*, Moscú, 1972; E. K. Sirinija, "Georgi Dimitroff und der Kampf um die neue Orientierung der Komintern in den Jahren 1935 bis 1939", en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 5, 1972, pp. 706-724.

¹⁸⁶ W. Korel, "Zinoviev's critique of Stalin's theory of socialism in one country (December 1925-December 1926)", en *American Slavic and East European Review*, 1950, pp. 255-267; W. Korel, "Zinoviev and the German revolution of October, 1923. A case study of a bolshevik attitude towards revolution"

¹⁸⁷ F. Conte, *Christian Rakovski (1873-1941). Essai de biographie politique*, París, 1975.

sobre un personaje que de ninguna manera carece de importancia autónoma como Manuilski, o sobre figuras relativamente menores, que en determinados momentos desempeñaron tareas de gran importancia y contribuyeron considerablemente al debate interno de la Internacional comunista, como Pepper (Pognany), Humbert-Droz, Lominadze, etc. En una palabra, en este campo todavía está abierto un terreno fertilísimo y sugestivo para la investigación.

Las lagunas que se han puesto de manifiesto a propósito de los estudios sobre periodos, aspectos y figuras particulares de la historia de la Internacional comunista no deben hacernos olvidar, naturalmente, otra laguna que no es menos importante: la falta, o la gran escasez, de obras de síntesis que escriban con precisión la línea de desarrollo de la institución, reconstruyendo desde el interior de su línea política entendida en el sentido más amplio, con la debida atención para los debates internos y las tensiones que acompañan su determinación. Ya no puede ser suficiente, a pesar de sus méritos indiscutibles, el viejo trabajo de Borkenau; ni puede satisfacer la ya citada historia de la Internacional comunista editada en 1969 en la URSS y traducida recientemente al italiano, que adolece todavía en gran parte de las limitaciones mencionadas anteriormente, de la historiografía comunista de los años cincuenta, que carece casi totalmente de una profundidad problemática y que deja muchas dificultades sin resolver, resultando útil casi exclusivamente gracias a la amplitud de la documentación en gran parte inédita en que se basa. Todavía menos exhaustivo se puede considerar el libro del periodista francés Dominique De Santi, que es apenas una historia en forma de novela de la Comintern.¹⁸⁸ Tal vez presentan un interés mayor algunas recopilaciones de ensayos sobre la Internacional comunista, que, con todo, no pretenden suplir la falta de una obra global de síntesis; si algunas, como las que tuvieron a su cuidado J. Freymond¹⁸⁹ y Drackhovitch y Lazitch,¹⁹⁰ contienen contribuciones muy desiguales debido al planteamiento y al valor científico e incluyen documentos, testimonios y ensayos críticos en forma más bien indiscriminada, otras resultan más homogéneas y susce-

ptibles abroad", en *Essays in Russian and Soviet History*, editada por J. S. Curtiss, Leiden, 1963, pp. 253-269.

¹⁸⁸ D. De Santi, *L'Internationale communiste*, París, 1970.

¹⁸⁹ *Contributions à l'histoire du Comintern*, bajo el cuidado de J. Freymond, Ginebra, 1965.

¹⁹⁰ M. Drackhovitch, B. Lazitch (editores), *The Comintern. Historical highlights. Essays, recollections, documents*, Stanford, 1966. Véase también, *Iz istorii Komintern*, Moscú, 1970.

bles, por lo menos, de dar una orientación sobre las cuestiones todavía abiertas de la historia del movimiento comunista internacional.¹⁹¹ En el estado actual de los estudios, resultan muy útiles todavía las historias documentales: además de la merecidamente conocida de la señora Degras, sobre cuyas limitaciones ya hemos alertado al lector, vale la pena mencionar, más que las muy sintéticas de Weber¹⁹² y de Pirker,¹⁹³ la tal vez menos conocida del investigador norteamericano H. Gruber,¹⁹⁴ que por ahora cubre sólo el periodo 1919-1929, pero que ha sido afortunada en la selección de los documentos, frecuentemente aguda en las notas introductorias y digna de aprecio por las sugerencias de profundización bibliográfica. Pero tal vez, por el momento, el trabajo que logra presentar mejor, dentro de una perspectiva crítica y problemática, las incidencias globales de la Comintern es la de F. Claudín.¹⁹⁵ En realidad, la obra del ex dirigente comunista español no es, ni pretende ser, una verdadera historia de la Internacional comunista: se lo impiden la base documental insuficiente y el mismo corte panfletista, aunque lo sea en el mejor sentido de la palabra. Representa, más bien, un balance político—original aun por la estructura formal de la reconstrucción que rompe con las estrechas dimensiones del orden cronológico—de algunas dificultades cruciales de la historia del movimiento comunista. La limitación que condiciona este balance consiste en

¹⁹¹ Véase, sobre todo, *Studien zur Geschichte der kommunistischen Internationale*, Berlín, 1974 (del que ya hemos citado muchos ensayos); D. Footman (editor), *International Communism*, Londres, 1970; E. Mandel, (editor), *Fifty years of world revolution (1917-1967)*, Nueva York, 1968; y también *Problemi di storia dell'Internazionale comunista*, cit.

¹⁹² H. Weber, *Die kommunistische Internationale. Eine Dokumentation*, Hannover, 1965.

¹⁹³ Th. Pirker, *Utopie und Mythos der Weltrevolution. Zur Geschichte der Komintern 1920-1940*, München, 1964.

¹⁹⁴ H. Gruber, *International communism in the era of Lenin. A documentary history*, Ithaca, 1967, luego Nueva York, 1972; H. Gruber, *Soviet Russia masters the Comintern. International communism in the era of Stalin's ascendancy*, Nueva York, 1974. Cubren el mismo espacio cronológico (1919-1928) los dos libros publicados hasta ahora por quien escribe (*La Terza Internazionale. Storia documentaria*, Roma, 1974 y 1976) en los que las notas antepuestas a cada uno de los capítulos tienen la ambición, aun por su amplitud, de constituir una primera verificación crítica global de la historia de la Internacional comunista. Entre las historias documentales hay que recordar también X. J. Eudin, H. H. Fisher, *Soviet Russia and the west 1920-1927: a documentary survey*, Stanford, 1957, y, de los mismos autores, *Soviet Russia and the East: a documentary survey*, Stanford, 1957.

¹⁹⁵ F. Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, cit., en particular sobre la "parálisis teórica", pp. 74 y ss.

interpretar y recorrer la historia de la Internacional comunista con la intención confesada apriori de comprobar las referencias teóricas y políticas de una crisis de ese momento considerada como general e irreversible, con el resultado de distorsionar a veces en función de esta tesis los acontecimientos y procesos de signo distinto. Por encima de esto, el libro de Claudín es la única obra que tuvo las agallas para abordar el problema de la crisis, de la parálisis y de la esclerosis teórica que se adueñó gradualmente del marxismo de la III Internacional. Por esta razón representa el punto de partida particularmente útil para el tema abordado por este seminario.

Y ya que ésta no es una verdadera reseña crítica de la historiografía de la Internacional comunista sino pretende ser más bien una primera guía bibliográfica para no perderse en una producción tan vasta como todavía fragmentaria, no tenemos la intención de presentar un balance final y señalar de una manera orgánica nuevas direcciones de investigación. Nos limitaremos por lo tanto a recordar, como punto de partida proficuo para una discusión que se reanudará y profundizará, la observación hecha recientemente por C. Natoli, que ha establecido la exigencia, aun para la historia de la Internacional comunista, de "una investigación que junto con el estudio de las ideologías, de los programas, de las posiciones de los grupos dirigentes y de la estructura social de la organización política, logre realizar una conexión constante entre las incidencias de la primera y las transformaciones sociales, las condiciones concretas y la composición de la clase obrera, la orientación de las fuerzas económicas dominantes y la evolución de las relaciones sociales entre las clases antagónicas".¹⁹⁶

Se trata de una observación que hay que suscribir plenamente, con la condición de que no sirva de pretexto para ahogar en un enfoque interdisciplinario "a la moda", además de genérico y veleidoso, la especificidad inevitable de la historia del movimiento comunista, el cual, por caracterizarse por una férrea unidad organizativa y por una profunda huella ideológica, sigue exigiendo, mucho más por ejemplo del movimiento socialista de la época de la II Internacional, un lugar de gran importancia para la historia interna de las instituciones, de las ideas y de la táctica política.¹⁹⁷

¹⁹⁶ C. Natoli, *L'Internazionale comunista*, cit., p. 68.

¹⁹⁷ Hay que explicar inmediatamente, a riesgo de equivocarse, que el ensayo de Natoli parece tomar en cuenta de un modo muy equilibrado esta exigencia.

INDICE DE NOMBRES

- Abendroth, W., 17n, 320
 Abramovic, 253
 Accornero, A., 299n
 Adivkov, G., 330n
 Adler, F., 253, 254
 Adler, M., 258n
 Agosti, A., 8n, 9, 17n, 157n, 161n,
 167n, 292n, 317n, 323n, 329n
 Aleksandrov, V., 313n
 Almond, G., 330n
 Altvater, E., 171n, 177n
 Anders, M., 330n
 Andres, M., 325n
 Andreucci, F., 332n
 Angress, W., 311, 313
 Arbor, Ann, 305n
 Armand, I., 69, 69
 Arndt, H., 91n, 136, 139, 160n
 Auty, P., 324n
 Avakumovic, I., 332n

 Baade, F., 124n
 Bahne, S., 318
 Banfi, R., 323n
 Barabanov, G., 96n
 Baran, P. A., 298
 Basso, L., 12n, 20n, 263n
 Bauer, O., 17n, 170, 253, 254, 259
 Beckmann, G., 328
 Benevick, R., 114n
 Bente, H., 150, 153
 Berdiaef, N., 188
 Bernstein E., 149, 232, 244, 266,
 267, 273, 286
 Bernstein, I., 129
 Berti, G., 307
 Bettelheim, Ch., 123n, 156n, 186n
 Bismarck, O. von, 252
 Blum, L., 319

 Bock, H., 276n, 313
 Boersner, D., 327
 Boffa, G., 156n, 182n, 186n
 Böhn-Bawerk, E., 289
 Bologna, S., 296n
 Bonacchi, G., 126n, 283n, 297n
 Bongiovanni, B., 304n
 Bonn, M., 177
 Bordiga, A., 201, 209, 216, 334
 Borkenau, F., 305, 308, 320, 322, 335
 Bounfino, G., 12n
 Boyer, M., 127n
 Brackman, A., 327n
 Brandt, C., 327
 Branson, N., 111n
 Braunthal, J., 309, 322
 Brecher, J., 127n
 Brecht, B., 124, 125
 Brendel, C., 280n
 Briand, A., 116, 243n
 Brimmel, J., 328
 Broué, P., 313
 Brower, D., 324
 Buci-Glucksmann, C., 156n
 Bujarin, N., 7, 11, 16-20, 35, 87,
 89, 141-157, 158n, 161-181, 182n,
 183-191, 193, 194, 211, 224, 228,
 229, 304, 316, 334
 Burmeister, A., 304

 Cacciari, M., 184n
 Cafagna, L., 156n
 Cammet, J., 314n
 Camparini, A., 330n, 331n
 Carr, E. H., 161n, 173n, 309, 310,
 317, 326n
 Carrere D'encausse, H., 330n
 Catell, D., 324
 Caute, D., 330n

Ceppa, L., 288
 Chandler, D., 129n
 Chilcote, R., 328
 Chitarow, R., 331n
 Churchill, W., 112
 Giocca, P., 136n
 Claudin, F., 9, 11, 16, 148n, 155,
 156n, 161n, 279n, 322, 324, 325, 336,
 337
 Cogniot, G., 306
 Cohen, S., 143, 148n, 155n, 167n,
 173, 181, 184, 316
 Colakovic, R., 332n
 Cole, G., 309
 Coletti, A., 213n
 Coletti, L., 179n, 267n
 Colotti Pischel, E., 327
 Colombo, C., 333n
 Conte, F., 334n
 Conze, W., 320
 Cosser, L., 332n
 Coughlin, 131
 Csonka, R., 330n
 Gunow, H., 259, 266, 267
 Curtiss, J., 355n

Dan, F., 253
 Danos, J., 324
 De Brunoff, S., 88
 Debs, E., 126
 De Felice F., 8n, 18, 171n, 206, 323
 Degras, J., 157n, 160n, 221n, 309,
 336
 Della Logia, G., 15n, 94n, 131n,
 144, 156n, 157n, 171n, 293n, 316
 De Man, H., 292
 De Massi, G., 268n
 De Santi, D., 335
 Deutscher, L., 156, 308, 334
 Dhondt, J., 128n
 Dietzgen, J., 271
 Dimitrov, G., 18, 19, 334
 Dobb, M., 91n
 Dobofsky, M., 126n
 Donneur, 314

Drackhovitch, M., 313, 317n, 331,
 333, 335
 Draper, T., 31n, 314, 319, 332n
 Dufrasse, R., 320
 Duhnke, H., 331n
 Dulles, J., 328n
 Dutt, P., 306
 Dziewanowski, M., 310, 333

Eichwede, W., 316, 329
 Eifand, J., 312, 315
 Ellenstein, J., 156n
 Endakova, 325n
 Engels, F., 24, 36, 55, 69n, 73, 231,
 237, 239, 240
 Erlich, A., 141n, 182n, 183n
 Erzberger, 105
 Eudin, X., 36n
 Eych, F., 103n

Falco, G., 115n, 116n
 Fano, E., 13, 177n, 215n, 257n
 Fauvet, J., 333n
 Feis, M., 106n
 Ferrat, A., 333n
 Ferreri, F., 306n
 Fischer, R., 305
 Fisher, H., 336n
 Flores, M., 323, 324n
 Foa, L., 18, 158n, 168n, 182n
 Footman, D., 336n
 Foster, W., 306, 332n
 Freeman, J., 108
 Freymond, J., 302, 303n, 335
 Friedländer, B., 305

George, L., 44, 45
 Gérard, C., 96n, 97n, 115n
 Gerlach, E. von, 218n
 Gerratana, V., 12n, 144n, 180n,
 190n, 299n
 Gibelin, H., 324
 Gilberg, T., 332n
 Gilberto, M., 292n
 Gobbini, M., 112n
 Goethe, W., 125

Gorter, H., 275, 276, 277, 278, 280
 Gramsci, A., 12, 18, 23, 33, 36, 39,
 189, 190n, 192, 201-204, 208, 209,
 210, 218, 219, 227, 228n, 264,
 273n, 279n, 287, 299, 300, 334
 Grieco, R., 222, 224, 225, 226, 227
 Grifone, P., 215, 228
 Grossmann, H., 15, 175, 176, 268,
 282, 283, 284, 285, 286, 287n, 288,
 290, 291, 294, 295, 296, 297, 298,
 299, 300
 Gruber, H., 336
 Grünberg, C., 282n
 Guerin, C., 123n
 Guillermez, J., 327

Haase, 244, 273
 Habermas, J., 172n
 Haitchcox, J., 327
 Hajek, M., 157n, 307, 312, 315, 319,
 322n, 323, 330n
 Hammond, W., 302n
 Hancock, K., 109n
 Hansen, 136n, 139
 Harris, G., 328
 Harrod, F., 139n
 Haupt, G., 20n, 302, 303
 Hautmann, H., 314
 Hegel, G. W. F., 266
 Heinemann, M., 111n
 Heméry, D., 327
 Herriot, E., 116
 Hilferding, R., 14, 15, 22, 88, 149,
 160, 165n, 168, 169, 174, 175, 179n,
 232, 259, 267, 274, 275n, 289, 290,
 291, 294, 297, 298, 299
 Hitler, A., 120, 121n, 122, 124, 255
 Hobsbawm, E. J., 12n, 110n, 301,
 303, 304, 307
 Hobson, J., 11, 88
 Hodgson, J., 332n
 Hoisington, W., 218n
 Holt, C., 129n
 Hoover, M., 127n
 Howe, I., 332n
 Hradilak, Z., 321n, 333n

Huberman, L., 127n
 Hugenberg, 122
 Hulse, J., 313
 Humbert-Droz, J., 167n, 302n, 313,
 335
 Hume, L., 109n
 Huxley, J., 189n

Jackson, G., 326, 330n
 Jahn, G., 315n, 324n
 James, C., 304
 Jankovic, D., 332n
 Jedermann, 317n
 Joannes, V., 318n

Kahan, V., 331n
 Kalecki, M., 123, 139, 297, 300
 Kalicka, F., 312
 Kataoka, T., 332n
 Kautsky, K., 14, 26, 37, 86, 88, 169n,
 231-256, 259-266, 267n, 269, 273,
 278
 Kellog, 243
 Kendall, W. 314
 Keynes, J. M., 100, 101, 102, 109,
 111, 112, 113, 118, 123n, 136n,
 137, 139, 269, 290n
 Keyserling, 102n
 Kindleberger, C., 97n, 101n, 102n,
 107n, 121n, 134n, 137, 138, 177n
 Klugman, J., 332
 Kocka, J., 169n, 172n
 Koleva, T., 332n
 Köning, H., 319
 Köpstein, H., 315n
 Korey, 334
 Korsch, K., 126n, 185, 266, 268, 281,
 284n, 285, 286, 287, 289n, 291,
 297n
 Kowalski, J., 321n
 Kravchenko, E., 324
 Kriegel, A., 12n, 311, 313, 320, 325n,
 333n
 Kuhles, J., 330n
 Kun, B., 268
 Kunina, D., 325n

- Kurella, A., 331n
Kuznets, S., 129n
- Lademacher, H., 272
Lador-Lederer, J., 103n, 104n, 106n,
118, 119n, 120
Landauer, C., 309n
Lange, O., 328
Langerhans, H., 126n, 297n
Laqueur, W., 328
Lary, H., 97n
Laufenberg, H., 269
Laurat, L., 305
Lazic, B., 309, 313, 317n, 331, 333,
335
Ledebour, E., 244
Lederer, E., 286
Legters, L., 334n
Leibson, 307, 312
Lenin, V. I., 7, 10-13, 20-33, 35,
36, 38-41, 42n, 43-55, 57, 58, 59n,
63-68, 69n, 70-90, 142, 144, 146,
151, 15n, 156, 157, 158, 160, 161,
168n, 175, 177, 180n, 186, 187,
190, 191, 231, 250-254, 260-263,
266, 269, 272, 273, 276, 278, 279,
298, 309, 312, 313, 333
Leonetti, A., 212
Lepre, A., 314n,
Lerner, W., 334n
Lesourd, J. A., 96n, 97n, 115n
Levrero, S., 314n
Lewerenz, E., 324n, 329
Lewin, V., M., 147, 155, 181n, 324n,
325n, 329
Lewis, W. A., 95n, 99n
Lex, A., 212
Lichtenberg, D., 330n
Liebknecht, K., 105, 244, 245, 273,
274
Lindemann, 314
Linhart, R., 68n, 75n, 76, 77, 78,
164n
Livorsi, F., 334n
Lominadze, 166, 167n, 198, 335
- Lowenthal, R., 17n
Löwy, A., 143n, 155n, 181n, 316,
334n
Lozovski, D., 166, 171
Lukács, G., 268
Luxemburg, R., 69n, 70n, 105, 122,
147, 178, 244, 245, 259, 260, 262,
263, 264, 266, 267, 269, 270, 276,
283, 286
Luzzato, L., 292n
Lynd, H., 130n
- Maffi, B., 282n
Mac Farlane, L., 332
Mc Kenzie, K., 326
Mac Lane, C., 328
Mc Vey, R., 327
Magri, L., 324n
Maidanik, K., 324
Maitan, L., 158n
Mandel, E., 336n
Mann, H., 123
Mantoux, E., 101n
Manuilewski, 335
Mao Tse Tung, 68n
Marramao, G., 14, 17n, 176n
Martin, R., 333n.
Martinet, G., 186n,
Martov, 29
Marx, K., 10, 11, 24, 25, 34, 36, 50,
51, 55, 69, 73, 79, 80, 82-85, 166,
184, 231, 232, 237-240, 247, 265,
267, 271, 272, 281, 283, 286, 287,
289, 290, 291, 296
Mateotti, 210, 216
Mattick, P., 126n, 284n, 285n, 288,
289, 290, 291, 295, 297, 298
Meaker, G., 333
Medvedev, R., 20n
Merli, S., 292n
Merrel-Lynd H., 130n
Migliardi, G., 330m
Migone, G., 135n, 215
Mijailovski, 287
Miller, S., 106n
Mitchell, W. 295, 314n

- Moch, J., 163
Moggridge, D., 102n
Mogilevski, 314
Molcanov, J., 312, 315
Molotov, 167n
Mommensen, H., 320
Moraca, P., 332n
Morais, M., 127n
Mosley, O., 113, 114
Moszkowska, N. 296n
Mujbegovic, 313
- Naphtali, 286, 292
Napoleoni, C., 179n
Natoli, A., 11, 13, 329, 337
Nearing, S., 108n
Nenning, G., 282n
Neubauer, H., 314n
Nollau, G., 308, 322
North, R., 308n
Noske, 245
- Okubo, G., 328
Oneal, J., 332n
Oren, N. 32n
Orlova, M., 313n
Ortoleva, P., 128n
Ornen, N., 324n
Orwell, 37
Overstreet, G., 327
- Paggi, L., 20n, 190n, 258n, 314, 334
Palmer, L., 327n
Pannekoek, A., 259, 262, 269, 270,
271, 272, 274, 276, 277n, 280n,
81, 283, 284, 285, 286, 288, 289n,
291
Paris, R., 157n, 165n, 320, 328
Parvus, 86
Pepper (véase Pognany)
Perrone, O., 304
Perulli, P., 184n
Philip, A., 163
Piazza, H., 330n
Pietranera, G., 169n, 175n
Pirker, 328, 336
- Plato, A. von, 318
Pognany, J., 335
Pohl, M., 328
Poincaré, 116
Polanyi, K., 15m
Pollard, S., 109n, 113n, 114n
Pollock, F., 295, 299
Poulantzas, N. 157n, 321, 328
Pozzoli, C., 280n, 297n
Preobrazhenski, E., 141n, 147, 158n,
166n, 181, 182n, 184n
Procacci, G., 8n, 302n
- Radek, 17, 268, 334
Radosh, R., 82n
Ragionieri, E., 8n, 14n, 149n, 161n,
179n, 301, 305, 307, 308n, 316,
317n, 321n, 323, 329, 334n
Rapone, L., 17n
Rathenau, 104n, 105
Reisberg, A., 312, 322n
Renshaw, 126n
Richter, K., 325n
Rigola, 211
Ritter, G. A., 106n
Robertazzi, C., 327
Robinson, J., 139
Rodney, W., 332n
Roosevelt, 128, 131, 139
Rosenberg, A., 92n, 102n, 103n, 104,
105, 122n, 265, 305
Rossi, A., 325n
Rothschild, 310
Rotschild, 332n
Rousset, 327
Rusconi, G. E., 103n, 122n, 165n,
169n, 285n, 288n, 292n
Rutigliano, E. 276n
Ryle, J., 326n
- Sabolev, A., 306n
Salvadori, M., 12n, 14, 16, 266n
Samuelson, 137
Santarelli, E., 314n
Santi, P., 148n, 176n, 178n

- Sauvy, A., 85n, 98n, 100n, 101n, 115n, 117n
 Sbarberi, F., 18, 143n, 147n, 156n
 Scalpino, R., 328
 Schacht, H., 106, 107n, 123
 Schäfer, G., 328
 Schewtschenko, L., 325n
 Schleicher, von, 124
 Schlesinger, R., 157n, 327
 Schmalenbach, E., 150
 Schramm, S., 330n
 Schröder, K., 276
 Schüller, R., 331n
 Schumacher, H., 323n
 Schumpeter, J. A., 133n, 135n, 295
 Schwartz, B., 327
 Scoccimarro, 218
 Sechi, S., 12 n
 Sereni, E., 94n
 Serrati, 201
 Seton-Watson, H., 308
 Sirinja, K., 307, 322n, 323, 334
 Sitov, N., 313n
 Sivan, S., 328
 Skidmore, Th., 328n
 Skilling, G., 333
 Sohn-Rethel, A., 17n, 124n
 Sombart, W., 150
 Sorel, G., 286, 287
 Sorkin, G., 306n
 Spann, O., 188
 Spriano, P., 307, 314, 320n, 325
 Spulber, N., 141n, 158n
 Stalin, J. V., 10, 20, 21, 22, 66, 89, 141, 149, 161, 167, 173, 179n, 180, 183, 184, 187, 188, 189, 221, 224, 252, 253, 255, 304, 308, 318, 334
 Sternberg, F., 173, 283, 286, 287n
 Storaci, M., 115n, 116n
 Stresemann, O., 105, 243
 Strachey, J., 113, 114
 Struve, P., 287
 Suchopár, F., 312, 328, 329
 Sujanov, N., 70n
 Sultán Sadé, 168
 Supljak, P., 321n
 Suvarín, B., 304
 Svatek, 312, 331
 Syennilson, 136
 Swarup, S., 327
 Swezy P. M., 298
 Sworakowski, W., 302n
 Sylvers, M., 332n
 Tagliagambe, 189n
 Tarnow, 286
 Tasca, A., 302n, 307, 325
 Taylor, 77, 78, 79
 Terracini, U., 206, 207, 212, 213n, 214, 215, 217, 218, 219, 228
 Thalheimer, A., 17n
 Thornton, R., 327
 Tikós, L., 316
 Togliatti, P., 163n, 164, 179n, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199n, 208n, 211, 216, 218, 219, 220, 222, 224, 226, 306, 307, 317, 323, 329n, 334
 Tökés, L., 314n
 Toniolo, G., 136n
 Trotsky, L., 17, 36, 70, 144, 156, 158, 159, 162, 164, 173, 231, 302n, 308, 312, 318, 319n, 334
 Tugán-Baranowski, M., 177, 183, 232, 296
 Tuñón de Lara, M., 33n
 Upton, A., 332n
 Vacca, G., 13, 288, 334n
 Valiani, L., 322
 Van der Kroef, J., 327n
 Varga, E., 14, 15, 90, 94n, 150, 156, 160, 165, 168n, 171, 174, 175n, 177, 179, 291, 293, 294, 297, 316
 Vicarelli, F., 102n
 Villari, L., 12n, 257n, 299n
 Volk, K., 304
 Walter, G., 333n
 Wasky, A., 263n

- Weber, H., 275n, 276n, 317, 332n, 336
 Weber, M., 86
 Weingartner, T., 318, 329
 Weinstein, 92n, 126n
 Whiting, A., 327
 Williams, W. A., 127n
 Windmiller, M., 327
 Wohl, R., 313, 333n
 Wolr, S. J., 114n
 Wolffhein, 269
 Wood, D., 330n
 Woods, B., 137
 Woytinsky, W. S., 124n
 Young, O. T., 107
 Zabarko, B., 326n
 Zanardo, A., 190n
 Zetkin, K., 17, 181
 Zinner, P., 333
 Zinóviev, G., 160

